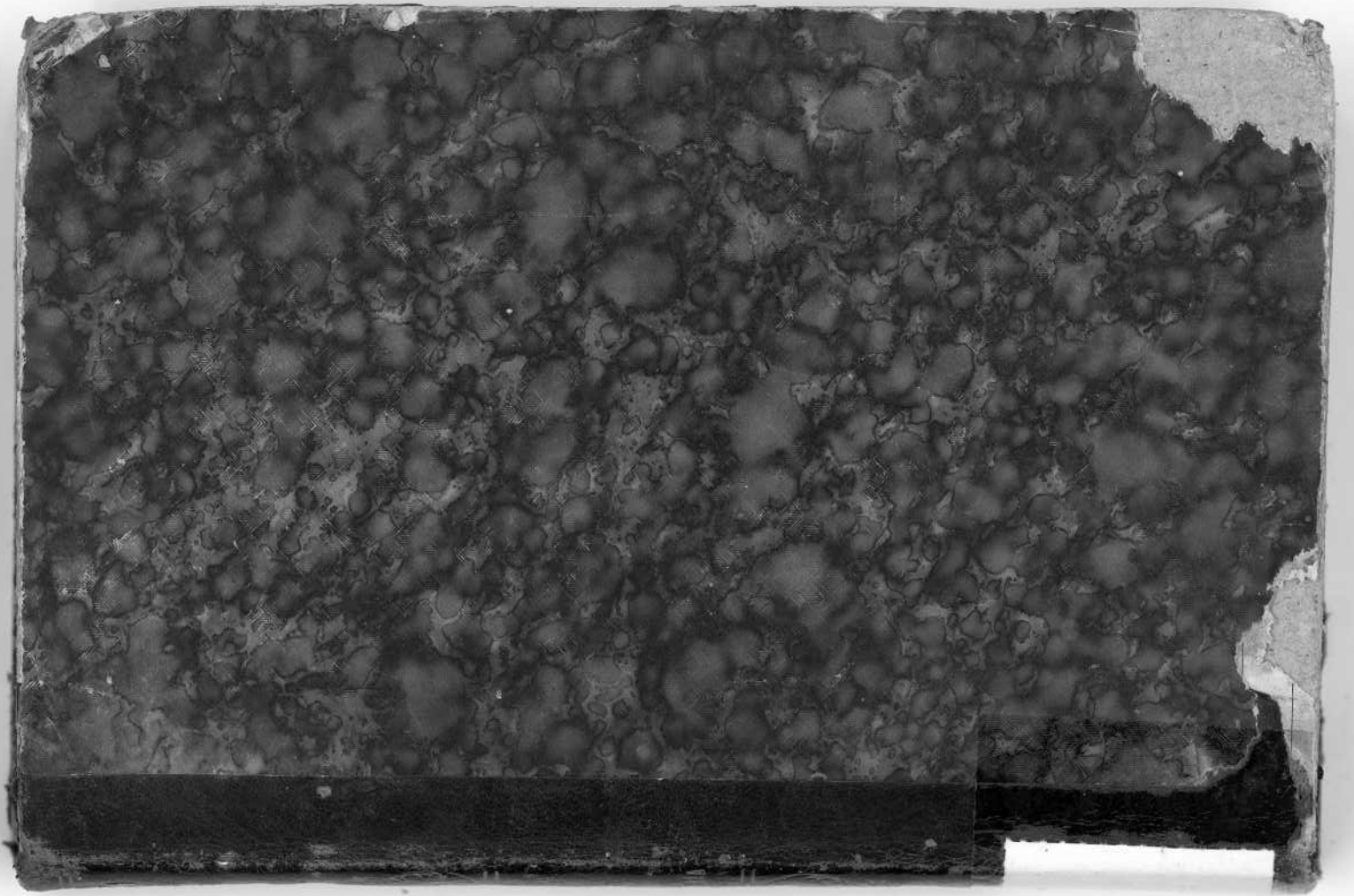
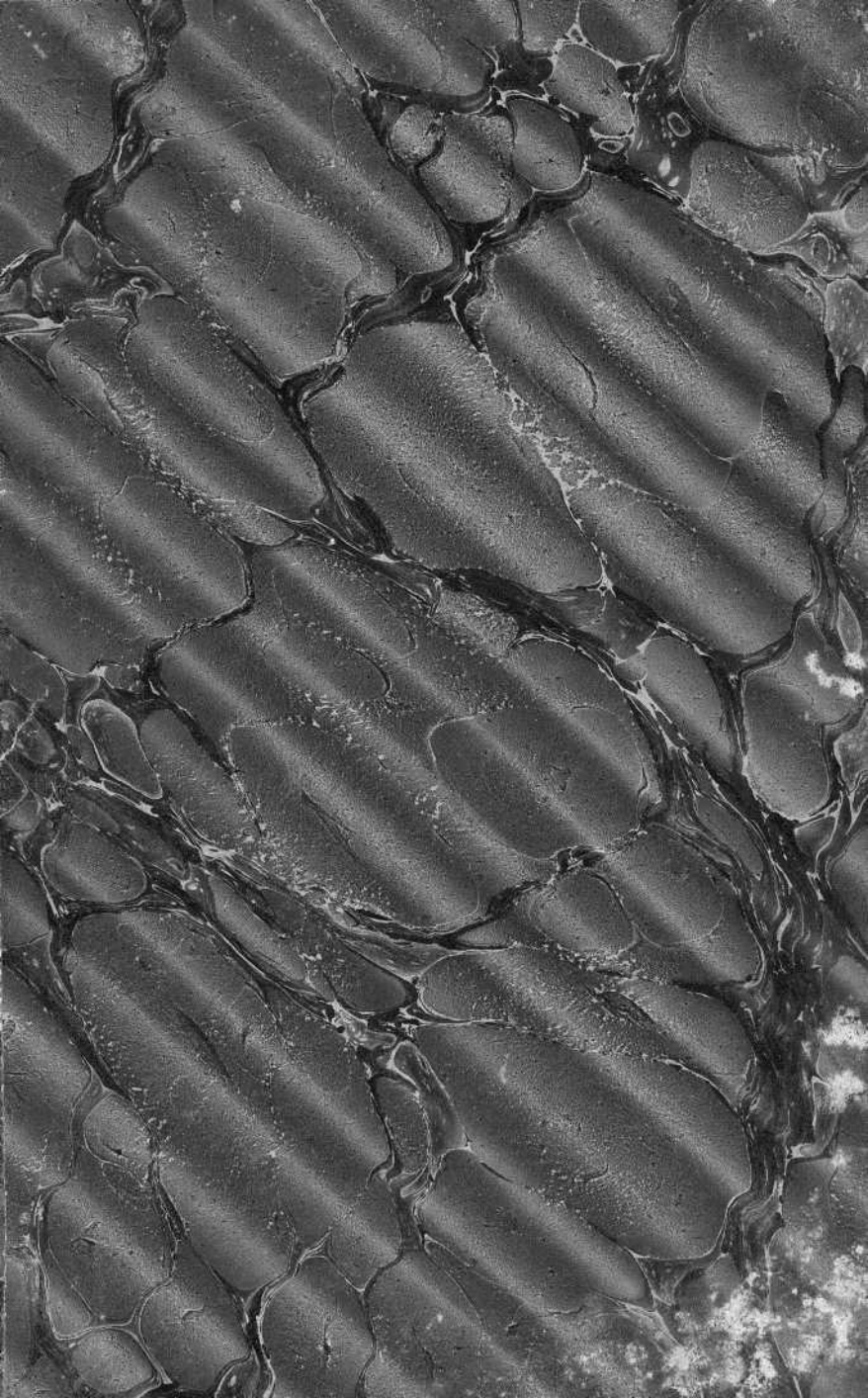
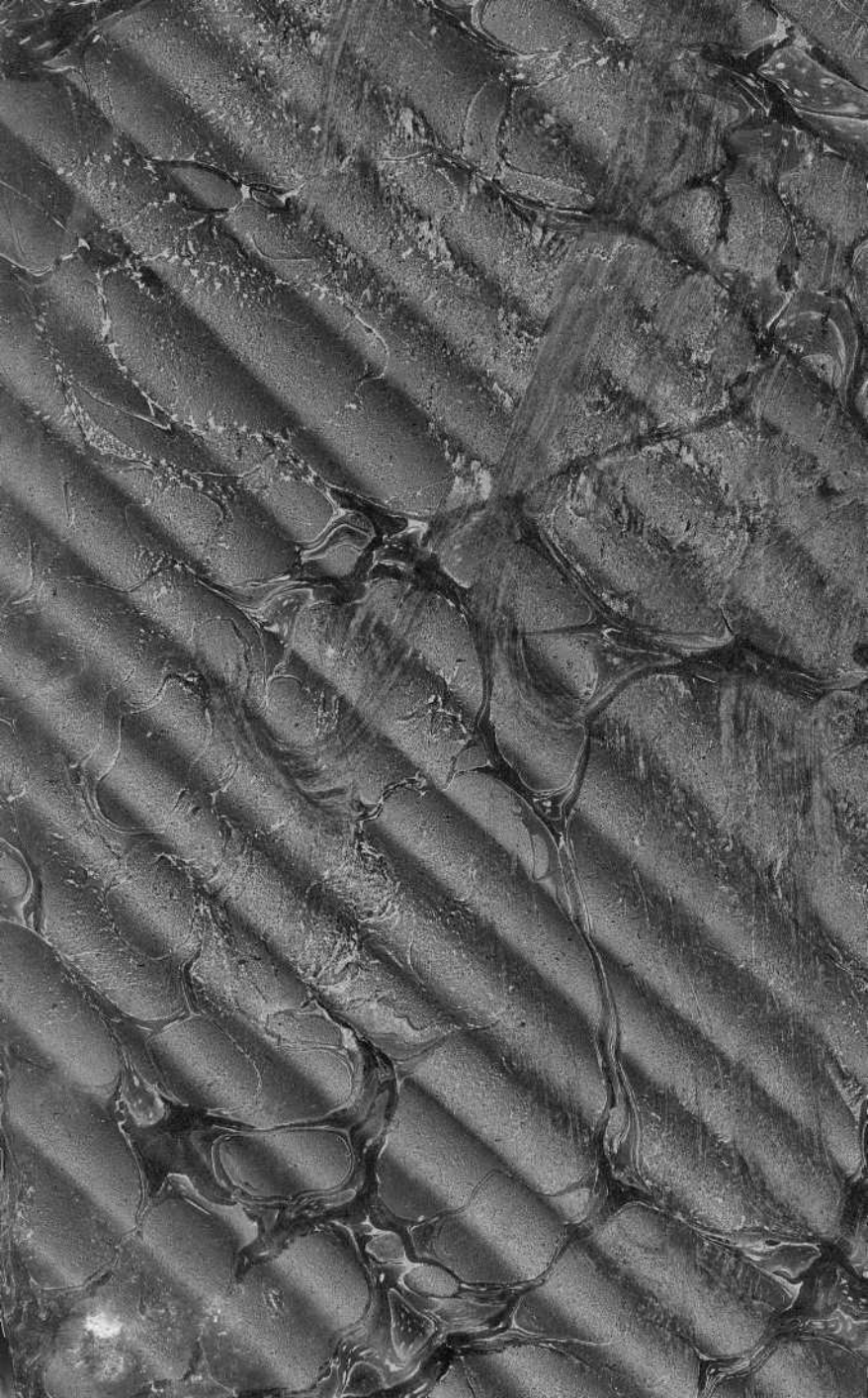






César Rey Gutiérrez.

dia 1.º de Julio, año de 1868.

DGCL
A

CURSO ELEMENTAL

DE HISTORIA GENERAL

Y PARTICULAR DE ESPAÑA.

c.1133753
t.108636

Es propiedad.

CURSO ELEMENTAL

DE

HISTORIA GENERAL

Y

PARTICULAR DE ESPAÑA,

POR

D. JOAQUIN FEDERICO DE RIVERA,

PROFESOR DE HISTORIA EN VALLADOLID.

OBRA DECLARADA DE TEXTO PARA LA SEGUNDA ENSEÑANZA.

QUINTA EDICION,

CORREGIDA Y AUMENTADA.

VALLADOLID:
Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1868.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

R. 85043

CURSO ELEMENTAL

DE

HISTORIA GENERAL

Y

PARTICULAR DE ESPAÑA.

POR

D. JOAQUIN FERRERO DE RIVERA,

PROFESOR DE HISTORIA EN VALLADOLID.

OBRA DECLARADA DE TEXTO PARA LA SEGUNDA ENSEÑANZA.

QUINTA EDICION,

CORREGIDA Y AUMENTADA.

VALLADOLID:
Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez.
Librería de la Universidad y del Instituto.

1868.

ADVERTENCIA.

Agotada la cuarta edicion de este libro muy á los principios del curso académico que ha finalizado, y sin tiempo para repetir la tirada de los ejemplares necesarios para satisfacer los pedidos que, así á los editores como á mí, se dirigían de los establecimientos públicos que le habian señalado por libro de texto, determiné servir con un número de ellos, el mas indispensable, á todos los que constantemente le han tenido como tal, mientras que de acuerdo con dichos señores editores, preparaba esta quinta edicion mucho mas numerosa que ninguna de las anteriores.

Sin haber variado nada en lo esencial del libro,

he introducido mejoras de grande importancia, con la aprobacion de muchos señores catedráticos de la asignatura. Despues de circunscribir cada uno de los tres períodos principales en que se acostumbra dividir el estudio de la historia, á sus períodos mas marcados, y comunes á los pueblos principales de cada período, he suprimido todo lo que pudiera servir de confusion en ellos á los jóvenes alumnos de la segunda enseñanza, que son los que mas han de usarle.

Otra reforma de no menor importancia he hecho en el estudio del establecimiento del *Cristianismo* y de la *Iglesia Católica*, en cada uno de los tres períodos de la historia, destinando una leccion comprensiva de lo mas notable en cada período á dicho estudio, por el órden de tiempos y naciones seguido en el de la historia política universal.

Y finalmente, como el estudio de nuestra propia historia debe hacerse por separado despues del de aquella, me ha parecido tambien conveniente reunir en un sencillo Compendio, todo lo que en las ediciones precedentes estaba acomodado á cada período, pero bastante mas aumentado y en relacion con lo ya contenido en la historia general.

No dudo que así mejorado el libro, habrá de merecer el aprecio y aceptacion, que desde el año de 1847, han venido dispensándole los señores pro-

fesores de los Institutos de segunda enseñanza, y de los colegios agregados á ellos. Mi gratitud á Su Majestad (Q. D. G.) y al Real Consejo de Instruccion pública por haberse dignado continuar incluyéndole sin interrupcion desde aquella época hasta el dia, en todas las listas de libros de texto; y por la honrosa distincion con que la real órden de 1.º de Noviembre de 1863, tuvo á bien S. M. concederme premio de la seccion primera del escalafon de catedráticos de Instituto, me estimulaba á hacer todavía en él las mejoras que mi larga experiencia en la enseñanza pública me ha dado á conocer ser necesarias, para que llegue á ser su estudio completamente elemental, pero la cortedad del tiempo en que debia preparar esta nueva edicion, solo me ha permitido ocuparme de aquellas que he considerado mas útiles y convenientes.

NOCIONES GENERALES.

Historia es la narracion de los sucesos pasados tenidos por verdaderos. Su objeto es deducir del conocimiento de lo pasado reglas de conducta para lo presente y venidero. La historia es una escuela práctica de moral y de política.

Las principales fuentes históricas son: 1.° La observacion y la experiencia propia: 2.° Las relaciones que han dejado escritas las personas que se hallaron presentes cuando se verificaron los sucesos que refieren, ó pudieron tener conocimiento cierto de ellos: 3.° Las tradiciones seguidas con uniformidad y sin interrupcion en alguno ó algunos pueblos, por tanto tiempo cuanto no sea posible averiguar el orígen: 4.° Los monumentos y las inscripciones que atestiguan los hechos.

La ciencia que da reglas y sienta principios para discernir en las fuentes históricas lo que es más ó ménos digno de fé, y enseña á comparar, unir y separar unos sucesos de otros, se llama *Crítica.*

Divídise la historia: 1.° En *Universal* y *Particular.* La *Universal* refiere y examina todos los hechos por los que el género humano dividido en naciones, manifiesta su existencia y vicisitudes sobre la tierra, asi en el órden moral como en el político, religioso, artístico, literario, científico, etc. *Particular* es la que se ocupa de un pueblo ó nacion.

Esta se divide en *General* y *Especial. General* es la que refiere y examina todos los hechos que dan razon del orígen, progresos, vicisitudes y decadencia de un pueblo; y *Especial* la que solamente trata de una sola especie de hechos, como la religion, literatura, artes, comercio, etc.

En segundo lugar se divide la historia en *Antigua*, de la *Edad Media* y *Moderna*. La primera refiere los sucesos del mundo desde su creacion hasta la caida del Imperio romano en Occidente. La segunda los sucesos acaecidos desde esta época hasta la toma de Constantinopla por los Turcos otomanos, y la última refiere los que han acaecido desde este tiempo hasta nuestros dias.

La historia, por razon de la forma con que describe y refiere los sucesos, toma los nombres de *Anales*, *Crónicas*, *Memorias*, *Apuntaciones*, *Biografías* y otros muchos.

Tambien suele llamársela *descriptiva* ó *filosófica*, segun que se ocupa de la simple relacion de los hechos, ó pasa á sacar de ellos las consecuencias morales, políticas, etc., que de sí arrojan.

Como todos los hechos que sirven de materia á la historia han pasado en puntos determinados de la duracion ó el tiempo, y del espacio ó lugar, es indispensable que á su estudio acompañe el de la *Cronología* y la *Geografía*. Aquella compúta y verifica los tiempos en que acaecieron los hechos que refiere la historia, y esta describe y recorre los lugares donde se realizaron.

Para la más fácil computacion del tiempo, se le ha dividido en siglos, años, meses, dias, etc., tomando por base de estas divisiones el movimiento periódico de los astros.

Con relacion á la historia se inventaron las *Epocas*, que son unos grandes sucesos, á los que se refieren todos los demás. El intérvalo de una época á otra forma un *periodo*.

Las épocas son: ó *principales* ó *secundarias*. El intérvalo de una época principal á otra de la misma especie, forma un *periodo* general, y el de una secundaria á otra, un *subperiodo*.

La historia cuenta en la actualidad dos épocas principales: una desde la *Creacion del mundo* hasta la *venida* y *nacimiento de Jesucristo;* y otra desde este punto hasta nuestros dias. Todas las demás épocas secundarias se hallan comprendidas dentro de estos dos períodos y pertenecen casi todas ellas á la historia antigua, profana y sagrada.

Además de la cronología y la geografía, son tambien ciencias auxiliares de la historia la *Arqueología*, *Numismática*, *Diplomática*, *Heráldica y Filología*.

HISTORIA ANTIGUA.

LECCION PRIMERA.

Preliminares.

Comprende, como queda dicho, los tiempos trascurridos desde la creacion del mundo hasta el siglo V de nuestra era.

De las cinco partes en que hoy se divide la tierra, solo conocieron los antiguos tres, y esas con bastante imperfeccion: el *Asia*, la *Europa* y el *Africa*. La historia de los pueblos antidilubianos, exceptuando la de los Patriarcas hasta Noé, nos es completamente desconocida. Cuando las aguas del dilubio se retiraron y el Arca en que Noé y su familia habian sido libertados por Dios, se detuvo en las cumbres del *Ararat*, descendieron á las llanuras de Sennaar, entre el Eufratres y el Tigris. En ellas intentaron despues sus descendientes edificar la Torre de Babel; pero Dios destruyó sus designios confundiendo el lenguaje que hablaban y obligándolos á dispersarse. Los descendientes de Sem poblaron el *Asia occidental* y *meridional*; los de Jafet la *Septentrional* y la *Europa*, y los de Cham el *Africa*. El diluvio universal acaeció el año 1656 del mundo, y el 2348 antes de Jesucristo.

Unos tres siglos despues de aquel suceso, principiaron á ser conocidos los grandes imperios de que tenemos algunas noticias: el de los Asirios en *Asia*, y el de los Egipcios en *Africa*.

LECCION SEGUNDA.

Grandes Monarquias en el Asia.

Primer Imperio Asirio, desde Nemrod, hasta Sardanápalo.—Segundo imperio, hasta su destruccion por Ciro.—Gobierno y Religion de los Asirios; ciencias de los Caldeos (desde los primeros tiempos hasta 536 A. de J. C.)

§ I.

La Asiria antigua, hoy el Kourdistan, tenia al N. la Armenia, al E. la Media, al S. Babilonia, y al O. el Tigris que la separaba de la Mesopotamia. Su capital era Nínive fundada por Assur sobre el Tigris, y engrandecida despues por Nino.

Segun los libros sagrados de los Judíos, Nemrod, nieto de Cham, fué un robusto cazador que se hizo poderoso sobre la tierra, y estableció su dominacion en las riveras del Eufrates, echando los cimientos á Babilonia. Assur, hijo de Sem, abandonó esta comarca, y dirigiéndose hácia el Norte, se detuvo en las márgenes del Tigris, donde fundó á Nínive.

Uno y otro tuvieron numerosos sucesores, y es de creer que Babilonia perteneció á los Ninivitas desde el tiempo de alguno de los de Nemrod, pues invadida la comarca por los Arabes, se sabe que reinaron en ella Mardocentes y otros, hasta que los Ninivitas los desposeyeron y sujetaron. Phul, que reinaba en Nínive (773), invadió la Siria y amenazó á la Judea, que se libertó dando Ma-

nahem, usurpador del reino de Israel, un grande rescate. Tiglath Phalasar, su hijo, volvió á atacarla y cautivó una gran parte de Israelitas. A instancias de Achaz, rey de Judá, que se reconoció vasallo suyo, destruyó á los Sirios de Damasco. En tiempo de Salmanazar se hallaba ya casi toda el Asia occidental sujeta á los Asirios ninivitas. En dos espediciones que este conquistador hizo acabó con el reino de Israel ó de Samaria (718). Sennacherib, que intentó vengarse de Ezechías, rey de Judá, que se habia aliado con los Egipcios, fué destruido por el ángel exterminador del Señor que en una noche le mató 185,000 hombres, y vuelto á Nínive le degollaron sus hijos en un templo. Assar-Addon, uno de ellos que le sucedió, hizo grandes esfuerzos para evitar la ruina que amenazaba á su imperio, conteniendo á la Media y Babilonia que presentaban síntomas de rebelion, y obligando á los Judíos á permanecer tranquilos. Invadió despues el Egipto sumido en la anarquía de los doce tiranos (685), y con tales sucesos llegó la Asiria á su mayor poder y grandeza. Cuando Nabucodonosor I subió al trono, ya la monarquía caminaba precipitada á su disolucion. Para sofocar las revueltas del Oriente, se valió de los pueblos occidentales que le estaban sumisos, y con ellos destruyó en Ragaú á los Medas con su rey Frahortes, é hizo demoler á Ecbatana, capital de la Media. De vuelta á Nínive, ordenó á Holofornes, uno de sus generales, ir á tomar venganza de los Judíos, pero vencido y muerto en el sitio de Bethulia por la valerosa Judith, sufrió el imperio pérdidas considerables. Durante el reinado del afeminado Sardanápalo se revelaron contra él los gobernadores de Media y Babilonia, que viniendo con numerosas fuerzas sobre Nínive, la tomaron por asalto, y Sardanápalo pereció abrasado entre las llamas de sus palacios incendiados.

§ II.

La Caldea donde estaba situada Babilonia, se estendia por el S. de la Mesopotamia hasta la embocadura del Tigris y del Eufrates en el golfo Persico. Babilonia su capital, fué edificada por Nemrod ó Belo, embellecida por Semiramis, y engrandecida por Nabucodonosor. En

su comarca se ven las llanuras de Sennaar donde los Caldeos comenzaron á observar los astros.

El segundo imperio, llamado comunmente babilónico, empieza con Nabucodonosor II el Grande, sucesor de Nabopolasar que destruyó á Nínive. Durante los disturbios de la Asiria en el reinado de Sardanápalo, se le habian adelantado los Egipcios con su rey Nechao hasta el Eufrates. Salióles Nabucodonosor al encuentro, los derrotó y obligó á retroceder. Enseguida marchó á la Siria, la Samaria y la Judea: tomó á Jerusalem, saqueó el templo y llevó cautivos en rehenes á los hijos de las principales familias, entre ellos al profeta Daniel. En 584, volvió otra vez contra los Judíos que se habian revelado, y destruyendo á Jerusalem y el templo, consumó la cautividad del pueblo hebreo. Dirigióse despues contra Tyro, á la que destruyó á los trece años de resistencia. Evil-Merodac, su hijo, no pudo sostenerse en el trono, y Neriglisar, su cuñado, fué aclamado rey, cuando ya los Medas con Astiages habian roto las hostilidades. Neriglisar murió en esta guerra y le sucedió Baltasar, príncipe indolente, á quien los Medas y Persas, que tomaron á Babilonia mandados por Ciro, degollaron entre los placeres de un convite, y con él acabó el segundo imperio de los Asirios (536).

§ III.

El gobierno en uno y otro imperio era despótico; solo en tiempo de Daniel hubo algo de regular en la administracion pública. El rey conferia todos los empleos, disponia libremente de las tropas y de los impuestos; y las clases inferiores del Estado vivian en una dependencia muy parecida á la esclavitud. Los Asirios tuvieron por divinidad principal á Baal, que representaba al sol, y los Babilonios extendieron además y organizaron el culto de los astros y de los elementos; fueron los primeros que observaron los fenómenos celestes y practicaron la medicina. Pero su mayor título de gloria fué sin duda el arte de construir y edificar, como lo comprueban hoy los preciosos restos de monumentos que se descubren entre las ruinas y escombros de las dos célebres ciudades de Belo y de Semiramis, Nínive y Babilonia.

LECCION TERCERA.

La Media y la Persia hasta Ciro, y la conquista de Babilonia.

(Desde los primeros tiempos hasta 536 A. de J. C.)

§ 1.

LA MEDIA.

La Media tenia al N. la Armenia y el mar Caspio, al O. la Asiria, al S. la Persia y la Susiana, y al E. el pais de los Parthos. Tenia por capital á Ecbatana fundada por Dejoces su primer Rey. Era tambien célebre Ragés, llamada despues Arsacia por los Parthos, cerca de la cual estaba el desfiladero de las *Puertas Caspias,* que pasó Alejandro cuando fué contra ella.

Unos ochocientos años antes de nuestra era, pertenecia la Media á los Ninivitas como provincia tributaria, pero en el reinado de Sennacherib, recobró su independencia. Dejoces, que se habia grangeado el aprecio y respeto de sus compatriotas, fuè proclamado por rey, y edificò sobre una cumbre á Ecbatana, que rodeó de siete murallas paralelas y la hizo capital del reino. Frahortes su hijo, extendió las conquistas por el Asia Menor hasta el Halyx, y cuando, aprovechándose de las revueltas de Nínive, se dirigia contra ella, le salió al encuentro Nabucodonosor I, que le derrotó y diò muerte en Ragaú, y dirigiéndose luego á Ecbatana la hizo destruir. Los restos del Ejército de Frahortes se unieron á Cyaxares I, quien despues de algunas victorias sobre sus enemigos sitió á Nínive, de donde tuvo que retirarse para combatir á los Escitas que invadieron la Media. Puesto despues de acuerdo con el gobernador de Babilonia, se dirigie-

ron juntos contra Nínive y la destruyeron, como queda dicho en la leccion anterior. A su muerte subió al trono Astyages.

§ II.

LA PERSIA.

La Persia llamada en los libros santos Elam y Paras, fué en sus principios una pequeña comarca entre la Media, el Tigris, y el golfo Persico. Ciro la engrandeció con las conquistas de la Asiria, la Media, la Caldea, la Parthia, la Lydia, y una parte de la Grecia del Asia menor, y su hijo Cambises la agregó el Egipto. Su capital era Persepolis: Pasagarda y Susa eran notables, la primera por el sepulcro de Ciro, y la segunda por ser residencia habitual de los Reyes en el invierno. En el O. poseian la Hircania, Margiana, Sogdiana, Bactriana, Aracosia, y otras provincias.

Los Persas aparecen desde su orígen como tribus errantes y feroces que moraban en la comarca que los orientales llamaron Iran, y los occidentales Persis. En su mayor parte vivian sometidos á los Medas, á quienes siguieron contra Nínive, unidos á los Babilonios. Astyages, rey de Media, siendo ya bastante anciano, buscó en su nieto Ciro, hijo de Mandane y de Cambises, reyes tributarios de Persia, el apoyo y sosten de su corona, cuando apenas Ciro tenia diez y seis años. Muerto Astyages, su abuelo, continuó Ciro al lado de su tio Dario el Meda, quien le opuso á los Babilonios y Lidios que amenazaban su reino. Alcanzólos en Timbrea y los desbaratò: persiguió á Creso hasta Sardes, de cuya ciudad se apoderó, y despues de algunas expediciones por la Siria marchó á poner sitio á Babilonia. Dos años estuvo sobre ella hasta que consiguió tomarla por astucia.

El gobierno de los Medas era despótico hereditario, y su respeto á los reyes llegaba hasta tributarlos adoracion; uso que Dejoces introdujo por política para tener sometidos á pueblos casi salvajes y feroces. La religion tenia por fundamento principal el dogma de los dos principios y el culto de los elementos simbolizados por ídolos. Los Persas componian diez tribus, de las cuales

tres eran las principales, y de ellas elegian el rey. Otras cuatro componian la numerosa caballería irregular de que en lances apurados echaban mano, y las tres restantes contenian los labradores y todos los que ejercian las artes mecánicas. Profesaban la misma religion que los Medas, y llamaban magos á sus sacerdotes.

LECCION CUARTA.

La Fenicia en el mismo periodo.

(Desde los primeros tiempos hasta 536 A. de J. C.)

La Fenicia habitada en un principio de los Cananeos, no era propiamente otra cosa que una larga costa del Mediterráneo, limitada al N. por la Palestina, y al E. por el monte Líbano. Tiro, Sidon, Sarepta, y Beryta, fueron sus principales ciudades.

La Fenicia no era un solo Estado, sino una confederacion de ciudades libres, originarias unas de otras. Parece que Sidon, á quien Moisés llama la hija primogénita de Canaan, sin duda porque era la mas antigua de todas y mas principal de la confederacion, estuvo al frente de ellas hasta los tiempos de Salomon en que comenzó á estarlo Tiro. En 1050 reinaba en ella Abibal, que formó contra David una liga de pueblos cananeos. Sucedióle el famoso Hiram que, viviendo en paz con Salomon, le mandó obreros y materiales para la construccion del templo de Jerusalem.

Pero lo que particularmente hizo notable á Tiro y á la Fenicia toda, fué su genio comerciante y colonizador debido á la esterilidad de su suelo, á su actividad industrial y á los grandes bosques, que abundaban en toda clase de maderas de construccion. Infinitas carabanas de Feni-

cios recorrían todos los años el centro del Asia y la Arabia; penetrando en los paises del Africa. Sus flotas surcaban todos los mares estendiendo los límites del mundo conocido por todas partes. En los paises á donde llegaron en sus diversas expediciones, fundaron establecimientos y factorías más ó ménos permanentes. Las tuvieron en las costas del mar Negro y del Mediterráneo, especialmente en las islas de Chipre y de Creta, en Cerdeña y Sicilia, en España y Africa, y subiendo hácia el Norte por el Atlántico, llegaron á las islas Británicas y las Casiterides en busca del estaño que llevaban á Tiro. El comercio de los Fenicios abrazaba todos los objetos y artefactos de la antigüedad, con especialidad los metales preciosos cincelados y la cristalería, de la que se cree fueron los inventores. Su mas importante fabricacion consistía en los tejidos de telas de lana fina, teñidos de aquella púrpura que por su brillantez y explendor se llamó de Tiro.

El culto era una mezcla de la idolatría asiria y del simbolismo egipcio: sus principales divinidades fueron Baal ó el Sol y Hércules, símbolo característico del genio fenicio. Émulas unas de otras las ciudades que formaban la confederacion fenicia, su gobierno era diverso, hasta que Tiro consiguió adquirir la preponderancia sobre todas ellas. Para contrarestar el poder y la influencia de sus reyes, se pusieron las otras bajo la proteccion de los grandes monarcas de la Asiria. En tiempos de Euléo, que reinaba en Tiro, se vió sitiada por Salmanazar y Nabucodonosor el Grande, que vino más adelante sobre ella, la tomó y destruyó como queda dicho. Desde la conquista de Babilonia por Ciro, se hizo la Fenicia tributaria de los reyes de Persia.

LECCION QUINTA.

La Lidia hasta Creso, y la toma de Sardes por Ciro.

(Desde los primeros tiempos hasta 536 A. de J. C.)

La Lidia era una de las provincias del Asia menor al N. Los Griegos la llamaron Meonia. A Sardes su capital bañaba el rio Pactolo de arenas de oro. Magnesia situada al pie del Monte Sypilo, y á orillas del Hermo, era tambien muy notable. La costa ocupada de los Griegos, se llamaba Jonia.

Hasta el reinado de Giges todo es oscuridad y ficciones en la historia de los Lidios. Candaule, de la dinastia de los Heráclidas, que reinaba en Lidia (720), murió en una sublevacion que Giges promovió contra él, y usurpó el trono, dando principio á la dinastía de los Mernnades. En su reinado llegaron los Lidios á estender su dominacion por la Troáde; se apoderaron de Colophon é hicieron la guerra á Smyrna y Mileto. Ardis y Sadiates, sus sucesores, la continuaron, y Alyates la declaró además á la Media. En esta ocasion, y cuando ambos ejércitos estaban próximos á venir á las manos, se vió el eclipse de sol que Thalés de Mileto habia predicho, y fué tal el terror que causó en unos y otros, que ajustaron la paz (601). El último y el más célebre de los reyes de Lidia fué Creso. Este príncipe, que estuvo siempre con las armas en la mano, conquistó todas las ciudades del Asia Menor, resistiéndosele solo las de la Licia y Cilicia. Enorgullecido con tantas victorias quiso resistir á Ciro, que se dirigia hácia aquellas partes, para lo cual reunió un formidable ejército y le salió al encuentro. Pero vencido en la batalla de Timbrea fué luego sitiado

en Sardes, capital de sus Estados, y se vió en la necesidad de humillarse al vencedor, que le trató con generosidad. Creso le siguió constantemente, y aun le indicó el modo de acabar de reducir á su obediencia toda el Asia Menor.

LECCION SESTA.

Reinados de Ciro y de sus sucesores hasta las guerras con los Griegos.—Gobierno y religion de los Persas durante este periodo.

(Desde 536 hasta 494 A. de J. C.)

Con la muerte de Ciaxares el Meda, tio de Ciro, y la de Cambises el Persa, su padre, habian recaido en él las dos coronas de Media y Persia, que engrandeció con las conquistas arriba enumeradas, y que le hicieron dueño y señor de toda el Asia. El primer acto de su poder, despues de conquistada Babilonia, fué el edicto por el que, dando libertad á los Judíos, los permitia volver á Judea y reconstruir el templo de Jerusalem destruido por Nabucodosor el Grande. Mientras sus generales se ocupaban en someter las provincias del Asia Menor, que aun gozaban de su independencia, él pasaba su vida en Ecbatana, Susa ó Babilonia, entregado á los placeres de la molicie y el lujo que los Medas habian introducido en las severas costumbres de los persas. A su muerte, acaecida en Babilonia, dejó dos hijos, de los cuales el mayor, llamado Cambises, le sucedió en el reino, y Smerdis, el menor, fué declarado señor de la Bactriana y de los paises del Oriente, con exencion de tributos. Ciro

antes de morir habia pensado en la conquista de Egipto, que realizó su hijo Cambises (529). Los de Libia y Cirene se le sometieron tambien, pero no asi los Etiopes que hicieron grande resistencia. Para ir contra Cartago pidió á los de Tiro sus buques, que le negaron. Cambises llegó á sospechar de su hermano Smerdis en esta negativa, y quitándole el gobierno le hizo dar muerte con otros muchos principales de la córte, de quienes creia estar en connivencia con él. Tales rasgos de tiranía le hicieron odioso á los suyos, especialmente á los magos, quienes en Susa proclamaron por rey á un falso Smerdis, suponiendo que el verdadero no habia muerto. Cuando lo supo Cambises trató de volverse á Persia para ahogar la insurreccion en su origen; mas precipitado del caballo que montaba, cayó sobre su misma espada mortalmente herido (522). Su muerte legitimó la usurpacion, pero conocida de los principales señores de la córte la suplantacion, invadieron el palacio donde permanecia oculto, sin que nadie le viera ni hablara, el falso Smerdis, y le dieron muerte como á todos los magos que le rodeaban. En lugar suyo eligieron á Darío, hijo de Histaspes, que se vió obligado á combatir á los descontentos refugiados en Babilonia que se habia revelado, de la cual se apoderó por astucias de Zopiro, su confidente.

En la necesidad de ocupar las muchas tropas que tenia reunidas, fué contra los Scitas de Europa, á quienes pasando el Bósforo, persiguió sin darlos alcance, atravesando el Dniester, el Dnieper, el Don y el Volga. Cansadas las tropas, se vió obligado á volverse sobre la Tracia y la Macedonia, que hizo tributarias. En otra espedicion que dirigió al Oriente, sometió todas las provincias que baña el Indo (505).

Por este tiempo se habian refugiado en las satrapias del Asia Menor algunos Griegos víctimas de las pasiones democráticas de sus ciudades; los cuales con Hipias, hijo de Pisistrato, no dejaban de excitar á Darío contra la Grecia, cuya conquista le representaban muy fácil. Resentidos los Atenienses de estos amaños, insurreccionaron á los Jonios asiáticos, y unidos á ellos cayeron sobre Sardes y la incendiaron. Darío fué contra los confederados y los venció; sometió las ciudades griegas reveladas, y enfurecido contra Atenas se propuso tomar venganza de tamaño insulto á su gran poder (494).

En el reinado de este príncipe llegó á su mayor grado el gobierno despótico en la Persia. Hízose llamar Rey de Reyes y Señor de los Señores, y obligó á sus súbditos á que le adoraran como á un Dios. Al fausto de la córte Meda introducido ya por Ciro, añadió un ceremonial tan molesto para él como para sus cortesanos. Dos cuerpos escogidos entre todas las tropas, compuestos el uno de doce mil hombres llamados los inmortales, y el otro de quince mil llamados doríferos, custodiaban la sagrada persona del monarca. El imperio fué dividido en veinte satrapias con otros tantos gefes que llegaban á ser poderosos y temidos; pues además de ser árbitros en el gobierno de su satrapia, lo eran tambien en exigir los impuestos, con tal que llevaran al tesoro del rey la parte de ellos que al nombrarlos sátrapas se les habia designado.

Antes de Zoro-Astro, toda el Asia profesaba el dogma de los dos principios, y daba culto á los elementos y los astros. Pero este filósofo, sin despreciar el dogma recibido; predicó contra la idolatría, y simplificó el culto, reconociendo un solo símbolo de la divinidad, que era el fuego sagrado, conservado perpétuamente en pequeños templos abobedados, servidos por un cuerpo sacerdotal creado con este objeto.

LECCION SEPTIMA.

Estados del Africa.—Historia de Egipto, hasta su conquista por Cambises.

(Desde los primeros tiempos hasta 529 A. de J. C.)

El Africa conocida en la historia, hace mas de cuatro mil años, se dividia en siete estados: El Egipto, la Libya,

Etiopia, Africa propiamente tal, la Numidia, Mauritania, y la grande Libia ó Africa interior.

El Egipto forma un valle estrecho como de doscientas leguas de largo, y confinaba al N. con el Mediterráneo, al E. con el mar Rojo y el Istmo de Suez que le unia á la Arabia; al S. con la Etiopia, y al O. con los desiertos de la Libia.

El Egipto. situado en la parte septentrional del valle por donde corre el Nilo, fué poblado por la familia de Mesraim segun los libros santos, y á quien los historia ores profanos llaman Menés. La historia primitiva de este pais es muy oscura é incierta. Con todo, se sabe que desde muy antiguo se hallaba dividido en tres partes ó comarcas. 1.ª El Alto Egipto, ó la Tebaida, llamada así de la ciudad de Tebas que era la capital: 2.ª Egipto Medio ó Central del que lo era Memphis: 3.ª Bajo Egipto, llamado tambien Delta, que tenia á Heliópolis.

Por los años de 1900 A. de J. C. llegó Abraham á Egipto, huyendo del hambre que afligia á la tierra de Canaam, y algun tiempo despues entraron en él multitud de tribus Arabes que vencieron á los que habitaban en el Bajo y Medio Egipto, y se posesionaron de estas comarcas. Los historiadores llaman á estos invasores, que sin duda eran Idumeos, Hycsos ó Pastores. Durante su dominacion fuè traido á Egipto José, hijo de Jacob, quien llegó á ocupar el segundo lugar despues del rey, y protegió á su padre y hermanos estableciéndolos en tierra de Gesen, situada entre el Delta y el mar Rojo.

Los Reyes de Tebas comenzaron la reconquista de las partes ocupadas por los Hycsos invasores, y no desistieron de ella hasta haberlos sometido y reducido á servidumbre. Desde entonces empezó una era brillante para el Egipto, cuyos soberanos le dotaron de las magníficas obras que en los siglos posteriores han admirado los hombres y en cuyas construcciones emplearon á los vencidos invasores, y á los Hebreos que habian llegado á hacerse temibles por su gran número. La dureza con que todos eran tratados, obligó á muchos á emigrar á otros paises, entre los cuales fueron los principales Cecrope; que huyó al Atica; Danao, á la Argólida, y Moises que por disposicion divina sacó á los Hebreos de la servidumbre á que se veian reducidos (1491).

El mas notable de los reyes de Egipto, fué Sesostris, llamado tambien Ramsses el Grande, que hizo otra nueva division del territorio en treinta y seis nomos ó distritos, alentó las artes y ciencias, y emprendió varias conquistas por el Asia hasta el Ganges, sujetó á los Arabes, los Sirios y los pueblos del Asia Menor, y llevó sus armas á los confines de Europa. Sucesores suyos fueron Vafrés que dió una hija en matrimonio á Salomon, y Se-Sac que en guerra con Roboan invadió la Palestina. Poco tiempo despues acaecieron grandes desórdenes en el Egipto invadido por Sabacon y los Etiopes. En 713, se presentaron tambien como invasores los Asirios con Sennacherib, que fueron rechazados por Sethos, rey de la dinastía Etiope. A la muerte de este siguió una anarquía de muchos años, en la que doce tiranos se divieron el Estado. Psammético, uno de ellos, consiguió arrojar á los demás, y quedar solo en el gobierno, auxiliado por los Griegos de la Caria y de la Jonia. Hizo en él profundas innovaciones que descontentaron á los Egipcios, que veian á los Griegos tan favorecidos. Necaó, su hijo, fué el que creó la marina y comenzó el famoso canal de comunicacion entre el Nilo y el mar Rojo. Trató de atacar á los Asirios mandados por Nabucodonosor, pero fué rechazado por ellos y obligado á volverse á su reino, donde murió en 601. Los sucesores de Necaó hicieron grandes esfuerzos para mantener la preponderancia Egipcia en el Asia Menor, cuando Ciro que acababa de conquistar á Babilonia, se disponia para venir á Egipto. No habiendo podido realizar su venida, la hizo su hijo Cambises en tiempo que, habiendo muerto el rey Amasis, dejaba en el trono al niño Psammenito, incapaz de defenderle. Sitiado por Cambises en Memphis se rindió á él quedando el Egipto hecho provincia de la Persia.

La religion de los Egipcios fué en su origen el monoteismo manifestado en simbolos misteriosos. Pero cuando la influencia griega ejerció su accion desde el reinado de Psammetico, degeneró el simbolismo en una soez idolatria. El gobierno pudiera llamarse una monarquía teocrática, en atencion á que el rey debia ser elegido de entre los sacerdotes, ó ser afiliado en sus colegios si no lo era al tiempo de su elevacion al trono. La poblacion de todo el pais estaba dividida en tres clases ó castas: 1.ª la de los sacerdotes, que era la mas poderosa é in-

fluyente: 2.ª de soldados, y la 3.ª que comprendía los labradores, comerciantes y demás que ejercian las diversas profesiones y oficios.

§ II.

LA ETIOPIA, LYBIA, AFRICA PROPIAMENTE DICHA, NUMIDIA, Y LA MAURITANIA.

La Etiopia formaba la parte mas meridional del Africa, y tenia al N. el Egipto, al O. la Lybia, al S. E. la costa de Aziana hoy de Ajan, al E. el Golfo arabigo. La atravesaba el Nilo en cuyas márgenes estaba el Napata, residencia de la Reina Candace. A lo largo del golfo Arabigo moraban los troglodytas.

Llamóse Etiopia el pais situado al Mediodia del Egipto: su historia es muy oscura é incierta hasta Sabacon, que invadió el Egipto y estableció en él su dinastía.

Los Griegos llamaron Lybia á toda el Africa y los Romanos designaron con este nombre solo el país situado al Oeste del Egipto hasta la grande Syrte. En la parte septentrional de él, que hoy es el desierto de Barkah, estuvo Cyrene, que dió nombre á la comarca. Cuando los Fenicios por disposicion de Necaó emprendieron su viaje al rededor del Africa, fundaron en sus costas algunos establecimientos.

El Africa propiamente tal de los antiguos, comprendia el pais desde la Lybia hasta la Numidia, equivalente á los estados actuales de Trípoli y Tunez. La principal ciudad de ella fué Cartago, fundada por Dido que vino huyendo de la tiranía de Pigmalion, rey de Tiro (880). Algun tiempo después abolieron los Cartagineses la monarquía, que fué su primera forma de gobierno, y establecieron el aristocrático de los suffetes. Su genio conquistador y mercantil los llevó á la Lybia, la Numidia y la Mauritania, primero, y despues á la Cerdeña, Sicilia, Islas Baleares y costas de España. En la Numidia, parte hoy de la Argelia, reinaba Yarbas, que quiso obligar á Dido á casarse con él para reinar sobre Cartago, cuya fundacion veia con recelo. Mas adelante se vieron realizados sus temores, cuando la Numidia se vió sometida á los Cartagineses.

La Mauritania comprendia tambien una parte del actual Argelia y el reino de Marruecos, separado de España por el estrecho de Gibraltar. En ella fué célebre Tingis, hoy Tánger, de la que hicieron los Cartagineses un establecimiento importante.

LECCION OCTAVA.

ESTADOS DE EUROPA.

La Europa antigua estaba dividida en nueve partes siguientes: La Grecia, la Tracia, la Italia, la Iliria, la España, la Gaula, la Britania, la Germania, y la Sarmatia europea.

La Grecia desde su origen hasta las guerras con los Persas.

(Desde los tiempos primitivos hasta 494 A. de J. C.)

§ I.

DE LA GRECIA EN GENERAL.

La Grecia sirvió de comunicacion al mundo oriental con el occidental, que recibió de ella los elementos de su civilizacion. Limitada en su totalidad esta península por la Iliria y la Macedonia al N., por el Mediterráneo al E. S. y O., se divide naturalmente en tres partes: Grecia del Norte, Grecia del Centro y Grecia Meridional.

En la primera se hallaban la Tesalia y el Epiro, la segunda se estendia desde la cadena del Oéta y el Pindo hasta el Istmo de Corinto, y la tercera llamada, el Peloponeso, es una pequeña península que se une á la mayor por el referido Istmo.

Apreciar todas las revoluciones de los muchos Estados de la Grecia antigua, sobre ser casi imposible, sería inútil por demás en un libro elemental como este. Por lo cual, siguiendo la division que dejo hecha de la península, me circunscribiré á referir los sucesos mas notables y que mas contribuyeron á la generalizacion y marcha de la civilizacion de aquella, y del Occidente por su conducto. Pero antes considero indispensable dar algunas nociones acerca del orígen de las diversas razas que la poblaron ó vinieron de otros puntos.

Los antiguos Griegos que se llamaron á sí mismos Autoctones, ó nacidos de la tierra, vivieron en un estado próximo á la barbárie, que los montes, lagos y diferentes brazos de mar que separan las diversas comarcas que la componen, contribuian á mantener, oponiendo grandes obstáculos á la comunicacion de unas tribus con otras, hasta la llegada á ellas de colonias extranjeras venidas del Asia, el Egipto y la Fenicia. Entre los primitivos pobladores, fueron los mas conocidos los Pelasgos y los Helenos, venidos sin duda del Asia en tiempos casi ignorados.

Como unos diez y seis siglos antes de Jesucristo, comenzaron á llegar á la Grecia varias colonias extranjeras con Cecrôpe, egipcio que se estableció en el Atica, Danáo, que lo hizo en la Argólida, Cadmo, fenicio, que fundó á Tebas en la Beócia, Pelope, venido de la Frigia, y dió su nombre al Peloponeso, y otros aventureros de menor importancia que, establecidos al lado de estos, nos han dejado escasas noticias de sus hechos. Pero todos ellos se hicieron gratos á los indígenas del país, instruyéndoles en toda especie de conocimientos civilizadores que trajeron de sus respectivas naciones, no siendo el menor el alfabeto fenicio, traido por Cadmo. A los tiempos de su establecimiento en la Grecia y á los de sus primeros sucesores, se refieren los grandes sucesos que los historiadores designan con el dictado de *Tiempos heróicos*. No obstante las frecuentes guerras entre tan diversas razas como ocupaban la Grecia, y la supe-

rioridad de genio de los extranjeros que arribaron á ella, no pudo formarse un grande Estado semejante á los que hemos visto establecerse en el Asia y el Egipto desde los tiempos mas remotos; fenómeno que como hemos dicho fué debido á la dificultad de las comunicaciones entre sus diversas comarcas. En la historia de las ciudades que mayores esfuerzos hicieron para dominar todos los pequeños Estados en ella conocidos, sin poder nunca alcanzarlo, lo hallarémos demostrado, como igualmente veremos los grandes resultados que mientras estuvieron unidos obtuvieron en las guerras contra los Persas.

§ II.

HISTORIA DE ATENAS.

Cuando en 1582 (A. de J. C.) llegó Cecrópe al Atica, se hallaba poblada esta comarca de tribus miserables y groseras, que por lo accidentado del suelo que ocupaban se distinguian en habitantes de la Montaña, de la Llanura y de la Ribera. Admitido por jefe de ellos, edificó una fortaleza que luego llegó á ser la ciudadela de Atenas, y dió principio á su instruccion en las artes mas necesarias á la vida. Hasta que Teseo, que la señoreó en 1259, se vió el Atica envuelta en nuevas invasiones y resistencias, que obligaron al héroe á dar otra organizacion á la monarquía, incorporando á la ciudad los doce cantones que componian su poblacion, y dividiéndola en tres clases ú órdenes de propietarios, labradores é industriales. A Teseo le sucedieron algunos otros reyes, en cuyos reinados arribaron á Atenas muchos emigrados de otros puntos y fueron igualmente incorporados á sus tribus. Los Heráclidas y los Dorios llevaron muy á mal este aumento de poblacion en Atenas, y dispusieron una expedicion contra Codro que reinaba en ella. Los Atenienses consultaron al oráculo sobre el éxito de esta invasion, y habiéndolos respondido el Dios que la victoria sería de aquellos cuyo rey muriera en la pelea, ofrecióse Codro voluntariamente á la muerte por salvar á los Atenienses, metiéndose en lo mas recio de ella. En memoria de tan heróica abnegacion y sacrificio, y pretestando no ser posible encontrar otro rey digno de sucederle, abolieron la monarquía y establecieron el arcontado perpétuo (1095.

Esta revolucion produjo en el país numerosas discordias civiles, durante las cuales el arcontado se hizo electivo, y su duracion se extendió á solos diez años. Así este arcontado, como el perpétuo, debian pertenecer solamente á la familia de Codro. Posteriormente (682,) aparecieron organizadas tres facciones, denominadas de la Llanura, la Montaña y la Ribera, por los sitios que habitaban los que á ellas pertenecian. Componian la primera los Eupatridas ó nobles, partidarios de la oligarquía y aristocracia, y las otras dos estaban compuestas de los que aspiraban á la democracia combinada de distintos modos. El arcontado se hizo anual, y la autoridad suprema se dividió entre nueve ciudadanos. Con esta innovacion, lejos de calmarse las discordias civiles, fueron en aumento, hasta que, temerosos los Atenienses de que sus mismos excesos acabarían con la república, recurrieron á Dracon, hombre justo, que era arconte en 622, y le dieron poder para reformarla y reconciliar los partidos por medio de nuevas leyes. O porque estas fueron insuficientes, ó porque adolecieran de excesiva dureza y rigor en los castigos, aun por las faltas mas leves apenas fueron publicadas cuando se vieron derogadas por el no uso. Envuelta la república en mayores desastres, concibió Cilon el proyecto de tiranizarla, pero fracasó en él y se vió obligado á huir. Sus partidarios, que buscaron un asilo en el templo de Minerva, fueron sacados de él con engaños y luego mandados degollar por el arconte Megaclés. Tal atentado dió á conocer á los Atenienses que si querian salvarse de tan sangrientas luchas intestinas, era preciso cambiar la forma de gobierno, y para ello eligieron á Solon.

Autorizado este por todo el pueblo (594), principió la reforma, haciendo otra clasificacion de él distribuyéndole en cuatro tribus, sobre distintas bases que las existentes hasta entonces. En la primera colocó á los que poseian una renta de quinientas medidas de trigo: en la segunda á los que poseian trescientas y podian equipar un caballo: en la tercera á los que tuvieran doscientas medidas; y en la cuarta y última á todos los que no llegaran á ese número de medidas. Los contenidos en las tres primeras tribus eran los que unicamente podian obtener los cargos públicos, pero los de la cuarta, además de tener como los de las otras tres el derecho

de votar las leyes en las asambleas públicas, podian ser jueces en las causas menores, pues las mayores debian ser ventiladas en las asambleas nacionales. La iniciativa de las leyes pertenecía á un Senado compuesto de cuatrocientos senadores sacados por eleccion de entre todas las tribus. El pueblo elegia comunmente uno ó más oradores que sostuvieran ó impugnaran las que el Senado proponia en las asambleas. Solon dejó en su vigor la institucion de los nueve arcontes, que concluido el tiempo por que fueron elegidos, pasaban al Areópago, tribunal que se cree fué fundado por Cecrope. Para regularizar la autoridad de los arcontes, dió á este tribunal la facultad de revisar sus decisiones y las del pueblo contrarias á la constitucion ó á la moral pública. Entre las leyes políticas mas notables que dió este legislador, fué una que se llamó del Ostracismo, por la cual se obligaba á salir de la ciudad por diez años á todos lo que por cualquiera causa llegaban hacerse temibles por su influencia en el pueblo, siempre que lo pidieran seis mil ciudadanos. Otra no ménos importante era la que obligaba á todos á tomar parte en las discordias civiles. Completó Solon su obra de regeneracion dando á los Atenienses un Código de leyes civiles que reglaban el ejercicio de las profesiones, muchos actos de la vida privada, la educacion de la juventud y la policia sobre las costumbres de la ciudad. Concluido su cometido, salió de Atenas á viajar.

Apenas el legislador se habia alejado de ella, cuando las facciones volvieron á levantar la cabeza, porque descontentos los que componian la cuarta tribu de no poder optar á los cargos públicos, pretendieron que se distribuyeran con igualdad entre todos los de las cuatro en que Solon habia clasificado al pueblo, y que se hiciera nuevo censo de la tierra. Pisistrato, ambicioso y sagaz, hizo suya esta faccion y con ella llegó á tiranizar á Atenas por diez años. Muerto él, le sucedieron sus dos hijos Hipias é Hiparco, quienes sin capacidad para gobernar como su padre, provocaron nuevas revoluciones, en las cuales Hiparco murió asesinado en las fiestas Panatenéas, y Hipias se vió precisado á huir á Persia con algunos partidarios.

§ III.

HISTORIA DE LACEDEMONIA.

En la division que los Heráclidas hicieron del Peloponeso, correspondió á Aristodemo la Laconia, pero habiendo muerto al poco tiempo, la ocuparon sus hijos Euristenes y Proclés, que reinaron en Esparta á la vez, como continuaron haciéndolo tambien sus sucesores. Una gran parte de los antiguos pobladores de la Laconia, emigraron á otras comarcas, y los demás se sometieron á Agis I, menos los de Hélos, quienes habiéndose resistido, fueron vencidos y hechos esclavos de los vencedores.

En Esparta, como en todas las ciudades de la Grecia fueron frecuentes las discordias civiles, hasta que Licurgo, tio y tutor del jóven rey Carilao, la organizó con sus leyes (885). Los Heráclidas, conquistadores de la Laconia, fueron antes los principales, y de sus familias habian de ser elegidos los reyes y los capitanes para la guerra. Los Lacedemonios, que eran los sometidos habitadores de la Laconia, no gazaban de iguales derechos que los primeros; pagaban el impuesto y servian en los ejércitos. Los Hilotas hechos esclavos, ejercian las artes mecánicas y los oficios mas penosos. Tal desigualdad de condiciones unida á la bizarra forma de monarquía con dos reyes simultáneos, fueron las principales causas de las discordias que Licurgo trató de remediar. Para hacerlo así, aunque respetó la institucion de los dos reyes á la vez, limitó su poder al solo mando de los ejércitos, la presidencia del culto, y la ejecucion de las leyes que el pueblo reunido en asamblea nacional aprobaba á propuesta del Senado. Todos los magistrados de la república debian ser nombrados en la misma, que tenia además el derecho de declarar la guerra, hacer la paz y el de juzgar las causas graves. Creó una magistratura compuesta de cinco; llamados Eféros á quienes, como poder regulador, dió la facultad de prevenir las intrusiones entre la autoridad real y el Senado, y convocar las asambleas populares. Pero lo que mas contribuyó á hacer de Lacedemonia una ciudad fuerte y duradera fueron sus leyes civiles, por las cuales Licurgo se pro-

puso extinguir las causas que mas podian influir en dar orígen y mantener separados otros intereses y afecciones que las relativas á la conservacion del Estado. Después de haber hecho aceptar con juramento á los Lacedemonios unas y otras leyes, salió de la ciudad para no volver jamás á ella.

Acabadas de este modo las discordias civiles, empezaron los Lacedemonios á llevar la guerra y la conquista á los pueblos vecinos. En 742 acometieron á los Mesenios, que hicieron tributarios, mas insurreccionándose despues de algunos años, auxiliados de casi todos los pueblos del Peloponeso que hicieron alianza con ellos, los pusieron en tan grande aprieto que tuvieron que pedir socorro á los Atenienses. Estos los mandaron por jefe al Poeta Tirteo, que animando con sus cánticos y consejos á los soldados Lacedemonios, vencieron, á los Mesenios, y los redujeron á la condicion de los Hilotas. Con las conquistas de la Argólida y de la Arcadia que siguieron á esta, llegó Lacedemonia á hacerse respetar de toda la Grecia.

§ IV.

GUERRAS DE LOS GRIEGOS CON LOS PERSAS.

(Desde 494 hasta 449 A. de J. C.)

Tal era el estado de las dos ciudades principales de la Grecia, cuando Dario, rey de los Persas, dirigió contra Atenas un considerable ejército de mar y tierra, á las órdenes de su yerno Mardonio. De ellos el primero fué destruido por una tempestad que sobrevino en un promontorio inmediato al monte Athos, y el segundo que habia pasado el Helesponto y estendidose por la Tracia y la Macedonia, fué tambien derrotado por los Tracios que le acometieron de improviso por todas partes. Enfurecido Dario con tales desastres, preparó otro ejército, aun mas numeroso, y exigió con amenazas la sumision de las ciudades griegas, que consiguió de muchas. Este segundo ejército, mandado por el medo Datis y el persa Artafernes; despues de haber talado la isla de Naxos, sometido las Cicladas, abordado á Eubea y destruido á Eretria, desembarcó en las costas del Atica, y se dirigió contra

Atenas. No aguardaron los Atenienses á verse acometidos en la ciudad misma, pues con solo sus fuerzas reducidas á diez mil hombres y otros mil con que los auxiliaron los de Platéa, salieron al encuentro del enemigo acampado en la llanura de Maratón. Allí se convinieron los diez jefes que debian tener el mando del pequeño ejército cada uno un dia, en dársele solo á Milciades, y el ilustre capitan que todo lo esperaba de tan decididos soldados, alcanzó sobre los Persas una memorable victoria (29 de Setiembre de 490). Quiso después aprovecharse de ella para recobrar las Cicladas sometidas á Darío, y no habiéndolo conseguido de Palos, le acusaron de traicion sus émulos, y se vió condenado á sufrir una prision, en la que murió cubierto de heridas, por no haber podido pagar la multa que se le habia impuesto (480).

Darío entretanto proyectaba otra expedicion que debia mandar en persona, cuando le sorprendió la muerte (485). Sucedióle su hijo Xerges; quien al segundo año de su reinado, redujo é la obediencia el Egipto, que los Griegos le habian insurreccionado, y diez años despues de la batalla de Maratón se puso á la cabeza del ejército mas formidable de mar y tierra que ha conocido el mundo. Pasó el Helesponto por un puente de barcas, penetró en la Grecia, y creyendo que nadie se le opondría en su marcha, llegó al desfiladero de las Termópilas que defendian trescientos Espartanos mandados por Leonidas, su rey, auxiliados de las pocas fuerzas que los de Tespia habian tambien enviado. Decididos á resistir el paso de Xerges se batieron causándole enormes pérdidas, hasta que, muriendo todos, pudo penetrar en la Beocia y el Atica, donde se apoderó de Atenas; que sus habitantes habian abandonado por consejo de Temístocles. Casi al mismo tiempo en que Atenas era destruida, batian á la armada Persa en el promontorio de Artemisa en la Eubéa. Retirados los Atenienses á sus buques y seguidos de la armada aliada mandada por el espartano Euribiades, se dió á Temístocles la direccion de ambas escuadras, y en el Estrecho de Salamina destruyeron enteramente á la de Xerges, que se vió obligado á repasar el Helesponto Sin embargo de tantas pérdidas, los restos de tan formidable armada eran todavia superiores á las dos de los Griegos, y el ejército de tierra con que habia quedado Mardonio era aun muy respetable.

De uno y otro se vió libre la Grecia con dos victorias ganadas en un mismo dia (25 de Setiembre de 479.). La una en Platea por el ateniense Arístides y el espartano Pausanias; la otra en el mar en Micala por el ateniense Xantipo y el espartano Leotiquidas. A consecuencia de ello empezaron las colonias griegas del Asia Menor á cobrar su independencia, y los vencedores enriquecidos con el botin de los vencidos aumentaron su poder. Temístocles que habia aconsejado á los Atenienses el abandono de la ciudad, hizo reconstruir sus murallas y el Puerto del Piréo, entreteniendo á los Lacedemonios, que se oponian á ello con frívolas escusas.

La derrota completa de los ejércitos de Xerges, dió por resultado hacer que los Griegos, atenidos hasta entonces á la defensiva, se convirtieran en agresores. El pretexto para ello fué la defensa de los Griegos asiáticos expuestos al resentimiento de los Persas; unidos con este motivo los Atenienses y Espartanos (477), se apoderaron de Bizancio en la Tracia; corrieron las islas del mar Egeo, y arrojaron á los Persas de la de Chipre. Con tales sucesos, Pausanias, general de Lacedemonia, proyectó hacerse tirano de la Grecia, pero llamado á Esparta, fué condenado á muerte. Con ella recayó el mando de la armada en solos los atenienses Arístides y Cimon, hijo de Milciades. Despues de haber sometido las ciudades de la Tracia, ocupadas por los Persas, siguió persiguiéndolos Cimon, en el Asia Menor: destruyó su escuadra cerca de Chipre, y derrotó el ejército de tierra en las orillas del Eurimedon. Despertose con estos triunfos de los Atenienses la rivalidad de Esparta, que acusó á Temístocles de abrigar el mismo proyecto que Pausanías, hizo que se viera proscrito de Atenas y obligado á huir á Persia, donde murió. No pudo continuar Lacedemonia sus maquinaciones, porque destruida por un fuerte terremoto, y revelándose á la vez los Hilotas y Mesenios, tuvo bastante que hacer para sujetarlos. Cimon trató de auxiliarla en esta empresa, pero la fiereza espartana, y mas que todo la desconfianza en la lealtad de los Atenienses rechazó el auxilio. Tambien intentó el mismo socorrer á los Egipcios rebelados contra los Persas; y tampoco tuvo éxito esta espedicion. De mayor consecuencia fueron los resultados de otra que hizo á Chipre, donde tomó á Malos y Citium, y derrotó á los Persas en el mar, obligando á

Artaxerges á pedir la paz que es conocida con el nombre de *Paz de Cimon* (449): Por ella obtuvieron su libertad é independencia las colonias griegas del Asia Menor, y Atenas quedó dominando en el mar Egéo.

LECCION NOVENA.

Guerra del Peloponeso.

(Desde 431 á 404 A. de J. C.)

§ I.

La lucha que por espacio de veintisiete años tuvo agitada la Grecia entera dividida en dos campos encontrados, no reconoce otra causa que la declarada rivalidad de las dos principales repúblicas, Atenas y Lacedemonia, deseosas ambas de obtener la supremacía en los negocios de toda la península. La ocasion para el rompimiento la proporcionó Pericles, resistiéndose á dar cuenta de siete mil talentos tomados del tesoro comun, é invertidos por él en hermosear y engrandecer á Atenas. En el principio de la guerra con los Persas, habia aconsejado Arístides á todas las ciudades, que para la comun defensa contribuyeran todas con una cantidad determinada al tesoro de Atenas, la cual por su parte se comprometeria á tener siempre disponible en el mar una flota que oponer á la de los Persas que intentaran venir contra alguna de ellas. Hiciéronlo así, y mientras Arístides, Cimon y otros hombres como ellos administraron aquel tesoro, nada tuvieron que decir las ciudades que contribuian á formarle con sus cuotas. Pero cuando Pericles, después de muerto Arístides y desterrado Cimon, se puso al frente de la demagogia de Atenas, á quien supo atraerse con las innovaciones que hizo en el go-

bierno y las concesiones con que procuró halagarla, tomaron los Atenienses las armas varias veces bajo diferentes pretextos, que escitaron la animosidad de Lacedemonia, y las ciudades aliadas, que vieron en la conducta de Atenas tendencias inequívocas de aspirar á ejercer sobre toda la Grecia el irritante despotismo de que eran presa las que la seguian ó tenia sometidas, invirtiendo en oprimirlas el tesoro destinado á defenderlas del enemigo comun.

Por lo cual en 431 los Lacedemonios, al mando de su rey Archidamo, penetraron en la Atica, que debastaron, sin que los Atenienses aconsejados de Pericles se dieran por entendidos de ello. Mas apenas los Lacedemonios volvieron al Peloponeso, arribó una escuadra ateniense de improviso á sus costas, y destruyó en ellas cuanto estuvo á su alcance. Una terrible peste que se declaró en Atenas, y de la cual murió Pericles, tuvo en suspenso la guerra un corto espacio de tiempo. Sucedióle en las afecciones populares Cleon, hombre oscuro pero audaz, y con él tomó nuevo giro la lucha comenzada. Ya no fué solo en los campos de batalla donde las dos rivales combatian encarnizadas, sino tambien en las plazas públicas de las otras ciudades, en las cuales cada una procuraba hacer valer su influencia; Lacedemonia para hacer que la oligarquía prevaleciese en ellas, y Atenas que admitieran la democracia. Diez años habian trascurrido desde el principio de la guerra con diversa fortuna por una y otra ciudad, cuando muertos bajo las murallas de Anfipolis los dos generales que mandaban sus respectivos ejércitos, Brasidas y Cleon, Nicias que sucedió á este en el mando de los Atenienses, obtuvo la confianza del pueblo, y atrajo á las dos partes beligerantes, ya fatigadas de luchar sin resultados decisivos, á ajustar una paz de cincuenta años.

Esta paz, llamada de Nicias, no fué del gusto de los Estados secundarios de la Grecia, que habian combatido al lado de una ó de otra, porque solo veian en ella un acomodamiento de las dos potencias rivales hecho en perjuicio suyo. Para romperla se ligaron contra Esparta varias ciudades del Peloponeso, cuya liga se llamó Argiva, por ser Argos la principal de ella. Esparta y Atenas permanecieron unidas en un principio para hacerse respetar, pero la influencia de Alcibiades hizo que esta

union se acabara luego, apoyando Atenas á las ciudades aliadas. La defeccion de los Eléos que se separaron de la liga, y la victoria que sobre ella consiguió Esparta en Mantinéa, dieron á esta ciudad la superioridad que apetecia en la Grecia, y Atenas vió disminuirse la suya. Alcibiades, autor principal del descalabro sufrido en la importancia de su ciudad, concibió, para repararle, el gigantesco proyecto de someter á la dominacion ateniense, no solo la Grecia toda, sino tambien los Estados griegos del Asia Menor, y los de Italia, muy especialmente Sicilia, donde ya antes habia estado en auxilio de los Leontinos contra Siracusa. Una acusacion de sacrilegio intentada contra él, le impidió que tomara parte en la espedicion que habia preparado. Encargado Nicias de ella acometió á Siracusa, que llamó en su socorro á los Espartanos, quienes la mandaron un buen ejército á las órdenes de Gilipo, que obligó á los Atenienses á levantar el sitio, matándolos dos mil hombres, y poniendo en fuga á los que pudieron salvarse (413).

Con la noticia de este desastre, y las innovaciones que en el interior de su ciudad hacian los Atenienses, se vieron abandonados de todos sus aliados. Esto alentaba mas á Lacedemonia para aspirar á la dominacion porque tantos esfuerzos venia haciendo, y para mejor conseguirlo solicitó y obtuvo la alianza de los Persas. Alcibiades que se habia refugiado en la corte de Tisafernes, llevando el ardiente deseo de vengarse de sus conciudadanos, hizo que este sátrapa proporcionara una escuadra á Lacedemonia, quien por su parte ayudaria al rey de Persia á someter las ciudades griegas del Asia Menor, que habian recobrado su libertad por la paz de Cimon. La toma de Eubéa, y las victorias que Esparta consiguió en el mar Eritréo, acabaron de humillar á Atenas, que solo vió su salvacion en el mismo que tan esforzadamente procuraba perderla. Alzóse el destierro á Alcibiades, y puesto otra vez á la cabeza de los Atenienses, consiguió desbaratar á los Lacedemonios y Persas aliados, tanto en el mar como por tierra. Mas estas victorias fueron inútiles para Atenas, porque vencida á su vez por Lisandro, general de Lacedemonia, auxiliado del jóven Ciro (407), se vió Alcibiades condenado nuevamente al destierro, donde murió, pasando su nombre á la posteridad con las notas de impío y mal ciudadano,

Nombrados en su lugar diez generales, alcanzaron otra nueva victoria naval sobre los aliados. Pero en la batalla de Ægos-Potamos consiguió Lisandro destruir la flota ateniense, y dirigiéndose luego por mar y tierra sobre Atenas, la tomó despues de un sitio de algunos meses: derribó las murallas del Piréo, y las que le unian á la ciudad: redujo la marina á doce buques de guerra: dictó á los Atenienses la dura condicion de seguir á Lacedemonia por mar y tierra siempre que lo pidiese, y entregó el gobierno de la ciudad á treinta tiranos elegidos por él, y puso en el alcácar guarnicion de Lacedemonios. Así acabó la famosa guerra de Peloponeso, que dió á Esparta la superioridad en la Grecia (404).

§ II.

Durante la guerra, la afligieron todos los vicios consiguientes á la desmoralizacion que trae consigo una guerra civil. Por manera que desalentados muchos opinaban que no era posible que sus ciudades pudieran gobernarse á sí mismas. Los treinta tiranos que Lisandro habia dejado en Atenas dirigidos por el feroz Critias, se sostuvieron por el terror ocho meses, en los que quitaron la vida á mil cuatrocientos ciudadanos, y desterraron á cinco mil. Las demás ciudades griegas, inclusa la misma Esparta, recelaron que Lisandro aspiraba á la tiranía, por lo que el rey Pausanias, de acuerdo con los Eféros, favoreció la conspiracion que contra los treinta tiranos de Atenas urdia el ateniense Trasibulo (403). Fueron arrojados los opresores y Atenas restableció la democracia, modificando algo el antiguo régimen de Solon. No eran vanos los recelos que Esparta habia inspirado á la Grecia, pues con el objeto de proporcionarse recursos para subyugarla, trató de colocar en el trono de Persia á Ciro, segundo hijo de Dario Noto y de Parisatis su mujer, al cual habia entregado el gobierno del Asia Menor con órden de auxiliar á los Lacedemonios contra Atenas. Corinto formó una liga con Argos, Atenas y Tebas, en la cual Lisandro solo vió unos rebeldes á quien castigar. Marchó á la Beocia, en donde, bajo las murallas de Halicarnaso, fué derrotado y muerto. Atemorizada Lacedemonia llamó á Agesilao, que dió con-

tra los confederados una accion en Cheronea, de la cual aunque salió vencedor no tuvo grandes resultados, pues durante este tiempo el ateniense Conon destruyó la armada Espartana, é hizo levantar á toda prisa las murallas de Atenas y del Piréo, que aun permanecian arruinadas. Tan continuadas luchas tenian agoviada á la Grecia hasta tal punto, que se humilló á aceptar la mediacion de los bárbaros. Artaxerges celebró con el espartano Antalcidas un tratado, por el que todas las ciudades griegas del Asia Menor quedaron sujetas al dominio de los Persas (381). Tratado que todos los historiadores han censurado como vergonzoso para los Griegos.

Mas con todo ya no era posible pacificar la Grecia. Una traicion de los Lacedemonios les hizo dueños de la ciudadela de Tebas, de donde echaron á los mejores ciudadanos. Pelópidas y algunos otros expatriados fueron á refugiarse á Atenas, de quien recibieron socorros para libertar á su patria. El rey de Persia, con intencion de proporcionarse tropas griegas contra los Egipcios que se le habian rebelado, ofreció su mediacion, y creyó haber acabado con todas las contiendas afianzando á Esparta la superioridad en el continente, y á Atenas en el mar.

Tebas, en quien ya se habia despertado el deseo de dominar, no se creyó obligada á pasar por un convenio que se habia hecho sin contar con ella. Epaminondas, guerrero y filósofo á la vez, á quien una generosa amistad unia con Pelópidas, condujo á los Tebanos contra los Lacedemonios, á quienes hizo sufrir una completa derrota en Leuctra en la Beocia (371). Pasó al Peloponeso, y de concierto con los Argivos y Arcadios, á quienes supo atraer á sus intereses, desplegó por primera vez el aparato de un sitio al frente de Lacedemonia. Pelópidas no era menos afortunado por la parte del Norte, pues conteniendo á los de Tesalia, sofocaba las disensiones suscitadas en Macedonia sobre la sucesion del trono. El temor y la envidia reconciliaron á Atenas con Esparta, en cuyo auxilio mandó aquella á Ifícrates, uno de sus mejores generales. Pelópidas murió gloriosamente en una accion contra los de Tesalia, y Epaminondas salió herido mortalmente de la batalla de Mantinéa. Con estos dos grandes hombres acabó el poder de Tebas. Tal era el estado de la Grecia, cuando un jóven príncipe de Macedonia que se hallaba retenido en ella,

se fugó á su pais con ánimo de hacer valer sus derechos al trono de sus mayores.

§ III.

HISTORIA DE MACEDONIA.

(Desde el siglo IX hasta 336 A. de J. C.)

En sus principios la Macedonia no fué mas que un pais habitado de tribus scitas, sometidas á jefes que los historiadores griegos han querido llamar reyes. Dividido en tres pequeñas comarcas, reinó en ellas Carano, cuyos sucesores extendieron su dominacion por algunas provincias insignificantes de la Iliria. Durante las luchas intestinas de la Grecia, se vió asediada de intrigas por parte de las dos rivales Atenas y Esparta; mas despues de muerto Amintas II, que esta habia colocado en el trono macedonio, subieron á él Alejandro I y Perdicas II, sus hijos, sostenidos por los Tebanos contra las facciones interiores promovidas por aquellos. Filipo, hijo tercero de Amintas, fué llevado en rehenes á Tebas, donde educado por Epaminondas, aprendió el arte de la guerra y formó el designio de reinar en su patria, independiente de unos y de otros (360).

Cuando fugado de Tebas llegó á Macedonia, encontró el pais arruinado y tributario de sus vecinos; los negocios públicos en mal estado, sin gobierno y con un niño, hijo de Perdicas III, en el trono. Hizo se le confiriese el título de regente, y atrayéndose á la nobleza formó un buen cuerpo de ejército, á quien dió la organizacion y disciplina que habia aprendido de Epaminondas. Creó la famosa falange macedónica, que fué la principal base de él. En pocos años se deshizo de todos los pretendientes al trono privándolos de sus aliados; sometió los pueblos á quienes antes pagaba tributo Macedonia, y estendió sus fronteras á costa de la Iliria y de la Tracia. Bastante poderoso para arrostrar la responsabilidad de un crímen, hizo asesinar á su sobrino y proclamarse rey. En seguida se apoderó de Anfipolis y Potidéa, con otras colonias griegas.

Deseaba con ansia ser miembro de la gran familia griega, y acogió con habilidad exquisita la ocasion que se le presentó para ello Unos aventureros determinados indujeron á los Focéos á robar el tesoro del templo de Delfos, y poner en pié un cuerpo de mercenarios. El Consejo de los anfictiones lanzó contra ellos el anatema de la divinidad y encargó á los Tebanos la venganza. Fueron estos derrotados, y Filipo pidió á aquel tribunal el honroso cargo de castigar á los impíos. Esta guerra sagrada le dió motivo para arruinar á los Focéos, debilitar á los Atenienses y granjearse el afecto de las otras ciudades griegas por su celo religioso. En premio de tan relevantes servicios obtuvo en el Consejo voz deliberativa, y como sus riquezas le dieron preponderancia en él, y sus armas fuera de él, se halló en disposicion de influir poderosamente en la Grecia.

Otra violacion del territorio de Delfos por los Locrios, fué causa de la segunda guerra sagrada, en la que ganados por Filipo los anfictiones le dieron el mando para dirigirla. Los Atenienses volvieron de su letargo cuando vieron que el macedonio, despues de hacerse respetar en Iliria, Tesália y Epiro, franqueaba las Termópilas y se dirigia contra la Beocia y la Atica. Unidos con los Tebanos marcharon á su encuentro y le alcanzaron en Cheronea. Filipo contaba con treinta mil infantes y dos mil caballos, y le acompañaba su hijo Alejandro, que á la edad de diez y seis años mandaba el ala izquierda del ejército. El combate fué terrible, y los Macedonios cedian, cuando Filipo, cuya presencia de espíritu nunca le faltó en los mayores peligros, supo sostenerlos y animarlos con tan buen acuerdo, que redujo al enemigo á una vergonzosa derrota. Esta batalla le dió el imperio de la Grecia que tanto deseaba; pero como hábil usurpador, procuró distraer los espíritus de los Griegos sometidos, proponiéndolos la guerra contra los Persas. Nombrado generalísimo de todas las tropas griegas, se disponia para pasar á Persia con ellas, cuando fué asesinado por uno de sus oficiales (336).

LECCION DECIMA.

La Persia y la Grecia.

(Desde 449 hasta 323 A. de J. C.)

§ I.

LA PERSIA DESDE LA ULTIMA GÜERRA DE XERGES.

Humillado Xerges con las pérdidas de Salamina, de Platéa y de Micála, procuraba distraer su enojo entre el ruido de los placeres, cuando un señor de la córte llamado Artabano que queria sucederle en el trono, le asesinó. Artaxerges Longimano, su hijo, se apresuró á hacerse proclamar rey y vengó la muerte del padre haciéndosela dar al asesino con sus hijos y los que con él habian conspirado. Muerto Artaxerges en 424, le sucedieron sus hijos bastardos, Xerges II, asesinado luego por Sogdiano, que lo fué á su vez por Dario Noto, hermano de los dos, que reinó diez y nueve años, dejando á su muerte dos hijos y de la reina Parisatis, llamados el uno Artaxerges Mnenmon y el otro el jóven Ciro, que habiéndose rebelado contra su hermano que ocupaba el trono, murió en la batalla de Cunaxa, no obstante haberle auxiliado diez mil Griegos con su general Clearco.

Artaxerges pensó vengarse de ellos por el socorro que principalmente los Espartanos habian dado á Ciro, pero murió de pesadumbre á consecuencia de la rebelion de su hijo Dario, á quien él mismo mató. Oco, que tambien lo era natural, usurpó el poder con el nombre de Artaxerges III, y se hizo odioso por su crueldad con la familia real y muchos personajes principales de la corte. El Asia Menor, la Siria, la Fenicia, la Judea y el

Egipto se insurreccionaron, pero él supo desunir á los jefes de estas insurrecciones y servirse de los unos contra los otros; y para atemorizar á todos estos pueblos tomó á Sidon é hizo perecer á todos sus habitantes. Entregado á sus favoritos Mentor de Rodas y el eunuco Bagoas, gobernaron en su nombre tiránicamente, hasta que, cansado éste de gobernar por otro, le dió un veneno con ánimo de colocar en el trono á un jóven príncipe, que no le fué tan dócil como se habia imaginado. Se deshizo tambien de él con un nuevo crímen, y colocó en su lugar á un descendiente de Dario Noto, llamado Codomano. Este, temiendo ser víctima del infame Bagoas, le hizo prender y morir entre horrorosos suplicios. Dario III Codomano se halló poseedor del vacilante trono que habia levantado Ciro en el mismo año en que Alejandro subió al de Macedonia (336).

§ II.

HISTORIA DEL REINADO DE ALEJANDRO Y DE SUS GUERRAS CON LOS PERSAS.

(Desde 336 hasta 323 A. de J. C.)

Alejandro tenia veinte años cuando sucedió á su padre Filipo, y su juventud y aturdimiento previnieron en contra suya á muchos pueblos. Los que habitaban al N. y al O. de Macedonia, intentaron romper su yugo; las ciudades griegas escitadas por Demóstenes, arrojaron de su seno las guarniciones de Macedonios; los pueblos del Peloponeso formaron una liga defensiva; y por último Atalo, tio del mismo Alejandro, que abrigaba pretensiones al trono, intentó seducir las tropas. El jóven príncipe, amenazado así por todas partes, despreció los consejos de los que le persuadian observar una política contemporalizadora. Hizo morir á Atalo: recorrió victorioso la Iliria y la Tracia; impuso á la Grecia, tomando y destruyendo á Tebas, y en una asamblea tenida en Corinto, hizo que se le confirmara el título de generalísimo de las tropas griegas contra los Persas. Un año le fué suficiente para hacer todas estas cosas.

De vuelta á Macedonia ofreció grandes sacrificios á

los dioses en Dium; pasó á Pela para disponer su expedicion contra los Persas, y desde esta ciudad se dirigió á Anfipolis; y por el Chersoneso de Tracia llegó al puerto de Sextos y atravesó el Helesponto. Visitó el antiguo reino de Priamo y el sepulcro de Aquiles, que adornó con una corona. Puesto al frente de sus tropas, llegó á las orillas del Granico, que no obstante su grande corriente y mucha profundidad, y las mayores fuerzas con que le esperaba el enemigo en la otra parte, le pasó, y dándole la batalla, le venció. Esta victoria le proporcionó la conquista de toda el Asia Menor, primero de la occidental apoderándose de Sardes, Efeso, Mileto y Halicarnaso, y recorriendo despues la Licia y la Panfilia penetró en la Frigia, donde cortó el fatal nudo Gordiano. Por la Paflagonia y la Capadocia arribó á la Cilicia, donde estuvo expuesto á morir por haberse bañado en el Cizno de aguas muy frias.

Deseando encontrar á Darío, luego que se restableció de su dolencia se dirigió por la Siria septentrional, donde supo que aquel con sus gentes se había internado en los desfiladeros inmediatos al rio Iso. Volvió atrás, y en aquellas estrechas gargantas venció segunda vez á un ejército que no pudiendo poner en accion sus grandes masas, se vió obligado á huir hácia el Eufrátes, dejando en poder del vencedor gran número de prisioneros, y entre ellos toda la familia de Darío.

Con tan notable victoria quedaron á merced de Alejandro la Siria, la Fenicia y la Palestina. En la primera tomó á Damasco donde encontró é hizo suyos los grandes tesoros de Darío; en la segunda destruyó á Tiro, que quiso resistirle, y en la tercera, Gaza sufrió la misma suerte, viendo antes á su gobernador Betis arrastrado alrededor de las murallas. Entró en Jerusalem, donde recibido por el gran sacerdote Jado revestido de sus vestiduras pontificales, fué al templo y ofreció dones. Siguiendo luego lo largo del mar entró en Egipto por Pelusa, fué á Menfis y allí recibió la sumision de todo el pais, bajó por las orillas del Nilo, y en Canope señaló el sitio donde debía ser edificada Alejandría. Despues entró por el desierto para ir á visitar el templo de Júpiter Ammon, cuyo oráculo le declaró por hijo del dios. De vuelta á Menfis se ocupó en la organizacion y arreglo del Egipto, y hecho esto pasó otra vez á Tiro para

prepararse á marchar contra Darío. Este que en vano había propuesto la paz al conquistador cediéndole todo lo conquistado, tenía concentradas todas sus fuerzas en las márgenes del Tigris. Alejandro que desde Tiro fuè á Damasco, pasó el Eufrates por un puente de barcas, y entrando en la Mesopotamia, atravesó el Tigiis por muy cerca del sitio donde estuvo edificada Nínive. El ejército de Darío se encontraba acantonado en las inmediaciones de la pequeña aldea llamada Gangamela, poco distante de Arbela, ciudad de Asia, y allí se diò una de las mayores batallas de que hace mencion la historia, cuyos resultados fueron la sumision de Babilonia, Susa y Persépolis, que en un momento de embriaguez mandó incendiar. Las demás provincias del grande imperio de los Persas no tardaron en caer en poder del macedonio, quien llegó á Ecbatana, capital de la Media, cuando Darío ya había huido de ella. Corrió en su seguimiento, y pasando las puertas caspianas penetrò en el país de los Partos, donde supo la muerte de Darío. Habiendo tenido noticias de que Besso, sátrapa de la Bactriana, era el asesino del rey de Persia, y que había tomado las insignias reales, le persiguió por la Aracosia y la cordillera del Paropamiso; se apoderó de Bactres, capital de la Bactriana, donde le fué entregado el asesino, á quien hizo morir entre horribles tormentos.

Muerto Darío creyeron los capitanes griegos que había concluido la espedicion. Alejandro supo que murmuraban algunos, y determinó refrenar sus quejas con ejemplares castigos. Vencidas todas las resistencias, se dirigió al septentrion del Imperio persa, atravesó el Jaxartes y dispersó á los Escitas y otros bárbaros que ocupaban la ribera opuesta. Luego cruzando los montes Paropamisos penetró en las partes septentrionales de la India, unióse á uno de sus reyes llamado Taxilo, y con su auxilio llegó al Hidaspes, donde el rey Poro se preparaba á hacerle una decidida resistencia. Alejandro triunfó de él y le trató con generosidad. Deseoso de examinar y reconocer el Ganges, y llegar si le era posible á los últimos confines orientales de la tierra, pasó el Acesino y el Hidraortes, y llegó al Hifases, en donde cansados sus soldados de seguirle trataron de volverse atrás. Antes de retroceder hizo construir doce altares gigantescos que consideró como límites de su imperio, y los dedicó

á los doce dioses mayores de la Grecia. En el Hidaspes embarcó el ejército, que llegando al Indo y descendiendo por él hasta sus embocaduras, combatió á todos los pueblos indios que trataron de oponérsele. La armada Macedonia á las órdenes de Nearco recorría mares desconocidos, mientras que el ejército de tierra marchando por las costas inhospitalarias del mar de las indias ó golfo Pérsico, sufría mas privaciones y fatigas que en los mayores encuentros.

Alejandro despues de haberse casado en Persépolis con Estatira, hija de Darío, llegó á Babilonia, que elevó á capital de su imperio. Hizo su entrada en ella triunfalmente y expuso á la vista de los embajadores de todas las naciones sometidas los despojos del Oriente. Cuando empezaba á realizar los magníficos proyectos de organizacion que meditaba en sus dilatados Estados, murió á los treinta y dos años de edad, á consecuencia de las heridas recibidas en las batallas, las marchas precipitadas que había hecho, de las escitaciones morales que le arrebataban y sobre todo de su intemperancia (323).

LECCION ONCE.

Historia de los sucesores de Alejandro.

(Desde 323 hasta 301 A. de J. C.)

§ I.

DISCORDIAS Y GUERRAS ENTRE LOS GENERALES.

Los sucesores legítimos de Alejando eran su hijo póstumo, llamado tambien Alejandro, nacido de Rojana tres meses despues de muerto el padre, y Arrideo, hermano

del conquistador, que había sido proclamado rey, no obstante hallarse demente. Perdicas á quién había sido confiada la tutela del rey y la regencia del reino, propuso la division del gobierno por satrapias entre los generales que habian acompañado á Alejandro en sus espediciones. Esta division fué un mero acomodamiento, en el que se respetó la soberanía del hijo de aquel. Mas cuando despues de hecho vieron los compañeros de Perdicas que repudiaba á la hija de Antipatro, á quien había tocado administrar la Grecia con Cratero, para casarse con Cleopatra, hermana de Alejandro el Grande, trataron de prevenirle en sus proyectos de usurpacion del reino, pero sus soldados se anticiparon matándole en una insurreccion (320) La liga formada entre Antipatro, Cratero, Antígono y Ptolomeo, dirigió, sin embargo, todos sus esfuerzos contra Eumenes, lugar-teniente y amigo íntimo de Perdicas; pero él se aseguró en el Asia Menor despues de haber derrotado y muerto en una accion á Cratero. La muerte de este y la anterior de Perdicas, fueron causa de que se hicieran algunas modificaciones en la division del gobierno y nuevas combinaciones en las provincias que cada satrapia debía contener.

Existían todavía muchos cuerpos del ejército que había seguido á Alejandro en sus conquistas, cuyo mando tocaba al regente del reino, que lo era entonces Polispercon. Auxiliado este de Eumenes, que como se ha dicho se había asegurado y hecho fuerte en el Asia Menor, pensó como Perdicas usurpar la corona. Pero otra liga que se formó por Casandro, hijo de Antipatro, Antígono y Ptolomeo, se opuso á ello, quienes vencieron y dieron muerto á Eumenes, y obligaron á Polispercon á abandonar la regencia.

Casandro temía las intrigas de Olimpia, madre de Alejandro, que había mandado dar muerte á Arrideo porque no era hijo suyo, y sí de otra mujer de Filipo; la sitió en Pizna, se apoderó de ella y la hizo morir; tomó despues al hijo y la viuda de Alejandro, y los retuvo en rehenes (315). Antígono se fortificaba en el Asia Menor haciéndose temible á todos los demás generales. Ligáronse de nuevo contra él Casandro, que tenía la Macedonia y la Grecia, Ptolomeo, que poseia el Egipto, Seleuco, á quien había tocado el Asia Mayor, y Lisimaco,

que se hallaba en la Tracia. Declarada la guerra en que ninguno de ellos pudo obtener mayor consideracion, concluyó con un tratado, por el cual cada uno debía quedar en las provincias que administraba como lugartenientes del niño Alejandro. Pero muerto este por Casandro que le tenía en rehenes, todos se declararon independientes y señores de las provincias que tenían en lugartenencia. Antígono aspiró á reinar solo en todo lo que pertenecia al imperio fundado por el conquistador, pero ligados otra vez Casandro, Ptolomeo, Seleuco y Lisimaco, le persiguieron hasta vencerle y darle muerte en la batalla de Ipso en la Frigia. Con esta victoria memorable comenzaron á consolidarse las monarquías de los Seleucidas en el Asia, de los Lagidas en el Africa, y la Greco-Macedona en Europa, formándose además algunos Estados pequeños en el Asia Menor (301).

§ II.

MACEDONIA.

(Desde 301 hasta 146 A. de J. C.)

Casandro se aseguró en la usurpacion del trono de Macedonia, que conservó hasta su muerte. Sucedióle en él su hijo Filipo, que le ocupó poco tiempo, dejándole á sus hermanos Antipatro y Alejandro, que reinaron juntos dos años disputándose su posesion. Antipatro se hizo odioso á los pueblos por la muerte que dió á su madre Tesalónica que favorecía mas á Alejandro. Este llamó en su auxilio á Pirro, rey de Epiro, y á Demetrio Poliorcetes que estaba en Grecia. Pirro llegó el primero, y tomó para sí algunas provincias de Macedonia, dividió las demas entre los dos contendientes, y se volvió á su reino. Supo Demetrio lo que Pirro habia hecho, y llegando á Macedonia se hizo reconocer por único rey, obligando á Antipatro á huir. En pocos años estendió su dominacion sobre casi toda la Grecia; mas habiendo intentado recobrar las provincias que en el Asia pertenecieron á su padre Antígono antes de la batalla del Ipso, suscitó contra él á Lisimaco, Seleuco, Ptolomeo y Pirro, que unidos le vencieron é hicieron huir, dividiéndose la Mace-

donia entre Pirro y Lisimaco, quien al poco tiempo se hizo dueño de toda y la incorporó á su reino de Tracia. Apenas posesionado de ella le fué arrebatada por Seleuco de Siria que le venció en Frigia. Asesinado este por Ptolomeo Cerauno, disputaron el trono de Macedonia Antioco, hijo de Seleuco, Antígono Gonatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, el asesino de Seleuco, y Pirro (281). Cerauno hizo que los dos primeros desistieran de sus pretensiones: venció á Pirro en una batalla y le obligó á retirarse: casándose despues con la viuda de Lisimaco, fué reconocido por rey de Macedonia. Al poco tiempo llegaron á la Iliria y la Tracia crecidas fuerzas de Galos que entraron en Macedonia, derrotaron á las tropas de Cerauno y á él le dieron muerte. Los Macedonios tomaron sucesivamente por reyes á Meleagro, hermano de Cerauno, y Antipatro, hijo de Casandro, pero la incapacidad de ambos para reinar dió motivo á que Sóstenes, hombre principal de Macedonia, los despojara del trono, y á que reorganizando los soldados antes vencidos, arrojara del país á los Galos invasores. Estos volvieron luego en mayor número, desbarataron á las tropas de Sóstenes, á quien mataron. A tantos desastres siguió una anarquía de dos años, que terminó con la elevacion al trono de Antígono Gonatas, muy luego echado de él por Pirro. A la muerte de este, volvió á recobrarle, y creyéndose ya seguro en él, pensó dominar á toda la Grecia. Los espartanos se le opusieron auxiliados de Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, pero fueron vencidos como Alejandro sucesor de Pirro, que intentó tambien despojarle de él. En 243 era ya dueño de casi toda la Grecia cuando murió. Su hijo Demetrio II no solo aumentó el poder de Macedonia, sino que supo defender sus conquistas contra todas las fuerzas de Arato y la liga Aquea. Muerto en 233, se hicieron sentir grandes sublevaciones por todas partes á causa de la corta edad de Filipo III, su hijo, pero Antígono Doson, su tio y tutor, las reprimió. Sin embargo la dominacion en la Grecia iba á menos con las ventajas conseguidas por la liga de Arato, hasta que declarada la guerra entre ella y los Espartanos, volvió á recobrarla, habiéndolo nombrado la liga generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra. Una invasion que hicieron los Ilirios en sus estados, le obligó á volver á Macedonia, donde murió, des-

pues de haberlos rechazado de ella. La menor edad de Filipo fué otra vez causa de nuevas discordias y sublevaciones en la Grecia, y de la guerra de las dos ligas Etolia y Aquea, que duró tres años. La una aclamó por su jefe á los Etolios y la otra al rey de Macedonia. Cuando se concluyó la guerra, Filipo III, que era poderoso en la Grecia, se preparó para otras conquistas.

En 215 celebró un tratado de alianza ofensiva y defensiva por sí y los griegos aliados, con Aníbal y los Cartagineses que peleaban en Italia. Empezó tomando y destruyendo una ciudad del Epiro, aliada de los Romanos, y puso sitio á Apolonia en la Iliria. Los Romanos mandaron contra él al pretor Valerio Levino, que le batió y quemó la escuadra, obligándole á retirarse á Macedonia con sus tropas en desórden. Pasado algun tiempo, hizo alianza con los Etolios y otros pueblos de la Grecia contra los Romanos y sus aliados; peleóse con varia fortuna de una y otra parte, hasta que en 205, se concluyó un tratado de paz por el procónsul P. Sempronio, que muy luego rompió Filipo atacando á Atalo rey de Pérgamo, y á las ciudades griegas aliadas de Roma. El cónsul-Flaminio despues de haber engañado á la liga Aquea y á Nabis, tirano de Esparta, y atraido á los Etolios á una alianza con él, rompió las hostilidades. Dióse la famosa batalla de Cinocefala que destruyó los proyectos del macedonio, y le obligó á reconocer la independencia de las ciudades griegas que el romano hizo publicar con toda solemnidad en los juegos istmicos (196). Temeroso Filipo de que los Romanos procurarían quitarle el reino de Macedonia, que era el solo dominio que le habian dejado, se preparaba para defenderle á toda costa cuando murió. Perseo, su hijo y sucesor, que abrigaba las mismas ideas y temores, continuó en los mismos preparativos. Así que los Romanos lo advirtieron, mandaron en su persecucion al cónsul Paulo Emilio, quién habiéndole encontrado en Pidna, ciudad de Macedonia, le derrotó completamente, y poco despues le hizo prisionero. Llevado á Roma sirvió de trofeo en el triunfo del cónsul, y encerrado despues en una estrecha prision donde murió. El Senado declaró libre la Macedonia, mas veinte años despues se presentó en ella un impostor fingiéndose hijo de Perseo, y con el auxilio de los Tracios se hizo declarar rey. Fué contra él el

cónsul Metélo, que le venció y dió muerte en la Tracia. La Macedonia quedó definitivamente reducida á provincia romana, y su sumision completa, valió á Metélo el sobrenombre de Macedónico (146).

§ III.

GRECIA.

(Desde 301 hasta 146 A. de J. C.)

Ya que los descendientes de Demetrio no tenían competidores á quienes temer, emplearon todos sus esfuerzos en sujetar á la Grecia. Los Griegos en lugar de unir sus fuerzas para resistirlos, organizaron dos ligas rivales entre sí, la de los Aqueos y la de los Etolios. Atacados estos por Demetrio II, hijo de Antígono Gonatas, le resistieron unidos á los Aquéos, que deseaban atraer á todos los pueblos del Peloponeso. Esparta se hallaba entonces gobernada por algunos hombres que, pesarosos de su abatimiento, pensaban realzarla restaurando las antiguas leyes de Licurgo. Agis III, proyectó una nueva distribucion de las tierras y hacer la propiedad inamovible como en tiempos de aquel legislador, pero fué victima de su celo pereciendo en una conmocion popular promovida por su colega Leonidas III. Sin embargo, Cleomenes, hijo de este, llevó á efecto en gran parte la reforma de Agis.

Con el fin de evitar disensiones en la ciudad, declaró la guerra á los Aquéos que imploraron el auxilio de los Macedonios. Ocupaba entonces el trono de Macedonia Filipo III, y era tutor suyo Antígono Doson, que acogió favorablemente una súplica tan conforme á su política. Penetró en el Peloponeso, y con la victoria que consiguió en Salasia contra Cleomenes, acabó con la república de Licurgo (222). Esparta fué presa de la tiranía de un cierto Nabis que dió el último golpe á las antiguas instituciones, haciéndose tirano de ella.

Segun lo convenido entre Filipo III de Macedonia y el cónsul romano Flaminio, debia Argos recobrar la libertad, pero Nabis se negó á retirar de ella la guarnicion lacedemonia, creyéndola exenta del tratado. Fla-

minio le declaró la guerra, y habiéndole vencido, le obligó no solo á desprenderse de Argos, sino tambien de todas las demás ciudades de la Laconia que tiranizaba, dejándole solo Esparta, contra el deseo de los Aquéos. Apenas Flaminio abandonó la Grecia, volvió Nabis á querer recobrar lo que el romano le había quitado. Los Aquéos le resistieron, y despues de varios combates le vencieron y dieron muerte.

Descontentos tambien los Etolios con el tratado de Flaminio que los quitaba la esperanza de señorearse de la Grecia, llamaron á Antioco el Grande, rey de Siria, para hacer unidos guerra á los Romanos. Antioco, seguido de bastantes fuerzas por la Tesalia, se le unieron además de los Tésalos y los Etolios, los de Epiro, Beocia y Elide. Los Aquéos y Filipo III de Macedonia los salieron al encuentro como amigos y aliados de los Romanos que no tardaron en llegar. Acilio Glabrion y Catón despues de haberle arrojado de la Tesalia, venciéronle en las Termópilas, haciéndole huir al Asia. Quedaron solos los Etolios, que perseguidos por todas partes en su misma pátria, no tuvieron más remedio que sujetarse á Roma, y pagar un crecido tributo.

En las turbulencias que siguieron en Macedonia á la prision y muerte de Perséo, se sintió conmovida la liga Aquea; suscitáronse despues algunas contiendas entre Lacedemonia y la Acaya, y el Senado romano decidió que, así esta como Corinto, Argos, Orcomena de Arcadia, y otras ciudades dejaran de pertenecer á la liga. Debilitada esta con semejante decreto que la privaba de toda su fuerza, se negó á obedecerle; y el pueblo de Corinto apedreó á los diputados romanos que fueron á comunicársele. Tomó las armas y habiéndosele unido los Beocios y Calzidios, se dispusieron á resistir. Metélo que estaba en Macedonia se dirigió inmediatamente contra los insurreccionados, á quienes derrotó en la Locrida, Tébas y Megara cayeron luego en su poder: puso sitio á Corinto, y volviéndose á Macedonia fué el cónsul Mummio á tomar el mando del ejército sitiador. En una salida que hicieron los sitiados le causaron algunas pérdidas, por lo que enardecido el romano derrotó á los de la liga que se atrevieron á salir segunda vez de la ciudad. Se apoderó de ella y la destruyó. El Senado Romano le concedió el sobrenombre de Acaico,

y decretó la incorporacion de la Grecia á Roma con el nombre de provincia de Acaya (146). Solo Atenas y algunas otras ciudades conservaron un viso de libertad por algun tiempo.

LECCION DOCE.

Egipto.

(Desde 323 hasta 31 A. de J. C.)

De todos los generales de Alejandro, el que menos ambicioso se manifestó fué Ptolomeo Soter, fundador de la dinastía de los Lagidas, llamada así del nombre de su padre Lago. Gobernador del Egipto en vida del conquistador, conocia bien el valor de este reino. Cuando la familia real acabó víctima de los usurpadores, Ptolomeo tomó tambien el nombre de rey, que le fué legitimado en los convenios que siguieron á la batalla de Ipso. El objeto constante de su ambicion fué la sumision de la Fenicia, la Celisiria y Cypre, que despues de varios lances quedaron sujetas á su dominacion. En el continente africano poseia la Cirenaica, y una parte de la Libia. Imitador de la política de Alejandro, no trató de violentar los hábitos y costumbres nacionales de los pueblos que le estaban sometidos, exceptuando Alejandría, de la que hizo una ciudad enteramente griega; se aplicó á hacer florecer la paz, aunque se mostró capaz de sostener la guerra. Durante su reinado y los de sus dos primeros sucesores, fué el Egipto un lugar de refugio. Los Judíos, Fenicios y Griegos que se establecieron en él, naturalizaron la industria y las artes de sus países. Alejandría llegó á ser el principal punto para el comercio de Oriente con el Occidente. Floreció en ella la literatura griega, aunque no con igual explendor que en su país natal, y Ptolomeo hizo copiar por cuenta del Estado todos los

libros más estimados de la antigüedad, con los que principió á formar la famosa biblioteca que llegó á tener setecientos mil volúmenes. Ptolomeo Filadelfo (284) su hijo, fué aun mas pacífico y bienhechor que su padre; y Ptolomeo Evergetes (246), sin dejar de ser protector ilustrado de las ciencias y las artes, recorrió como conquistador los Estados de los Seleucidas, estendió las fronteras meridionales del Egipto á costa de Etiopía, y se apropió las costas occidentales de la Arabia Feliz. Ptolomeo Filopator (221), aunque vencedor del Seleucida Antioco el Grande en la batalla de Rafia, fué un príncipe degradado y cruel. Ptolomeo Epifanes (204), que subió al trono de edad de cinco años, hizo concebir esperanzas que después salieron fallidas. El ataque combinado de los Sirios y de los Macedonios, obligó á los Egipcios á buscar el auxilio de los Romanos y poner bajo la tutela del Senado á su débil rey. El socorro que los dió Roma fué á costa de su independencia, pues desde entonces se abrogó el derecho de intervenir en el Egipto. Muerto Epifanes á los veinte y ocho años de edad con un veneno, le sucedió Ptolomeo Filometor, niño tambien y bajo la tutela de su madre Cleopatra (181). Nombrados otros tutores despues de muerta esta, irritaron á Antioco Epifanes, rey de Siria. El Egipto vencido y humillado volvió á implorar la proteccion de los romanos, que le salvaron con la altiva intervencion del célebre Popilio, que tuvo una conferencia con el Seleucida. Enemistado Filometor con su hermano Fiscon, favoreció la usurpacion del trono de Siria por Alejandro Balas, á quien dió en matrimonio á su hija Cleopatra. Pero aliado despues con Demetrio, rey legítimo, batió y destruyó á su yerno, muriendo enseguida. Su hijo Ptolomeo Eupator (145) á los pocos años de haber subido al trono, fué arrojado de él por Fiscon. Cuando este murió (116), quedó dividido el Egipto entre sus dos hijos, mas al poco tiempo volvió á reunirse en el mayor, llamado Ptolomeo Latyro. El sucesor de este fué un hijo de Alejandro, su hermano, que arrojado de Egipto por sus excesos, se vengó dejando en su testamento por heredero del trono al pueblo romano, que colocó en él á Ptolomeo Auletes. Despreciado de los Egipcios y sostenido por los Romanos, murió dejando dos hijos y dos hijas. Cleopatra (51) se casó con Ptolomeo Dionisio, su

hermano, contra quien armó á Julio César, y después casó con el otro, á quien envenenó para reinar sola (44). Protegida primero por César y despues por Marco Antonio, aspiró á dominar en el mundo todo, pero la batalla de Accio y la muerte de su protector la quitaron toda esperanza y se mató; acabando en ella la dinastía de los Lagidas de Egipto, que quedó unido á Roma como provincia conquistada (31).

LECCION TRECE.

La Siria.

(Desde 323 hasta 64 A. de J. C.)

Seleuco Nicator asegurado en el trono con la batalla que ganó á uno de los generales de Antígono, se apoderó de todas las provincias persas situadas al Oriente del Tigris; y después de la batalla de Ipso, ocupó la Siria, la Capadocia, la Mesopotamia y la Armenia. Diez y ocho años de paz dieron lugar despues al fundador de la monorquía de los Seleucidas para edificar ciudades magníficas y reunir los primeros elementos de civilizacion. Antioquía, construida sobre el Orontes, fué la escogida para la estancia del gobierno. Aumentóse el imperio con la mayor parte del Asia Menor, á consecuencia de una batalla ganada á Lisimaco, que perdió en ella la vida y el trono (282). Un año despues penetró Seleuco en Europa, para tomar posesion de la Macedonia que estaba unida á los Estados de Lisimaco, pero el puñal del asesino Ptolomeo Cerauno puso término á sus dias y á sus triunfos (281). El segundo de los Seleucidas, Antioco Sotero, apenas pudo conservar los Estados que su padre le trasmitió (262). Empezaron á desmembrarse en el reinado de Antioco II, llamado el Dios, con la formacion de los reinos de la Partia y Bactriana, y la

independencia de muchos Estados del Asia Menor. Los dos Seleucos II y III, se arruinaron haciendo poderosos esfuerzos para reprimir á los sublevados (224).

En los tiempos de Antioco III, llamado el Grande, la Monarquía Siria sufrió considerables desastres. La Media, Persia y el Asia Menor, fueron teatro de revueltas que difícilmente pudo reprimir; reconcentró sus fuerzas para oponerse á las invasiones de los Ptolomeos en Asia. Victorioso en un principio, sufrió despues una completa derrota en la batalla de Rafia (217). Tampoco fué dichoso con los Partos Arsacidas y los sátrapas Bactrianos, que le desmembraron el imperio. Por último, viendo en el trono de Egipto á un niño, concertó con Filipo de Macedonia una invasion, que destruyeron los Romanos. Excitado luego por Aníbal, á quien había dado acojida despues de la ruina de Cartago, se vió comprometido á pelear con los Romanos, que le vencieron en la batalla de Magnesia, ganada por Scipion (190), y le obligaron á ajustar una paz, por la que les cedió toda el Asia Menor hasta el monte Tauro. Para pagar las grandes sumas que por via de indemnizacion de la guerra le habían impuesto, se vió en la necesidad de despojar de sus riquezas un templo de Belo, en Elimais, excitando con este sacrilegio el furor de sus súbditos, que le asesinaron. Su hijo Seleuco Filopator, príncipe apático, dejó de serlo para saquear el templo de Jerusalem por medio de Heliodoro su ministro, cuyo castigo por tal atentado refiere la Escritura. Envenenado Seleuco por el mismo Eliodoro, que ocupó el trono un corto tiempo, ascendió á él Antioco Epifanes (176). Renovó este las quejas entre su familia y la de los Lagidas, pero el embajador Romano Popilio le contuvo en ellas. Dirigió su furor contra los Judíos, á quienes persiguió cruelmente para hacerles abandonar el culto del verdadero Dios. Pero sublevados y dirigidos por los heróicos Macabeos, se separaron definitivamente del imperio de la Siria.

Entonces empezó para él su precipitada decadencia. El asesinato de Antioco Eupator, la elevacion de Demetrio, aborrecido del pueblo y destronado por el usurpador Alejandro Balas, la rivalidad de sus hijos, los crímenes de Cleopatra, los horrores de la guerra civil, las invasiones de los Partos, la soberanía independiente de la Judea, redujeron á los Sirios á entregarse á Tigranes

II, rey de Armenia (85). Vencido este por Lúculo y Pompeyo, su ruina trajo la de los Seleucidas, que circunscritos á la Siria propiamente dicha, fueron declarados súbditos de Roma (64).

LECCION CATORCE.

Reinos de segundo órden fundados en el Asia con la desmembracion del imperio de los Seleucidas.

§ I.

LA PARTIA Y LA BACTRIANA EN EL ASIA MAYOR.

(Desde 254 A. de J. C. hasta 209 D. de J. C.)

Imperio de los Partos. Setenta años despues de la muerte de Alejandro se revelaron los Partos, capitaneados por uno llamado Arsaces, y arrojaron de su pais al gobernador Sirio. Arsaces fué el fundador de la monarquía de los Partos, y dió su nombre á la dinastía Arsácida. Durante algunos años estuvieron los Arsácidas en contínua guerra con los Seleucidas. Siete reyes, casi todos del nombre de Arsaces, se distinguieron en sus conquistas; y Mitridates, que fué el sexto, hizo mayor su reino estendiendo los límites desde el Eufrates hasta el Indo. Frahortes II exterminó á Antioco Sidetes con todo su ejército, y desde entonces no volvieron los Partos á ser inquietados de los reyes de Siria. Posteriormente (130) resistieron las invasiones de los pueblos nómadas del centro del Asia, conocidos con el nombre general de Escitas. Los ataques combinados de Tigranes, rey de Armenia, y del grande Mitridates, pusieron en peligro el

reino de los Partos, á quienes libertaron Lúculo y Pompeyo. Mas despues se encontraron con estos conquistadores en el Eufrates. Sus continuados hechos tuvieron casi siempre por causa la posesion de la Armenia. Los sucesos mas notables en ellas fueron, la completa derrota de Craso (53), la preferencia que dieron á Pompeyo y al partido republicano durante las guerras civiles con César, la desastrosa expedicion de Antonio, la campaña de Corbulon en tiempo de Neron, la gloriosa expedicion de Trajano, que tomó á Ctesifon (116 desde J. C.) y últimamente la grande victoria de Septimo Severo (209 desde J. C.). Los sucesos de los emperadores romanos fueron debidos principalmente á las discordias que debilitaban al reino de los Partos. La dinastía de los Arsácidas, que contó treinta y un reyes, fué reemplazada doscientos veintiseis años D. de J. C. por la de los Sasanidas, que tuvo su origen en el persa Artaxerges, hijo de Sasan, y que duró hasta la invasion de los Arabes en el siglo VII de nuestra era.

Reino de Bactriana. El reino de la Bactriana tuvo su orígen en una revelion de un gobernador griego llamado Teodoto, acaecida en el reinado del selencida Antioco II (354) Su hijo Teodoto II, despues de haber invadido la Sogdiana, fué destronado por otro aventurero, Eutidemo de Magnesia, que vencido por Antioco el Grande, consiguió aplacarle y dejar el reino á su hijo Demetrio. Las conquistas de este en la region septentrional de la India, elevaron á la Bactriana al rango de potencia de primer órden en el Asia (181). Pero en los reinados siguientes empezó á decaer con las correrías de los nómodas orientales, y las acometidas de los Partos, que por último la unieron á su monarquía (126).

§ II.

REINOS EN EL ASIA MENOR.—PERGAMO, BITINIA, PONTO, PAFLAGONIA, CAPADOCIA, ARMENIA Y JUDEA.

Reino de Pergamo. El reino de Pergamo se formó durante la guerra de Lisimaco contra Seleuco I y duró ciento cincuenta años (283-133), y tuvo seis reyes. Filotero, Gobernador por Lisimaco, se declaró independiente

y estuvo veinte años en posesion de la ciudad. Eumenes I aumentó el reino con la adquisicion de la Eolida, de que despojó á Antioco. Atalo I se engrandeció á expensas de los Galatas, y sostenido por los Romanos tomó el nombre de rey. Eumenes II fué fiel á los Romanos, que premiaron el auxilio que les dió contra el grande Antioco con adjudicarle la Frigia, la Misia, la Lidia y la Jonia. En su reinado llegó Pergamo al mayor explendor. Le sucedió Atalo II, cuyas riquezas se han hecho proverbiales como las de Creso. Atalo III subió al trono envenenando á su predecesor, y se hizo detestable por su crueldad. Al morir instituyó por heredero al pueblo romano, que hizo valer su derecho á pesar de la resistencia armada de Aristónico, hijo natural de Eumenes. Reducido Pergamo á ser provincia romana con el nombre de Asia, perdió su lustre. El museo que poseia fué deshecho, y su biblioteca reunida por Antonio á la de Alejandría.

Reino de Bitinia. El reino de Bitinia fué restablecido por Zipetas, descendiente de los antiguos reyes de esta comarca (281). Nicomedes I dirigió una invasion de los Galos contra Zipetas, y para recompensarlos les cedió la parte de la Asia Menor que se llamó Galatia. Prusias II, movido por Anibal, hizo guerra al rey de Pergamo, aliado de los Romanos. Pero hecho él despues cortesano de Roma, obligó á Anibal á darse la muerte (183). Su último rey atacó á Mitridates, instigado por los Romanos, pero vencido por tan poderoso contrario, se vió echado de sus Estados y vuelto á ellos por Sila (85); reinó diez años dejando el trono por herencia al pueblo romano.

Reino de Ponto. Los reyes de Ponto pretendian descender de la familia real Persa de los Aquermenides. Hasta Mitridates IV llamado Eupator (121) apenas son conocidos los demás reyes que ocuparon el trono desde la caida de la monarquía de los Persas. Se dice que desde su juventud proyectó pasar á Italia por el Norte, y que se preparó con una expedicion que hizo hasta el Danubio con el objeto de someter algunas tribus de Escitas y aliarse con otras. Habia sabido contemporizar con los Romanos, hasta que llevado de su ambicion conquistadora, y por sus reyertas con las naciones limítrofes, y sus delitos para engrandecerse, excitó las inquietudes

del Senado (92). Se le prohibió entrar en la Paflagonia y la Capadocia, y se mandó á Sila al Asia Menor para hacer respetar las determinaciones de aquel cuerpo. Mitridates contestó á la prohibicion haciendo pasar á cuchillo á todos los Romanos que se hallaban en el Asia Menor, que no fueron menos de ochenta mil. Despues de una sangrienta guerra en que los Asiáticos perdieron un millon de soldados, Sila victorioso obligó á Mitridates á abandonar el pais disputado (85). No duró mucho la quietud, pues suscitada otra segunda guerra, invadió Lúculo el Ponto, y persiguió á Mitridates hasta la Armenia (82). Aun todavía despues de algunos años, y siendo ya anciano, provocó á Roma invadiendo la Capadocia, pero tuvo que pelear con Pompeyo y sucumbió por traicion de Farnaces, su hijo. En su fuga por la Taurida se dió de puñaladas, despues de haber procurado envenenarse. En premio de la traicion quedaron para Farnaces algunas provincias, en las que reinó con el título de rey del Bósforo, hasta que en una guerra con César fué desposeido y muerto (64). El Ponto fué hecho provincia romana completamente en el reinado de Neron, pues aun cuando antes habia sido declarado tal, obtuvieron algunas provincias los dos Polemones, príncipes de la familia real.

Reino de Paflagonia. La Paflagonia en sus principios estuvo gobernada por reyes tributarios de Persia, y despues de la muerte de Alejandro pasaron á serlo del Ponto. En la série oscura de sus príncipes hallamos á Pilemenes I (131) aliado de los Romanos contra Pergamo, y otro del mismo nombre que dejó por testamento el reino á Mitridates, rey del Ponto. Desde entonces fué una provincia dependiente de este aunque los Romanos procuraron darla una existencia independiente. Fué hecha provincia romana al mismo tiempo que el Ponto.

Reino de Capadocia. La Capadocia, una de las satrapías persas, despreciada de Alejandro, era gobernada por Ariarates II (322) cuando Perdicas autorizó á Eumenes para conquistarla. Despues de seis reinados desconocidos ocupó el trono Ariarates VII á quien Mitridates hizo perecer con otros dos reyes del mismo nombre, para coronar á su hijo con el nombre de Ariarates X. Entonces se opusieron los Romanos y coronaron á Ariobarzanes, que arrojado por tres veces del trono y otras

tantas repuesto por ellos, se vió obligado á abdicar. Otros dos reinados que subsiguieron pasaron en contínuas alternativas, hasta que por último Antonio dió el trono á Arquelao, que tuvo la desgracia de desavenirse con Tiberio. Llamado á Roma, fué muerto el año diez y siete de nuestra era, y la Capadocia reducida á provincia romana.

Reino de Armenia. Despues que los Romanos derrotaron á Antioco el Grande, los gobernadores de Armenia se sublevaron y formaron dos Estados independientes con los nombres de Grande Armenia y Pequeña Armenia. El segundo reconoció la soberanía de Roma, que dejó un instante para sujetarse á Mitridates. No se incorporó al imperio romano hasta Vespasiano. La Grande Armenia tuvo ocho reyes de los que Tigranes I fué el mas célebre, como yerno y aliado del gran Mitridates (95). Durante algun tiempo fué dueño de la pequeña Armenia, la Capadocia y una parte de la Siria. La caida de Mitridates causó la suya. Los Romanos no redujeron la Armenia á provincia, y se contentaron con darla reyes. Mas adelante los Partos tuvieron las mismas pretensiones, y la Armenia fué teatro de grandes guerras.

La Judea. La dominacion de los Sirios en la Judea durante los reinados de Antioco el Grande, y principios del de Seleuco Filopator fué tolerable hasta que comenzó la terrible persecucion á que dió causa el sacrílego robo del templo, intentado por Heliodoro su ministro. Un judio llamado Simon, que odiaba al gran sacerdote Onías, le denunció al rey como ocultador de grandes tesoros en el templo, y este mandó á Heliodoro que pasara á Jerusalem para extraerlos. Despreciando las justas reconvenciones y amonestaciones de Onías, se atrevió á invadir con sus soldados el sagrado recinto, pero castigado de Dios de una manera visible á todos por su violacion, volvió el rey arrepentido y escarmentado.

Onías fué después á Antioquía para quejarse á Seleuco de las iniquidades y crímenes de Simon y sus parciales en la ciudad santa, pero como durante su estancia falleciese Seleuco y ocupase el trono Antioco Epifanes, volvió á denunciarle su hermano Jeshua, y para mas obligar al nuevo rey en su favor, le ofreció cuatrocientos cuarenta talentos si hacia que fuese nombrado gran sacerdote, como efectivamente lo fué. Entonces para adularle y te-

nerle siempre propicio, mudó su nombre judío de Jeshua, en el de Jason que era griego, é introdujo en la Judea el culto y las costumbres de la Grecia, con toda clase de corrupcion extrangera. Esta misma corrupcion produjo su ruina, pues habiendo mandado á Menelao, hermano de Simon, á Antioquía con los cuatrocientos cuarenta talentos prometidos y haciéndolo él de otros trescientos más, compró con ellos al rey el Sumo Sacerdocio, suplantando así en él á Jason, que sin ánimos para esperar su vuelta huyó á los Amonitas. Menelao, que era tan malvado como lo habian sido Jason y Simon, luego que se vió en posesion del Sumo Sacerdocio, se negó á pagar á Antioco los trescientos talentos de plata que le habia prometido sobre los de Jason. Cansado el rey de esperarle le depuso y nombró en su lugar á Lisimaco, poniendo además guarnicion siria en el Alcázar de la ciudad. A tan sucesivas usurpaciones, se siguieron sangrientas parcialidades entre los usurpadores y sus gentes.

Algunos años despues y cuando Antioco se hallaba ocupado en una expedicion contra el Egipto, se estendió por Jerusalen la voz que habia muerto en ella. Cuando volvió de Egipto y entró en Jerusalem y la encontró en abierta insurreccion, se vengó haciendo degollar cuarenta mil Judíos, reduciendo otros tantos á esclavitud, profanando el Santuario, y llevándose todos los objetos consagrados al culto que se hallaban en el templo. Todas las ceremonias y ejercicios de la religion fueron prohibidos, y con tales excesos se atrajo Antioco la justa indignacion del pueblo judío, que insurreccionándose con Matatías, sacrificador de la raza de Phinées, y jefe de la familia de los Asmoneos, se preparó á combatir á los Sirios y libertar á la Judea. Murió Matatías sin haber podido realizar tan heróicos pensamientos, pero su tercer hijo llamado Judas Macabeo, á la vez que le sucedió en la autoridad, continuó la empresa comenzada. La guerra seguia alternativa de triunfos y derrotas, muriendo Judas en un combate, en que obtuvieron los Judios una grande victoria. Sucedióle su hermano Jonatás, que fué reconocido por gran sacerdote y generalísimo de la Judea por Alejandro Bala; y consolidó su poder merced á las turbulencias que afligian á la Siria; pero habiendo caido en una emboscada que le habia preparado Trifon, gobernador de Antioquía, pereció en ella con todos sus hijos.

Puesto en su lugar Simon, su hermano, adelantó la definitiva libertad de la Judea, por lo cual agradecidos los Judíos, decretaron que la doble autoridad de Pontífice y de Rey que tenia, fuese hereditaria en su familia. No duró mucho esta satisfaccion, porque nuevas desgracias iban á caer sobre él y sobre su pueblo. Degollado en un festin con dos de sus hijos por Tolomeo, gobernador de Jericó, su yerno, le sucedió su hijo Juan Hircano, en cuyo tiempo recobraron los Sirios á Jerusalem y debastaron el país que por poco tiempo dominaron, pues habiendo muerto Antioco Sidetes, los Judios volvieron á reconquistar su independencia. Desde entonces todo le fué favorable á Juan Hircano, exceptuando algunas contiendas civiles suscitadas por la rivalidad de los Saduceos y Fariseos. Muerto él le sucedió el mayor de sus hijos, Aristóbulo I, que tomó el nombre de rey y le trasmitió despues á su hermano Alejandro Janéo. El reinado de este fué notable por las muchas guerras que sostuvo, por los muchos actos de crueldad que ejercitó con los Fariseos que excitaban con frecuencia al pueblo contra sus rivales. Cuando Alejandro murió dejó el gobierno á su viuda, quien no pudiendo resistir á los Fariseos, dejó la corona á su hijo Hircano II. Los años sucesivos pasaron en largas disensiones entre el nuevo rey á quien apoyaban los Fariseos, y Aristóbulo II que le disputaba el trono.

Los Romanos tomaron parte en esta lucha, declarándose Pompeyo por Hircano, que con tal auxilio aseguró su autoridad. César le protegió tambien y concedió á los Judíos todos sus antiguos privilegios con el permiso de reconstruir las murallas de Jerusalem. Con todo, Antigóno volvió á suscitar otra vez la guerra civil contra Hircano, á quien despojó del trono, pero Herodes, su yerno, despojó á su vez al usurpador, y fué proclamado rey de los Judíos, protejido por Antonio y Octavio, y con la aprobacion del Senado romano.

LECCION QUINCE.

HISTORIA ROMANA.

La Italia.

(Desde los primitivos tiempos hasta la fundacion de Roma. 753 A. de J. C.)

La Italia forma una península bañada en su mayor parte de extension por el mar Mediterráneo, que toma diferentes nombres, como mar Adriático, Jonio y Tirreno, unida al resto de la Europa por los Alpes que la limitan en forma de cuadrante por el Septentrion. De ellos se desprende una cordillera hácia el Sur, llamada los Apeninos, que estendiéndose hasta la extremidad de la península, forma el núcleo de las fértiles llanuras del Este y el Oeste. Su historia no empieza hasta diez y nueve siglos antes de nuestra era. La tradicion habla de la llegada de los Pelasgos venidos de la Tracia y la Tesalia con Tirreno y Œnotrio, hijo del arcadio Lycaon. En los siglos diez y siete y diez y seis siguientes, llegaron otras tribus de la Iliria á las costas del mar Adriático, que formaron los antiguos pueblos Liburnos y Venetos. No mucho despues llegaron los Iberos originarios de la Colquida y el Ponto, establecidos antes en España, de donde tomaron el nombre de Sicáneos, del rio Sicoris, que corre por ella. Otras tribus continuaron llegando en tiempos posteriores, conocidas con el nombre genérico de Celtas, que unos traen de los paises situados entre el

Danubio y los Alpes, y otros dicen que vinieron de la Galia, y formaron los pueblos llamados Ligures y Umbrios. A estos siguieron los Etruscos, que viniendo por el Tirol, arrojaron de sus asientos á los Umbrios, y fundaron un Estado poderoso desde las riberas del Pó, hasta la embocadura del Tíber. Esta raza industriosa y guerrera, subdividida en doce tribus independientes con su jefe particular cada una, llamado Lucumon, distribuyó el pais conquistado en porciones iguales con su capital, y todas formaban una confederacion. Cuando su poder iba en aumento, llegaron nuevas colonias griegas de Helenos, Dorios, Eolios, Jonios y Aqueos, que formaron tambien muchos establecimientos en la parte de la Italia que mira á la Grecia, de donde tomó el nombre de Grande Grecia. Ya antes de la ruina de Troya, segun la tradicion, habian pasado á la península Itálica los Arcadios con Evandro, los Argibos con Tibur Anfiarao, y despues de aquella notable destruccion llegaron á ella Antenor y Eneas que fundó á Lavinia en el Lacio, y su hijo Ascanio que edificó á Alba Longa, donde reinaba Numitor cuando Roma fué fundada.

LECCION DIEZ Y SEIS.

Historia de Roma.

(Desde su fundacion hasta 509 A. de J. C.)

Esta ciudad que debia ser la señora del Universo antes de la fundacion de la Iglesia Católica, y despues la Sede principal de ella, se fundó á fines del año tercero de la Olimpiada 6.ª 753 años A. de J. C. En su principio fué un recinto de malhechores defendidos por la insalubridad de la llanura que rodeaba al monte Palatino, donde Rómulo sentó su campamento y abrió los

cimientos de la ciudad. Criado entre pastores y ocupados en los ejercicios de la guerra, la consagró al dios Marte de quien suponia ser él hijo. Un lugar de asilo concedido á los esclavos fugitivos de los pueblos de la comarca, aumentó el número de los que con Rómulo habian venido. Su vecindad alarmó á los mas cercanos á ellos, y trataron de expulsarlos pero fueron vencidos. Tacio, rey de los Sabinos, cuyas mujeres habían sido robadas por los Romanos, levantó un grande ejército, con el que se dirigió á Roma. Estando ya para darse la batalla, se interpusieron las Sabinas entre unos y otros, y los redujeron á firmar la paz. Rómulo y Tacio gobernaron á la vez, habitando este con los suyos el monte Capitolio, que se agregó al recinto de la ciudad. Ciento de los principales Sabinos fueron admitidos en el Senado que Rómulo tenia ya establecido. Dividióse el pueblo en tres tribus llamadas la primera Rannenses ó de los Romanos, Taciènses ó de Tacio la segunda, y Luceres ó de los Advendizos la tercera. Muerto Tacio quedó reinando solo Rómulo, que aspirando sin duda al poder despótico murió asesinado por los senadores. La discordia suscitada entre Romanos y Sabinos sobre la eleccion de nuevo rey dió causa á un interregno de mas de un año, durante el cual ejerció el Senado todos los poderes. Recayó este en Numa Pompilio, que era sabino, de carácter conciliador y pacífico. La larga paz en que vivió le proporcionó acabar la obra de su antecesor. Estableció el culto y el sacerdocio: consagró á Rómulo Quirino un templo en el monte Quirinal que introdujo dentro de Roma: santificó el matrimonio y la propiedad territorial con ceremonias sagradas para la celebracion del uno, y señalamientos de términos para la otra: arregló el calendario, y con otras instituciones civilizadoras que decia serle comunicadas por la Ninfa Egeria, dulcificó el carácter feroz de los Romanos. Sucedióle Tulo-Hostilio, que añadiendo á la ciudad el monte Celio, colocó en él á los de Alba Longa destruida á consecuencia del famoso combate de los Horacios y Curiacios. Inclinado á la guerra alcanzó varias victorias sobre los pueblos inmediatos, que no deponian su ódio á los Romanos, quienes en su reinado comenzaron á adquirir la admirable disciplina y táctica con que mas ádelante se hicieron señores del mundo.

Anco-Marcio reunia á las virtudes de su abuelo Numa, las cualidades guerreras de su antecesor Tulo-Hostilio. Despues de haber reprimido á los Veientinos y Fidenatos, marchó contra los Volscos y estendió el territorio romano hasta el Mediterráneo: incluyó dentro de la ciudad los montes Aventino y Janículo, y construyó el puerto de Hostia en la embocadura del Tíber. Dejó la tutela de sus hijos á su favorito Lucio-Tarquino-Prisco, aventurero griego educado en Etruria. Este, con liberalidades é intrigas, consiguió que le colocaran en el trono, donde temiendo que el Senado se retragera de la eleccion, puso otros cien miembros de sus adictos. En él desplegó toda la inteligencia y habilidad de hombre superior, introduciendo las ciencias, las artes y ceremonias religiosas de los Etruscos. Dos veces hizo guerra con ventaja á los Latinos, destruyendo muchas de sus poblaciones: fué el primero que usó del triunfo, ceremonia cívico-religiosa que despues se perpetuó como medio de emulacion: embelleció la ciudad con murallas de piedra, y dió principio á la construccion del Capitolio y del Circo romano. Murió asesinado por los descendientes de Anco-Marcio. Servio-Tulio, su yerno, se encargó de la autoridad como tutor de los nietos del rey difunto, que no dejaba hijos, pero muy luego fué proclamado él mismo por el pueblo, no obstante la oposicion del Senado. Por mas de veinte años combatió á los Etruscos, é hizo de Roma la Metrópoli de todos los pueblos del Lacio, que formaron con ella una grande confederacion; la aumentó con los montes Esquilino y Viminal, últimos de las siete colinas que comprendia su recinto: estableció el censo, y distribuyó el pueblo en Centurias; reprimió la usura; favoreció las emancipaciones, y protegió á los pobres eximiéndoles de los cargos públicos, y distribuyendo las tierras labrantías conquistadas. Con estas instituciones que le atraian el aprecio público se hizo odioso á su yerno Tarquino que le asesinó teniendo por cómplice á Tulia, su mujer, hija del asesinado.

Tales principios anunciaban una odiosa tiranía. En efecto, Tarquino el Soberbio subió al trono sin autorizacion del Senado, ni del pueblo, y se sostuvo en él rodeado de satélites extranjeros. Sin embargo, consiguió gloriosas victorias de los Volscos y Sabinos: acabó el

Capitolio, y se hizo con los libros Sibilinos, coleccion de oráculos que se guardó con mucho cuidado en Roma. Sus crueldades obligaron á los principales de la ciudad á dejarla y retirarse á Gabias, donde se defendieron siete años, hasta que por una asechanza de Sexto, hijo de Tarquino, fueron degollados. Este mismo hijo causó la ruina de su padre con el insulto hecho al honor de Lucrecia, que la indujo á darse la muerte. A la voz de Junio-Bruto y de Colatino, marido de la víctima se sublevó Roma y arrojó de sí á los Tarquinos (509). Entonces se estableció una especie de república, en la que el Senado y la nobleza se abrogaron los derechos del rey, y se nombraron dos magistrados anuales llamados Cónsules, que tuvieron el poder ejecutivo.

LECCION DIEZ Y SIETE.

Roma desde el establecimiento del consulado.—La dictadura.—El tribunado.—El decemvirato, hasta la admision de los plebeyos á todas las magistraturas.

(Desde 509 hasta 300 A. de J. C.)

La abolicion de la monarquía no alteró esencialmente la constitucion romana. El poder ejecutivo fué el solo trasferido á los cónsules, cuyo nombramiento hacia el pueblo, aunque debian ser elegidos de la clase de los patricios. Como signos exteriores de su autoridad usaron la toga pretexta, la silla curul, el cetro de marfil, y los doce lictores con las fasces y el hacha. Los primeros que obtuvieron esta dignidad fueron Junio-Bruto y Colatino.

El rey destronado se retiró á Tarquinia, ciudad que fué de su padre, con ánimo de volver á Roma, á donde mandó mensajeros en reclamacion de sus bienes. Estos fraguaron una conspiracion para restablecerle en el trono, en la cual tomaron parte los patricios jóvenes de la ciudad. Descubierta por un esclavo llamado Vindicio, fueron condenados á muerte los conspiradores, entre quienes estaban los hijos del cónsul Bruto, que presenció el suplicio después de haberlos condenado él mismo. Con este motivo tomaron las armas los de Tarquinia, Veses, y otras ciudades Etruscas, que fueron vencidos, muriendo en la batalla encontrándose personalmente, un hijo de Tarquino y el cónsul Bruto, à quien sustituyó Valerio-Publicola. A esta coalicion siguió otra que tuvo por jefe á Porsenna rey de Clusium, tambien en la Etruria, quien vencedor en un principio, se detuvo á la vista de Roma asombrado de la intrepidez de Horacio Coclés, el valor heróico de la jóven Clelia, y la resolucion mas que humana de Mucio Escebola. Mientras que los pueblos latinos se armaban en todas partes, el pueblo romano irritado contra el Senado y los patricios rehusaba alistarse en las legiones, si no se decretaba la abolicion de las deudas. Para obligarle al alistamiento acordó el Senado crear una nueva magistratura, cuya autoridad fuese absoluta y superior á todas las leyes, que se llamó dictadura, y de ella fué revestido el cónsul Tito-Larcio (497). Este primer dictador, á quien nadie se atrevió à resistir, pues se presentó en la plaza pública rodeado de los veinte y cuatro lictores, levantó un ejército, con el que obtuvo sobre la liga una primera victoria, en la que se apoyó para entrar en negociaciones, cuyo resultado fué la paz. Tres años despues volvió Tarquino á formar otra coalicion aun mas numerosa. Nombrado dictador Postumio, salió á su encuentro con un buen ejército, y en una accion decisiva cerca del Lago Regilo la desvaratò, muriendo en ella el otro hijo de Tarquino, quien ya anciano se retiró à Cumas en la Campania, donde murió (495).

Los Volscos, partidarios que habian sido de Tarquino, volvieron à declarar la guerra à los Romanos, y el pueblo de Roma, cuya irritacion contra los patricios iba siempre en aumento, se resistió otra vez á ser alistado para ella. El Senado se dividió en pareceres, pero entre tanto los Volscos avanzaron hàcia Roma, cuyo cónsul,

Servilio Prisco, consiguió por medio de concesiones y promesas al pueblo que tomara las armas, y habiendo salido contra los enemigos logró derrotarlos. Cuando volvió á Roma, no quiso el Senado ratificar las promesas que el cónsul habia hecho al pueblo. Este se retiró en buen órden al monte Abentino, desde cuyo punto envió comisionados á Roma para hacer saber á los patricios y al Senado, que de ningun modo volveria á la ciudad, si este no confirmaba las promesas del cónsul. Los senadores más jóvenes propusieron que se usara de dureza con el pueblo, pero los mas prudentes convinieron en que Menenio Agripa fuera al lugar donde el pueblo permanecia reunido para tratar de conciliacion. Hízose esta, concediendo al pueblo entre otras cosas, el derecho de elegir de entre sus individuos, unos magistrados encargados de defender sus intereses. *Los Tribunos*, que así fueron llamados estos magistrados, se hicieron declarar inviolables en sus personas y con derecho de oponerse á las decisiones del Senado por medio del Veto (493). Enseguida volvió el pueblo á Roma para alistarse, y nombrado dictador Valerio, se formaron tres ejércitos contra los Volscos, los Equos y los Sábinos, y todos tres salieron victoriosos. Sin embargo, no tardaron mucho los primeros en volver á principiar la guerra, y en ella se hizo notar el jóven patricio Marcio, que tomó á los enemigos la ciudad de Coriola, de la cual fué llamado Coriolano. Pero á la vez que se hacia admirar por su valor y pericia, se hacia tambien notable por su firmeza en oponerse á las pretensiones de la plebe, que le castigó: primero, con haberle negado el consulado que pretendió en 491, y despues haciéndole condenar á un destierro perpétuo, Coriolano, enfurecido por el abandono en que le habia dejado la clase á que pertenecia, se retiró al país de los Volscos, jurando vengarse de Roma. Puesto á la cabeza de la liga que se formó entre aquellos y otros pueblos, vino contra la ciudad, á cuyas murallas llegó amenazando destruirla. Nada pudieron alcanzar de él los enviados del Senado y el sacerdocio que le suplicaban se retirara, pero vencido despues por las lágrimas de su madre Vetulia y de su esposa Volumnia que con las matronas romanas salieron á implorar su clemencia, se separó de los Volscos, que viéndose burlados en sus esperanzas pidieron luego la paz.

Envalentonada la plebe con el triunfo que habia conseguido sobre los patricios en el destierro de Coriolano, propuso una ley agraria que evitara el monopolio que del Ager publicus hacian estos. Los patricios se opusieron abiertamente á ella, pretestando que como consecuencia suya sería la concesion de derechos políticos, y ofrecieron á la plebe darla tierras en las colonias que se fundaran. Pero entre tanto, Espurio Casio Viscelino formó el proyecto de usurpar el poder supremo, apoyado por el pueblo cuya causa aparentaba defender Descubiertos sus planes antes de poder comenzar á ejecutarlos, fué condenado á ser arrojado de la Roca Tarpeya (485).

En 482, principió la guerra con los Veientinos, que fuè señalada con una primera victoria gloriosa, aunque sangrienta, por haber perecido en ella todo lo principal de las familias romanas. La decision de los Fabios tuvo algunos años despues en respeto á los Veientinos, hasta que habiendo muerto todos los de su familia en la batalla de Cremera (476), redobló Roma sus esfuerzos para acabar con enemigos tan tenaces, nombrando dictador á Camilo, quien puso sitio á Veies y obligó á rendirse despues de un largo asedio (474).

Los tribunos de la plebe reiteraron con mayor empeño sus pretensiones de la ley agraria, y Genucio, uno de ellos, juró no abandonarlas hasta la muerte, que muy pronto le fué dada en su mismo lecho. Este asesinato fué causa de nuevas excisiones entre ambas clases, hasta que la plebe consiguió el derecho de reunirse por tribus, y establecer plebiscitos (471).

En 464 pusieron en tanta estrechura á Roma los Equos y Sabinos, que se creyó perdida sin remedio. En tal situacion acordó el Senado ponerla bajo las órdenes absolutas de los cónsules, con aquella notable fórmula que por primera vez se oyó en su seno *Cabeant consules nequid detrimenti respublica capiat* El tribuno Terentilo Arsa exigió que este poder excepcional que se daba á los cónsules fuera mas definido y esplícito, para lo cual propuso que se nombraran cinco ciudadanos que formularan una ley que regularizara las facultades consulares, á lo que se opusieron los patricios. Durante estas contestaciones el sabino Apio Herdonio se apoderó del Capitolio con cuatro mil hombres, del cual fué desalojado por los patricios solos, pues la plebe no quiso tomar

las armas. La guerra sin embargo continuaba con grandes ventajas para los Equos y Sabinos, hasta que nombrado dictador Cincinato, y habiendo tomado las armas el pueblo, salieron contra los enemigos de quienes obtuvieron una completa victoria en las inmediaciones de Roma misma (457).

Los tribunos volvieron á reproducir las pretensiones de Terentilo Arsa, á las que en cierto modo accedieron el Senado y los patricios, acordando que se formara un cuerpo de leyes escritas, y de acuerdo con los tribunos se mandaron á Grecia tres comisionados, para que tomaran de sus leyes las que mas pudieran convenir á su república. Cuando estuvieron de vuelta los comisionados, se nombraron diez individuos, que de su número fueron llamados Decemviros, en quienes se depositó toda autoridad ordinaria, y se los confirió la facultad de redactar el código de leyes (451). En el primer año propusieron á la aprobacion del pueblo diez tablas de ellas, y en el siguiente lo hicieron de otras dos; y cuando se esperaba que concluida su mision depondrían la autoridad, Apio Claudio, que era el principal de ellos, hizo que se la prorogaran bajo el pretexto de revisar las leyes publicadas. Semejante conducta, unida al gobierno tiránico que comenzaron á ejercer, produjo el descontento general, que muy luego degeneró en insurreccion del pueblo irritado por la muerte de Virginia. Los decemviros fueron depuestos y abolida su autoridad, se restableció el consulado. El tribuno Canuleyo propuso que los plebeyos pudieran obtenerle, y que se autorizaran los matrimonios entre las dos clases. A esto último accedieron los patricios, pero no á lo primero, cuando los Equos, Volscos y Velentinos, aprovechándose de estas discordias, volvieron á tomar las armas contra Roma. Los tribunos se opusieron á que el pueblo saliera de la ciudad, y los patricios, ya que no pudieron resistir mas las pretensiones de Canuleyo, transigieron con el pueblo disponiendo que los cónsules fueran reemplazados por seis tribunos militares con autoridad consular, elegidos indistintamente de entre las dos clases. Dos años despues se creó la importante magistratura de los Censores; á la cual solo podian aspirar los patricios Tan interminables luchas producian de continuo peligros para la república, como acaeció al poco tiempo de hecha esta revolucion. Espurio

Melio intentó acabar con ellas usurpando el poder supremo, á cuyo efecto sedujo al pueblo distribuyéndole pan en la grande escasez que de él habia (440) Alarmado el Senado nombró dictador al anciano Cincinato, quien puso por general de la caballería á Servilio Ahala. Acometiendo este á la muchedumbre que rodeaba á Espurio Melio, en la plaza pública, se fué á él y atravesándole con la espada le mató.

Reinando Tarquino el antiguo se habian establecido los Galos en las inmediaciones del Pô, y formado uno de los principales pueblos de la Italia. En el año trescientos noventa se presentó Breno delante de Clusio, ciudad de Etruria, con un formidable ejército de Galos Senoneses. Roma le envió embajadores que lejos de contenerle le irritaron con sus amenazas. Dirigióse á ella, y derrotando en el camino al ejército consular, entró victorioso y la incendió despues de haberla saqueado (387). Todos sus habitantes huyeron, menos unos cuantos senadores que sentados en sus sillas de marfil esperaron al enemigo, que bárbaramente les degolló. Algunos soldados escogidos se refugiaron al Capitolio resueltos á defenderse hasta morir. Breno acometió á la ciudadela, y despues de un bloqueo de siete meses, trató de tomarla por sorpresa. Manlio Capitolino la descubrió, porque habiéndole despertado los gansos que estaban allí religiosamente conservados como aves consagradas á Juno, acudió á la muralla y rechazó á los que la escalaban. Llegó despues el dictador Camilo y obligó á Breno á levantar el sitio precipitadamente y retirarse.

Cuando los habitantes de Roma volvieron á ella, la hallaron tan desmantelada que pensaron trasladarse á Veies, pero Camilo se opuso á tal resolucion. Mientras que penosamente se trataba de reedificarla, se ocupaban los soldados romanos en reducir de nuevo á los Etruscos, Sabinos y Latinos, que confiados en el abatimiento en que se hallaban sus rivales intentaron sacudir el yugo. Al mismo tiempo los Galos Cisalpinos habian tomado las armas y marchaban contra Roma. Nombrado Camilo dictador por la quinta vez, les salió al encuentro, y habiéndoles alcanzado en las riberas del Anio les venció y dispersó.

La conquista de la Campania y del Samnio, puso á los Romanos en contacto con la grande Grecia. Los Taren-

tinos resolvieron defender la libertad comun amenazada de los bárbaros, que así llamaban entonces los Griegos á los Romanos, é invitaron á Pirro, rey de Epiro, diciéndole que estaban prontos trescientos mil hombres de todos los pueblos de la Italia Meridional, á quienes solo faltaba un buen general. Pirro que habia aprendido de Alejandro el arte de la guerra, queria, á pesar de los consejos de su ministro Cineas, renovar en el Occidente las famosas proezas de aquel conquistador (280). Dos victorias que consiguió le fueron tan ruinosas, que pasó á Sicilia á buscar fortuna, y habiendo regresado á los tres años, fué completamente derrotado en Benevento por Curio Dentato. Se retiró á Grecia, donde murió, y Tarento se sometió (272), no tardando en hacer otro tanto toda la Italia Meridional. Los cónsules Cornelio Léntulo, Emilio y Marcelo unieron á estas conquistas la Galia Cisalpina, la Córcega y Cerdeña (240-220).

Estas guerras en nada contuvieron las exigencias de los plebeyos, quienes en la de los Galos vieron por primera vez elegido cónsul á uno de su clase, y á otro dictador en la de los Etruscos. El sacerdócio se hizo tambien comun á patricios y plebeyos, y á instancias del tribuno Valerio Corvo, se estableció la ley de apelacion al pueblo. El dictador Hortensio publicó en 286 un decreto favorable á los plebeyos amotinados sobre la tasa del interés del dinero y arreglo de las deudas.

LECCION DIEZ Y OCHO.

Guerras y conquistas de los Romanos fuera de Italia.

§ I.

PRIMERA GUERRA PUNICA.

(Desde 264 hasta 241 A. de J. C.)

Con tales sucesos se hizo Roma grande y temible. Los pueblos de la Italia Meridional que habian seguido á Pirro se sometieron todos; los de la Central lo estaban ya, y Roma era dueña desde el estrecho que separa á la Italia de la Sicilia, hasta las riberas meridionales del Pó y la Galia Cisalpina. Comenzó á recelar de los Cartagineses, poderosos tambien por las conquistas que habian hecho en Sicilia, y porque los habian visto venir ya á Italia en auxilio de los Tarentinos. Poseedores de las costas del Mediterráneo, de casi toda el Africa, y de una buena parte de España, eran árbitros y señores de los mares de estas partes. La Italia podia verse amenazada por ellos, y los Romanos se propusieron estorbarlo.

Divididos los Mamertinos que habian ocupado á Messina en dos facciones, una afecta á los Cartagineses, y otra que resistia su dominacion, la primera con ánimo de hacer que la segunda se sometiera á ellos, los entregó la fortaleza, con lo cual, temiendo la segunda verse forzada á obedecerlos, llamó en su auxilio á los Romanos. Estos aun no tenian marina, ni conocian parte alguna de la navegacion, pero en pequeñas balsas, que tomaron de algunos pueblos de la costa, atravesaron el estrecho de Messina y desembarcaron en Sicilia, donde se apoderaron de Agrigento y Catana despues de haber vencido

á los Siracusanos mandados por Hieron, á quien obligaron á pedir la paz. Conocieron pronto que estas ventajas conseguidas no podian ser duraderas, si no impedian á los cartagineses meter mayores fuerzas en la isla, pues si Roma era rica en legiones, no tenia ni un solo buque de guerra que oponer á la numerosa marina de aquellos.

La casualidad hizo que una galera cartaginesa encallara en las playas de Italia, y tomándola por modelo construyeron, en menos de dos meses, otras ciento veinte como ella, y armándolas de máquinas para apresar y asegurar los buques cartagineses, montó en ellas el cónsul Duilio, á quien se dió el mando de esta primera escuadra que Roma ponia en los mares. Con ella fué en busca de los Cartagineses, á quienes destrozó en una batalla naval, aprovechándose de las máquinas que proporcionaron á los Romanos abordar los buques cartagineses y combatir en ellos cuerpo á cuerpo, en lo que sobresalian por su buena táctica. En memoria de este suceso se levantó en la plaza de Roma una columna rostral (260). La guerra se hizo con mayor tenacidad cuando, pasando el cónsul Cornelio Escipion á Cerdeña y Córcega, obligó á los Cartagineses á abandonarlas. Atilio Régulo, que tambien los venció en Tindaris, pasó al Africa en su persecucion; pero auxiliados por Jantipo, general de Lacedemonia, le vencieron bajo las murallas de Cartago, y le hicieron prisionero. En Sicilia recobraron los Cartagineses á Agrigento, y los Romanos los quitaron á Panormo, en cuyas inmediaciones los ganó Metelo una accion que inclinó ya la balanza en favor de Roma. Los Cartagineses, que veian la mayor parte de sus conquistas de Sicilia en poder de los Romanos, propusieron tratar para la paz y cangeo de prisioneros. Al efecto, mandaron á negociar con el Senado de Roma á Atilio Régulo bajo la palabra de volver á Cartago. Léjos de persuadir á sus conciudadanos el otorgamiento de la paz que venia encargado de solicitar, los disuadió de hacerlo y propuso que no se faltara á la ley que quitaba toda esperanza de rescate á los débiles que se dejaban hacer prisioneros. Hecho esto se volvió á Cartago, donde le aguardaban los crueles tormentos en que murió. La guerra por lo mismo continuó, pero mal para Roma, que vió agotados sus recursos y disminuida su poblacion. El sitio y toma de Lilibea, y la batalla ganada por el cónsul Lutacio en

el mar de las islas Egatas, cambiaron el aspecto de tan empeñada lucha, y obligaron á los Cartagineses á admitir la paz con las duras condiciones de dejar libre la Sicilia y todas las islas que se hallan entre ella y la Italia y de pagar una crecida contribucion de guerra. Los Romanos se posesionaron de casi toda ella, dejando solo á Hieron, rey de Siracusa, lo que le pertenecia como aliado de Roma (241).

En el tiempo que medió de esta primera guerra con Cartago hasta la segunda, siguieron apoderándose de la Cerdeña y Córcega que hicieron suyas. Dirigiéndose después contra los Galos Cisalpinos, pasando por primera vez el Pó, los desalojaron de Milan y de todos los lugares que aquel rio baña: fueron luego á la Istria y á la Iliria, con cuyas conquistas establecieron su dominacion en la Italia septentrional (222).

§ II.

SEGUNDA GUERRA PUNICA.

(Desde 218 hasta 201 A. de J. C.)

Para compensar la pérdida de la Sicilia, de la Cerdeña y de la Córcega, decidieron los Cartagineses hacer los mayores esfuerzos para posesionarse de España, sin embargo del tratado celebrado con Roma en 227, por el que se habian comprometido á no llevar sus conquistas mas allá del Ebro, y á respetar á la ciudad de Sagunto, aliada de los Romanos. En 218, Anibal, que habia sucecido á Asdrúbal en el mando de España, violó el tratado referido, apoderándose de Sagunto y destruyéndola. Pasó en seguida el Ebro, y atravesando los Pirineos, la Galia meridional y los Alpes, cayó como un rayo sobre la Italia á la cabeza de veinte y cinco mil hombres. Desapercibidos los Romanos, prepararon de pronto un ejército que oponerle, mas en las márgenes del Tesino fué derrotado por la caballería Númida, que dió la primera victoria á Aníbal, á quien se unieron luego los Galos Cisalpinos. Retiráronse los Romanos á la otra parte del Pó, en un campo fortificado cerca de Trebia. Aníbal, aprovechándose de la presuncion y temeridad del cónsul Sem-

pronio, le acometió y derrotó completamente, y pasando los Apeninos sin que fueran bastantes á impedírselo los rigores del invierno, entró en Etruria, donde halló al cónsul Flaminio, á quien deshizo junto al lago Trasimeno. Consternada Roma con tan seguidas y aceleradas derrotas, temió ver al enemigo á sus puertas; pero Aníbal en lugar de ir contra ella, marchó á la Apulia. Nombrado dictador Favio Máximo, la repuso de sus temores, entreteniendo á Aníbal, mas por la prudencia y lentitud en obrar, que por el deseo de llegar á las manos, no obstante la impaciencia de sus conciudadanos, y las faltas de Minucio, general de la caballería. El cónsul Terencio Varron que acabada la dictadura de Favio Máximo mandaba las tropas romanas en 316, comprometió una accion en las inmediaciones de Cannas, en la Apulia, en la que perdió casi todo su ejército. Aníbal se dirigió á la Campania, donde habiéndosele entregado Capua, estableció en ella sus cuarteles de invierno. Continuóse la guerra sin resultados de importancia para unos ni para otros. Aníbal no se movia esperando los grandes refuerzos que su hermano Asdrúbal debia traerle de España, pero los Romanos se anticiparon á mandar á la península los dos hermanos Escipiones para que lo estorbaran; mas esto no obstante, Asdrúbal pasó los Alpes con cincuenta y dos mil hombres Españoles, Galos y Ligures. Tan formidable ejército fué vencido cerca de Siena, en la Umbría, por los dos cónsules Claudio Neron y Livio Salinator. Aníbal, atemorizado no se atrevió á esperarlos, y se entró en el Abruzo. Las armas cartaginesas iban entre tanto perdiendo sus posesiones de España, á donde habia ido Publio Escipion, quien dejó en ella á sus lugar-tenientes, y pasó al Africa llevando la guerra á las puertas mismas de Cartago. Consternado á su vez el Senado cartaginés llamó á Aníbal, para que fuera á defenderlos, y abandonara la Italia, de donde salió maldiciendo á los dioses y los hombres. Habiendo desembarcado en Leptis, tuvo una entrevista con Escipion, quien á nada quiso acceder; por lo que preparándose los dos para el combate, se encontraron en Zama, donde se dió una reñida batalla que quedó por los Romanos. Desalentados los Cartagineses tuvieron que sucumbir á una paz en la que el romano dictó condiciones harto duras para Cartago. Con ella acabó la segunda guerra Púnica (201).

§ III.

INSURRECCION DE LOS GALOS CISALPINOS Y TERCÉRA GUERRA PUNICA.

(201 hasta 145 A. de J. C.)

Antes que el resultado de la batalla de Zama fuera conocido en Italia, ganó Amilcar á los Galos Ligurienses y se apoderó de Plasencia, colonia romana, haciendo degollar á todos sus habitantes. Derrotó á las legiones que se le opusieron, pero acometido cerca de Cremona por el pretor Furio, perdió treinta mil hombres. En otra accion igualmente sangrienta que le dió el cónsul Merula, acabó con las esperanzas de los Galos Cisalpinos que fueron enteramente subyugados.

Mientras tanto las facciones del Senado cartaginés se inculpaban recíprocamente la humillacion en que la paz de Zama dejaba á la república, y las pérdidas últimamente experimentadas en Italia. Hannon, al frente de la aristocracia, queria que se cumpliera lo convenido con Roma, pero la faccion Barcina que era la de Aníbal, prevaleció, y se apoderó del gobierno. Irreconciliable en su ódio contra los Romanos, proyectó formar contra ellos una coalicion de todos los pueblos no sometidos á Roma, desde las columnas de Hércules hasta el Eufrates. Llegó el Senado romano á entender estos ocultos manejos de Aníbal, y mandó á Cartago enviados que pidieran seguridades, y Aníbal temiendo que acaso sería entregado á sus enemigos, huyó á Siria á la córte de Antioco (195).

Cuando Escipion pasó al Africa en la segunda guerra Púnica, encontró la Numidia dividida en dos poderosos Estados, que pertenecian el uno á Syphax y el otro á Massinisa, y trató de atraerlos á su alianza. En un principio la admitieron los dos, pero Syphax se separó luego de ella, y se puso de parte de los Cartagineses. Massinisa permaneció fiel en su amistad con Roma, quien se la premió dándole los Estados que aquel habia poseido. De inteligencia con el Senado romano, despues de la huida de Aníbal, entró por algunos territorios de los Cartagineses, y se apoderó de ellos bajo el pretesto de que

habian sido antes de sus mayores. Cartago se quejó á Roma, de quien Massinisa era aliado, y el Senado romano mandó comisionados que arreglaran la diferencia suscitada entre ambos Estados. Cuando estuvieron de vuelta, Caton, que era uno de ellos, expuso el estado floreciente en que habia visto á Cartago, y añadió que no habria paz para Roma, mientras que su rival no fuera reducida á escombros. Esceptuando algunos senadores prudentes que conocian ser necesario un contrapeso á Roma, todos los demás prorumpieron como Caton «*Delenda est Carthago!*» Se la declaró la guerra, y vencida ya por los Numidas, obtuvo de Roma una paz por la que debia entregar todas las armas. Hízose así, y cuando estaban enteramente inermes, se los intimó el abandono de la ciudad, y la órden de retirarse al interior de Africa. Parecióles preferible la muerte, y su desesperacion costó cara á los Romanos que fueron derrotados varias veces, hasta que llegó Emiliano Escipion, nieto adoptivo del Africano, quien no queriendo aventurar accion alguna, estrechó el sitio de la ciudad y la redujo al último apuro. Muchos de sus habitantes se mataron unos á otros por no sobrevivir á la ruina de la pàtria. Cartago fué incendiada y destruida (145) y todo el país que le pertenecia declarado provincia romana. Escipion obtuvo como su abuelo el sobrenombre de Africano.

§ IV.

GUERRAS DE ROMA EN LA GALIA TRANSALPINA; IDEM CONTRA LOS ESCLAVOS; IDEM DE YUGURTA; IDEM DE LOS CIMBROS.

Guerras en la Galia Transalpina. El año ciento cincuenta y cuatro antes de nuestra era, no pudiendo la pequeña república de Marsella defender dos de sus dependencias, Niza y Antiba, contra los Ligurienses, imploró el auxilio de los Romanos sus aliados. El Senado mandó al cónsul Opimio, que castigó á los Deceatos y Oxivios situados en las orillas del Var. El año ciento veintitres, inquietados los Marselleses por los Salios, recurrieron otra vez al Senado. Pasó los Alpes el cónsul Fulvio y los desbarató. Como entonces ya poseian los Romanos la España, deseaban unirla á la

Italia con un camino por tierra. Buscaron pues algunos pretextos para introducirse en las Galias (123). El cónsul Sextio estableció una colonia romana que fué Aix. Los cónsules que le sucedieron acometieron á su vez á los del Langüedoc y á los Arverneses, que entonces eran poderosos con su rey Bituito. Por último, en pocos años sometieron á toda la Galia Meridional y formaron la hermosa provincia romana á que dieron el nombre de Galia Narbonensa despues que edificaron á Narbona (117).

Guerras contra los esclavos. Conquistada la Sicilia y poseidas sus tierras por la aristocracia romana, se hallaba poblada de una grande multitud de esclavos, á quienes sus dueños trataban cruelmente. Uno de ellos, llamado Euno, que era sirio de origen, adquirió entre los demás algun prestigio por su audacia y su valor (134). Reunió unos cinco ó seis mil hombres determinados y se apoderó de Ennea y tomó el título de rey con el nombre de Antioco. El fuego de la insurreccion se extendió por toda la isla, y Euno llegó á tener un ejército de ochenta mil hombres. Derrotó á seis pretores que consecutivamente fueron contra él. Pero al fin el cónsul Rutilio batió á los nuevos Sirios en Taurominio y cogió á su rey Euno, á quien hizo quitar la vida en una prision.

Treinta años después, cuando la Italia se vió amenazada de los Cimbros y Teuctones, volvieron á sublevarse, y formaron varios cuerpos bajo el mando de Salvio, un tocador de flauta y de Atenion de Cilicia. El cónsul Aquilio, colega de Mario, derrotó al ejército de Atenion, á quien mató con su propia mano. Estas guerras fueron ruinosas para Roma, porque terminaban con degüellos generales de aquellos infelices que constituian una parte muy principal de la propiedad de sus dueños.

Guerra de Africa (119.) Yugurta, de la sangre real de Massinisa, aunque ilegítimo, se hizo reconocer por rey de Numidia después de asesinar á los dos herederos directos Hiempsal y Adherbal. Antes de sucumbir este último impetró el auxilio de los Romanos. Yugurta no tuvo reparo en ir á Roma, y procurar ganar á muchos de los senadores en favor de su usurpacion.

La Empresa le hubiera salido bien, si otro asesinato de un vástago de Massinisa no le atragera la indignacion popular. Salió de Roma, en donde no se creia seguro, y volviéndose al Africa se dispuso para la guerra (110).

Defendióse con valor, y muchas veces con fortuna, hasta que llegó Metélo, buen general y sobre todo incorruptible. Acompañábale Mario en calidad de lugar-teniente. Era Mario soldado valeroso, pero lleno de envidia, y hombre que bajo el exterior de aparentes virtudes republicanas, abrigaba deseos insaciables de dominacion. La oscuridad de su nacimiento fué para él un título de favor para con el pueblo, y con sus intrigas obtuvo el consulado que le puso en disposicion de terminar una guerra que Metélo tenia ya adelantada. Vencido Yugurta y entregado á Mario por Boco, su yerno, fué conducido á Roma, donde murió en un calabozo (106). Incorporada una parte de la Numidia á la provincia de Africa, se dió la otra á los dos últimos descendientes de Massinisa, Hiempsal y Harbas.

Guerra contra los Cimbros. La guerra que Mitridates hacia á los Escitas produjo la irrupcion de un pueblo bárbaro, que la historia designa con los nombres de Cimbros y Teuctones. Se componia esta horda de casi trescientos mil hombres, aptos para los combates, y una gran multitud de mujeres y niños conducidos en carretas con el botin cogido en su marcha. Salidos probablemente de las orillas del mar Negro, se dirigian al Mediodia en Europa. Los Galos, Belgas y Boios se les opusieron, y les arrojaron hácia los Alpes Nóricos y Réticos, hoy el Tirol. Los Cimbros ocuparon la Elvecia, é incorporados con los Ambrones y Tigurinos, penetraron en la Galia Transalpina y amenazaban la provincia romana (209). Después de haber derrotado á cuatro cónsules romanos que les salieron al encuentro, perdieron ochenta mil hombres en una batalla que les dieron otros dos generales en las fuentes del Rona. Después de este encuentro, se dirigieron contra España; mas rechazados por los Celtíberos y las guarniciones romanas, volvieron piés atrás, y se dividieron en dos cuerpos que debian unirse en Italia. Los Cimbros se dirigieron hácia la Carniola, y los Teuctones con los aliados Ambrones, por el litoral de la Liguria. Mario, que habia obtenido el consulado cuatro años, tuvo tiempo suficiente para aguerrir sus tropas y atrincherarse en la Galia meridional (102). Dos dias duró la batalla que dió á los Teuctones cerca de Aix, en la que les hizo perder ciento cincuenta mil hombres. El siguiente año, que tambien era cónsul, pasó á la Galia Cisalpina para operar en union del procónsul Catulo.

Alcanzaron á los Cimbros en las inmediaciones de Verceil (101), y les derrotaron enteramente, quedando en el campo ciento veinte mil muertos y sesenta mil prisioneros. Volvió Mario á Roma con el honor hasta entonces desusado de dos triunfos.

LECCION DIEZ Y NUEVE.

Disturbios y guerras civiles en Roma á consecuencia de las anteriores, ó motivadas por ellas.

§ I.

TRIBUNADO DE LOS GRACCOS.

Roma, segun se ha visto, se engrandeció por las conquistas, y con ellas vino la desmoralizacion de todas las clases que encontraban en los despojos de los pueblos vencidos, las riquezas que ambicionaban, y los medios de satisfacer su orgullo y sed de dominacion. Desde que todos los ciudadanos, cualquiera que fuera su nacimiento y fortuna, pudieron llegar á los cargos públicos, y que el único título para obtenerlos fueron las riquezas, la violencia y la osadía para adquirirlas; desapareció el espíritu público, y Roma empezó á ser juguete y víctima de las pasiones de algunos hombres que acertaron á utilizar en provecho propio los elemenlos de discordia que habian venido acumulándose tiempo hacia.

Los primeros que abrieron la sima donde Roma debia hundírse, no tardando, en las manos de los Tiberios y Nerones, fueron los dos hermanos Graccos, hijos de Sempronio Gracco, y nietos de Escipion el Africano por su madre Cornelia. Tiberio, que era el mayor, fué nom-

brado tribuno en 133, y para atraerse á la plebe intentó hacer revivir la ley Licinia sobre la division de las tierras conquistadas y propuso la distribucion de los tesoros, de Atalo, rey de Pergamo, entre los que nada tenian. El pueblo recibió con aplauso unas proposiciones que tanto le favorecian, pero enfurecido despues contra otro tribuno llamado Octavio, porque les negaba su aprobacion, decretó su destitucion instigado por Tiberio, que destruyó con este atentado la prerogativa de inviolabilidad tribunicia. El Senado le acusó de aspirar por tales medios á la tiranía, y en medio de una asamblea pública fué muerto por Escipion Nasica y sus partidarios. Cayo Gracco, su hermano, pidió y obtuvo el tribunado con ánimo de vengarse del Senado y de los patricios. Hizo quitar al primero el poder judicial y trasferirle al órden ecuestre, y para ponerse mas en disposicion de contrarestar á los patricios y proporcionarse mayor número de auxiliares, propuso la concesion de los derechos cívicos á los pueblos de la Italia, y la distribucion á la plebe romana de comestibles gratuitos ó á precio bajo. Culpado en la muerte de Escipion el Africano, decayó del aprecio del pueblo, y aprovechándose de esta circunstancia el cónsul Opimio, hizo acometer á los que le apoyaban en la plaza pública y darlos muerte. Cayo Gracco huyó, y se hizo dar de puñaladas por un esclavo.

Después de esta victoria sangrienta aparentó la aristocracia querer dulcificar el descontento público con algunas concesiones. Pero Mario, apoyado en su triunfo sobre Yugurta y sus espediciones contra los Cimbros, se presentó para tomar al pueblo bajo de su sangrienta tutela, y solicitó el sexto consulado (101). De acuerdo con el tribuno Saturnino y el pretor Glaucia, facciosos que dominaban entonces á la plebe, se lisonjeaba de poder gobernar despóticamente á la república. Un solo hombre le obstaba para conseguirlo, Metélo el Numídico, su antiguo general á quien debia los grados militares, y que como hombre respetado por su adhesion al órden antiguo se hallaba á la cabeza de la aristocracia. Los facciosos le acusaron como sospechoso al pueblo, y consiguieron se le desterrara. Roma quedó desde entonces entregada á la violencia de los demagogos. Pero fueron tantos los crímenes de Saturnino y Glaucia, que el mismo Mario se vió obligado á perseguirlos. Encerrados en el Capito-

lio con sus cómplices, fueron acometidos y degollados por el pueblo, que en este movimiento reaccionario volvió á llamar al virtuoso Metélo (99). El sanguinario Mario, no pudiendo ver la gloriosa vuelta de aquel á quien consideraba enemigo suyo, se condenó á un destierro voluntario, y salió de la ciudad prorumpiendo en amenezas que presagiaban grandes desastres.

§ II.

GUERRA SOCIAL.

Pasáronse algunos años en aquella sorda agitacion que suele preceder siempre á las grandes revoluciones, cuando ascendió al tribunado el jóven Druso, que como los Graccos estaba lleno de proyectos de reforma (91). Con el fin de hacerse prosélitos, pidió el derecho de ciudadanía para los aliados de la república, latinos é italianos. Seducidos estos con tan halagüeña esperanza, le auxiliaron en todas sus empresas, hasta que desengañados de que eran víctimas de una intriga, y sabiendo que Druso habia muerto asesinado, se decidieron á conseguir con las armas lo que se les negaba legalmente. Los Marsos, Samnitas, Picentinos, Marrucinos, Hirpinos, Apulios y Lucanios, formaron una coalicion con el nombre de república itálica, nombraron cónsules á Pompedio Silon y Afranio, y pusieron en pié un ejército de cien mil hombres. Agregáronse á las banderas de Roma los Etruscos, Latinos y Umbríos, y se pusieron á su cabeza los mejores generales, como Mario, Sila, Pompeyo, Caton y Sertorio. Dióse principio á la lucha impía que por ironía se llamó guerra social, en la que obtuvieron algunos sucesos ventajosos los aliados, hasta que la gran pericia y conocimientos militares de Sila inclinaron la victoria hácia Roma. Entró el Senado en la senda de las concesiones, dando el derecho de ciudadanía á los pueblos que habian permanecido fieles á la república. Igual derecho se concedió á los que depusieron las armas, y con ellos se formaron ocho tribus que vinieron á establecerse en Roma (89). Duró esta guerra tres años y perecieron en ella trescientos mil hombres, número que

izo esclamar á Veleio Patérculo: *nec Pyrrhi, nec Annibalis tanta fuit vastatio*!!!

Ya por entonces se habian notado los gérmenes de rivalidad entre Sila y Mario, que se atribuia con altivez el éxito de la guerra de Numidia. Durante la guerra social nada notable hizo Mario, cuando Sila dió relevantes pruebas de su capacidad y valor. Nombrósele cónsul, y el Senado le encargó la guerra contra Mitridates. Mario, que se creyó agraviado, se unió al tribuno Sulpicio contra Sila y la nobleza. Sublevaron á los que poco hacia habian obtenido el derecho de ciudadanos (88). Invadieron el foro, y Sila, para librarse del degüello, se ocultó en la casa de Mario, hasta que pudo evadirse sin ser descubierto, y se puso á la cabeza de su ejército de Campania. Dueño Mario de la plaza pública inundada de sangre, se hizo nombrar por el pueblo general para ir al Oriente. Sila que lo supo, volvió con seis legiones, degolló á los partidarios de Mario, y quiso incendiar la ciudad que al fin se declaró por él. Mario perseguido con actividad, fué hallado por un soldado de Sila sumergido hasta los hombros en las lagunas Minturnas. No atreviéndose á ofender á un general tan distinguido, pudo este apoderarse de un barquichuelo, con el que ganó la costa de Africa. Allí se vió tambien perseguido de Sila, y se le hizo saber que se alejara. Entonces contestó al mensagero: «Di á Sila que has visto á Mario proscripto en las ruinas de Cartago.»

Afectando Sila moderacion, convino en partir el poder consular con su amigo Octavio y con Cinna uno de sus enemigos. Hecho esto partió para el Asia.

Tal era el ódio que Mitridates tenia al nombre Romano, que dió órden para degollar á un mismo tiempo á cuantos italianos moraban en aquel territorio. Ochenta mil hombres perecieron víctimas de la barbarie del rey del Ponto (88). Además obligó á todas las ciudades griegas, á unas con súplicas y á otras con amenazas, á separarse de los Romanos y tomar partido con él, siendo de las primeras Atenas, seducida por el sofista Aristion. Sila, á pesar de sus pequeñas fuerzas, se dió tan buena maña, que logró reducir á las ciudades griegas, menos Atenas. Púsola sitio, y dado el asalto, la tomó por fuerza, y la entregó al saqueo. Dirigióse en seguida contra Arquelao, general de Mitridates, y en la batalla de Cheronea le mató cien mil hombres. Mas

adelante destruyó dos ejércitos en Orcomena, en la Beocia. Pudo destruir para siempre á Mitridates, pero prefirió ajustar la paz (85) por temor de que Fimbrio, venido de Roma con otro cuerpo de ejército, no se atribuyera la victoria. Era Fimbrio un partidario de Mario, que asesinando al general que mandaba aquel ejército, se apoderó del mando. De este modo, Sila tuvo todo el honor de un triunfo que sometió á la república, la Grecia, la Macedonia, la Tracia y el Asia Menor.

Mientras Sila estaba ausente de Roma, el partido popular se reanimó sostenido por las nuevas tribus, y por Cinna que propuso el restablecimiento de Mario. Armáronse Octavio y los senadores, y convertida la ciudad otra vez en sangriento campo de batalla venció la nobleza. Cinna, fugitivo, sublevó las ciudades de Italia, y las legiones que estaban en la Campania, á quienes se agregaron todos los descontentos y los hombres de mal vivir. Llegado Mario, se pusieron los dos facciosos en marcha para Roma, llevando á sus órdenes algunos buenos generales, como Sertorio. Entrada por fuerza la ciudad, decretó Mario el degüello de todos los afectos á Sila. Fué nombrado cónsul la séptima vez, y á poco tiempo de su nombramiento, murió víctima de sus excesos (86), dejando á Roma hecha presa de los hombres plebeyos mas feroces y soeces.

§ III.

DICTADURA DE SILA.

Concluida la guerra de Mitridates, anunció Sila á los Romanos su venida y proyectos de venganza. Presentóse en Italia, rodeado de las legiones que mandaba, y le eran muy adictas por sus talentos militares y grandes liberalidades. Opusiéronle sus enemigos quince generales y doscientos mil hombres, pero consiguió atraerse á muchos con artificios, y atacó vigorosamente á los demás, ganándoles una accion decisiva en Sacriportum, cerca de Preneste. Creíase ya concluida la lucha, cuando un general samnita, de grande reputacion, llamado Telesino, resucitó la animosidad de sus compatriotas, y reuniendo los dispersos de Mario, vino á sitiar á Roma con un formidable ejército. Cuando los sitiados se encontraban ya

en los mayores temores, llegó Sila y los libró con la derrota y muerte de Telesino. Las ciudades que se habian declarado por Mario, y en particular Preneste, fueron entradas por fuerza y saqueadas. Entró en Roma Sila el Feliz, y el imperio quedó á su disposicion.

Seis mil hombres de las tropas de Mario que se le habian entregado, fueron degollados de su órden á las puertas mismas del Senado, y en presencia del pueblo á quien queria dominar por el terror. Constituyó un tribunal para juzgar á los prisioneros Samnitas y Prenestinos, que eran doce mil, pero cansado de la lentitud de las formas judiciales, declaró que supuesto que todos eran criminales debian perecer, y en seguida les mandó degollar. En el trascurso de algunos dias hizo formar las famosas tablas de proscripcion, en las que aparecieron los nombres de cuarenta senadores, y mil seiscientos caballeros, que debian sufrir la pena de muerte. Mientras que Craso y Pompeyo perseguian á los restos del partido vencido, Sila se hizo declarar Dictador perpétuo, y consolidó su dominacion dando libertad á diez mil esclavos de los ciudadanos proscriptos, y repartiendo entre sus veteranos las tierras que habian pertenecido á los mismos en cuarenta y siete colonias de Italia. Completó su obra de restauracion con la publicacion de las leyes Cornelias que quitaron á los tribunos la facultad de hacer que el pueblo estableciera plebiscitos; prohibieron solicitar de él las magistraturas; limitaron la autoridad de los gobernadores de las provincias y restringieron su dilapidacion; réstituyeron al Senado el poder judicial y disminuyeron los derechos concedidos á las ciudades de Italia. Despues de haber gobernado cuatro años con un despotismo sin oposicion, abdicó la dictadura voluntariamente, y se retiró á Cumas, donde murió como su rival Mario, á consecuencia de haberse entregado á varios escesos (79).

Algunos generales que aprendieron de Sila la funesta ciencia de suscitar guerras civiles, se creyeron aptos para seguirle en ella. El cónsul Lépido se lisonjeaba de poder dar ascendiente al partido popular, pero fué batido y deshecho por su colega Lutacio Catulo y por Pompeyo (77). Perpenna, uno de los oficiales de Lépido, intentó reunir á los dispersos, que no queriendo obedecerle se unieron á Sertorio.

§ IV.

GUERRAS CON ESPARTACO Y LOS GLADIADORES: CONTRA LOS PIRATAS.

El gusto de los Romanos por los combates de gladiadores se habia generalizado tanto, que el número de infelices destinados á servir de espectáculo en ellos, era muy crecido (73). El tracio Espartaco, hombre de valor y de talento, se escapó de Capua con setenta de sus compañeros de infortunio, haciéndoles entender que valia mas morir defendiendo su libertad que sirviendo de diversion al populacho de Roma. Uniéronseles algunos esclavos fugitivos, con cuyas fuerzas consiguieron una victoria contra un Pretor mandado en su persecucion. Este suceso resonó tanto, que á vuelta de poco tiempo se vió Espartaco á la cabeza de un ejército numeroso y decidido. Para complacer á sus soldados, de los que la mayor parte eran Galos, dirigióse á la Galia Cisalpina, cuando perseguido por dos ejércitos consulares, volvió piés atrás y consiguió de ellos dos victorias. Con tales principios vió aumentarse sus tropas hasta el número de ciento veinte mil hombres. La necesidad de proveer á su subsistencia le obligó á cometer grandes extorsiones y crueldades, que le enagenaron el resto de la poblacion. Salió Craso contra él y con mucha habilidad y estrategia le hizo retirarse á la Lucania y encerrarse en una pequeña isla inmediata á Regio. Espartaco salió de allí por medio de un grande esfuerzo, con que atravesando por las legiones romanas, y llenándolas de terror tomó el camino de Roma. Siguióle Craso decidido á darle una batalla á todo trance. En ella pelearon unos y otros con furor y desesperacion, hasta que muerto Espartaco empezaron á huir los esclavos, de los que hicieron gran matanza los Romanos (71). Los que pudieron libertarse cayeron en poder de Pompeyo que acabó con ellos, atribuyéndose por lo tanto el triunfo que era de Craso. Lo cual dió motivo y orígen á la enemistad entre los dos.

§ V.

CONJURACION DE CATILINA.

Los cuarenta y ocho años pasados desde la muerte de Sila, hasta el establecimiento del Imperio, forman una época de transicion, cuyo estudio es muy instructivo. Dejó de existir la república, pero no era todavía posible la monarquía imperial. No habia patricios, ni plebeyos aunque se reunia en el foro una muchedumbre considerable á aplaudir ó silbar á los oradores, y nombrar los magistrados, segun la inspiraban los mas ricos ó intrigantes, á cuya disposicion estaba. No habia nobleza, pues los que blasonaban de pertenecer á ella habian perdido el sentimiento de su dignidad, y no se desdeñaban de descender á los rangos mas inferiores de la demagogia, siempre que como Clodio podian aspirar á las magistraturas populares. En el Senado se veia todavía una pequeña fraccion á cuya cabeza estaba Caton de Utica, que decidida á sostener la vacilante constitucion antigua, luchaba con energía contra todos los ambiciosos que se proponian esclavizar á la república.

Habia entonces en ella una multitud considerable de hombres que solo pensaban en satisfacer sus instintos depravados. A su cabeza estaba Lucio Sergio Catilina, antiguo sectario de Sila. Descendiente Catilina de una familia ilustre, habia consumido su patrimonio en el libertinaje y se encontraba cargado de deudas, notado de infamia, y perseguido de los acreedores. Supo atraer á sí á todos los que se hallaban como él, y les persuadió que una subversion total del Estado, y una anarquía sistemática, á la que podia llegarse con degüellos y proscripciones, les pondria en disposicion de saciar su codicia para salir de la abyeccion en que se encontraban. Para ello debian asesinar á todos los senadores, y á cuantos ciudadanos ricos pudieran haber á las manos, incendiar la ciudad por todos lados y entregarla al saqueo (64). Todas las medidas estaban tomadas, y preparadas las armas y las materias incendiarias dentro de Roma. Los veteranos de Sila que se hallaban en las provincias de Italia, como ya habian disipado lo que aquel

les habia dado, y esperaban con nuevos trastornos rehacer su fortuna, se pusieron á las órdenes de Manlio en la Etruria. Planes fraguados de este modo no podian menos de ser descubiertos. Uno de los conjurados de la ciudad mantenia relaciones culpables con una dama llamada Fulvia, á la que diariamente instruia del estado de la conjuracion, y ella despues se lo comunicaba todo á Ciceron.

Nombrado este cónsul, tomó todas las medidas conducentes para hacer ineficaz la conjuracion en su origen. Reunido el Senado y presentándose en él Catilina, le dirigió Ciceron el fulminante apóstrofe: «*¿Quousque tandem Catilina abutere patientia nostra?*» Viéndose entonces descubierto y cortado por el cónsul, salió Catilina del Senado y de Roma, y se fué á poner al frente de los conjurados de Etruria. Con el valor de Ciceron cobró ánimo el Senado, y dió severas disposiciones. Prendióse á la mayor parte de los conjurados, y el Senado los juzgó dignos de muerte. Un solo defensor tuvieron y este fué Julio Cesar; pero con la elocuencia varonil de Caton de Utica, su discurso no produjo efecto alguno, y todos fueron entregados á los verdugos. Salieron las legiones en persecucion de los rebeldes, y alcanzándolos en Pistoia, les desbarataron en una sola accion, en la que Catilina murió con las armas en la mano. Unidos el pueblo y el Senado acordaron dar á Ciceron el sobrenombre de Padre de la Pátria.

LECCION VEINTE.

Primer Triumvirato.—Guerra civil.—Dictadura perpétua de César.—Segundo Triumvirato.—Guerra civil.

§ I.

Alejado ya el peligro de aquella horrible conjuracion,

se pensó en limpiar á Roma de la envilecida y desenfrenada parte de populacho que estaba siempre dispuesta á auxiliar á todo el que la pagaba. Con este objeto el tribuno Flavio propuso otra ley agraria movido é instigado de Pompeyo, que llegando entonces de Asia queria asegurarse con dádivas los veteranos como habia hecho Sila. Mas contrariado Pompeyo en sus intentos, se alejó del Senado, y se unió á un demagogo que luego causó su ruina y muerte. Este era Julio César, de quien Mario habia dicho que veia en él muchos Marios. Estaba convencido de que en Roma se podia llegar al poder supremo con el auxilio de los soldados, y mantenerse en él con hacer gracias al pueblo. Para conseguir lo primero necesitaba de Pompeyo, y para lo segundo de Craso. Procuró reconciliarlos, pues de antes estaban enemistados, y hecho esto les hizo ver que uniéndose los tres con todos sus partidarios, dominarian á su antojo toda la república. Pompeyo y Craso que en este acomodamiento solo vieron muchos honores y riquezas que alcanzar, formaron una coalicion con César conocida en la historia con el nombre de primer Triumvirato (60).

Con el apoyo de los dos colegas pidió y obtuvo César el consulado. Lo primero que en él hizo fué proponer al Senado otro proyecto de ley agraria que se desechó como los anteriores. Amenazándoles César con que convocaria al pueblo y este le aprobaria, hízolo así, y los senadores que antes lo habian impugnado, volvieron á oponerse con energía en la asamblea popular. Herido en la tribuna donde habia resuelto morir Catón de Utica, fué arrebatado de ella y puesto en salvo por sus amigos: al cónsul Bibulo, contrario de César en opiniones, le quebrantaron las fasces de los lictores y le arrojaron de la plaza á pedradas: por último, muchos partidarios del Senado quedaron muertos en ella, y otros tuvieron que huir cubiertos de lodo y de inmundicias. El pueblo triunfante, no se contentó con aprobar la ley de César, sino que mandó tambien que el Senado jurara ejecutarlo y castigar severamente á todos los individuos de su seno que se negáran á prestar aquel juramento.

Sin diques ya el partido popular, organizó un sistema de terror contra todos los adictos á la antigua constitucion. El tribuno Clodio, uno de los hombres mas perversos y desmoralizados de aquella época, tenia asa-

lariada una partida de asesinos que lanzaba sobre todos los buenos ciudadanos. Catón, cuyo carácter y virtudes infundian el mayor respeto, fué alejado de Roma dándole una comision honrosa en Cipre. El cónsul Bibulo, insultado siempre que se presentaba en público, tuvo que vivir oculto en su casa ocho meses. Ciceron fué acusado por Clodio y se vió obligado á expatriarse (58).

Cuando el imprudente tribuno creia que era señor del imperio, se le estaban dividiendo los triumviros (56). César, de inteligencia con Pompeyo y Craso, se hizo nombrar gobernador de las Galias. Alejándose así de Roma, acostumbraba á las legiones á obedecerle; y esperaba que á su vuelta encontraria al pueblo cansado de tantas convulsiones y que vendería gustoso á su espada lo que llamaba ahora su libertad.

§ II.

GUERRA CIVIL.

Pompeyo llegó á conocer el error que habia cometido dando á César ocasion para engrandecerse, y procuró allegarse á la faccion del Senado. Por medio de una intriga pudo hacer que se propusiera la vuelta de Ciceron. Clodio, á la cabeza del populacho armado, amenazó con insolencia á los afectos del célebre orador, pero estaba por él Milon, otro Tribuno, que armó á los gladiadores contra las partidas de Clodio. Roma, por espacio de algunos dias, fué un verdadero campo de batalla (57). En fin, Ciceron fué llamado despues de diez y seis meses de destierro, y entró en la ciudad triunfante.

Muchas eran las causas de desconfianza que mediaban entre los triumviros, pero César necesitaba del crédito de Craso y de Pompeyo para obtener el mando de las Galias por mas tiempo. Con este fin procuró con toda su astucia y habilidad estrechar los vínculos. Tuvo con ellos algunas entrevistas, y convinieron en que él seguiría en el gobierno de las Galias, y sus colegas obtendrían el consulado, para que como tales cónsules, Pompeyo gobernara las Españas, y Craso la Siria, de donde pensaba sacar grandes riquezas.

Pompeyo puso lugar-tenientes en España, y Craso

partió al Oriente, en donde después de haber exigido grandes impuestos á las provincias de Asia, y robado el templo de Jerusalem y el de Hierópolis, trató de invadir el territorio de los Partos. Los primeros sucesos le hicieron concebir grandes esperanzas de sujetarlos, pero engañado por unos emisarios que le enviaron, le introdujeron en unas llanuras sumamente áridas, donde los Partos estaban emboscados. Cargaron sobre los Romanos, á quienes envolvieron entre nubes de abrasadas arenas y los derrotaron. Craso que huia con el resto de las legiones, fué invitado por el Surena á tratar de alianza con los Romanos. Llegando al campo de los Partos le apresaron y dieron muerte.

Mientras que así espiaba Craso su ignorancia y temeridad, Roma fluctuaba entre las facciones de Clodio y de Milon. Hizo la casualidad que se encontraran ambos con sus satélites; y que trabada entre ellos una reyerta, muriera Clodio. Divulgada la noticia, entregóse el populacho á los mayores desórdenes, tanto, que llena la ciudad de consternacion se propuso elevar á Pompeyo á la dictadura. Pero siguiendo el dictámen de Caton, tan solo se le nombró cónsul sin compañero. Usó Pompeyo de su autoridad únicamente para reprimir la efervescencia popular, y su moderacion le atrajo el afecto de todos los bien intencionados. Desde entonces empezó César á tener celos de su rival, y para contra-balancear la influencia que en todo le veia ejercer, pidió el consulado aunque estaba ausente.

Pompeyo unido al partido aristocrático, denunció al vencedor de los Galos como futuro destructor de la república, que aspiraba á la tiranía, y solicitó se le hiciera venir á Roma antes de que cumpliera el tiempo de su gobierno. El Senado le mandó licenciar las tropas y dió el título de generalísimo de ellas á Pompeyo. Este, que desde la muerte de Craso y la de Julia su mujer, hija de César, consideraba rota la liga triumviral, recibió con fingida resignacion la espada que dos senadores en comision le entregaron para que con ella defendiera la pátria. Tan impolítica provocacion justifica de algun modo la ambicion de César, que dirigiéndose al establecimiento del trono parecia combatir contra la ingratitud.

Con la actividad que le era propia, reunió los veteranos que le eran muy adictos, y con ellos pasó el Rubi-

con (49) en verdadero estado de rebelion. El Senado se alarmó con la noticia, y Pompeyo, temiendo que el partido popular de Roma se arrojara en pos del victorioso César, salió de la ciudad, en la que muy luego entró aquel. Su primer cuidado fué apoderarse del tesoro público, que en una guerra civil equivale á ganar al enemigo muchas acciones. Pompeyo, con el mayor número de los senadores, se refugió en Epiro, con ánimo de alargar la guerra y reunir fuerzas de todas partes. César por de pronto pasó á España defendida por Afranio y Petreyo, generales de Pompeyo. Consiguió, aunque no sin dificultades, poner á los dos fuera de combate. A la vuelta tomó á Marsella por asalto, y muchas otras ciudades se le entregaron. En menos de sesenta dias era ya dueño de toda la Italia, y Roma le nombró Dictador. Once dias estuvo en ella, y consolidó su poder y sus intereses, llamando á todos los desterrados, menos á Milon, rebajando el interés de las deudas contraidas durante las divisiones intestinas, organizando el sacerdocio y el Senado, y nombrándose cónsul á sí mismo.

Hecho todo esto marchó al Epiro, y por segunda vez engañó la prevision de Pompeyo. Algunas pequeñas pérdidas que tuvo en el principio, le pusieron en la necesidad de replegarse en la Tesalia, pero como general práctico en la guerra, supo sacar partido de los mismos reveses, atrayendo á Pompeyo á las llanuras de Farsalia, y forzándole despues á admitir una accion general y decisiva (48). Pompeyo no sostuvo en ella su opinion de gran capitan, pues así que vió á la caballería ceder al ímpetu de las legiones de César, abandonó el campo de batalla, y con su fuga dió principio á la total derrota del ejército que mandaba, y del cual murieron quince mil hombres, y los demás se entregaron. El huyó á Egipto, á donde habia llegado la noticia de su desgracia con anterioridad, y creyendo que su muerte seria grata á César, fué asesinado en las mismas costas de quienes esperaba recibir asilo y amparo. Tal fué el fin desventurado del gran Pompeyo, que pereció víctima de la adulacion. Cuando César llegó, no dejaron de presentarle la cabeza de su rival, á quien lloró sinceramente, aun cuando iba persiguiéndole con las armas en la mano.

§ III.

DICTADURA PERPETUA DE CESAR.

Cuando el vencedor estuvo de vuelta en Roma, recibió del Senado extraordinarios honores y una autoridad sin límites, uniendo á la Dictadura la Potestad tribunicia, la Censura, y últimamente fué declarado Dictador perpétuo, con el título de Imperator. El triunfo de César fué el de la democracia que le habia sostenido. Mostróse sin embargo clemente con los senadores, cuya autoridad disminuyó aumentando su número hasta novecientos, y haciendo públicas sus deliberaciones. Proyectó dar á los Romanos unas instituciones mas adecuadas á las circunstancias, y promover la fusion de todos los pueblos sometidos al Imperio por medio de un código que contuviese leyes ciertas y el resúmen de todos los decretos dados por la autoridad judicial. Tales reformas no podian menos de suscitar ódios implacables, y en el seno mismo del Senado se formó una conspiracion en la que entraron hasta sesenta de sus individuos, siendo los principales Décimo Bruto, Cayo Casio, Servilio Casca y Tulio Cimbra. El dia de los idus de Marzo del año cuarenta y cuatro, herido César dentro del Senado con veinte y tres puñaladas, cayó muerto á los piés de la estátua de Pompeyo.

§ IV.

SEGUNDO TRIUMVIRATO.

Apenas César habia espirado, cuando en el Senado se encontraron de frente los dos partidos que le componian; uno afecto á la aristocracia, defendia á los conjurados, y otro compuesto en su mayor parte de favoritos del Dictador, clamaba por la venganza de su muerte. El pueblo yacía estupefacto con semejante suceso, cuando Marco Antonio, amigo y confidente de César, se presentó á él, y leyó el testamento, por el que adoptaba á su sobrino Octavio, y hacia grandes mercedes á todos los

ciudadanos. Empezaron los Romanos á enternecerse por la suerte de un hombre que tanto les habia amado, y aprovechándose Marco Antonio de esta situacion, exhortó á su auditorio con un discurso vehemente á tomar venganza de la muerte de su protector. Amenazados los conjurados de la furia popular, huyeron á los gobiernos que su misma víctima les habia señalado.

Marco Antonio, antiguo general de caballería del dictador, era un buen capitan, orador astuto y vehemente, hombre generoso por capricho, sanguinario inaccesible á cualquiera influencia que no fuera el placer, y acaso el único que entonces habia en Roma capaz de aspirar á una usurpacion. Pero se encontró con un rival de diez y ocho años de edad, que era mas político que él. Octavio, heredero de César, cuyo nombre tomó, se granjeó el afecto del pueblo, vendiendo hasta sus propios bienes para pagar los legados que su tio le dejaba en su testamento. No tardó en manifestarse animosidad entre estos dos ambiciosos. Antonio habia obtenido el gobierno de la Galia Cisalpina, donde se hallaba Bruto por órden del Senado. Auxiliado de Lépido, le sitió en Módena, y se creia ya dueño de los destinos de Roma. Pero Octavio, rodeado de sus amigos, y principalmente sostenido por el grande orador Ciceron, que con sus filípicas habia conseguido desconceptuar á Marco Antonio en el Senado, se puso á la cabeza de todas las tropas de la República (44). Púsose luego en marcha con un cuerpo de ejército formado á su costa, y con el otro consular, mandado por Hircio y Pansa. Batido Antonio bajo las murallas de Módena, se vió obligado á levantar el sitio y ponerse á salvo pasando los Alpes. Con este suceso creyó el Senado haber acabado con las facciones, y mandó á Octavio que licenciara las tropas. Pero él, sin hacer caso de las órdenes recibidas, entró en Roma á la cabeza de su ejército, pidió y obtuvo el consulado é hizo condenar á muerte á todos los que habian tenido parte en la del dictador. Esto fué dar un paso muy atrevido, pues Bruto y Casio, jefes del partido de la oposicion, podian reunir en poco tiempo mas de veinte legiones diseminadas por las provincias orientales, y mandadas casi todas por generales muy adictos á la causa que defendian. Conocíólo así Octavio, y buscó medio de reconciliarse con Marco Antonio, que despues de su derrota habia reunido vein-

titres legiones y diez mil caballos entre sus tropas y las de Lépido.

Interesados uno y otro en la union proyectada, tuvieron una entrevista en una isleta que forma el Reno, cerca de Bolonia (43). Convinieron en reunir sus fuerzas militares y medios de influir para reformar la República, á cuyo fin se formaria entre ellos y Lépido un Triumvirato, que es conocido en la historia por el segundo. En seguida se distribuirian el Imperio, y pensarian en deshacerse de todos aquellos que pudieran inspirarles recelos por sus riquezas ó por su valor. Concluido el tratado pidió Antonio á Octavio la cabeza de Ciceron, su enemigo personal, y Octavio á Antonio la de su tio. Lépido denunció y entregó á su propio hermano. Formáronse nuevas tablas de proscripcion, en las que se incluyeron los nombres de trescientos senadores y de mas de dos mil caballeros. La Italia se hubiera inundado de sangre, si la mayor parte de los proscriptos no hubieran hallado asilo en la escuadra que habia equipado Sexto Pompeyo (42).

Casio, entretanto, viniendo de la Siria, despues de haber derrotado á Dolabella, general de los triumviros, se unió á Bruto en Macedonia, fueron alcanzados por Octavio y Antonio cerca de Filipos, donde se dió la famosa batalla en que acabó la libertad de Roma. Bruto, arrastrado de su valor, persiguió á las tropas de Octavio sin pensar en socorrer á su compañero Casio que, sorprendido por Antonio, vió envueltas sus legiones, y se dió la muerte. El ejército republicano atacó pocos dias despues al de los triumviros, y fué segunda vez derrotado. Bruto, no queriendo sobrevivir á la derrota sufrida, pidió á uno de sus amigos que lo matara.

Despues de esta victoria se encargó Octavio de recompensar á los veteranos. Para darles las tierras que les habia ofrecido y que ellos reclamaban con altivez, fué necesario desposeer de ellas á sus legítimos dueños. Esta medida, que llenó la Italia de violencias y asesinatos, tuvo para Octavio la ventaja de hacerse con todos los satélites del triumvirato.

Fulvia, mujer de Marco Antonio, le acusó de aspirar á la tiranía, y salió de Roma con todos los partidarios de su marido para ponerse en defensa (41). La guerra civil, que solo duró cinco meses, acabó con un nuevo

acomodamiento de los triumviros y la muerte súbita de Fulvia. Octavio ofreció á Antonio, como prenda de reconciliacion sincera, la mano de su hermana Octavia. Reunidos despues en Brindis (40), sentaron las bases del nuevo convenio, siendo la principal la distribucion del Imperio. Antonio tomó para sí las provincias del Oriente, Octavio las del Occidente, y á Lépido le dieron el Africa. En esta division no se comprendió la Italia, que conservó todavía alguna sombra de libertad. Cada uno de los triumviros ejercia autoridad absoluta en la parte que le habia correspondido. Sin embargo, Sexto Pompeyo, que se hallaba dueño del mar, afligia á la poblacion de Roma con hambre, interceptando la entrada de comestibles en ella. Octavio, sagaz hasta el extremo con sus enemigos mientras no podia destruirlos, desarmó á Pompeyo concediéndole la posesion y gobierno de toda la Sicilia (40).

Ya que tuvo el heredero de César satisfechos á sus competidores, pensó en destruirlos. Tardó muy poco en hacerlo con Lépido, que no satisfecho con el gobierno de Africa, intentó arrebatar á Sexto Pompeyo la Sicilia. Pero, abandonado de sus tropas, seducidas por Octavio, volvió á entrar en la oscuridad de donde habia salido, y desapareció para siempre de la escena política (36). Continuó el triumviro de Occidente la guerra contra Pompeyo, dando el mando de ella á su yerno el valeroso Agripa. Perseguido Sexto por todas partes y vencido, anduvo errante algun tiempo por el Asia, hasta que cayó en manos de sus enemigos que le dieron la muerte.

§ V.

GUERRA CIVIL.

Hallábase Antonio dueño de una parte del Asia y de todo el Egipto; pero no lo era de sí mismo. Subyugado por los encantos de la artificiosa Cleopatra, repudió solemnemente á Octavia, su segunda mujer. A las posesiones hereditarias de la reina de Egipto, añadió de propia autoridad la isla de Cipre, la Cirenaica y la Fenicia. Tales escándalos dieron fuerza á la opinion, de que

seducido Marco Antonio por Cleopatra, se proponia elevarla al trono de Roma (31).

El Senado instigado por Octavio, declaró la guerra á la reina de Egipto, y por ambas partes empezaron á hacerse grandes preparativos. Antonio puso sobre las armas cien mil hombres de infantería, doce mil de caballería, y quinientos buques de guerra, aunque mal equipados. Octavio no pudo reunir mas que otros cien mil hombres entre infantería y caballería, con doscientos cincuenta buques mejor servidos que los de su contrario. Encontráronse las dos escuadras en el mar Jonio, cerca del promontorio de Accio en Epiro. Antonio, durante una batalla que iba á decidir del imperio del mundo, no se separó del lado de Cleopatra, que en una magnífica galera ricamente empavesada, asistia como á un espectáculo. Apenas empezó la accion, cuando poco acostumbrada la reina de Egipto á experimentar emociones guerreras, huyó precipitadamente, siguiéndola Antonio como su sombra; fué muy fácil despues á Octavio desordenar á unos soldados que ya no tenian jefe, y aprovechándose de la victoria, persiguió á su enemigo hasta el Egipto, reduciéndole á darse la muerte. Cleopatra esperaba que sus gracias podrian algo con el vencedor de Accio, pero desengañada de su ineficacia se mató, prefiriendo la muerte á la vergüenza de verse ofrecida en espectáculo al pueblo romano. Desde entonces quedó el Egipto reducido á provincia romana.

De vuelta á Roma triunfó Octavio tres veces, y á las dignidades de cónsul, censor y gran pontífice, unió la potestad tribunicia perpétua que sus conciudadanos le ofrecieron. Revestido de un poder tan extenso, pudo desde luego establecer la monarquía hereditaria, pero tímido por naturaleza, recordó la muerte de su padre adoptivo y se contentó con el título de *Imperator*, con que los soldados saludaban á sus generales victoriosos, y se hallaban ya familiarizados los Romanos. Respetó en la apariencia las formas del gobierno republicano y fingió aceptar con disgusto, y solo por algun tiempo, la pesada carga del gobierno. Con tal reserva se grangeó el afecto del pueblo y del Senado, que por unanimidad le confirieron el sobrenombre de *Augusto*.

LECCION VEINTIUNA.

Imperio Romano desde su fundacion por Augusto, hasta su destruccion por los bàrbaros.

(27 A. de J. C. hasta 476 D. de J. C.)

§I.

LOS CESARES AUGUSTO, TIBERIO, CALÍGULA, CLAUDIO Y NERON (27-68).

La historia del Imperio romano es la de todo el mundo conocido de los antiguos por espacio de cuatro siglos. Concluida la guerra civil, se halló Augusto dueño y señor de casi todo él, y la influencia romana se hizo sentir en todas las naciones, en unas como sometidas á ella, y en otras por el temor de llegar á serlo. La atencion pues del historiador en este largo período, ha de seguir á tan inmenso Imperio, uno y omnipotente desde Augusto; dividido despues por Diocleciano, Constantino el Grande y Teodosio, para recobrar la vida y fuerzas que sucesivamente iba perdiendo, hasta verle arruinado y destruido en tiempo de Augústulo, en su parte principal, y formarse de sus restos las naciones modernas.

Cuando Augusto tomó posesion de él, tenia por límites al O. el Eufrates, al M. en Africa, las Cataratas del Nilo, los desiertos de la Libia, y la cadena del Atlas; al Oc. el Océano Atlántico, y al N. el Rhin y los Alpes Réticos. Las conquistas hechas en su tiempo por sus generales, añadieron al número de provincias romanas la region septentrional del Asia Menor, y las dilatadas comarcas situadas al S. del Danubio. Tambien pueden con-

siderarse como dependencias del Imperio diversos Estados gobernados por reyes aliados que tardaron poco en incorporársele como la Gran Bretaña y la Tracia en Europa: la Capadocia, la Armenia, la Siria y la Palestina en Asia; y la Mauritania en Africa.

No obstante la grande aceptacion con que subió al trono, tuvo que defenderse de algunas conjuraciones contra su vida, como fueron la de Murena el año 22 antes de J. C., y la de Cinna en el cuarto después de J. C. En el gobierno desplegó grande inteligencia para acostumbrar á los Romanos á la nueva autoridad que aspiraba imponerlos, organizando bajo distintos planes la administracion militar, civil y tributaria. Hizo del consulado una magistratura honorífica, que recaia siempre en candidatos aceptos á él: dió mayores facultades al Senado, que compuesto tambien de sugetos de su confianza, juzgaba sin apelacion las causas que antes iban á las asambleas del pueblo, y respetando su autoridad política le dejó gobernar y administrar las provincias que ya no ofrecian temores de sublevaciones ó guerras. Al efecto dividió el Imperio en provincias senatoriales, que el Senado gobernaba por Procónsules nombrados por él y en provincias imperiales gobernadas por Pretores que el Emperador mandaba á ellas. Con este motivo reservó para sí el mando supremo de los ejércitos permanentes y de la marina. Los impuestos que todos pagaban se distribuian proporcionalmente entre el erario público que estaba al cuidado del Senado, y el fisco que pertenecia al Emperador.

De la Italia formó once departamentos, y dió á Roma una administracion especial, cuyas autoridades principales eran el Pretor urbano ó jefe superior, el Prefecto de la annona, ó el encargado de los abastos, y el Prefecto de los vigilantes ó jefe de la policía. Para la defensa del Imperio creó un ejército permanente de veintiuna legiones, y para la seguridad interior de Roma tres cohortes urbanas, siete para destacamentos, y nueve llamadas pretorianas para la guardia del palacio imperial. Estas produjeron mas adelante aquella soldadesca insubordinada que dispuso del trono á su antojo.

Los poderes con que rosbusteció su autoridad augustal, y el mando exclusivo de las tropas, formaron lo que se llamó la ley régia. Pero es muy notable ver que si

Augusto supo organizar y gobernar el Imperio que acababa de formar, no acertara á hacerlo en su propia casa, en la cual tuvo que sufrir infinitos pesares y disgustos. Murió en Nola el 19 de Agosto del año 14, después de J. C. á la edad de 76 años, dejando el Imperio á Tiberio, marido de su hija Julia.

Tiberio aparentó en un principio rehusar el poder que Augusto le habia trasferido, pero no tardó en hacer ver que su modestia habia sido fingida. Roma tuvo que sufrir mucho de la calculada política y crueldad de un príncipe de quien sus mismas madre y esposa no pudieron libertarse. Aconsejado de Seyano, su confidente, se entregó al peligroso sistema de asalariar delatores, y convirtió á Roma en un sangriento campo de ejecuciones violentas y arbitrarias. Trasladó á su persona la inviolabilidad de la magestad romana y quitó al pueblo todos los derechos que su antecesor le habia dejado. Lo demás del Imperio no sufrió grandes alteraciones, pues aun cuando hubo algunas insurrecciones, fueron luego sofocadas. Germánico estendió sus conquistas por el Asia y venció á los Germanos, y sin embargo de que estos con los Dacios y Sármatas no dejaron de amenazar las fronteras, fueron siempre rechazados de ellas. Algunas otras revueltas de pueblos de la Iliria, la Gaula y la Numidia, fueron igualmente reprimidas. Tiberio murió el año 37, despues de J. C., y le sucedió Caligula.

Los ocho primeros meses de su reinado correspondieron á las esperanzas que de él se tenian por ser hijo de Germánico, mas despues asombró al Universo con su brutal y cruel locura. Tales instintos sanguinarios se desarrollaron en él, que se le oyó decir que deseaba que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para tener el gusto de cortársela de un solo tajo. Sus extravagancias llegaron á hacer fingir dos expediciones, una á la Germania y otra á la Britania, de cuyos paises hizo que le trageran algunos objetos con que adornar el triunfo que obtuvo por ellas. Designó para cónsul á su caballo y como á tal le ponia á su mesa. Chereas, tribuno de los pretorianos, fraguó una conspiracion, y puesto á la cabeza de ella, libró al mundo de tal mónstruo, matándole el año 41.

Sucedióle Claudio I, príncipe imbécil, que acostumbrado desde la niñez á vivir dirigido por otros, dejó

reinar en su nombre á Messalina su mujer, y á sus favoritos. Casó despues con la jóven Agripina, hija de su hermano Germánico, viuda ya de otro marido, de quien habia tenido á Neron, al cual adoptó Claudio por hijo en perjuicio de Británico, que lo era suyo. Cuatro años después hizo asesinarle Agripina y proclamar á Neron, su hijo por emperador. En el reinado de Claudio quedó sometida la Britania á Roma, dirigiendo él mismo algunas de las espediciones á ella. Varias sublevaciones que acaecieron en la Germania, la Gaula, la Tracia y la Mauritania, fueron apaciguadas por sus gobernadores, entre los cuales se contaba Vespasiano que lo era de la Britania.

Mucho se prometia Roma de Neron en los principios de su reinado, cuando tenia por maestros á Afranio Burrho, jefe del Pretorio, y al filósofo español Anneo Séneca. Pero no tardó en ver defraudadas sus esperanzas, porque tan funesto fué despues á su madre Agripina, su hermano Británico, y á sus dos maestros Burrho y Séneca, á quienes hizo asesinar, como al Imperio que inundó de sangre persiguiendo á los cristianos, culpándolos del incendio que él mismo puso á Roma, por solo el placer de cantar acompañándose de la cítara la destruccion de Troya. Calpurnio Pison fue el primero que intentó deshacerse del tirano, pero descubierta su conjuracion por un esclavo, fracasó, dando motivo á que fueran muertos muchos personajes principales de la ciudad. Algun tiempo después, Vindex, descendiente de los antiguos caudillos de la Gaula Aquitana, que era propretor de la Transalpina, insurreccionó las legiones que mandaba, como habia sucedido en España con las que tenia Galba, á quien proclamaron por emperador. El Senado declaró á Neron por enemigo público, y abandonado de todos se mató á si mismo en el año 68. Con él acabó la familia de Augusto.

§ II.

EMPERADORES FLAVIOS Y ANTONINOS.

(68.—193).

Roma, de quien no parece sino que Augusto al de-

jarla en las manos de Tiberio se proponia hacerla sentir la falta suya, comenzó á gustar despues de tanta tiranía y humillacion, la quietud y felicidad que eran posibles en aquellos tiempos, con unos emperadores á quienes generalmente distinguieron muchas buenas cualidades, desconocidas hasta entonces en el trono imperial.

Galba que procedia de una antigua familia romana, se hallaba de Gobernador en España, cuando las legiones le aclamaron por emperador, y el Senado confirmó la eleccion. Era ya septuagenario, y se habia hecho notar por su amor á la justicia, su moderacion y economía, y por la severidad en hacer observar la disciplina militar; pero pronto disgustó á todos; á los soldados, porque no les dió las gratificaciones ordinarias en tales casos; al pueblo, porque no le distribuyó liberalidades indebidas, y al Senado, porque no le volvió las atribuciones que desde Tiberio habia venido perdiendo. Conoció su posicion el nuevo emperador, y quiso robustecer su autoridad, eligiendo por colega á Pison, hombre de mérito y jóven todavia. Mas Othon, que tambien habia esperado el trono, organizó una conspiracion, y se hizo aclamar de algunos soldados, á quienes siguieron los demás. El anciano Galba murió asesinado, cuando apenas habia pasado un año de su elevacion (69). Las legiones de la Germanía así que lo supieron, aclamaron á Vitelio, y dirigiéndose con él sobre Roma, encontraron á las de Othon que habia sido ya reconocido por emperador, y los batieron y vencieron entre Cremona y Mántua. Othon no tuvo valor para esperar á su contrario, y se dió la muerte á los tres meses de haber sido proclamado.

Vitelio entró en Roma con grande solemnidad, pero súpose muy luego en ella que las legiones del Oriente habian dado el Imperio á su general Vespasiano, que estaba en la Judea. Conducidas á Italia por Primo, gobernador de la Iliria, derrotaron á las tropas de Vitelio, á quien unos soldados dieron muerte encontrándole oculto entre paja.

Vespasiano, después de haber dejado encargada á su hijo Tito la continuacion del sitio que tenia puesto á Jerusalem, vino á Roma, donde aclamado de nuevo y reconocido por el Senado, pudo hacer que el Imperio reposara de tan continuadas conmociones. Hombre de carácter firme y decidido, restableció el órden en la ciu-

dad, empezando por hacer que las tropas observaran la disciplina, reformó los tribunales, y devolvió al Senado el conocimiento de las causas graves. Organizó la recaudacion de las rentas públicas frecuentemente dilapidadas, y reprimió la profusion y el lujo dando el ejemplo él mismo. A semejanza de la capital del Imperio fueron gobernadas las provincias que le componian, procurando que en ellas se consolidara la dominacion romana mas por su buena administracion, que por la fuerza en reprimir las insurrecciones, motivadas muchas veces por la crueldad y extorsiones de los Procónsules y Pretores. Sus fronteras se estendieron por el Asia, reduciendo á provincias romanas varios Estados, y por la Europa con las nuevas conquistas en la gran Britania, y la enérgica resistencia opuesta á las invasiones en ellas de los pueblos aun no sometidos. En todas estas empresas acompañó á Vespasiano su hijo Tito, asociado al Imperio en los últimos cinco años de su vida que acabó en el año 79. Sucedióle Tito, que por su corto y venturoso reinado fué llamado *Delicias del género humano*. Sus dias, que como él decia, eran perdidos si no los señalaba con algun beneficio, pasaron como un meteóro sobre la tierra. No le faltaron pesares, sin embargo de haber sido tan cortos, pues en ellos acaeció la famosa erupcion del Vesubio que sepultó en sus cenizas á Herculano y Pompeya, pereciendo en ella Plinio el naturalista. Agrícola continuo en este reinado las conquistas en la Gran Bretaña. Tito murió el año 81. Domiciano, su hermano y sucesor, en nada se le pareció, pues que de él se dijo que habia renacido Neron, á causa de las muchas proscripciones que decretó y grandes crueldades que hizo ejecutar. Preparàbase para hacer otras muchas, si su mujer misma no lo hubiera evitado con una conspiracion en la que murió asesinado (96). En su tiempo y cuando Agrícola proseguía sometiendo al Imperio la Britania, se vió este invadido por los Dácios al mando de Decebal que, pasando el Danubio, arrasaron la Mesia. Los Marcomanos y Quados que invadieron la Germania romana, causaron en ella grandes estragos. En él acabó la familia Flavia, que dió tres emperadores, y con Nerva principió la de los Antoninos que dió siete.

El Imperio volvió á respirar con este príncipe, cuya edad y bondad de su carácter parecian alentar á los se-

diciosos para nuevos trastornos. Pero supo contenerlos eligiendo un colega cuya firmeza fuese bastante á imponerlos. Adoptó á Trajano, y murió algunos meses después. Trajano, nacido en Itálica, ciudad de España en la Bética, fué el primer extranjero que vistió la púrpura imperial, que hizo brillar en el interior por la tranquilidad, y en el exterior por las victorias que consiguió de diferentes pueblos. Aleccionado por Plutarco, profesaba la máxima que sus súbditos debian hallar en él un emperador, como quisiera él encontrarle siendo súbdito. Domó á los Dacios y á Decébal su rey; extendió sus conquistas por el Asia sujetando á los Partos, á quienes hizo temer el poder de Roma. Trajano hubiera sido sin duda un grande príncipe si la embriaguez y otros infames vicios no le hubieran arrastrado á cometer actos injustos. Murió en Selinunta el año 117. Sucedióle Adriano, que era su pariente, y fué proclamado emperador en Antioquía, y el Senado aprobó la eleccion, creyendo en la verdad de los títulos de adopcion que presentó en su favor Plotina, viuda de Trajano. Este príncipe acertó á restablecer la disciplina militar, viviendo el mismo militarmente con mucha frugalidad: visitó casi todas las provincias del Imperio, dispensándolas á la vez grandes beneficios: hizo florecer en Roma las artes y letras griegas, y favoreció á la Grecia que era su madre: tuvo siempre en respeto á los bárbaros por el temor de sus armas y su autoridad. Tambien reedificó á Jerusalem, á la que dio su nombre llamándola Ælia y desterró para siempre de ella á los Judios, rebeldes al imperio, siendo el último vengador del deicidio por ellos cometido. Mas no obstante el explendor de su reinado, lo manchó con sus crueldades y monstruosos amores. Adriano que reinó 21 años, murió en el 138, despues de haber adoptado á Antonino llamado el Pio, cuyo reinado tambien de casi veintitres años es el mas notable por la grande tranquilidad que hubo en el Imperio. Murió el año 161. Marco-Aurelio que le sucedió, asoció luego en el trono á su hermano adoptivo Lucio-Vero, dándole el nombre de Augusto, novedad que por primera vez se vió en Roma. El principio de su reinado fué notable por las infinitas calamidades que cayeron sobre él. Se vió en la necesidad de combatir continuamente contra diferentes enemigos, de los cuales triunfaba, pero que muy luego volvian á re-

producirse. Lucio-Vero murió antes que él en el año 168 y Marco-Aurelio murió en el de 180, en Viena, cuando iba contra los Germanos. En estos dos príncipes aparecen dos bellos caractéres: el padre siempre en paz y siempre dispuesto á hacer la guerra; el hijo siempre en guerra y siempre dispuesto á dar la paz á los enemigos del Imperio. Su padre Antoniño le habia enseñado que valia mas salvar á un solo ciudadano romano, que derrotar á diez mil enemigos. Con tales sentimientos los nombres de los Antoninos llegaron á ser tan respetados en Roma, que cuando subia despues un nuevo emperador al trono, se le felicitaba deseándole la virtud de estos príncipes. La gloria de tan queridos nombres no pudo verse empañada por las brutalidades de Commodo, su hijo y sucesor. Indigno de tal padre, olvidó sus ejemplos y su enseñanza. Diversos pueblos insultaron durante su reinado las fronteras del Imperio: otros muchos se revelaron y formaron alianzas contra él. En Roma se sucedieron á los sentimientos de amor recíproco que Marco-Aurélio su padre habia sabido inspirar en todos los corazones, la desconfianza, el temor y el ódio. Mas por último, los mas allegados cortesanos de Commodo y su misma dama, le dieron muerte el año 192, y su cadáver fué arrojado al Tiver por decreto del Senado. Tal fin tuvo el último vástago de la familia de los Antoninos.

§ III.

EMPERADORES USURPADORES; DESDE PERTINAZ HASTA CONSTANTINO EL GRANDE.

(193—324.)

Los conjurados, después de haber asesinado á Commodo, hicieron que los pretorianos proclamaran inmediatamente á Pertinaz, y el Senado lo aprobó. Era este príncipe hijo de un liberto, mercader de carbon, que por su valor habia llegado á las primeras dignidades del Imperio. Vigoroso defensor de la disciplina militar y del órden público, cuando apenas fué elegido desagradó con estas prendas á los soldados licenciosos y á los amigos

del desórden. Dos sediciones estallaron á la vez, y trescientos pretorianos que invadieron el palacio en medio del dia le degollaron. Sulpiciano, su suegro, quiso negociar con los pretorianos su propia eleccion, pero ellos esperando sacar mejor partido de la concurrencia de solicitadores, pusieron en subasta el Imperio, prometiéndo dársele al mejor postor. Este fué Didio Juliano, anciano jurisconsulto, á quien proclamaron por emperador y llevaron al palacio. Casi al mismo tiempo eligieron las legiones á otros tres emperadores: las de Iliria á Septimio Severo; las de Britania á Claudio Albino, y las de Oriente á Pescenio Niger. Septimio marchó inmediatamente á Roma, y destronando al viejo Didio Juliano se asoció á Claudio Albino, á quien dió el dictado de César. Fué luégo contra Pescenio Niger, á quien batió diferentes veces, y dándole alcance, mandó darle muerte. Quiso despues deshacerse tambien de su colega Albino, que huyó á la Gaula, donde fué derrotado y muerto cerca de Lyon, y su cabeza enviada al Senado á quien habia protegido.

Quedó pues solo en el imperio Septimio Severo, que era natural de Leptis en Africa, y su mujer Julia Domna que lo era de Emesa en la Siria, de donde viene el ser tenido por el primer emperador sirio.

Este principe tenia por máxima de gobierno contentar á los soldados, sin contar con las demás clases.

Engrandeció al Prefecto del pretorio acumulando en él las jurisdicciones militar, criminal, civil y administrativa de las rentas del Imperio, dando principio de este modo al despotismo militar y la anarquía soldadesca que caracteriza á este período. Murió Septimio en Yorck, en la Britania, en una expedicion que hizo en 211, dejando el trono á Caracalla, su hijo. El primer año reinó á la vez con su hermano Geta, pero cansado de él lo mató en el regazo mismo de su madre Julia.

Toda la vida de Caracalla fué una série contínua de atrocidades y venganzas. Combatió contra los Germanos y los Godos, causándoles algunas pérdidas por las que hizo llamarse el Germánico y Gótico, y acometió á los Partos, que se vengaron después en su sucesor. Macrino, Prefecto del pretorio, le hizo asesinar en el camino de Edesa, dejando los pretorianos suspensa la eleccion, hasta que Macrino los prometió grandes liberalidades. El Senado aplaudió la eleccion, pero no tardó en arrepentirse,

porque Julia, madre del emperador asesinado, y Moesa, su hermana, hicieron proclamar á Basiano, nieto de esta, que tuvo Caracalla en Soemías su hija. Los pretorianos permanecieron fieles á Macrino, hasta que vencidos en las imediaciones de Antioquía, tuvo que huir este, que cogido luego por los soldados de Basiano le dieron muerte. Cuando tal mónstruo fué proclamado, se encontraba siendo sacerdote del Sol en Emesa, de donde le vino el nombre de Eliogábalo con que es conocido, y elevado al Imperio pudiera decirse de él, que se habia propuesto dejar atrás á todos sus antecesores en crueldad y extravagancia. Asesinó por su mano á Gannys su maestro, de quien habia recibido la victoria sobre Macrino. Convirtió el palacio imperial en una horrible morada de toda clase de vicios y libertinaje. Conoció su misma abuela el ódio general que contra él se iba excitando, y previendo un funesto resultado, quiso evitarle haciéndole adoptar á su primo Alejandro Severo. Arrepentido luego de la adopcion, intentó hacerle asesinar, pero le previnieron los pretorianos dándole muerte y á su madre, cuando se habian ocultado en una cloaca, apenas los vieron insurreccionados (222).

Alejandro Severo era todavía niño de trece años cuando fué proclamado emperador, pero su madre Mamméa, que le habia educado con el mayor esmero y cuidado, dirigió tambien su gobierno con habilidad Grandes reformas fueron hechas en las rentas públicas, la administracion, la disciplina militar y las costumbres. Los pretorianos se revelaron algunas veces, y lo mismo hicieron otras legiones, pero Alejandro supo aplacar estas sediciones con severos castigos impuestos á los promovedores de ellas. Combatió con ventajas á los Persas y á los Godos que invadieron el Imperio. Descontentos los soldados de las legiones de la Gaula, porque habia restablecido la disciplina, y excitados por Maximino, le mataron con su madre en 235, á la edad de 26 años. En él acabó la familia de los príncipes sirios, y á ella siguieron los emperadores llamados usurpadores militares.

Maximino era de orígen godo por su padre, alano por su madre, y tracio de nacimiento. Primero fué pastor en su país, después soldado de Septimio Severo, centurion en tiempo de Caracalla, tribuno en el de Eliogábalo, y últimamente general en el de Alejandro Severo.

Tenia mas de siete piés de estatura; comia cuarenta libras de carne cada dia, y bebia veinte y cinco azumbres de vino; derribaba á diez y seis hombres en la lucha, y detenia en la carrera á dos caballos desbocados. Reinó como tirano feroz y grosero. Las provincias del Africa se revelaron y proclamaron por emperadores á los dos Gordianos, padre é hijo. El Senado ratificó la eleccion, pero en vano, porque el gobernador, fiel á Maximino derrotó al jóven Gordiano que pereció en el combate, y su padre se matò de desesperacion. Temeroso el Senado, nombró de su seno otros dos emperadores que oponer al tirano, á los cuales asoció como césar á Gordiano III, niño de trece años, hijo y nieto respectivamente de los Gordianos muertos en Africa. Maximino se dirigió contra ellos, pero habiendo sido derrotado cerca de Aquiléa se insurreccionaron sus soldados, y le mataron con su hijo y muchos de sus amigos (238).

Los pretorianos que no habian tenido parte en la eleccion que el Senado habia hecho, se revelaron tambien, y los emperadores Pupienio y Balvino fueron degollados en sus mismos palacios y proclamado Gordiano III. En el principio de su reinado gobernaron por él algunos favoritos, pero habiéndose casado con la hija de Misiteo, á quien nombró Prefecto del Pretorio, auxiliado de él reprimió gran número de abusos. Felipe, celoso de este, le hizo envenenar y ser nombrado él sucesor en el mismo cargo. Promovió después varias sediciones para hacerse asociar al Imperio como colega y tutor de Gordiano, quien murió poco tiempo después. Las principales guerras que Gordiano tuvo que sostener fueron contra los Persas, los Godos y los Sármatas. Felipe llamado el Arabe, nació en la Arabia, de una familia oscura, por lo que el Senado no quiso reconocerle y nombró sucesivamente dos emperadores que murieron muy luego. Esta oposicion del Senado hizo que Felipe ajustára una paz vergonzosa con Sapor, rey de los Persas. De vuelta á Roma celebró con magníficos juegos el aniversario de la fundacion de Roma y promulgó varios decretos útiles y necesarios. Dícese de él que profesó la religion cristiana ocultamente en su palacio y queria gobernar segun sus máximas, pero los descontentos empezaron á promover rebeliones en todas partes. En la Siria hubo un emperador y en la Mesia otro: Decio, á quien Felipe habia

mandado contra este último, se hizo proclamar tambien por los soldados que llevaba, y volviéndose á la Italia le encontró cerca de Verona, donde sus mismos soldados le mataron. Decio tuvo que luchar con sus competidores, y triunfó de ellos, pero al poco tiempo murió en una espedicion que hizo contra los Godos, y el Senado eligió á Galo, que se asoció á Volusiano, su hijo, que desaparecieron muy pronto, como Emiliano, su sucesor. Valeriano y Galieno proclamados en la Gaula prometian grandes esperanzas por la esperiencia del primero. Mas por desgracia, Valeriano que fué contra los Persas, sufrió una derrota, en la que hecho prisionero murió, dejando solo á Galieno en el Imperio. En su tiempo hicieron diferentes incursiones en él los bárbaros, y se hicieron proclamar emperadores hasta treinta generales, conocidos con el nombre de los treinta tiranos, que se dividieron el Imperio. Galieno, muerto en 268, fué el último de los usurpadores militares, y los emperadores que le siguieron hasta Diocleciano, forman el período conocido con el nombre de aristocracia militar.

Claudio II, que reinó dos años, participó al Senado la eleccion que de él habian hecho los soldados, y el Senado la ratificó. Comunmente es llamado el Gótico por una grande victoria que consiguió contra los Godos después de haber batido y deshecho á varias bandas de Germanos. Parecia capaz de restablecer la unidad del Imperio, pero le cogió la muerte en Sirmium en una peste que allí se declaró, y nombró para sucederle á Aureliano, como el mas digno entre todos los tiranos. Las legiones de Iliria respetaron la voluntad del emperador difunto, á la vez que Quintilio tomaba la púrpura imperial en Aquiléa. Pero conociendo luego la superioridad de su rival murió haciéndose abrir las venas, y el Senado aprobó la eleccion de Aureliano. Estuvo siempre en guerra y supo hacer respetar la disciplina romana, haciendo ver que siguiendo la antigua frugalidad y órden en los ejércitos podia disponer de grandes fuerzas sin ser gravosas al Imperio. Hízose odioso por algunos actos sanguinarios, y su cólera demasiado temible le atrajo la muerte, pues los que se creyeron amenazados de ella, entre los que estaba su secretario Mnesteo, le asesinaron entre Bizancio y Heraclea. Las principales acciones militares de Aureliano, fueron una guerra contra los Godos en la

annonia (270). Otra contra los Germanos que habian invadido la Italia; espedicion á la Galia contra Tetrico, guerra en Asiria contra Cenobia, y en Egipto contra Firmio su aliado.

El ejército resentido de haber visto perecer á Aureliano víctima de una conspiracion fraguada por sus mismos jefes, no quiso elegir emperador por temor de colocar en el trono á alguno de sus asesinos, y devolvió al Senado su antiguo derecho de elegirle. Despues de ocho meses de interregno eligió el Senado á Tácito, descendiente del célebre historiador de su nombre, y respetable por su edad y virtudes. Fué afortunado en la guerra contra los Alanos, á quienes rechazó de las provincias que habian invadido en el Asia. La conducta de un pariente á quien dió el gobierno de la Siria y el mando del ejército, produjo descontentos que le dieron muerte en una sedicion y al emperador que quiso reprimirlo (276). Las tropas proclamaron á Probo y el Senado asintió á la eleccion de un príncipe que era gran capitan. Mientras ocupó el trono hizo respetar las armas romanas á todos los bárbaros del Oriente como del Occidente. Venció á los Francos que invadieron la Gaula, y á Próculo, usurpador de ella: arrojó de la Rhetia á los Sármatas: venció á Saurnino, usurpador del Egipto: los Godos y los Persa buscaron su alianza. Con tales victorias aspiraba à la paz é hizo esperar al Imperio no tener ya necesidad de tantos soldados. El ejército se vengó de estas palabras y de la severidad con que le hacia guardar la disciplina, y le asesinó. Pero un momento después se avergonzó de su mismo hecho contra tan grande príncipe, y quiso honrar su memoria dándole por sucesor á Caro, prefecto del pretorio. Valiente como su antecesor, reprimió á los bárbaros, quienes con la muerte de Probo habian recobrado su atrevimiento. Marchó á la Iliria á combatir á los Sármatas, y acompañado de Numeriano su hijo segundo, pasó después al Asia. Por el Norte mandó á su hijo primogénito Carino. Ante Caro todo el Oriente temblaba: la Mesopotamia se le sometió; los Partos no pudieron resistirle, y mientras que todo cedia en su presencia, un rayo le quitó la vida. Aper, prefecto del pretorio y suegro de Numeriano, mató á este príncipe, y quiso hacerse proclamar emperador, pero Diocleciano le suplantó dándole muerte al poco tiempo de su proclamacion. Carino quiso

disputarle el Imperio, y le derrotó efectivamente en una gran batalla que le dió en la Mesia, pero cuando iba en persecucion de los fugitivos, le mató un oficial por resentimientos particulares. Diocleciano, aunque vencido, se halló, dueño del Imperio (284). Para resistir á tantos enemigos como por todas partes se presentaban, nombró á Maximiano por colega en el Imperio (285). Ambos tomaron el dictado de Augustos, y cada uno eligió un César á quien adoptó por su sucesor: Diocleciano eligió á Galerio, y Maximiano á Constancio Cloro. Dividieron el Imperio quedándose Diocleciano con la Mesia, la Tracia y la Grecia, la parte del Asia sometida á los Romanos y el Egipto, y estableció su corte en Nicomedia, en la Bitinia. A Galerio dió la Iliria, la Rhecia y la parte superior de la Norica y de la Pannonia, y le estableció en Sirmun, Maximiano obtuvo la Italia, la Sicilia y el Africa, menos el Egipto, y se estableció en Milan. Cedió la Gaula, la Gran Bretaña, y la España á Constancio Cloro, quien se estableció en Tréveris. Dividido así el Imperio, apenas los cuatro príncipes pudieron sostener sobre sus hombros tan pesada carga. Galerio enorgullecido con las victorias que habia alcanzado contra los Persas, se desdeñó de ser súbdito de Diocleciano, á quien una penosa enfermedad tenia abatido. Le obligó á renunciar el Imperio, habiendo exigido Diocleciano de Maximiano que hiciera otro tanto. Quedaron pues por emperadores Galerio y Constancio Cloro, quienes nombraron por Césares y sucesores suyos á Severo y Maximino. Mas como en el año siguiente muriese Constancio Cloro en la gran Bretaña, las legiones que con él estaban proclamaron á Constantino, su hijo, por emperador Augusto, pero él tomó solo el nombre de César. Cuando Magencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, supo lo ocurrido en la Gran Bretaña, se proclamó emperador en Roma, apesar de haber enviado contra él Galerio su suegro al César Severo. Atemorizado Magencio, llamó en su auxilio á su padre Maximiano, que volvió al Imperio segunda vez, y abandonando los soldados á Severo le hizo matar el viejo emperador. Para apoyarse después contra Galerio, casó á su hija Fausta con Constantino, que tomó el título de Augusto. Galerio por su parte hizo tomar el mismo título de Augusto á Licinio, y Maximino, resentido de que no se le hubiera dado á él por su cualidad de César,

le tomó por si mismo. De manera que en el año 307 hubo seis emperadores Augustos reinando á la vez, Maximiano, Galerio, Magencio, Constantino, Licinio y Maximino II. El primero que pereció fué Maximiano, á quien Constantino su yerno obligó á matarse porque habia conspirado contra él. Siguióle Galerio, que murió á consecuencia de una horrible úlcera. Constantino y Licinio se unieron contra Magencio y Maximino. Constantino batió cerca de Roma á Magencio, que se ahogó en el Tiber: Maximino, vencido tambien por Licinio, tomó un veneno que le produjo la muerte en Tarso en la Cilicia. Solos ya como emperadores romanos Licinio y Constantino, tardaron poco en enemistarse y hacerse la guerra que terminó por una nueva reconciliacion, que duró nueve años. Habiendo vuelto á enemistarse y hacerse la guerra, se encontraron cerca de Andrinópolis el 3 de Julio de 323, y batido, derrotado y muerto Licinio, dejó el Imperio á Constantino.

§ IV.

EL IMPERIO ROMANO DESDE CONSTANTINO EL GRANDE HASTA SU DIVISION POR HONORIO.

(324—395)

Constantino, vencedor de Magencio y de Licinio, aun cuando se vió en la necesidad de combatir á los Francos, los Germanos, los Godos, Sármatas y Persas, mantuvo el Imperio en una tranquilidad casi completa. Sin embargo, conocia la decadencia del poder romano, y acaso fué esta una de las razones que tuvo para trasladar la silla del Imperio al centro de sus posesiones, en los confines de Europa y de Asia. Efectivamente, en el año 329, puso los cimientos de la nueva Bizancio, que inauguró solemnemente en el siguiente año, llamándola Constantinopla ó ciudad de Constantino. Su primer cuidado así que subió al trono fué declarar al Cristianismo, que ya él profesaba, por religion del Estado, y dando la libertad á la Iglesia, se celebró en Nicéa el primer concilio general de ella. Cinco años después de la fundacion de Constantinopla, dividió el Imperio entre sus tres hijos y dos sobrinos, ó

bien guiado del ejemplo de Diocleciano, ó porque temiera que después de su muerte sobrevinieran discordias entre ellos. No por eso las evitó del todo, pues muerto él quisieron reinar solos sus tres hijos sin admitir por colegas á sus primos, á quienes los soldados degollaron. En la division hecha del Imperio correspondieron á Constantino II la Gaula, la España y la Gran Bretaña; á Constancio II la Tracia con Constantinopla y las posesiones Asiáticas, y á Constante la Italia, la Iliria y las posesiones de Africa. Pronto faltó entre ellos la armonía, porque atacando Constantino á Constante, fué muerto en una emboscada cerca de Aquiléa, y sus posesiones pasaron á dominacion del vencedor. Dos años despues se reveló Magnencio contra Constante, á quien hizo matar al mismo tiempo que las legiones de la Iliria proclamaron á Vetrannion, resultando á la vez haber un emperador y dos usurpadores. Poco le duró á Vetrannion su usurpacion, pues atrayéndole hácia sí Constancio, le despojó de ella, y dirigiéndose luego contra Magnencio le derrotó y obligó á matarse, como hizo en el año siguiente con Galo su primo, á quien habia nombrado Cèsar por haber conspirado contra su vida. Elevó á esta dignidad á otro primo suyo, llamado Juliano, que se encontraba peleando con ventaja en la Gaula. Quiso Constancio, receloso de la influencia que Juliano ejercia sobre las legiones que mandaba, quitarle algunas para enviarlas al Oriente, pero ellas no obedecieron y proclamaron emperador á Juliano en Lutecia, hoy París, donde se hallaban acuarteladas (360). Constancio murió un año después en una aldea del monte Tauro, en los confines de la Capadocia y de la Cilicia. Juliano, llamado el Apóstata, gobernó con acierto, y su reinado hubiera merecido el dictado de justo, si no dejándose llevar de las influencias de los sofistas que le rodeaban, no hubiera intentado restablecer la religion pagana persiguiendo á los cristianos. Deseoso de adquirir gloria de conquistador, se entró temerariamente por la Persia, donde murió peleando el año segundo de su reinado. En él se extinguió la familia de Constantino, y el ejército nombró para sucederle á Joviano en el mismo campo de batalla donde estaba comprometido con los Persas en medio de áridos desiertos. Joviano que veia en mal estado el negocio, concluyó una paz vergonzosa con ellos, y al poco tiempo se le encontró muerto en su mismo lecho. Los jefes

principales del ejército reunido en Nicéa eligieron á Valentiniano I, quien dividió el Imperio con su hermano Valente, asociándole por colega. Dióle el Oriente, y él se reservó el Occidente, donde se hizo notable como gran capitan, manteniendo la disciplina y batiendo á los bárbaros Escotos, Pictos, Francos, Alemanes, Quados y Sármatas, contra todos los cuales fortificó las fronteras del Imperio. Era de carácter violento, que le atrajo la muerte en una audiencia que daba á los enviados de los Quados (375). Valente se vió en este mismo año en la necesidad de reprimir la tentativa de Procopio, proclamado en Constantinopla, y combatir contra los Godos, los Persas, los Sarracenos y otros. Los Godos, empujados por los Hunnos amenazaban las fronteras del Imperio, y para contenerlos los cedió algunas tierras en la baja Mesia y en la Tracia, pero las exacciones que los gobernadores de estas provincias ejercieron sobre ellos, los obligaron á revelarse. Dirigiéronse hacia Constantinopla, y destrozando antes á los generales de Valente, vencieron al mismo en la batalla de Andrinópolis, y le quemaron dentro de una choza donde se habia ocultado. Valentiniano I, ocho años antes de su muerte habia asociado al Imperio á su hijo Graciano, que le sucedió, y el ejército le dió por colega á su hermano Valentiniano II, niño de nueve años, á quien sirvió de tutor. Muerto Valente asoció tambien al Imperio á Teodosio y le dejó el Oriente. Casi tres años y medio gobernaron sin contradiccion, hasta que las legiones de la Gran Bretaña se revelaron contra Graciano, y proclamaron á un español llamado Máximo. Las tropas que Graciano llevaba contra él se le revelaron y le asesinaron cerca del Rhona. Valentiniano II se vió inquietado por Máximo, que en un principio pareció contentarse con las Gaulas y la España. En 387 invadió la Italia y se hizo dueño de Roma, pero cuando se creia ya dueño pacífico de todo el Occidente, vino Teodosio del Oriente, y derrotándole en la Pannonia, hizo que los soldados le mataran. Dueño absoluto de todo el Imperio Teodosio, devolvió el Occidente á Valentiniano II, que le poseyó poco tiempo, porque Arbogasto, caudillo de los Francos, le mató en Viena cuatro años despues, y puso en su lugar al retórico Eugenio. Tampoco este conservó largo tiempo su autoridad, porque habiendo vuelto Teodosio, le derrotó en las inmediacio-

nes de Aquiléa y le condenó á muerte. Arbogasto tambien se mató á sí mismo antes que recurrir á la clemencia del vencedor (394). Con esto quedó Teodosio dueño de todo el Imperio, y vencedor ya antes de los Godos, de los Persas y otros bárbaros, gozó poco tiempo de estas victorias y de la autoridad imperial. Acometido de una hidropesía cuyos progresos llegaron á ser alarmantes, arregló la suerte del Imperio dividiéndole entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, á quienes habia dado á reconocer por emperadores, el primero en 383 y el segundo en 395, y dejó á Arcadio el Oriente y á Honorio el Occidente. Esta division del Imperio fué la última. Murió Teodosio en Milan el 17 de Enero del mismo año.

§ V.

EL IMPERIO ROMANO DESDE SU DIVISION POR TEODOSIO EL GRANDE, HASTA SU DESTRUCCION EN OCCIDENTE.

(393—476.)

Honorio, cuando murió su padre, tenia diez años de edad, y el vándalo Stilicon que él mismo le habia dejado por tutor, reinó en su nombre, casándole con su hija María. Las invasiones de los bárbaros se hacian cada vez mas temibles. Alarico, rey de los Godos, entró por la Italia amenazando á Roma y á la corte establecida en Milán, pero fué derrotado por Stilicon en la batalla de Polencia (403). Radagaiso, otro jefe de Hunnos, Godos y Bárbaros de diversas razas, avanzó tambien hasta la Italia, en 405. Pero Stilicon despues de haber seducido á una parte de su ejército, le derrotó en la batalla de Florencia, le hizo prisionero, y mandó matarle. Estas victorias excitaron la desconfianza y el ódio del emperador, que condenó á Stilicon á la pena de muerte, como traidor, y le hizo degollar en 408 por sugestiones de Olimpio que le sucedió en el cargo. Alarico invadió otra vez la Italia y puso sitio á Roma, á quien obligó á rescatarse por grandes sumas, que Honorio no pudo pagar, por lo que en el siguiente año la volvió á sitiar, la tomó y saqueó, haciendo proclamar emperador á Atalo, que era prefecto. Olimpio, causador de estos males, cayó en desgracia del emperador, quien puso en su lugar á Jove,

tan incapaz como él de ocupar el puesto de Stilicon. En 410, se presentó Alarico por tercera vez en Italia, tomó á Roma por asalto y la entregó al saqueo, mientras que Honorio pasaba el tiempo ocioso en Rávena. Ataulfo, sucesor de Alarico, y mas furioso que él, repitió el saqueo de Roma, proponiéndose borrar hasta el nombre romano. Mas por fortuna del Imperio se encontraba entre los cautivos que hizo en ella, la princesa Placidia, hermana del emperador, de quien enamorado se casó con ella. Por su mediacion se formó una alianza entre su esposo y hermano, y el resultado fué dejar la Italia los Godos para pasar á España. Trece años despues murió Honorio en Rávena sin haber dejado sucesion.

Teodosio II, emperador de Oriente, hubiera querido reinar tambien en el Occidente, pero se lo impidió Juan, secretario que habia sido de Honorio, que se hizo proclamar, y nombró á Valentiniano III, nieto de Teodosio I, por su madre Placidia. Esta princesa recibió el título de Augusta y la tutela de su hijo Valentiniano, que solo tenia siete años de edad. Supo deshacerse del usurpador Juan atrayendo á su partido á Aecio que le sostenia y que luego llegó á ser uno de los principales sostenes del Imperio. Los enemigos se multiplicaron por todas partes, así en el exterior, como en el interior de él por las rivalidades de sus generales. Bonifacio entre otros llegó á hacerse sospechoso á Placidia por astucias de Aecio, cuando era mas necesaria su fidelidad, pues se hallaba gobernando el Africa en calidad de Conde. Viéndose maltratado por la emperatriz, llamó á Genserico y á los Vándalos que estaban en España bastante acosados de los Godos, y le entregó el Africa. En 430, se establecieron los Francos en las Gaulas conducidos por su jefe Clodion, y poco tiempo despues lo hicieron los Sajones en la Gran Bretaña. Por otras partes distintos enemigos obligaron al emperador á desamparar la Dalmacia, la Pannonia y la Norica. En 451 llegó Atila con los Hunnos, y sin embargo de que Aecio unido á los Francos de la Gaula, y á los Godos de la España pudo derrotarlos en los campos catalaunicos, no pudo impedir que devastaran la Italia, salvándose Roma del saqueo por intercesion del Papa Leon I. Las islas del mar Adriático sirvieron á muchos de asilo, y Venecia tuvo entonces sus principios. Valentiniano, sin embargo, pasaba la vida

entregado á vergonzosos placeres, que causaron su ruina. Màximo, cuya mujer habia violado el emperador, le hizo asesinar en el campo de Marte, estando revistando las tropas (445). Los asesinos fueron dos soldados del servicio de Aecio, á quien el año anterior habia matado por su mano el mismo Valentiniano.

El ejército proclamó al dia siguiente de muerto este á Máximo, que obligó brutalmente á Eudoxia, viuda del antecesor, é hija de Teodosio II, á que se casara con él. No pudiendo esta desgraciada princesa librarse del tirano, llamó á Genserico, rey de los Vándalos de Africa, quien vino inmediatamente sobre Roma. Máximo trató de huir, pero cogido por el pueblo, fué muerto y su cadáver arrojado al Tiver (455). Genserico entró en Roma, y la entregó quince dias al saqueo de sus soldados. El Imperio estuvo casi dos meses sin emperador, hasta que Avito, prefecto de las Gaulas, se hizo proclamar en Arlés, y reconocido por Marciano, emperador del Oriente, llegó á esperarse mucho de él, pero no correspondió á la buena reputacion que tenia. Ricimero, vencedor de Genserico y jefe de la armada romana, hizo que el Senado le depusiera, y batiéndole cerca de Placencia, le hizo prisionero, perdonándole la vida con la condicion de que tomara órdenes sagradas, como se verificó. Ricimero, aunque emperador de hecho, no quiso tomar el título de tal, dándosele despues de cinco meses de interregno á Majoriano (457). Engañóse Ricimero en su eleccion, pues habiendo pensado reinar en su nombre, vió que Majoriano se captaba la voluntad pública con publicar buenas leyes y resistir con suceso á los enemigos del Imperio. Ricimero no se lo perdonó, pues insurreccionando una gran parte de las tropas, le prendió, depuso y dió muerte, despues de haber reinado tres años y cuatro meses. Siguióse otro interregno, en el que Ricimero estuvo gobernando á su arbitrio, hasta que hizo nombrar á Livio Severo, que solo fué emperador en el nombre hasta que murió (465). Repitióse el interregno, que esta vez fué mas largo, gobernando Ricimero como dueño absoluto, temido lo mismo de los Romanos que de los bárbaros. Sin embargo, cansados el Senado y el pueblo de vivir en una situacion tan precaria, enviaron una diputacion á Leon, emperador del Oriente, pidiéndole que eligiera un colega digno de él y del pueblo ro-

mano. Leon acogió la demanda de los diputados, y eligió á Antemio, nieto de un ministro muy hábil que habia gobernado con acierto en los primeros años de Teodosio II. Antemio salió para Roma, donde fué proclamado, consintiéndolo Ricimero, pero con la condicion secreta de darle su hija en matrimonio. No tardaron en suscitarse desavenencias entre ellos, que Epifanio, obispo de Pavía, sofocó en apariencia. Ricimero llegó á revelarse abiertamente contra su suegro y emperador, obligando á Leon á mandar en auxilio de Antemio á su general Olivrio, quien muy lejos de cumplir con el deber se dejó ganar de Ricimero, que le prometió elevarle al Imperio. Seguro ya Ricimero, entró en Roma, donde hizo asesinar á Antemio (472). Olivrio, á quien efectivamente hizo emperador Ricimero, murió á los tres meses, y pocos dias antes murió tambien Ricimero. Gundobaldo, sobrino de este, hizo nombrar despues de cinco meses de interregno á Glicerio, que era un soldado oscuro de los que le servian. El emperador Leon no quiso reconocerle, y eligió á Julio Nepos, á quien dió en matrimonio una sobrina de su mujer Verina, y fué proclamado en Rávena. Cuando Glicerio lo supo, huyó á las inmediaciones de Roma, donde fué cogido y obligado á renunciar el Imperio (474).

Julio Nepos, despues de haber comprado la paz á Eurico, rey de los Visigodos de España, vió á Orestes, patricio de Roma, marchar revelado sobre Rávena, donde residia, y sin valor para esperarle huyó á Salona, en la Dalmacia, donde Glicerio era obispo. Orestes entró triunfante en Rávena, é hizo proclamar á su hijo Augústulo, que fué el último emperador romano, de quien solo se sabe que era extremadamente hermoso, y que reinó muy poco. Odoácro, rey de los Herulos, entró en Italia á la cabeza de un buen ejército de bárbaros, cogió en Pavía á Orestes y le hizo cortar la cabeza en Plasencia; entró despues en Rávena, donde Augústulo, abandonado de todos, se despojó de la púrpura y se entregó á Odoácro. Compadecido este de su juventud y hermosura, le dejó la vida y le señaló por residencia el castillo Luculano, en la Campania, con una pension vitalicia (476). Así acabó el Imperio de Occidente á los 1229 años de la fundacion de Roma; 506 de la batalla de Actium, y 503 del dia en que Octavio tomó el título de Augusto.

LECCION VEINTIDOS.

Historia del Cristianismo; su predicacion y propagacion en todos los pueblos del mundo durante el anterior periodo de la historia antigua.

Habiendo nacido Jesucristo en el tiempo que los Profetas habian predicho, y permanecido con los hombres el necesario para cumplir la sagrada mision que trajo á la tierra, volvió al seno del Padre, despues de haber establecido su Iglesia, dejado discípulos que la rigieran y enseñaran á las naciones la consoladora doctrina que de él habian aprendido. La historia de su vida en carne humana nos enseña que nació de padres pobres, aunque descendientes de los antiguos reyes de Judá, y que él mismo pasó la vida en la pobreza y la oscuridad hasta los treinta años de edad. Pasados estos se retiró al desierto á orar y ayunar cuarenta dias, despues de los cuales bajó á las orillas del Jordan y recibió el bautismo de Juan, su Precursor, y empezó á enseñar la doctrina mas santa y pura que jamás se habia oido en la tierra. Jerusalem y la Judea toda fueron las primeras que la escucharon, y en las que su predicacion empezó á dar inmensos resultados. Alarmada la Sinagoga meditó su muerte, y al cabo de tres años se la hizo padecer afrentosamente en el Calvario, crucificándole entre dos ladrones.

La enseñanza de Jesucristo toda fué oral, y frecuentemente hablaba á la multitud en parábolas y alegorías, que luego esplicaba á sus discípulos. Entre estos eligió á doce llamados Apóstoles, á quienes encargó especialmente predicar la doctrina, y organizar la Iglesia despues de

su muerte, y señaló por cabeza visible de ella á Pedro, uno de los doce.

Cincuenta dias despues de su gloriosa Resurreccion, iluminados los Apóstoles por el Espíritu Santo, empezaron su predicacion. Poco despues se dispersaron, distribuyendo el mundo entre sí para enseñarle la nueva ley.

Con el fin de guardar hasta cierto punto el órden que hemos seguido en la narracion de los hechos históricos de los grandes Estados formados en las tres partes del mundo conocido de los antiguos, hasta que sometidos todos al grande imperio romano, recibieron la luz evangélica, que habia de volverlos la libertad perdida, seguiremos á los Apóstoles y sus sucesores en la grande obra de la propagacion del Cristianismo; primero, por el Asia; segundo, por el Africa, y tercero, por Europa, hasta la invasion de los bárbaros; contra cuya ferocidad y grosera ignorancia sirvieron de invencibles baluartes la doctrina de Jesucristo y la sabiduría de la Iglesia organizada ya en todas partes.

§ I.

PREDICACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO EN TODAS LAS NACIONES DEL ASIA, DESDE EL PRIMER SIGLO DE LA IGLESIA HASTA EL QUINTO.

El Cristianismo en la Judéa. Jerusalem se encontraba llena de judíos y de gentiles prosélitos que habian ido á celebrar la Pascua de Pentecostés, cuando notaron que los Apóstoles eran entendidos de todos, cualquiera que fuera su idioma. Aprovechando San Pedro este estado de admiracion en que los veia, empezó á predicarles á Jesus Nazareno que habian crucificado, exhortándoles á que le siguieran y se bautizaran, en cuya primera predicacion convirtió á tres mil de ellos, que con otros cinco mil que convirtió en la segunda que hizo cuando subia al templo con San Juan, fundó la primera iglesia.

Elegido por Obispo de ella Santiago el Menor, se reunieron sus miembros para elegir siete personas, á quienes se dió el nombre de Diáconos, y el encargo de auxi-

liar á el Obispo en el desempeño del Episcopado, entre los cuales lo fué San Estéban, que padeció el martirio poco tiempo despues de su eleccion, siendo Saulo uno de los que contribuyeron á él, guardando las capas de los que apedreaban al mártir. El mismo tuvo mucha parte en la grande persecucion que se levantó en Jerusalem contra la naciente iglesia, en la que crecido número de fieles huyeron á Samaria, y algunos llegaron á la Fenicia, la isla de Chipre y Antioquía, á donde llevaron las primeras noticias del Evangelio. Los demás que quedaron en la ciudad, unos fueron muertos y otros encarcelados.

El Apóstol San Felipe fué luego á Samaria, y empezó á predicar la doctrina de Jesucristo, y convirtió de los primeros al Eunuco de Candace, reina de Etiopía, al que bautizó en el camino de Gaza á Jerusalem, continuando despues sus predicaciones por la Fenicia.

Saulo entretanto seguia persiguiendo á los discípulos de Jesucristo, y pidió al soberano Pontífice cartas de recomendacion para las sinagogas de Damasco, con objeto de llevar presos á Jerusalem á cuantos encontrara de ellos en aquella ciudad. Pero al llegar cerca de ella, cayó del caballo en que iba montado, desvanecido por una luz prodigiosa que le quitó la vista, y la terrible voz del Señor que le llamó para sí. Desde entonces se convirtió de furioso perseguidor de Jesucristo, en el mas fervoroso Apóstol de su Evangelio.

Despues del martirio de Santiago el Menor, gobernó la iglesia de Jerusalem hasta el año 107 San Simeon, primo de Jesucristo, que murió crucificado á la edad de 120 años. Fué el último de los que habian seguido al Señor como discípulos. En los treinta años que median desde este tiempo hasta el año de 136, en que el emperador Adriano echó de la ciudad á los Judíos, y la quitó hasta el nombre, llamándola Ælia, y poblándola de gentiles, no se sabe si su iglesia estuvo gobernada por Obispos, ó si se confirió su gobierno á los mas ancianos del clero. Mas desde esta época se encuentra elegido San Marcos, que la gobernó veinte años, y fué el primer gentil obispo de ella. El mismo vacío se encuentra desde este prelado hasta San Narciso, que empezó á regirla á fines del siglo segundo, quien habiendo llegado á una edad muy avanzada, y que apenas podia moverse,

tomó por coadjutor á San Alejandro, que era ya Obispo de Capadocia, y fué despues su sucesor en Jerusalem. Este grande Obispo fundó en ella una biblioteca, y tuvo mucho afecto á Orígenes por su ciencia. Padeció el martirio en la persecucion de Decio.

Hasta el reinado de Constantino continuó la iglesia de Jerusalem oprimida por los gentiles, que intentaron hacer olvidar en ella la memoria de Jesucristo, llenando de escombros la gruta del Santo Sepulcro, y levantando sobre ella un templo dedicado á Vénus. Pero así que este emperador dió la paz á la Iglesia, mandó derribarle y recomendó al obispo Macario edificar en su lugar una suntuosa iglesia. Santa Elena, madre de Constantino, se encargó de hacerlo por sí misma, y el cielo premió sus propósitos haciéndola inventora del sagrado madero de la Cruz. Siguió embelleciéndose Jerusalem con los grandes templos que los mismos hicieron construir en el monte de los Olivos, uno en memoria de la gloriosa Ascension del Señor, y otro en la gruta de Belen donde habia nacido.

En el siglo IV, cuando todas las heregías y opiniones que traian agitados los demás paises llegaron á extenderse por la Judea, floreció San Cirilo, que habiendo nacido en Jerusalem, recibió las órdenes sagradas de Máximo, su Obispo, quien le confió las funciones de Catequista. Muerto Máximo, fué elevado á la silla episcopal, y habiéndose declarado contra los arrianos y suscrito las decisiones del Concilio de Nicéa, se atrajo furiosas persecuciones. A él se debe el primer compendio de la doctrina cristiana. Los sucesores de San Cirilo continuaron instruyendo á los que habian abrazado el Cristianismo, y combatiendo con sus escritos las heregías y errores del paganismo introducidos en ellas, haciéndose notables San Epifanio y San Gerónimo.

El Cristianismo en la Siria. San Pedro predicó en Antioquía, cuya iglesia fundó y presidió por algun tiempo, siendo la primera en donde los convertidos tomaron el nombre de cristianos. Cuando el apóstol fué á Roma en el año 42, dejó por sucesor suyo en ella, á Evodio, su discípulo que la gobernó 27 años. En los últimos dias de su obispado vino á Antioquía Vespasiano, y levantándose un tumulto contra los judios y cristianos, quiso obligárseles á que sacrificaran á los ídolos. San Evodio

murió en él, y le sucedió San Ignacio, discípulo tambien de los Apóstoles. Cuando el emperador Trajano pasó por Antioquía para ir contra los Partos, hizo que le presentaran este santo Obispo, á quien condenó á ser encadenado y conducido á Roma para ser devorado por las bestias, y servir de espectáculo al pueblo, como sucedió, llevándole al anfiteatro, donde fué despedazado por dos leones (107). Sin embargo de la persecucion que Trajano promovió en Antioquía, su iglesia siguió siendo de las mas principales en los tiempos de Heron y San Teófilo, quienes para combatir las heregías que en ella intentaban introducirse, especialmente la de Saturnino el gnóstico, fundaron una escuela cristiana, en la que además de la doctrina de J. C. se enseñaban públicamente diversas ciencias profanas. Posteriormente existieron otras escuelas iguales á esta en Edesa, Nisibe y otras ciudades. A mediados del siglo III ocupaba la silla Antioquena, el famoso Paulo de Samosata, que la deshonró con sus costumbres depravadas, y errores en la doctrina. Tres concilios se celebraron en ella para juzgarle, y en el último fué depuesto y escomulgado. Pero protegido por Zenobia, no quiso dejar la silla, hasta que vencida la reina por el emperador Aureliano, se le obligó por decreto de este á salir de Antioquía.

En los siglos IV y V sufrieron casi todas las iglesias del Asia grandes perturbaciones con las doctrinas de Arrio, que tuvo en ellas muchos sectarios y aun doctores. Pero Eustacio que á pesar suyo subió á la silla de Antioquía, por eleccion del clero y pueblo, fué uno de los primeros y mas vigorosos contrarios del arrianismo, así de palabra como por escrito, hasta que sus contrarios lograron desterrarle á la Tracia, donde murió (361). La iglesia estuvo desde entonces gobernada por Prelados intrusos afectos al Arrianismo, hasta que fué puesto en ella Melecio, natural de Armenia, elegido antes obispo de Sebaste. Los arrianos vieron en él un hombre de carácter apacible y conciliador, y esperaron atraerle á sus opiniones, pero así que le vieron declararse contra ellas en su primer sermon, acudieron al emperador Valente, quien le hizo desterrar.

Al lado de estos obispos florecieron eminentes escritores y Santos padres, como San Efren, natural de Nisibe, que en 370 se retiró á la soledad del desierto, don-

de escribió contra los gnósticos de Siria, los maniqueos y los idólatras, su grande reputacion llevó á otros muchos al desierto, y le tomaron por su director y maestro, siendo los principales Isac, Simeon y Abraham, que todavía gozan de mucha veneracion entre los Sirios.

Al tiempo de caer el Imperio romano occidental se hallaban las iglesias de Siria afligidas por multitud de heregías, entre las cuales la que mas se había estendido fué la de Nestorio, contra quien se levantaron muchos hombres célebres en piedad y sabiduría.

El Cristianismo en la Persia. Una tradicion muy antigua y respetable atribuye al Apóstol Santo Tomás la primera predicacion del Evangelio entre los Partos Arsácidas. San Juan y San Judas Tadeo le predicaron tambien en el mismo punto, y San Simon padeció allí el martirio. Así estos Santos Apóstoles, como Ageo y Mares, discípulos de San Judas, hicieron infinitos prosélitos entre los Judíos que moraban en este país y los naturales de él, cuya obra siguieron estendiendo sus sucesores. Mas desde el siglo III se vieron estas semillas casi ahogadas por las opiniones é incesante persecucion de los maniqueos, los gnósticos y los magos, que excitaban contra los cristianos y Judíos á los reyes de Persia. Sapor II hizo demoler el templo que estos tenían (315). Isdegerdes I abrazó el Cristianismo en 415 y mientras él vivió gozaron los cristianos de paz y se aumentó su número en toda la Persia. Pero Varanes V. que le sucedió en 426, volvió á perseguirlos con toda crueldad y encono.

El Cristianismo en el Asia occidental. El primero y mas incansable predicador del Evangelio en estas comarcas, fué San Pablo, natural de Tarso, en la Cilicia, descendiente de una familia judía de la tribu de Benjamin, quien habiendo estudiado las letras griegas, le mandó su padre, que era fariseo, á Jerusalem para que le instruyera Gamaliel. Allí se declaró ardoroso partidario de la secta farisáica, y como tal, tomó parte contra los cristianos en las primeras persecuciones. Pero convertido milagrosamente á la nueva ley, fué uno de sus mas activos y celosos propagadores. Empezó á predicar en Damasco, donde amotinados los Judíos, quisieron matarle. Despues fué á Tarso, su pátria, y desde allí pasó á Antioquia de Siria. Volvió al Asia Menor, y en Pafos, en la Isla de Chipre, convirtió al procónsul Paulo Sergio,

cuyo nombre tomó. Recorrió la Pamfilia y la Pisidia, de donde los Judíos quisieron echarle; Icona, en la que fué apedreado; y Listra, en Licaonia, donde el pueblo le tuvo por el dios Mercurio. Fué otra vez á Antioquía de Siria; estuvo en Macedonia, en Grecia, Iliria, y varias veces en Jerusalem, donde el año 58 fué preso y llevado á Roma, en la que padeció el martirio el 29 de Junio del 66. Dejó á la Iglesia un rico tesoro de doctrina en sus Epístolas, que desde sus principios fueron conocidas en todas las iglesias del Asia y la Europa. En muchas de sus predicaciones le acompañó San Bernabé; tuvo por discípulos á San Lucas Evangelista, Sidas, Timoteo y Tito.

San Juan Apostol y Evangelista predicó tambien en estos paises, y fué quien organizó sus iglesias y puso obispos que las rigieran en Esmirna, Pérgamo, Sardes, Tiatira, Filadelfia, Laodicéa, Miléto y otras. Estuvo mucho tiempo en Efeso, donde siendo ya de 94 años de edad, murió. Antes estuvo desterrado en la isla de Patmos, donde escribió su Apocalipsis.

El Apóstol San Felipe tambien predicó en estos paises, y murió de edad muy avanzada en Hierápolis de Frigia. Grandes fueron los frutos de estas predicaciones apostólicas en el Asia Menor, cuyas iglesias continuaron floreciendo en santos obispos y doctores célebres en los dos siglos posteriores. Onesimo de Efeso, San Policarpo de Esmirna, San Papias de Hierápolis, Meliton de Sardes y San Irenéo, que luego pasó á la Gaula, la ilustraron con sus escritos, y algunos con la constancia del martirio.

En el siglo cuarto y quinto hasta la caida del Imperio de Occidente, florecieron los grandes PP. San Basilio, San Gregorio Niseno, San Gregorio Nacianceno y otros obispos y escritores de menor nombradía. San Basilio, natural de Cesaréa de Capadocia, hizo en ella sus primeros estudios, y luego pasó á continuarlos por disposicion de su padre en Antioquía y Atenas, en la cual conoció á San Gregorio Nacianceno y á Juliano, con quienes contrajo estrechos vínculos de amistad. De vuelta á su pátria se dedicó á enseñar elocuencia, y se distinguió en el foro. En 357 renunció á estas ocupaciones, y habiendo recibido el bautismo, vendió todos sus bienes y distribuyó á los pobres su precio. En seguida recorrió los monasterios de Siria, Mesopotamia y Egipto, y estu-

dió en ellos las prácticas monacales que seguian, y él mismo fundó uno para hombres, en las orillas del Iris en el Ponto, muy cerca de otro de mujeres que habian fundado su madre y hermana. A imitacion de estos, se fundaron luego otros muchos, á los que San Basilio dió una regla comun, que debian observar todos, y conservó su direccion hasta que murió en 379, siendo obispo de Cesaréa.

San Gregorio Niseno era hermano de San Basilio, y siguió los mismos estudios, que como él dejó cuando se hizo cristiano. San Basilio le llamó á su lado para que le ayudara á regir la iglesia de Cesaréa, hasta que el mismo San Gregorio fué consagrado obispo de Nissa en Capadocia, donde murió á fines del siglo.

San Gregorio Nacianceno estudió tambien en Atenas con San Basilio y Juliano, que luego fué emperador apóstata. No quiso admitir los favores y distinciones con que este le brindaba, y se retiró á la soledad, de donde San Basilio le sacó para hacerle obispo de una miserable aldea llamada Sasima. En tiempo de Teodosio el grande fué á Constantinopla, de cuya iglesia le hizo obispo, mas dejando la silla, se volvió á su retiro de Capadocia donde murió el año 391.

Así San Basilio como los dos Santos Gregorios, unieron á la vida de retiro y penitencia que tuvieron, la actividad de unos espíritus convencidos de las verdades que enseñaban, como lo prueban los muchos y preciosos escritos que tenemos de ellos, así de controversias, como de exposicion de la doctrina cristiana.

§ II.

PREDICACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO EN EGIPTO Y DEMAS PAISES DEL AFRICA.

La primera iglesia cristiana en Egipto, fué la de Alejandría, fundada por San Marcos, discípulo de San Pedro, y uno de los cuatro Evangelistas, quien estuvo presidiéndola hasta que murió, segun se cree, el año 68, á consecuencia de los malos tratamientos que le causaron los idólatras un dia en que celebraban la fiesta de Sera-

pis. Otras muchas iglesias fundó y dotó de obispos San Marcos en diversas ciudades del mismo pais.

Cuando el cristianismo apareció en Alejandría, se hallaba en su mayor explendor la filosofía de los griegos, introducida en tiempo de los Lagidas, dominando principalmente en sus escuelas las opiniones de Platon y de Pytágoras. A su lado estaban las de los fariséos Helenizantes, y las de los llamados Gnósticos de Egipto.

Los obispos sucesores de San Marcos, conocieron la necesidad de dar á los cristianos una enseñanza metódica y sólida de la doctrina que predicaban en las iglesias, y para ello fundaron una escuela que llamaron de las *Santas palabras*, que recibió grande desarrollo cuando se colocó al frente de ella San Pantemio, que la puso en estado de competir con las mas acreditadas de los filósofos de aquella ciudad. En 189, el obispo Demetrio destinó á San Pantemio para predicar el Evangelio en la India, donde convirtió á muchos Bramas, y puso en su lugar en la escuela cristiana á Atenágoras autor de la Apología por los cristianos, presentada al emperador Marco Aurelio. Pero quien mas notable se hizo en aquella escuela, fué San Clemente, llamado de Alejandría, quien despues de haber oido á muchos de aquellos filósofos frecuentando sus escuelas, se hizo cristiano. Su celo y su talento para combatir las doctrinas gentílicas, dió grande explendor á la escuela cristiana que regentaba, y que en 202 tuvo que abandonar para sustraerse á la persecucion de Septimio Severo, retirándose á Capadocia y luego á Jerusalem y Antioquía. Cuando la persecucion calmó, volvió á Alejandria para encargarse de la enseñanza que se habia visto obligado á abandonar, y en la que murió el año 216. Sucedióle en ella su discípulo Orígenes, hasta que en 230 Demetrio hizo condenar muchas de sus proposiciones, y le prohibió continuar enseñando. No obstante haber seguido las iglesias de Egipto siendo de las mas ilustres de la cristiandad por la sabiduría de sus obispos, y las doctrinas enseñadas por los maestros de sus escuelas, se vieron terriblemente combatidas y agitadas por Arrio y sus secuaces, muy particularmente en el pontificado de San Atanasio. Con las persecuciones de estos nuevos heresiarcas, la escuela cristiana decayó de su antiguo explendor, hasta que San Cirilo, obispo de Alejandria en 412, volvió á

engrandecerla con sus discursos, que de todas partes venian á escuchar y aplaudir. Con él acabó la escuela que habia brillado por espacio de tres siglos.

El Cristianismo en los demás paises del Africa. No tardó en penetrar el Evangelio en estas comarcas, pues como dejamos dicho, San Felipe convirtió y bautizó el año 34 al eunuco de la reina de Etiopía. San Márcos Evangelista predicó en Cirene y en la Libia, y organizó sus iglesias y consagró obispos de ellas.

En el tercer siglo florecieron hombres célebres que las ilustraron con sus escritos: tales fueron Tertuliano, Minucio Félix, y San Cipriano, obispo de Cartago, que perseguido por el emperador Decio, tuvo que ocultarse hasta que la persecucion pasó. Pero en 257, en la persecucion de Valeriano, fué primero desterrado y despues condenado á muerte y decapitado en 258.

El cuarto siglo tuvo, en primer lugar, á Lactancio, nacido en Sicca, de Numidia, á quien Constantino llamó á las Gaulas para encargarle la educacion de su hijo Crispo. San Agustin, natural de Tagaste, en el Africa propia, á quien despues de su conversion obligó el pueblo de Hippona á aceptar el obispado que gobernó treinta y un años con acierto y santidad. Al cabo de este tiempo vió con dolor á su amigo Bonifacio, gobernador del Africa, rebelarse contra la princesa Placidia, y llamar en su socorro á los Vándalos de España, que sitiaron á la ciudad de Hippona, donde San Agustin murió durante el sitio.

Si el Cristianismo habia echado profundas raices en estos paises, pronto se vió turbado por las opiniones de Donato, obispo en Numidia, de quien tomaron nombre los donatistas. La heregía de Arrio entró tambien en ellos causando grandes estragos, como el Pelagianismo, contra todas las cuales escribió y predicó San Agustin.

§ III.

PREDICACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO EN EUROPA.

El Cristianismo en la Grecia. Desde los primeros tiempos llegaron á predicar el Evangelio á este pais, San Pablo y sus discípulos, Silas y Timoteo. Macedonia, Te-

salónica, Filipos, Corinto y Atenas, fueron las principales ciudades donde ejercieron mas su sagrado ministerio. Uno de los personajes que en la última se convirtieron á la fé de J. C. fué San Dionisio Areopagita, llamado así porque era miembro del Areópago de Atenas. San Pablo le consagró primer obispo de ella, y murió en tiempo de Domiciano. Otro San Dionisio fué obispo de Corinto, en tiempo de Marco Aurelio, y escribió contra las heregías mas estendidas por la Grecia, haciendo ver que todas ellas tenian su origen en alguno de los sistemas filosóficos, por lo que sufrió de parte de los filósofos grandes persecuciones, hasta que por fin consiguieron hacerle padecer el martirio. Quadrato, tercer obispo de Atenas, dirigió al emperador Adriano una apología en favor de los cristianos, quejándose en ella de las persecuciones suscitadas por los filósofos gentiles.

En el reinado de Juliano el Apóstata, se encontraban ya casi desiertas las escuelas filosóficas de Grecia, pero este emperador intentó darles nueva vida prohibiendo á los cristianos enseñar públicamente, y aprender aun las primeras letras. Tan extraordinario y nuevo género de persecucion desapareció con su inventor. Sin embargo, la Grecia fué el teatro donde el neo-platonismo dominó casi exclusivamente.

En la Tracia y la Iliria tuvo el Cristianismo prosélitos muy pronto, pero sus iglesias estuvieron siempre oprimidas por las sectas heréticas, nacidas de las opiniones de los filósofos griegos y de los gnósticos. La iglesia de Constantinopla llegó á ser de la mayor importancia en el reinado de Constantino: su obispo recibió el título de patriarca, con el que muchas veces llevó sus pretensiones á querer ser tenido por cabeza de la cristiandad, disputando esta prerogativa al pontifice romano. En esta iglesia floreció San Juan Crisóstomo, que fué patriarca en 397, y pasó su vida en una contínua agitacion y trabajo, rodeado de peligros, con las frecuentes revoluciones políticas y religiosas que tenian la ciudad alterada, no siendo quien menos las promovia, las heregías de Nestorio y Eutíques. En los últimos tiempos del Imperio Occidental, continuaron las iglesias de la Tracia tan agitadas como antes. No así las de la Iliria, en donde la filosofía griega no habia influido tanto, en las que florecieron hombres y obispos como San Victoriano,

obispo en la Rhetia, martirizado en 305. San Gerónimo que nació en Estridonia, ciudad en los confines de la Dalmacia y de la Pannonia, que los Godos destruyeron en 337.

El Cristianismo en Italia. Segun la tradicion, cuando San Pedro Apóstol vino á Roma en el año 42, habia ya en ella algunos prosélitos del Cristianismo, entre la multitud de opiniones filosóficas, y religiones públicas y secretas, sin exceptuar las supersticiones mas groseras que en ella pululaban. Así que San Pedro dió principio á sus predicaciones, y estableció su silla en esta ciudad, el número de los cristianos fué aumentándose considerablemente, hasta en las clases mas elevadas, por manera que cuando en el año 66 fué martirizado con San Pablo, la iglesia de Roma era de las mas florecientes. El gentilismo que veia despreciados sus dioses, y criticada su moral con la irreprensible conducta de los cristianos, hizo los mayores esfuerzos por ahogar en sus principios, una doctrina que tanto prestigio iba teniendo. Neron fué el primero que echando mano de la calumnia, ordenó la primera persecucion, que se estendió por todo el Imperio, y en la que los dos Santos Apóstoles fueron las primeras víctimas. A ejemplo suyo continuaron derramando la sangre cristiana: Domiciano en la segunda persecucion, en la cual murió mártir San Cleto, pontífice: Trajano que decretó la tercera persecucion que empezó por el papa San Clemente, martirizado hácia el año 100, como lo fué San Evaristo tambien algunos años despues. A la vez que con las persecuciones parecia que el Cristianismo debia extinguirse, sucedia que sus prosélitos se aumentaban por todas partes, se organizaban iglesias, y se instituian obispos en otras diversas ciudades de Italia. Marco Antonino repitió las persecuciones decretando la cuarta de ellas, en tiempo del papa San Aniceto. No solo el Cristianismo sufria los terribles combates del gentilismo, sino tambien los de las heregías que empezaron á afligir las iglesias de Italia. El siglo III fué propiamente el de las persecuciones; Septimio Severo decretó la quinta, Maximino la sesta: en tiempo de Decio se verificó la septima, que fué una de las mas crueles y generales: Valeriano decretó la octava, y Marco Aurelio fué autor de la novena. En ellas entre una multitud inmensa de cristianos de todas las clases, sexos y edades, padecieron el martirio respectivamente en cada

una, los papas San Victor, San Fabian, San Estéban, San Sixto y San Félix. En medio de tanta afliccion no faltaron ambiciosos que trataron de hacerse elegir pontífices, como Nobacio, que á la muerte de San Fabian se hizo nombrar papa por una parte del clero y pueblo de Roma, causando en la Iglesia la division que es conocida con el nombre de antipapa. A los principios del siglo IV, en el reinado de Diocleciano y Maximiano, se verificó la décima persecucion, siendo martirizado en ella el papa San Marcelino.

La Iglesia empezó á disfrutar algunos dias de paz en el reinado de Constantino, pero no por eso dejó la iglesia de Roma de verse turbada por los nuevos errores de los arrianos. Liberio, papa en 352, fué desterrado á la Tracia por el emperador Constancio, que perseguia á San Atanasio, por quien el pontífice se habia decidido en las cuestiones contra el arrianismo.

Las demás iglesias no dejaron tampoco de sufrir algunas alteraciones. La de Verceil vió desterrado á Eusebio su obispo, si bien volvió á ella en tiempo de Juliano. La misma suerte cupo á Luzifero obispo de Cagliari, en Cerdeña, y amigo de Eusebio, uno y otro por haberse declarado contra el Arrianismo. Las iglesias de Trento y de Aquiléa debieron como la de Milan su estado floreciente en este tiempo, á las sabias amonestaciones y direccion de San Ambrosio, obispo de la última. Habia nacido este grande hombre en Tréveris, desde cuyo punto fué llevado á Roma por su madre ya viuda, y luego á Milan, donde siguió la carrera del foro. El prefecto Probo, le tomó por consejero, y mas adelante el emperador Valentiniano I le nombró gobernador de las provincias Emilia y Liguria que abrazaba la mayor parte de la alta Italia. En calidad de gobernador se hallaba en Milan el año 374, cuando suscitándose grandes contiendas entre los arrianos y los católicos sobre la eleccion de obispo, se convinieron todos en proclamarle por tal, no obstante no ser todavía mas que catecúmeno. A pesar de su resistencia, tuvo que aceptar el obispado que desempeñó hasta su muerte con grande celo y sabiduría. San Virgilio, obispo de Trento, y Cromacio de Aquiléa, que fueron amigos de San Ambrosio, le pidieron varias veces consejos para el buen acierto en el gobierno de sus obispados.

A la Iglesia y al Imperio amenazaban dias de tribulacion y desastres con la irrupcion de los pueblos bárbaros en la Italia, en los primeros años del siglo V. El papa San Inocencio I y gran parte del clero romano se retiraron á Rávena, donde estaba el emperador Honorio, cuando Alarico entró en Roma y la entregó al saqueo en 410. San Leon I el Grande la libertó dos veces de una inminente ruina, la primera saliendo al encuentro de Atila que iba sobre ella en 452, y la segunda presentándose á Genserico en 455. Ocupada Roma últimamente por Odoacro y los Hérulos, en el pontificado de Simplicio, sufrieron las iglesias de Italia grandes trastornos, tanto por parte de los bárbaros, como de los sectarios de los hereges que buscaban su apoyo en ellos.

El Cristianismo en la Gaula. Los antiguos escritores franceses como los españoles han respetado siempre la tradicion muy antigua en ambos pueblos de haber sido San Pablo el primero que predicó el Evangelio en el mediodia de la Francia cuando pasó por ella para venir á España. Que habia ya muchos cristianos en la Gaula en tiempo de la cuarta persecucion, lo prueba el grande número de mártires que padecieron durante ella en Viena, Chalons, Autun, con San Potino primer obispo de Lyon. No fué menor el número de los que padecieron el martirio durante la persecucion quinta, que, como en todas partes, tuvo el resultado contrario que los perseguidores se proponian, pues aumentándose el número de los convertidos, creció la fundacion de las iglesias donde era predicado el Evangelio con mas ardiente celo y practicada su doctrina con el mayor fervor. En los siglos III y IV continuó estendiéndose el Cristianismo con la ereccion de monasterios que se convirtieron en establecimientos literarios y escuelas de educacion cristiana, que acabaron con las de los antiguos retóricos y filósofos. Las heregías de Arrio y de los Priscilianistas, invadieron el mediodía de la Gaula, y causaron muchos daños en sus iglesias.

El Cristianismo en la Gran Bretaña. No se sabe á punto fijo cuando empezó á ser conocido el Cristianismo en esta parte de Europa, separado del continente por las aguas del mar. Segun una tradicion muy respetable, debió serlo en el primer siglo de la Iglesia, cuando los Romanos acabaron de conquistarla. En Inglaterra era ya

muy grande el número de los cristianos en el siglo III, pues hay noticias de la existencia en ella de muchas iglesias y conventos. El papa Celestino I envió á San Paladio, diácono de la Iglesia de Roma, á predicar el Evangelio á los Escotos, ó Escoceses, que le tuvieron por su primer apóstol y obispo. La Irlanda fué alumbrada por San Patricio, que empezó sus predicaciones en la grande asamblea de los Clans de la Irlanda en Tarah, donde residian el monarca y el gran sacerdote de los Druidas, y convirtió á muchos. Organizó iglesias, instituyó obispos, fundó monasterios, y creó escuelas que llegaron con el tiempo á ser muy célebres. Murió de mas de cien años de edad en el 483.

El Cristianismo en la Germania, la Escandinavia y la Rusia. Tampoco hay noticias seguras del tiempo en que en la Germania penetró la luz del Evangelio. Dominado este pueblo por los Druidas, y en guerra siempre con los Romanos, rechazaron las opiniones que entre estos eran conocidas. Sin embargo, algunas de sus tribus se hicieron cristianas á mediados del siglo III y IV, tales fueron las de los Francos y Marcomanos. Los Suevos pueden ser contados entre los que abrazaron el Cristianismo, aunque adictos al Arrianismo.

En el primer siglo de la Iglesia, segun la tradicion, llegó el Apóstol San Andrés á Rusia, y predicó el Evangelio en las comarcas del Volga, por lo que la Rusia le honra, aun hoy mismo como á su primer Apóstol. Por el mismo tiempo predicó en las orillas del Tanaris el Apóstol San Matías, y padeció el martirio en la Colquida. Los Godos que habitaban de una y otra parte del Boristenes, se convirtieron en gran número al Cristianismo en el siglo III, instruidos por los cristianos que hicieron prisioneros en sus guerras con los Romanos. Ulfilas era obispo entre ellos en el siglo IV, y en tal concepto asistió al concilio que los arrianos convocaron en Constantinopla en 360. Cuando los Hunnos invadieron el país que ocupaban los Visigodos, diputaron al mismo Ulfilas al emperador Valente, para pedirle les concediera un asilo en las tierras del Imperio. Valente, para conciliarse el auxilio de estos valerosos bárbaros, les concedió lo que pedian, exigiendo de Ulfilas, su enviado, que abrazaran el Arrianismo que él profesaba. Ulfilas lo hizo así, y lo estendió despues entre los súbditos de su nacion.

Los pueblos Escandinavos permanecieron en las tinieblas de la idolatría todo el tiempo que abraza este primer periodo de la historia.

En el compendio de la historia de España con que termina este curso elemental, trataremos de la predicacion y establecimiento del Cristianismo en ella con alguna mayor estension.

LECCION VEINTE Y TRES.

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA.

La Italia desde la caida del Imperio Romano hasta Carlo-Magno.—Odoacro y los Hérulos.—Teodorico y los Ostrogodos.—Belisario y Narsés.—Invasion de los Longobardos.—Exarcado de Ràvena.—Reino de los Longobardos.—Origen del poder temporal de los Papas. Fin del exarcado y del reino de los Longobardos.

(Desde el año 476 hasta el 800 D. de J. C.)

El reino que Odoacro habia fundado en Italia sobre las ruinas del Imperio romano de Occidente, fué de corta duracion. En 488 se vió atacado por Teodorico, llamado el Grande, rey de los Ostrogodos, y después de cinco años de combates, tuvo que capitular y partir la autoridad soberana con su rival, quien por último le mató en un convite que le hizo (493).

En medio de los trastornos que siguieron á la muerte de Atila, se habian fijado los Ostrogodos, consintiéndolo

Marciano, emperador de Oriente, en la Pannonia, con la condicion de impedir á los demás bárbaros el paso del Danubio. Tenian por caudillos á tres hermanos llamados Walamiro, Teodemiro y Widimiro. Teodorico, hijo de Teodemiro, fué llevado como en rehenes á la córte del emperador Leon I, donde se instruyó en todas las ciencias de los Griegos de entonces. Con la muerte de su padre y tios, quedó por único rey de los Ostrogodos, y después recibió la investidura del reino de Italia que debia conquistar á los Hérulos para el Imperio.

Dueño ya de la Italia, fijó su residencia en Rávena, como lo habian hecho los últimos emperadores, desde donde empezó á gobernarla como provincia del Imperio Oriental, y aun á ser considerado como emperador romano de Occidente. En este concepto le recibieron en Roma el Senado, el Papa y el pueblo cuando fué á ella en el año de 500.

Además de la Italia que acababa de conquistar, poseia Teodorico la Rhetia y la Nórica que sujetó en su paso para ella, la Pannonia y una parte de la Mesia y de la Dacia que le pertenecían antes. Poco después cuando murió Alarico, rey de los Visigodos de España, incorporó á sus Estados los que este tenia, de suerte que una grande parte del antiguo reino de Occidente se encontró reunida bajo su dominacion. Su influencia llegó á ser tanto mas grande, cuanto que habia procurado afirmar su autoridad con poderosas alianzas. Su mujer era hermana de Clodoveo, rey de los Francos, y dió á la suya por esposa á Trasamundo, rey de los Vándalos; además casó á una de sus hijas con Sigismundo, hijo del rey de los Borgoñones, y á una de sus sobrinas con Ermenfredo, rey de Turingia. Con mucho talento para la guerra, se inclinó más á la paz que supo conservar aconsejado del célebre Casiodoro, su ministro. Aunque Teodorico era arriano como todos los Godos, no habia molestado á los católicos hasta que se le hizo creer que conspiraban. En vista de esta acusacion fueron condenados á muerte muchos de sus consejeros, entre ellos el patricio Sinmaco y el filósofo Boecio. Casiodoro, que no aprobó tal injusticia, se retiró de la córte. Murió Teodorico en el año 526, dejando por sucesor del reino á su hijo Atalarico, niño de diez años, bajo la tutela y regencia de su madre Amalasunta, que tomó tambien por ministro á Casiodoro que

volvió á la córte cuando supo la muerte de Teodorico. Durante su regencia volvió á separarse el reino de los Visigodos de España que proclamaron por su rey á Amalarico. Habiendo muerto Atalarico, su madre Amalasunta empleó todo su crédito para hacer coronar á Teodato, sobrino de Teodorico; pero este malvado que la habia prometido partir con ella la autoridad soberana, la encerró é hizo matar despues de haberse casado. El emperador Justiniano declaró la guerra y mandó contra él á Belisario, el guerrero mas temible de aquel tiempo, que acababa de vencer á los Vándalos del Africa, y que ahora (535) se apoderó de la Sicilia y avanzó por la Italia hasta cerca de Roma, sin que Teodato pensara en resistirse. Esta conducta irritó al ejército, que eligió por rey á Witiga, que por de pronto hizo matar á Teodato, y en 540, sucumbió él en Rávena. Siguiéronle en el mando Teodobaldo, Eurarico y Totila. El valor de este rey, y la ausencia de Belisario que habia ido contra los Persas, levantaron por un momento la fortuna de los Ostrogodos, quienes recobraron á Roma y la mayor parte de la Italia. Mas encargado otra vez Belisario de la guerra, los quitó á Roma, y después pidió y obtuvo su retiro en 548. En su lugar vino á Italia Narsés que venció á Totila en una batalla, de la que salió herido gravemente, y murió á los pocos dias. Esta batalla decidió la suerte de la Italia, que volvió á ser provincia del Imperio Oriental, gobernándola Narsés quince años con el título de exarca, y fijando su residencia en Rávena. En el año 568, pidió su destitucion el Senado romano, á consecuencia de lo cual le escribió la emperatriz Sofía una carta insultándole en su desgracia y ultrajándole en ella por su cualidad de eunuco. Resentido Narsés invitó á los Longobardos con la conquista de Italia. Eran estas unas tribus pertenecientes á la confederacion de los Suevos, que en un principio habitaron las riberas del mar Báltico, hácia la embocadura del Oder, desde donde siguiéndole al Mediodía se esparcieron por la Moravía y la Silesia de hoy; dirigiéndose luego por el Teis en la Hungría, llegaron á las márgenes del Danubio, que intentaron pasar. Justiniano en el principio de su reinado los estableció en lá Pannonia y la Norica, de donde Teodorico habia salido con sus Ostrogodos, y los encargó seguir impidiendo como aquel habia hecho, el paso de este rio á otros

bárbaros. Hallábase gobernándolos como rey Alboin, cuando recibió el aviso de Narsés. Puesto en marcha con sus Longobardos, veinte mil Sajones que se le incorporaron, y otra porcion de pueblos bárbaros, entró por los Alpes, y despues de tres años de continuadas guerras, se estableció en la region llamada hoy Lombardía. Las ciudades de la Italia inferior sucumbieron luego, menos algunas que permanecieron sumisas á la dominacion de los Griegos. De estas se compuso el exarcado de Rávena, propiamente dicho, esto es, la vertiente oriental del Apepino, desde Ancona hasta Aquiléa, las costas de la Liguria, los ducados de Roma y Nápoles, y las dos partes meridionales de la Italia, la Calabria y el Abruzo. Desde esta época datan los esfuerzos de las ciudades marítimas Venecia, Génova, Gaeta y otras para constituirse en repúblicas independientes.

Alboin fijó su residencia en Pavía, que llegó á ser la capital del reino Lombardo Murió asesinado por instigacion de su mujer Rosmunda (574), que le dió por sucesor un guerrero grosero llamado Clepho. Este reinó un año, y de las posesiones lombardas se formaron treinta y seis ducados independientes, que se apropiaron otros tantos jefes de la expedicion. Después de tratar sin piedad á los vencidos y de haber tomado todas las tierras del dominio público y las propiedades que mejor les parecieron, exigieron á los italianos, por las que les dejaron, la tercera parte del producto en bruto. Las guerras que se hicieron unos á otros estos duques asolaron la Italia y la redujeron al deplorable estado que tan patéticamente describe San Gregorio el Grande diciendo: «Las ciudades están despobladas, las fortalezas destruidas, las iglesias incendiadas, los monasterios arruinados, los campos incultos, y las fieras se pasean por donde antes habitaban una multitud de hombres.»

Atemorizados en su mayor número los duques lombardos con la preponderancia que algunos habian adquirido, como los de Friul, Turin, Espoleto, y Benevento, exigieron que se restableciera el reinado electivo (585). Recayó la eleccion en Autarico, hijo de Clepho, á quien se convinieron dar cada uno un cuerpo de tropas, y la mitad de las rentas de su ducado. Autarico usó bien de su poder batiendo á los Francos, aliados de los Griegos, á quienes quitó parte de las posesiones que componian

el exarcado de Rávena. Elegido rey Agilulfo, duque de Turin (590), dejó el arrianismo y abrazó el catolicismo, con cuyo cambio empezaron las grandes guerras que durante su reinado hubo entre arrianos y Ortodoxos, Griegos y Lombardos; guerras que continuaron en tiempo de sus sucesores, exceptuando Rotarico y Luitprando.

El Gobierno temporal de Roma estaba confiado á duques dependientes del exarca, cuando el emperador Leon el Iconoclasta dió órden para destruir las imágenes piadosas en todo el exarcado. El papa Gregorio II se opuso á tan grande profanacion, y amotinado el pueblo, declaró que no reconocia mas jefe que á su pontífice. Este fué el insignificante principio del poder temporal de los papas. Gregorio III reprodujo las excomuniones contra los iconoclastas, de lo que se resintió el emperador. Luitprando, con pretesto de socorrer al pontífice, se apoderó de casi todas las ciudades de Italia, con animo de formar una monarquía hereditaria y estable. La misma política siguió Astolfo, que tomó á Rávena y acabó con el exarcado. Pipino, rey de los Francos, que se hallaba en disposicion de hablar mandando, exigió que todas las posesiones ocupadas antes por los Griegos, se adjudicaran al pontífice (752). Suscitáronse en lo sucesivo graves contestaciones. y Esteban III, pontífice en el reinado de Didiero, imploró contra él la proteccion de Carlo-Magno. Este destronó á su suegro Didiero, y se coronó rey de Lombardía, asegurando al pontífice las posesiones que después formaron los Estados de la Iglesia (774). Con cuya revolucion acabó la dominacion lombarda que duró en Italia doscientos seis años.

LECCION VEINTICUATRO.

Francia.—Establecimiento de los Francos en ella.—Dinastia Merovingia.—Su decadencia.—La Austrasia y la Neustria.—Rivalidades entre estas dos partes del imperio Franco.—Vence la primera á la segunda.—Mayordomos de palacio.—Pipino de Heristal.—Carlos Martel y sus victorias.—Pipino el Breve: usurpa la corona y empieza la dinastía de Carlovingios.

(Desde 476 hasta 800 D. de J. C.)

En el principio de este período, se encontraba la Francia dividida en muchos Estados, de los cuales eran los principales el reino de los Francos al Norte; el de los Borgoñones á el Este; la Armórica al Oeste; teniendo al Sur las posesiones de los reyes Visigodos de España.

En 414, los Francos que habitaban en el otro lado del Rhin pasaron el rio, y saqueando la ciudad de Tréveris se esparcieron por el Bravante y eligieron reyes, llamados Cabelludos, de la familia mas noble de su raza. Faramundo, uno de ellos, es el tenido por fundador de la monarquia francesa. Otro jefe cabelludo llamado Clodion, se dirigió á las provincias septentrionales, quitó á los Romanos Cambrai y Amiens, y estendió su dominacion hasta las corrientes del Somma. Las provincias occidentales de la Galia iban por el mismo tiempo insurreccionándose y sacudiendo el yugo romano. Los Bagodas, que así se llamaron los insurreccionados, formaron una confederacion independiente, á la que dieron el nombre de liga Armórica. Hubiera entonces concluido la

dominacion romana en la Galia occidental, si Valentiniano III no hubiera tenido un general como Aecio. Este castigó á los Bagodas, volvió á tomar á Amiens, y obligó á Clodion á retirarse á Cambrai (447). Ya se preparaba para atacar en esta ciudad á Meroveo, sucesor y acaso hijo de Clodion, cuando tuvo que unirse á él y á Teodoredo rey de los Visigodos, contra Atila, que habia invadido la Galia. Quedó el campo por Aecio y los aliados, pero la muerte del general romano asesinado en Italia y las turbulencias que la siguieron, permitieron á los Francos asegurarse en sus acantonamientos y estenderse hasta el Sena. La gloria adquirida por Meroveo fué causa de que muerto él eligieran á su hijo Childerico (456). La irregularidad de sus costumbres le hizo odioso á sus súbditos, que le negaron obediencia, y no pudiendo contrarestar á los Romanos, trataron de acomodamiento con Egidio, sucesor de Aecio. Siagrio, hijo de Egidio, quiso ensanchar sus dominios á costa de los Francos (465), que reconciliados con Childerico hicieron correrías por el territorio romano, y tomaron á París. Muerto Childerico en Tournai (481), le sucedió su hijo Clodoveo, de edad de quince años. En 486 combatió y venció á Siagrio cerca de Soissons, arrojándole mas allá del Loira. Entregado á Clodoveo por Alarico II, rey de los Visigodos, murió decapitado Siagrio, y la Galia quedó libre de Roma.

Dotado Clodoveo de sagacidad estraordinaria, llegó á penetrarse de que para asegurar el afecto de los pueblos, le era preciso dispensar consideracion á los altos personajes con especialidad á los obispos, entre los que estaba el ilustre San Remigio de Reims. Además formó alianza con Gondebaldo, rey de Borgoña, y se casó con Clotilde, su sobrina (493). Los Francos Ripuarios reconocieron su autoridad y le pidieron socorro contra los Alemanes, que habiendo atravesado el Rhin hácia Colonia, intentaban hacerse paso. La reina Clotilde, que era cristiana, le prometió la victoria en nombre de su Dios, si hacia voto de hacerse cristiano. Clodoveo se lo prometió, y destruidos por él los enemigos en Tolbiac, recibió el bautismo en Reims con la mayor parte de sus guerreros (496). Entonces fué el único príncipe católico en todo el Oriente y el Occidente, circunstancia que contribuyó á su engrandecimiento, porque sostenido por los

obispos, salió vencedor de las otras tribus francas, idólatras ó heréticas que ocupaban la Galia.

No pudiendo tolerar que los Visigodos arrianos poseyesen la parte mas bella de la Galia sobre el Loira, reunió treinta mil combatientes, y llamando ó otras tribus francas, invadió con todas ellas el pais que aquellos ocupaban. Les derrotó en Vouglé, cerca de Poitiers, y mató á su rey Alarico II (507). Se hizo dueño de toda la Galia meridional, menos la Septimania y la Provenza. Anastasio, emperador de Oriente, mandó á Clodoveo las insignias de patricio y de cónsul, que dieron á su autoridad, en concepto de la poblacion romana, los visos de legitimidad. Tanto poder inquietó á Teodorico, rey de los Ostrogodos, su yerno y suegro de Alarico II, que despues de la batalla de Vouglé dirigió contra los Francos un ejército que los derrotó en Arlés, y les obligó á evacuar á Narbona, Clodoveo, sin embargo quedó dueño de la Galia meridional. Murió dejando cuatro hijos que dividieron la herencia de su padre (511).

Eran estos, Thierri, Clodomiro, Childeberto I y Clotario I. La division que hicieron fué de tal suerte, que heredando cada uno de los cuatro parte de las provincias del Norte que consideraban como patrimonio de la familia, tomara otra parte de las que su padre habia conquistado. Thierri fijó su residencia en Metz, Clodomiro en Orleans, Childeberto en París, y Clotario en Soissons. Metz y el país del N. E. se llamaron desde entonces Austrasia ó tierra de los Francos orientales, y á las posesiones de los otros se las dió el de Neustria, ó tierra de los Francos nuevos. Unidos los cuatro hermanos continuaron las guerras de su padre contra los Germanos, los Borgoñones y los Visigodos. Thierri y Clotario fueron contra los Germanos, y derrotándolos con su rey Hermanfrido, estando despues en la muralla de Tolbiac tratando de ajustar la paz, fué arrojado á los fosos de la plaza, y Thierri se apoderó de la parte meridional de sus Estados, que dió á los Sajones que habian combatido con él.

Clodomiro, Childeberto y Clotario, hijos de Clotilde, segunda mujer de Clodoveo, pretextando el deseo de vengar la muerte de su abuelo, declararon la guerra á los Borgoñones. Salióles bien la empresa, pero habiendo muerto Clodomiro en ella, Childeberto y Clotario no tu-

vieron escrúpulo en hacer perecer á sus sobrinos y dividir entre sí sus Estados.

Childeberto, llamado por su hermana casada con el rey de los Visigodos de España, quien la maltrataba por ser católica y él arriano, invadió la Septimanía, y pasando los Pirineos sitió á Zaragoza, pero inútilmente. Mientras esto acaecia murió Thierri, y Childeberto y Clotario hubieran deseado hacer lo mismo con su hijo que habian hecho con los de Clodomiro, pero no pudieron, y sucedió á su padre. Teodeberto, que así se llamaba, reinó hasta el año 547, sucediéndole su hijo Teodebaldo, que no dejó sucesion. Clotario casó con su viuda y se apoderó de sus Estados, conducta que irritó á Childeberto, pero que no pudo vengar por haber muerto cuando se preparaba para hacerlo. Muertos como queda dicho Thierri, Clodomiro y Childeberto, quedó por rey único de los francos Clotario I (558). A su muerte dejó como su padre cuatro hijos que dividieron entre si el reino. Sigeberto I obtuvo á Mezt, Chilperico á Soissons. Cariberto á París y Gontran á Orleans. Cariberto murió luego y sus hermanos se dividieron el reino, por manera que el país de los Francos quedó dividido en tres partes enteramente distintas, la Austrasia, la Neustria y la Borgoña. En tiempo de estos tres hijos de Clotario y sus sucesores, los Francos tuvieron solo que sostener dos guerras extranjeras y una civil. Las primeras fueron contra los Avaros una, y la otra contra los Lombardos que pasaron los Alpes. La guerra civil se reasume entera en los nombres de Brunequilde y Fredegunda, dos reinas, la una esposa de Sigeberto, rey de Austrasia, y la otra de Chilperico, rey de Soissons. Las causas de esta guerra fueron la enemistad personal de las dos reinas, y las rivalidades nacionales de los dos pueblos de la Austrasia y de la Neustria. Durò desde el año 567 hasta el de 613. En este año empezó á reinar solo sobre todos los Francos Clotario II, hijo de Chilperico, pero concediendo algunas franquicias á los pueblos y señores de los tres reinos, consignadas en parte en una convencion firmada en París en 614. De ellas data, si no el establecimiento, por lo menos el aumento y consolidacion del poder de los mayordomos del palacio. Muerto Clotario se hizo reconocer en todo el reino Dagoberto I, cuyo reinado tuvo algo de explendor debido á los consejos del platero San Eloy, su tesorero,

y Ega, su mayordomo. Con sus hijos Sigeberto II, rey de Austrasia, y Clodoveo II, rey de Neustria y de Borgoña, empieza la serie de los reyes indolentes, entregados á los mayordomos del palacio. De estos los que mas merecen que se haga mencion de ellos, fueron Pipino de Heristal mayordomo de la Austrasia, que llegó á hacerse poderoso con el descontento de los señores de la Neustria, que le tomaron por protector, y declarando la guerra á Bertario, mayordomo de la Neustria y la Borgoña, le derrotó en la batalla que le dió en 687, cuyo resultado fué hacerse mayordomo de los tres reinos. Carlos, llamado Martel, que ejerció todo el poder en ellos á la sombra de Chilperico II, y Thierri IV, que apenas tuvieron el nombre de reyes, continuamente estuvo con las armas en la mano, ya para restablecer y consolidar su autoridad austrasiana en las provincias de la Neustria, de la Borgoña y del mediodía de la Francia; ya para contener en la obediencia, rechazar y someter á los pueblos Frisones, Sajones, Alemanes y Bávaros, á quienes venció; y ya, por último, para rechazar á los Sarracenos de España, que habian invadido la Francia venciéndolos en la célebre batalla de Poitiers y obligándolos á repasar los Pirineos. Cuando murió Cárlos Martel, dejó sus Estados divididos entre sus tres hijos. Carloman, mayordomo de Austrasia, Pipino el Breve, mayordomo de Neustria y Gripon, á quien luego sus hermanos despojaron del poder. Todavia estos nombraron á Childerico III, verdadero fantasma real, que solo fué proclamado en Neustria. Hicieron afortunadamente la guerra en el mediodía de la Francia á los señores rebeldes y los vencieron: en la otra parte del Rhin contra los Sajones y démás pueblos Germanos, á quienes sometieron. Despues de conseguidas estas victorias, abdicó Carloman y se retiró á un convento del monte Casino, quedando solo Pipino de mayordomo, y siendo rey de hecho, quiso serlo tambien en el nombre. Para ello se reunió en Soissons una asamblea de obispos y señores, que segun él deseaba depuso á Childerico III, que fué el último rey de la dinastía Merovingia.

Coronado Pipino, se halló con los Sarracenos de España, ocupando algunas ciudades de la Septimania: rebelados muchos señores del Mediodia con el duque de Aquitánia á la cabeza, con los Germanos moviéndose agitados en el Norte: los Lombardos en guerra con el papa

en Italia. El nuevo rey en una campaña de cuarenta dias derrotó á los Sajones, y en dos veces que fué á Italia obligó á los Lombardos á respetar al papa, á quien hizo donacion de muchas ciudades: echó á los Sarracenos y reunió á sus Estados toda la Septimania: por último, después de una larga y reñida campaña conquistó la Aquitania y se hizo reconocer por soberano en todo el Mediodia. Concluidas todas estas guerras, murió dejando sus Estados divididos entre sus dos hijos, Carloman, á quien dejó la Austrasia y la Borgoña, y Cárlos, que tuvo la Neustria y la Aquitania. Carloman murió á los tres años y Cárlos, aunque su hermano dejaba algunos hijos, se hizo reconocer por rey único de los Francos (771).

Así que ocupó el trono, entró por la Westfalia, atacó á los Sajones cerca de Osnabruch y destruyó su ídolo nacional, la estátua de Irmensul, guardada en el castillo de Eresburgo. Insurreccionados otra vez por el célebre Witikind, el héroe de la Germania idólatra, volvió Carlo-Magno, los destruyó y obligó á abrazar el Cristianismo. Llamado por el papa Adriano I, fué á Italia y acabó con el reinado de los Lombardos, y confirmó las donaciones que Cárlos Martel y Pipino el Breve habian hecho á la Santa Sede. En 777, pasó á España contra los Mahometanos y tomó á Pamplona cuyas murallas mandó demoler. Llegó á Cataluña, donde estableció puestos militares para impedir á los Sarracenos el paso de los Pirineos. A su regreso para Francia, acometieron los Vascones á la retaguardia francesa en los desfiladeros de Roncesvalles, dando muerte al famoso Roldan. Habiendo sabido que Tasillon II, duque de Baviera, habia insurreccionado á los Esclavones y Avaros, hizo que en una dieta reunida en Ingelleim fuese condenado á muerte por traidor, mas viéndole reducido á la impotencia, se contentó con encerrarle en un cláustro. Tramada una conjuracion en la capital del mundo cristiano, se vió el pontífice Leon III arrojado de la silla apostólica, y Carlo-Magno pasó á Italia á restablecerle en ella. El pontífice propuso trasmitir en él la dignidad imperial, supuesto que habia llegado á ser tan poderoso como los emperadores romanos de Occidente habian sido, y el dia de la natividad del Señor, en la iglesia de San Pedro, le puso el papa la corona imperial, y le aclamó emperador, y todas las autoridades romanas y el pueblo ratificaron su proclamacion (800).

LECCION VEINTICINCO.

La Bretaña.—Anglo-Sajones.—Abandono de la Bretaña por los Romanos.—Los naturales acosados por los Pictos, llaman á los Sajones.—Establecen estos su Heptarquia: su conversion al Cristianismo.—Invasion de los Daneses.—Alfredo el Grande.

(Desde 423 hasta 871 D. de J. C.)

El odio inveterado y frecuentemente excitado por contínuas provocaciones, tenia dividida en dos grupos la poblacion de las islas Británicas á fines del siglo IV. De una parte se hallaban los Bretones meridionales que eran súbditos fieles de los Romanos, y de la otra los pueblos no sujetos á ellos, y la region septentrional de la Hibernia. La servidumbre de los Bretones era dulce y brillante, pues como si hubieran presentido los Romanos el genio de la Gran Bretaña, habian favorecido el comercio, y confiados los Bretones en que sus dominadores les defenderian siempre, tenian abandonado el ejercicio de las armas y la disciplina de la guerra. Mas en los reinados de Teodosio y de Honorio, y en las usurpaciones de Máximo y Constantino, quedaron muchas veces entregados á sí mismos, hasta que por último, en 423, no pudiendo estar en comunicacion con los emperadores del Occidente por las grandes correrías que por aquellas costas hacian los bárbaros que ocupaban la Galia, dejaron de pertenecer al Imperio.

Una gran parte de Bretones pasó á la Armórica, y los que no quisieron emigrar, se unieron á los bárbaros ó huyeron á los bosques donde se defendian como fieras. Algunos años después se unieron bajo el mando

de uno de sus jefes, llamado Wortigern. Este hombre cobarde, malvado, y cruel, tuvo la detestable idea de enemistar á los bárbaros unos con otros.

Los pueblos salvajes que tanto temor infundian á los Bretones civilizados, eran los Caledonios, habitantes primitivos de la region septentrional; los Pictos que habian venido del continente en época posterior; los Escotos ó Escoceses, y los piratas Sajones, que desde el norte de la Germania llegaban á sus costas. Wortigern se dirigió á los últimos, y dos de los mas valerosos de ellos, que presumian descender de Odino, llamados Hengisto y Horsa, juntaron algunas fuerzas, con las que vinieron á la Gran Bretaña (449). Acogidos favorablemente de los Bretones, y alentados con algunas victorias sobre los Pictos, hicieron venir sucesivamente mas refuerzos hasta reunir un ejército suficiente para apoderarse del país que habian sido llamados á defender. Indignados los Bretones corrieron á las armas guiados del valiente Vortimer, hijo del infame Wortigern. Atacaron con ventaja á los Sajones, matando á Horsa y obligando á Hengisto á reembarcarse. Al poco tiempo volvió este con mayores fuerzas, que no pudieron resistir los Bretones. El jefe Germano destruyó mucha parte de la isla, y por último, fortificándose en el país de los Cancios (estrecho de Calais), fundó el reino de Kent, primero de los siete reinos Sajones. Hengisto murió (481) y dejó su conquista á Osrich, su hijo.

Abierto ya el camino, no dejó la inagotable Germanía de arrojar unas después de otras multitud de tribus sobre la Bretaña. Ella, pariente de Hengisto, se estableció (477) con una en la region meridional y fundó el reino de Su-Sex. Cerdic, que le seguía, tomó tierra hacia el S.-O., y tuvo que luchar contra el famoso rey Artur. Venció por último Cerdic y formó el reino West-Sex. Mas adelante (527) Erchevino fundó el reino de Ex-Sex. La region septentrional de la Inglaterra fué durante un siglo campo de correrías para los Sajones, hasta que en 547 un guerrero llamado Ida desembarcó con doce hijos, y fundó el reino de Northumberland. Los Anglos, otra tribu de las mas nobles de entre los Sajones, fundaron en 575, bajo el mando de Uffa, el reino de Est-Anglié. Ocupadas las costas del N., del E. y del S. por los Sajones, solo quedaron á los indígenas del país la de O. y las montañas del centro. En 585 invadió estas Crida y fundó el reino

de Mercie, el mas estenso de todos los siete. Los desgraciados Bretones se vieron reducidos á la parte Occidental, conocida con el nombre de país de Gales. En ella sostuvieron su independencia hasta el siglo catorce.

Los siete reinos Sajones, cuyo orígen dejamos referido, fundaron una confederacion, llamada Heptarquía. Cada uno se gobernaba por sus leyes y costumbres, y era dirigido por jefes propios. Habia uno supremo nombrado de entre los siete reyes. Los intereses comunes se trataban y resolvian en una especie de dieta nacional, á la que asistian diputados de todos los reinos.

El sanguinario culto de Odino que trajeron de la Germania, mantuvo en ellos hasta fines del siglo sexto las costumbres feroces y desordenadas que les eran propias; pero habiéndose casado el rey de Kent (597) con Berta, hija de Cariberto, rey de Paris, puso este por condicion que no habia de ser molestada por su creencia católica, ni impedida en el libre ejercicio de su culto. Berta fué acompañada de un obispo que dispuso favorablemente á los bárbaros hacia el Cristianismo. Sabido esto por el papa Gregorio el Grande, mandó á Inglaterra cuarenta misioneros que convirtieron al rey de Kent con la mayor parte de sus súbditos. La hija de Berta, casada con el rey de Northumberland, promovió tambien la conversion de los suyos y de su marido. Otro tanto sucedió con el reino de Mercié, y por último, el poderoso rey de West-Sex se bautizó en 635, disminuyéndose así considerablemente el número de los idólatras. El casi extinguido celo de los Bretones volvió á encenderse, y las islas Británicas, particularmente la Irlanda, produjeron hombres apostólicos muy insignes y bastante ilustrados para aquellos tiempos.

Aunque en último resultado siempre era ventajosa para los pueblos la propagacion del Cristianismo, no podia extinguir la ferocidad y rudeza habitual de aquellos bárbaros. Así que nada tuvieron que temer de los vencidos, volvieron contra sí mismos el furor guerrero que les dominaba. La época de su dominacion es un período de crímenes públicos y privados, guerras y revoluciones que la ambicion de los jefes promovía de contínuo. Los reinos de Est-Anglié, Es-Sex y Su-Sex desaparecieron luego. El de West Sex empezó á hacerse superior en el reinado de Inna, que dotado dé génio político y virtudes recomen-

dables, pasó un reino feliz á su sobrino Egberto (800) Educado este principe en la córte de Carlo-Magno, aprendió de él la política y el arte de la guerra. Tenia además en su favor ser el último vástago de las dinastías de la Heptarquía, lo que le puso en disposicion de acabar con los usurpadores de todos los demás reinos de ella. Reunió todos los Estados, y formó de ellos uno solo, que desde entonces empezó á llamarse Inglaterra (828.)

Hubiera sido fecunda esta revolucion de Egberto, si los piratas Daneses no la neutralizaran con sus invasiones. El orígen de estos bárbaros era el mismo de los Anglo-Sajones, pero la diferencia de religion y los intereses opuestos rompieron entre ellos todo vínculo de paisanaje. Egberto, cuando supo las tentativas de los piratas, las despreció, y teniéndolos por enemigos de poca importancia, les atacó imprudentemente, y quedó vencido. Mas después, tanto él como sus sucesores repararon la falta con grandes victorias. Los Daneses, sin embargo, no desistieron, pues en unas costas tan extensas nunca les faltaban puntos indefensos que recorrer y saquear, que era el objeto principal de sus invasiones. En 861 ya pensaron establecerse en el país. La resistencia de los Sajones fué grande, mas tampoco la decision de los Daneses fué menor. En 871 ya no habia mas que un nieto de Egberto, llamado Alfredo, que pudiera defenderse. Educado en el Continente, era mas sábio y culto que sus bárbaros compatriotas, y no supo reprimir la especie de orgullo que le inspiraba su superioridad y que le hizo impopular. Los Daneses tenian ya ocupada una gran parte del territorio, y cansados los Sajones de resistir; abandonaron á Alfredo. En tal estado ocultó su dignidad disfrazado en aldeano, y viviendo como tal.

LECCION VEINTISEIS.

Imperio de Oriente.—Su historia desde Arcadio hasta la invasion de los Sarracenos.

(395 hasta 641 D. de J. C.)

Arcadio tenia solos diez y ocho años cuando su padre Teodosio el Grande murió, dejándole al cuidado de Rufino. Este ministro quiso aprovecharse de su posicion para hacer que el emperador tomara por esposa á su hija, mas como se lo impidieran las intrigas de Eutropio, tambien ministro del emperador, excitó á los Hunnos á que invadieran el Imperio. Honorio, emperador del Occidente, mandó á Estilicon en socorro de su hermano, pero Rufino le dió órden de retirarse. Estilicon se retiró dejando el mando de sus tropas á un godo de su confianza llamado Gainas, quien cuando Arcadio fué á revistarlas, mató á Rufino, en cuyo puesto sucedió Utropio. Este ministro de Arcadio, ó bien fuese por reconocimiento, ó por cualquiera otra causa, hizo que se diese el mando de todas las tropas á Gainas. El nuevo general no tardó en urdir una traicion invitando á otro jefe godo como él á que se rebelara y pidiera despues la desgracia de Eutropio, como condicion de su sumision. Gainas apoyó y consiguió del emperador lo que el godo pretendia, y cuando Eutropio fué separado, se creyó solo señor del Imperio, y aproximándose á Constantinopla intentó posesionarse de ella. Los habitantes se apercibieron de la traicion, y puestos en armas lo impidieron. Gainas fué declarado enemigo del Estado, y se retiró destruyendo parte de la Tracia, hasta que alcanzado por las tropas que salieron en su persecucion, murió en una batalla. Arcadio continuó reinando, y los

bàrbaros que Rufino habia llamado, principalmente los Hunnos y los Godos, siguieron invadiendo el país. Cuando murió Arcadio dejó á su hijo Teodosio II, de edad de ocho años, por emperador, bajo la tutela de Antemio, prefecto del Pretorio, cuya habilidad salvò al Imperio de Oriente. Cuando se retiró del gobierno, dejaba ya al jóven emperador bajo la direccion de su hermana Pulqueria, princesa de grande capacidad. En 420 sostuvo contra los Persas una guerra que terminó ventajosamente para el Imperio. No así la tenida contra los Hunnos mandados por Atila, que comenzada en 433, se mantuvo desoladora hasta la muerte de Teodosio. Pulqueria, que hacia algunos años que tenia el título de emperatriz, dió con su mano el Imperio á Marciano. La firmeza y valor del esposo de Pulqueria impusieron á Atila, á quien alejó de sus Estados. Despues de haber reinado felizmente seis años, murió cuando con Pulqueria, muerta dos años antes que él, habia concluido la familia de Teodosio el Grande.

Aspar, general muy poderoso en el Imperio, hubiera querido subir al trono, pero previendo grandes obstáculos para ello, prefirió hacer elegir á un simple tribuno que le debiera su fortuna, llamado Leon. El Senado ratificó la eleccion de Leon llamado el Tracio, pero el nuevo emperador no permitió que Aspar reinara en su nombre, y le hizo matar. Casó despues á su hija con un isaúrico llamado Zenon, á quien habia encargado la muerte de Aspar, cuyos partidarios se amotinaron y llamaron á los Godos que llegaron hasta las puertas de Constantinopla. Dos años tardó en hacer la paz con ellos Leon, que despues asoció al Imperio á su nieto Leon II. Muerto el abuelo, le proclamó tambien el pueblo, que odiaba á su padre Zenon. Pero Ariadne, su mujer, y Verina, su madrastra, hicieron lo posible por atraer hácia él el espíritu público, y cuando lo creyeron ya asegurado, hicieron que el jóven Leon II colocara su corona en la cabeza de su padre, y le proclamara colega en el Imperio, cuando se hallaba en el hipódromo un dia de fiesta. Poco despues murió Leon y quedó solo Zenon, á quien se atribuyó su muerte. Siguióse una insurreccion contra él que le obligó á huir á Isauria, y en la que fué proclamado en su lugar Basilisco. En 476 fué destronado y restablecido otra vez Zenon, que se vió

amenazado de una parte por los Godos, amigos de Basilisco, y de la otra por el ostrogodo Teodorico. Zenon supo atraerse á este con grandes honores y magníficos presentes que le hizo, y mas adelante le cedió la Italia que debia conquistar á Odoacro. Casi al mismo tiempo se rebelaron contra él Marciano y Leoncio, y por último Anastasio, quien hallando á Zenon dormido ó embriagado, hizo creer que habia muerto, y por consiguiente enterrarle vivo. Anastasio se coronó por emperador de Oriente, pero los príncipes isáuricos de la familia de Zenon, se rebelaron y le declararon la guerra. Lo mismo hicieron los Persas y los Ostrogodos de Italia. En Constantinopla hubo sediciones, y Anastasio fué hallado muerto en un subterráneo del palacio. Los hijos intentaron hacer coronar á un partidario suyo, para lo cual dieron á Justino, prefecto del Pretorio, grandes cantidades de dinero con que comprar á los soldados y al pueblo. Justino lo hizo así, pero en favor suyo, siendo proclamado emperador, aunque era de baja estirpe, pero muy hábil. Tuvo pocas guerras que sostener contra los Persas, pero muchas discordias intestinas que aplacar, ayudado de Justiniano, su sobrino, á quien adoptó y le sucedió en 527. El largo reinado de este emperador fué célebre por las expediciones de Belisario y de Narsés, y por los trabajos de Triboniano, compilador del derecho romano. Estos dos famosos capitanes reprimieron á los Persas, derrotaron á los Ostrogodos y á los Vándalos, y rescataron para su amo el Africa, la Italia y Roma. Pero Justiniano, receloso de tantas glorias sin querer tomar parte en las fatigas para conseguirlas, los oponia frecuentemente obstáculos que las deslucieran. Los bárbaros hicieron tambien algunas correrías que se contrariaban á fuerza de dinero ú oponiéndoles otros bárbaros. Los caprichos de la actriz Teodora, con quien se habia casado, y los bandos del Circo, comprometieron mas de una vez la autoridad imperial. Justiniano por su orgullo filosófico, y manía por las disputas teológicas, fué desgraciado, hasta morir herege. Mientras vivió estuvo como suspensa la decadencia que amenazaba al Imperio, pero muerto él empezó con mayor fuerza. Justino II, su sobrino, perdió la razon á fuerza de cometer escesos, y los Lombardos le quitaron una gran parte de la Italia. Los Avaros, nacion escítica, los Sarracenos,

pueblos de la Arabia, y los Persas sobre todos, acometieron al Imperio por todos lados. Tiberio y la emperatriz Sofía le sostuvieron contra todos. Muerto Justino, subió aquel al trono que recobró algun explendor con un general suyo llamado Mauricio, que en premio de sus servicios mereció sucederle. Mauricio no fué tan feliz siendo emperador como lo habia sido de general, pues se vió envuelto en guerras con los Lombardos de Italia, con los Persas, los Avaros y los Esclavones, en las que cometió una falta tan terrible, que le costó la vida. Los bárbaros habian hecho un grande número de prisioneros á quienes degollaron, por negarse Mauricio á rescatarlos por un escudo cada uno. Luego se vieron en él tales remordimientos que le obligaban á pedir á Dios que le castigara en este mundo antes que en el otro, como le sucedió, viendo degollada toda su familia por el rebelde Phocas, que le matò á él tambien despues. Odiado por su tirania y crueldad, fué á su vez degollado por Heraclio, gobernador de Africa, que le sucedió en el trono. El reinado de este es notable por sus alternativas de grandes reveses, gloriosas victorias y repetidas desgracias. En su principio el rey de Persia, Cosroes II, que con pretexto de vengar á Mauricio habia tomado las armas contra Phocas, las dirigió contra Heraclio. El emperador fué vencido y cautivada la Santa Cruz por los infieles. Los Avaros, aliados de los Persas, se adelantaron hasta las murallas de Constantinopla. El emperador trataba de trasladar la silla del Imperio á Cartago, cuando vuelto en sí acometió á los Persas, los venció en cinco batallas, y rescató la Santa Cruz. Los Avaros fueron tambien derrotados debajo de las murallas de Constantinopla. Pero los Arabes, que despues de muerto Cosroes se habian apoderado de la Persia, invadieron el Imperio, y le quitaron el Egipto, la Siria y la Palestina. Heraclio murió en 641.

Desde él hasta Leon III el Isáurico, ocuparon el trono varios emperadores débiles y llenos de crímenes; en cuyos reinados perdió el Imperio el Africa griega, la Armenia, Chipre y Rodas, de quienes se apoderaron los Sarracenos. Coronado Leon III en 718, batió á los Sarracenos en diferentes ocasiones, y los obligó á permanecer quietos. Mas hecho jefe de los iconoclastas, produjo un cisma que dió causa á los papas para libertar

á Roma de la dominacion griega. Constantino V y Leon IV siguieron la misma secta, pero Irene, viuda de este y regente de su hijo Constantino VI, se hizo estimar de los ortodoxos. Para reinar sola hizo privar de la vista á su hijo, y reinó hasta que en 802 fué destronada por Niceforo.

LECCION VEINTISIETE.

El Mahometismo.—Estado de la Arabia antes de Mahoma.—Vida de Mahoma. Sus sucesores extienden las conquistas.—El Califado.—Los Omniadas. Rivalidades con los Abasidas.—Dinastia Abasida.—Fundacion de Bagdad.—Grandeza de los Califas.

(Desde 576 hasta 705.)

En los tiempos que precedieron á Mahoma apenas era conocida la península Arabiga, habitada de pueblos feroces y belicosos, á quienes sus vecinos temian y los Romanos no pensaron someter. Por el año 530 un Negus de Abisinia invadió el Yemen, ó Arabia Feliz, y quiso hacerlo despues en el Hadjad, ó Arabia Desierta, pero fué rechazado por Abdel-Mothaleb, caudillo de la tribu de los Koraichitas ó Sarracenos, que tenia la soberanía de la Meca con la administracion del templo llamado Caaba. Dos años despues fué expulsado del país por el mismo, auxiliado de Cosroes, rey de Persia, de quien se hizo tributario. De este fué nieto Mahoma que nació el año 570. Habiendo quedado huérfano muy niño, le adoptó su abuelo Abdel-Mothaleb, y muerto este un tio que era comerciante. Con él recorrió varias veces la Siria, donde comunicó con los cristianos y Judios. A la edad de veinticinco años entró á servir á una viuda rica

y se casó con ella, empezando despues á decir que era enviado de Dios para estirpar la idolatría y restablecer el gobierno Patriarcal, y su religion formulada en estas pocas palabras: «No hay mas que un solo Dios, y Mahoma es su Profeta.» Sus parientes y allegados fueron los primeros prosélitos. Pero viendo los principales de su tribu que predicaba una nueva religion y aspiraba al poder supremo, le condenaron á muerte, que evitó huyendo de la Meca á Medinat-al Nabi. De esta huida, acaecida el 16 de Julio del año 622 de nuestra era, tomó principio la de los Musulmanes, llamada egira. Allí estuvo preparándose dos años para ir contra los Koraichitas, á quienes batió cerca del mar Rojo; pero vencido por ellos al poco tiempo, se volvió á refugiar en Medina. Sitiáronle en esta plaza, pero Mahoma, que tenia ya un buen número de prosélitos, salió contra ellos y los desbarató (627). Siguió combatiendo á otras tribus, á quienes tambien venció, hasta que por último entró triunfante en la Meca, donde fué reconocido por profeta y soberano de la Arabia. Hizo algunas expediciones á la Siria, pero la muerte que le sobrevino en Medina, puso término á sus proyectos (632). Sucedióle su suegro, Abou-Bekre, que tomó el dictado de Califa, ó vicario del profeta. Tuvo que tomar las armas contra muchas tribus de la Arabia, descontentas con el yugo que Mahoma las habia impuesto. Cuando las tuvo sometidas, mandó á dos de sus generales fuera de ella. Kaled fué contra la antigua Caldea, y Abou-Obeidah contra la Siria. Despues de varias expediciones afortunadas, reunieron sus fuerzas y marcharon juntos contra Damasco, donde Heraclio tenia reunidas las mejores de su Imperio. Fueron batidas y tomada la ciudad. Mas cuando así triunfaba Abou-Bekre, murió dejando por sucesor á Omar I, que era tambien tio de Mahoma. En su reinado sufrieron la Siria, la Fenicia y la Judea, la misma suerte que Damasco. Otro tanto sucedió con la antigua Caldéa y la Mesopotamia, donde se fundaron las ciudades de Bassora y Coufah, para servir de acantonamiento y descanso á los Arabes que iban á la conquista de la Persia.

Por la parte del O. fué otro ejército al mando de Amrou que entró por el Egipto y tomó á Memfis y á Alejandría, cuya biblioteca pereció por un incendio. Si-

guió mas allá del Egipto hasta Barcah y Tripolí. Omar murió asesinado y sin querer designar sucesor, dejando nombrados seis encargados de hacerlo en el término de tres dias. Recayó la eleccion en Othman, que acabó la conquista de la Persia, y pasó mas adelante en Africa. Murió tambien asesinado por los descontentos con su conducta, y fué elegido Alí, primo y yerno del profeta. Desde entonces los Musulmanes se dividieron en dos partidos, teniendo el uno por ususpadores á los tres primeros Califas, y por sediciosos el otro á los que impugnaban su legitimidad, cuyos partidos subsisten todavía entre los Turcos y los Persas. Elevado Alí al califado vió con desconfianza el gran poder de Moabiah, hijo de Ommaya, que era primo hermano de Abdel-Motaleb, abuelo de Mahomá, y le quitó el gobierno de la Siria. Moabiah se rebeló contra él, y empezaron guerras civiles y grandes intrigas, que duraron muchos años, y terminaron poniéndose de acuerdo los conjurados en matar en un dia á Alí. Moabiah y Amrou, que estaba de su parte. Alí murió asesinado efectivamente y Moabiah se hizo aclamar califa, y dió principio á la dinastia de los Omniadas (661). Trasladó la residencia del Imperio á Damasco, por creerse mas seguro en la Siria que en la Arabia, donde tenian mucha influencia los descendientes de Mahoma.

Con la esperanza de encubrir su usurpacion con el explendor de las victorias, envió á su hijo Yezid contra Constantinopla, que se vió amenazada seis veces, pero sin resultado. Despues de la muerte de Moabiah, que quiso hacer hereditario el Califado en su familia, le sucedió Yezid, su hijo; Moabiah II á su padre Yezid; y Meruan I á Moabiah. Durante estos reinados estuvo el Imperio mahometano entregado á la anarquía y á las guerras civiles, que acabaron cuando Abdel-Melek, tambien de la familia omniada, subió al califado. Con él empezó un nuevo periodo de gloria y de conquistas en la India y en el Africa. Sucedióle Valid I, su hijo, que las estendió por la Capadocia y la Tracia, llegando á Constantinopla, de donde fué rechazado. Adelantó por la India y las comarcas septentrionales de la Persia. En 711, Muza, gobernador del Africa, entró en España y se apoderó de ella, y penetraron sus huestes en la Galia. Los sucesores de Valid, déspotas indolentes y sanguinarios,

perdieron el respeto y confianza de los pueblos. Los príncipes de la familia del profeta, fomentaron el descontento, y se verificó un cambio en favor de Aboul-Abbas, descendiente de Abbas, tio de Mahoma. Proclamado califa, se vió obligado á defenderse no solo de los omniadas destronados, sino de muchos Abbasidas, descendientes como él de Ali. Hizo matar á ochenta príncipes de la familia omniada, huyendo solo uno, que anduvo oculto algun tiempo por el Africa, hasta que las discordias civiles de España le llevaron á ella, y fundó el califado de Córdoba, ó del Occidente (754). Almanzor, hermano y sucesor de Aboul-Abbas, edificó á Bagdad sobre el Tigris, y la hizo capital del Imperio en 768. En los principios de su reinado invadieron los Turcos el país por la parte del mar Caspio, pero fueron arrojados de las provincias invadidas. En el de Mahadi se vió precisada la emperatriz de Constantinopla, Irene, á comprar la paz á fuerza de oro. Aroun-al-Raschid, califa en 786, reinó gloriosamente, pues habiendo obligado á los Turcos á emigrar al Oeste del Asia, se dedicó luego á hacer florecer las ciencias y la poesia en su corte, á la que atrajo con recompensas á muchos sabios de otros países. Despues de su muerte empezó á decaer precipitadamente el califado de Bagdad. Motasem cometió la imprudente falta de admitir para formar su guardia esclavos turcos, que mas adelante dispusieron del califado.

LECCION VEINTIOCHO.

Estados del Norte de Europa.—Rusia.—Suecia.—Noruega y Dinamarca.—Sus principios hasta la entera formacion de ellos.—Idem Hungria.—Polonia y Bohemia.

§ I.

RUSIA.

Entre los pequeños Estados que se formaron de las ruinas de la grande aglomeracion de pueblos que siguieron á Atila, deben enumerarse dos: el primero fundado por los Rusos en Kiew, en la Rusia situada en la parte de acá del Dnieper ó Borysthenes; y el segundo en la Rusia de la parte de allá del mismo rio, fundado por dos jefes Hunnos que se aliaron con el emperador Justiniano, quien los confió defender la Crimea y demás provincias del Chersoneso táurico, contra las invasiones de otros bárbaros que se movian de aquel lado. Estos movimientos continuaron verificándose en diversas direcciones. Algunas tribus que habitaban las riberas del Volga, las abandonaron, y unidas á otras fueron á ocupar las del Danubio, y formaron en ellas la Bulgaria. En la Rusia de la otra parte del Dnieper, se hicieron poderosos los que se establecieron en Novogorod, hasta que amenazados en el siglo noveno por otros invasores, llamaron en su auxilio á los piratas Noruegos (860). Rourik, uno de sus caudillos, fué á Novogorod, y aunque como auxiliar, se hizo luego señor del pais. Vadim quiso oponerse con algunas fuerzas que levantó con algunos hombres de influencia en el pueblo, pero todos

ueron muertos por los piratas, y Rourik siguió aumentando su poder, de manera que ha llegado á ser considerado como fundador del Imperio ruso. Despues de haber vencido y muerto á Vadim y los que se opusieron á su engrandecimiento, distribuyó tierras, ciudades y gobiernos entre sus principales oficiales, de los cuales algunos pasaron á gobernar las antiguas provincias de Kiew. El se estableció en Novogorod con el título de Gran Duque, y viviendo temido de sus enemigos, y en paz con sus nuevos súbditos, murió dejando de corta edad á su hijo Igor, bajo la direccion de un pariente suyo llamado Oleg (879).

Muchos gobernadores ó Boyardos intentaron hacerse independientes, pero Oleg á unos redujo á la obediencia y á otros hizo asesinar á traicion. Descendiendo despues mas hácia el Mediodia por las orillas del Dnieper hasta el mar Negro, llegó delante de Constantinopla, de donde el emperador Leon VI no pudo alejarle sino á costa de una grande cantidad de dinero, y de celebrar un tratado ventajoso á los Rusos. Habiendo fallecido Oleg en Novogorod, comenzó Igor á gobernar solo; y despues de ratificar con Leon VII, emperador de Constantinopla, un tratado, murió en una espedicion. Olga, su mujer, como regente del niño Swientoslao, vengó la muerte de su esposo, gobernó con acierto, y abrazó el Cristianismo; ejemplo que no siguieron su hijo y la mayoría de los Rusos. Llegado Swientoslao á la edad de poder reinar, se ocupó en expediciones militares, y sometió á los paises situados en las embocaduras del Volga y del Don. Excitado luego por el Emperador Niceforo II, se adelantó hasta las márgenes del Danubio para atacar á los Búlgaros. Mas cuando se encontraba así entretenido, acometieron los Cosacos á Kiew, donde estaban su madre y sus hijos. Volvióse á arrojarlos de allí, y habiéndolo conseguido, se dirigió otra vez contra los Búlgaros, á quienes venció. Quiso establecerse en este país, pero se lo prohibió el emperador Zimiscés, á cuya prohibicion contestó el ruso con la amenaza de ir sobre Constantinopla, como lo hizo, llegando hasta Andrinópolis. Pero vencido por los Griegos, se vió obligado á solicitar la paz, y volverse á sus Estados. En las orillas del Don, le atacaron los Cosacos, y el jefe que los mandaba le cortó la cabeza. Vladimiro I, llamado el Grande, hijo

bastardo del anterior, ocupó el trono auxiliado de los Noruegos, de quienes se deshizo así que se vió sentado en él. Su reinado fué una série continuada de conquistas. Al O. se apoderó de la Galitzia, que quitó á los Polacos con otros paises vecinos. Al N. en el mar Báltico, la Curlandia, la Livonia, Estonia y Finlandia. Al E. marchó contra los Búlgaros que habitaban en las orillas del Volga y el Kama que desagua en él. En el año 988 resolvió abrazar el Cristianismo, y quiso antes tener por esposa cristiana, á la hermana de los emperadores Basilio II y Constantino I, que le fué concedida. Desde entonces, aun cuando pensaba en conquistas, se inclinaba mas á gobernar y hacer instruir á sus súbditos. A su muerte se disputaron el trono dos de sus hijos, tomando parte en la contienda Boleslao, rey de Polonia, suegro de uno de ellos. Triunfó por último Yaroslao, que era el otro, y se vengó de los Polacos quitándoles algunas comarcas; tuvo relaciones de parentesco con los reyes de Noruega, Francia, Hungría y Polonia, que casaron los tres primeros con tres de sus hijas, y el cuarto con una hermana. Hasta Vladimiro II, todo fué anarquía. Pero como nieto del primero, supo contenerla venciendo á sus enemigos, y siguiendo el mismo sistema, se ocupó en administrar el interior de sus Estados, y confió el mando de los ejércitos á sus hijos. Estos combatieron contra los Livonios, Finneses, Búlgaros y Cumanos.

Tambien se dirigió Vladimiro contra Alejo Comneno, que le alejó de la Tracia con ricos presentes. Cuando él murió, empezó un período de guerras civiles entre los gobernadores de las provincias en que estaba dividido el Imperio y los pretendientes al trono, que produjeron destronamientos y separaciones de partes del mismo. Por último, en 1224 se vió todo él invadido por los Tártaros Mongoles de Gengis-Khan, que en pocos años se hicieron señores del país. Divididos como estaban los Boyardos ó gobernadores, y desconfiando los unos de los otros, no pensaron en resistir al enemigo comun, y unos por fuerza y otros voluntariamente, se sometieron todos á él. Destrozada así la Rusia, perdió hasta el nombre, llamándose en lo sucesivo Ducado de Moscovia, y formándose de sus anteriores dominios la Polonia, Lituania, Livonia y república de Novogorod. En el reinado de Iwan III, que merece ser tenido por el verdadero

fundador del Imperio ruso, volvió este á reconstituirse de nuevo (1462).

§ II.

SUECIA, NORUEGA Y DINAMARCA.

La historia de estos pueblos que forman la Scandinavia, es de poco interés hasta el siglo noveno de nuestra era, en cuyo tiempo los Daneses aparecen poderosos con la sumision de la Noruega, y por las incursiones que juntos hicieron en las costas del mar Báltico, del Atlántico y en las islas del mar del Norte, de donde los vino el ser conocidos con el nombre de Normandos ú hombres del Norte. Entre sus incursiones y establecimientos, se hallan las hechas en la Islanda, islas de Shetland, Orcadas y Hebridas. Mas adelante llegaron por tierra al Holstein, Hanovre y Holanda, y por mar invadieron la Inglaterra, la Escocia y la Irlanda. Piratas salidos de toda la Península invadieron y saquearon las costas de Francia, y muchas veces penetraron en el interior por el Rhin, el Escalda, el Meusa, Sena y Loira. España é Italia tambien fueron visitadas de tan atrevidos navegantes.

En el siglo décimo ya se encuentra establecida la unidad monárquica en estos tres reinos. La Suecia reconocia á Olao por su rey, y la Noruega y Dinamarca obedecian, la primera á Olao el Santo, y la segunda á Magno el Bueno, que luego reinó en las dos. Hasta el siglo XIV estuvieron alternativamente unidos ó rivales, ocupados en guerras intestinas, y con los pueblos Eslavos sus vecinos. Al comenzar este siglo se unieron Suecia y Noruega bajo el cetro de Magno VIII. Cansáronse luego de él los Suecos, pretextando que se habia dejado engañar en un tratado celebrado con los Dinamarqueses, y ofrecieron la corona á Alberto de Mecklemburgo, que le obligó á conformarse con el reino de Noruega. Su hijo, Aquin VII, casó con Margarita, hija de Waldemaro III, rey de Dinamarca, que murió en 1375, dejando por sucesor á su nieto Olao, bajo la tutela de su madre Margarita. Cinco años despues murió Aquin, su padre, y heredó tambien la corona de Noruega, que gobernó Mar-

garita en calidad de regente. Murió Olao algunos anos despues, y su madre siguió reinando en ambos Estados. En 1388 ofrecieron los Suecos la corona á Margarita que batió á Alberto de Mecklemburgo y le obligó á renunciarla. Reuniéronse entonces las tres coronas en esta mujer que justamente mereció ser llamada *la Semiramis del Norte*. Deseosa de consolidar la union de la Escandinavia, convocó una Dieta general de los tres reinos en Calmár en 1397, en la cual se juró la federacion perpétua de la Suecia, Noruega y Dinamarca con las cláusulas siguientes: 1.ª Conservacion constante de la sucesion electiva del trono: 2.ª Residencia alternativa del soberano en los tres reinos: 3.ª Observancia y cumplimiento de las leyes propias de cada uno de ellos. Este solemne acto es conocido con el nombre de Union de Calmár. En la misma Dieta fué reconocido por rey del Norte Erico de Pomerania, sobrino de Margarita, que reinó hasta su muerte. Pero así que ella murió en 1412, volvieron las enemistades nacionales á debilitar la union, reinando Erico, y en 1448, en el reinado de Cristóbal de Baviera, que le sucedió, acabó de romperse, por haberse separado la Suecia y elegido por su rey á Cárlos VIII Canutson, descendiente de Erico el Santo. La Noruega y la Dinamarca permanecieron unidas con Cristiano I, conde de Oldemburgo, heredero presunto del Sleswick y Holstein.

§ III.

POLONIA, BOHEMIA Y HUNGRIA.

En el continuado movimiento de tribus ó pueblos que invadieron el Imperio romano occidental, se hicieron notables las que pertenecian á las dos grandes familias escítica, y sarmática ó eslava. Las tribus de esta familia ocuparon hácia el N. las márgenes del Báltico con los nombres de Prusianos, Lituanios, Livonios, Estonios y Finneses; hácia el S. y márgenes del Danubio con los de Servios, Bosnios, Croatas y Esclavones, y por último hácia el O. con los de Leckos ó Polacos, Bohemios, Moraves, Pomeranios y otros.

Debilitadas las tribus escíticas tan temibles con el

nombre de Avaros, y unidas á otros restos de la misma familia, llegaron á formar antes del siglo VIII un nuevo Estado ó pueblo con el nombre de Ongors ó Húngaros, y las de la familia eslava mas fuertes y numerosas que aquellas, formaron en el mismo periodo el gran ducado de Polonia y el de Bohemia, únicos pueblos cuya historia ofrece algun interés.

Hungría. Establecidos los Húngaros en la antigua Dacia, se ocuparon en hacer correrías por los paises vecinos de la Germania, y no comenzaron á ser conocidos como nacion regularizada, hasta fines del siglo IX, en que convertidos al Cristianismo, figuran en lo sucesivo gobernados por reyes de la familia de Arpad, á quien se tiene comunmente por fundador de este Estado. En 1290 se extinguió su dinastía con Andrés III, y los Húngaros ofrecieron la corona al rey de Bohemia, como mas adelante lo hicieron los Polacos cuando en 1300 depusieron á su rey Wladislao. El rey de Bohemia las aceptó, pero habiendo muerto luego el único hijo que tenia para sucederle en ellas, acabó con él la raza eslava de estas monarquías. Alberto I, emperador de Alemania, quiso aprovecharse de algunos de estos despojos, pero no pudo. Sus sucesores siguieron ambicionando la Hungría, que despues de varias vicisitudes y guerras sangrientas, vino á ser incorporada á la casa de Austria en 1540.

Polonia. Las llanuras de la Polonia estuvieron habitadas en los antiguos tiempos por tribus Finnesas y Eslavonas, que desalojaron á otros de ellas. Los Leckos se cree que fueron los antecesores de los Polacos. Estos permanecieron largo tiempo siendo gobernados por varios jefes, que ocupados en guerras entre sí, descuidaban la defensa comun. La anarquía que tal estado producia, cesó con la eleccion de Piast por duque de Polonia en 842. En el reinado de Miecislao I, su cuarto sucesor, los Polacos, que antes eran idólatras, abrazaron el Cristianismo. Boleslao I, su hijo, se hizo respetar de Enrique II de Alemania, y conquistó la Misnia, la Moravia y Lusacia, con cuyas conquistas elevó á la Polonia á la categoría de reino, que declaró electivo. Desde su muerte, hasta mediados del siglo XIII, casi todos los reyes se distinguieron por sus adquisiciones en los Estados vecinos. Con posterioridad al reinado de Boleslao

III el Victorioso, empezó la Polonia á decaer, por la division que de ella hizo en Estados feudales para sus hijos. Por espacio de dos siglos sufrió las consecuencias de esta division, combatiendo con los Húngaros, Alemanes, Mongoles, Lituanios, y sobre todo con los caballeros Teutónicos. Hacia tiempo que los reyes de Polonia procuraban obligar á los Livonios y Prusianos á que abrazaran el Cristianismo, pues eran idólatras. En 1218 entraron por estas comarcas á sangre y fuego sin conseguir nada; y luego, ocupados en otras guerras, se vengaron los Prusianos y Livonios entrando en Polonia, donde hicieron terribles destrozos. Acababan por entonces de ser arrojados de la Palestina los caballeros Teutónicos, que en el siglo anterior habian sido instituidos para este objeto.

En 1237 fueron llamados por los Polacos, para defender las fronteras que aquellos idólatras amenazaban, concediéndoles todas las tierras que los conquistaran. La guerra que con ellos sostuvieron fué larga y sangrienta, pero con los socorros que los caballeros Teutónicos recibian frecuentemente de la Alemania consiguieron su conquista en 1283. Enorgullecidos con ella, se estendieron por otros paises, haciéndose poderosos y temibles. Su gobierno tiránico fué causa de que sus súbditos se levantaran, y buscaran la proteccion de los reyes de Polonia. Casimiro el Grande derrotó á los caballeros Teutónicos, y reprimió su ambicion. En 1410 volvió á encenderse la guerra, que tuvo por resultado definitivo la cesion de una parte de la Prusia á la Polonia, quedando la otra á los caballeros, como feudo dependiente de la monarquia polonesa.

El reinado de Casimiro dió principio á la era florida de la nacion polaca, promulgando leyes escritas, fundando ciudades y fortalezas, iglesias y hospicios, con otros establecimientos útiles. Para contrarestar el poder de los grandes nobles, creó el órden ecuestre, especie de nobleza inferior, que en un principio hizo mucho por la Polonia, y que despues se perdió á sí misma aboliendo la monarquia y oprimiendo al pueblo. Como Casimiro murió sin sucesor varon, designó á su sobrino el príncipe Luis, rey de Hungría (1370). Eduviges, su hija, á quien los Polacos eligieron por reina con la condicion de no casarse sin anuencia de la nacion, es-

cogió á Jagellon, gran duque de Lituania, que ofrecía incorparar sus Estados á la Polonia y hacerse cristiano (1386). Reunidas así la Lituania, Rusia Roja, y la Podolia con la Polonia, formaron una poderosa monarquía. Proclamóse Jagellon rey con Eduviges, y tomó el nombre de Ladislao II. En 1434 la Dieta Húngara eligió al Jagellon Ladislao III de Polonia por su rey, y juntos Húngaros y Polacos marcharon contra los Turcos, mandados por Amurates, pero en la batalla de Varna quedaron derrotados y muertos Ladislao y la mayor parte de la nobleza de ambos pueblos (1444).

Bohemia. Una tribu de Eslavos venida de las riberas del mar Negro, se apoderó de este país ocupado antes por los Marcomanos. En el siglo VI de nuestra era, el temor á los Francos impulsó á los Bohemios, divididos en pequeñas poblaciones casi independientes, á reunirse bajo un jefe comun con el dictado de Duque. El primero fué Przemisl, elegido en 722. Posteriormente se hicieron tributarios de Carlo-Magno, y siguieron en armonía con el Imperio restablecido por él, aunque sus duques tomaron el dictado de reyes. En el reinado de Ottocar, á mediados del siglo XIII, llegó la Bohemia á su mayor grado de explendor, pues poseia además de la Austria, la Stiria, la Carintia, la Carniola y la Istria. Extinguida su dinastía en Wenceslao V en 1305, pasó la corona á la casa de Luxemburgo, que adquirió la Lusacia y la Silesia. En 1416 estalló la guerra de los Husitas, que devastó la Bohemia, hasta 1438.

LECCION VEINTINUEVE.

Francia desde Carlo-Magno emperador, hasta las guerras de las Cruzadas.

(Desde 800 hasta 1095 D. de J. C.)

§ I.

SUCESORES DE CARLO-MAGNO.

Han dicho algunos historiadores que coronado Carlo-Magno emperador de Occidente, formó el proyecto de casarse con Irene, emperatriz de Oriente, con el objeto de reunir ambos Imperios. Pero tal proyecto si es que le hubo, no pudo tener efecto á causa del destronamiento de Irene y elevacion al trono de Niceforo.

Carlo-Magno, restaurador del Imperio, estuvo en relacion con todos los príncipes mas poderosos de su época; los reyes de España, el califa de Córdoba, los sultanes de Fez y de Cairuan, el califa de Bagdad, los emperadores de Constantinopla, y los heptarcas de Inglaterra. Recibia á sus enviados en la corte de Aix-la-Chapelle, que habia embellecido con los despojos de Rávena y otras ciudades. Mas sin embargo de tanta ostentacion, se vió obligado á combatir sin cesar hasta su muerte. En la Germania, contra los Sajones siempre vencidos y siempre insurreccionados: los Daneses, á quienes nunca pudo someter, y que invadieron la Germania con ánimo de conquistarla: las tribus Eslavas, ya asentadas, pero ansiosas de estender su dominacion: los emperadores de Oriente, que procuraban alargar por la Iliria las fronteras de su Imperio, y sobre todo contra los piratas Normandos y Sarracenos, que devastaban las costas del Océano y del Mediterráneo. Cuando murió en

814, dejó un solo hijo, Ludovico Pio, y un nieto, hijo natural de Pipino, primogénito de Carlo-Magno, que habia muerto en 810, llamado Bernardo. En su testamento instituia por sucesor suyo en el imperio á su hijo Luis, y á Bernardo le dejaba la Italia.

Reconocido Ludovico Pio por emperador, convocó una dieta en Aix-la-Chapelle, y por una capitular publicada en ella (817) dividió sus Estados entre sus tres hijos para que gobernasen bajo su direccion durante su vida. Asoció á Lotario, que era el mayor, al Imperio, y dió la Aquitania á Pipino, y la Baviera á Luis, llamado el Germánico. Bernardo, el rey de Italia, vió en esta division una violacion de sus derechos á la corona imperial, y tomó las armas contra su tio, que no tardó en despojarle del trono. Casado poco despues en segundas nupcias con Judith de Baviera, tuvo otro hijo, y para señalarle tambien Estados, celebró una dieta en Worms (829), en la cual formó para el niño Cárlos el Calvo un reino de Alemania, compuesto de la Suavia y la Helvecia, con cuya disposicion descontentó á los tres hijos de la primera mujer. Unidos á otros descontentos, excitaron á los condes y á los soldados á que negaran la obediencia á su padre, á quien obligaron á abdicar y encerrarse en un monasterio. El siguiente año (830), se reunió otra dieta en Nimegu para rehabilitarle en el trono, pero duró poco la buena inteligencia con sus hijos, pues habiendo estallado otra rebelion mayor que la primera, volvieron á deponerle (833). Dos años despues le repusieron segunda vez, y para castigar á Lotario, cuya conducta era mas reprensible, hizo nueva division de sus Estados, excluyéndole de ella, y alargando á Cárlos el Calvo mayor parte. En 838 murió Pipino de Aquitania, y Ludovico dió este reino tambien á Cárlos. Luis el Germánico se opuso, é incurrió por ello en desgracia de su padre, que al mismo tiempo perdonó á Lotario, é hizo una última division dejando todo el Imperio á este y Cárlos el Calvo, y á Luis solo la Baviera. Indignado Luis contra su padre, tomó las armas, pero nada pudo conseguir por haber muerto (840). No le faltaron al débil Ludovico Pio, en medio de sus disgustos y pesares, guerras extranjeras que sostener contra los Daneses, Servios, Carintios y Búlgaros en la Germania; los Sarracenos de España y los Normandos que invadie-

ron la Francia. La muerte de Ludovico Pio, volvió á encender la guerra entre sus tres hijos, hasta que mediando los obispos y los grandes se celebró en Verdum un tratado, por el cual Luis el Germánico obtuvo la Alemania; Lotario la Italia y los paises orientales de la Francia, desde el Mediterráneo hasta las bocas del Rhin, de donde vino el nombre de Lotaringia y luego Lorena; Cárlos el Calvo quedó con el resto de la Francia, por manera que en realidad hubo dos reyes en Francia (842). La muerte de Lotario atrajo otro rompimiento por la division que hizo de sus Estados entre sus tres hijos. A Luis II, que era el mayor, dejó la Italia, Lotario, que era el segundo, obtuvo la Lorena y la Borgoña, y Cárlos, el tercero de ellos, la Provenza. Murió tambien este, y su tio Cárlos el Calvo intentó apoderarse de su herencia, á lo que se opusieron sus otros dos sobrinos, dividiéndola entre sí. Con la muerte de estos, acaecidas, la de Lotario de Lorena en 869 y la de Luis de Italia en 875, quedó Cárlos el Calvo por único rey de Francia. Además de los desórdenes y trastornos que precedian, acompañaban y seguian á tan caprichosas divisiones del reino, tenia que sufrir el pais las invasiones de los Normandos por el Rhin, el Sena, Loira y Gironda, que saqueaban y destruian poblaciones enteras. Los Mahometanos hacían otro tanto en las costas del Mediterráneo, y los Bretones y Aquitanos en el interior le molestaban con frecuentes insurrecciones. Por otra parte la capitular por la que Cárlos el Calvo aseguró á los grandes vasallos de la corona, y á los gobernadores de las fortalezas, la facultad de hacer hereditarios los beneficios y condados, produjo en lo sucesivo males sin cuento.

A la muerte de su hermano Luis el Germánico, quiso Cárlos hacerse con la Alemania en perjuicio de sus sobrinos, pero le salió mal la empresa, porque batido en Andernaz, murió luego envenenado por un médico judío (877). Luis Balbó, su hijo y sucesor, tuvo ya que reprimir algunos alzamientos de grandes vasallos, por no guardarles las concesiones de su padre. Murió Luis antes del nacimiento de su hijo Cárlos el Simple, y de la posteridad de Carlo-Magno solo quedaban él, y el rey de Suavia que era tambien de Baviera y de Italia, y emperador de Alemania. Como los Normandos continuaban sus invasio-

nes, los pueblos aterrorizados con ellas, ofrecieron la corona á Cárlos el Craso, en perjuicio de Cárlos el Simple (884). Reunidos en él todos los Estados que compusieron el grande Imperio de Carlo-Magno, no pudo gobernarlos ni soportar carga tan pesada. Los señores de la Germania le depusieron, y los de Italia y Francia siguieron su ejemplo. Desde esta época se vió la Francia envuelta en la anarquía, de que no principió á salir hasta el establecimiento de los Capetos. Los señores de Francia eligieron por su rey á Eudo, hijo de Roberto el Fuerte, duque de la isla de Francia y conde de Paris. Pero el hijo póstumo de Luis II, Cárlos el Simple, no se resignó á abandonar sus derechos, y haciéndose consagrar en Reims, emprendió contra Eudo una guerra que duró tres años, y concluyó con un trado, por el que se le reconoció como rey de los paises del norte del Sena. Dos años después murió Eudo y quedó por único rey de Francia, no obstante que la Lorena, Borgoña y Provenza eran Estados independientes. Cárlos el Simple vió á Paris cercado por un grande ejército de Normandos, á quienes no pudiendo alejarlos, cedió la provincia que de ellos se llamó Normandía. Mas feliz en el Norte, venció á los Sajones, é incorporó la Lorena á la Francia. Pero esto mismo suscitó contra él á los grandes vasallos, que eligieron por rey á Roberto, hijo de Eudo (922), que murió en las cercanías de Soissons peleando con las tropas de Cárlos, ofrecieron la corona á su hijo Hugo, quien la rehusó y designó á su cuñado Raoul, duque de Borgoña. Para atraerse los grandes vasallos, los halagó con privilegios y concesiones, y así reinó en paz. Muerto después que Cárlos el Simple, Hugo y los demás señores, eligieron á su hijo Luis de Ultramar, que se encontraba en Inglaterra con su madre. Hugo pidió en condicion la investidura del ducado de Borgoña, que le fué concedida. Luis IV quiso librarse de la especie de tutela en que Hugo aparentaba tenerle, pero el poderoso vasallo le hizo arrepentir de su intento, ofreciendo la corona á Oton I, emperador de Alemania, que se contentó con la Lorena. Hizo despues prender al rey, y no le devolvió la libertad hasta que le cedió la ciudad de Laon. La muerte de Luis de Ultramar trasmitió á Lotario III, el mayor de sus hijos, el título de rey, que conservó, merced á las rivalidades de los grandes vasallos, que produjeron una

especie de equilibrio muy ventajoso para él. Pero la dinastía de los Carlovingios concluyó en Luis V. hijo de Lotario, que murió acaso envenenado al año de haber subido al trono. Existia todavía un hijo de Luis de Ultramar, Cárlos de Lorena, pero desconocidos sus derechos por los señores feudales, eligieron por su soberano al mas poderoso, que era Hugo Capeto, hijo de Hugo el Grande (987).

§ II.

DINASTIA CAPETO.

A su advenimiento estaba la Francia divida en grande número de estados independientes, cuyos jefes, con los títulos de señores, duques, condes, varones, etc., eran unos verdaderos soberanos, que cobraban impuestos, levantaban tropas, dictaban leyes y administraban justicia, viviendo continuamente en guerra entre sí mismos, ó con los reyes propios. Hugo Capeto era uno de ellos antes de ser elevado al trono, y siguió siéndolo después de su elevacion. Los que marchaban iguales al rey, eran el conde de Flandes y el de Vermandois, el duque de Normandía y el de Borgoña, el conde de Tolosa y el duque de Guyena, que dependian inmediatamente del rey y eran sus Pares, como lo manifiesta el reconocimiento que le prestaron por *Primero entre sus Pares*. Habia además otros muchos grandes vasallos tan poderosos como estos, pero de menor gerarquía al lado del rey. Los Capetos conocieron los peligros y graves inconvenientes que semejante estado de divisiones y fuerzas podian traer al país en general, y al trono en particular. Por lo que buscando su apoyo en los pueblos, primero contra los extranjeros que poseian territorios, y despues contra los Estados independientes que se habian formado en el interior, llegaron á engrandecerse y hacer de la Francia una nacion grande y poderosa. Tal es la marcha que presenta su historia en este largo período.

Cárlos, duque de la Baja-Lorena, tio del último Carlovingio, intentó disputar á Hugo Capeto el título que se le habia dado, é invadió con un ejército la Francia. Declaráronse en su favor el conde de Vermandois, el de

Flandes, y el duque de Guyena con otros señores, pero fueron vencidos y él hecho prisionero. Antes de morir tuvo Hugo Capeto la prudencia de hacer ungir á su hijo Roberto, que sucedió á su padre sin oposicion. Casado con Berta, su sobrina, viuda del conde de Blois, le obligó á separarse de ella el pontífice Gregorio V, y se casó después con Constanza, hija del conde de Tolosa. Hizo ungir á su primogénito, y de esta Enrique I, á pesar de que ella preferia al segundo llamado tambien Roberto á quien se dió el ducado de Borgoña. Enrique tuvo que sostener durante su reinado diferentes guerras con los señores feudales, y de todos salió victorioso. Conociendo que su salud se iba debilitando, hizo ungir en Reims á su hijo Felipe I, y le dió por tutor á Boduino, conde de Flandes. El murió en el año de 1060. Durante la menor edad de Felipe I, pasó Guillermo el Bastardo, Duque de Normandia, hijo de Roberto el Diablo, á conquistar la Inglaterra: los caballeros Normandos, hijos de Tancredo, se establecieron en Sicilia y parte de la Italia meridional, y mas adelante Enrique de Borgoña en Portugal. A la vez que se manifestaba indiferente á estas conquistas hechas por vasallos de su corona, procuraba Felipe I indisponer á todos entre sí, y sujetar los mas pequeños. Fué el primer rey de los Capetos que dió principio al engrandecimiento territorial de las posesiones de la corona con la adquisicion del Vexin que reunió á la isla de Francia, la de Catinois que incorporó al Orleanes, y el condado de Bourges que compró. Si llevado de la avaricia y la incontinencia, no se hubiera indispuesto con el Papa, por el repudio de la reina Berta, su reinado se habria pasado en paz. Pero las desavenencias producidas en el interior por estas causas, le atrajeron la enemistad de Guillermo, ya rey de Inglaterra, que intentó destronarle. Mas gracias á los esfuerzos de su hijo Luis, que se habia encargado de la direccion de los negocios del Estado, sus tentativas fueron inútiles.

LECCION TREINTA.

Inglaterra desde la restauracion de Alfredo el Grande, hasta el reinado de Ricardo I, Corazon de Leon.

(880 hasta 1189.)

Los vencedores de Alfredo permanecieron confiados en su triunfo, mientras que él promovió una insurreccion que le volvió todos sus estados, y los que los Daneses habian formado en el Northumberland y Est-Anglia. Restablecido en el trono, se dedicó á edificar fortalezas para ponerse á cubierto de nuevas invasiones, y á organizar algunos buques destinados á cruzar por los mares del Norte. Procuró civilizar á su pueblo, á cuyo fin llamó á Oxford los hombres mas notables de Europa, y fundó su célebre Universidad.

Alfredo tuvo por sucesor á su hijo Eduardo el Antiguo, que siguió la política de su padre. En los reinados sucesivos dejaron los Daneses de repetir sus incursiones, pero los ya establecidos en el país promovian turbulencias, ó fomentaban las que suscitaban los pretendientes al trono. En el de Etelredo II comenzaron de nuevo las invasiones, y en 1001 se vió precisado á comprar la paz, obligándose á pagar un tributo, de cuya humillacion quiso librarse haciendo degollar á los Daneses establecidos. Sabedor de tal villanía Suenon, rey de Dinamarca, fué con una grande armada para vengarla. Después de algunos años de hostilidades, consiguió arrojar á Etelredo de Inglaterra y hacerse proclamar por rey de ella. A su muerte tomaron los Sajones nuevo aliento con la vuelta de Etelredo y su hijo que murieron pronto. Subió pues al trono Canuto el Grande, hijo de Suenon, ya rey de Dinamarca (1017). Para en cierto modo atraerse el afecto de los Sajones vencidos, se casó con Emma, viuda de

Etelredo, y quiso compartir con ellos sus glorias, llevándolos á la conquista de la Noruega. Dió tambien su hija en matrimonio á el conde Goduino, guerrero célebre y muy popular, con lo que y su buena administracion logró afianzarse en el trono. Sus dos hijos Haroldo y Hardí Canuto, hicieron aborrecible la dominacion Danesa, y trageron otra vez la Sajona con Eduardo el Confesor, hijo segundo de Etelredo (1041). Educado en la Normandía francesa, trajo consigo á muchos extranjeros, á quienes confió muchos cargos civiles y dignidades eclesiásticas. Durante su reinado solo tuvo que reprimir algunas hostilidades de los jefes del país de Gales, y de los Escoceses, y una rebelion del conde Goduino. Habiendo muerto sin dejar hijos, se presentaron dos pretendientes al trono, Haroldo hijo de Goduino, y Guillermo el Bastardo, duque de la Normandía francesa. El primero estaba sostenido por los grandes de la nacion que le habian reconocido, y el segundo, llamado acaso por el mismo Eduardo para sucederle, y reconocido por el papa, Alejandro II, fué con un grande ejército á reclamar sus derechos. Vencedor en la batalla de Hastings, se hizo coronar en Londres (1066). En una ausencia que hizo á su ducado de Normandía, se rebelaron los Anglo-Sajones, quienes á su vuelta fueron cruelmente castigados. Siguióse otra rebelion, en la que tomaron parte los de Gales, los Escoceses y los Irlandeses, que tambien sofocó, y le dió motivo á confiscar los bienes de la nacion, con los cuales creó gran número de feudos enteramente gerárquicos en provecho de la corona. En la Normandía se rebeló su hijo Roberto, excitado por Felipe I, rey de Francia, que veia con recelo el engrandecimiento de un vasallo de su corona, y cuando Guillermo comenzaba á vengarse de los dos, murió (1087). A su muerte excluyó del reino de Inglaterra á Roberto, que solo fué duque de Normandía, y se lo dejó al segundo, Guillermo el Rojo, contra quien se rebelaron algunos señores Normandos en favor de Roberto. A unos sometió por fuerza, y á otros con promesas, y después de varias expediciones á Normandía, le vendió su hermano el Ducado por diez mil marcos de oro, que necesitaba para tomar parte en las cruzadas. Muerto Guillermo, le sucedió Enrique I, tercer hijo del Conquistador, á quien Roberto de vuelta de las cruzadas, disputó el Ducado de Normandía que antes habia vendido, pero

fué vencido por Enrique. Cuando murió, le sucedió su sobrino Estéban, que por su madre era nieto de Guillermo I. Además de las grandes propiedades que Enrique le había dado en Inglaterra, era conde de Blois por su padre, y de Boulogne por su madre, por lo que elevado al trono de Inglaterra y al ducado de Normandía se hizo príncipe de los mas poderosos. Esto no obstante, la Normandía le fué quitada por el duque de Anjou, Godofredo Plantegeneto, marido de Matilde, hija de Enrique I, que hizo reconocer por duque á su hijo. Apoyado en el auxilio del rey de Escocia, trató tambien el duque de Anjou de disputarle el trono de Inglaterra, por su mujer. La guerra que siguió con este fin terminó con un tratado por el cual Estéban reconoció por sucesor suyo á Enrique II, hijo de Matilde, con la condicion de que él seguiría reinando tranquilo hasta su muerte (1154).

Verificada esta en 1154, entró á reinar en virtud de dicho tratado Enrique II, primer rey de la dinastía Angevina Plantageneto. A la autoridad de soberano de Inglaterra unia la de duque de Normandía y de Maine por su madre, de Anjou y de Turena por su padre; de Guyena y de Poitou por su esposa Leonor, y se hizo dueño de Querci, la Auvernia, el Limosin, la Manche y Berry, con el condado de Nantes y Bretaña. En Inglaterra conquistó la Irlanda. Su orgullo y altivez encontraron enérgica resistencia en el Arzobispo de Cantorbéry, Santo Tomás, asesinado en su misma Iglesia, cuyo crímen atrajo sobre Enrique II las excomuniones y entredichos, que le obligaron á reformar sus tendencias al despotismo. Mas adelante se le revelaron sus cuatro hijos excitados por su madre celosa, y Felipe Augusto de Francia. Enrique, después de haber hecho penitencia pública ante el sepulcro de Santo Tomás, marchó contra los insurreccionados, á quienes batió y deshizo, muriendo en la pelea dos de los hijos, y pidiendo la paz el rey de Francia. Algunos años después volvió á suscitarse la guerra en Francia, y siéndole contraria la suerte de las armas, se vió obligado Enrique á aceptar un tratado por el que se reconoció vasallo del rey de Francia, por los Estados que en ella poseia. Esta humillacion abrevió sus dias, que acabó maldiciendo á sus hijos, causadores de ella (1189).

LECCION TREINTA Y UNA.

Alemania desde la deposicion de Cárlos el Craso hasta Conrado III, primer emperador de la casa de Suavia (887-1137.) —Italia en el mismo periodo.

§ I.

ALEMANIA.

Cuando los príncipes y grandes vasallos depusieron á Cárlos el Craso, eligieron en su lugar á un descendiente bastardo de Cárlomagno, á quien sucedió Luis el Niño, último príncipe de la dinastía Carlovingia en Alemania. Dueños de la corona los señores feudales, se la disputaron las dos principales naciones, la Franconia y la Sajonia, con las cuales estaban otras menores. Ofreciéronsela primero á Oton, duque de esta, que no la aceptó por ser ya muy viejo, y los inclinó á que la trasmitieran á Conrado I de Franconia. Receloso Conrado del hijo de su favorecedor, le desposeyó de algunos Estados; lo cual promovió una guerra en la que Conrado murió, designando por sucesor suyo á su rival Enrique I el Cazador, en quien empezó la dinastía Sajona (919). Al comenzar su reinado, tuvo que sujetar al duque de Baviera. Después de haber quitado la Lorena á Gisleberto, que la tenia del rey de Francia, se la devolvió con la condicion de depender del Imperio. Supo contener á los Húngaros, Daneses y Eslavos y para evitar en lo sucesivo sus invasiones, fundó los Margraviatos de Sleswik á la parte de Dinamarca; Brandeburgo, Misnia, Austria y Carintia á las de otros pueblos, y los puso bajo la proteccion del Imperio. Por lo cual, con este príncipe empezó una nueva

era para la Alemania, que creció en explendor en el siguiente reinado de Oton I el Grande, su hijo. (936), Comenzó á reinar combatiendo con los grandes señores á quienes venció, y privando de sus Estados á los duques de Franconia, de Suavia, de Baviera y de Lorena, los dió á miembros de su familia. Derrotó luego á los Húngaros y sus aliados; á los Dinamarqueses que habian matado al Margrave de Sleswik, é invadió la Bohemia, cuyo duque se reconoció por su vasallo prestándole homenaje, y obligándose á proteger el Cristianismo en sus Estados. En 946 entró en Francia con grande ejército en defensa de Luis de Ultramar, contra su vasallo Hugo el Grande, y llegó hasta París. En 952, después de haber aceptado los ofrecimientos de la princesa Adelaida, viuda del rey de Italia, pasó con numerosas fuerzas, y casándose con ella, se hizo proclamar por rey y coronar emperador, cuya dignidad quedó desde entonces incorporada á la corona de Alemania. En 966 envió embajadores á Niceforo Focas, emperador de Constantinopla, que pidieran la mano de la princesa Teofania, hija de Romano IV, para su hijo Oton. Zimiscés, sucesor de Niceforo, se la concedió con sus pretensiones á la Pullia y la Calabria en la Italia meridional, por dote. Con Oton I dió principio la intervencion de los emperadores Germánicos en la eleccion de los papas, que mas adelante produjo la guerra de las investiduras sostenida por los bandos Guelfos y Gibelinos. Antes de su muerte hizo coronar y ungir rey de Alemania á Oton II, su hijo, y le asoció al Imperio. Muerto Oton el padre, disputó al hijo la corona el duque de Baviera, su primo, auxiliado del de Bohemia, los Polacos y Dinamarqueses, y á todos derrotó. Lotario, rey de Francia, quiso, prevalido de esta guerra, recobrar la Lorena, pero Oton fué contra él persiguiéndole hasta París, de donde tuvo que retirarse sufriendo una gran derrota en el paso del Aisne. Hízose la paz dando la investidura de la Lorena á Cárlos, hermano del rey de Francia, que prestó homenaje por ella al emperador. Los Ultimos años de su reinado vivió ocupado en restablecer su autoridad en Italia, y reclamar con las armas los derechos de su esposa á la Pullia y la Calabria. Derrotado en Bassentello, murió poco después (983).

Dejaba á su hijo Oton III en edad muy corta, y por regente del reino á la emperatriz su madre. El Duque

de Baviera intentó usurpar el trono, pero en vano, no obstante el estado de continuas guerras que asolaba á la Alemania, y que Oton reprimió cuando estuvo en edad de reinar solo. Estas alentaron tambien á los Italianos, que se entregaron á grandes desórdenes. Pasó Oton á contenerlos y seguir la conquista de la Pullia y la Calabria. Pero murió antes de conseguirlo, envenenado por la viuda del tribuno Crescencio, á quien habia hecho ahorcar. Como murió sin dejar hijos, salieron muchos pretendientes al trono, y quedando la ventaja por Enrique II, hijo del duque de Baviera, que antes habia peleado contra los emperadores, se hizo elegir por tal. Sus prendas y virtudes le han colocado en el número de los Santos, pero las rebeliones de los señores Germánicos, las invasiones de los Polacos y la insurreccion de Arduino en Italia, con las entradas de los Sarracenos en la meridional, hicieron de su reinado uno de los mas agitados. Las distinciones en favor de los Sajones en los reinados anteriores, inspiraron celos á las demás familias germánicas, y fué preciso elegir nuevo emperador de una de ellas. La eleccion recayó en Conrado II el Sálico, de la casa de Franconia (1024.) Conservar el imperio en su familia, consolidar y estender su poder en Italia, unir á sus estados el reino de Arlés ó de las dos Borgoñas, y someter á los Eslavos y otros tributarios, fueron los proyectos con que Conrado subió al trono, y que solo en parte pudo realizar. Sin embargo, además del Imperio de Alemania y el reino de las dos Borgoñas, dejó á su hijo Enrique III el Negro, los ducados de Franconia, Suavia y la Carintia, que dependía de la Baviera. Los primeros años de Enrique III fueron turbados por la rebelion de los Bohemios, á quienes venció, haciendo prisionero á su rey Vladislao. En Hungría intentó restablecer en el trono á Pedro, depuesto por sus súbditos, pero si lo consiguió la primera vez, no pudo la segunda. Hizo renovar á los Italianos el juramento de no elegir papa sin el consentimiento del emperador, y tan adelante llevó su pretendido derecho, que intervino directamecte en las elecciones. Despojó al duque de Baviera de sus Estados, y los dió á su hijo, de edad de tres años. Cuando se preparaba á rechazar las invasiones de los Eslavos, murió (1056). Enrique IV, su hijo, tenia seis años cuando subió al trono, bajo la tutela y regencia de su madre Inés de

Aquitania. Muchos señores la negaron la obediencia, pretestando que era estranjera, y los Polacos que repugnaban la dominacion de una mujer y un niño, destruian las provincias del Imperio. En 1051, los duques de Sajonia y de Baviera, tios del emperador, y cuñados de Inés, la quitaron la tutela de su hijo, y se apoderaron de la regencia. Hubieran ido mas adelante, si Enrique llegado á la mayor edad no lo hubiera impedido, haciéndolos someterse, venciéndolos con las armas. Dió la Baviera á otro príncipe, y levantó fortalezas en la Sajonia, para tener en obediencia á la poblacion. Esto no obstante, cansada de sufrir las liviandades del emperador, la desenfrenada licencia de sus tropas, y el escandaloso tráfico que hacia con la venta de los beneficios eclesiásticos, se insurreccionó en 1073, y eligieron por árbitro de sus quejas al papa Gregorio VII, á quien Enrique escribió justificando su conducta, sin perjuicio de ir inmediatamente contra los Sajones, derrotándolos en Hoembuigo, en la Turingia, y sometiéndolos á condiciones arbitrarias. Acababa de conseguir esta victoria, cuando recibió el breve del papa, que le citaba á comparecer ante su tribunal. Enrique convocó una Dieta en Worms para saber de ella la contestacion que habia de dar al papa. Los señores reunidos en ella, le aconsejaron que debia deponerle por haberse constituido en juez de su soberano (1076). El pontífice desairado por la resistencia á comparecer que mostraba el emperador, le excomulgó y desató á sus súbditos del juramento de obediencia. Con esta medida, se hizo general la rebelion y el emperador pasó á Canosa, donde se encontraba el papa; le besó los pies y pidió perdon, obteniendo la absolucion después de haber prometido someterse á su decision. Disgustados los señores de Italia con este consentimiento del emperador, le amenazaron con elegir á otro en su lugar, si no rompia el convenio, y él se lo prometió, dando motivo á que tomaran muchos las armas en su favor. No así en Alemania, donde fué proclamado por emperador Rodolfo, duque de Suavia, que se puso á la cabeza de la insurreccion. Enrique salió contra él con un ejército, á la vez que los señores feudales de Italia se dirigian contra el papa, quien reiteró sus excomuniones y se declaró por el nuevo elegido. Rodolfo fué vencido y muerto en Wolksheim en la Turingia, y Enrique dió el

ducado de Suavia á un señor de Hoenstauffen. Vencedor en Alemania, pasó á Italia, y habiendo depuesto al papa, sitió á Roma que tomó y bloqueó el castillo de Santo Angelo, al cual se habia refugiado Gregorio VII. Roberto Guiscardo, al frente de los Normandos, fué sobre él, y le obligó á levantar el sitio, y alejarse de Italia, á donde volvió segunda vez, pero sin resultado por haberse levantado los Sajones con Herman, conde de Luxemburgo. Venciólos tambien Enrique, y despidiendo á Herman á sus tierras, y perdonando á los insurreccionados Sajones, volvió á Italia, á la sazon que Gregorio VII y Victor III, su sucesor, habian ya muerto, y ocupaba el sólio pontificio Urbano II. Apenas Enrique llegó, cuando supo la rebelion de su hijo Conrado apoyado del papa. Conrado proscripto y desheredado murió luego, y la Alemania se sometió. La Italia seguia resistiéndole, y Enrique esperaba aplacar al pontífice, prometiéndole cruzarse para pasar á la Tierra Santa, cuando otra insurreccion de Alemania con su hijo Enrique al frente de ella, le obligó á combatir. Hecho prisionero y depuesto por la dieta, se retiró á Lieja, donde murió de pesar (1106).

Al coronarse Enrique V, viviendo aun su padre, lo hizo prometiéndole volverle la corona si se sometia al pontífice. Pero cuando muerto aquel se vió solo en el trono, no pensó en desprenderse de las investiduras y continuó luchando con el papa. Después de algunos años pasados en guerras y turbulencias intestinas, puso término á tan ruidosa querella el concordato celebrado en Worms en 1122. A los tres años de su celebracion, murió Enrique sin dejar hijos, y con él acabó la dinastía de Franconia. Los duques de Sajonia y de Suavia se presentaron competidores al trono, que por fin obtuvo el primero Lotario II en 1127. Su reinado pasó envuelto en guerras y á su muerte le sucedió su competidor Conrado III, duque de Suavia.

§ II.

LA ITALIA.

Los que mas contribuyeron en Italia al destronamiento de Cárlos el Craso, fueron Guido, duque de Spoleto, y Berengario, duque de Friul, que luego compitieron por la

corona italiana. Una asamblea de obispos italianos tenida en Pavía en 889, se decidió por Guido, á quien dió la corona, y aprobada la eleccion por el papa Estéban V, le trasmitió en Roma la corona imperial dos años después. Berengario seguia con sus pretensiones, haciéndose llamar tambien emperador y rey de Italia, y para sostenerlas llamó en su auxilio á Arnoldo de Alemania, que sitió á Guido, en Pavía, y tomó para sí los mismos títulos. Luis, rey de Arlés, hizo otro tanto casi al mismo tiempo, y la Italia se halló presa de una espantosa anarquía, con mas las frecuentes invasiones de los Sarracenos, y otros que la desolaban. Este lastimoso estado continuó hasta Berengario II, que intentando forzar á la princesa Adelaida, viuda de su antecesor Lotario, á que se casara con él, la obligó á implorar le proteccion de Oton el Grande de Alemania, con quien se casó. Oton dejó á Berengario la Italia en feudo, pero después se la quitó, le hizo prisionero y gobernó por sí mismo.

No por eso puede decirse que toda la península obedecia al emperador de Alemania. En la parte meridional conservaba todavía el Imperio griego la Pullia y la Calabria, gobernadas por un patricio. Las ciudades marítimas como Amalfi, Nápoles, Gaeta y Sorrento, estaban constituidas en gobiernos republicanos independientes. Los sucesores de los antiguos Lombardos establecidos en el ducado de Benevento, fluctuaban entre una dependencia aparente y la independencia real. En la Italia central, estaba Roma, de quien los pontífices eran soberanos, como de otros diferentes puntos de ella, tales eran los ducados de Spoleto, Florencia, Toscana y otros Estados de mayor ó menor consideracion, que se reconocian vasallos suyos en diversos grados. La parte septentrional, tenia á las ciudades de Venecia, Génova y Pisa, hechas repúblicas independientes: Parma y Plasencia, eran ducados franceses. El emperador poseia como Estado propio del Imperio el Milanesado, y como feudos de grandes vasallos, los ducados de Turin, Friul y Trento, y otros menos importantes. Durante los reinados de los tres Otones, estuvo el poder imperial acatado y temido en Italia, no obstante algunas guerras intestinas, entre las cuales figura la suscitada por Crescencio, que habiendo echado de Roma al papa Gregorio V. se hizo declarar cónsul de la república romana, hasta que Oton III le man-

dó dar muerte. Enrique II, último de la dinastía Sajona, tuvo por competidor al trono de Italia, á Arduíno, marqués de Ybréa en el Piamonte, á quien redujo luego á la obediencia. En su reinado acaeció que cuarenta caballeros Normandos, que venian de la Tierra Santa, abordaron á Salerno y echaron fuera á los Sarracenos que la ocupaban. De vuelta á su patria, cargados de botin, volvieron á Italia en número de trescientos (1016), y hallaron que entre tanto los Sarracenos se habian apoderado de Cápua, invadido la Toscana, y que amenazaban á Roma. Los Normandos ofrecieron al papa sus servicios contra ellos, y los obligaron á desistir de sus intentos. El duque de Nápoles, favorecido tambien de tan valientes guerreros, los cedió el territorio de Aversa, con el título de condado (1025). Este fué el primer establecimiento normando en Italia. Otros se establecieron después en el reinado de Conrado II el Sálico, por los hijos de Tancredo, señor de Hauteville, y en el de Enrique III, su hijo, después de haber combatido en el continente, se alistaron en las banderas del patricio Maniacés para la conquista de Sicilia contra los Sarracenos. Engañados por él, se volvieron al continente, y en union del conde de Aversa y el duque de Benevento, arrebataron al patricio griego la Pullía, que dividieron en doce principados. El papa Leon IX se vió molestado por ellos, y no obstante los socorros del emperador de Alemania, creyó mas conveniente entrar en transacciones con su caudillo Humfrido, á quien dió la investidura de la Pullia y la Sicilia. Ya queda dicho arriba que con Enrique IV empezó la querella sobre las investiduras, y que sus principales causas fueron las pretensiones de los emperadores en la eleccion de los pontífices y de los obispos, la concesion de beneficios y dignidades eclesiásticas, y el escandaloso tráfico que ejercian, confiriéndolos al que mas daba, aunque fuera indigno. Esta lucha, que en su principio fué puramente religiosa, se hizo luego política tambien, con los proyectos de excluir de la Italia á los emperadores de Alemania, que produjeron los famosos bandos de Guelfos y Gibelinos. El pontífice Nicolao II, premió á Roberto Guiscardo los auxilios dispensados al pontificado, dando además de la Pullia y la Sicilia, cuya investidura ya tenia, la de las dos Calabrias, con el título de duque, por un tributo anual, y prestacion de homenaje. A estas po-

sesiones añadió después en diversos tiempos el ducado de Benevento, que quitó á los Lombardos, las ciudades de Bari, Tarento y Otranto, de las que echó á los Griegos. No contento con esto, los persiguió por mar y se hizo dueño de la isla de Corfú, sitió á Durazzo, y llegó hasta la Tesalia. La querella terminó en el reinado de Enrique V, por el concordato de Worms, renunciando el emperador en la eleccion para las dignidades y beneficios eclesiásticos, la investidura de los obispos por el anillo y el báculo, y reservándose en la eleccion de los papas el solo derecho de asistir á ella. El reinado de Lotario II, último emperador de la casa de Franconia, pasó por la Italia agitada por el anti-papa Anacleto II, sin gloria y sin resultados. Pues aun cuando pasó á ella contra los Normandos que apoyaban al anti-papa, y los venció, el papa legítimo, Inocencio II, se reconcilió con ellos, que eran al fin vasallos de la Santa Sede, y Lotario desairado se retiró á Alemania, y murió en 1137.

LECCION TREINTA Y DOS.

Imperio de Oriente desde Niceforo I hasta las Cruzadas. -Los Arabes en Persia.—Asiria.—Asia Menor.—Alejo Comneno en Constantinopla.

(Desde 802 á 1081)

Parecia que el agitado Imperio de Oriente iba á recobrar su antiguo poder con las victorias de Heraclio contra los Persas y los Avaros reunidos, cuando nuevos invasores de sus provincias se presentaron aun mas decididos que aquellos á combatirle por todas partes. Todavía Heraclio no habia bajado al sepulcro y ya los Arabes mahometanos fijaron sus miradas hácia la ciudad de Constantino el Grande, y no las apartaron de ella has-

ta que el pendon de la media luna ondeó en sus murallas. Pero como sea este notable suceso bastante complejo, preciso será tomar su historia simultaneada con la de los pueblos y Estados que le fueron preparando sucesivamente.

En el reinado de Isdegerda III, último príncipe de la dinastía Sasanida de Persia, invadieron los Arabes mahometanos los paises situados al Oeste del Tigris y del Eufrates, y aunque vencidos en el principio, no por eso desistieron de seguir invadiendo los restantes hasta someter toda la Persia, menos la parte del Norte que ocupaban los Turcos y otras tribus, y algunas regiones orientales. Establecieron emires dependientes del califado de Damasco, y su gobierno tropezó con los inconvenientes propios de toda dominacion violenta y nueva, aumentándose después con las discordias que sobrevinieron en la sucesion al califado. Mas sin embargo de todo, los Sarracenos continuaron sus conquistas hácia el Este y por los paises turcos. En los principios del siglo noveno, y reinando Al-mamoun, sexto califa Abasida, se formó en Persia una nueva monarquía independiente del califado de Oriente, que llegó á tener en su dominacion la antigua Caldea y las dos ciudades santas de la Arabia, la Meca y Medina. Pero en 862 se desmembró con la separacion del Sedjestan y del Deilem, que á su vez se hicieron independientes del Korasan, que era la capital de la Persia mahometana, con su corte de Merou. Por espacio de dos siglos ocuparon el trono de Persia reyes de diferentes dinastías, que estendieron sus conquistas por la India, y siguieron combatiendo con los Turcos. En los primeros años del siglo onceno, un jefe de estos, llamado Seldjouk, llegó á establecerse con sus tribus en las riberas del Oxo, y uno de sus sucesores, llamado Thogrul I, añadió á las conquistas hechas en la Persia, la de Bagdad, haciéndose dueño del califado de Oriente. Con él empezó la dinastía Seldjoukida, que se extendió por la Asiria, el Asia Menor, y estuvo en frecuentes guerras con los emperadores de Constantinopla. Los reyes de Persia, sucesores de Thogrhul, acabaron viendo el país dividido en principados independientes, cuyos gobernadores tomaron el título de Atabecks, y este estado durò hasta la conquista de él por Gengis-Khan.

Las victorias de Heraclio, emperador de Constantino-

pla, y las de algunos de sus sucesores contra los Persas, tuvieron por resultado afianzar su dominacion en las partes de la Asiria que les estaban sometidas. Pero en 632 comenzaron á invadirlas los Arabes al mando de Yerid y Kaled, generales de Abou-bekre, primer califa sucesor de Mahoma. Moaviah I, jefe de la familia de los Omniadas, estableció su córte en Damasco, y llevó sus conquistas hasta poner sitio á Constantinopla, aunque sin efecto. Abd-el-Meleck sufrió una terrible derrota en la Siria acometido por las tropas de Tiberio, pero Valid I. su hijo, que invadió la Capadocia y la Tracia, llegó á las murallas de la ciudad imperial, que tuvo que abandonar como Moaviah. Estas acometidas fueron frecuentes aunque inútiles en el califado de Soliman, hermano y sucesor de Valid. Con el advenimiento de los Abbasidas al califado, y su establecimiento en Bagdad, gozó el Imperio de mayor sosiego, hasta que debilitada esta dinastía por la influencia de la guardia turca que rodeaba á los califas, desapareció en realidad, si bien continuó en apariencia. Mas en 1071 el emir turco del califa Cader-Byllah, consiguió una grande victoria de las tropas de Romano IV, que mandaba en persona la accion. Posesionados luego los Seljoukidas del emirato, cada vez fué á menos el poder de los califas, y á mas los peligros de Constantinopla. En el califado de Mostadher-Byllah llegaron á la Asiria los primeros cruzados.

El Asia occidental que, sometida tambien á los emperadores de Constantinopla, habia sido objeto de revueltas é invasiones que afortunadamente pudieron comprimir, lo fué despues de las que comenzaron á hacer los Arabes al comenzar el siglo octavo. El califa Haroun-al-Raschid dió el gobierno de las provincias conquistadas en ella á su hijo Mostassen, y el Imperio de Constantinopla vió disminuir sus dominios y debilitar su poder con tan formidables enemigos. Como si estos no fueran bastantes, Soleiman, sobrino del fundador de la dinastia Seldjoukida de Persia, estendió su reino de Anatolia por ella, é hizo á Nicéa su capital. Desde entonces principiaron á ser mas vivas y sangrientas las guerras entre estos sultanes y los emperadores de Constantinopla. Sin embargo, Soleiman se vió obligado á hacer paces con Alejo Comneno. Arslan I trasladó la capital á Iconium, y combatió con los cruzados, que

desde Constantinopla se dirigian á Jerusalem, atravesando sus Estados, destruyendo en su paso las ciudades que se resistian, y posesionándose de algunos paises. La lucha con los emperadores no cesaba, y Masoud I la mantuvo indecisa contra Juan Comneno. A este sultan vendió infamemente Manuel Comneno las tropas de cruzados que se dirigian á la Palestina en la segunda cruzada, y él fué tambien el que derrotó á los cristianos de Siria. Arslan II continuó la guerra contra el Comneno y le quitó varias provincias, y sus sucesores no la abandonaron, combatiendo á la vez contra los cruzados que se sucedian en diversas espediciones.

Al comenzar las espediciones de las Cruzadas, se encontraba el Imperio de Constantinopla reducido á la Tracia, la Bulgaria, Servia, Macedonia, Tesalia, Epiro, la Helade con Atenas y Tebas destruidas, el Peloponeso, Chersoneso Táurico, las islas de Cefalonia, Corfú y Zante, las del mar Egeo y el Archipiélago, Chipre y otras. Veíase además amenazado de los Normandos de Italia, que aspiraban á la posesion de la Grecia; los Arabes, que destruian con sus piraterías las islas del mar Egeo, y los Turcos, dueños ya del Asia Menor. Sin mas ejércitos con que defenderse que tropas compuestas en su mayor parte de bárbaros, cuya fidelidad era dudosa, pues las frecuentes discordias que agitaban á Constantinopla á cada vacante del trono, casi siempre producida por un crímen, no dejaban lugar á organizar fuerzas que pudieran convertirse en instrumento de ambicion y tiranía. Todas estas causas inclinaron á Alejo Comneno á solicitar los socorros del Occidente y promover las Cruzadas.

LECCION TREINTA Y TRES.

Historia de las Cruzadas.—Imperio latino en Constantinopla.—Resultados generales de las Cruzadas.—Origen de las Ordenes militares y religiosas: id. de la caballeria.

(Desde 1095 hasta 1270 D. de J. C.)

A fines del siglo onceno vivía un hombre llamado Pedro el Ermitaño, que en una peregrinacion que hizo á la Tierra Santa, vió con horror la profanacion de los Santos Lugares, y las intolerables vejaciones que los cristianos sufrian en ellos. Despues de su vuelta á Europa visitó á todos los príncipes, y manifestó al pontífice Urbano II las buenas disposiciones en que dejaba al emperador de Constantinopla para emprender la reconquista si era auxiliado de las naciones europeas. Convocado por el pontífice un Concilio en Clermont (1095), dió principio á él con una sentida exposicion de los males que la Cristiandad padecia en el Oriente y los vehementes deseos que el emperador Alejo Comneno habia manifestado á Pedro el Ermitaño de libertar á los Santos Lugares de las inmundicias y violaciones mahometanas, si los cristianos occidentales querian concurrir con él á tan santa y laudable empresa. Esta proposicion de Urbano fué acogida unánimemente al grito de *Dios lo quiere*. Formóse por lo tanto una liga entre el papa y los reyes, y entraron en ella la nobleza y una considerable multitud de hombres del pueblo, que tomaron por distintivo de su alistamiento, una cruz de paño encarnado cosida á los vestidos, por la que fueron llamados Cruzados. En Mayo de 1096 se pusieron en marcha para el Oriente cerca de setenta mil hombres, conduci-

dos por Pedro el Ermitaño, el sacerdote Gotescalco y Gauthier. Atravesaron la Alemania, la Hungría, Servia, Croacia y Bulgaria, y entraron en el territorio griego con ánimo de pasar el Bósforo. Llenos de celo y destituidos de provisiones y recursos, se vieron obligados á devastar los países por donde pasaron, y llegaron al Asia tan desfallecidos y disminuidos en número, que con facilidad fueron derrotados y esparcidos por los enemigos que iban á buscar.

Primera Cruzada.—En el siguiente mes de Agosto comenzaron á salir para el mismo punto, tres cuerpos de ejército de cruzados al mando de los poderosos caudillos, Godofredo de Buillon, duque de Lorena, con sus hermanos Boduino y Eustaquio; Roberto II, duque de Normandía, hermano del rey de Inglaterra; Roberto II, conde de Flandes; Eudo I, duque de Borgoña; Raimundo IV, conde de Tolosa; Boemundo y su sobrino Tancredo con otra porcion de caballeros Normandos, y al cabo de seis meses de marchas trabajosas, se reunieron bajo las murallas de Constantinopla seiscientos mil guerreros. A su vista conoció Alejo Comneno el peligro en que se habia puesto, llamándolos en su auxilio, y á fuerza de promesas y presentes que hizo á los principales jefes, consiguió hacerlos pasar al Asia. Llegados á ella se apoderaron de Nicéa, uno de los principales puntos de apoyo de los Turcos, y siguiendo por la Cilicia y la Siria, tomaron por asalto á Antioquía, despues de haber ganado las batallas de Dorilea y del Orontes. Sitiados en ella por cien mil Persas, sufrieron grandes pérdidas, hasta obligarlos á levantar el sitio. Hecho esto continuaron marchando por los desiertos de la Siria, en medio de horribles privaciones y males que aumentaron las pérdidas. Pero todo lo olvidaron cuando vieron las torres de Jerusalem en Junio de 1099. Defendian la Ciudad Santa numerosas tropas egipcias, que despues de un sitio de cuarenta dias la entregaron á los cruzados.

Dueños ya de ella, trataron de elegir un rey, que lo fué Godofredo de Buillon; y de todo el pais conquistado se formó un reino cristiano, subdividido en principados feudales. Boemundo el Normando, se hizo señor de Antioquía, y los demás caudillos de otros Estados, y todos reconocieron por su soberano á Godofredo; cuyo arreglo es conocido con el nombre de *Asentamientos de Jerusa-*

lem. Atacado este reino frecuentemente por los Musulmanes, duró ochenta y ocho años, y contó ocho reyes, desde Godofredo de Buillon hasta Guy de Lusiñan, destronado por Saladino que se apoderó de Jerusalem (1187).

Segunda Cruzada.—El reino de Palestina peligraba con los sucesos de las armas musulmanas (1146-1148), cuando Eugenio III mandó á San Bernardo, abad de Claraval, génio lleno de elocuencia y de celo por la Iglesia, predicar otra cruzada. Con sus palabras de fuego arrastró á poblaciones enteras á tomar la Cruz. Conrado III, emperador de Alemania, y Luis el Jóven, rey de Francia, con sus grandes señores y vasallos, se cruzaron para pasar á la Palestina, y marcharon separados. Ya los Griegos estaban pesarosos de semejantes emigraciones, y pusieron obstáculos á su paso. Conducido el ejército aleman á las montañas de Licaonia, fué destruido por los infieles. Luis reunió sus gentes en el Asia Menor, y pasó el Meandro, atacando á los Mahometanos despues bajo las murallas de Antioquía y de Ptolemaida. Pero las disensiones entre los jefes, la indisciplina de las tropas, el oro de los infieles y el ardor del clima, todo hizo que despues de inauditos desastres, se volvieran á Europa Luis y Conrado casi solos.

Tercera Cruzada.—(1189). Saladino, sultan de Egipto, de la dinastía de los Ayubitas, habia arruinado la Palestina, vencido á Guy de Lusiñan en la batalla de Tiberiades, y tomado á Jerusalem, por lo que Clemente III hizo publicar otra cruzada á Guillermo, arzobispo de Tiro. Tres héroes tomaron la cruz; Federico Barbaroja, emperador de Alemania, Felipe Augusto II, de Francia, y Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra por muerte de Enrique II. Federico despues de haber conseguido brillantes sucesos, murió bañándose en el Cidno. Felipe Augusto y Ricardo, obraron de concierto en la toma de San Juan de Acre, y estuvieron muy próximos á recobrar la Ciudad Santa, si no hubieran sobrevenido graves discordias entre ellos. Debilitado Felipe por una enfermedad violenta que habia tenido, y mas que todo agriado con Ricardo, cuyas gloriosas proezas le hacian sombra, abandonó la empresa, y se volvió de oculto á sus Estados. Ricardo siguió solo al frente de los cruzados, hasta que conseguidas las grandes victo-

rias de Asur y de Jaffá, y una tregua de Saladino, se volvió tambien á Europa. Por este tiempo habia tomado aumento la marina de las repúblicas italianas, que en lo sucesivo hicieron de las cruzadas un objeto de especulacion política y mercantil, principalmente Venecia.

Cuarta Cruzada.—En el pontificado de Inocencio III, se determinaron muchos caballeros y señores Franceses á tomar la Cruz, movidos de la elocuencia de Fulques, cura de Nevilly, dando el mando á Boduino, conde de Flandes, y luego á Bonifacio, marqués de Montferrato. Cuando disgustados todos de haberla emprendido, llegaron cerca de Constantinopla, habia estallado una revolucion en ella contra Issac-Angelo, á quien destronó y mandó sacar los ojos su hermano Alejo. Otro Issac, hijo del destronado, pasó á implorar el auxilio de los cruzados contra su tio, prometiendo si se le daban hasta ocupar el trono, hacer cesar el cisma que dividia á la Iglesia griega de la latina. Persuadidos por el astuto y viejo Dandolo, dux de Venecia, entraron los cruzados en Constantinopla (1203), y pusieron en el trono á Boduino y dividieron entre los demás jefes los paises conquistados en Estados feudales. Los Venecianos obtuvieron lo mejor de la ciudad y á Nicopolis, Heraclea, Andrinópolis, Patrás, Egina, Candía y muchas islas del Archipiélago. Este arreglo formó lo llamado Imperio latino de Oriente, que duró cincuenta y siete años y tuvo cinco emperadores.

Quinta Cruzada.—Andrés II, rey de Hungria, llevó un ejército de socorro á Juan de Briena, que conservaba todavía el título de rey de Jerusalem. Pero ya las cruzadas habian degenerado en correrías de aventureros en busca de Estados y riquezas, y viéndose el rey de Hungría envuelto en discordias y rivalidades, y con su ejército mermado, se volvió sin hacer nada (1221).

Sesta Cruzada. (1228-1229).—Federico II, emperador de Alemania, habia prometido al papa Honorio, cuando estuvo en Italia á coronarse, tomar la cruz y marchar á la Tierra Santa. Pero despues no solo faltó á su compromiso, sino que disgustó á Honorio con sus manejos, por lo cual el papa le amonestó, y él para hacerse grato al pontífice marchó á la Palestina, donde solo consiguió firmar un tratado, por el cual los Musulmanes no debian poner obstáculos á los cristianos

que se fueran á establecer ó á visitar á Jerusalem y demás lugares santos.

Sétima Cruzada (1248).—San Luis, rey de Francia, habia hecho voto en una grave enfermedad, de tomar la Cruz, y con sus dos hermanos y lo mejor de la nobleza, se embarcó en Aguasmuertas. Habiendo llegado á Egipto, tomó á Damieta, y se distinguió por su valor en la batalla de Massoura. Pero la peste de una parte, y de la otra el hambre y las fatigas, redujeron tanto al ejército, que hubieron de entregarse. San Luis se mostró tan grande en las prisiones, como lo habia sido en las batallas. Los Mamelucos convinieron en recibir por su rescate y el de sus gentes una gruesa cantidad de oro, y á Damieta. Libre de su cautiverio, pasó á Palestina, donde combatió cuatro años, consiguiendo la libertad de diez mil cristianos que los infieles tenian aprisionados.

Octava Cruzada (1269).—Otra Cruzada llevó á San Luis á las playas del Africa, contra el parecer de su amigo Joinville. El bey de Túnez le habia prometido abrazar el Cristianismo, pero retrasaba su cumplimiento. Invitados Luis de Anjou, el rey de Navarra y Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, á tomar parte en la espedicion, salieron de Aguasmuertas con direccion á Túnez. Pronto se apoderaron de Cartago y mucha parte del país, pero declarándose en el ejército una terrible epidemia, murió San Luis en ella, y los demás caudillos se volvieron con los restos de las tropas.

§ II.

RESULTADOS GENERALES DE LAS CRUZADAS EN EL OCCIDENTE.

Las consecuencias que siguieron á las Cruzadas para las naciones de Europa que tomaron parte en ellas, han sido muy señaladas y múltiples. En el órden político produjeron la creacion de una política cristiana dirigida por los papas, con la cual se aumentaron las relaciones internacionales, y se preparó el sistema diplomático del equilibrio con que comenzó el mundo moderno. Con ellas principió la decadencia del feudalismo en utilidad de los tronos y de los pueblos, pues además

de haber vendido ó empeñado muchos señores sus propiedades á los reyes para figurar en la Palestina, lo hicieron tambien de sus derechos feudales á las ciudades, villas y lugares, con cuyas enagenaciones alcanzaron muchas su libertad. Crearon la caballería, especie de confraternidad entre los nobles de todas las naciones, cuya ley suprema era el honor, que dulcificó la ferocidad de las costumbres, é introdujo el sentimiento de equidad y pundonor á veces harto exagerado. Las órdenes de Caballería-religiosa que tuvieron su orígen en la Tierra Santa, sirvieron despues de modelos á las que se crearon en todas las naciones con fines y objetos análogos. Las principales de aquellas fueron: 1.ª La de San Juan de Jerusalem ó de Caballeros hospitalarios, fundada por Gerardo de Martigues, con el objeto de asistir y servir á los cristianos enfermos y peregrinos en la Palestina, y protegerlos en sus peregrinaciones (1100). 2.ª La de los Caballeros del Templo ó templarios, fundada por Hugo de Payens en 1118, con el fin de custodiar y defender el templo de Jerusalem y el Santo Sepulcro, en cuyas inmediaciones se establecieron: 3.ª y última, la de los Caballeros Teutones, fundada por Enrique Walpol en 1190 para estender y propagar entre los infieles de la Palestina la religion cristiana. En 1291, cuando ya habian los Egipcios vuelto á señorearse de la Judea, la abandonaron estos caballeros y pasaron á Europa.

La industria y el comercio con la marina recibieron tambien grande impulso. Los puertos del Mediterráneo adquirieron mucha importancia, saliendo de ellos para el Oriente repetidos cargamentos de víveres y pertrechos, que volvian con objetos preciosos y útiles para la agricultura y la industria. Como entre los cruzados fueron muchos artistas de todas clases, aprendieron de los Griegos á practicar diferentes procedimientos que no conocian en sus diversas industrias. No fueron menores las adquisiciones para toda clase de literatura y ciencias, con el contacto en que las Cruzadas pusieron á las dos civilizaciones, Oriental y Occidental.

LECCION TREINTA Y CUATRO.

La Italia desde Federico II hasta la conclusion de la Edad media.

(1212—1453.)

Al terminarse las guerras de las Cruzadas, se encontraba la Italia agitada por el espíritu de independencia, que las demasías del Imperio Germánico habian despertado en ella. Federico II intentó recobrar el poder que anteriormente ejerció el Imperio, y Milan con otras quince ciudades, le opusieron una liga Lombarda, á quien el papa protegia. El emperador las declaró por rebeldes, y Gregorio IX le excomulgó. La liga quedó por el pronto derrotada en una sola batalla, y volviendo el papa á excomulgar al emperador, proporcionó á la liga los socorros de Venecia y Génova, con los cuales bajo las murallas de Parma alcanzaron sobre él una considerable victoria.

Por este mismo tiempo perdieron tambien los emperadores el reino de Nápoles y Sicilia. Despues de haber excomulgado el papa Urbano IV á Manfredo su rey, ofreció el reino á Cárlos de Anjou, hermano del rey de Francia, que derrotó y dió muerte á Manfredo en la accion de Benevento. Conradino, hijo de Conrado IV, como único descendiente de la casa de Suavia, quiso recobrar el trono de Manfredo, ayudado de Federico de Austria, pero vencidos y cogidos en Tagliacoso, por Cárlos de Anjou, mandó cortarlos las cabezas (1268). Carlos siguió reinando, á pesar de los esfuerzos de los partidarios de los emperadores, y engrandeciéndose hasta pensar en hacer la guerra á Constantinopla. Pero la conjuracion de Procida, y el degüello de los Franceses á la hora de vísperas del lunes de Pascua de 1282, le im-

pidieron llevar adelante sus proyectos. Los Sicilianos llamaron y eligieron por rey á Pedro de Aragon, que así él como Carlos de Anjou, murieron sin ver el fin de sus rivalidades. Sus sucesores Carlos II de Anjou, y Jaime de Aragon las continuaron. En 1295 pensó este en abandonar su conquista, y no consintiéndolo los Sicilianos, eligieron por rey á su hermano Fadrique, que por último se hizo dueño de toda la Sicilia.

Carlos quedó con el reino de Nápoles, que dejó á Roberto el Sábio, cuyo reinado fué pacífico. No así el de su hija, Juana I, que pasó envuelto en escándalos y crímenes. A su muerte disputaron el trono Luis I de Anjou, á quien habia adoptado por hijo, y Carlos Durazo, que era su heredero natural, cuya lucha los sobrevivió y continuó con Juana II, hija de Durazo, y Luis III, nieto de Luis I. Despues de haber adoptado á este por hijo y sucesor, hizo lo mismo con Alfonso I de Aragon, por manera que cuando murió en 1435, Renato de Anjou, que era hermano de Luis III, se apoderó del reino. Duróle poco tiempo, pues Alfonso de Aragon le echó de él y le incorporó al de Sicilia que poseia tambien (1453).

La Italia septentrional dividida en pequeños Estados, seguia agitada con luchas interiores, y guerras con sus vecinos. Milan vió á la familia Torriani despojada por la de Visconti, que fué casa ducal hasta 1447. En este año restableció la república, y al poco tiempo lo hizo otra vez del gobierno ducal, que confirió á un aventurero llamado Francisco Sforza, primero de la familia ducal que gobernaba al terminar la Edad media. Con los Torriani fué Milan el centro del partido Guelfo ó Italiano, y con los Visconti, se hizo Gibelina ó partidaria de los emperadores, con cuyo auxilio produjo esta familia una serie de tiranos, que duró hasta los tiempos de Francisco Sforza. Seria inútil y cansado por demás enumerar la multitud de principados que tuvo esta parte de la Italia. Contentémonos con dar algunas noticias de los mas principales. La familia Scala que tenia á Verona, aspiraba al reino de Italia; lo que conocido por los Visconti de Milán, la arrojaron de la ciudad, y Venecia que odiaba á estos, se la quitó despues. El Piamonte, por quien tanto ansiaban los duques de Saboya, cayó al fin en sus manos. Las mas florecientes ciudades marí-

timas eran Venecia y Génova, cuando el emperador de Constantinopla, sitiada por los turcos, se dirigió á la primera implorando un socorro que llegó tarde.

En la Italia central se encontraba la Toscana, dividida en tantas repúblicas cuantas eran sus ciudades, disputándose los partidos sin descanso un poder nulo por lo efímero de su duracion. En 1378 prevaleció en Florencia el partido popular sostenido por un Médicis, y veinte años despues dominaba Florencia á la Toscana. La familia de los Médicis llegó á ser la mas poderosa é influyente por sus riquezas, amor á las artes y popularidad. Roma, con la traslacion de la silla apostólica á Aviñon, por Clemente V, que era francés, y habia subido á ella por influencias de Felipe el Hermoso, para suceder á Bonifacio VIII, se encontraba agitada y disminuida en ella la autoridad pontificia que ejercia un legado, cuando en 1347 se apoderó del gobierno Nicolás de Rienzi, y restableció la república. Pronto tuvo que huir odiado de todos los partidos por su pedantismo y desaciertos. Volvió otra vez en 1354, y murió en un patíbulo. Hasta 1376 en que á consecuencia de los grandes trabajos y fatigas del cardenal Albornoz, legado en Roma, para pacificar las ciudades dependientes de la Iglesia, pudo volver á la capital la sede romana con Gregorio XI, la tuvieron siete papas en Aviñon, todos franceses y apasionados de su país. Quedaron en esta ciudad algunos cardenales, quienes despues de muerto Gregorio XI y elegido en Roma Urbano VI, eligieron á Clemente VII, con cuyas elecciones comenzó el llamado *Cisma de Occidente* que acabó con la eleccion de Nicolao V. Con la vuelta á Roma de la silla apostólica, empezó á fortificarse la autoridad de los papas, que llegaron á ser verdaderos soberanos de sus Estados, sin que los atentados como el del tribuno Porcaro pudieran tener consecuencia alguna.

LECCION TREINTA Y CINCO.

Alemania desde la muerte de Federico II, hasta terminar la Edad media.—Grande interregno.—Formacion de la Liga Helvética.—Federico III.

(1250-1453).

El hijo lejítimo de Federico II, Conrado IV, fué saludado emperador por los de su partido, al mismo tiempo que sus contrarios eligieron á Guillermo de Holanda. Perseguido Conrado con actividad por su rival, murió envenenado por Manfredo, su hermano natural, usurpador del trono de Sicilia. Conradino, hijo de Conrado, no pudo hacer valer sus derechos contra Guillermo de Holanda, que murió en una sedicion dos años despues.

La necesidad de colocar la corona imperial en un príncipe poderoso, obligó á elegir á un extranjero. La eleccion simultánea de Alfonso X, rey de Castilla, y de Ricardo de Cornouailles, hijo de el rey de Inglaterra, Juan Sintierra, prolongó las desgracias públicas en el deplorable período que es conocido con el dictado de *Grande interregno*. Las posesiones de la casa de Suavia en Alemania, fueron presa de muchos señores ambiciosos, que formaron con ellas Estados mas ó menos considerables é independientes. Muchas ciudades se reunieron para defender en comun su libertad, y formaron las tres ligas llamadas Hansa, Teutónica, ó liga de las ciudades comerciantes del Norte; confederacion de las del Rhin; y la de Gentiles hombres reunidos bajo la autoridad de un jefe. Los reyes de Dinamarca, Hungría y Polonia se declararon independientes, y siete electores se abrogaron el derecho de elegir solos el emperador.

En 1273, despues de diez y nueve años de interreg-

no ó anarquía, se pusieron de acuerdo estos para elegir á un vástago de familia antigua que gozaba de reputacion, y creian capaz de poner término por su carácter firme, al estado precario en que vivian. Tales fueron las causas que elevaron al trono á Rodolfo de Absburgo, landgrave de la alta Alsacia, que fué príncipe no menos hábil en los consejos, que en los campos de batalla. Abandonó los derechos que sus antecesores pretendieron tener sobre la Italia, con lo cual se granjeó el aprecio de los papas, que le sirvió mucho para hacer prosperar la Alemania. Redujo à la obediencia al conde de Wurtemberg, al duque de Baviera, y al rey de Bohemia, que se negaron á reconocerle. Mereció la estimacion de los pueblos por haber reprimido las depredaciones é insolencia de la nobleza feudal de segundo órden, haciendo demoler sus castillos. La Carniola, Estiria y Austria, entraron en su casa cuando se separaron de la Bohemia, y con ellas formó un Estado para su hijo Alberto, que dió principio á la ilustre casa de Austria. Alberto no le sucedió inmediatamente, porque recelosos los señores del poder que su padre habia sabido adquirir, prefirieron á un conde de Nassau que ninguno tenia. Adolfo, que así se llamaba el conde, subió al trono para descender á los pocos años, depuesto primero, y muerto despues á manos de su rival, elegido en 1298.

Alberto I de Absburgo, duque de Austria, hizo tentativas infructuosas para engrandecer su casa, y no pudiendo conseguirlo en la Alemania, trató de hacerse dueño de la Suiza. La tiranía de Geslero, su gobernador, fuè causa de la conjuracion de Guillermo Tell, y formacion de la liga Helvética. Alberto que iba contra los insurreccionados, murió asesinado en el paso de Rens, por Juan de Austria, su sobrino, cuyos bienes retenia. Federico el Hermoso, su hijo, no pudo subir al trono por haber sido elegido Enrique VII de Luxemburgo (1308).

Su primer acto fué reconocer los privilegios de los cantones Suizos. Llamado despues á Italia por los Gibelinos, trató de recobrar el poder que Rodolfo habia renunciado, pero los Guelfos de la Italia Central y Meridional, con el papa y el rey de Nápoles se le opusieron. Cuando iba contra este, murió. Luis V de Baviera y Federico el Hermoso, hijo de Alberto I, entre quienes se

dividieron los votos electorales, disputaron con las armas la corona imperial. Despues de quince años de guerra y de turbaciones, murió Federico, y quedó Luis poseedor del Imperio. Quiso tambien restablecer la autoridad imperial en Italia, y su empeño solo le produjo desórdenes, en los cuales se le opuso un competidor, con quien tuvo que compartir el Imperio, y que luego le sucedió. Carlos IV de Luxembourgo, que llamándose rey de romanos, renunció todas sus pretensiones sobre Italia, y fué á recibir la doble corona Lombarda é Imperial. Accedió á las enagenaciones de los dominios y feudos que en Italia tenia el Imperio, y de vuelta á Alemania se ocupó en restablecer la paz y regularizar la Constitucion incierta del Imperio, promulgando la famosa *Bula de Oro*. Sucedióle su hijo Wenceslao, rey de Bohemia (1378), en cuyo reinado no faltaron desórdenes é intrigas. Las ciudades imperiales, ligadas para defender sus franquicias, provocaron la union de los nobles para revindicar sus privilegios. Trabóse la lucha, en la que las ciudades vencidas se vieron precisadas á comprar la paz. Tambien ocurrieron trastornos en Bohemia, que reprimió con energía, pero protegidos los Bohemios por Sigismundo, rey de Hungría, hermano de Wenceslao, fué este hecho prisionero. Tuvo la imprudencia de enagenar á Galeas Visconti el Ducado de Milan, por lo que, y algunas otras causas que habia dado de descontento, fué depuesto en una dieta en Alemania (1400). Diéronle por sucesor á Roberto de Baviera, quien despues de intentar recobrar inútilmente lo perdido en Italia, y haberse visto derrotado en el Lago de Garda, se convenció de la necesidad de renunciar á tales esperanzas. Cuando murió, se dividieron los electores entre el depuesto Wenceslao, su hermano Sigismundo y José de Moravia, su sobrino. Por último, renunciando el uno y muerto el otro, quedó elegido Sigismundo. Parecia que este príncipe, que era ya rey de Hungría, elector de Brandeburgo y heredero de su hermano, rey de Bohemia, traeria á la dignidad imperial mayor lustre y explendor. Vióse sin embargo contrariado por la guerra contra los Turcos Otomanos que amenazaron á la Hungría, y la de los Husitas que insurreccionaron la Bohemia. Con la muerte de Sigismundo, quedó extinguida la casa de Luxembourgo, y volvió la corona imperial á la

de Absburgo por la eleccion de Alberto III, yerno del emperador difunto, y duque de Austria (1437). Vivió solos tres años, y murió en una espedicion contra los Turcos. Elegido Federico III, procuró, auxiliado del papa, concluir con la guerra de los Husitas, que duró diez y ocho años, y ensangrentó la Alemania entera. Despues de concluida, pasó á Roma á ser coronado por el papa Nicolao V, en 1452. Ultima vez que Roma vió ungir dentro de sus muros á los sucesores de Oton el Grande.

LECCION TREINTA Y SEIS.

Francia desde Felipe I hasta la conclusion de la Edad media.

(1103.—1453.)

Con el reinado de Luis VI, hijo de Felipe I, dió principio la renovacion de la Francia en la organizacion del Estado, en las costumbres, el estado de las personas y el ejercicio de la autoridad. El feudalismo habia hecho tan poderosos á los señores como el mismo rey, y ya era tiempo de que la corona de Francia dejara de hacerse propiedad del mas fuerte. Luis comenzó defendiéndose de Enrique I, rey de Inglaterra, que desembarcó en Normandía con ánimo de estender sus posesiones en Francia. El ejército francés fué derrotado en Bremeville, pero no tardó mucho en hacerse superior en otros combates, que obligaron á Enrique á prestar homenaje al rey de Francia por el ducado de Normandía. Enrique V, emperador de Alemania, acordándose de la anterior supremacía del Imperio, le declaró la guerra y entró por la Champagne. Luis, á quien ya respetaban los grandes vasallos, los llamó con confianza, y dirigiéndose con ellos á la iglesia de San Dionisio, tomó del Altar el Oriflama, que desde entonces debia ser el pendon de los

reyes, y salió á pelear. Enrique V no se atrevió á esperarle y se retiró á sus Estados. Otras diversas veces tomó las armas contra vasallos rebeldes y el rey de Inglaterra, y en todas salió victorioso.

Pero el suceso mas notable preparado por él y su ministro Suger, abad de San Dionisio, fué la libertad de los Comunes y de los Esclavos. Las Cruzadas habian arruinado á un crecido número de señores, que para subvenir á sus gastos se vieron forzados á vender sus posesiones ó emancipar sus esclavos por algunas sumas de dinero. Luis rescató una grande parte de estas posesiones con fondos del tesoro público, y favoreció la emancipacion de los siervos. A esta siguió la de los comunes, que con las armas en la mano defendian su libertad contra los señores que se la habian vendido. Cuando los reyes veian que estas reclamaciones eran de interés conocido, acudieron á las ciudades con cartas de franquicia y muchas veces con fuerzas armadas. Luis murió en 1137 y le sucedió Luis VII, su hijo, quien así que ocupó el trono aumentó su poder, casándose con Leonor, hija única y heredera de Guillermo I. duque de Aquitania y conde de Poitou. Mas aprovechándose los grandes señores de la corta edad y experiencia del rey, intentaron recobrar la influencia que habian perdido en el reinado anterior. Tibaldo, conde de Champaña, interesó en su favor al papa Inocencio III para resistirle. Luis tomó las armas contra él, invadió sus Estados y entregó á Vitry al saqueo, donde habiéndose incendiado la iglesia, perecieron en las llamas todos los que se habian refugiado en ella. El pesar y los remordimientos hicieron que Luis tomára parte en la segunda cruzada, cuyos resultados fueron los que dejamos dichos en su lugar.

De vuelta á Francia, repudió á Leonor, cuya lijereza le tenia ofendido, devolviéndola la Aquitania y el Poitou que su padre la habia dejado. Leonor casó enseguida con Enrique Plantageneto, duque de Anjou, y le llevó en dote estas provincias, con las cuales se hizo tan poderoso como el mismo rey. Enrique subió al trono de Inglaterra en 1156, y comenzó la guerra que luego quedó suspendida por una tregua. Así se preludió la lucha que duró entre las dos naciones casi trescientos años. Los comunes siguieron emancipándose, y aprendiendo á

regirse por sí mismos, y el poder feudal decayendo insensiblemente. En este reinado vivió el célebre Abelardo, y empezaron los trovadores á introducir algun gusto en la poesía y la literatura.

Cuando Felipe Augusto sucedió á su padre, tenia quince años, y los señores resentidos de sus pérdidas, y el rey de Inglaterra deseando adquirir nuevas provincias, volvieron á moverse, pero supo contenerlos con firmeza. Su primer cuidado fué reprimir á los Brabanzones, especie de ladrones que corrian el país en grandes cuadrillas. Castigó á los Judios que tambien le alteraban con sus usuras, y formó un cuerpo de guardias de su persona, como ensayo de guardia real. Rival de Ricardo Corazon de Leon desde que se encontraron en la Palestina, así que estuvieron en Europa dieron principio á la guerra en que Ricardo murió. No estuvo suspensa por mucho tiempo, pues Juan Sintierra, hermano de este, hizo degollar á Arturo, duque de Bretaña, su sobrino, no obstante la proteccion de Felipe, quien le citó como vasallo de la corona á comparecer ante los Pares reunidos en tribunal, por crímen de felonía, apoderándose además de la Normandía Juan Sintierra se puso bajo la proteccion del papa, y llamó en su auxilio á Oton IV de Alemania y á los condes de Flandes y de Henaut. La coalicion era grande y compacta, pero Felipe la desbarató en la batalla de Bouvines. El mediodia de la Francia era tambien presa de una sangrienta guerra contra los Albigenses, hereges peligrosos, á quienes defendia el conde de Tolosa, que con este motivo habia sido excomulgado, y á quien Simon de Monforte, jefe de la cruzada contra aquellos, desposeia de sus Estados.

Luis VIII, sucesor de Felipe Augusto, siguió los proyectos de su padre para quitar á los Ingleses las provincias que ocupaban en Francia, y consiguió echarlos del Limosin y Perigord, y circunscribir su ocupacion á la Guienna. Preparábase para acometerlos en ella, cuando tuvo que acudir contra los Albigenses, que habian vuelto á tomar las armas. Se apoderó de Aviñon y llegó hasta las puertas de Tolosa, último asilo de los hereges. Pero lo avanzado de la estacion y el desfallecimiento de sus tropas le obligaron á volverse, muriendo al poco tiempo de una enfermedad contagiosa. Doce años tenia

Luis IX el Santo cuando sucedió á su padre, bajo la regencia de su madre Blanca de Castilla (1226). Esta princesa virtuosa y sábia, inspiró á su hijo todas las grandes virtudes del cristianismo y del rey. Con su varonil energía disipó los peligros con que amenazaban turbar el sosiego los vasallos inquietos, y cuando su hijo llegó á la mayor edad, le entregó sus Estados tranquilos y florecientes. Aleccionado por su madre, marchó San Luis contra el conde de la Marca, que se reveló ayudado del rey de Inglaterra, y los derrotó en una sola batalla, en la cual desplegó un valor admirable al frente de la caballería. Enseguida partió á la Tierra Santa, y ya dejamos dicho el resultado que tuvo esta expedicion. Durante ella murió su madre doña Blanca, y San Luis se apresuró á volver á Francia, donde su presencia era necesaria. Ya en ella, se consagró á hacer florecer la religion y la justicia, reformar las leyes defectuosas, disminuir los impuestos, prohibir las guerras privadas entre los grandes señores, sustituyendo en los juicios las pruebas orales y escritas á los duelos jurídicos. Tomó bajo su proteccion directa los derechos de los pueblos, viéndosele con frecuencia en el bosque de Vincennes despues de haber oido misa, sentado debajo de una encina rodeado de sus palaciegos, dando audiencia á sus súbditos sin distincion. Muchas veces intervenia como árbitro entre los señores y sus vasallos, y aun entre los reyes sus vecinos, como en la querella del rey de Inglaterra con sus barones. Su grandeza de alma le persuadió á renunciar el trono de Nápoles y Sicilia con que le brindaba el papa Urbano II para oponerle á Manfredo que le habia usurpado, si bien le admitió para su hermano Cárlos de Anjou. Llevado últimamente de su celo por la fé de Jesucristo, pasó al Africa donde murió (1269).

Felipe III el Atrevido, hijo y sucesor de San Luis, sitió á Túnez, que no pudo tomar, pero auxiliado de su tio el rey de Sicilia, derrotó muchas veces á los Sarracenos, y concluyó una tregua de diez años que aseguró á los cristianos de Africa el libre ejercicio de su religion. Hecho esto volvió á Francia, trayendo los restos de su padre, que depositó en San Dionisio, y se entregó á reparar los males que tan continuadas guerras habian causado al país. En los últimos años de su reinado pasó á

España con ánimo de atacar á Pedro de Aragon, que habia destronado de Nápoles á la casa de Anjou, mas cansado de una guerra sin resultados se volvió á Francia, y murió poco después en Perpiñan. Tambien pertenece á su reinado la sangrienta escena de las Vísperas Sicilianas, en que fueron degollados ocho mil franceses. Felipe IV el Hermoso subió al trono en 1285, cuando al poco tiempo Eduardo I de Inglaterra, su vasallo, unido á Guy conde de Flandes, intentó librarse del homenaje que le debia. Felipe fué contra ellos y los deshizo; tomó á Brujas, y cogió en rehenes á la hija del conde. Para esta guerra obligó al clero á pagar un impuesto, á lo que se opuso el papa Bonifacio VIII. El rey prohibió á sus súbditos todo comercio con la Italia, y convocó á los Estados generales de la nacion para resistir la bula de excomunion con que el papa contestó á la ordenanza del rey. Los Estados declararon por no llegada la bula como atentatoria á la soberanía de la corona. Con esta declaracion ya no conoció límites el enojo de Felipe, quien mandó á Roma á Guillermo de Nogaret, que auxiliado de Sciarra Colonna, arrestó al papa. El pueblo romano rompió sus prisiones, y no pudiendo hacerse superior á estas violencias el papa, murió poco tiempo despues. Encendióse de nuevo la guerra en Flandes, y los Franceses sufrieron diversas derrotas, pero Felipe acudió, y con la célebre batalla de Mons, obligó al conde á someterse.

Después de estos acontecimientos y de haber hecho elevar al pontificado á Clemente V, francés y amigo de Felipe, que trasladó la silla á Aviñon, pensó en destruir á los templarios, de cuya órden dejamos dicho ya lo suficiente. Por este tiempo se encontraba rica y poderosa en Europa, y Felipe la veia con recelo. Hízolos prender en toda la Francia en un mismo dia, y acusados de idolatría y torpezas infames, fueron puestos en el tormento, donde muchos confesaron, pero que después se retractaron de sus confesiones. Jacobo de Molay, gran maestre de la Orden, con muchos caballeros de ella, fueron condenados á la hoguera, donde murieron protestando su inocencia (1314). Felipe se apoderó de sus bienes y pasó los últimos dias de su vida sumido en una sombría languidez que le llevó al sepulcro. Si hizo grandes servicios á la nacion, tambien la atrajo grandes males con los crecidos impuestos y la frecuente alteracion de la moneda

para procurarse recursos. La extincion de los templarios acaso no fué otra cosa que un medio de hacerse con ellos. A su muerte déjaba tres hijos, que reinaron sucesivamente. Luis X Hutin ó Aturdido, reinó solo diez y ocho meses, y le sucedió Felipe V el Largo. Muchos grandes Vasallos pretendian que la corona pertenecia á Juana, hija de Luis X, y Felipe hizo decidir á los Estados generales de 1317 que las leyes y las costumbres de Francia excluian del trono á las mujeres. Primera aplicacion á la sucesion de la corona de la ley de los Francos, llamada Sálica, considerada después como ley fundamental del Estado. Su reinado solo fue turbado por las discordias de los llamados *Pastorcillos*, especie de ladrones que infestaban el país. Fueron perseguidos con actividad y destruidos. Muerto Felipe, ocupó el trono Cárlos IV el Bello, y empezó por reprimir las concusiones de los rentistas que se habían enriquecido en los reinados anteriores á la sombra de las frecuentes alteraciones de la moneda. En seguida quitó á los Ingleses varias fortalezas, de quienes se habian posesionado, y obligó á Eduardo II, su rey, á prestar el homenaje que debia. Por este mismo tiempo, Luis I, conde Clermont, nieto de San Luis, tomó el título de duque de Borbon, por el que es tenido por tronco de esta ilustre casa. Cárlos murió sin descendencia, y quedó extinguida en él la línea directa de los Capetos.

DINASTIA DE LOS VALOIS.

Felipe, conde de Valois, y sobrino del Atrevido, tenia por competidor al trono á Eduardo III, rey de Inglaterra, descendiente por su madre de Felipe el Hermoso, á quien por su mayor proximidad no hay duda correspondia. Los Estados generales de la nacion inutilizaron sus pretensiones, fundándose en la ley Sálica, y proclamaron á Felipe VI (1328). Eduardo III no abandonó sus derechos á la corona de Francia, pero la derrota de los Flamencos, alzados en su favor, le hizo circunspecto, y vino á prestar homenaje á Felipe por el ducado de Guyena. Mas adelante, valiéndose de pretextos frívolos, declaró la guerra á la Francia, y en el combate naval de Ecluse derrotó su escuadra. Entró en Normandía quemando ciudades y

castillos, y llegó á vista de Paris (1346). Felipe que pensaba sorprender la Guyena, fué presurosamente á defender su capital, y fingiendo Eduardo una retirada, le hizo caer en una emboscada y le derrotó cerca de Crecy. En esta victoria tuvo la principal parte el príncipe de Gales, primogénito de Eduardo, llamado el *Príncipe Negro* por el color de su armadura. En esta accion usaron los Ingleses por primera vez la artillería, que no conocian los Franceses. Eduardo corrió enorgullecido á poner sitio á Calais. Los habitantes se resistieron heróicamente, hasta que, reducidos por el hambre, pidieron capitulacion. Eduardo exigió que seis de los mas nobles de la ciudad le fuesen entregados con la soga al pescuezo para ser ahorcados. Eustaquio de San Pedro fué el primero que se decidió á sacrificarse á la venganza del inglés, y seguido luego de otros cinco, salieron á entregar las llaves de la ciudad al vencedor, de cuya ira se libraron á instancias de su esposa la reina de Inglaterra. Tales reveses apresuraron la muerte de Felipe, que bajó al sepulcro en 1350, dejando diezmado á su reino por la guerra, exhausto por los impuestos necesarios para sostenerla, y víctima de la peste que recorría la Europa. En su tiempo legó Humberto, último soberano del Delfinado, sus Estados al rey, con la condicion de que el inmediato sucesor á la corona de Francia habia de tener el dictado de Delfin. Juan II el Bueno, que sucedió á su padre, se vió como él acrisolado por la adversidad. Carlos el Malo de Navarra, su primo, formó un complot contra él seduciendo á su hijo Carlos, y ligándose con la Inglaterra, para desmembrar la Francia. Descubierta la trama se apoderó el rey de la persona de Cárlos el Malo, y convocó los Estados generales para obtener recursos con que acudir á la guerra. La nacion respondió á los deseos de Juan, aunque infructuosamente. El ejército fué derrotado dos leguas de Poitiers, por *el Príncipe Negro*, y Juan cubierto de heridas, cayó prisionero y fué conducido á Inglaterra. Durante su cautividad, gobernó su hijo el Delfin, como regente del reino, rodeado de facciones, y contrariado por los desastres del populacho insurreccionado contra la nobleza. El Navarro huyó de las prisiones, y sorprendió á París favorecido de una intriga. Pero pronto fué echado de allí por la poblacion alborotada, y Marcelo, jefe de la conjuracion que le introdujo, pereció de un

golpe de hacha que le dividió la cabeza. La guerra contra los Ingleses seguia á la vez en las provincias, y la suspendió momentáneamente el tratado de Bretigny, por el cual Juan volvió á su reino, pagando un fuerte rescate, y cediendo algunas ciudades. Murió de pesar en 1364, y le sucedió Cárlos V el Sábio, que conociendo que la salud de la Francia habia peligrado por el ardor marcial de sus antecesores, renunció á ponerse al frente de sus tropas, cuyo mando encargó á capitanes cuyas operaciones dirigia él desde su palacio. Los primeros dias de su reinado fueron distinguidos por la brillante victoria que Duguesclin, el héroe del siglo, consiguió sobre Carlos el Malo de Navarra, que en su temeridad continuaba la guerra. La paz de Bretigny no fué tan fecunda como debia ser, porque los soldados que vivian del pillaje de la guerra, formaron partidas que desolaban las campiñas. Duguesclin libró de ellas á la Francia, llevándolas á España, contra don Pedro el Cruel, rey de Castilla. Volvió á comenzar la lucha con los Ingleses, y Duguesclin los quitó el Poitou, Saintonge y el Perigord, cuyas proezas le valieron el honroso cargo de condestable, y murió luego en el sitio de Randon. Carlos V no le sobrevivió mucho, y dejó á su hijo, Carlos VI, el reino provisto de buenos ejércitos y numerosas armadas (1380).

Este reinado largo, y lleno de calamidades, empezó por disputar la regencia los tios del niño Carlos, que saquearon el tesoro, aumentado con las economias de su padre. París se rebeló, y armados los insurrectos acometieron la casa de ayuntamiento, entregándose á violentos desórdenes. El duque de Bretaña asesinó al condestable Clisson, y el rey tomó las armas para vengarle. Cuando caminaba por el bosque de Mans, se le presentó delante del caballo un hombre de siniestro aspecto, que cogiéndole de las bridas, dijo al rey, «vais vendido.» Tal suceso, produjo en él tan fuerte impresion de terror, que le quitó el juicio. Lleváronle á Paris furioso y enteramente falto de razon. Comenzó luego otra lucha mas empeñada y desastrosa que la anterior, sobre la regencia entre el duque de Orleans, hermano del rey y Juan Sinmiedo, duque de Borgoña. Este obligó á su contrario á salir de París y fingiendo querer reconciliarse con él, le hizo asesinar en una calle cuando volvia á la capital. Formóse un grande partido para vengar tan horrible crímen,

y el hijo del duque asesinado, sostenido por el conde de Armagnac, atacó dentro del mismo París á Juan Sinmiedo. Habia este armado al populacho, y los obligó á huir. Enrique V de Inglaterra se aprovechó de estas discordias para invadir la Normandía. La funesta batalla de Azincour le hizo dueño de muchas provincias de ella, y abrió á la Francia una llaga mas profunda que las causadas en Crecy y Poitiers. Siete príncipes de la familia real con catorce mil hombres prisioneros, perecieron en ella. Sin embargo, París seguia agitado de las facciones, y enfurecido Juan Sinmiedo contra el conde de Armagnac, nombrado condestable, hizo degollar en un dia por sus satélites, á todos los partidarios del duque de Orleans, á quienes llamaban Armagnacs. Los hijos del rey, el mayor murió envenenado, y el menor huyó. Mas por último, Juan Sinmiedo recibió el pago de tantos crímenes en el puente de Montereau, donde le dividieron la cabeza con una hacha. Isabel de Baviera, madre del fugado, y esposa desnaturalizada del rey, llamó á los Ingleses, y los entregó París. Una perfidia tan escandalosa produjo pocos resultados; pues en menos de un año murieron Enrique V y Carlos VI, y renacieron las esperanzas con Carlos VII el Victorioso (1422).

París estaba en manos del inglés Bedfort como regente de Enrique VI de Inglaterra, á quien se unieron los duques de Bretaña y de Borgoña, el uno hijo de Juan Sinmiedo, y el otro rebelde á su rey nuevo. El duque de Anjou se puso al lado de este, y llamando ambos á sus mas fieles soldados, á quienes dieron banderas sembradas de flores de lirios, por secundar el dictado con que los rebeldes llamaban á Carlos rey de los campos, intentaron la suerte de las batallas, pero fueron vencidos. Bedfort mandó en seguida al conde de Salisbury á sitiar á Orleans, y seguir la conquista del reino. Mas la Providencia tenia ya elegido el brazo que debia librar á la Francia de sus enemigos. Una simple aldeana llamada Juana de Arco, conocida por *la doncella de Orleans*, fué en busca del rey, y le anunció que ella obligaria al inglés á levantar el sitio de Orleans, y le llevaria á él á Reims para ser ungido. Su acento y resolucion subyugaron el ánimo del rey, que la confió algunas tropas, con las cuales, y secundada por el valiente Dunois, entró en la ciudad sitiada, reanimó á sus habitantes, y haciendo al-

guna salida contra los sitiadores, los forzó á retirarse llenos de terror. Dispuesta luego una salida triunfal con suficiente número de tropas, condujo al rey por entre sus enemigos á Reims, tomando en su paso las ciudades que habian conquistado. Concluida la ceremonia, manifestó que queria retirarse al pueblo de su nacimiento, á lo que se opuso el rey. Cogida por los ingleses en Ruan, la entregaron á un tribunal, que vengó el terror que los habia infundido, condenándola á las llamas como hechicera. El espíritu de la heroina parecia haberse comunicado con los de los caudillos Franceses, que no tardaron en recobrar la Normandía y la Guyena, hacer á París entrar en el deber y someterse al rey, sin dejar á los Ingleses mas que Calais y algunas otras ciudades. El rey Carlos pudo ya entregarse á ordenar la administracion que tanto habia sufrido, pero nuevos pesares acibaron sus dias y apresuraron su muerte. El Delfin, su hijo, se rebeló con ánimo de atraerse algunas provincias, pero la trama fué conocida, y el rey que llegó á persuadirse de que se trataba de envenenarle, se negó á tomar alimento, y murió en el delirio de una fiebre (1461). Luis XI, que habia sido mal hijo, fué tambien mal rey. Apenas subió al trono, desposeyó de sus cargos á todos los que habian servido á su padre, y los dió á los que habian conspirado contra él. Si dió terribles golpes al feudalismo, no fué abiertamente, sino con asechanzas, fingimientos y crueldades. Los príncipes y señores formaron una liga que llamaron del *Bien público*. Luis los opuso otra coalicion de las ciudades, con la cual los supo contener. Entre los ligados era el mas temido Carlos el Temerario, duque de Borgoña, y Luis le buscó fingiendo deseos de aliarse con él, á la vez que promovia insurrecciones entre sus súbditos. El duque descubrió la mano que las agitaba, y cogiendo al rey le encerró en el castillo de Peronne. Luis, para salir de posicion tan crítica, no dudó firmar un tratado que luego rompió. Libre de sus prisiones, no se detuvo en abatir á sus antiguos enemigos, haciendo dar muerte á cuantos cayeron en su poder. El cardenal de Balue sufrió una prision de doce años: al duque de Nemours murió en un cadalso, bajo del cual mandó atar á sus hijos para que cayera sobre ellos la sangre del padre. La fortuna le libró de Carlos el Temerario, que murió combatiendo en Nancy contra

el duque de Lorena. Luis XI como soberano, incorporó á la corona la Borgoña, porque el Temerario no dejó hijo varon. Los demás Estados pasaron al archiduque de Austria, que casó con Maria de Borgoña. Los Estados de Renato de Anjou y de Provenza, tambien pasaron á Luis por testamento que aquel hizo en favor suyo.

Las enfermedades y los remordimientos le indujeron á encerrarse en el castillo de Plessis-les-tours, temiendo siempre verse apuñalado ó envenenado, y recelándose hasta de su médico. Debilitado su juicio, se cubrió todo él de reliquias para preservarse de las asechanzas que temia, é hizo venir de Italia á San Francisco de Paula, que nada pudo hacer mas que prepararle para la muerte acaecida en 1483.

LECCION TREINTA Y SIETE.

Inglaterra desde Ricardo I hasta la conclusion de la Edad media.

(1189-1453.)

Cuando Ricardo Corazon de Leon volvia de la Tierra Santa, fué arrojado á las costas del Adriático por una tempestad, y por una série de desgracias llegó á los dominios del duque de Austria, quien haciéndole prisionero le entregó al emperador Enrique VI. Durante su ausencia y detencion, tuvo alterado el reino su hermano Juan Sintierra, favorecido del rey de Francia, que deseaba quitarle las posesiones que en ella tenia. Despues de obtenida la libertad á peso de oro, volvió á Inglaterra, y reducido su hermano á la obediencia, derrotó al rey de Francia en Freteval. Siguió combatiéndole algunos años, hasta que por el tratado de Vernon se hizo la paz entre ambos Estados. En el año siguiente murió delante del castillo de Chalus, en que tenia sitiado á su vasallo el vizconde de Limoges. No dejó hijos, y le sucedió su her-

mano, en perjuicio de su sobrino Arturo, duque de Bretaña. El rey de Francia y los señores Franceses, se declararon por éste, á quien Juan hizo asesinar. Citado por su crímen á comparecer en el tribunal de Pares como vasallo del rey, se negó, y le fué confiscada la Normandía en rebeldía. Los señores Ingleses se levantaron contra él tambien, auxiliados del rey de Francia. Juan triunfó de ellos primero, y dirigiéndose contra Felipe Augusto, al frente de una poderosa liga, desembarcó en Francia. Los señores Ingleses repitieron la insurreccion y le obligaron á firmar la Gran Carta, que luego quiso anular. Alzados de nuevo los señores, ofrecieron la corona al hijo de Felipe Augusto, que la aceptó. Mas apenas sucedió esto, murió Juan Sintierra (1216). Los que habian llamado al príncipe francés le abandonaron, y dieron la corona á Enrique III, hijo de Juan Sintierra niño de nueve años, bajo la regencia de Pembrok, mariscal de todas las tropas inglesas, quien empezó ratificando la Gran Carta. Los que le sucedieron en la regencia fueron tan débiles que dejaron á los señores y barones apoderarse de una gran parte de la autoridad real. Así sucedió que reinando Enrique por sí mismo, aceptó el trono de Sicilia que el papa le ofreció contra Manfredo Los barones y señores se opusieron con Simon de Monforte á la cabeza, y con el pretexto de contrariar abusos y reprimir el despotismo real, se juntaron en asamblea nacional y establecieron el tribunal de los Veinticinco, que dividieron entre sí las facultades de la corona. La nobleza inferior se irritó con tan notoria usurpacion, y puesta de parte de Eduardo I, hijo primogénito de Enrique, trató de destruirla. Unos y otros apelaron al arbitraje de San Luis, rey de Francia, que falló contra los barones y grandes señores. Nada se consiguió de ellos, quienes encontrando al rey en Lews le batieron é hicieron prisionero con toda su familia. Temeroso el conde de Leicester, Simon de Monforte, de que los barones le abandonarian, buscó el apoyo del pueblo convocando un Parlamento, al que por primera vez asistieron los representantes de las ciudades y distritos, principio de la cámara de los comunes. Dió luego libertad á Eduardo, quien ayudado de Glocester, enemigo de Monforte, huyó y volvió con un buen ejército que se le allegó. Sorprendió en Ebesham á los rebeldes, y los batió, muriendo Monforte y los

principales. Libre ya Enrique y restablecida su autoridad, marchó Eduardo su hijo, á la Tierra Santa. Enrique murió en 1272. Eduardo I, que habia ido á la cruzada lleno de ideas de conquista volvió con mayores todavía, y resolvió someter el país de Gales y la Escocia, que se habian defendido siempre de los Sajones, Daneses y Normandos, sus antecesores. Lo consiguió en el país de Gales. Disputando doce pretendientes el trono de Escocia, hizo elegir á Juan Baillot en perjuicio de Roberto Bruce, á quien preferian los Escoceses alentados por Felipe el Hermoso. Comenzó una guerra civil dirigida por Wallace. Eduardo acometió á los insurrectos en Falkirk, y los derrotó, haciendo prisionero á Wallace, á quien mandó matar. Nada consiguió con esta derrota, pues los Escoceses mas irritados eligieron á Roberto Bruce por su rey, que después de repetidas campañas consiguió dar la independencia á su patria (1307). Eduardo II, hijo del precedente se vió rodeado de exigencias de los barones, que le obligaron á entregarse en manos de Gaveston y Spencer, sus favoritos. Los Escoceses prevalidos de estas desavenencias, volvieron á tomar las armas con su rey Bruce, y derrotando á Eduardo en Baunock-Burn y Blekmor, intentaron invadir la Inglaterra y socorrer á los Irlandeses. Los barones culparon al rey y á sus favoritos de tales desastres, y le depusieron, dándole después muerte en la prision. Eduardo III, su hijo, aconsejado de los barones continuó la guerra de Escocia. Salióle mal esta espedicion, y Mortimer, á quien se atribuyó el mal éxito de ella, arregló un tratado, por el que la Escocia se separaba de la Inglaterra (1328). Resentido Eduardo de el proceder de su ministro, le entregó á los tribunales, que le condenaron como cómplice en el asesinato del último rey, al último suplicio. Enseguida marchó Eduardo contra Roberto Bruce y los Escoceses, á quienes derrotó en Berevick (1333). Por algunos años mantuvo en el trono de Escocia á Eduardo Baliol, hasta que llamado al continente, volvieron los Escoceses á colocar en él á David Bruce. Filipina de Hainaut, esposa de Eduardo III, reunió un crecido ejército y puesta á su cabeza derrotó en Durban á los Escoceses, que perdieron su rey y la mayor parte de la nobleza. Baliol no quiso seguir reinando, y vendió á su protector por una pension los derechos á la corona.

Eduardo se presentó pretendiente, como ya dijimos en la leccion anterior, á la corona de Francia, lo que le atrajo alguna impopularidad en Inglaterra por los grandes impuestos que tuvo que exigir para seguir la guerra que queda indicada. Murió ya viejo en 1377, y le sucedió su nieto, Ricardo II, hijo del príncipe Negro. Tenia once años de edad, y se dividió la regencia entre sus tres tios los duques de Lancastre, de York, y de Glosceter, quienes atendieron mas á su provecho que al de la monarquia. Reducido el pueblo á la desesperacion por los crecidos impuestos, y saqueado por los sectarios de Wiclef, se insurreccionó contra los regentes que pudieron apagar aquel movimiento. El rey cansado de estar casi sometido á los barones, confirió al conde do Oxford una autoridad ilimitada en union del canciller, conde de Suffolk, contra los cuales se declaró la opinion pública. Puesto á la cabeza de los descontentos el duque de Glocester, consiguieron el alejamiento de Oxford y la condenacion de Suffolck. Ricardo llegó á la mayor edad y se hizo respetar con firmeza. El duque de Glocester y sus partidarios acabaron en las cárceles y los cadalsos. Enrique de Lancastre, hijo del ex-regente y primo del rey, fué desterrado al continente, de donde volvió con poderosas fuerzas. Poco después convocó el parlamento que declaró la destitucion de Ricardo, y resistiéndose este, fué hecho prisionero de su primo, y murió en un castillo (1399). Fué el último príncipe de la dinastía Angevina.

Durante los primeros años del advenimiento de la casa de Lancastre al trono, tuvo necesidad Enrique IV de vigilar á la nobleza y levantar cadalsos. El duque de Northumberland, ayudado de su hijo, Percy Hotiput, ocupó mucho tiempo á las tropas del rey. Pero muerto el hijo sucumbió el padre que pereció desgraciadamente. Enrique supo atraerse el afecto del clero y del pueblo, haciéndolos beneficios é introduciendo saludables reformas. La debilidad de espíritu en que luego cayó afligió á la nacion, tanto mas, cuanto esperaba poco del sucesor. Mas asi que Enrique V se vió en el trono, empezó á dar pruebas de acierto y capacidad. Para calmar la efervescencia que las clases vulgares manifestaban movidas por los *Lollards*, sectarios ridículos de Wiclef, que aspiraban á abolir las distinciones sociales y establecer la fraternidad y la igualdad absolutas, se aplicó sistemá-

ticamente á emprender conquistas para distraerlas de aquellos delirios. Después de la célebre victoria de Azincourt, casó con Catalina, hija del insensato Cárlos VI de Francia, por cuya union adquirió derechos á aquella corona. Murió dejando ambas coronas á su hijo Enrique VI (1422).

La regencia de Enrique VI se dió á sus dos tios, el duque de Glocester para el reino de Inglaterra, y el duque de Bedfort para el de Francia. A los ocho años se coronó solemnemente en París, pero por desgracia dióse luego á conocer su incapacidad. Al mismo tiempo que se le iba la Francia de entre las manos, disputaban la autoridad real en Inglaterra dos poderosas facciones: una del duque de Glocester, á quien sostenia el parlamento, y otra la del duque de Suffolck, favorito del rey, á quien casó con Margarita de Anjou, hija del titulado rey de las Dos Sicilias. Sucumbió la primera, y su jefe Glocester murió asesinado en un calabozo (1447). Ricardo, duque de York, se puso al frente de la faccion popular, alegando derechos á la corona como descendiente por su madre del hijo segundo de Eduardo III. Toda la nacion tomó parte en esta contienda. Los partidarios de la casa de Lancastre, representada en Enrique VI, que ocupaba el trono, tomaron por divisa *una escarapela ó rosa roja*, y los de la casa de York que se le disputaba, *una rosa ó escarapela blanca*. Tal fué el orígen de la sangrienta guerra que duró treinta años. Ricardo, duque de York, como descendiente del hijo segundo de Eduardo III, era sin duda de mejor línea que Enrique VI, que descendia del tercero. Pero acaso el duque de York hubiera permanecido quieto, si el imbécil Enrique no hubiera entregado el gobierno á su esposa Margarita, sometida á la voluntad de Suffolck, aborrecido del pueblo. La oposicion formuló contra este una acusacion acriminándole los desastres sufridos en Francia. El huyó, pero cogido en el mar, murió decapitado El parlamento nombró á el duque de York *protector del reino*. que fué inmediatamente contra las tropas reales, con el pretexto de sacar al rey del poder de los traidores que le rodeaban. Encontráronse en San Albano, y cayó Enrique en manos del protector. Margarita á su vez insurreccionó los condados del Norte, y sin dar descanso al protector le alcanzó y derrotó en Wakefield, donde murió. El conde Warwick,

amigo del muerto Ricardo, tomó bajo su proteccion á sus hijos, y proclamando al mayor con el nombre de Eduardo IV, derrotó á Margarita, que huyó con su esposo Enrique y su hijo. Auxiliada con tropas que la dió el rey de Francia, volvió segunda vez á Inglaterra donde derrotada en Exham, dejó prisionero á su marido, y huyó otra vez á Francia con su hijo. Warwick, llamado ya *el Hacedor de reyes*, quiso dominar á Eduardo IV, casándole á su gusto, pero el jóven príncipe lo estaba ya con Isabel de Woodwille, y separó de su lado á su hermano el duque de Clarence y á Warwick, quienes desterrados al continente se unieron á Margarita, y volviendo juntos con sesenta mil hombres que luego se los reunieron, se apoderaron de Notingham; obligaron á Eduardo á huir al continente, y volvieron el trono á Enrique VI. Desavenidos pronto los dos autores de esta restauracion, el duque de Clarence, volvió á su hermano Eduardo, que auxiliado del duque de Borgoña, desembarcó en Inglaterra y se fué derecho á Lóndres, que le abrió sus puertas. Enseguida marchó contra Warwick, á quien dió muerte en la sangrienta derrota de Barnet (1471). Mas en Tewkesbury, donde Margarita habia reunido á todos sus parciales, acabó la campaña con la prision y muerte de Enrique VI y su hijo, y ella se volvió á Francia por intervencion de Luis XI.

Eduardo IV y la rosa blanca triunfaron por el pronto, y resentido de la proteccion que el rey de Francia daba á Margarita, se unió con el duque de Borgoña para intentar destronarle, pero desengañado luego, entró en tratos de paz con él. Muerto Eduardo por un veneno que le hizo dar su hermano el duque de Glocester, la Inglaterra pasó por un periodo de tiranías y persecuciones, hasta que Enrique Tudor, que pertenecia á la casa de Lancastre por su madre, fué aclamado y se casó con Isabel, hija de Eduardo IV de York, con cuyo matrimonio terminó la guerra. Los primeros años del reinado de Enrique VII Tudor, fueron turbulentos y azarosos, por las intrigas que promovieron los parciales de Eduardo IV. Pero ya sofocadas, se dedicó á dar los últimos golpes al feudalismo, y alentar el espíritu mercantil que después ha hecho á la Inglaterra fuerte y poderosa (1509.)

LECCION TREINTA Y OCHO.

Imperio griego.—Reino latino en Constantinopla.—Turcos otomanos.—Toma de Constantinopla.

(Desde 1081 á 1453).

Los enemigos mas temibles para los Bizantinos llegaron á ser los Cruzados, desde que Manuel Comneno entregó pérfidamente á los Franceses y Alemanes en manos de los Mahometanos. Rogerio, rey de Sicilia, se apoderó, en venganza de tal traicion, de la isla de Corfú y de una parte del Peloponeso, que no pudo conservar. Manuel se dirigió contra los Húngaros y los sultanes de Iconia, de quienes se hizo respetar. Sometido hacía ya largo tiempo el Imperio á continuadas sublevaciones, vió acabar en ellas la dinastía Comneno, y empezar la de Isaac Angelo, que encerrado por su hermano en un calabozo, perdió la vista. Llamó á los cruzados que le restablecieron en el trono. El ódio de los Griegos contra los Latinos, le volvió á arrojar de él, y le mató Juan Ducas, que usurpó la púrpura sin oposicion. Los cruzados entraron en Constantinopla por la fuerza y la entregaron al saqueo (1204). Destituyeron al usurpador, y fundaron una nueva dinastía que empezó en Boduino, conde de Flandes. La autoridad del emperador latino estaba circunscripta á Constantinopla y la Tracia, si bien era reconocida por soberana de los demás Estados feudales que poseian otros jefes cruzados en territorio del Imperio. Los príncipes destronados se retiraron, los Comnenos á Trevisonda y los Angelos á Nicéa, donde fundaron otros dos nuevos Imperios. Este último y el de Constantinopla, estuvieron en constante lucha, hasta que Manuel Paleologo se hizo dueño otra vez de la ciudad y obligó

á Boduino II á abandonar el trono y refugiarse en Venecia (1261). Así acabó el imperio latino que duró solo cincuenta y ocho años. El astuto Miguel, temeroso de que alguna otra cruzada fuera contra él, envió embajadores al papa, que le prometieron hacer lo posible para la reunion de las dos iglesias, en lo que encontró grande resistencia por parte de los Griegos. Su hijo y nieto Andrónico y Miguel que reinaron juntos, rompieron las negociaciones con Roma para hacerse populares.

Ya no quedaba á Constantinopla mas recurso para defenderse de los Turcos que avanzaban á Europa, que los Tártaros asalariados, y las valientes partidas de Aragoneses y Catalanes, tan pronto perseguidas como buscacadas del agonizante Imperio. Constantinopla cayó de nuevo en la anarquía de las facciones pue ponian y quitaban emperadores, en cuyos reinados fueron los Turcos posesionándose de la Grecia, haciendo tributario al Imperio, y por último, Constantino XII, después de casi cuatro años de bloqueo, murió en la brecha defendiéndose del asalto que en 29 de Abril de 1453, dió á la ciudad Mahometo II, emperador de los Turcos.

Cuando en el siglo XIII acabó en el Asia Menor la dinastía Seljoucida á impulso de los Tártaros Mongoles, uno de aquellos quitó á los Griegos el Karahisar ó castillo Negro en la misma provincia. Tal fué el orígen de los Turcos Otomanos descendientes de Osmán ú Otmán, que empezaron haciéndose dueños de la Bitinia, y siguieron haciéndolo de Nicéa, Esmirna, costas del Archipiélago, la Bulgaria y la Tracia. Orcán dió ya indicios de querer establecer su córte en Constantinopla, á la que puso en cuidado su hijo y sucesor Amurat I, que pasó el Helesponto, y tomó á Andrinópolis y Galipoli. El emperador griego le aplacó haciéndose tributario. La Europa se llenó de espanto con la llegada de los Turcos á ella, y se aumentó mas cuando se supo que un formidable ejército de Servios, Válacos, Húngaros y Búlgaros habia sido destrozado en las llanuras de Casovia, donde murió el sultan Amurat.

Su sucesor, Bayaceto I el Rayo, corrió la Tesalia, Macedonia y el Peloponeso, subyugó enteramente la Bosnia y la Servia, y se pasó al otro lado del Danubio. Temblaron la Italia y la Alemania, y el emperador Sigismundo, rey de Hungría, llamó á todos los caballeros

de la Cristiandad, y reunió ochenta mil hombres. Trabóse una sangrienta batalla cerca de Nicópolis, en la que la imprudencia de los Franceses fué causa de que se perdiera. Bayaceto quiso afirmarse en el Asia Menor antes de acometer á Constantinopla, y se apoderó de la Frigia, Armenia y Capadocia. Pero toda su gloria se ofuscó ante otro poderoso conquistador, Tamerlan, descendiente de Gengis-Kan, que con un formidable ejército de Mongoles le acometió en la Bitinia, donde herido Bayaceto fué hecho prisionero. Diez años de guerra siguieron á esta derrota, hasta que subió al trono Mahometo I, hijo menor de Bayaceto. Los Venecianos le ganaron una accion naval, que le hizo pensar en crear una marina proporcionada á sus fuerzas de tierra. Su sucesor Amurat II ya llegó á las puertas de Constantinopla; pero el célebre Juan Huniade, gobernador de Transilvania, le obligó á alejarse y aceptar la paz. Cuando Amurat murió, ya era inevitable la ruina de Constantinopla, que como queda dicho, venció y entró á saco Mahometo II (1453).

LECCION TREINTA Y NUEVE.

El Cristianismo y la Iglesia, durante la Edad media.

(400—1500.)

La accion de la Iglesia fué mas libre y eficaz en el Occidente bajo la dominacion de los reyes bárbaros é ignorantes, que en el Oriente bajo los sucesores de Constantino el Grande. Estos se preciaban de entendidos, y mezclándose en las discusiones dogmáticas, extrañas á su autoridad, proponian soluciones que obligaban á recibir por artículos de fé, contrariando la legítima autoridad de los pontífices y de la Iglesia. Por el contrario en Occidente, cuyos obispos, hombres á la vez que piadosos, grandes políticos, obraron con una circunspeccion

admirable. En su augusta presencia sentian los bárbaros como Atila, aquel temor misterioso que hace humillar á las fieras ante el ser inteligente. Lejos de mezclarse en la direccion religiosa y moral de los pueblos, se hicieron los fieles instrumentos de la iglesia para llevar adelante sus designios, en lo que hallaron los sólidos fundamentos de su poder, y el conocimiento de los seguros principios para gobernar.

A fines del siglo IV todos los bárbaros de orígen germánico eran arrianos, exceptuando los Sajones y Francos que eran idólatras. La conversion de Clodoveo con sus guerreros (496), dió á la Iglesia grande fuerza en el Occidente, pues todas las demás naciones sumidas en el arrianismo ó paganismo la resistian. El papa Celestino envió á Paladio á la Irlanda á predicar el Evangelio, y á San Patricio á Escocia. Entonces comenzaron á recorrer los pueblos septentrionales, santos y decididos misioneros, que hicieron grandes frutos con sus predicaciones y milagros. Pero el agonizante paganismo, que sin duda esperaba recobrar su libertad y sus dioses con el auxilio de los invasores, hizo cuanto pudo para excitarlos contra los cristianos, que fueron los que mas padecieron en la invasion. San Agustin en su libro de la Ciudad de Dios, y Paulo Orosio en su historia, refutaron victoriosamente los sofismas de que se valia para suscitarlos contra Jesucristo y sus discípulos. Tampoco los Judíos despreciaron la ocasion de molestar á los cristianos, principalmente en el Asia, donde por sus riquezas gozaban de grande crédito en la córte de Teodosio el Jóven.

No impidieron estas persecuciones que la Iglesia prosiguiera desarrollando entre los nuevamente convertidos su influencia vivificadora, á la vez que se organizaba mas y mas la forma exterior de su gobierno. El siglo V, sin embargo, vió comenzar las discordias que mas adelante produjeron la separacion de la iglesia griega. Por el Cánon 28 del concilio de Calcedonia (451), se dió á la iglesia de Constantinopla el segundo lugar despues de la de Roma, á instancias del emperador Marciano, cuya concesion alentó á los obispos de aquella capital, que desde tiempos anteriores venian siendo considerados de igual honor y preeminencia que los de Roma, á disputarlos la supremacía en la Iglesia universal. San Leon el

Grande se opuso con energía á la declaracion del concilio, previendo las consecuencias que de ella iban á deducirse, y sus sucesores en el pontificado siguieron vigilando las pretensiones de aquellos obispos, que protegidos de los emperadores, se mostraron cada vez mas exigentes. A su ejemplo hicieron lo mismo los de Jerusalem, Alejandría y Antioquía, que comenzaron á ostentar superioridad sobre los obispos de otras iglesias del Oriente. El resultado de estas discordias y pretensiones fué el reconocimiento de cinco sedes patriarcales, á las cuales se dieron facultades propias.

Este nuevo grado en la gerarquía eclesiástica, en nada disminuyó la potestad y autoridad suprema de los pontífices. Los obispos de Alejandría y de Antioquía, sobre quienes el de Constantinopla pretendía ejercer jurisdiccion, recurrieron á la proteccion de los papas contra las violencias de aquel, y los de otras iglesias hicieron otro tanto cuando los de Alejandria y Antioquía querian mezclarse en las suyas. El pontífice á todos oia y de todos se hacia respetar.

Sin embargo, al terminar el siglo v, se encontraba el Oriente envuelto en el mas deplorable cisma con Acacio, obispo de Constantinopla, Juvenal de Jerusalem, Pedro Mengo de Alejandría y Pedro Fullo de Antioquia. El emperador Basilisco por su parte, sedujo á gran número de obispos que condenaron el concilio de Calcedonia, y aun cuando elevado Eufemio á la silla de Constantinopla se declaró contra él el error y el cisma, Basilisco hizo deponerle.

En el Occidente, aunque afligida la Iglesia con la violenta dominacion de los bárbaros en todas las naciones, floreció pura é independiente de los sucesores del Imperio ya destruido, y de los reyes que comenzaban á ser sus hijos. Los cristianos, lejos de debilitar su fé con el paganismo ó el arrianismo de sus conquistadores, se dedicaron á convertirlos, y lo consiguieron. Cierto es que la calamidad de los tiempos y la comunicacion con pueblos groseros y brutales, recibió la disciplina grandes trastornos que promovieron frecuentemente desórdenes espantosos; pero estos males eran compensados con la sangre de los mártires y las virtudes de sus santos obispos.

El siglo vi fué fecundo en la propagacion del Cris-

tianismo, así en Oriente como en Occidente. En los reinados de Justiniano, y de Justino, recibieron la fé de Jesucristo los pueblos que habitaban las márgenes del Ponto Euxino, y otros que moraban entre este y el monte Cáucaso, los Hérulos, Alanos y varios otros que ocupaban las orillas del Danubio. En la Grecia misma, y aun en la capital del Imperio, existian todavia muchas personas, que en lugares ocultos practicaban el culto pagano, á quienes convirtió Juan, obispo de Asia. En el Occidente fueron los primeros en abrazar el Cristianismo los Francos, con su rey Clodoveo. En la Britania lo hicieron Etelberto, rey de Kent, y sus Anglo-Sajones. San Gregorio el Grande envió á aquellas regiones cuarenta misioneros con San Agustin, que fué el primer obispo de Cantorbery. San Colúmbano predicó el Evangelio á los Pictos y Escotos. En la Germanía los Bohemios, Turingios y otros pueblos abandonaron sus antiguas supersticiones y se convirtieron á la luz de la verdad. Entre las mas notables conversiones se encuentra la de Recaredo y los Godos de España.

Tambien entraron muchos Judíos en el seno de la Iglesia en el Oriente, á persuasion de Justiniano, y en el Occidente por los esfuerzos de Gregorio el Grande y los trabajos apostólicos de Avito, obispo de Viena. Por lo mismo que el número de cristianos se aumentaba, fueron tambien mayores las persecuciones. El feroz Cosroes, rey de los Persas, se ensangrentó contra ellos, haciendo sufrir á los cautivados en las guerras con Justiniano la muerte entre los tormentos y suplicios mas crueles é ignominiosos. Los Anglo-Sajones, dueños de la Inglaterra, desplegaron toda su rabia salvaje contra los antiguos pobladores que eran cristianos, como lo hicieron los Longobardos en Italia, hasta que Autarico, su tercero rey, se convirtió.

El monacato tomó grande incremento en este siglo con la regla de San Benito, que fundó su órden en 529. La España, Francia, Alemania, Italia, Suiza é Irlanda, tuvieron muy luego monasterios, donde era observada por grande número de monjes. En el Oriente se contaban por miles los que habian profesado las reglas de los antiguos padres, y particularmente de San Basilio.

Mas no obstante, la iglesia oriental seguía como en el siglo anterior entregada al cisma de los que repudia-

ban el concilio de Calcedonia, entre los cuales estaban los patriarcas de Jerusalem y de Antioquia, que mas adelante reconocieron su falta, y sufrieron el destierro con San Macedonio de Constantinopla. El título de obispo universal que se atrevió á tomar Juan el Ayunador, patriarca de Constantinopla, consumó las usurpaciones que contra el pontífice romano venian proyectando los obispos de aquella ciudad. Su temeridad pudo causar un entero rompimiento entre el Oriente y el Occidente, si la Santa Sede hubiera estado ocupada por otro menos humilde y moderado que San Gregorio el Grande. En el Occidente los males que padecian la religion y la Iglesia, eran los consiguientes al estado de agitacion de las naciones y la rusticidad é ignorancia de sus señores. Robos, muertes, violencias y desórdenes que el celo de los buenos obispos era impotente para remediar. Todos los concilios celebrados en este tiempo se lamentaron de los grandes abusos y desórdenes que se notaban en la disciplina y las costumbres de los eclesiásticos y monjes. Los atroces asesinatos y nefandos enlaces y repúdios frecuentes en las dinastías de los bárbaros, pusieron mas de una vez á los obispos en lucha con ellas, y los causaron como á sus iglesias males considerables. Semejante en un todo siguió siendo el estado de la iglesia occidental en el siglo VII, si se esceptúa España, donde los grandes obispos que en ella florecieron y los muchos y notables concilios que se celebraron, la elevaron sobre todas las demás naciones, tanto por la pureza de su fé y santidad de la disciplina, como por la menor ignorancia que en el gobierno de sus pueblos manifestaron los reyes godos.

La Iglesia en el Oriente llegó á un estado tan deplorable con la aparicion del Mahometismo, que en poco tiempo la arrebató muchas de sus provincias mas principales. Mas no por eso abandonó sus excisiones y contiendas que tanto influyeron en dar la victoria á los Arabes invasores, que la llevaron hasta hacerse dueños del Africa, desde cuyas costas comenzaron á amenazar á la Europa. Como si tantas calamidades y revoluciones en el Imperio y en la Iglesia no fueran bastantes para acabar con la Cristiandad en el Oriente, todavía Leon el Isáurico y su hijo Constantino Coprónimo las aumentaron en el siglo VIII con su funesta persecucion contra las imáge-

nes. Las turbulencias que de ella se originaron, dejaron á los Arabes en libertad para subyugar casi toda el Asia, perseguir á los cristianos y prometerse su total exterminio. Y no fueron estos los solos males que vinieron sobre el Oriente. Otros enemigos mas feroces é inhumanos se presentaron á dividir la presa. Los Turcos, salidos de los inaccesibles desiertos confinantes al Cáucaso, penetraron en la Colquida, la Iberia y la Albania hasta la Armenia, desde donde habiendo sometido á los Arabes, volvieron sus armas contra los Griegos, mas ocupados en perseguirse recíprocamente por sus contiendas religiosas, que preparados para defenderse de enemigos tan terribles.

Las consecuencias de la furiosa heregia iconoclasta, se hicieron sentir en Italia, donde así que se supo la persecucion suscitada en el Oriente, fueron destruidas todas las estátuas del emperador, é intentóse elegir otro y llevarle á Constantinopla, pero el papa se opuso á tal designio. El emperador mandó tropas á Italia, á cuya llegada se levantó Roma, obligándose todos, grandes y pequeños á defender al pontífice. Los Lomgobardos se unieron á los Romanos, y el exarca, se vió precisado á separarse de ella. Roma quedó desde entonces libre de la influencia y sujecion de los emperadores. Gregorio III siguió la misma conducta que su antecesor; juntó un concilio en Roma, y en él se condenó la nueva heregía; mandáronse sus decisiones á Constantinopla, y el emperador, enfurecido sobre manera contra la Italia insurreccionada, preparó una grande flota, que naufragó en el Adriático. La constancia de los papas y la actitud que con ella tomó la Italia, alentaron á los católicos de Oriente á resistir la tiranía de los emperadores, quienes por su parte no cesaron de perseguirlos cruelmente, hasta el reinado de Constantino el Jóven y su madre Irene, quienes reconciliados con el papa Adriano I, volvieron la paz á la Iglesia.

§ II.

REINADO DE CARLO-MAGNO.

Con el reinado de Carlo-Magno y su coronacion en Roma por emperador de Occidente, comenzó una nueva

era para la Iglesia, como habia empezado para las naciones sobre quienes llegó á dominar. Todos sus esfuerzos se dirigieron á estender y afirmar la religion entre los Sajones, los Frisones y otros pueblos vecinos que permanecian en las tinieblas del error. Su hijo, Ludovico Pio, mandó misioneros al Jutland y la Cimbria, que convirtieron á sus habitadores. Mas adelante abrazaron el Cristianismo los Bohemios, Búlgaros y Moravos, los Esclavones y los Rusos. Mas á la vez, los Mahometanos llevaron sus conquistas á la Cerdeña, la Sicilia y muchas otras islas del Mediterráneo. Los Normandos, que desde el Báltico hacian frecuentes correrías por las costas de Europa, saqueando y destruyendo sus ciudades litorales, dieron principio á sus establecimientos por este mismo tiempo, y como que eran bárbaros y feroces, se hicieron tambien perseguidores del Cristianismo.

Tiempos tan revueltos no eran á propósito para que el Occidente saliera de la ignorancia y rusticidad de costumbres en que habian caido todas las clases. Así se vieron muchos guerreros brutales convertidos en obispos y abades, como obispos convertidos en guerreros. El feudalismo con todos sus efectos, tomó asiento en la Iglesia. Muchos obispos y abades de monasterios poseian tierras y castillos á título de feudos, y obligados por homenaje á concurrir á sus señores con cierto número de soldados en tiempo de guerra, salian al frente de ellos, abandonando los deberes de su estado. Por otra parte, como señores temporales, tomaban parte en los negocios del Estado, y como generalmente eran hombres de mas luces que los otros, formaban el consejo de los Príncipes. Aun no tenian estos residencias fijas, y sin embargo, los obispos y muchos abades los seguian á todas partes. Originóse de esta doble autoridad de los obispos, la confusion de las dos potestades, y de ella las exageradas pretensiones de cada una. No contribuyeron poco á fomentarlas los recíprocos motivos de gratitud y reconocimiento que mediaron entre el pontificado y los reyes de la dinastía Carlovingia. Estos comenzaron por ser protectores de los papas, quienes tambien en un principio ejercieron solo el pacífico oficio de mediadores y árbitros en sus diferencias. Esto no obstante, los males que sufria la Iglesia en el Occidente aun eran mucho menos considerables que los que la tenian afligida en el

Oriente, En el primer punto no faltaron santos, pontífices y obispos que si no pudieron remediarlos eficazmente, no dejaron de combatirlos y poner el remedio en sus escritos y en los cánones de los concilios, mientras en el segundo, los mismos que estaban obligados á remediarlos, fueron los causadores de otros mayores. En el Occidente, ambas potestades, en cuanto lo permitian las luces de los tiempos, procuraban enaltecer la fé que profesaban, cuando en el Oriente fueron las promovedoras de las disidencias que produjeron la separacion que aun dura todavía.

Los emperadores de Constantinopla se creian árbitros en establecer ó mudar la disciplina de la Iglesia. Constantino el Jóven contrajo un matrimonio adúltero que Nicéforo Phocas tuvo arte para hacer que la mayor parte de los obispos aprobaran. Leon el Armenio reprodujo la heregía iconoclasta, y el mayor número de ellos se dejó imponer: Miguel escandalizó á los cristianos vistiéndose con sus compañeros de libertinaje las ropas sagradas y remedando la celebracion de los terribles misterios. Phocio, patriarca de aquella Iglesia, lo veia y toleraba, como le echó en cara el octavo concilio ecuménico, y todo porque el emperador le habia elevado á ella, sacrificando á San Ignacio, á quien depuso y desterró. Sabido este suceso en Roma, por haber apelado San Ignacio al papa Nicolao I, se celebró un concilio, en el que Phocio y sus partidarios fueron excomulgados. El intruso patriarca juntó un conciliábulo en Constantinopla, y excomulgó al papa tambien. La agitacion fué espantosa, hasta que colocado en el trono Basilio el Macedonio, procuró restablecer la paz, llamando á su silla á San Ignacio y mandando encerrar á Phocio en un monasterio. Enseguida se celebró en Constantinopla el citado Concilio VIII general, convocado por Adriano II, que calmó aquella agitacion por el tiempo que vivió San Ignacio. Muerto él volvió Phocio á ocupar el patriarcado, y el papa Juan VIII consintió en ello por haberle prometido su sumision, á la Santa Sede. Ni él, ni el emperador cumplieron sus promesas, por lo cual el pontífice reiteró la excomunion. Coronado Leon el Filósofo, le depuso y encerró en un monasterio de la Armenia, donde murió. No por esto concluyó el cisma, pues los obispos que él habia ordenado, y que segun los pon-

tífices habian mandado debian de ser degradados, se resistieron y llevaron adelante su desobediencia, hasta consumar enteramente el cisma que separa á los orientales de la verdadera Iglesia.

En el siglo x, que los escritores presentan sumido en la mayor ignorancia y corrupcion de costumbres, hubo para la propagacion del Cristianismo en el Occidente circunstancias muy favorables. Los Normandos, con su duque Rollon, que después de bautizado se llamó Roberto, abrazaron el Evangelio; los Polacos y su rey Micislao, hicieron lo mismo con la predicacion de Egidio y otros misioneros que el papa Juan XIII envió á Polonia, y en Rusia, Dinamarca, Noruega y Hungría, echaron mas profundas raíces las primeras doctrinas que en los dos anteriores habian germinado. Las expediciones de Oton el Grande, emperador de Alemania, contribuyeron mucho á establecer sólidamente la Iglesia en todo el Imperio, creando obispados y erigiendo iglesias que dotó con esplendor, y puso en ellas obispos hábiles para emprender la reforma de costumbres entre aquellos pueblos groseros, y servir de modelos á las demás partes del clero.

La destruccion de la dinastía Carlovingia produjo en Italia, y principalmente en Roma, ardorosas facciones, que casi llegaron á disponer del pontificado á su arbitrio. Tantos y tan repetidos escándalos obligaron á Oton á pasar con un grande ejército contra Berengario II, rey de Italia, que tenia como subyugada á la Santa Sede. Coronado por emperador Romano-Germánico, celebró con el papa Leon VIII un convenio, que en tiempos posteriores fué causa de una sangrienta guerra. Con la muerte de Oton, cuyo poder y severidad habian tenido á los Romanos en respeto, faltaron con ella la tranquilidad y el órden, y volvieron á repetirse las sediciones y tumultos que tuvieron á Roma llena de horrores hasta el pontificado de Gregorio V, elevado á la silla apostólica en 996. Crescencio, cónsul romano, le arrojó de la ciudad, ó porque era aleman, ó porque en su elevacion habia tenido gran parte el emperador de Alemania. Oton III pasó á Italia con poderosas fuerzas y le volvió á restablecer en el sólio; pero habiendo muerto poco despues, subió á él el sábio Gerberto, Silvestre II, con general aplauso de la Iglesia.

La íntima union que entre los emperadores y el papado existió en este siglo, y la benéfica influencia que los obispos ejercian en sús diócesis, mediando como árbitros en todas las contiendas que entre sus fieles se suscitaban, fueron causa de que los primeros se esmeráran en conceder exenciones y privilegios que ensancharon la jurisdiccion eclesiástica y la robustecieron. Las ruidosas contiendas de la iglesia de Oriente, dieron tambien motivo á que la doctrina de la supremacía de los pontífices en la Iglesia universal adquiriera mayor extension y se dilucidara con mas claridad y fuerza de razones.

Su autoridad siguió siendo cada vez mas acatada y conocida en el siglo onceno, que vió ocupada la Santa Sede por pontífices como Leon IX, Nicolao II, Gregorio VII y Urbano II. En el pontificado de Benedicto VIII llegaron á Italia los Normandos, que se establecieron en las partes de donde echaron á los Sarracenos y Griegos, y algunas otras que usurparon, causando en ellas grandes estragos. Leon IX se quejó de ellos al emperador, quien le mandó fuerzas para contenerlos. Los Normandos atemorizados, antes que combatir deseaban la paz que el papa no los concedió. Principiada la guerra, hicieron prisionero á Leon, á quien llevaron á Benevento con todo respeto y consideracion, donde permaneció nueve meses. Habiendo enfermado, pasó á Càpua y desde allí á Roma, donde murió. Todo el tiempo que estuvo con los Normandos, le consideraron mas como á padre que como á prisionero.

El grande suceso que durante su pontificado tuvo lugar en la Iglesia, fué el cisma de Oriente, llevado á cabo por Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, y Leon metropolitano de Bulgaria. Ya hacia tiempo que aquellos patriarcas resistian la obediencia á los sucesores de San Pedro, y se titulaban con descaro obispos ecuménicos, pero ninguno osó la resistencia abiertamente hasta Miguel Cerulario, que se atrevió á anatematizar á la iglesia latina en una carta que dirigió al obispo de Trani, que el cardenal Humberto mandó al pontífice.

El emperador Constantino Monomaco procuró restablecer la union, y se dirigió á Leon IX, quien por su parte envió sus legados á Constantinopla, siendo el primero el Cardenal Humberto. Recibidos por el emperador, refutaron victoriosamente los infundados cargos que

el patriarca griego hacia á la iglesia latina. Miguel se negó á oir la refutacion y aun á ver á los legados pontificios, quienes cansados de tan grande obstinacion, fueron á la iglesia de Santa Sofía á la hora de tercia, y en presencia del clero y pueblo, pusieron sobre el altar mayor el acta de excomunion contra el patriarca y sus secuaces. Enseguida salieron, y pidieron permiso al emperador para volverse á Roma. Miguel publicó un decreto contra el acta de excomunion, que firmaron con él otros doce metropolitanos y dos obispos.

Elevado al sólio pontificio Nicolao II (1058), pasó á la Pullia á reconciliar á los Normandos con la Iglesia, y dió á Roberto Guiscardo la investidura de duque de aquella provincia, la Calabria y la Sicilia, con la condicion de vasallaje á la Santa Sede, y pagar un tributo anual en reconocimiento de él. De vuelta á Roma, pensó en poner término á los desórdenes que casi siempre acompañaban á la eleccion de pontífice, y dió una célebre decretal, por la que solos los cardenales, obispos y presbíteros debian hacer la eleccion, que antes hacian tambien todo el clero, nobleza y pueblo.

No por eso dejaron de acaecer ruidosas disputas y reclamaciones, hasta que Alejandro III en el siglo siguiente las cortó de raiz, concediendo á solo el colegio de cardenales la facultad de la eleccion.

Para la de sucesor de Nicolao II hubo profunda division en los ánimos. Despues de tres meses de vacante, fué elegido Alejandro II, pero los obispos de Lombardía, contaminados en su mayor parte por el crímen de simonía y otros vicios, resistieron la eleccion, sostenidos por el gobernador de Italia, y eligieron á Honorio II, obispo que era de Parma. Este intentó apoderarse de Roma á viva fuerza, y fué rechazado, mas por espacio de tres años estuvo causando graves daños á la Iglesia, hasta que murió.

Tal era la generalidad de la simonía y el concubinato en todas las gerarquías del clero, que muchos santos escritores y obispos, á una con los concilios, no encontraban medios bastante eficaces para reprimir unos vicios que tan considerables males causaban á la Iglesia, cuando fué elegido pontífice Gregorio VII, llamado Hildebrando, hombre intachable en su conducta, de grande firmeza y educado en la mas severa disciplina. Subió al

sólio pontificio deseoso de purificar la Iglesia de los vicios de simonía é incontinencia que predominaban en el clero. Demasiado superior al siglo de ignorancia en que vivia, y no queriendo aparecer cómplice por tolerancia de tan graves desórdenes, celebró un concilio en Roma en el primer año de su pontificado, y en él hizo que fuesen privados de todas sus funciones los que por simonía hubieran recibido las órdenes sagradas, y privó de servir el altar á los incontinentes, y al pueblo asistir á los oficios que celebraran. Hizo publicar estos decretos en Italia y Alemania, donde mas arraigados estaban aquellos géneros de corrupcion, lo que le atrajo una furiosa persecucion, en la que estuvo próximo á perecer. Acaso su celo por la reforma en las costumbres del clero, le hizo desconocer que los vicios de que adolecian tenian su asiento principal en la organizacion feudal de las relaciones entre las dos potestades, y que para desarraigarlos de la una, era preciso combatirlos en la otra tambien. Quiso hacerlo por si solo, y no obstante su capacidad y constancia, la resistencia que le opusieron los emperadores de Alemania produjo tristes resultados. La cuestion de las investiduras fué el mas notable de ellos. Comenzaron estas cuando los emperadores y reyes dieron al alto clero territorios, ciudades y castillos que los pertenecian. La legislacion feudal prescribia que los agraciados con estas donaciones, se presentaran en la corte á prestar el juramento de fidelidad y homenaje á su soberano, sin cuyo requisito no podian entrar en posesion de ellas. Enrique IV de Alemania y Felipe Augusto de Francia tenian escandalizada la Cristiandad con el sacrílego tràfico que ejercian en la concesion de los obispados y abadías que tenian anejos señorios feudales, dándoselos aun á los mas indignos si los pagaban mejor. Este abuso fué causa de que las leyes canónicas que ordenaban la forma con que debian hacerse las elecciones, cayeran en desuso, y de que los príncipes se abrogaran el derecho de hacerlas, empleando como medio la entrega del anillo y el báculo al tiempo de recibir de los elegidos el homenaje feudal.

Los papas, desde Gregorio VII, se opusieron á tan detestable abuso, y mandaron que luego que vacara un obispado ó abadía procedieran, los que tenian derecho para ello, á elegir y consagrar al elegido, esperando por

este medio hacer que los príncipes cesaran en sus pretensiones. Pero ellos, lejos de esto, mandaron que, muerto el obispo ó el abad, se recogieran el anillo y el báculo y se remitieran á la corte para entregárselos nuevamente á los elegidos al tiempo de prestar el juramento de fidelidad.

Las disposiciones canónicas y la disciplina litúrgica de la Iglesia disponian que, la entrega de estos emblemas de la potestad espiritual de los obispos y abades, se hiciera en el solemne acto de la consagracion, por designar, el uno el sello de los misterios sagrados propios del órden episcopal, y el otro la vigilancia y cuidado sobre el rebaño confiado á su celo. En la conducta de los príncipes no podian menos de ver los papas tendencias de usurpacion de un poder que solo á ellos habia sido dado. De aquí la constancia con que siguieron combatiendo, hasta que por último, en el pontificado de Calisto II se puso término á la contienda en el concilio de Latran, que restableció la forma de hacer las elecciones, y sancionó el convenio con el emperador que renunció á hacer las investiduras por la entrega de los emblemas del poder espiritual, y sí por la de un cetro como representativo de derechos puramente temporales.

La ignorancia y el feudalismo, que eran las causas principales de los daños que la Iglesia y la sociedad sentian en estos siglos de transicion, comenzaron á decaer, la primera á impulsos de la liberalidad de algunos pontífices y monarcas que, conociendo la virtud de las ciencias para dulcificar las costumbres groseras y salvajes de los nacientes pueblos, afirmar los gobiernos y hacer grata la sociedad civil, fundaron escuelas y colegios en muchas partes, donde se enseñaban públicamente las ciencias y las artes. La teología, el derecho civil, el canónico y la medicina, estuvieron al lado del trivium y quadrivium de los siglos anteriores. Alejandro III mandó fundar escuelas en las catedrales y monasterios, y restablecer las que por la incuria y abandono de sus prelados habian dejado de existir. En el siglo XIII inmediato, muchas de las fundadas en este llegaron á ser universidades de la mayor importancia. Mucha parte de la emulacion y entusiasmo que se notaba entre las naciones por los estudios, fué debida á las

florecientes escuelas de los Arabes de España, que frecuentaron hombres luego célebres en Europa, como Pedro el Venerable, Gerardo de Cremona, el franciscano Mirmet y otros muchos que despues esparcieron los conocimientos en astronomía, medicina, geografía, lenguas orientales y matemáticas que habian recogido en ellas.

Al feudalismo, segun dejamos dicho en su lugar, prepararon su ruina las cruzadas promovidas por Urbano II en 1095 y secundadas por los soberanos y pueblos de casi todas las naciones en los siglos siguientes.

El siglo XIII, vió desaparecer casi por completo el Cristianismo con la China, la India y la Persia sometidas á los Tártaros Mongoles, que se hicieron Mahometanos despues de la conquista, cuando en 1241 invadieron la Europa y devastaron la Hungría, la Polonia y la Silesia, vió tambien los esfuerzos que para atraerlos al seno de la Iglesia hicieron los pontífices. Inocencio IV envió á su emperador una embajada compuesta de religiosos Dominicos y Franciscanos, para ver de calmar el furor de enemigos tan terribles. El emperador á su vez mandó sus embajadores al concilio de Lyon que en 1274 celebraba Gregorio X. Cuatro años despues repitió la embajada Nicolao III, con religiosos Franciscanos, pidiéndole proteccion para los cristianos, y últimamente Nicolao IV envió á Juan de Monte Corvino con otros eclesiásticos. Estas embajadas produjeron la conversion de gran número de Tártaros al Cristianismo, y de muchos nestorianos que adoptaron la doctrina y disciplina de la iglesia romana, la fundacion y ereccion de iglesias en diferentes comarcas de la Tartaria y de la China.

En el Occidente aun existian paganos en algunas partes del Norte, como en la Prusia y la Lituania, en las que los misioneros habian sacado poco fruto por el aferramiento de los naturales en la idolatría de sus mayores. En 1230 se dirigió el duque de Mazovia á los caballeros Teutónicos, establecidos en Venecia desde que fueron expulsados de la Palestina, ofreciéndolos la conquista de estas provincias con la condicion de convertirlas al Cristianismo. Aceptaron los caballeros, que tardaron cincuenta años en sujetarlas y hacerlas abrazar la fé cristiana.

Las armas de Fernando III, Alfonso X y Jaime de

Aragon en España, contribuyeron á estender los límites de la Iglesia por las muchas partes que conquistaron á los Sarracenos.

El grande suceso del Oriente, fué la toma de Constantinopla por los cruzados, y el establecimiento de un Imperio latino en la forma que dejamos dicho en su lugar.

Mas sin embargo de estas ventajas conseguidas en favor de la Iglesia, no fueron menores los males que experimentó á consecuencia de las nuevas máximas introducidas por las falsas decretales en la disciplina y régimen, y por las funestas contestaciones entre las dos potestades, en Inglaterra con Juan Sintierra y en Francia con Felipe Augusto. Inocencio III, y Federico, emperador de Alemania, con las suyas, pusieron á la Italia y al Imperio en un espantoso estado de anarquía. La ruidosa y sangrienta guerra contra los albigenses, hereges maniqueos que se habian estendido por el mediodia de la Francia, fué tambien causa de funestas discordias no solo de los papas con algunos soberanos que los protegieron, sino de estos entre sí por ambiciones y rivalidades personales.

Al comenzar el siglo XIV y el pontificado de Bonifacio VIII, ocupaba el trono de Francia Felipe el Hermoso, que como hemos dicho en la leccion treinta y siete, habia encontrado exhausto el tesoro que pensó aliviar alterando la moneda, y exigiendo crecidas sumas á las iglesias catedrales y monasterios, sin contar con la anuencia de la Santa Sede. Bonifacio VIII comenzó por amonestarle primero, pero viendo que Felipe, cubriéndose con los acuerdos de los Estados generales del reino persistia en su conducta, expidió la bula *Ausculta fili*, que dió principio á la sensible excision, cuyos resultados fueron los escándalos de Anagni, la muerte del pontífice, y la traslacion de la silla apostólica á Aviñon, por Clemente V. Con la muerte de este crecieron los males, pues ademàs de haber vacado la Sede dos años, por los esfuerzos del rey de Francia, para hacer elegir un pontífice afecto á sus intereses, se vió la Italia y principalmente la ciudad de Roma, hechas presa de sangrientas conmociones que el emperador Luis de Baviera fomentaba con el objeto de hacerse dueño de ella. Elegido por una parte de los votos por emperador, en oposicion

á Federico, duque de Austria, que habia sido elegido por los demás, intentó dirimir y apaciguar la lucha comenzada por el papa Juan XXII. Mas vencido Federico por su competidor, comenzó este su reinado protegiendo á las facciones de Roma é Italia, hóstiles al papado. Enconados los ánimos de uno y otro, el papa depuso y excomulgó al emperador, y este hizo elegir al antipapa Nicolao V, que solo reinó dos años, deponiendo despues su autoridad en mano del papa legítimo. A Juan XXII sucedieron diversos pontífices, que permaneciendo en Aviñon, gobernaban á Roma y los demás Estados que tenian en Italia por legados, que en guerra con las facciones y vencedores unas veces y vencidos otras, prolongaban la anarquía en aquellos Estados. Gregorio XI que subió al sólio pontificio despues de Urbano V, volvió la silla apostólica á Roma (1376), donde murió dos años despues. Divididos los cardenales en opiniones, eligieron primero á Urbano VI, que era italiano; pero resentidos los que deseaban la eleccion de un francés, ó adicto á esta nacion, se trasladaron á Fundi en Nápoles, pretextando que habian concurrido violentados á la primera eleccion, y reunidos en cónclave eligieron á Clemente VII, que se estableció en Aviñon. Francia, España, Escocia, Sicilia y Chipre, reconocieron á este por papa legítimo, y el resto de la Europa se declaró por Urbano, dando así principio al grande cisma de Occidente, que le tuvo conmovido por espacio de cincuenta años.

Otro suceso notable de este siglo fué la extincion de la órden de los templarios por Clemente V en el concilio de Viena en 1311, promovida por Felipe el Hermoso de Francia, que ambicionaba sus riquezas, y los odiaba porque en sus contestaciones con Bonifacio VIII se declararon por el papa y le proporcionaron recursos.

Al comenzar el siglo XV, seguia la Iglesia latina dividida entre los dos pontífices, Bonifacio IX, que residia en Roma, y Benedicto XIII que estaba en Aviñon. Muerto el primero, eligieron los cardenales que permanecian á su lado á Inocencio VII, que solo vivió dos años, y le dieron por sucesor á Gregorio XII. Tratóse de reconciliacion entre este y Benedicto XIII, y se obligaron los dos á abdicar el pontificado si el bien de la Iglesia lo exigia. Pero los dos faltaron á la promesa hecha con

juramento. Benedicto XIII huyó de Aviñon á Cataluña, su país natal, y despues á Perpiñan. Ocho ó nueve cardenales de su faccion, mudaron de partido, y se fueron á la obediencia de Gregorio XII, y reunidos todos acordaron convocar un concilio en Pisa con objeto de hacer que acabara el cisma. En vista de que ninguno de los dos abdicaba segun tenian prometido, los condenó el concilio como hereges y perjuros, y los declaró indignos del pontificado, procediendo en seguida á elegir papa, que lo fué Alejandro V. Los dos pontífices condenados no hicieron caso de la condenacion, y cada uno convocó su concilio, el primero en Perpiñan y el segundo en Austria, cerca de Aquiléa en el Friul. Mas temiendo á los Venecianos se trasladó despues á Gaeta, y últimamente á Rimini. La iglesia se encontró de este modo con tres pontífices que se anatematizaban recíprocamente. Alejandro V, elegido en Pisa, murió, y los diez y seis cardenales que habian ido con él á Bolonia, eligieron á Juan XXIII. Tan lastimoso estado no podia menos de atraer sobre las naciones cristianas muchos daños, así en la religion, como en el órden civil. Por lo cual el emperador Sigismundo y la mayor parte de los soberanos desplegaron todo su celo y actividad para atraer á la Iglesia al reconocimiento de una sola cabeza, y dar la paz al mundo. Pero encontrando contumaces á los papas, conocieron que el único medio de acabar con el cisma, era convocar un concilio general para que se decidiera la cestion en juicio de la Iglesia universal. Al efecto convocó Juan XXIII el concilio de Constanza para el 1.° de Noviembre de 1414, al que además del emperador y gran número de príncipes de Alemania, asistieron los embajadores de los soberanos que no pudieron hacerlo personalmente. El concilio depuso primero á Juan XXIII por no querer abdicar como habia ofrecido: Gregorio XII envió á Carlos de Malatesta por su procurador para renunciar en él el pontificado. Benedicto XIII, siguió resistiéndose dos años, al fin de los cuales fué tambien depuesto. Hecho esto se procedió á la eleccion de pontífice, que lo fué Martino V, con lo cual acabó el cisma que tan grandes males habia producido.

En el Oriente con las conquistas de los Mahometanos, Turcos ó Tártaros, iba desapareciendo el Cristia-

nismo, hasta en las regiones donde Jesucristo habia sembrado su divina palabra. El Imperio griego de Constantinopla seguia en su separacion de la Iglesia de Roma, no obstante los esfuerzos que se hicieron para su union en este siglo. Parecia haber sido duradera la conseguida en el concilio de Florencia, por el cardenal Bessarion, pero apenas se concluyó cuando los griegos volvieron á romperla. El pontífice Nicolao V los exhortó nuevamente á conservarla, mas fueron inútiles sus amonestaciones, que aun seguia haciéndolas cuando los Turcos se hicieron dueños de Constantinopla. Despues no han dejado de resistirla con mas encono y pertinacia.

Pero si en 1453 sufrió el Cristianismo la pérdida de casi toda el Asia, Cristóbal Colon en 1492, y despues Américo Vespucio, descubrieron nuevas tierras y naciones ignoradas á las que creyeron de su deber llevar tambien la luz del Evangelio. Los Portugueses por su parte comenzaron por convertir al rey de Congo y sus súbditos al Cristianismo. Alejandro VI, que ocupaba el pontificado, mas por evitar contiendas entre los descubridores que por los fines que se le atribuyen por algunos, hizo la division de aquellas regiones entre Españoles y Portugueses, encargando á ambas naciones trabajar cada una con ahinco en la conversion de sus habitadores así continentales como de las islas. En su consecuencia fueron muchos religiosos Dominicos y Franciscanos á todas sus partes, para predicar y bautizar á los pueblos americanos.

HISTORIA MODERNA.

LECCION CUARENTA.

Pueblos Eslavos y Escandinavos desde la conclusion de la Edad media, hasta nuestros dias.

§ I.

RUSIA.

(1462.—1796.)

A los veintidos años de edad fué reconocido Juan III por gran duque de Rusia (1462), pero el espectáculo de las revoluciones y los infurtunios de su padre dieron á su carácter y juicio la madurez que necesitaba. Los Tártaros se encontraban desunidos: la Horda de Oro se diseminó para obedecer á diferentes jefes que tomaron los nombres de Khanes de Astracan, de Kasan, de Crimea, etc. Juan III les humilló incitando á los unos contra los otros, y llegó á conquistarlos. Sembró la discordia entre los republicanos de Novogorod, y consiguió arrancar sus privilegios á esta ciudad. Combatió con buen éxito á los Grandes Maestres de la Livonia, á los duques de Lithuania y á los reyes de Polonia, y empezó la conquista de la Siberia. Este digno predecesor de Pedro el Grande, fué el primero que hizo entrar á los Rusos en el movimiento europeo, celebrando alianzas y trayendo

hombres capaces de civilizarlos. Por desgracia la batalla de Plescow, ganada en 1502 por el gran maestre Walter de Pletember, comprometió los resultados de un reinado tan venturoso.

A pesar de los últimos reveses no dudó Basilio IV, hijo de Juan, tomar el título de Czar de todas las Rusias (1505). Los Tártaros del Kasan y la Crimea, excitados de la Polonia, hicieron varias incursiones por el territorio ruso, entraron en Moscow (1521) y obligaron al czar á pagar tributo.

La toma de Smolensko, quitada á los Lithuanios, la sumision de la pequeña república de Plescow y de algunos otros señoríos independientes, indemnizaron á los Rusos de las anteriores pérdidas. Basilio IV hizo poco en favor del progreso moral de su pueblo.

Juan IV tenia tres años cuando sucedió á su padre, (1534) y su menor edad fué azarosa, con las violencias de los *Boiardos*. A los catorce años tomó las riendas del gobierno, y desplegó contra los facciosos la severidad que le produjo el dictado de *Terrible*. Se apoderó del Kascin y Astracan, castigó á los Cosacos del Don, y sometió á los bárbaros diseminados por la Siberia. Reunió sus fuerzas contra la Livonia, que sujetó á pesar del auxilio de la Suecia. Tantos progresos alarmaron á sus vecinos, que formaron una liga, en la que entraron los Polacos, Suecos y otros pueblos interesados en la libertad de los mares septentrionales, y le obligaron á abandonar la Livonia, Estonia y otras provincias que le abrian el Báltico. Los enemigos mas obstinados para con él, fueron sus mismos súbditos, á quienes con violencia quiso civilizar. Trajo sábios de Alemania, estableció en Moscow una imprenta; pidió á Isabel de Inglaterra instrucciones para formar una marina, y creó la disciplina y táctica de los Jenízaros. Sin embargo, Juan el Terrible fué uno de los déspotas que mas han afligido á la humanidad. Dejó dos hijos, Fedor y Dmytri, que fueron víctimas de la ambicion de su tio materno, Boris Gudonow. El menor fué asesinado, y Fedor reducido á la nulidad por su tio, fué el último príncipe de la sangre de Rurik (1598). Boris Gudonow, en nombre de sus sobrinos, desplegó actividad é inteligencia, por lo que seducidos el patriarca y los grandes del Imperio, le dieron la corona. Un aventurero, llamado Otrepiew, que se fingió ser Dmytri, le des-

tronó y se puso en su lugar: pero tampoco este subsistió, y á su vez fué echado del trono por Chiouski, que murió víctima de su ambicion. Estas revoluciones cansaron á la nacion, y se procedió á hacer una eleccion regular, que recayó en Miguel Feodorowitch, que empezó la dinastía Romanow originaria de Prusia (1613).

Miguel, hijo de Fedor, fué proclamado á los diez y siete años, en consideracion á su padre que los Polacos tenian prisionero. Hizo paces con ellos y con los Suecos, dándoles las provincias que durante las guerras civiles habian tomado. Su hijo Alejo, coronado á los diez y seis años (1645) y puesto bajo la tutela de tres ministros, excitó revueltas que causaron los tutores con sus exacciones y violencias. Fué necesaria mucha sangre para apagar el incendio. Los sucesos mas principales de su reinado, son la reconquista de Smolensco y otras provincias que retenian los Polacos y Suecos. El hijo de Alejo, Fedor III (1676), apenas subió al trono, rechazó á los Tártaros y consiguió la paz de otros enemigos del Imperio. Inspirado por su noble ministro Galitzin, trabajó muchó en la civilizacion de sus pueblos. Hizo quemar todos los títulos de nobleza, para que los únicos que hubiera fuesen los del mérito y la virtud. Murió jóven (1682), dejando dos hermanos de poca edad, Juan, de espíritu débil y apocado, y Pedro, de carácter emprendedor y firme. A este le dejó la corona por testamento, y por mucho tiempo se vió rodeado de conjuraciones, promovidas por los afectos á la princesa Sofía, que esperaba conservar el poder en nombre del imbécil Juan. Pedro empezó á ser rey, encerrando á su hermana y á su hermano en un convento (1689).

Cuando subió al trono, era ya la Rusia el Estado mayor de Europa, pero su influencia no era proporcionada á su extension. Adheridos los Rusos á sus antiguas costumbres, se hallaban concentrados en si mismos. Pedro I, exasperado con las contínuas rebeliones de los Strelitz, Boyardos y la ignorancia de los Monges, concibió el proyecto de hacerlos entrar en la civilizacion europea. Las tentativas que hizo desde 1689 hasta 1695, abriendo canales y puertos, é instruyendo marineros, de nada le aprovecharon. A los veinticinco años de edad, salió de sus Estados, acompañado del genovés Lefort, para recorrer los paises de Europa, en los que observó con igual

interés los talleres de los artistas que los palacios de los príncipes, todo con objeto de imponerse en la diplomacia, la administracion, la táctica militar, progresos de la industria, la navegacion, etc. Una rebelion de los Strelitz le obligó á regresar á su país. Disolvió esta clase de milicia y llevó al suplicio á los jefes de la insurreccion. Cada una de las innovaciones que decretó, como la rasura de la barba, el abandono del traje asiático y algunas costumbres supersticiosas, produjo una revuelta que sofocó con degüellos (1698). A fuerza de penas y castigos, llegó á organizar la milicia como la de los otros Estados continentales. Deseando experimentarla, entró en la liga de Polonia y Dinarma, contra Cárlos XII. Pero halló que este era un héroe que con ocho mil soldados destrozó á sesenta mil rusos atrincherados cerca de Narva (1700). El Moscovita, lejos de desalentarse en este revés, conoció el precio de la buena táctica y disciplina. Mientras que Cárlos XII. arrastrado de su ódio al rey de Polonia, proseguia con su proyecto de destronarle, Pedro se fortificó en la Ingria y la Carelia, y apoderándose de Mariemburgo, Narva y Dorpat, se decidió á dominar el golfo de Finlandia y puso los cimientos á San Petersburgo (1703). En medio de sus espediciones observó los sitios donde se construian toda clase de pertrechos de guerra, y las fábricas de manufacturas. Dotado de genio y de particular instinto, sabia discernir hasta en las clases inferiores quienes eran los que podian auxiliarle. Así se atrajo á la jóven sirvienta Catalina, que despues subió al trono, y al jóven pastelero Mentzicof, que fué un gran general y hombre de estado.

Previendo que Carlos XII cansaria á la fortuna, se estuvo aguardando la ocasion; pero en 1708 fué provocado directamente, y á las valentonadas del conquistador Sueco, contestó con mayores esfuerzos de actividad, maniobró con gran prudencia, y rehusó por mucho tiempo una accion. Por último, aprovechándose del cansancio de su enemigo, y viéndole errante en las llanuras inhospitalarias de la Ukrania, arriesgó la batalla de Pultawa (1709), en la que destruyó enteramente al ejército sueco. Puede decirse que desde esta expedicion se colocó en el pedestal construido por Carlos XII. Refugiado este en Bender, halló medio de suscitar á los Turcos contra su rival. Declarada la guerra entre ambos en una

desgraciada campaña seguida en las riberas del Pruth, en la Moldavia, se vió Pedro bloqueado en su campo y reducido al extremo de desesperar de su fortuna, cuando Catalina, recientemente elevada al rango de czarina, emprendió ganar al Visir y comprar la paz (1711) con dinero. Salióla bien la negociacion, y salvó á su esposo, quitando á Carlos XII su última esperanza.

Seguro ya Pedro por el Sud y el Oriente, le fué fácil acabar la conquista de la Livonia, la Estonia y la Finlandia, de fortificarse en el Báltico, adelantar la construccion de su espléndida capital, y acechar la política de los pueblos del Norte. La primera batalla naval ganada á los Suecos (1715) le llenó de orgullo y de esperanza.

El engrandecimiento de la Rusia empezó á causar inquietudes á las córtes vecinas, que excitaron á Suecia á resistir las invasiones del czar. Pero los Suecos con el gobierdo débil de Ulrica Leonor, se arrepintieron luego de ello, y se dieron por satisfechos en desarmar á los rusos con el tratado de Nystadt (1721), por el que la Rusia obtuvo definitivamente la Livonia, la Estonia, la Ingria y Carelia, esto es, una extension considerable en las costas del Báltico. Una expedicion al Oriente contra los Persas y los Tártaros, le dió por resultado la adquisicion de cinco grandes provincias y estender su dominacion hasta las riberas del mar Negro y Caspio. Despues de estos triunfos, se hizo Pedro reconocer oficialmente por emperador de todas las Rusias, y decidió que en lo sucesivo cada emperador tendría el derecho de designar su sucesor. Murió á la edad de cincuenta y dos años y cuarenta y tres de reinado, contando los de su menor edad (1725).

Subió al trono Catalina I, su viuda, auxiliada del príncipe Mentzicof. Durante su reinado de dos años no hubo mas ley en el Imperio que la voluntad del ministro. Nada dejó por hacer para asegurar su poder personal. El pueblo oprimido, así que supo la muerte de Catalina, proclamó á Pedro II, hijo de Alejo, á quien Pedro I habia hecho decapitar por conspirador (1727). Mentzicof, revestido con la cualidad de regente, siguió oprimiendo al pueblo, hasta que derribado por una intriga salió desterrado á la Siberia. Otro favorito que le sucedió no tuvo tiempo para abusar de la autoridad por haber muerto el jóven emperador. En él acabó la posteridad masculina

de Romanow, y la alta aristocracia dispuso del trono en favor de Ana, sobrina de Pedro el Grande, duquesa de Curlandia (1730), á quien dió una especie de constitucion que no la fué difícil violar, oponiendo á la resistencia de los nobles la confianza que dió á los estranjeros. El mariscal de Munich y el diplomático Osterman, gobernaron el Imperio siguiendo las sendas de Pedro el Grande. Mas luego desapareció toda la autoridad legal ante la suprema voluntad de Ernesto de Viren, que hizo su primera esclava á la emperatriz. Extinguida la antigua casa de los Kelter, duques de Curlandia (1737), y reunidos los Estados del país para proceder á la eleccion de soberano, eligieron al mismo Viren instigados de la emperatriz.

Con ánimo de prolongar el gobierno á su favorito, designó la czarina Ana por sucesor suyo al niño Iwan VI, su sobrino (1740.) Viren no tardó en verse suplantado por Munich, que le envió á la Siberia. Estas intrigas redundaron en provecho del partido aleman. Pero verificada una reaccion, el partido nacional elevó al Imperio á la princesa Isabel (1741), hija menor de Pedro el Grande, y desterró á la Siberia á Munich y á Osterman. Al niño Iwan VI le encerraron en una fortaleza, donde murió violentamente. Los favoritos que gobernaron bajo este nuevo órden de cosas fueron rusos poco ilustrados, de quienes se temió un retroceso á la primitiva barbarie. Sin embargo, la gloria adquirida en la guerra de los siete años, encubrió algo las faltas del reinado de Isabel. La Europa vió con asombro á Federico II vencido por las legiones moscovitas.

Isabel, que no se habia casado, designó por sucesor á Pedro Holstein-Gottorp (1762). Corrompido por su educacion viciosa, se hizo luego odioso por sus extravagancias y desenfreno. Casado con la princesa Sofía Augusta de Anhalt-Zerft, vivia en poca y mala inteligencia con ella. Temiéndolo todo de un marido de esta especie, se adelantó á conspirar contra él. Pedro III fué depuesto á consecuencia de una insurreccion militar, y despues degollado. Los jefes de la conjuracion proclamaron á Catalina II (1762), cuyo gobierno fuerte y hábil elevó á la Rusia al primer rango entre las demás potencias. Al adoptar el culto griego dejó el nombre de Sofía por el de Catalina.

Los crímenes que esta princesa cometió para elevarse al trono y los desórdenes de su conducta, han quedado como encubiertos con la gloria y esplendor de su reinado. Su primer cuidado fué declararse neutral en la guerra entre Prusia y Austria, y el objeto de su política exterior fueron la Polonia y la Turquía. Muerto Augusto, rey de Polonia, por influjo de Catalina y el respeto que inspiraba su ejército acampado junto á Varsovia, fué elegido Estanislao Poniatowsky. Fraguóse una conspiracion en Rusia para restituir la corona á Iwan VI, y Catalina dió órden á las tropas que le guardaban que al menor movimiento que notasen para libertarle de la prision, le diesen muerte. Mirowitz sobornó á algunos soldados, y acometió á la puerta de la prision, lo cual, visto por los que la custodiaban, cumplieron las órdenes de la emperatriz, y prendieron á Mirowitz, que fué decapitado.

Como Catalina hubiese protegido á los protestantes y cismáticos griegos de Polonia, la nobleza polaca, indignada con la debilidad de su rey Estanislao, formó una confederacion en Bar, y llamó en su auxilio contra la Rusia al sultan de los Turcos. Pero solo consiguió acelerar la ejecucion del plan que de antemano se habia trazado sobre la Polonia, conviniendo el Austria, la Rusia y la Prusia en hacerse un repartimiento de aquel país. No fué menos afortunada en la guerra contra la Turquía, luego que Romanzow se puso á la cabeza del ejército ruso; pues las victorias de Prutch y del Kagul y el incendio de la flota turca en la bahía de Teschesme por Alejo Orlot, la trageron la cesion de Kinsurn, de Asow Jenikale en la Crimea. Cansadas ambas potencias de la guerra, abrieron conferencias para la paz en Bucarest. Durante ellas se firmó en Petersburgo la desmembracion de la Polonia. Las conferencias no produjeron efecto alguno, porque la Puerta se negó á reconocer la independencia de Crimea y renunciar á su protectorado, pero en 1774 tuvo que ceder á la superioridad de Romanzow y firmó la paz de Cainardgi. Los Cosacos, Calmucos, Balkires y otros pueblos nómadas sometidos á la Rusia, llevaban muy á mal las vejaciones de los gobernadores de las provincias, y se insurreccionaron en número de ochocientos mil con Pugatschef, cosaco de nacion, que fingió ser Pedro III, á quien hecho prisionero hizo de-

gollar en Moscou, poniendo así término á rebelion tan peligrosa.

Libre Catalina de los cuidados que la causaban los negocios del Norte, se preparó para hacer nuevamente la guerra á la Turquía, segura de la cooperacion de José II, emperador de Alemania. Un ejército, mandado por Potemkin, su primer ministro, ocupó la Crimea, mientras Suwarow sometia á los Tártaros del Kuban y del Budziak. Desde entonces fué el mar Negro límite meridional del Imperio de Rusia. Los Turcos, aunque deseosos de vengar tantas injurias, no se atrevieron á llamar sobre sí las armas de la Rusia, hasta que conocieron las buenas disposiciones de Gustavo III, rey de Suecia. Entonces declararon la guerra á Catalina, para la cual se habia preparado poniendo sus ejércitos en las fronteras del Niester, dejando casi desguarnecidas las del Báltico, donde nada recelaba. Las primeras operaciones del rey de Suecia causaron temores en Petersburgo El ejército de Gustavo sitió á Fredericksham, fortaleza situada en la costa de Finlandia, y su armada bloqueó á Cronstadt, donde estaba la rusa dispuesta para salir á el Archipiélago. La accion quedó indecisa, y Catalina reclamó los auxilios de Dinamarca, cuyas tropas atacaron á la segunda capital de Suecia, que hubiera caido en su poder si no hubieran mediado las amenazas de Inglaterra, aliada de la Suecia. Catalina no por eso dejó de seguir la guerra contra los Turcos, hasta que los obligó á firmar la paz de Jassy (1792). Sus principales condiciones fueron que el Niester serviria de frontera entre ambos Imperios, que se conservarian sus privilegios á los principados de Valaquía y Moldavia, y que la Puerta garantizaría la tranquilidad de los paises tributarios de la Rusia, ó protegidos por ella en la parte oriental del mar Negro.

Apenas terminó la guerra de Turquía, se la declaró á la Polonia con el pretexto de que habia anulado la constitucion que se la dió en el primer repartimiento que se hizo de ella. Federico Guillermo, rey de Prusia, se ligó con la czarina, y no obstante los grandes esfuerzos de Kosciusko por la causa de la independencia, acabó la Polonia repartida segunda vez entre la Rusia, la Prusia y el Austria. Catalina murió de un accidente en 1796.

LECCION CUARENTA Y UNA.

Polonia.

(1444—1792).

Ladislao III (1444), que murió en la batalla de Varna, habia unido la corona de Polonia á la de Hungría. Muerto él se separaron ambos pueblos, y los Polacos ofrecieron el trono á su hijo segundo Casimiro IV, que gobernaba la Lithuania. Este le aceptó al cabo de tres años de dudas. La predileccion que manifestó á los Lithuanios ofendió á los Polacos y suscitó graves dificultades. Mas sin embargo, un conjunto de circunstancias hizo que el reinado de Casimiro fuera brillante. Las ciudades y nobleza de segundo órden de la Prusia negaron su obediencia al órden teutónico, y eligieron por su jefe al rey de Polonia. Despues de diez años de guerra, en que apuró todos sus recursos la órden, se verificó el tratado de Thorn (1466), en virtud del cual la Prusia occidental, que comprendia la Pomerania, Thorn, Culm, Dantzic, Mariemburgo y otras plazas fuertes, se incorporó á la Polonia, quedando la Prusia oriental para la órden, con el título de feudo, debiendo los grandes maestres recibir la investidura del rey de Polonia. La Livonia conservó su independencia hasta fines del siglo XVI.

El reinado de Casimiro es célebre tambien por la institucion de la Cámara de Nuncios (1468), compuesta de los obispos, palatinos, grandes funcionarios de la corona y los mandatarios de las ciudades y distritos provinciales, dividida en dos Cámaras presididas por el rey. La primera se llamó del Senado, y la segunda de los

Nuncios. Juan Alberto (1492) y Alejandro (1501), hijos de Casimiro IV, pasaron rápidamente por el trono. Los Turcos y los Tártaros invadieron dos veces la Polonia, llevándose en cada una cien mil jóvenes destinados á la esclavitud. Su hijo tercero, Sigismundo I (1506), fué mas afortunado en las guerras que tuvo con los Cosacos, Tártaros de la Crimea, los Rusos y los Alemanes. Su corte era concurrida por los mejores sábios y artistas que florecieron en el siglo XVI. Sigismundo Augusto, su hijo (1548), agregó á sus Estados la Livonia y la Curlandia, y cimentó la union de la Lithuania y la Polonia. La muerte prematura de este príncipe, el último de la línea masculina de los Jagellones, produjo una funesta revolucion que hizo de la Polonia una república aristocrática con un jefe electivo. La primera dieta se verificó en 1572, y acudieron á ella pretendientes de toda la Europa. La mayoría se declaró por Enrique de Valois, hermano del rey de Francia, Carlos IX. El nuevo electo salió secretamente á los cinco meses para posesionarse del trono de Francia, vacante por la muerte de su hermano (1575). Al proceder á otra eleccion existia ya en Polonia un partido interesado por la casa de Austria, y otro decidido á conservar á toda costa la independencia del país. Este despreció las pretensiones del emperador Maximiliano II, y ofreció la corona á Estéban Batory, príncipe de Transilvania, con condicion de casarse con la princesa Ana, de la sangre de los Jagellones. Batory aceptó, y animado de grandes esperanzas proyectó oponerse al gran poder de la Rusia bajo Juan el Terrible. Sostuvo tres campañas contra ella, y acaso hubiera conseguido sujetarla si las intrigas de las cortes meridionales no le hubieran contenido. Otro de sus grandes proyectos fué hacer hereditaria la corona en su familia para evitar las turbulencias que la nobleza suscitaba en cada eleccion. Su muerte repentina, atribuida á un veneno, acabó con tan importantes designios, y dió principio á la desventurada ruina de Polonia.

La dieta convocada en 1587, se declaró por el príncipe real de Suecia, Sigismundo Wasa, de la sangre de Jagellon por su madre. Su reinado de medio siglo pasó en continuadas luchas con el Imperio germánico, la Suecia, la Rusia y la Turquía. En ellas se ilustraron los nombres de Zamoyski, Radziwik, Codkievick y otros

guerreros, pero sin mas resultado que la progresiva decadencia de la Polonia (1632). Ladislao IV Wasa, hijo de Sigismundo, renovó las pretensiones de su padre á la corona de Suecia, pero en vano. Mas feliz fué contra los Rusos, á quienes obligó á comprar la paz, cediéndole algunas provincias. De carácter noble y conciliador, se vió arrastrado por la aristocracia á tomar medidas de rigor con los Cosacos de la Ukrania, fieles súbditos de la Polonia (1648), y promovió una furiosa insurreccion que dejó á su sucesor Juan Casimiro. Conducidos los Cosacos por el terrible Kiemnicki y ayudados de los Tártaros, entraron á sangre y fuego en varias provincias, saquearon muchas ciudades, bloquearon á Varsovia, y llevaron doscientos mil prisioneros. En 1651 decretó Juan Casimiro un levantamiento general, y en menos de diez dias dejó fuera de combate á Kiemnicki. Pero repuesto este, se sostuvo por muchos años, hasta que voluntariamente se sometió á la Rusia con todos los pueblos que mandaba. Quedó por ello la Polonia sin fronteras orientales que la protegieran. Dos invasiones simultáneas de Alejo, czar de Rusia y de Carlos XII, rey de Suecia, la pusieron en tal mal estado, que las demás cortes de Europa temieron su disolucion (1655). La asistencia que la prestaron algunas retardó la catástrofe que preveian desprendiéndose la Polonia de gran porcion de provincias, y humillándose á concesiones ruinosas. El tratado de Velaú, concluido en 1657 con el elector de Brandeburgo, libertó á la Prusia oriental del vasallaje que debia á la Polonia. Por el convenio de Oliva (1660), cedió á la Suecia la Livonia alemana. El de Andruchowo (1667), volvió á la Rusia los Principados de Smolensko, Czernigou y muchos distritos de la Ucrania. La nobleza polaca, culpable de tamaños desastres, les imputaba á Juan Casimiro. Este príncipe, último de la familia Sueca de Wasa, abdicó la soberanía y marchó secretamente á Francia (1668).

Procedióse á hacer nueva eleccion, y para alejar de ella á los extranjeros, se convino en Miguel Wisniowiecki. Para contener á los Tártaros, les hizo cesion por el tratado de Budzaez (1672), de la Podolia con el resto de la Ucrania polonesa, y se obligó además á pagar un tributo. En el dia siguiente á su muerte (1673), Juan Sobieski con su ejército, consiguió de los Turcos una gran victoria,

cuyo suceso reanimó á la nacion que le ofreció la corona. Un tratado que concluyó la guerra con los Turcos, reparó las humillaciones del anterior, y la Polonia por algunos años gozó de quietud. En 1683, Sobiescki emprendió una guerra que debia hacer valer á la Polonia á los ojos de la Europa. Un ejército de trescientos mil turcos se acampó cerca de Viena, y todas las comarcas meridionales estaban llenas de espanto, cuando se presentaron al héroe Sobiescki un embajador del emperador Leopoldo y un legado del papa, suplicándole que uniera sus fuerzas á las de Austria. Sobiescki se puso á la cabeza del ejército aliado, compuesto de setenta mil hombres, y marchó contra los Turcos, á quienes derrotó completamente, librando á la Alemania del grande peligro en que se habia hallado. Durante algunos años sostuvo varias campañas contra ellos, y cuando su valor guerrero empezaba á suscitarle dificultades, murió (1696).

La mala política de Sobiescki habia hecho olvidar la gloria de sus victorias, hasta el extremo de que muerto él, excluyera la Dieta reunida para elegir rey á todo candidato nacional. El príncipe de Conti y el elector de Sajonia, Federico Agusto II, fueron los dos competidores, y de ellos triunfó el último (1697). Señalóse su advenimiento con un buen suceso, pues habiendo entrado en el tratado de Carlowitz entre el príncipe Eugenio y los Turcos, obtuvo la Polonia la restitucion de todo lo que habia perdido en la Ukrania y la Podolia. Entró luego en una liga contra Carlos XII, á quien despreciaba; mas pagó bien cara esta animosidad. El héroe de Suecia persiguió á Federico Augusto por ocho años en la Polonia y la Sajonia, batiéndole cuantas veces le alcanzó, y obligándole á pasar por tratados humillantes, y poniendo por último, en su lugar á Estanislao Leckzinski (1704). La batalla de Pultawa libró á Augusto II de Carlos XII, pero entregó á la Polonia á la influencia rusa. El gabinete de San Petersburgo se mezcló desde entonces en todos los negocios de la Polonia. De este modo, con motivo de las sangrientas querellas que sobrevinieron entre las tropas Polacas y Sajonas de Augusto II, obligó el czar á la dieta á dar un decreto por el que se reducia el ejército polaco á veinticuatro mil hombres. Esto era preparar la conquista que meditaba. Para realizarla bastaba á la Rusia y el Austria dejar andar el tiempo. Así,

pues, cuando Augusto II murió (1773), pusieron estas dos potencias ejércitos en movimiento para echar á Estanislao, protegido de la Francia, y sostener á Augusto III, hijo del rey difunto. La intervencion francesa no produjo otro resultado que encender una guerra, en la que la Europa meridional sufrió mas que la Polonia. El tratado de Viena (1738) afirmó en el trono paterno á Augusto III, cuyo reinado fué una triste continuacion del anterior. Despues de las calamidades naturales, vinieron las disensiones religiosas que produjeron la guerra civil. Con un territorio de trece mil leguas cuadradas y una poblacion de trece millones de almas, no podia la Polonia poner un dique á las invasiones de sus vecinos. Sin interés en la guerra de los siete años, no supo hacer respetar la neutralidad de su territorio. Al morir Augusto III (1763), sus males interiores necesitaban pronto remedio. Dos partidos existian opuestos: el uno deseaba conservar sus instituciones y rechazar toda intervencion extranjera: el otro conociendo la necesidad de una reforma, se inclinaba á la monarquía pura apoyada en los extranjeros. La czarina Catalina II cortó la dificultad haciendo avanzar cuarenta mil rusos hasta Varsovia, y elegir por autoridad propia á un gentil-hombre polaco, á quien protegia, llamado Estanislao Augusto Poniatowski (1764). A esta violacion se siguieron diez años de guerra, que autorizaron la primera desmembracion de la Polonia, consumada en 1773 por la Rusia, el Austria y la Prusia.

Los Polacos conocieron aunque tarde la necesidad de renunciar á sus funestas divisiones, y despues de casi veinte años se promulgó una constitucion, y fué proclamado el mismo Estanislao Poniatowski. En 1792 el partido adicto á las antiguas leyes, formó una confederacion é imploró el auxilio de Catalina de Rusia. Bulgakof ministro de esta en Varsovia, declaró solemnemente la guerra á la Dieta, que recibió esta declaracion con serenidad, y se preparó á resistir con entusiasmo. José Poniatowski, hermano del rey, se puso al frente de un ejército de cincuenta mil hombres. La Rusia con tres ejércitos que ascendian á ciento veinte mil hombres, atacó á Wilna y penetró en Podolia. A pesar de esto los Polacos consiguieron algunas ventajas por el valor de Kosziwsko, lugar-teniente de Poniatowski. La Rusia pro-

puso á Federico Guillermo, rey de Prusia, el repartimiento definitivo de la Polonia, y ganó en secreto á algunos señores polacos, que obligaron á Estanislao á declarar que estaria á lo que decidiese el gabinete de San Petersburgo. Este adjudicó á los Rusos todos los paises que están al Oriente del Niemen, en virtud de los antiguos derechos de los descendientes de Ruric sobre la Lithuania. Al mismo tiempo el Austria estendió sus posesiones hasta el Niester, y la Prusia hasta Kalishc. La Polonia quedó reducida al país comprendido entre el Vístula y el Bug, su confluente. El rey condescendió á todo. Despues de algun tiempo Kosziusko y algunos otros jefes del partido nacional, promovieron una insurreccion, pero atacados y derrotados completamente en Maciejowice, donde murió Kosziusko, se consumó la ruina de Polonia. La Prusia fué dueña de Varsovia, el Austria de Cracovia y de toda la Galitzia, y la Rusia de todo lo demás. Los polacos que no quisieron condescender con esta division, emigraron á Francia, y se incorporaron en los ejércitos que peleaban con los enemigos de su patria.

LECCION CUARENTA Y DOS.

Suecia.

(1457.—1792.)

La union de Calmár nunca fué enteramente cordial y duradera. Carlos Canutson, que gobernaba en concepto de administrador la Suecia, siguió con constancia y habilidad el proyecto de volverla á su independencia. Rota la union, le dieron la corona en una asamblea de notables. Su advenimiento fué grato á la nobleza y las clases

inferiores, pero el clero hubiera preferido la dominacion danesa. La necesidad de sacar nuevos impuestos, y el mal estar propio de los tiempos de revolucion, hicieron al nuevo rey perder la popularidad con que habia sido admitido, y dada la señal de insurreccion por el obispo de Upsal, Canutson tuvo que huir á Alemania (1457). Siguieron siete años de anarquía, y Canutson vuelto á ser llamado por el partido popular y arrojado otra vez por el de la oposicion, y restablecido en seguida, murió sin poder consolidar su trono (1470). Su sobrino Stenon Sture, no quiso tomar el título de rey, contentándose con el de administrador, y al parecer volvió á formarse de nuevo la union de Calmár. Habiendo sido derrotado en una guerra contra los Rusos, culpó á Swante Sture que era su pariente, pero este sostenido por la aristocracia, hizo deponer á Stenon y ocupó su lugar. Por casi veinte años, así él como su hijo Stenon el Jóven pelearon con fortuna contra los Daneses. En 1520 Cristiano II, rey de Dinamarca, consiguió vencerlos y entró en Stokolmo. Publicó una amnistía, y dispuso coronarse rey de Suecia, á cuya ceremonia asistieron los personajes mas considerables del reino. Hizo aprisionar á los que le eran sospechosos, y les condenó á muerte. Esta crueldad produjo á la vez una revolucion política y un cisma religioso.

Por el mismo tiempo Gustavo Wasa, á quien Cristiano tenia en rehenes en Dinamarca, consiguió fugarse, y llegó á su país cuando se verificaba el degüello de Stokolmo. Juntáronsele algunos paisanos de la Dalecarlia, y sabidos sus primeros sucesos se levantó toda la nacion. Fueron arrojados los Daneses y colocado Gustavo en el trono (1523). Desde esta época dejaron los reyes de Dinamarca de apoyarse en el tratado de Calmár. Durante el largo reinado de Gustavo I, no sufrió la Suecia mas trastornos que los seguidos á la introduccion del luteranismo. Entregado al cuidado de sus pueblos les dió buenas leyes, dulcificó sus costumbres salvajes, y con su ejemplo les infundió aplicacion á las ciencias, con lo que consiguió que se declarara hereditaria la corona en su familia (1560). En sus tres hijos no revivieron las virtudes del padre, pues Erico XIV que era el mayor, arrastrado de su humor feroz y sombrío, dió márgen con sus crueldades á que se le revelara y le destronara Juan III,

su hermano (1568). La inclinacion de este al despotismo, y su celo ardiente por la religion católica, causaron inquietudes á los Suecos apegados á sus franquicias políticas y opiniones luteranas. Con tal desasosiego, costó mucho defender la Esthonia y la Finlandia de las correrías de los Rusos. Elegido Sigismundo Wasa, hijo de Juan III, por la Dieta de Polonia, en 1587, aceptó esta corona sin renunciar á los derechos eventuales á la de Suecia. Muerto Juan poco despues (1592), Carlos, su hermano, hijo menor del gran Gustavo, excitó la desconfianza de los protestantes suecos contra su sobrino Sigismundo, que era católico, y consiguió privarle de intervenir en los negocios del reino. Sigismundo por su parte interesó á los Polacos, prometiéndoles hacer de la Suecia una provincia suya.

Durante algunos años estuvo amenazando una encarnizada lucha que Carlos Wasa supo contener ejerciendo el poder soberano como mero administrador. Pero en 1604 se reunió una dieta sueca que depuso á Sigismundo y dió la corona al gobernador, que desde entonces tomó el nombre de Carlos IX. Ya era inevitable la guerra, en la que la Suecia, cuya poblacion apenas era de cuatro millones de almas, tenia que combatir con una potencia cuatro veces mayor que ella. Con todo, aun cuando los Polacos alcanzaron una victoria en Kirkolm (1605), Carlos se afirmó en el trono, que ocupó todavia seis años, y le trasmitió á su hijo Gustavo Adolfo II, príncipe de diez y ocho años y de cualidades heróicas (1611). Empezó batiendo á los Rusos que compraron la paz abandonando dos provincias. Para obligar á los Wasa de Polonia á desistir de sus pretensiones sobre la Suecia, destruyó varias veces el territorio polaco (de 1621 á 1629), hasta que por mediacion de la Francia y la Inglaterra consintió en una paz en la que ganó la Livonia alemana y las ciudades marítimas de Prusia. Poco tiempo despues se vió comprometido en la guerra de los treinta años, que puso á la Suecia al frente de la liga protestante (1630). Murió en la batalla de Lutzen que ganó á los imperiales (1632). Cristina, su hija, tenia cinco años cuando subió al trono, bajo la tutela del conde Oxens-Tiern. Torteson, Weimar, Horn y otros generales formados al lado de Gustavo Adolfo, hicieron triunfar las armas de Suecia contra Dinamarca y los imperiales. El tratado

de Westfalia (1648) que puso término á la guerra de treinta años, dió á la Suecia la Pomerania y muchas plazas importantes que dominan el Báltico. Cristina tuvo algunos disgustos en su gobierno á causa de la penuria del tesoro y necesidad de nuevos recursos. A la edad de diez y ocho años abdicó la corona en favor de Carlos Gustavo, su sobrino, hijo del conde palatino de Dospuentes, y nieto por su madre de Carlos IX (1654). Despues de esta resolucion, que tuvo por pretexto el amor á las ciencias y la independencia filosófica, se retiró Cristina á Francia, donde dejó funestas memorias. Luego pasó á Roma, donde murió abjurando el protestantismo. En ella acabó la dinastía sueca de Wasa.

Al advenimiento de la de Dospuentes, la Suecia, empobrecida y fatigada, no anhelaba mas que paz y reposo, pero el rey que se habia dado deseaba conquistas. No teniendo ningun justo motivo de guerra, se arrojó contra la Polonia, pretextando que Juan Casimiro, hijo de Sigismundo Wasa, habia protestado contra el advenimiento de la dinastía de Dospuentes al trono de Suecia. Tres campañas ó correrías que hizo por la Polonia, pusieron á Juan Casimiro en aprieto; pero la intervencion de la diplomacia europea, y una súbita invasion de los Dinamarqueses en Suecia salvaron á la Polonia. Carlos Gustavo vino sobre Dinamarca, conquistó el Jutland, pasó á la isla de Seeland sobre hielos, y volvió á sitiar á Copenhague. Temerosa la Europa de que la Dinamarca cayera en poder de la Suecia, se disponia á contrarestar al conquistador, cuando murió (1660). En la menor edad de Carlos XI, su hijo, celebró varios tratados la Suecia con sus rivales, y cesaron las hostilidades. Por este tiempo infundian temores á la Europa Luis XIV de Francia, y la regencia sueca entró en la liga contra él, pero volviendo á la política de Gustavo Adolfo, se separó de ella para unirse á la Francia. Esta alianza le fué perniciosa en un principio, pues perdió todas las posesiones en Alemania, las que recobró despues por el tratado de Nimegue (1679). Carlos XI, despues de haber dado pruebas de su gran capacidad militar, llegó á convencerse de que la primera necesidad de las naciones es la paz, y trabajó veinte años en cicatrizar las heridas que la guerra habia abierto, haciéndose digno del aprecio de los Suecos, que en su honor abolieron la antigua

constitucion dándole un poder absoluto. Los senadores que tanto habian abusado de su autoridad, solo fueron consultados despues como consejeros reales. Ya se habian reparado las faltas de los reinados anteriores, cuando subió al trono el impetuoso Carlos XII, hijo de Carlos XI.

A su advenimiento al trono, de edad de quince años, hubo un alzamiento general instintivo de los enemigos de la corona sueca. El czar Pedro, Federico Augusto II, elector de Sajonia y el rey de Polonia, y Federico IV, rey de Dinamarca, sostenidos por el livonio Patkul, jefe de los rebeldes Suecos, formaron una liga bajo diversos pretextos, pero el verdadero objeto era quitar á la Suecia las ventajas que habia conseguido en la paz de Oliva.

Carlos XII supo en 1700 la invasion del Holstein por los Dinamarqueses, y la de Livonia por los Polacos, Sajones y Rusos. El héroe desenvainó su espada, y saliendo de Stokolmo, á donde no volveria á entrar, se dirigió á la costa de Dinamarca y desembarcó bajo el fuego del enemigo, le aturdió con su impetuosidad y obligó á Copenhague á capitular antes que llegara Federico IV. Dióse este por contento con alejar á Carlos XII, prometiéndole separse de sus aliados y renunciar las pretensiones al Holstein.

El rey de Polonia tenia bloqueado á Riga con veinte mil Sajones: pero así que supo la victoria del sueco, levantó el sitio y operó en la Livonia alemana, cubierto con un ejército ruso de ochenta mil hombres. Carlos XII fué rápidamente sobre ellos, y llegando á Narva (1700), con ocho mil soldados, atacó al enemigo tomándole los atrincheramientos y derrotó á los Rusos. El czar Pedro, que venia con otros cuarenta mil hombres, se llenó de espanto y retrocedió. En el año siguiente recorrió el rey de Suecia la Livonia, Curlandia y Samogicia. Favorecido por las discordias de Polonia, entró en ella, derrotó sus ejércitos, y llegando á Varsovia hizo proclamar á Estanislao Leckzinski (1704). Marchó despues contra Federico Augusto hasta Sajonia, y le exigió que mandara la corona de Polonia á su rival y le entregara los fugitivos, á quienes daba asilo. El desventurado Federico Augusto sucumbió á todo, y entregó al rebelde Patkul, á quien Cárlos XII hizo morir en los mas atroces tormentos, aunque revestido del carácter de embajador ruso.

El czar Pedro no podia tolerar aquel insulto, y se dispuso para la guerra. Cárlos XII le previno (1708) con un ejército de cuarenta y cuatro mil hombres, de los que dejó ocho mil á su aliado el rey de Polonia. Nada encontró que se le opusiera, y dirigióse á Moscow. Pero en las alturas de Smolensko se le presentó el famoso Mazzepa, diciéndole que los Cosacos le aguardaban como á su libertador. Volvióse Cárlos hácia el Sud, y sin precaucion alguna se metió por los llanos de la Ukrania. Este cambio de plan poco meditado aisló á un cuerpo de diez mil Suecos, que acometidos por todas las fuerzas del czar, tuvieron que ceder al número. Puesto el rey de Suecia en un país desconocido, y sin apoyo de ninguna especie, y encontrando en los Cosacos enemigos en lugar de aliados, empezó á sufrir reveses que diezmaron su ejército. Apenas pudo reunir un cuerpo de veinte y cinco mil hombres para sitiar á Pultawa, ciudad pequeña en las márgenes de Wolska, afluente del Dnieper. Pedro avanzó con cuarenta mil hombres escogidos para libertar á la plaza. En Junio de 1709 trabóse una reñida accion que puso fin á las victorias de Cárlos XII. De sus ejércitos, siempre victoriosos, apenas le quedaron quinientos caballos que le acompañaron en su fuga al territorio turco de Moldavía. Allí pasó cinco años en amaños para hacer al gran señor armarse contra el czar. Su plan se desbarató con la traicion del visir, que después de haber tenido á los Rusos en su poder en las riberas del Pruth, les dejó escapar, ganado con el oro de Catalina. Sin recursos para seguir adelante, y habiendo sabido que Augusto habia reconquistado la Polonia, que los Rusos se fortificaban en Finlandia, que las posesiones suecas de Alemania eran invadidas, y que la misma Suecia era presa de la nobleza facciosa, cedió Cárlos XII y trató de volver á sus Estados (1714).

Acompañábale un baron de Goertz, aleman de orígen, y agente del cardenal Alberoni. Este hombre, audaz y emprendedor, trató una alianza entre la Suecia, la España y el pretendiente de Inglaterra, poniendo á disposicion de Cárlos XII fuerzas considerables. Mientras llegaba el tiempo de la ejecucion, condujo este sus tropas á la Noruega, sitió á Frederisckshall, y murió en el cerco á la edad de treinta y seis años (1718). A pesar de las cualidades heróicas de Cárlos XII, dejó en Suecia pocos

recuerdos, y el senado, mal avenido con el despotismo ilimitado que habia tenido y con el que la nacion habia corrido grandes riesgos, cuando dió la corona á Ulrica Leonor, hermana del conquistador, la impuso una constitucion que restablecia las antiguas formas representativas y restringia el poder real. Ulrica Leonor se prestó á guardarla, por cuya condescendencia mereció ser autorizada para compartir el trono con su esposo Federico I, príncipe de Hesse-Cassel (1720).

La Suecia se encontraba reducida á la impotencia de que abusaron las naciones rivales. El rey de Inglaterra, en calidad de elector de Hannovre, adquirió los ducados de Bremen y Verden por un millon de escudos pagados al rey de Dinamarca. Federico II, rey de Prusia, obtuvo en la paz la Pomerania. Dinamarca conservó el Sleswig, y obligó á la Suecia á renunciar el derecho de pasaje del Sund. El czar de Rusia queria el todo, y hubo que pelear con él. Con la paz de Nistadh (1721) perdió la Suecia las hermosas provincias de Livonia, Estonia, Ingria, Finlandia y Carelia.

En 1738 dividian á los Suecos dos facciones; la de los sombreros, que era símbolo de guerra, estaba por una politica vigorosa, la de los gorros, que eran símbolo de paz, opinaba por el sosiego. La primera estaba asalariada por los Franceses, y la segunda por los Rusos. En 1741 declaró la Dieta la guerra á la Rusia, pero fué desgraciada. Como el rey no tenia hijos exigia la prudencia proceder á una eleccion, que las intrigas de Rusia hicieron recaer en Adolfo Federico, duque de Holstein-Gottorp. En 1751, al tiempo de subir este al trono, aceptó la Constitucion de 1720 que hizo guardar. Gustavo III, que quiso restablecer la monarquía absoluta, suscitó conmociones que le costaron la vida (1792).

LECCION CUARENTA Y TRES.

Dinamarca.

(1481.—1766.)

Cuando los Estados de Dinamarca elevaron al trono á los príncipes de la casa de Oldemburgo, declararon la corona electiva, y pusieron algunas trabas al poder real. Cristiano I dirigió todos sus esfuerzos á reunir á las dos coronas que poseia la de Suecia, y por tres veces reunió la union de Calmar. La Dinamarca le debió muchas instituciones, y entre ellas el establecimiento de la Universidad de Copenhague (1481). El reinado de Juan II se pasó en guerras con los Suecos y las ciudades Anseáticas (1513). Con el degüello de Stokolmo, decretado por Cristiano II, hijo de Juan II, la antipatía entre la Suecia y Dinamarca degeneró en un ódio que hizo imposible para siempre la union. Expulsado Cristiano de Dinamarca, volvió al frente de un ejército, pero hecho prisionero por sus contrarios, expió sus crueldades en una cautividad de veintisiete años (1523). Elegido en su lugar su tio Federico I, duque de Holstein, llamado el Pacífico, se ocupó en propagar el luteranismo (1534). Su hijo, Cristiano III, fué mas adelante, aboliendo los obispados y monasterios y persiguiendo á los católicos. La Noruega dejó de ser reino y pasó á ser provincia dinamarquesa (1559). Federico II, después de una guerra afortunada con los Suecos, aseguró á la Dinamarca una especie de soberanía en el Báltico, estableciendo un derecho de pasaje sobre todos los buques extranjeros que atravesaban el estrecho del Sund (1588). Cristiano IV, coronado á los once años y dirigido con acierto en su menor edad, fué un príncipe hábil que prefirió la gloria de la paz á la de la guerra, hasta que las frecuentes invasiones de

los Suecos le obligaron á tomar las armas. Obtuvo de ellos tratados ventajosos, pero la guerra de los treinta años turbó los últimos dias de su reinado (1648). Federico III, su sucesor, encontró el tesoro agotado, destruida la marina y el pueblo descontento. Atacado en su misma capital por Gustavo Adolfo, se vió á pique de ser destronado, mas una paz vergonzosa obligó á los Suecos á retirarse. El pueblo atribuyó á los nobles todas sus desgracias, por lo que en la dieta de 1660 proclamaron la ley real, que hizo hereditaria la corona en la familia reinante, y confirió al rey un poder absoluto, del que no abusaron sus sucesores, entre los que se distinguió Cristiano V. El poder que habia confiado (1699) á una série de príncipes ilustrados y activos fué provechoso al país. Las solas causas de agitacion y de guerra que existieron fueron las discordias entre las dos ramas de la familia real, representadas en Federico IV y el duque de Holstein-Gottorp. Este dió motivo á la guerra que ensangrentó al Norte de Europa á principios del siglo XVIII, casándose con una hermana de Cárlos XII, quien por via de ensayo acabó en pocos dias con el poder dinamarqués, obligando á Federico IV á separarse de la coalicion que habia promovido. Los reveses del héroe sueco salvaron al rey de Dinamarca, quien durante ellos se apoderó de muchas posesiones alemanas de Suecia, y las vendió al rey de Inglaterra. En 1720, se aprovechó del abatimiento de los Suecos para hacerlos renunciar al derecho de pasaje del Sund, imponerles una contribucion de guerra, y obtener la posesion del Sleswig. La casa de Holstein-Gottorp, sacrificada en estos acomodamientos, subió á mejor fortuna en la alianza con la casa imperial de Rusia.

Libre Dinamarca de su rival la Suecia, fué feliz y estuvo tranquila en el reinado de Cristiano VI (1730) y Federico V (1746).

Atentos á conservar relaciones pacíficas con la Alemania, y reformadores sin estrépito, hicieron amar y respetar su paternal gobierno (1766).

LECCION CUARENTA Y CUATRO.

Hungría y Bohemia.

(1437.—1766.)

La corona de estas dos naciones era en el siglo xv electiva como en Polonia, y la ambiciosa casa de Austria habia sabido formarse en ellas un poderoso partido. Elegido por rey de Hungría el emperador Alberto II (1437) murió á los dos años, trasmitiendo sus derechos á su hijo Ladislao el Póstumo. La mayoria de la nacion se opuso á tener un rey en la cuna, y se declaró por el temerario Ladislao III de Polonia, que murió en la batalla de Varna (1444). Ladislao el Póstumo (1453) pudo entonces ocupar el trono bajo la tutela de Juan Huniada, célebre por sus expediciones contra los Turcos. Muerto este, su hijo se hizo temible á Ladislao, que le mandó decapitar. La muerte libró al rey Póstumo de la indignacion de los Húngaros, que pusieron en el trono á Matias Corvino, hijo segundo de Juan de Huniada (1458). Después de algunas victorias conseguidas contra Federico III que contestaba la eleccion, se consideró con bastante poder para negar la paz á los Turcos, pelear con los Polacos, conquistar la Silesia, la Moravia y la Lusacia é invadir al Austria en diversas ocasiones. Tantas expediciones militares le hicieron célebre á la par con sus conatos para estender la civilizacion. Fundó la Universidad de Buda, en donde los sabios de Italia, Alemania y Francia, fueron bien acogidos.

La muerte de Matías Corvino (1490), fué para la Hungría una calamidad irreparable. La eleccion de Ladislao VII de Bohemia desagradó á los Húngaros, que vieron en él un principe débil que permitia á los Turcos destruir el país con sus correrías. El partido nacional trató de destronarle, eligiendo á Juan Zapolski, vaivoda

de Transilvania. Ladislao buscó el auxilio del emperador Maximiliano, favoreciendo las pretensiones de la casa de Austria (1516). El hijo de Ladislao subió al trono á los diez años de edad, bajo la direccion de Estéban Bathory. Deseoso de ilustrarse Luis II, tomó á los diez y nueve años el mando del ejército contra los Turcos, y murió en la batalla célebre de Mohacz, ganada por Soliman el Grande (1526).

Después de este desastre que fortaleció al espíritu nacional, reiteró Juan Zapolski sus pretensiones. Hallábase casada una hermana de Luis II con Fernando, archiduque de Austria, nieto del emperador Maximiliano y hermano de Carlos V, y era tan grande el ódio de los Húngaros á los Austriacos, que no vacilaron en llamar á los Turcos contra ellos. Estos no se contentaron con asegurar el trono á su protegido Zapolski, sino que fueron contra Viena, á la que pusieron sitio. Toda la Alemania se alzó contra los bárbaros y les rechazó (1532) Juan Zapolski quedó sin embargo en el trono, con condicion de que á su muerte habia de volver á la casa de Austria. Cuando aquella se verificó (1540), dieron la corona á un hijo que dejó en la cuna y volvieron á llamar á los Turcos. Por último, los auxiliares se apropiaron algunas provincias de la alta Hungría, y lo restante quedó por Fernando, que ya era emperador, y fué considerado como dominio particular de la casa de Austria.

Hubo después varias insurrecciones que con facilidad se reprimieron. El celo de los príncipes austriacos contra los calvinistas, que eran muchos en Hungría, les tenia alarmados, y se les vió tomar parte en la guerra de los treinta años. En 1647 se pacificó el reino en virtud de la concesion hecha por Fernando III en la dieta de Presburgo, en la que confirmó los privilegios de los reformados. En los siglos XVI y XVII, fué la Hungría el teatro de la guerra entre los Turcos y el Imperio germánico, hasta que en el tratado de Carlowitz firmado en 1679, dejaron al emperador todas las provincias situadas al otro lado del Theis y el Sava con la Transilvania y la Esclavonia.

La historia de Bohemia ofrece grandes relaciones con la de Hungría. Cansada con la guerra de los Husitas, aceptó la soberanía de Ladislao el Póstumo, rey de Hungría, hijo del emperador Alberto II (1445). Jorge

Podiebrad, que era de los Husitas, se hizo nombrar gobernador durante la menor edad del rey, y á la muerte de este fué colocado en el trono (1458). Para conciliarse la aficion de los ortodoxos debia hacer una profesion de fé dictada por el papa. Mas no se pudo conseguir de él que renunciara las concesiones que en las guerras civiles habian obtenido los utraquistas con ánimo de evitar la efusion de sangre. Excomulgado por su resistencia, se hizo ejecutor de la sentencia del pontífice Matías Corvino, rey de Hungría y yerno suyo. Jorge le opuso el mismo Ladislao, que mas adelante reunió ambas coronas de Hungría y Bohemia. El matrimonio de Fernando de Austria con la hija de este, dió como ya dejamos dicho estos reinos á la casa de Austria. Sin embargo, hasta el siglo XVII fué electiva la corona de Bohemia, aunque en apariencia. La animosidad de los ortodoxos y utraquistas, que luego se hicieron luteranos, tuvo por mucho tiempo á la Bohemia agitada. En 1627 decretó el emperador Fernando II el destierro de los disidentes y se restableció la paz.

LECCION CUARENTA Y CINCO.

Imperio de Oriente.

(1453.—1757.)

Despues de arruinado el Imperio de Constantino se hizo Constantinopla la capital del Imperio otomano. El vencedor, con objeto de no despoblarla, aseguró á los cristianos el libre ejercicio de su religion. Mas lleno de orgullo y de ambicion invadió la Servia y la Bosnia, sin poder humillar en Belgrado al indomable Huniada. Se estableció en las islas del Archipiélago; quitó á los Paleólogos lo que poseian en la Morea, destruyó el Imperio griego de Trebisonda; arrebató á los Genoveses los establecimientos del mar Negro; arrojó á los Venecianos del Negro-

Ponto, y batió muchas veces á los Turco-manos, pueblos del Asia central que estaban en guerra con los Otomanos desde Tamerlan. El solo punto inaccesible á las armas del conquistador, fué la isla de Rodas, defendida heróicamente por el gran maestre d'Aubusson. Mahometo II, que habia incorporado á su Imperio mas de trescientas ciudades, murió cuando iba contra los Mamelucos de Egipto. A la ferocidad sanguinaria de los bárbaros unia los gustos del hombre civilizado. Hablaba muchas lenguas, apreciaba á los sabios y estimaba á los artistas (1481). Dejó dos hijos, Bayaceto y Zizin. Acostumbrado este á las demostraciones afectuosas de su padre, intentó destronar á su hermano: fué vencido, y habiéndose acogido bajo la proteccion de los caballeros de Rodas, estos le enviaron á Francia. Pasó después á los Borgias, de quienes se dice que recibieron una grande cantidad de oro por haberle envenenado. Bayaceto indolente por naturaleza, se vió obligado por los Jenízaros á tomar las armas y conquistó la Caramania; atacó á los Mamelucos que le derrotaron; quitó á los Venecianos muchas posesiones del Mediterráneo y arrasó la Hungría meridional. Creia poder entregarse á su aficion al estudio, cuando los Jenízaros le destronaron y pusieron en su lugar á Selim I, su hijo menor (1512). Este hizo asesinar á su padre y á sus dos hermanos fugitivos, justificando el dictado de feroz con que le saludaron al ensalzarle. Acometió á la Persia y adquirió el Diabekir y el Kurdistan, Después fué contra los Mamelucos, cuya formidable milicia hacia ya tiempo señoreaba el Egipto perpetuándose con los esclavos que compraba en la Circasiana. Desposeidos de este pais ya no pudieron reclutar en él, y su exterminio se hizo posible. Así cayó el Egipto en poder de los Otomanos.

Subió al Imperio Soliman el Magnífico (1520), quien educado á la manera de los Europeos, manifestó cualidades propiamente reales. Reparó en primer lugar las iniquidades de su padre y regularizó el gobierno. En seguida se fué á sitiar á Rodas (1522), que tomó despues de seis meses de resistencia heróica, dirigida por el gran maestre Villiers. Invadió la Hungría, se apoderó de Belgrado á viva fuerza, ganó á los cristianos la memorable batalla de Mohacz, tomó á Buda y llegó á Viena, que tuvo que sufrir veinte asaltos en veinte dias

(1532). En esta empresa perdieron los Turcos ochenta mil hombres, y desconfiando poder hacer frente á Carlos V, que se adelantaba con el ejército imperial, se retiraron. Dirigió sus armas contra el Oriente y ocupó la mayor parte de la Georgia, tomó á Bagdad, y adelantó las fronteras de la Turquía á costa de la Persia. Su armada, mandada por el célebre pirata Aradino Barbarroja, se hizo temible en el Mediterráneo. Los Venecianos perdieron sus últimas posesiones del Archipiélago. Las inquietudes que los Otomanos causaban al emperador de Alemania como protector de la Hungría, eran favorables á la política de la Francia. Su rey, Francisco I, no tuvo escrúpulo en buscar la alianza de Soliman contra su rival Carlos V, dando el escándalo de verse al rey cristianísimo unido á los Mahometanos contra el Cristianismo. En las últimas expediciones contra la Persia, la Hungría y la isla de Malta, halló Soliman una resistencia que le arrojaba á excesos de furor y de crueldad. Murió en un acceso de cólera en el sitio de una pequeña ciudad de Hungría que defendian mil quinientos hombres contra cien mil que eran los sitiadores (1566). Su hijo, Selim II, llamado el embriagado, hizo paces con la Persia y la Alemania, y se encerró en el serrallo, donde se entregó á toda clase de excesos que escandalizaron á los buenos Musulmanes. El gobierno y el ejército quedaron á disposicion de los visires, de los cuales uno quitó á los Venecianos la isla de Chipre (1571), ensangrentándose con los vencidos. Expiaron muy luego semejante crueldad. El papa y el emperador mandaron una armada de doscientas galeras á las órdenes de Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V. La armada llegó tarde para socorrer á Chipre, pero se encontró con los Turcos en el golfo de Lepanto, el 10 de Octubre de 1571. Trabóse una reñida batalla en la que perdieron los Turcos treinta mil hombres y ciento noventa bastimentos.

El ejemplo dado por Selim II, fué muy funesto para los Otomanos. En adelante los sultanes encerrados en el serrallo, y víctimas de la molicie, confiaron el gobierno á visires, que comunmente no eran mas que infames favoritos. Apagóse el espíritu guerrero, y ocuparon el poder del Estado miserables á quienes un soplo elevaba y otro destruia. Desapareció la buena administracion, y

por consiguiente el bienestar, á que se siguieron conspiraciones y asesinatos dentro del serrallo, revueltas y saqueos de los Jenízaros por fuera de él. Tal es el cuadro de los reinados de los sucesores de Selim II, desde Amurad III (1575), hasta Mahamud I y Otman, su hermano (1730-1757).

LECCION CUARENTA Y SEIS.

Alemania.

(1455—1763.)

Los reinados de Federico III y Maximiliano I, son particularmente notables, por las mudanzas que introdujeron en la antigua constitucion germánica. La mas importante fué la distribucion del Imperio en círculos. Hasta fines del siglo XV, habia residido la soberanía real en la dieta general, compuesta de tres cámaras, la de los grandes electores, la de los señores eclesiásticos y seculares, y la de las ciudades. Al empezar el siglo XVI, el emperador, con el pretexto de facilitar el órden, dividió todo el Imperio en seis círculos primeramente (1500), y poco despues en diez (1512), á saber: 1.° Austria, 2.° Baviera, 3.° Suavia, 4.° Franconia, 5.° Alto Rhin, 6.° Palatinado, 7.° Westfalia, 8.° Baja Sajonia, 9.° Alta Sajonia, 10 Borgoña. Este último comprendia las provincias aportadas en dote á Maximiliano, por la hija de Carlos el Temerario. Reunidos en cada círculo los Estados parciales que comprendia, formaron una confederacion especial, con su príncipe director, y derechos de regalía. De esta manera se constituyó la Alemania en asociacion de Estados federados.

Desde el siglo XV, habian estado reclamando los Estados la creacion de una jurisdiccion suprema para todos los negocios de interés general, cualesquiera que

fuera el rango é influencia de los prevenidos. En 1495, al comenzar su reinado Maximiliano I, se celebró la dieta de Worms, y en ella se estableció una cámara imperial, permanente y sedentaria, encargada especialmente de conservar la paz pública. Este tribunal se componia de un presidente y seis asesores nombrados por el emperador, y presentados por los Estados generales. Su residencia en el principio no era fija, pero en el siglo XVII, se estableció definitivamente en Wetzlar. Tenia el derecho de juzgar sin apelacion y de pregonar á los refractarios. Con todo, el tribunal que los príncipes austriacos establecieron en sus Estados, con el nombre de Consejo Aulico, se fué abrogando las principales atribuciones de la Cámara Imperial. Estas instituciones judiciales, hicieron olvidar el tribunal de los Jueces Francos, que juzgaban en secreto, y hacian ejecutar las sentencias de muerte, sin notificársela á los condenados. La ruina del feudalismo acabó con la diferencia entre nobles, libres y feudales, haciéndoles iguales á todos.

Maximiliano fué el primero que estableció los correos en Alemania, creó un ejército permanente, y reformó la táctica militar, tomando por modelo la de otras potencias de la Europa. Tambien promovió la instruccion pública, dando varios reglamentos sobre ella.

En su tiempo cayó tambien en desuso la antigua division en ciudades libres y ciudades imperiales. Las del Mediodia, formaron una confederacion subdividida en dos círculos, el del Rhin, que comprendia á Strasburgo, Worms, Spira, Haquenau, Francfort, Colmar, etc., y el de Suavia, cuyas ciudades principales eran, Augsburgo, Nuremberga y Olm. Las ciudades del Norte formaron otra confederacion mucho mas célebre, con el nombre de *Ansa Teutónica*. A fines del siglo XV, tenia esta liga una regencia política en Lubeck, poseia armada, tenia ejército, un tesoro comun y podia tener guerra justa con cualquiera poder soberano. Ejercia grande influencia en otras muchas ciudades de Europa, en las que tenia establecidas factorias. Dueña del estrecho del Sund, dió la ley á los pueblos vecinos del Báltico. En el siglo XVI, empezó á decaer esta ambiciosa coalicion. La toma de Novogorod por los Rusos, la sumision de Brujas á la casa de Austria, los disturbios de Lubek con Dinamarca, que cerró el puerto de Bergen y la rivalidad del comer-

cio de Lóndres, fueron las principales causas de ella. Además de que los progresos de la industria y del comercio en todas las naciones de Europa, y la seguridad de las relaciones, hicieron innecesaria la intervencion de los especuladores teutónicos.

§ II.

LIGA HELVÉTICA.

La casa de Austria quedó humillada con las derrotas sufridas en Sempach Noefels, pero sin desistir de sus pretensiones sobre la Suiza. Llamado el duque Federico de Austria por el abad de Saint-Gall, cuyo yugo habian sacudido los de Appenzell, no pudo restablecer á su protegido y perdió alguna de sus posesiones (1415). Todas las insurrecciones que siguieron á aquella fueron ventajosas á los confederados, que adquirieron en ellas aliados ó súbditos. A mediados del siglo XV, con motivo de la muerte del conde de Tockembourg, uno de los señores feudales de la Helvecia, se suscitó una conflagracion interior. La mayoría de los cantones tomó las armas contra Zurich, quien llamó en su auxilio á la casa de Austria, elevada al Imperio con Federico III (1444). La guerra fué cruda como toda guerra civil. No habiendo podido Federico comprometer en ella á la dieta germánica, buscó la ayuda de Carlos VII de Francia, que libre ya de los Ingleses, deseaba ocupar fuera del país las tropas que tenia. Treinta mil hombres al mando del Delfin, Luis XI, invadieron la Suiza, y bajo las murallas de Basle, derrotaron á los confederados, aunque con mucha pérdida de los invasores. El Delfin procuró ajustar la paz, y evacuada la Suiza por los Franceses, hubo un acomodamiento que acabó la guerra civil. En 1474, Sigismundo, duque de Austria, habia empeñado al duque de Borgoña, Carlos el Temerario, sus Estados de Alsacia y Santgau, limítrofes á la Suiza. El Temerario dió su gobierno á un hombre que por sus rapacidades y despotismo se hizo muy odioso. Alegróse de ello Carlos que esperaba con este motivo fundar un reino intermedio de la Alemania y la Francia, é invadió la Suiza con setenta mil hombres (1476). Puso sitio y tomó despues á

Grandson, á cuyos habitantes desarmó y mandó ahorcar á pesar de haber capitulado honrosamente. Tal perfidia exasperó á la confederacion, que con veinte mil hombres destruyó enteramente á los Borgoñones. A los tres meses volvió Carlos con mayores fuerzas y fué igualmente derrotado en Morat. Estos brillantes sucesos dieron á los Suizos renombre de valientes y se hizo apetecible su alianza. La reunion sucesiva de Appencell, Fribourgo, Soleure, Bale, Schaffouse (1431-1513), completó la confederacion de los trece cantones, que tomó desde entonces un lugar distinguido entre las demás potencias europeas. El ardor marcial que acreditó á la Suiza, la fué despues perjudicial. Todos los príncipes quisieron tenerla por aliada, ó cuando menos asalariar sus tropas. En las guerras del siglo XVI, combatieron los Suizos bajo de todas las banderas encontradas, y consagraron el uso de vender su sangre al que mejor la pagaba, con lo que la Suiza se debilitó mucho.

§ III.

EL PROTESTANTISMO.

En 1518 murió el emperador Maximiliano, y durante el interregno que precedió á la eleccion de Carlos V, estuvo encargado del Imperio el elector de Sajonia, Federico el Sábio, que tenia por favorito á Lutero. Prevalido este de la proteccion del elector, nada respetó. Habiéndosele prescrito la retractacion de sus errores por un legado pontificio, apeló del legado al papa y de este al concilio general. Condenado por Leon X, que mandó quemar sus escritos en Colonia, Lovaina y Mayenza, usó de represalias quemando él en la plaza de Witemberg (1520), la bula del pontífice y el libro de las Decretales.

En el año siguiente fué citado para comparecer en la dieta de Worms, donde sostuvo con audacia sus principios. Carlos V vió que mucha parte de la Alemania favorecia al novador, y concedió á los disidentes una espera antes de condenarlos á salir del Imperio. Lutero se volvió á Witemberg, pero con una órden secreta del elector de Sajonia, fué conducido al castillo de Wart-

boug, pretextándose como arresto lo que era medio de seguridad. Desde allí inundó á la Alemania de folletos llenos de máximas erróneas y principios anárquicos, que causaron graves trastornos en los intereses y las conciencias, exaltando las pasiones. Estendióse el proselitismo por toda la Alemania, haciéndose terrible á las dos potestades eclesiástica y civil. Muchos príncipes del Imperio se declararon por la reforma para apoderarse de los bienes de la Iglesia.

El sucesor de Federico, Juan, y Felipe, landgrave de Hesse, abolieron el culto en sus Estados; con este fin, Alberto de Brandeburgo, gran maestre del órden Teutónico, abjuró sus votos para casarse con la hija del rey de Dinamarca, y secularizó la Prusia, haciéndola ducado hereditario súbdito de la Polonia. Cuanto mayores eran las pretensiones de los potentados, mas acomodaban á ellas sus principios y dogmas los disidentes. En tal estado, ya no fué posible evitar que el desórden bajara á las masas populares, de donde salió la extravagante y sanguinaria secta de los anabaptistas, que proclamó la igualdad absoluta del género humano en política y en moral. Consiguiente á estos principios, declaró guerra abierta á la gerarquía social y eclesiástica, á los gobiernos, á la propiedad, á las ciencias y á las artes. Tomás Munzer, puesto á la cabeza de los paisanos de la Suavia y la Turingia, les hizo cometer los excesos mas horrorosos. Avergonzado Lutero de haber sido la causa principal de ellos, escitó para exterminar á los sectarios á los duques de Sajonia, Brunswic y de Hesse, que hicieron una grande matanza en Frankenhausen, pero sin poder conseguir extinguir el anabaptismo que se reprodujo en muchas partes. Juan Bockelson, llamado tambien Juan de Leyde, oficial de sastre, fué proclamado en Munster rey y profeta, y estuvo ejerciendo dos años un poder sanguinario (1533).

Todos los partidos previeron una guerra próxima, y trataron de fortalecerse. A la liga católica de Descau se opuso otra protestante en Torgau (1526). En 1529 la dieta tenida en Spira prohibió la propagacion de las nuevas doctrinas. Los luteranos protestaron contra esta decision, y de aquí les vino el nombre de *Protestantes*. En 1530 se propusieron medios de conciliacion, y se reunió otra dieta en Augsburgo, en la que se mandó á

los protestantes formular sus principios para someterlos á un exámen detenido y decisivo. Presentóse una memoria redactada por Felipe Melanchton, con el nombre de *Confesion de Augsburgo*. En ella se repetian los principales dogmas de Lutero y se añadian otros que imposibilitaron la reconciliacion y obligaron á la dieta á proscribir el luteranismo y demás sectas adherentes (1531). Los príncipes protestantes se reunieron en Smalkalda y fijaron las bases de una alianza contra lo determinado en la dieta. Entraron en ella casi todos los Estados seculares ó secularizados del norte de Alemania, auxiliados de los príncipes enemigos del emperador. Pero amenazado el Imperio por los Otomanos, se trató de negociaciones y se concluyó una tregua en Nuremberg, por la que se aseguró la tolerancia de las nuevas doctrinas hasta la celebracion de un concilio general.

Despues de muchas alternativas y dificultades, se reunió este en Trento, ciudad del Tirol, instalándose solemnemente en 1545. Las primeras sesiones desagradaron á los protestantes y se negaron á reconocerlo. El duque Mauricio, de la casa y sangre del elector de Sajonia y yerno del landgrave de Hesse, aunque educado en el protestantismo, se separó de la liga de Smalkalda, la que atacada por los ejércitos de Carlos V, perdió la batalla de Muhlberg (1547), quedando prisioneros los dos jefes de ella. Disuelta la liga, concedió el emperador un *Interin*, hasta la decision del concilio que estaba reunido, y se dió al duque Mauricio el electorado de Sajonia.

Declarado el nuevo elector en favor del landgrave de Hesse, que se hallaba prisionero del emperador, rompió otra vez con su protector Carlos V, y se unió á Enrique II de Francia. Mientras este quitaba á los imperiales las plazas de Metz, Toul y Verdun, él obligó al anciano emperador á firmar el convenio transitorio de *Passau*, por el que se concedia la libertad religiosa á los protestantes.

Mauricio murió luego combatiendo con el margrave Alberto de Brandeburgo. Reunida la dieta en Augsburgo (1555), ratificó el convenio de *Passau*, accediendo á él Fernando, rey de romanos, hermano del emperador y su sucesor á la corona imperial.

La abdicacion de Carlos V (1558) en favor de Fer

nando I, que hacía veinte y seis años que estaba ejerciendo la autoridad imperial como lugar-teniente, dió á la Alemania un reinado de tranquilidad interior que redundó en provecho de los Estados nuevamente formados y consolidó las mejoras hechas por los emperadores precedentes. Fernando I tuvo la dicha de dejar un hijo semejante á él (1564), Maximiliano II. Este príncipe siguió el proyecto de atraer á los cismáticos por medios conciliatorios, pero la inflexibilidad del pontífice Pio V, produjo algun obstáculo para conseguirlo. Sin embargo, se conservó la paz. Su hijo, Rodolfo II, abandonó los negocios á consejeros inhábiles, y su conducta extravagante dió fundados motivos para que se le creyera falto de juicio. Todo su largo reinado de treinta y seis años, se pasó en contiendas entre católicos y luteranos, y de estos con los calvinistas, que reprodujeron las conmociones, ligas, querellas sangrientas, y por último, la desmoralizacion y miseria. Muerto Rodolfo (1612), recayó la dignidad imperial en el segundo hijo de Maximiliano II, Matías, rey de Hungría y de Bohemia. En su reinado llegaron á su término el malestar y las discordias que preludiaron la larga guerra que habia de asolar á la Alemania treinta años. Como Matías no tenia heredero directo, adoptó solemnemente á su primo Fernando II de Austria, hijo del duque de Estiria. Educado este por los jesuitas, profesaba una rigidez de principios católicos incompatibles con el estado del Imperio, y dió pábulo á los ódios religiosos (1619).

Poco tiempo antes de morir Matías, los luteranos de Bohemia y otros sectarios que soñaban una independencia sin límites, convocaron una asamblea general de los Estados, maltrataron á los comisarios del emperador, y de acuerdo con los diputados de la Silesia, la Moravia y la Austria superior, pidieron la entera libertad de conciencia y el restablecimiento de todos los antiguos privilegios, y empezaron las hostilidades. La eleccion de Fernando II, á quien temian, les exasperó. Despues de haberle destronado de Bohemia, ofrecieron la corona al elector palatino Federico V, yerno del rey de Inglaterra, Jacobo I, y jefe de la union protestante de Alemania. El emperador mandó contra ellos al conde de Tilly y al duque de Baviera. En una accion decisiva, trabada bajo las murallas de Praga, quedaron enteramente der-

rotados los insurgentes, y el elector palatino huyó vergonzosamente. El conde de Mansfeld y el duque Cristiano de Brumswick, sus partidarios, prolongaron otros dos años la guerra, pero sin adelantar nada. El palatinado de que fué destituido Federico V se dió al duque de Baviera y se amnistió á los Bohemios.

Fernando II trabajaba con empeño en acabar con el partido de los reformados en Alemania, pero las potencias del Norte se opusieron á ello. Cristiano IV, rey de Dinamarca, excitado por la Inglaterra y la Holanda, se declaró su protector y marchó contra el emperador. Fernando II puso á la cabeza de sus tropas al célebre Waldstein, que con cincuenta mil hombres empezó la campaña (1625) poniendo fuera de combate al conde de Mansfeld. De acuerdo con Tilly penetró en el norte de Alemania, donde se situó ventajosamente, batió á los Dinamarqueses en Lutter, sometió la Pomerania y se apoderó de las costas del Báltico. Cristiano IV recobró sus posesiones suscribiendo una paz, por la que se le quitó toda intervencion en los negocios de Alemania. Waldstein fué recompensado con el título de duque de Mecklemburgo, y se cree que aspiraba á formarse un Estado independiente en el norte de Alemania auxiliado de las tropas que tenia. Fernando II previno la usurpacion licenciándolas, aunque privándose de su mejor apoyo (1629).

El orgullo y las pretensiones exhorbitantes de Fernando II alarmaron tambien á las potencias católicas, que recelaron ver renacer el proyecto de monarquía universal en aquel descendiente de Carlos V y Felipe II. Formaron una liga, cuyo jefe principal fué el jóven Gustavo Adolfo, rey de Suecia, auxiliado del cardenal Richelieu. El conquistador sueco prometió tener en Alemania un ejército de treinta y seis mil hombres, dirigidos exclusivamente contra el emperador, y la Francia le prometió un subsidio de cuatrocientos mil escudos. Su plan era hacerse dueño del Báltico, fortificarse en el Norte y aislar á los Estados del Austria antes de invadirlos. Habiendo desembarcado con diez y seis mil hombres se apoderó de las principales plazas de la Pomerania y Brandeburgo, y contrajo alianzas con varios Estados, que hubieran preferido la neutralidad. Entre tanto el conde de Tilly comprometió su propia causa condenando

á la ciudad de Magdeburgo á los horrores de un desastroso sitio. En las cercanias de Leipzig se trabó una reñida batalla entre los Suecos y los imperiales (1631). Tilly fué batido con pérdida de la mitad de su ejército. Tres meses después era dueño Gustavo Adolfo de la Sajonia, la Franconia, la Suavia, el alto Rhin, el Palatinado y el Electorado de Mayenza, viéndose en disposicion de arrollar la Baviera para después penetrar en el Austria.

Atemorizado Fernando II, se determinó á llamar al ambicioso Waldstein, á quien antes habia despedido. Waldstein no tomó el mando hasta haber exigido condiciones que le hacian tan temible al emperador como el mismo Gustavo.

Estos dos grandes guerreros se encontraron en Lutzen (1632). Gustavo fué muerto en el principio de la accion, y el duque Bernardo de Sajonia-Weimar, que tomó después el mando, acabó de destruir á los imperiales. A pesar de este descalabro, Waldstein, sin rival digno de él, era el verdadero señor de Alemania. Toda la Europa tenia puestos los ojos en él, pues recelaba proyectos de usurpacion. Fernando II tomó para evitarlos la resolucion de hacerle asesinar en Egra.

Muerto Waldstein, dió el emperador el mando en jefe á su hijo el archiduque Fernando, asistido de los generales Gallas y Piccolomini. Los Suecos, dirigidos por el hábil Oxtmstiern, hacia cuatro años que seguian el plan de Gustavo. Una victoria que los imperiales consiguieron en Nordling dió causa al tratado de Praga, que separó al elector de Sajonia de la liga protestante. La influencia del Austria iba á ser preponderante, cuando la Francia intervino activamente (1635). Richelieu renovó con los Suecos el tratado de alianza anterior, y se dirigió particularmente al duque de Sajonia Weimar, heredero de los talentos de Gustavo Adolfo, concediéndole la Alsacia á título de principado y poniendo á su disposicion un cuerpo de doce mil hombres. Celebró otro tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Holanda, contra el emperador y el rey de España. La guerra casi extinguida, volvió á encenderse con mas furor. Por parte de los imperiales brillaron en ella Piccolomini, Merci y Juan de Wert, y por la de los enemigos de la casa de Austria, Banner, Torstenson, Wrangel, Condé y Turena. La Euro-

pa ofreció en este período una escena de confusion y de carnicería difícil de seguir en sus detalles.

El emperador Fernando II murió, y fué proclamado su hijo el archiduque, con el nombre de Fernando III (1637). Las hostilidades siguieron aun, en medio de algunas tentativas de pacificacion. El duque de Sajonia Weimar, maniobrando en la Alsacia con la cooperacion de los mariscales Turena y Guebriant, ganó ocho batallas y tomó tres plazas tenidas por inconquistables. En el Norte tenian los protestantes un auxiliar en una epidemia que diezmaba á los imperiales, y no les era difícil arrasar la Silesia y la Bohemia. Habiendo muerto Weimar y Guebriant, quedaron con la direccion de la guerra Turena y Condé, que alcanzaron cerca de Friburgo una memorable victoria, y recuperaron de los Bávaros á Landó, Philisburgo, Worms, Spira, Manhein y Mayenza. En fin las operaciones atrevidas de Torstenson y de Wrangel, combinadas con la sublevacion de los Húngaros, hicieron temblar á Fernando III hasta en la capital de sus Estados hereditarios, y le decidieron á seguir las negociaciones para la paz, empezadas hacia ya muchos años.

El memorable tratado de Westfalia, fué firmado por los protestantes en Osnabruck, á 6 de Agosto de 1648, y por los católicos en Munster, á 24 de Octubre del mismo año.

Fernando III tuvo por sucesor á su hijo Leopoldo I, afortunado en sus guerras contra los Turcos; valiéndose de la Hungría, que habia llegado á ser hereditaria en la casa de Habsburgo y Staremberg, logró derrotarlos obteniendo por la paz de Carlowitz definitivamente la Transilvania y la Esclavonia (1699). A la muerte de Cárlos II, rey de España, se presentó pretendiente á la corona para su hijo el archiduque Cárlos, y estuvo combatiendo con diferente fortuna hasta la celebracion de la paz de Utrecht, que puso término á la guerra. Muerto Leopoldo I, subió al trono José I, que firmó la paz de Rastadt. Por muerte de este ocupó el trono imperial Cárlos VI, que habia combatido por el de España, y todos sus esfuerzos se dirigieron á conservar íntegra su herencia á María Teresa, su hija primogénita. A fuerza de concesiones diplomáticas consiguió que todas las potencias garantizáran la *Pragmática sancion* que consagraba esta disposicion. Mas apenas este último representante de la casa de Habsburgo

descendió al sepulcro, y María Teresa, su hija, tomó posesion de sus Estados hereditarios, cuando aparecieron pretendientes por todas partes. Dos de ellos reclamaban toda la herencia, que eran el elector de Baviera, como descendiente de Ana de Austria, hija del emperador Fernando I, y el rey de Polonia, Augusto III, en nombre de su esposa, hija del emperador José. Otros concurrentes mas modestos se contentaban con parte de las posesiones imperiales. El rey de España reprodujo sus derechos á la Hungría y la Bohemia: el de Cerdeña al Milanes: el nuevo rey de Prusia, Federico II, á muchos principados de la Silesia quitados á la casa de Brandeburgo de donde él venia. Este era el pretendiente mas temible. Antes de formular sus pretensiones invadió los principados con treinta mil hombres, y en dos batallas que ganó á los imperiales, obligó á María Teresa á cederle por el tratado de Breslau la alta Silesia con el condado de Glatz. Los reyes de Polonia, y de Cerdeña depusieron tambien las armas con promesas y concesiones que les hizo. Dirigió despues todas sus fuerzas contra el elector de Baviera, á quien auxiliaba la Francia.

En poco tiempo habia separado este á Westfalia, se habia apoderado de la alta Austria, y llegado hasta Praga, donde se hizo proclamar rey de Bohemia, y una dieta convocada en Francfort, le proclamó emperador con el nombre de Cárlos VII. María Teresa promovió un alzamiento general y expulsó al elector de Baviera, no solo de los Estados austriacos sinó tambien de los suyos propios, no obstante los esfuerzos de la Francia. Comenzada de nuevo la guerra y puesto Luis XV al frente de sus ejércitos con Mauricio de Sax que le seguia, tomó á Menin, Ipres y Furnes. Los Austriacos hicieron punta hácia la Alsacia con el príncipe Carlos de Lorena. Hubiera sido difícil á los Franceses cubrir su frontera si Federico II de Prusia, alarmado con los progresos de los Austriacos, no hubiera vuelto á declarar la guerra á María Teresa, invadiendo la Moravia y la Bohemia. El príncipe de Lorena se replegó precipitadamente, y con su retirada se salvó la Alsacia y libró á la Baviera. El emperador Cárlos VII no gozó de este cambio de fortuna por haber muerto casi repentinamente. Su hijo se contentó con la sucesion de sus Estados hereditarios, prometiendo renunciar la alianza de la Francia, reconocer la pragmá-

tica sancion, y dar su voto como elector que era, á Francisco de Lorena, esposo de María Teresa. La guerra continuó todavia porque la Holanda y la Polonia solicitadas por la Inglaterra y el Austria, entraron en la coalicion contra la Prusia y la Francia. Federico II acabó la lucha en pocos meses, pues batiendo á los Austriacos y Sajones los tomó á Dresde, y talando la Sajonia patrimonial de los reyes de Polonia, los obligó á pedir la paz. Firmada en Dresde (1745), obtuvo Federico II de María Teresa una nueva renuncia de la Silesia, y reconoció por emperador á su esposo Francisco I de Lorena, últimamente elegido en Francfort.

Quedó sola la Francia contra la coalicion. El ejército enemigo constaba en su mayor parte de Ingleses mandados por el duque Cumberland. Encontráronse en Fontenoi en las inmediaciones de Tournai, donde Cumberland formó con todas sus fuerzas un inmenso cuadro, al que dió un aplomo y solidez impenetrables, en el que los Franceses abrieron una brecha con cuatro piezas de artillería, cargando despues á la bayoneta. Roto y desordenado el enemigo abandonó el campo de batalla, con pérdida de diez y seis mil hombres. Esta victoria produjo la toma de Tournai, y de casi todas las plazas de los Paises Bajos austriacos defendidos por los Holandeses.

Para distraer al enemigo hizo Luis XV pasar á Escocia al príncipe Eduardo, hijo del pretendiente, pero esta estratagema que empezó con buenos resultados, se desgració después. Los Ingleses continuaban las hostilidades proponiéndose arruinar la marina y colonias francesas, y Luis XV para evitarlo se dirigió contra la Holanda, persuadido de que la Europa reclamaría la paz. El mariscal de Sax, después de haber tomado varias plazas á los Holandeses, embistió á Maestrich, y, como Luis XV lo habia previsto, pidieron los enemigos una suspension de armas. El mariscal de Sax no quiso renunciar el honor de tomar á Maestrich, y la rendicion de esta importante plaza apresuró la conclusion del tratado de paz de Aquisgran, que puso fin á la guerra de la sucesion de Austria (1748). La Inglaterra, la Francia y la Holanda, convinieron en que todo lo tomado por cada una en la última guerra sería devuelto á quien pertenecia, y solo exigió el rey de Francia, que los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla se cedieran á Don Felipe, rey de España. La

ocupacion de la Silesia por el rey de Prusia, la de una parte del Milanesado por el de Cerdeña, la pragmática sancion, la eleccion de emperador en el esposo de María Teresa, y la sucesion de la casa de Hannover en el trono de Inglaterra, se declararon hechos irrevocables.

La animosidad entre la Francia y la Inglaterra seguia todavia en pié, y cada una se preparaba para la guerra que los Ingleses empezaron con uno de aquellos golpes rateros que tan desconceptuada tienen su política, apoderándose sin prévia declaracion de todos los buques Franceses esparcidos en los mares. La indignacion fué general en Europa, que puso en el mar cinco escuadras para hacer respetar el derecho de gentes violado, y se creyó herir en lo mas vivo á la Inglaterra, atacando sus posesiones de Hannovre, como habia aconsejado María Teresa resentida de Federico II, quien formó un tratado de alianza con la Inglaterra, á la que garantizaba las posesiones que se le disputaban.

El duque de Richelieu empezó la campaña de un modo admirable. Desembarcó en Menorca, y mientras que Galissioniere batia al almirante Bing, él escaló el fuerte de San Felipe de Mahon (1757). El grueso del ejército, se dirigió al Hannover, y la primer victoria del mariscal Estrees sobre el duque de Cumberland, hizo someter los ducados de Cleves y Gueldres. Encargado Richelieu del mando, forzó á los Ingles á deponer las armas y firmar la capitulacion de Closter-Severn. El rey de Prusia tambien sufrió reveses pues batido por Daun, general de Maria Teresa, se replegó á la Silesia (1757). Al mismo tiempo se presentó un cuerpo de ochenta mil Rusos mandados por Apraxin, que penetró en la Prusia propiamente dicha y formó una masa compacta que los Prusianos no pudieron arrollar. Los Suecos, segun un tratado que tenian celebrado con la Francia, pasaron á la Pomerania prusiana. Por último, un cuerpo de ejército combinado de Austriacos y Franceses, al mando del duque de Soubise, hizo frente á los Prusianos. Apretado Federico por todas partes, arriesgó un ardiz que le salió bien. Fingió una retirada, con la que atrajo á los enemigos á una emboscada, y les derrotó completamente en Rosbach (1757). Alentados con tan buenos sucesos los Ingleses, rompieron la capitulacion, y tomando la ofensiva (1758), ganaron á los Franceses la batalla de Crevelt.

Los Rusos, en número de sesenta mil hombres, mandados por Fermer, llegaron á Brandeburgo, y sitiaron á Kustrin. Federico corrió á socorrer á los sitiados y lo consiguió, pero perdiendo diez mil soldados. Los Austriacos Daun y Laundon sorprendieron á los Prusianos en la Lusacia, donde perdieron la artilleria y los bagajes, quedando reducidos á estarse á la defensiva en el año siguiente (1759).

Por parte de la Francia recibió la guerra nuevo impulso con la subida del duque de Chioseul al ministerio. El mariscal de Broglie consiguió alguna superioridad contra los Hannoverianos, pero la campaña de las colonias y en el mar fué ventajosa á los Ingleses que destruyeron tres escuadras francesas: en la India, en las aguas de Gibraltar y en las costas de Bretaña. En America se apoderaron de la Guadalupe, la Dominica y el fuerte de Quebec; en Asia de Madrás y Pondicheri, y aun insultaron á las mismas costas de Francia tomando á Bellisle y bombardeando al Havre. El nuevo ministro creyó reparar tantos desastres firmando con Carlos III, rey de España, el llamado pacto de familia, ó sea una alianza ofensiva y defensiva entre los Borbones de Francia, España é Italia. Parecia que la Inglaterra habia estado fraguando esta convencion para arruinar la marina, las colonias y el comercio naciente de España. En menos de un año le causó mas de cien millones de perjuicios, y la quitó á Cuba, Manila y las Filipinas con casi todos los buques de guerra.

Un cambio de gobierno en el Norte libró á Federico II de sus mayores contrarios. Pedro III y despues Catalina II declararon, haciendo retirar á sus tropas, que la Rusia guardaría extricta neutralidad. La Suecia siguió la conducta de la Rusia (1762). Por consiguiente los Prusianos y Hannoverianos mas expeditos en sus movimientos, triunfaron en la Silesia, Hesse y Sajonia. La corte de Viena se convenció de que era una quimera pensar en destruir á la Prusia, y la Francia se resignó á reconocer la superioridad inglesa en los mares. Todas las potencias estaban cansadas y todas querian la paz.

El tratado de Aix-la-Chapelle sirvió de base para la firmada en Paris el diez de Febrero de 1763, entre la Francia y la España, Inglaterra y Portugal. La Inglaterra obtuvo de la Francia la cesion de casi todas las colonias

del América septentrional, de las Antillas y del Africa, á saber: la Nueva Escocia, el Canadá, Cabo Breton é islas adyacentes, las Granadinas, la Dominica, San Vicente, Tabago, etc., las factorías francesas del Senegal. En compensacion recibió los islotes de San Pedro y Miquelon hacia el banco de Terranova, con condicion de no fortificarlos, ni tampoco el puerto de Dunkerque. La España salió menos maltratada, pues se la restituyeron Cuba y las Filipinas, renunciando la Florida y algunos fuertes en todas las costas. El rey de Prusia firmó otro tratado separado en Hubertsburgo, á quince de Febrero del mismo año, con María Teresa y el rey de Polonia, elector de Sajonia. En él se renovaron y garantizaron todos los anteriores en favor de la Prusia. Desde entonces quedaron consignadas la superioridad marítima de la Inglaterra, la elevacion de la Prusia á potencia de primer órden y la intervencion de la Rusia en el sistema europeo.

LECCION CUARENTA Y SIETE.

Inglaterra.

(1509-1760).

Enrique VIII sucedió á su padre á los diez y ocho años de edad (1509), y tenia todas las cualidades que pueden seducir á la multitud: belleza, valor y poder. Casado con Catalina de Aragon, viuda de su hermano primogénito, era natural aliado del rey católico D. Fernando y del pontífice Julio II, que intervino en el casamiento. Cansado de esta alianza se volvió contra la Escocia, que sujetó á la Inglaterra. Embriagado con tal suceso, separó de su lado á los buenos consejeros de su padre, y se entregó en manos del cardenal Volsey, favorito que pensaba mas en su provecho que en el bien de la monarquía.

Prendado el rey de Ana Boleyn, dama de honor de la reina, deseaba romper el vínculo con esta, alegando escrúpulos de parentesco. Encargado Volsey de seguir este negocio en Roma, nada pudo alcanzar del pontífice. Tal contratiempo atrajo al cardenal su destitucion y destierro. Despues de cuatro años de negociaciones inútiles con el papa Clemente VII (1531), resolvió Enrique declarar nulo el matrimonio con Catalina de Aragon, tia de Carlos V, y se casó con Ana Boleyn y anunció su proyecto de separacion de la Iglesia de Roma.

Por entonces habian cundido en Inglaterra las doctrinas de la reforma, que encontraron dispuestos á seguirlas á los sectarios de Wiclef. Enrique por lo mismo halló prontos al parlamento y sus ministros, y se declaró jefe supremo de la iglesia anglicana, suprimió los monasterios y se apoderó de los bienes eclesiásticos. Un sínodo celebrado á instancias suyas, formuló una profesion de fé, que declaró ser la creencia de Inglaterra, y escudado con esta decision, persiguió indistintamente á los luteranos y católicos (1534). Una de las víctimas mas ilustres fué el canciller Tomás Moro.

Cansado tambien de Ana Boleyn, la mandó al cadalso por adúltera (1536). Dos dias despues se casó con Juana Seimur, que no vivió mucho tiempo en paz con su marido. Ana de Cleves, princesa alemana, con quien se casó en seguida, fué víctima de un repudio (1540). Catalina Houward, quinta mujer del déspota, murió tambien como Ana Boleyn (1542). Por último, Catalina Parr, viuda de un lord, se libró de las manos del verdugo á fuerza de degradarse. Este príncipe que deshonró el trono con tantos crímenes y asesinatos, murió (1547) dejando por sucesor á Eduardo VI, su hijo, y de Juana Seimur, de edad de nueve años. Lord Hertfort, tio del príncipe, disolvió el consejo de regencia, y tratando de gobernar con el nombre de protector, usurpó el título de duque Sommerset con que es comunmente conocido. De acuerdo con el doctor Crammer, arzobispo de Cantorbery, protegió á los protestantes y organizó el culto *Anglicano*, que debia ser la religion del Estado. Se originaron grandes trastornos, en los que el protector mandó al cadalso á su mismo hermano lord Seymur. Derrocado él por las intrigas de lord Dudley, que usurpó el nombre y bienes de los duques de Northumberland, mu-

rió tambien degollado (1552). Dudley solicitó del parlamento una acta de sucesion al trono en favor de Juana Gray, sobrina de Enrique VIII, excluyendo á la princesa María, hija de Catalina de Aragon, por ser católica. En seguida casó á su hijo con Juana, esperando por este medio ver entrar en su casa la dignidad real. El pueblo conoció la intriga y se rebeló, declarándose la mayoria por la princesa María, cuando murió Eduardo VI á la edad de diez y seis años (1553).

Educada María en la humillacion y el sufrimiento, subió al trono con pesar, y lo primero que hizo fué restablecer el culto de la Iglesia romana. Lord Dudley, su hijo y Juana Gray murieron en un cadalso (1554), y ella casó con Felipe, infante de España, cuya union fué desventurada á causa de ser María de mucha mas edad que su esposo. Ya empezaban á notarse síntomas de descontento, cuando una accesion de fiebre condujo al sepulcro á la desgraciada María (1558). Coronóse Isabel, hija de Enrique VIII y Ana de Boleyn, prosélita de la reforma que hizo recibir como religion del Estado en una acta y profesion de fé que mandó promulgar en 1559. Muy luego de haber subido al trono empezó entre ella y la reina de Escocia la animosidad, cuyo fin trágico es bien conocido. Nieta María de Jacobo Estuardo IV, que casó con la hermana de Enrique VIII, podia alegar derechos á la corona de Inglaterra, y en concepto de los no reformados era la legítima soberana. Despues de haber enviudado de Francisco II de Francia, volvió María á Inglaterra (1561), que encontró víctima del fanatismo y la heregía. La nobleza escocesa que era católica, pensó en dar á la reina un apoyo contra el fanático Juan Knox y las turbas que habia reclutado, y la propuso su enlace con su primo lord Darnley que luego murió asesinado. Casóse despues con el conde de Bothwell, á quien la opinion pública señalaba como asesino del anterior marido de la reina. Desde entonces María empezó á decaer del afecto del pueblo, y habiéndose formado una liga de señores, obligaron á Bothwell á huir al continente y depusieron á María, transfiriendo sus derechos á Jacobo VI, su hijo, niño de corta edad. María huyó del castillo donde la tenian, y fué á refugiarse á Isabel su prima, que no quiso verla y mandó prenderla y encerrarla en Carlisle. Una insurreccion en favor de la

reina destituida, no tuvo mas resultado que hacerla perecer á manos de su rival Isabel (1569). En 1586 fué juzgada y condenada á ser decapitada, como lo fué en el castillo de Fotheringay el 7 de Febrero de 1587. Isabel aparentó llorarla culpando de tan atroz asesinato á sus furibundos ministros.

Toda la Europa se alarmó, y especialmente Felipe II que declaró la guerra á Isabel y dispuso la llamada *Armada invencible* que las tempestades desbarataron. Los ingleses tomaron luego la ofensiva en las costas de España y en el Nuevo Mundo. Isabel combatió tambien á Felipe dando auxilio á los insurgentes de los Paises Bajos y á los de Francia. Felipe II en represalias, fomentó las insurrecciones de Irlanda, á donde fué el famoso conde Essex, jóven arrogante y presumido, que desentendiéndose de las órdenes del consejo, perdió el ejército, confiado en la aficion que la reina le tenia. Esta no pudo salvarle de ir al cadalso, y se contentó con dejarse morir de sentimiento á los setenta años de edad (1603).

Con la muerte de Isabel se extinguió la dinastía de Tudor, que fué reemplazada por la de los Estuardos en la persona de Jacobo VI, rey de Escocia, hijo de María Estuardo y segundo nieto de Enrique VII á quien la misma Isabel designó por heredero (1603). Jacobo VI en Escocia tomó el nombre de Jacobo I de Inglaterra. Hubiera querido unir los tres reinos británicos, pero los parlamentos de Inglaterra y Escocia se opusieron á una union que anulaba sus privilegios. Su largo reinado pasó en ardientes disputas religiosas, que incendiaban las pasiones políticas. Los católicos presentaron una peticion que fué desechada. Los calvinistas austeros no quisieron admitir la profesion de fé dada por el poder, y desecharon la gerarquía eclesiástica. Con el nombre de *Puritanos* formaron tanto en Inglaterra como en Escocia, una furibunda secta que atacaba el órden social, proclamando la absoluta independencia. Jacobo I que se preciaba de ser hombre científico, disputó con sus principales jefes, pero sin convencerlos (1604). Entre tanto la oposicion á su administracion despótica, tronaba en la cámara de los comunes atacando al duque de Buckingham.

En el siguiente reinado de Carlos I (1625), ya se

hizo violenta. El matrimonio con Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV, habia disgustado á los protestantes, y el disgusto se hizo general cuando se vió que el rey conservaba al frente de los negocios al duque de Buckingham, cuyo fausto y elegancia escandalizaban á los fieros puritanos. Habiendo gastado considerables sumas en dirigir expediciones inútiles contra la Francia y la España, pidieron los comunes que se formulára una acusacion contra él. El rey creyó que todo ataque dirigido contra su ministro y favorito, era un crímen de lesa magestad, y disolvió tres cámaras que se negaron á darle los subsidios que pedia. La oposicion descendió desde la tribuna parlamentaria al pueblo, que dió muestras de indignacion con algunos alborotos. Buckingham murió asesinado (1628), y le reemplazaron el conde de Straffort y el doctor Laud, arzobispo de Londres. Este introdujo algunas ceremonias en el culto anglicano, y fué acusado de papismo por los puritanos, á quienes se trató de reprimir con severidad. Straffort, que tenia la administracion política á su cuidado, experimentó tambien una grande oposicion. En esto se decidió el rey á gobernar sin parlamento, y estuvo sin convocarle desde 1628 hasta 1640.

Bajo el pretexto de que se procuraban introducir innovaciones en el culto anglicano, se insurreccionaron los puritanos escoceses (1637). Carlos mandó un ejército contra ellos, compuesto en su mayor parte de presbiterianos, que resistieron á combatir á sus hermanos. El rey convocó al parlamento, y en vez de recibir subsidios se le dirigieron representaciones acaloradas, y acabó por disolverle. A fuerza de expedientes se procuró algunos recursos y envió otro ejército contra los Escoceses, el cual fué tambien derrotado (1641). Colocado el rey en el último apuro, convocó otro parlamento, que se llamó el Largo por el mucho tiempo que duró. Este empezó condenando á los ministros del rey, de los que Strafford murió en un cadalso, y Laud fué separado. Una coincidencia hizo que los católicos de Irlanda se insurreccionaran al mismo tiempo y degollaran á todos los Ingleses protestantes. Estos acusaron al rey de autor de esta insurreccion, y el parlamento le privó del manejo de las rentas del Estado y del mando de las tropas. Carlos entonces se salió de Londres y reunió á sus par-

ciales para combatir á viva fuerza á los puritanos (1642). Tomaron el nombre de caballeros, por estar entre ellos la mayor parte de la nobleza. Los primeros encuentros no fueron decisivos, pero la accion de Naseby (1645) arruinó enteramente la causa del rey, que despues de haber andado errante por algun tiempo, se fió en la lealtad de los Escoceses. Mas viendo los furibundos puritanos que no podian conseguir de él su adhesion á los principios religiosos que profesaban, le entregaron á los agentes del parlamento inglés (1647).

Se ha observado siempre en las revoluciones políticas, que el partido vencedor se divide luego en otros muchos. Esto sucedió tambien entre los puritanos ingleses. Los presbiterianos, propiamente tales, desecharon la gerarquía episcopal, y pretendian que sus pastores fuesen elegidos por el pueblo; pero otros que tomaron el nombre de independientes, no querian ninguna especie de sacerdocio, considerándose tales todos ellos. Esta secta era poco numerosa en el parlamento, pero en el ejército y entre las masas ignorantes del pueblo tenia una inmensa mayoría. Temiéndose grandes trastornos, intentóse reprimir á los independientes, quienes sublevándose formaron otro parlamento, que fué el principal agente de Cromwell. En él todavía se formó otra secta, llamada de los niveladores, que llevó su frenesí revolucionario hasta intentar la abolicion de toda distincion social. Cromwell vió la necesidad de dar un golpe de mano á esta segunda clase de facciosos que comprometian á su partido, y lo hizo. Sacó luego al rey de las manos de los presbiterianos para evitar toda reconciliacion. El parlamento dió órden para que no se aproximaran tropas á Londres, y Cromwell respondió que él iria con ellas. En efecto, el dia siguiente embistió á la cámara de los comunes el coronel Pryde, que antes habia sido carretero, y con el pretexto de purificarla prendió á doscientos y un miembros de la mayoria presbiteriana. Otros sesenta independientes que quedaron en ella se alzaron con los poderes públicos y formaron la monstruosa asamblea que subyugó á la Inglaterra por algun tiempo. Acusó al rey de alta traicion y nombró para juzgarle ciento treinta y tres jueces escogidos entre sus mas acalorados partidarios. De ellos tan solo setenta se atrevieron á sentarse en el tribunal bajo la presidencia

del abogado John-Bradshaw, sobrino del poeta Milton. Conociendo el rey que el objeto de esta farsa era perderle, no quiso defenderse y fué condenado á muerte (1649). A la edad de cuarenta y nueve años subió al cadalso con firmeza y resignacion. Desde entonces aquella asamblea de independientes pasó á abolir la monarquía y establecer una especie de república.

El que todo lo habia manejado así era Oliviero Cromwell, descendiente de una familia honrada de Huntingdon. En su juventud habia sido de vida relajada, y cansado de ella se arrojó al rigorismo afectado de los puritanos. Como habia malgastado su patrimonio, pensaba en expatriarse, cuando empezó la revolucion. El llamado parlamento largo armó algunos cuerpos de voluntarios, y Cromwell consiguió un grado; relacionándose despues con el general Fairfax, le hizo coronel y ejerció una grande influencia en el ejército. Dudoso entre salvar al rey ó hacerle asesinar, se decidió por lo último, y habiéndolo conseguido ya, conocióse que era el único hombre que podia dirigir los negocios del Estado.

Cuando fué decapitado Carlos I, se hallaba en Holanda el príncipe de Gales, de edad de diez y ocho años, y tomó el nombre de Carlos II, con el que pasó á Escocia (1650). Allí trató con los presbiterianos celosos que aborrecian á los independientes. La asamblea facciosa que se habia apropiado el título de parlamento inglés, se preparó para la guerra. Avergonzado Fairfax de pertenecer á ella, hizo dimision del mando, que fué conferido á Cromwell. Marchó este contra los presbiterianos escoceses, á quienes derrotó en Dumbar y Worcester, haciendo reembarcar á Carlos II. Despues de estas victorias, ya no tuvo reparo en manifestar sus proyectos de usurpacion. Volvió á Londres, y presentándose en la cámara de los comunes con una fuerza de soldados, la echó en cara su despotismo y depredaciones. En seguida mandó á todos sus miembros desalojar sus puestos y cerró con llave. Concluido este acto de impudencia, los soldados á quienes tenia ya ganados, le saludaron con el título de protector, y le confirieron la autoridad soberana. Diósele mas adelante un consejo de quince miembros vitalicios elegidos por él, y un parlamento que se reuniría cada tercer año (1653).

Durante su protectorado prosperaron la marina y el

comercio, y muchos príncipes del continente buscaron su alianza. Sin embargo, no cesaban los síntomas de resistencia y ódio á su administracion, hasta en el parlamento que tuvo que depurar con exclusiones arbitrarias. Cromwell pasó los últimos dias de su vida lleno de un terror tal, que en la soledad le hacia desgraciado, y en la sociedad le espantaba. Murió el 3 de Setiembre de 1658, de cincuenta y nueve años. Los partidos hasta entonces reprimidos, empezaron á moverse con violencia. Ricardo Cromwell, que segun la voluntad de su padre habia sido declarado protector, no se atrevió á hacerlos frente, y abdicó á los pocos meses (1659).

Mientras que en los parlamentos y los clubs militares se cruzaban órdenes opuestas, Monch, general escocés, y antiguo amigo de Cromwell, se apoderó de Londres alhagando á todos los partidos, y sin declararse por ninguno. Restableció á los presbiterianos expulsados por Pryde hacia diez años, é hizo que se convocara á nuevas elecciones. Hechas estas con grande entusiasmo, fueron favorables á la causa del trono. Apenas se reunió el parlamento, se presentó en él un enviado de Carlos II con un mensaje en que ofrecia amnistía general, garantía la libertad de conciencia, y se comprometia á conservar las posiciones sociales existentes. El general Monch se declaró inmediatamente por el rey, y lo mismo hizo el parlamento, que votó la restauracion de los Estuardos. Carlos II entró en Londres en medio de aclamaciones unánimes (1660).

No fué duradera la alegría, porque favorable el rey á la religion anglicana, tuvo que contener á los católicos irlandeses y á los puritanos escoceses. Además, para recompensar anteriores servicios se vió en la necesidad de ser pródigo. Por otra parte, la condenacion de los regicidas al último suplicio, que alarmó á los cómplices en la anarquía, y la venta de Dunkerque á la Francia, con la guerra á la Holanda, pusieron á los espíritus en un estado de agitacion temible (1667). Carlos II sacrificó para calmarla á su primer ministro y compañero de destierro lord Clarendon, y contrajo una triple alianza con la Holanda y la Suecia contra Luis XIV (1668). El nuevo ministerio condujo al rey á separarse del voto nacional, por medio de una alianza secreta con el rey de Francia, á quien dió auxilio contra la Holanda.

Hacia ya tiempo que las controversias de las sectas religiosas y la desmoralizacion de las revoluciones habian introducido, principalmente en la córte, un excepticismo absoluto que tenia escandalizados á los presbiterianos celosos, cuando la conversion del duque de York al cristianismo (1671) sublevó las pasiones populares, pues que era el heredero presunto del trono. Sostenidos algunos fanáticos por la oposicion de los comunes, denunciaron á los católicos de conspiradores contra el protestantismo y consiguieron el bill de *Test*, por el que se les excluia de todo cargo público.

En esta ocasion (1680) empezaron á emplearse las denominaciones de Whigs y Torys. Con la primera eran designados los presbiterianos fanáticos de Escocia, y con la segunda los católicos de Irlanda. Hoy designa esta á los afectos á las prerogativas reales, y aquella á los campeones de las pasiones populares.

Carlos II concedió á los presbiterianos cuanto podia, pero su furor no se aplacaba, y hacia temer se repitieran las escenas del anterior reinado. Revistióse de energía y disolvió el parlamento. Desde 1681 á 1683, gobernó solo, hasta que estalló una conspiracion que reunió á todos los descontentos. Millares de víctimas fueron conducidas al cadalso, entre las que se cuentan el célebre lord Russell y Algernon Sidney. Carlos II pensaba adoptar otro género de política, cuando murió dejando un hijo ilegítimo, el duque de Montmouth, en cuyo favor se formaron varias conspiraciones (1685). Jacobo II Estuardo, duque de York y hermano del rey difunto, ocupó el trono sin grande oposicion. No encubrió sus proyectos de restablecer el cristianismo y la monarquía pura. El duque de Montmouth reunió á todos los descontentos y dió principio á las insurrecciones, pero cogido y juzgado, murió en el cadalso. Siguiéronse los excesos en muchas provincias que se habian declarado por él, y apresuróse la ruina de los Estuardos.

No teniendo ya al duque de Montmouth, suplicaron á Guillermo, príncipe de Orange, Stathouder de Holanda y yerno del rey Jacobo, que viniera á Inglaterra y aceptára la corona que le ofrecian. Guillermo aceptó y desembarcó con tropas de Holanda (1688). Abandonado Jacobo II de su familia, del ejército y del pueblo, pasó á Francia. Su fuga fué declarada abdicacion voluntaria, y

Guillermo ocupó el trono de Inglaterra pacíficamente. Luis XIV se negó á reconocerle por rey de la Gran Bretaña, y proporcionó soldados y recursos al destronado Jacobo que desembarcó en Irlanda (1689). Esta tentativa salió fallida, pues derrotado en Bovine y perdida la batalla naval de Hogue, se volvió á Francia donde murió (1701).

Resentido el príncipe de Orange de Luis XIV, entró en todas las ligas formadas contra él, y cuando se encendió la guerra de sucesion al trono de España, organizó la oposicion europea que puso á aquel monarca en peligro. Como Guillermo no tenia hijos y temiera el parlamento una tentativa en favor del *pretendiente Eduardo*, hijo de Jacobo II, se dió la célebre acta de sucesion que excluye á los católicos del trono. La hija del mismo Jacobo II, Ana Estuardo, casada con el príncipe real de Dinamarca, que era muy adicta á la iglesia anglicana, cogió el fruto de esta disposicion (1702).

Al terminar el anterior reinado amenazaba como inevitable una guerra con la Francia. Los Torys procuraban alejarla y los Wighs promoverla. El celebre duque de Malborough, que era Wigh, y cuya mujer tenía grande influencia sobre la reina, decretó la espedicion y tomó el mando de ella (1703). La monarquía francesa estaba exhausta, y á consecuencia de las batallas de Hochstedt, Ramilies, Oudenarde y Malplaquet, que fueron ganadas por Malborough, Luis XIV solicitó la paz (1710), y una revolucion parlamentaria que quitó el mando á Malborough, y se le dió á los Torys, se la concedió separando á la Inglaterra de la coalicion contra la Francia (1712). Por la paz de Utrecht, que terminó las hostilidades, adquirió la Inglaterra colonias muy importantes.

En el reinado de Ana tuvo lugar la union parlamentaria de la Escocia con la Inglaterra. Al terminar el mismo, se hizo furiosa la animosidad entre Torys y Wighs, porque la reina habia manifestado sus deseos de revocar el acta de sucesion llamando á su hermano Eduardo, que vivia desterrado. Los Torys se inclinaban á favorecer este proyecto que desvaneció la pronta muerte de la reina (1714).

Fué llamado á sucederla Jorge I Brunswick-Luneburgo, elector de Hanovre, nieto segundo de Jocobo I. En su reinado y en los de sus dos sucesores inmediatos,

Jorge II (1727) y Jorge III (1760), llegó la Inglaterra á ser potencia preponderante por la audacia y firmeza de su política, la extension de sus colonias y su comercio, y por la influencia de sus principios políticos y filosóficos.

LECCION CUARENTA Y OCHO.

Francia.

(1483.—1774.)

Carlos VIII, hijo de Luis XI, heredó á los once años un reino abundante de recursos, tranquilo en el interior y respetado de los extranjeros. Por el testamento del padre se conferia la regencia á Ana de Beanjeu, hermana de Cárlos. Pero el duque de Orleans, heredero presunto de la corona, trató de quitársela. Sometida esta disposicion á los Estados generales de 1484, fué confirmada con algunas restricciones. Ana les disolvió y continuo con vigor la política del anterior reinado. Los grandes sucumbieron, pero el duque de Orleans se retiró á los Estados de Bretaña y se atrevió á combatir con las tropas reales. Derrotado en Saint-Aubin por Latremouille y cogido prisionero, fué encerrado en una torre. Habiendo sabido la regente, que Maximiliano de Austria, viudo de Maria de Borgoña, proyectaba un segundo matrimonio con Ana de Bretaña, dirigió todo su esfuerzo á impedirlo. Lo consiguió, casándola con su hermano Cárlos VIII. Ofendido Maximiliano, se unió á los reyes de Aragon y de Inglaterra contra la Francia. Ya entonces meditaba Carlos VIII la conquista de la Italia y del Imperio griego, y para deshacer una coalicion que le imposibilitaba realizar semejante proyecto, abandonó á Maximiliano el Franco-Condado y una parte del Artois; á Fernando el Católico el Rosellon, y dió una gran suma de dinero al rey de Inglaterra.

Hecho esto, dejó el cuidado del reino al duque de

Borbon, y se puso en marcha con un formidable ejército que pasó los Alpes por diversos puntos y se reunió en Astie (1494). Ninguna potencia de la Italia superior se le opuso, y Cárlos entró en Florencia y Roma. El hijo de Fernando, Alfonso V de Aragon, trató de defender á Nápoles, pero en vano, pues abandonado de los Napolitanos, vió á Carlos entrar triunfante (1495). Entretanto, Luis el Moro, que habia hecho morir á su sobrino Galeas, duque de Milan, pidió las investiduras del ducado al emperador Maximiliano, y fué el móvil de una liga contra los Franceses, en la que además del emperador, entraron: Felipe el Hermoso, soberano de los Paises Bajos, Fernando el Católico y los Venecianos. Los confederados ocuparon los pasos de los Apeninos, y como los Franceses no tenian armada para comunicar por mar con su país, era probable que la Italia fuera su sepulcro. Cuando Carlos supo las disposiciones de los aliados, dejó destacamentos en los puntos que habia ocupado, y con el resto del ejército volvió piés atrás. Llegando á Fornova, ciudad de Lombardía, al pié del Apenino, encontró un ejército de cuarenta mil hombres que le negaba el paso (1495). Atacóle vigorosamente, y rompiendo por él, pasó y llegó á Francia, mas en concepto de vencido que de vencedor. Cuando pensaba en otra segunda campaña, murió de un accidente á los veinte y ocho años de edad (1498).

Extinguida la línea directa de Valois, subió al trono el duque de Orleans, segundo nieto del hermano de Carlos IV, con el nombre de Luis XII. Todos los que habian aconsejado al último rey cuando el duque quedó prisionero en la batalla de Saint-Aubin, temieron su resentimiento. Luis, para calmar sus inquietudes, les dijo, que el rey de Francia no vengaba las injurias hechas al duque de Orleans. Empezó su reinado, rompiendo su matrimonio con la hija de Luis XI, y se casó con la viuda de Carlos VII, Ana de Bretaña. A las pretensiones de su antecesor sobre el Milanés, reunia Luis XII las suyas propias, procedentes de su abuela la célebre Valentina de Milan. Con el auxilio del pontífice y los Venecianos invadió la Lombardía, y se apoderó de todas las plazas del Milanés. Luis el Moro, que por sus crímenes no habia podido encontrar aliados, cayó en poder del vencedor que le encerró en un castillo (1500).

Creyéndose ya seguro el francés en Milan, volvió sus armas contra la Italia inferior. Mas desconfiando poder conquistar á Nápoles, propuso al rey católico un tratado de division. En su consecuencia invadieron los Estados napolitanos dos ejércitos, uno francés y otro español, al mando del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. Aspiraron después los dos pretendientes á quedarse con el todo, empezaron las hostilidades, y batidos muchas veces los Franceses por los Españoles, se vieron obligados á abandonar para siempre el reino de Nápoles (1503).

Por este mismo tiempo ocupaba el solio pontificio Julio II, á quien los Venecianos habian usurpado parte de sus Estados; y para oponerse á ellos hizo reunir á los tres monarcas mas poderosos de entonces, Maximiliano el emperador, el rey de España y el de Francia, quienes de acuerdo con él se dividieron de antemano los Estados de Venecia. Tal fué la llamada *Liga de Cambrai* concluida á fines del año 1508. El primero que empezó las hostilidades, fué Luis XII, atacando cerca de Agnadel (1510) á los Venecianos excomulgados por el papa. Maximiliano se adelantó hasta Pádua. El senado de Venecia justificó en tan eminente peligro su reputacion de habilidad y energía. Dejó al rey de Francia el país que habia ocupado, y al de España le entregó cinco ciudades marítimas de la Italia inferior. El emperador mal secundado por los Estados de Alemania, perdió á Pádua y se retiró. El papa, que era el alma de la liga, depuso las armas con la oferta de la Romanía que tanto deseaba, y con las reiteradas protestas de respeto que le hicieron. Reconciliado Julio II con los Venecianos, descubrió su gran proyecto, que era arrojar de la Italia á los *Bárbaros*, que así llamaba á los Franceses. Formó contra ellos una *Santa liga* con Fernardo el Católico, los Venecianos, los Suizos, los imperiales y Enrique VIII de Inglaterra, que se encargó de desembarcar en el norte de Francia. Desconcertóse esta liga con la aparicion de Gaston de Foix, sobrino de Luis XII, que consiguió tres victorias consecutivas contra los coligados en Bolonia, Brescia y Rávena, donde fué herido mortalmente (1512). Sin embargo, los Franceses no pudiendo conservar el Milanés le abandonaron, y los hijos de Luis el Moro fueron restablecidos en Milán, los Médicis en Florencia, y Génova recobró la libertad. Por último, derrotados en Novara

los Franceses repasaron los montes apresuradamente. Enrique VIII desembarcó en Calais y destrozó otro ejército.

Los Suizos, al mando del cardenal obispo de Sion, penetraron en Borgoña y amenazaban á Dijon, cuando la muerte de Julio II puso término á las hostilidades. Sucedióle Leon X, y Luis XII se reconcilió con él felizmente. Después compró á los Suizos su retirada, cedió el Milanés á Maximiliano Esforcia, renunció la Navarra en favor del rey Fernando, y dando á Enrique VIII un fuerte rescate por las ciudades que habia ocupado, se casó con su hermana María de Inglaterra. Poco después de este desenlace, murió Luis á la edad de cincuenta y cuatro años.

No habiendo dejado hijos barones, le sucedió Francisco I, conde de Valois, su yerno, que descendia por línea recta de Cárlos VI. Luego que subió al trono se apresuró á reproducir las pretensiones al Milanès, y resolvió arrojar de él á Maximiliano Esforcia que se defendia con tropas suizas. En Agosto de 1515, puso en movimiento un ejército de cuarenta mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería escogida. Este ejército pasó los Alpes y se concentró en Marignan. Avanzaron los Suizos en columnas cerradas, y los Franceses los recibieron con firmeza, hasta hacerlos retirar. Francisco I entró triunfante en Milán, y Maximiliano le cedió sus derechos por una pension que fué á gozar á París. En seguida hizo la paz con los Suizos (1516).

No tardó mucho tiempo en manifestarse la funesta rivalidad entre Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, y Francisco I; rivalidad que causó á la Francia grandes males. El engrandecimiento del primero daba recelos á Francisco I y á la Inglaterra que se unieron para contener aquel poder siempre creciente. Pero Carlos V deshizo su alianza ganando á los ministros de Enrique VIII, y se preparó para conquistar la Borgoña, á la cual tenia antiguas pretensiones. Mas antes quiso arrojar de Italia á su rival, para lo cual promovió una liga con Leon X, que deseaba restablecer en Milán á Francisco Esforcia. El mariscal de Lautrec, mal secundado por los Suizos, á quienes no podia pagar, fué vencido en Bicoca por Próspero Colonna, general de la liga. Los Franceses salieron del Milanés maltratados y venci-

dos. La Inglaterra, inducida por Cárlos V, declaró tambien la guerra á la Francia, á tiempo que la coalicion italiana unia sus fuerzas á un respetable ejército español, mandado por el marqués de Pescara, el conde de Lannoi y el condestable de Borbon, que perseguido por la reina madre Luisa de Saboya, se puso al servicio del emperador. El presuntuoso Francisco I mandó pasar los Alpes á un nuevo ejército á las órdenes del almirante Bonnivet, que fué derrotado en Biagrasso. Tomó el mando de sus restos el caballero Bayardo, que sustuvo la retirada con valor, hasta que herido mortalmente fué arrebatado á la Francia. El condestable de Borbon invadió la Provenza y sitió á Marsella; Enrique VIII penetró por la Picardía, y llegó á veinte leguas de París. Francisco I hizo un doble esfuerzo para libertar de la invasion al suelo francés, y tomando luego la ofensiva pasó los Alpes, sorprendió á sus enemigos, entró en Milán y fué sobre Pavía contra los Españoles que habian concentrado en ella lo mejor de su ejército (1525). En una vigorosa salida que hicieron contra los Franceses, quedaron tendidos en el campo diez mil hombres, y los caballeros mas ilustres que no murieron, quedaron prisioneros con Francisco I, que fué conducido á Madrid.

Carlos V después de haber tenido á su rival prisionero casi un año entero, consintió en deponer las armas y celebró un tratado, por el que debia recibir á título de rescate el ducado de Borgoña y otros Estados, y Francisco I renunciar sus pretensiones al Milanés y al reino de Nápoles, ceder sus derechos á Flandes y el Artoix, y restituir todos sus bienes al condestable de Borbon, dejando en rehenes á sus dos hijos el Delfin y el duque de Orleans. Firmado el tratado por Francisco I, fué puesto en libertad, y apenas llegado á Francia, protestó contra él, en vista de que la Inglaterra, la Santa Sede y Venecia, que habian auxiliado á Carlos V, se separaban de él por miedo á su grande poder. Comenzó nuevamente la guerra, y el condestable de Borbon que recorria victorioso la Italia, fué sobre Roma, y dando el asalto, murió en él, aunque fué entrada á saqueo y el pontífice Clemente VII bloqueado en el castillo de Santo Angelo, donde se habia retirado. Un ejército francés entró despues en Roma, y penetró hasta Nápoles. Pero la defeccion del almirante Doria, la muerte del general frances,

y el mal estado del ejército, le obligaron á retirarse precipitadamente. Entonces propuso Carlos V á Francisco I condiciones de paz, que este admitió en Cambray (1529).

Siete años después rompió Francisco este tratado con pretextos frívolos, aprovechando la ocasion en que Cárlos V se hallaba ocupado en rechazar á los Turcos que habian invadido la Hungría, y en dispersar á los corsarios africanos á quienes tomó á Túnez, á donde se guarecian. Cuando hecho esto volvió á Italia, Francisco I se retiró sin atreverse á esperarle. Siguióle Cárlos V hasta poner sitio á Arlés y Marsella, y haciendo que otro ejército invadiera la Francia por el Norte. Desesperado Francisco I de poder contener á su rival en sus proyectos, se hizo aliado, con escándalo de la cristiandad, de Soliman, emperador de los Turcos. Carlos V le propuso una tregua de diez años, que se firmó en Niza por mediacion del pontífice Paulo III (1538).

Poco tiempo después se insurreccionaron los Gandeses, y Carlos V pidió á Francisco I un salvo conducto para pasar por la Francia, como lo hizo sin el menor recelo. Pero estando en París se le exigió la promesa de dar el ducado de Milán á uno de los hijos del rey, y cuando estuvo ya fuera del país se negó á darle la investidura. Con este motivo volvieron á empuñar las armas con mas encono que nunca, y mientras que los Franceses con el duque de Enghien triunfaban en el Piamonte, y su armada unida á la de los Turcos, bombardeaban á Niza, el ejército imperial entró en Francia por la Champaña, y los Ingleses que habian vuelto á aliarse con el emperador, lo hacian por Calais. Afortunadamente para la Francia, llamaron los luteranos de Alemania la atencion del emperador, que firmó la paz de Crepy, cuyas condiciones dictó con fiereza. Francisco I sobrevivió poco á esta paz, y Enrique II, su hijo y sucesor, tratando de vengar tantas humillaciones, consiguió que la Santa Sede, con muchos Estados de Italia y príncipes de Alemania que estaban mal con el emperador, se le juntaran. Entró en la Lorena y tomó á Metz, Toul y Verdun, que se llamaban los tres obispados. Carlos V pasó á ellos con cien mil hombres y sitió á Metz, donde se hallaba Francisco de Lorena, duque de Guisa, que sostuvo el sitio con valor hasta llegar á levantarle. El año siguiente perdió Cárlos la batalla de Renti en los

Paises Bajos. Poco después, viendo que la fortuna no sigue á los viejos, como él decia, se retiró del mundo, dejando el cetro á Felipe II, su hijo (1556). Continuó la rivalidad entre Francia y España, y la batalla de San Quintin perdida por los Franceses, puso en peligro la corona de Enrique II, hasta que el duque de Guisa volvió á apoderarse de muchos fuertes perdidos antes, y echó á los Ingleses de Calais, que hacia doscientos años que poseian. Hízose la paz de Cateau-Cambresis, y para cimentarla, se convino en el matrimonio de Isabel, hija del rey, con Felipe II. En las fiestas que con este motivo se celebraron, recibió Enrique un bote de lanza en un ojo, de cuyas resultas murió, dejando tres hijos y de Catalina de Médicis su mujer. El primero, Francisco II, de diez y seis años, de espíritu limitado y complexion delicada, que estaba casado con María Estuardo, heredera de la corona de Escocia, subió al trono en 1559. La reina madre empezó á reinar á la sombra de su hijo. Antonio de Borbon, rey de Navarra, y Luis de Borbon, príncipe de Condé, en calidad de príncipes reales, y el anciano condestable de Montmorency, por el favor que habia tenido en los reinados precedentes, aspiraban á dirigir los negocios del Estado, y fueron alejados de ellos. La opinion pública prefirió á los príncipes de la casa de Lorena, tios de María Estuardo, Francisco de Guisa y el cardenal de Lorena. Resentidos los Borbones se declararon por los protestantes, y dieron principio á una deplorable guerra civil y religiosa.

§ I.

GUERRAS RELIGIOSAS.

Cuando los religionarios y descontentos vieron que los príncipes de la sangre hacian causa comun con ellos, formaron una conjuracion para sustraer al rey, que estaba en Amboise, de la tutela de los Guisa; pero se descubrió el secreto y muchos conjurados perecieron con las armas en las manos. El príncipe de Condé fué preso algunos dias después y condenado á muerte, de la que se libró por haber fallecido Francisco II.

Sucedióle Cárlos IX, de edad de diez años (1560). Ca-

talina de Médicis, su madre, hizo que los Estados generales la confiriesen el título de regente. El despotismo de los Guisa la tenia resentida, y creyó que el mejor medio de sostener á la casa de Valois reinante, era alimentar la rivalidad de los Borbones y Lorena. Para ello se unió en un principio con los calvinistas por juzgarlos mas débiles que los Guisa, y pidió para ellos la libertad de conciencia, y propuso que se discutiera esta concesion públicamente por doctores de los dos partidos. Pero el coloquio de Poissy, que se reunió con este objeto, no produjo resultado alguno.

Algun tiempo despues, pasando el duque de Guisa acompañado de una guardia por Vassy en la Champaña, oyó en una granja que cantaban Salmos los protestantes, quiso hacerlos callar y se resistieron. El duque salió herido de una pedrada, á cuya vista, enfurecidos sus guardias, acometieron á los protestantes, y mataron treinta de ellos. Tal fué la señal de una guerra de degüellos y perfidias que duraron mas de treinta años. La primera batalla campal en que probaron sus fuerzas ambos partidos, se dió en Dreux. El Duque de Guisa que mandaba á los católicos obtuvo la victoria, é hizo prisionero á Condé (1563). Queriendo después aprovechar la ocasion, se dirigió á poner sitio á Orleans, que tenian los protestantes. Un fanático de estos asesinó á traicion de un pistoletazo al duque de Guisa, con cuya muerte se reanimaron los rebeldes. El tratado de Amboise suspendió las hostilidades por algunos meses. Catalina de Médicis se puso de parte de los católicos por ver que la mayoría de la nacion no queria sufrir la tolerancia concedida á los protestantes. Alarmados Condé y Coligny, dieron el grito de alzamiento, y á poco tiempo dispusieron de grandes fuerzas, con las que persiguiendo al rey, llegaron á sitiar á París (1567). El anciano Montmorency hizo una salida con veinte mil hombres de línea y los paisanos armados, con los que derrotó enteramente á los protestantes, muriendo él en el campo. En 1568, cansados todos de tan sangrienta lucha, celebraron el tratado de Longjumeau. Pero los calvinistas, violando la paz prometida, reservaron algunas plazas que debian entregar y fortificaron la Rochela. Catalina dispuso las tropas reales, y dió el mando de ellas á su tercer hijo, el duque de Anjou, después Enrique III, que derrotó otra vez á los protes-

tantes en Jarnac, donde murió el príncipe de Condé. Volvió á atacarlos en Montcontour, donde murió Coligny. Repitióse una tercera paz en San German (1570). Para seguridad de ella se contrató el matrimonio de Enrique de Borbon con una hermana del rey. A su celebracion se hallaba en la córte toda la nobleza protestante, pero en la noche del 24 de Agosto de 1572, dia de San Bartolomé, fueron degollados en Paris y otras muchas capitales mas de sesenta mil protestantes. El rey de Navarra se libró de la muerte con la promesa de convertirse. El resto de los protestantes se encerró en las plazas fuertes que tenian, y la reina madre mandó suspender las hostilidades y propuso una paz honrosa.

El duque de Anjou pasó á Polonia elegido por rey de aquella nacion, y Catalina continuó la guerra con su cuarto hijo el duque de Alenzon. Los rebeldes se encontraban amedrentados, cuando la muerte de Carlos IX los hizo concebir alguna esperanza.

Apenas habian pasado cuatro meses desde que el duque de Anjou habia sido coronado en Polonia, cuando la muerte de su hermano Carlos IX le llamó á Francia para empuñar el cetro. Varias medidas de rigor tomadas contra los protestantes, hicieron que el rey de Navarra, Enrique de Borbon, huyera de la córte y se pusiese á su cabeza. Los católicos tenian por jefe á Enrique de Guisa, cuya ambicion aspiraba al trono suponiendo al rey inclinado á la heregía. Enrique III, previendo las consecuencias de esta lucha, devolvió á los protestantes la libertad de conciencia por el tratado de Nerac. A esta concesion opusieron Guisa y el cardenal de Lorena una asociacion que tomó el nombre de Liga Santa, cuyo objeto era defender los intereses de la religion contra los protestantes, y sostener á los Guisa contra la corte. Enrique III, con ánimo de quitar la fuerza á este partido, se declaró por su jefe, pero no pudo dominarle, pues los de la liga eran dirigidos por un consejo compuesto de diez y seis vocales delegados de los diez y seis cuarteles de Paris, enteramente afectos á la casa de Lorena. El rey se vió obligado á tomar las armas para mantener su autoridad amenazada por ambas partes. Esta campaña se llamó de los tres Enriques, por el nombre de sus tres caudillos. El ejército real fué batido en Coutras por Enrique de Borbon, pero á su vez der-

rotó Guisa á los Alemanes que venian á socorrer á los protestantes, y marchó en seguida sobre París. Enrique III trató de defenderse contra el rebelde duque; pero insurreccionada la poblacion por los diez y seis, construyó barricadas para bloquear las tropas, y tuvo sitiado al rey en el Louvre. Para librarse del peligro prometió á los de la liga todo lo que quisieron, y salió de París para convocar los Estados generales en Blois. El duque de Guisa y el cardenal de Lorena fueron á ellos con los demás señores. El rey se hallaba desesperado, y no vió otro medio de salir de tan crítica situacion que el de hacer asesinar á los dos caudillos de la liga en su mismo palacio. El duque de Mayena sucedió á su hermano en el puesto de jefe de la faccion, é hizo aprisionar en París á todos los partidarios del rey.

En tan crítica situacion se retiró Enrique III al campo del rey de Navarra, á quien como sucesor suyo á la corona, interesaba conservar la monarquía. Reunidas las tropas de uno y otro, avanzaron sobre París para sitiarle. La reconciliacion de los dos reyes sirvió de pretexto á Santiago Clemente, de la órden de Santo Domingo, para dar de puñaladas á Enrique III en su misma tienda. Muerto el último de los Valois, pertenecia la corona de Francia á Enrique de Borbon, rey de Navarra, que descendia de Roberto, conde de Clermont, hijo de San Luis. Pero los de la liga, animados contra él porque era protestante, proclamaron al cardenal de Borbon, su tio, á quien apoyaban el duque de Mayena y Felipe II, rey de España. Enrique se vió obligado á conquistar su reino con las armas. Perseguido por Mayena, que le obligó á levantar el sitio de París, se retiró hácia Dieppe con seis mil hombres escasos, y con ellos batió á las tropas de la liga, cuatro veces mas considerables. Otra victoria consiguió sobre ellas en Yvry, y enardecido con tales sucesos marchó sobre París para ponerla sitio. La ciudad sufrió todos los horrores del hambre, y Enrique sentia los males que aquejaban á su pueblo, y permitió que los oficiales y soldados de su ejército introdujeran víveres á los sitiados.

Entre tanto murió el cardenal de Borbon, y Felipe II de España, que alegaba derechos al trono de Francia, envió al duque de Parma con un grande ejército, que obligó á Enrique IV á levantar el sitio de la capi-

tal. Sus pretensiones eran contrariadas por Mayena, que abrigaba otras iguales, y unas y otras contribuyeron á desacreditar á la liga Enrique, conociendo que la salvacion de la Francia estaba en sus manos si reconciliaba á los dos partidos, se decidió á abrazar la religion católica, é hizo la abjuracion del protestantismo en San Dionisio. Despues hizo su entrada triunfal en París, en medio de las aclamaciones del pueblo que le rodeaba embriagado de placer de poseer un rey cuyo buen corazon tenia ya conocido (1594).

Las provincias estaban ocupadas por las tropas de Felipe II ó los partidarios de la liga, y Enrique tuvo que reconquistar una por una sus plazas fuertes, y rescatar algunas por cantidades de oro. Persiguió á Mayena en la Borgoña, y dispersó sus tropas que se unieron á las españolas. Unas y otras fueron derrotadas en Fontaine-Francaise. El tratado de Vervins, concluido con Felipe II, le permitió hacer en favor de su pueblo todo lo que deseaba con su ministro Sully. En 1598, para satisfacer á sus antiguos correligionarios, les confirmó en el edicto de Nantes todas las anteriores concesiones, y les declaró hábiles para todo cargo público. Sin embargo, tantos sacrificios por la paz pública y el bienestar de los pueblos, no le pusieron á cubierto de que un fanático oscuro, llamado Ravaillac, le diera de puñaladas en la calle (1610).

§ II.

LUIS XIII Y RICHELIEU.

Luis XIII, su hijo, tenia nueve años cuando subió al trono. María de Médicis, su madre, fué declarada regente durante su menor edad. Todos los cortesanos que Enrique IV habia alejado de los negocios, se adhirieron al nuevo poder. Un italiano llamado Concini, conocido por el mariscal de Ancre, fué nombrado ministro, y su mujer se apoderó de la confianza de la regente. Sully salió desterrado de la corte.

Los príncipes de la sangre se resintieron de ver la regencia en manos de una mujer, y el gobierno en las de un extranjero. A su sombra se formó un partido que

se llamó de los descontentos, y que hizo causa comun con los calvinistas. Estalló la guerra civil que se suspendió por haber sido convocados los Estados generales para tratar de todas las cuestiones pendientes, pero nada hicieron. Entre tanto llegó el rey á la mayor edad.

Tendióse un lazo al príncipe de Condé, jefe de los descontentos, y fué preso. Alberto de Luynes, que habia sido paje del rey, le persuadió á deshacerse de Concini, y quitar todo poder á la reina madre. Concini fué asesinado por el capitan de guardias del rey; su mujer, acusada de sortilegio, fué condenada por el parlamento á ser quemada viva, y la reina madre salió desterrada á Blois. Luynes sucedió en el ministerio á Concini, y continuó la guerra contra los protestantes sin poder reducirlos. A su muerte se reconcilió Luis XIII con su madre, que le persuadió á llamar á Richelieu, obispo de Luzon, que luego fué cardenal. Este hombre eminente y enérgico se propuso acabar con la rebelion protestante y humillar á los grandes. Lo primero que hizo fué aliarse con los Ingleses y los Holandeses para evitar que los dieran socorros. Partió despues á la Rochela, que era su principal plaza de armas, y la puso sitio que dirigió él mismo en persona. Los sitiados recibieron socorros de la Inglaterra, que faltó á los tratados, mas Richelieu se lo impidió cerrando el puerto con un inmenso dique de setecientas toesas que cortaba el mar. Los de la Rochela se entregaron despues de un año de sitiados, y todas sus fortalezas fueron arrasadas. Sin embargo se los dejó el libre ejercicio de su religion (1630).

Arruinado el protestantismo en lo que tenia de faccioso, dirigió su atencion Richelieu hácia los grandes, á quienes queria privar de la independencia que aun conservaban. Sin dar á conocer su pensamiento, alejó al rey de la corte, haciéndole emprender una guerra en Italia contra el duque de Saboya auxiliado de los Españoles. En ella fueron vencidos los aliados y reintegrado el duque de Nevers en la posesion de aquellos Estados. Asegurado en su poder Richelieu emprendió una lucha á muerte contra los grandes, sus enemigos. Triunfó de ellos, y acabó con el feudalismo en Francia, aunque con inflexibilidad y dureza. Persiguió á la reina madre á la que tuvo como prisionera en Compiegne, de donde huyó á Bruselas y desde allí á Colonia, donde murió de pe-

sar y en la miseria. Aprovechándose tambien de la imprudencia con que los señores habian buscado el apoyo de España para derribarle, hizo prender al mariscal de Marillac y darle muerte. El duque de Montmorency cogido con las armas en la mano, fué degollado en Tolosa, no obstante el indulto que Luis XIII habia prometido á su hermano. Cinq-Mars, favorito del rey, y el presidente de Thou, fueron tambien víctimas de su venganza, abandonados de Gaston, duque de Orleans, que los habia comprometido á entrar en el complot. Hecho ya dueño mas absoluto del reino que el mismo rey, pensó aumentar su influencia en el extranjero, abatiendo á la casa de Austria, cuyo poder le daba cuidado. Con este objeto formó una liga de todos los príncipes protestantes de Alemania, é hizo entrar en ella á Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que tomó la direccion. Este príncipe batió á los generales del Imperio durante la guerra de los treinta años, hasta que pereció en la batalla de Lutzen.

Luis XIII enfermó peligrosamente, y el cardenal de Richelieu consiguió de él que le confiriera la regencia en el testamento que otorgó; mas no llegó el caso de haberla obtenido, porque falleció antes que el rey (1642).

Luis XIII dejó dos hijos, de los que el mayor apenas contaba seis años, y confirió la regencia á su esposa, Ana de Austria, asociándola un consejo de regencia. Pero ella hizo anular en el parlamento esta disposicion, y obtuvo de él la regencia sin límites, y puso al frente de los negocios, con el título de primer ministro, al cardenal Mazarino, cuya habilidad la habia hecho conocer Richelieu. La guerra contra el Austria, empezada por Luis XIII, siguió con vigor en la menor edad de Luis XIV, sobre todo en Flandes. El duque de Enghien, conocido despues con el nombre del grande Condé, ganó la batalla de Rocroi y destruyó á la infantería española, tenida por la mejor de Europa. En Friburgo, para animar á sus soldados, arrrojó su baston de mando en medio de las filas enemigas, y con la espada en la mano, puesto al frente de ellos, corrió á recobrarle. La toma de Thionville y de Philisburgo, y la victoria de Lens, acabaron de desorganizar las fuerzas combinadas de Austria y de España, y produjeron el tratado de Westfalia, que puso término á la guerra de los treinta años (1648).

Solo España dejó de entrar en este tratado, confiada en que las rivalidades de los grandes señores de Francia, pondrían al gobierno en conflictos que la permitirian recobrar su poder. El cardenal Mazarino era ciertamente odiado de la corte y del parlamento, pero sostenido por la reina, se defendió con valentía de unos y otros. Esta guerra civil, llamada de la Fronda, es célebre por la complicacion de intrigas á que dió lugar. El príncipe de Condé se ligó con los Españoles: el rey y la reina madre que participaban las diversas fortunas de su ministro, tuvieron que abandonar á París y andar errantes. Volvieron despues á él con Turenna y presenciaron el sangriento combate que tuvo lugar en el arrabal de San Antonio, entre Condé y las tropas reales. Por último, despues de cinco años de desastres terminó la guerra de la Fronda por haber huido á España Condé (1653).

La paz de los Pirineos concluida con España, acabó de pacificar la Europa. El rey que era ya mayor de edad casó con la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, con condicion expresa de renunciar sus derechos á la corona de España. Poco mas de un año despues de la conclusion, murió Mazarino, y Luis XIV, que conocia ya su fuerza, declaró que iba á gobernar solo por sí mismo. Comenzó por poner al frente de las rentas públicas á Colbert, que se aplicó á favorecer el comercio y la industria, abrir canales y fomentar la marina.

Habiendo muerto Felipe IV, su suegro, sin arreglar algunos puntos litigiosos acerca de su sucesion, la corte se negó á entregar á Luis XIV algunas provincias de los Paises Bajos, á las que se creia con derecho. Con la negativa hizo entrar en Flandes á Turenna seguido de Condé y de Louvois, que se apoderaron de Lila y del Franco-Condado. Pero la Suecia, la Inglaterra y la Holanda, formaron contra él una coalicion, que le obligó, por el tratado de Aix-la-Chapelle, á devolver lo conquistado (1668). Volvió á comenzarse la guerra, y fué su causa el haber acuñado los Holandeses una medalla alusiva á la humillacion de Luis XIV. Condé invadió y conquistó el Flandes, y Turenna hirió en el corazon á la Alemania, devastando el palatinado, pero fué muerto en una accion contra Montecuculli. En 1678 se convocó un congreso

general en Nimega, en el que los plenipotenciarios franceses tuvieron maña para aislar á las partes interesadas, tratando con cada una en particular. La España renunció definitivamente al Franco-Condado y varias plazas de los Países Bajos, y la Holanda, aunque nada perdió de material, se obligó á separarse de sus aliados.

La medida mas funesta de Luis XIV fué la revocacion del edicto de Nantes (1685). Con ella se vieron expatriados mas de trescientos mil protestantes, que llevaron al extranjero su industria y ódio á la Francia. Excitaron á la guerra á casi todas las naciones de Europa. El príncipe de Orange, Guillermo III, formó una coalicion, que se llamó liga de Augsburgo, en la que entraron el emperador Leopoldo, el rey de España, el papa, el duque de Saboya y rey de Suecia. El único aliado que quedó á Luis XIV fué el rey de Inglaterra, Jacobo II, á quien una conspiracion arrojó del trono, colocando en él á Guillermo III. La Francia se armó en favor del rey desposeido y la toma de Philisburgo por el Delfin; la de Namur por el rey; las batallas de Fleurus, de Steinkerque y de Nérwindaganadas por el mariscal de Luxemburgo, educado por el gran Condé; las victorias conseguidas por Catinat en Staffarda y Montmelian; las ventajas de Juan Bart y de Dugoay-Trouin, que mandaban la armada, parecia coronar los esfuerzos de Luis XIV. Pero la derrota de su marina cerca de la Hone por las escuadras combinadas y la dificultad de restablecer en el trono á Jacobo II, atrajeron la paz de Riswick (1696). Por la que Luis XIV reconoció á Guillermo III.

La sucesion de Carlos II, rey de España, fué una nueva causa de engrandecimiento para la dinastía de Luis XIV, por la eleccion que Carlos II hizo para sucederle en el trono en el duque de Anjou, hijo segundo del Delfin y nieto de Luis XIV.

Pero fué preciso sostener sus derechos contra el Austria, que tenia pretensiones á la herencia, como diremos en su lugar (1700) Un año despues de concluidas las hostilidades, murió Luis XIV, á la edad de setenta y siete años, despues de haber visto morir en pocos meses á su hijo el Delfin, á dos nietos y al mayor de sus viznietos, dejando solo á Luis XV, de cinco años.

El parlamento no respetó la última voluntad de Luis XIV, que habia designado un consejo de regencia, y anu-

lando el testamento, confirió un poder ilimitado á Felipe de Orleans, príncipe frívolo que convirtió la severa corte del difunto rey, en otra ligera, descuidada y entregada á los placeres. Las guerras desastrosas de la sucesion de España, tenian agotado el tesoro público. Para arreglar la Hacienda se valió el regente de un escocés llamado Law, y mientras tanto el cardenal Alberoni proyectaba grandes trastornos á la sombra de Felipe V.

Habíase acreditado este hombre de génio vasto é inquieto, como agente del duque de Parma, y en calidad de tal, con anuencia de la princesa de los Ursinos, negoció el segundo matrimonio de Felipe V con la princesa Isabel Farnesio, heredera de Parma y Plasencia. El plan que habia concebido, era quitar al duque de Orleans la regencia de Francia, para dársela á Felipe V, restablecer á este en los derechos de suceder á su sobrino Luis XV, reconquistar todos los reinos desmembrados de la monarquía española hacia ya un siglo, y colocar al pretendiente, hijo de Jacobo II, en el trono de Inglaterra. Para ello, pensaba tomar á sueldo á Carlos XII, rey de Suecia. Por desacertado que fuera semejante proyecto, obligó al regente á ponerse en brazos de la Inglaterra y la Holanda (1717) en una triple alianza, con el objeto de conservar la paz europea sobre las bases del tratado de Utrecht. Alberoni, sin asustarse de tales negociaciones, dió principio á la ejecucion de sus proyectos (1718), quitando á los imperiales la Sicilia y la Cerdeña. En Francia, la duquesa de Maine, los príncipes legitimados y multitud de personas de distincion, conspiraron contra el regente, duque de Orleans, y algunos han dicho que instigados por el duque de Cellamare, embajador español. El regente tomó algunas precauciones. La alianza en 1717, robustecida por la adhesion á ella del emperador en 1718, fué para la Europa un acta importante de derecho público, con el título de *Cuádruple alianza*. El emperador Carlos VI, hizo cesion formal de sus derechos á la España, y prometió dar al infante don Carlos la investidura de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia, con condicion de que Felipe V renunciara solemnemente todas sus pretensiones á las provincias españolas de la Italia y de los Paises Bajos.

Alberoni no era hombre á quien impusieran las no-

tas diplomáticas, y las despreció. Pero los resultados no fueron conformes á su ardimiento. Una escuadra española que encontró con otra inglesa cerca de Sicilia, fué derrotada por ella. El emperador se apoderó de la isla, y el duque de Berwick, que pasó los Pirineos con un ejército francés, tomó varias plazas de Navarra. El pretendiente, Jacobo III, no pudo conseguir nada para llevar adelante su proyecto de restauracion; y Carlos XII, que era el hombre en quien Alberoni mas confiaba, murió. Felipe V, á quien hicieron conocer lo peligrosos que eran los proyectos del cardenal, le mandó salir desterrado, y se apresuró á obtener la paz, accediendo á las disposiciones de la cuádruple alianza (1720). Por una cláusula condicional, se cedió la Cerdeña al duque de Saboya en cambio de la Sicilia. Reunida esta al Estado de Nápoles, se formó el reino de las Dos Sicilias; y la reunion de la Cerdeña á los dominios del duque de Saboya, concentró las fuerzas de este príncipe y le colocó entre los soberanos de segundo órden.

Habiendo llegado Luis XV á los catorce años de edad, en diez y seis de Febrero de 1723 se declaró mayor y confirmó al cardenal Dubois en el encargo de primer ministro, cuya confianza le duró poco, por haber muerto en Agosto del mismo año. El duque de Orleans volvió á encargarse de los negocios en calidad de ministro, y murió tambien luego. Luis XV llamó al duque de Borbon. El ministerio de este no ofrece de interesante mas que el matrimonio del rey con la hija de Estanislao Leckzinski (1725), proscrito que debia el título de rey de Polonia á un capricho de Carlos XII. El duque de Borbon se habia propuesto dominar al rey por la influencia que ejercia sobre la reina. El rey de España, cuya hija estaba prometida á Luis XV, se resintió de la injuria que se le habia hecho, y rompió con la Francia para reconciliarse con el Austria. La emperatriz Catalina I, para dar una idea del peso que la Rusia tenia ya en la balanza política, se unió á las córtes de Madrid y de Viena. A esta liga amenazadora, opusieron la Inglaterra, la Prusia y la Francia la alianza de Hanovre, en la que subsidiariamente entraron la Holanda, Suecia y Dinamarca, y los pequeños Estados protestantes. Una feliz concurrencia de sucesos restituyó la calma á la Europa. La muerte de la emperatriz de Rusia, la súbita desgracia del duque de

Borbon, reemplazado por el cardenal Fleuri, la mediacion conciliadora de Roberto Walpol, ministro inglés, y la cooperacion del pontífice Benedicto XIII, prepararon el éxito de las negociaciones entabladas sucesivamente en Aix-la-Chapelle, Cambrais y Soissons (1729). Los tratados de Sevilla entre Francia y España, el de Viena entre el emperador, la Inglaterra y la Holanda, pacificaron la Europa, sin introducir modificaciones importantes. El emperador Cárlos VI renunció á hacer el comercio de las Indias por conducto de la compañía de Ostende, y en cambio tuvo la garantía de la *Pragmática Sancion* ó pacto, por el que creia asegurar á su hija María Teresa la herencia íntegra de los Estados del Austria. En 1733, la muerte de Augusto II, rey de Polonia, reanimó las esperanzas de Estanislao Leckzinski. Luis XV hizo punto de honor sostener á su suegro, á quien favorecía una dieta últimamente convocada. Pero después se hizo elegir el hijo del último rey, con el nombre de Augusto III, y sostenido por la Rusia y el Austria, arrojó á su rival. El cardenal Fleuri no queria la guerra, y se atuvo á una simple demostracion de preparativos. Mandó mil quinientos hombres á Estanislao, á quien los Rusos tenian cercado en Danzick. La guerra con esto se generalizó luego, y los reyes de España, Francia y Cerdeña, se reunieron contra el emperador Cárlos VI. Un cuerpo de ejército invadió la Lorena, el duque de Berwick, pasó el Rhin, tomó á Kelh y batió á Filisburgo, donde murió. En Italia, el mariscal de Vilars, concertando sus operaciones con el rey de Cerdeña, empezó la campaña con la toma de Novara y Tortona, y los generales que le sucedieron destrozaron á los Austriacos en Parma y Guastalla. En fin don Cárlos infante de España, que peleaba en la Italia inferior, les forzó en sus atrincheramientos de Bitonto (1735), libertó á la Sicilia y entró triunfante en Nápoles, en donde fué recibido con alegría.

Alarmado el emperador, suscribió á los preliminares de paz (1735,) pero retrasando siempre las negociaciones, con la esperanza de ver si con la llegada de diez mil Rusos al Rhin, mudaba el aspecto de la guerra; le fué preciso ceder y firmar el tratado definitivo de Viena (1738), cuyas principales cláusulas fueron, que Estanislao renunciára al trono de Polonia y conservára el título de rey, indemnizándosele con los Ducados de Lorena y

de Bar, que á su muerte se unirian á la corona de Francia. El duque Francisco de Lorena, á quien se quitaba el ducado, obtuvo la Toscana; se reconoció por rey de las Dos Sicilias al príncipe don Cárlos, y al rey de Cerdeña se le dieron Novara y Tortona con sus dependencias. El rey de Francia, satisfecho con la espectativa de Lorena, restituyó todo lo que habia conquistado y garantizó la pragmática sancion relativa á la sucesion imperial. La Inglaterra vió este arreglo con recelo, pero disimuló.

Después de un año del tratado de Viena, se vieron otra vez trastornadas la bases de la política europea con la muerte de cuatro soberanos; el pontífice Clemente XII, á quien sucedió el sábio Benedicto XIV, la emperatriz de Rusia, el rey de Prusia, Federico I, á quien sucedió Federico II, y últimamente el emperador Cárlos VI, último representante varon de la casa de Hábsburgo, cuyos acontecimientos produgeron la guerra de sucesion á el Austria de que ya hemos hablado. Los males que causó á la Francia no pudieron ser reparados en los años de paz que la siguieron. La monarquía se hallaba en completa decadencia; la córte ofrecia un triste espectáculo de vergonzosas debilidades, el tesoro público era presa de la codicia de los cortesanos; los escritores públicos combatian á todos los principios sociales bajo el pretexto de que eran preocupaciones; la administracion y la magistratura se habian hecho objeto de especulacion, y todo esto hacia presumir que cualquiera lucha que pudiera sobrevenir habria de ser funesta al país. No tardó en hacerse esperar mucho la llamada guerra de los siete años, de la que tambien tenemos dicho lo suficiente.

Desde el tratado de París que la puso término, hasta la muerte de Luis XV, ofrecia la Francia un estado de desmoralizacion horrible. Las solas ventajas de este período fueron la adquision de la Lorena por muerte de Estanislao (1766), y la de la Córcega cedida por los genoveses (1767). El deseo de reformas degeneró en vértigo. Los parlamentos se hallaban imbuidos en general del espíritu de oposicion. Al gobierno de madama Pompadour signió el del rufian Du-Barry. El duque de Choiseul, ministro enérgico y amante de la dignidad nacional, cayó en desgracia. Para sucederle fueron busca-

dos hombres sin prestigio, como el canciller Maupeou, el duque de Aiguillon y el abate Terray. El despotismo sin pudor que ejercieron excitó la pública indignacion. Los parlamentos fueron un foco de oposicion que los cortesanos quisieron ahogar. El canciller Maupeou les abolió y estableció para las atribuciones judiciales tribunales compuestes de favoritos suyos (1771). Este imprudente paso unido á la bancarrota del abate Terray, causaron un descontento general.

LECCION CUARENTA Y NUEVE.

Francia: reinado de Luis XVI.—Principio de la revolucion.—Estados generales.—Asamblea Nacional.--Idem Constituyente.—Asamblea Legislativa.--Convencion Nacional.--Gobierno Republicano.--Consulado.—Imperio.—Restauracion.

§ I.

REINADO DE LUIS XVI.

(1774—1793.)

Elevado al trono á la edad de veinte años, se entregó á estudiar las necesidades de su pueblo y reparar las faltas del reinado anterior. Comenzó por restablecer los parlamentos que tan deseados eran, y secundado de sus ministros Turgot y el virtuoso Malesherbes, promulgó excelentes leyes; devolvió á los protestantes el estado civil; abolió el tormento é hizo otras muchas reformas útiles. Pero las exigéncias de la córte y la debilidad de su carácter, paralizaron tan buenos principios, que no bastaron á defender á la Fracia del abismo en que iba á caer. La deuda pública se habia aumentado mucho con la guerra con los Ingleses, por la emancipacion de

los Estados-Unidos de América y los auxilios dados á estos. Una asamblea de notables que Necker habia convocado, encontró un déficit, imposible de ser cubierto con los impuestos ordinarios, y propuso el establecimiento del timbre y un impuesto sobre la propiedad en general. El parlamento se negó á registrar estos decretos, y declaró que solo los Estados generales eran competentes para hacer la reforma financiera que se intentaba.

Convocados y reunidos estos en Versailles el 5 de Mayo de 1789, se notó desde muy luego la poca armonía que reinaba entre los tres órdenes del clero, nobleza y tercer estado; porque celosos de sus privilegios los dos primeros, querían que cada uno deliberára y votara separadamente, mientras que los del tercer estado pedian que se hiciera estando todos juntos y votando individualmente. Nadie habia que pudiera decidir la disputa definitivamente, y el tercer estado se constituyó por si mismo en asamblea nacional el 17 de Junio contra la oposicion que manifestaron el clero y la nobleza. El rey mandó cerrar la asamblea, anunciando una sesion real, con el objeto de conocer cual era la voluntad de la nacion representada en los tres estados. Los diputados se retiraron al juego de pelota, donde convinieron en no separarse hasta dar á la Francia una Constitucion. Luis XVI quiso neutralizar este primer paso de la revolucion, haciendo que los dos primeros estados se reunieran al tercero y formaran con él una sola asamblea. Pero desengañado de la ineficacia del medio, trajo tropas á las inmediaciones, ó bien para su defensa ó para en caso necesario disolver la asamblea. Esta medida fué causa de que se estendieran rumores siniestros, y de que el 17 de Julio fuese invadida la Bastilla y asesinado el gobernador de ella. Las disposiciones de la asamblea en el 4 de Agosto empujaron á la revolucion en vez de dirigirla, y los acontecimientos del 5 y 6 de Octubre ya la alentaron á caminar sin disimulo. Reunida la asamblea en París á donde siguió al rey, se ocupó de medidas de grande utilidad pública. Pero con la Constitucion civil del clero y la creacion de los asignados, lo echó todo á perder y se atrajo terribles compromisos. El rey se negó á dar su sancion á aquella, y no pudiendo resistir ya á la demagogia, huyó de París con la familia real, pero detenido

en Varennes, se vió obligado á volver. Los príncipes pasaron las fronteras, y con ellos muchos nobles que sucesivamente emigraron. La asamblea, despues de haber terminado la Constitucion se separó, y en su lugar se formó otra llamada legislativa mas contraria á la monarquía, á la que sin embargo no se atrevió á abolir. La Prusia por este tiempo se presentó agresiva, y la asamblea declaró el 10 de Agosto de 1792 que la patria estaba en peligro. Excitado el pueblo acometió á las Tullerías y degolló á la guardia suiza. El rey se refugió en la asamblea que le suspendió de su autoridad y le mandó encerrar en el Temple con su familia. Los Prusianos avanzaron por el pais, y culpando á los eclesiásticos y nobles de esta invasion, fueron bárbaramente asesinados cuantos de estas clases se encontraban detenidos en las cárceles, y con ellos á todos los parientes y relacionados de los emigrados.

Convócose una convencion nacional para juzgar al desgraciado Luis XVI. Su primer decreto fué para abolir la monarquia y proclamar la república, á la vez que los Prusianos eran derrotados en Jammapes y Vamy, y los Austriacos rechazados de las fronteras. Animada la convencion con estas victorias, nada respetó, y llevando al rey á la Barra, le condenó á muerte, no obstante las heróicas defensas de Dezez, Tronchet y Malesherbes, y de haber apelado el rey al pueblo en quien tenia confianza. En el cadalso no perdió nada de su valor y dignidad para dirigir su voz á la Francia. Un redoble que mandó tocar á los tambores el jefe de la fuerza que le rodeaba, impidió que fuese oido.

§ II.

GOBIERNO REPUBLICANO.

(1793.—1804.)

La muerte de Luis XVI fué la señal de la guerra de las potencias extranjeras contra la Francia. Decretóse el arresto de los tenidos por sospechosos, y se estableció un tribunal de sangre para juzgarlos. La reina María Antonieta, madama Isabel, hermana del rey, y casi todos los arrestados sufrieron tan desgraciada suerte. El Delfin

pereció víctima de los mas brutales é inhumanos tratamientos. Los convencionales mismos empezaron á matarse unos á otros con el furor más rabioso. La Francia cayó á los piés de dos mónstruos, Marat y Robespierre, el uno dueño de la municipalidad de París y el otro de la asamblea, cuya dominacion es conocida en la Historia con el dictado de Imperio del Terror. Hubo la fortuna de que la heroina Carlota Corday diera de puñaladas al primero, y el segundo muriera en un patíbulo que levantaron sus compañeros mismos. Pero si tan horribles crímenes afligian al país, las victorias de sus ejércitos en todas las fronteras y la sumision de la Vendée le consolaban de ellos.

A la tumultuosa asamblea siguió el directorio ejecutivo, compuesto de dos consejos, llamados el uno de los Quinientos y el otro de los Ancianos, á quienes tocaba votar las leyes, y el directorio compuesto de cinco miembros á quienes pertenecia la ejecucion de ellas. Las mismas causas que acabaron con la convencion existian en el directorio, pero habiendo vencido en las elecciones del año de 1795 los menos hostiles á la monarquía, el directorio compuesto de furiosos convencionales, proscribió á muchos diputados violando la Constitucion, con lo que preparó su ruina.

Acababa de levantarse en la guerra contra los Austriacos un hombre llamado Bonaparte, que hecho célebre en las batallas de Lodi, Arcole y Riboli, dió causa al tratado de Campo-Formio. La expedicion que en 1798 hizo al Egipto y las célebres batallas que allí ganó, hicieron de su nombre una especie de talisman, en que los contrarios al directorio fiaban su destruccion. Habiendo vuelto á Francia en 1800, y conociendo el ódio que por su tiranía y depredaciones se habia traido aquel, se decidió á acabar con él, como lo hizo en un solo dia. Nombrado cónsul, empezó por dulcificar los males que afligian á la Francia, abriendo las fronteras á los emigrados, restableciendo la religion que la libertad salvaje de los demagogos habia abolido, y dando acertadas disposiciones en todos los ramos de la administracion pública.

La guerra continuaba con desventaja ya para la Francia, pero la batalla de Marengo abrió una nueva era para sus armas, que Bonaparte elevado al imperio supo hacer mas grande. Con la buena administracion planteada

por él, se atrajo el afecto público y su poder llegó á ser inmenso. Esto no obstante, se tramó una conspiracion que abortó. Una máquina infernal que debia reventar bajo de su carruaje, lo hizo antes, y los conspiradores fueron cogidos. El acontecimiento produjo mayor afeccion á la persona del cónsul, y el senado, para ponerla mas á cubierto de semejantes tentativas, le decretó la corona imperial, que la Francia, cansada de trastornos, aplaudió con entusiasmo.

§ III.

IMPERIO.

(1804.—1814.)

Al tomar Bonaparte el título de emperador, recibió el nombre de Napoleon. El Pontífice Pio VII, en atencion á lo que siendo cónsul habia hecho en favor de la religion, y lo mucho que podia hacer en su nueva dignidad, fué desde Roma á Paris para ungirle y coronarle por tal emperador. Por premio recibió una negra ingratitud, y la persecucion del nuevo emperador, que reemplazó á la república Cisalpina con un reino de Italia, y pasó á Milan para ceñirse la corona de hierro de los Lombardos.

Formóse una coalicion de las potencias europeas contra la Francia, y Napoleon, después de reorganizar el ejército y crear el grado de Mariscales del Imperio, pasó el Rhin, derrotó á los Austriacos en Ulm y entró en Viena. Mas adelante ganó la batalla de Austerliz, en la que el czar Alejandro y el emperador Francisco II estuvieron á merced del vencedor. El tratado de Presburgo, por el que el austriaco reconoció á Napoleon por emperador, puso término á esta campaña, en la que perdió el Tirol, el Véneto y la Dalmacia. Sin influencia ya en los Estados del Rhin, se formó de ellos una confederacion aliada de la Francia Dueño de las condiciones de la paz cambió la Constitucion de la Suiza; colocó en el trono de Nápoles á su hermano José, y en el de Holanda á Luis. Al príncipe Eugenio, á quien tenia adoptado por hijo, le cedió el reino de Italia. Tantas glorias se vieron empañadas en Trafalgar, donde las escuadras francesa y

española fueron desbaratadas por los Ingleses, mandados por Nelson que murió en accion.

La Rusia, que no entró en el tratado de Presburgo, se coaligó con la Prusia y la Inglaterra. Napoleon volvió á pasar el Rhin y ganó la batalla de Jena: entró en Berlin, y se hizo árbitro de la monarquía de Prusia. El tratado de Tilsit, por el cual la Prusia perdió el Gran Ducado de Varsovia, dió origen á otro nuevo reino, y con el de Westfalia, creado por su tercer hermano Jerónimo, la prusia quedó amansada. En aquel tratado procuró Napoleon congratularse con Alejandro de Rusia, cuya amistad deseaba; para lo cual este se ofreció como mediador entre la Francia y la Inglaterra. El ministerio inglés rehusó la paz, y Napoleon formó el proyecto de cerrarla todos los puertos de Europa con un bloqueo continental. Portugal sometido á la voluntad de los Ingleses, se negó á tomar parte en el bloqueo, y un ejército francés, al mando de Junot, entró en Lisboa, de donde la familia real habia huido al Brasil. Por este tiempo habian comenzado en España las discordias entre el rey Carlos IV y su hijo el príncipe de Asturias, quienes mal aconsejados, buscaron el arbitraje de Napoleon, quien con astucia arrancó al anciano rey su abdicacion, y con doblez y perfidia privó al hijo del trono para trasferirle á su hermano José, rey de Nápoles, y el de esta nacion á Murat. La España se levantó en favor de sus reyes, y sostuvo una lucha heróica en la cual pereció lo mas florido de los ejércitos franceses, y sufrió la Francia inmensos daños que la arruinaron por largo tiempo. Formose otra nueva coalicion, que deshecha en Wagram, dió por resultado el tratado de Schœmbrun, en el cual Francisco II reconoció por reyes á los príncipes que Napoleon habia puesto en los tronos de Nápoles, España y Westfalia, y se obligó á darle la mano de su hija María Luisa. Para esto precedió su divorcio con Josefina de Beauharnais, y casado con Maria Luisa tuvo de ella un hijo, á quien se proclamó en la misma cuna por rey de Italia.

Pio VII, arrojado de su palacio, y despojado del poder temporal, se vió llevado á Fontainebleau, donde permaneció algunos años sin murmurar contra la opresion de que era víctima, y resistiendo con firmeza el desmembramiento del patrimonio de la Iglesia.

Llegó el año de 1812, y la Rusia se separó de Na-

poleon. Este obligó al Austria y la Prusia á seguirle en su idea de bloqueo continental contra la Inglaterra, que habia persuadido á la Rusia la declaracion de la guerra. Napoleon pasó el Niemen con quinientos mil hombres, y la toma de Smolensko primero, y luego la batalla de la Moskowa, le abrieron las puertas de la antigua capital de los czares. La resistencia de los Rusos fué heróica y desesperada, y Napoleon no pudo permanecer en Moscow, abandonada de sus habitadores y toda en llamas, ni pasar mas adelante de ella, porque el enemigo en su retirada todo lo dejó arrasado. Obligado á retroceder todo fué desastres, pues el hambre, el frio y los asaltos de los enemigos acabaron con aquel formidable ejército. Los restos volvieron á pasar el Niemen, y reorganizados por el mariscal Ney y el príncipe Eugenio, se salvaron de una total destruccion. A los tres meses despues se presentó Napoleon en Alemania con otro ejército y venció en Luizen y Bautzen á la coalicion, y celebró con ella un armisticio. El Austria y la Prusia le abandonaron luego; los generales franceses comenzaron á ser batidos; los reyes aliados se separaron y Napoleon se vió precisado á replegarse á Francia. Obligado á pelear en Leipsike, perdió una gran parte de su ejército. Ya no habia remedio para él, y los aliados entraron en Paris, y Napoleon firmó su abdicacion, y salió para la isla de Elba, que se le señaló por estancia.

Luis Estanislao Xavier, hermano de Luis XVI, subió al trono rodeado de aplausos, como representante de los principios de órden y de estabilidad y garantía de la paz que la Francia ansiaba (1814).

LECCION CINCUENTA.

El Cristianismo y la Iglesia durante los tres últimos siglos.

El estado por donde pasó la Iglesia en el siglo XVI, hubiera parecido imposible de ser superado, y las pruebas que sufrió capaces de hacerla perecer sin remedio, si las persecuciones lo mismo que la perpétua asistencia de su Divino fundador, no la estuviesen prometidas de un modo inmutable. Todo género de combates se la dirigieron, escándalos, furores, seduccion y renovacion de todos los males que antes la habian afligido; todo unido á los nuevos males que entonces nacieron y siguen todavía atacándola, parecia, segun el modo de ver de los hombres, que debia haber extinguido hasta el nombre de Iglesia y de fé cristiana. Y sin embargo, la barca de San Pedro, que por tantos escollos se vió amenazada, y de tan furiosas olas combatida, no pudo ser sumergida, y salió de entre las tempestades tan rica de virtudes y acaso de poder como antes tenia y tendrá hasta la consumacion de los siglos.

Ya hacia tiempo que los pontífices, los concilios y los hombres mas eminentes en santidad y letras, venian sintiendo los males y escándalos á que la turbulencia de los siglos medios habia dado entrada en la disciplina y gobierno de la Iglesia, y deseaban con ánsia que se remediaran. Pero tambien los habia entre ellos soberbios y orgullosos que, desconfiando de la Iglesia misma para intentar su reforma, aspiraban á constituirse jueces entre ella y su doctrina, que creian olvidada. Así es, que comenzando por decir que ya no habia Iglesia en la tierra, y que la llamada esposa de Jesucristo estaba repudiada, se presentaron como designados por él

para formar una que fuese digna de Dios. Jamás se habia oido cosa parecida, y no obstante, multitud de ilusos los siguieron, y varias naciones se afiliaron á su empresa. No tardó en manifestarse el cisma entre los nuevos titanes que osaron rebelarse contra Dios, y muy luego al cisma siguieron la violencia, el furor, la guerra y todos los crímenes que asolaron una gran parte de la Europa. Del cisma salieron los anabaptistas y socinianos, que fingiéndose inspirados y en comunicacion con el mismo Dios, unieron á sus impíos errores sobre los principales dogmas del Cristianismo, el muy trascendental de hacer á la razon humana juéz de todos ellos exclusivamente.

De todos los reinos cristianos era la Alemania el que mayores abusos toleraba, ó bien porque aun no se habian extinguido en ella los enconos de las anteriores guerras del sacerdocio y el Imperio, ó porque de los principados que formaban aquel dilatado Estado compuestos de seglares y eclesiásticos, eran estos presa de los hijos segundos de los grandes potentados, que entraban en ellos con toda la corrupcion de los tiempos, y sin ningun talento y virtudes de las que su dignidad reclamaba. En 1517 enseñaba teología en la Universidad de Witemberg, el jóven Lutero, que lleno del orgullo que hincha sin dar ciencia, era partidario de las exageradas opiniones de los que arriba dejamos bosquejados. Favorito de Federico el Sábio, elector de Sajonia y encargado del Imperio durante el interregno que precedió á la eleccion de Carlos V, se halló en disposicion de romper la valla del temor, y comenzó por atacar las indulgencias que Leon X habia mandado predicar, para despues desbordarse en errores mas considerables. En las leccciones desde la cuarenta y seis á la cuarenta y ocho inclusive, dejamos referida la historia de las alteraciones políticas que en Alemania, Inglaterra y Francia, produjeron las innumerables sectas y opiniones, que de aquellos errores tomaron su orígen.

La Italia y Roma misma, cabeza de la cristiandad, experimentaron terribles males en este período de trastornos y defecciones. A los pontificados de Alejandro VI, Julio II y Leon X, en que abundaron los escándalos, siguió el de Adriano VI, papa de excelentes cualidades, pero que demasiado adherido á la política dudosa

de Carlos V, no pudo hacerse amar de los Romanos, cuyos desórdenes pensó refrenar. Clemente VII, que intentó oponerse á las ambiciosas miras del emperador, se vió hecho prisionero de sus tropas despues de Roma saqueada y profanados sus templos, hasta que cedió. Paulo III, su sucesor, se apresuró á satisfacerle convocando el concilio de Trento. El grande amor á sus parientes, le arrastró á cometer notables faltas, que detestó despues en vista de la ingratitud con que le correspondieron. Julio III, á la vez que poco cuidadoso de su buen nombre, y de la alta mision para que habia sido elevado, volvió á reunir el concilio, que luego suspendió contra los deseos de todas las naciones cristianas. Marcelo II, que subió al sólio animado del mejor espíritu para activar las resoluciones de las materias conciliares, no vivió mas que veinte dias despues de elegido. Paulo IV, que le sucedió, era celoso por la fé católica, y poco adicto al emperador, con quien estuvo en guerra desde el principio de su pontificado. Desconfiando de los resultados que pudieran tener las decisiones del concilio, por las frecuentes exigencias de los soberanos temporales, se abstuvo de reunirle. El tumulto que siguió á su muerte en Roma justifica hasta cierto punto sus recelos, como los justifican tambien las intrigas y manejos que mediaron en el cónclave para la eleccion de sucesor. Lo fué Pio IV, que restableció el concilio de Trento, y se propuso con ahinco acabarle, como lo consiguió en 1563. En el pontificado de Pio V, papa de intachables costumbres y de celo admirable por la fé, recibió la religion grandes beneficios con su Catecismo romano y el Breviario. Con motivo de la publicacion de la bula, *in Cœna Domini*, á la que dió mayor extension, hubo algunas turbulencias en Francia por considerársela atentatoria á las libertades de la iglesia galicana, y en Nápoles, donde el gobierno puso grande resistencia á su admision. Gregorio XIII, que sucedió á este santo pontífice, confirmó la bula de su antecesor, y anatematizó á los que se opusieran á ella. Durante su pontificado acaeció en Francia el memorable suceso de la noche de San Bartolomé. Tambien se publicó en él el último arreglo del calendario, que de su nombre se llamó Gregoriano. En via ya la Iglesia de defenderse de sus encarnizados enemigos con las mismas armas que ellos la combatian,

hizo publicar Sixto V la edicion de la Vulgata y el Martirologio, con el objeto de patentizar por la primera las indestructibles bases en que se funda la autoridad de la Iglesia romana, y dar en el segundo, un catálogo de testigos que con su sangre han venido deponiendo de ella, desde los primeros dias de su formacion.

No solo fué el luteranismo quien en el agitado siglo XVI puso en consternacion al mundo católico, pues cuando ya los pretendidos reformadores estaban sometidos á determinados límites, otros agitadores se presentaron en el seno mismo del catolicismo, para desunir en él á los que ninguna de las sectas nacidas de aquel habia podido separar. El concilio tridentino ninguna decision dió sobre las cuestiones que se venian promoviendo acerca de la Gracia, entre las escuelas tomista y escotista, y sin embargo de que los papas Pio V y Gregorio XIII, habian condenado las setenta y seis proposiciones en que Miguel Bayo, profesor en Lovaina, reproducia con ellas las suscitadas por Pelagio, renovóse con mayor ardor la disputa entre Dominicos y Jesuitas con motivo de la publicacion del libro del jesuita Molina. Los Dominicos le combatieron con energía, y los Jesuitas le defendieron con valor, produciendo unos y otros profundas excisiones, no solo en las escuelas, por las diversas opiniones que comenzaron á desenvolverse en ellas, sino entre los fieles, en quienes estas disputas causaron grande descuido en la moral, y no muy poca indiferencia en la doctrina controvertida. Clemente VIII, con una prudencia digna de toda alabanza, quiso cortar tamaños males, y para hacerlo con seguridad y conocimiento bastante, mandó crear la congregacion de *Auxiliis* en 1599, pero murió antes de haber podido tomar determinacion alguna, y la contienda siguió tomando mayores proporciones.

Despues de haber dado una sucinta idea de los males que mas profundas llagas causaron á la sociedad cristiana en el siglo que recorremos, la daremos igualmente de los bienes que los contrabalancearon, y que fueron la prueba decisiva de que Jesucristo jamás abandona á su Iglesia, aun en medio de las mayores ingratitudes de los llamados á componerla. Y comenzando por la Inglaterra, donde mayores fueron los esfuerzos que el error y la impiedad hicieron para destruirla durante los rei-

nados del feroz y brutal Enrique VIII y la lúbrica Isabel. Causa admiracion la maravillosa constancia de los muchos mártires y confesores que dieron testimonio de su fé, en las horribles persecuciones promovidas ó toleradas por aquellos dos príncipes de infausta memoria para el Cristianismo. En la dificultad de enumerarlos todos, nos contentaremos con recordar los nombres de las víctimas ilustres que fueron sacrificadas en cada uno de los dos reinados. La virtuosa Catalina, desventurada esposa de Enrique VIII, admiró con su ardiente fé y heróica resignacion en la desgracia, hasta al inhumano esposo, que mas de una vez se vió acosado de terribles remordimientos. Fischer, obispo de Rochester, y Tomás Moro, antiguo canciller de Inglaterra, dieron con su sangre aliento á los preciosos restos del catolicismo que Enrique se proponia aniquilar. Margarita, hija de Jorge, duque de Clarence, hermano del rey Eduardo IV, madre del cardenal Polus, fué degollada en venganza de no haber podido haber á las manos al ilustre cardenal.

Aun fué mas general la persecucion en tiempo de Isabel. Diez y seis obispos, únicos que habian quedado de la primera, acabaron su vida entre cadenas, ó en el destierro. El clero casi en masa siguió tan heróico ejemplo. El ódio á Jesucristo y su Iglesia en aquella moderna Jezabel, no se limitaba solo á los que con su palabra y persuasiones podian mantener encendida la fé entre sus desventurados súbditos, sino que se estendió hasta los hombres de ciencia que la profesaban. Para ignominia de su detestable furor, conservan los anales ingleses los nombres de cuarenta y nueve doctores en teología, diez y ocho en derecho, diez y nueve en medicina, y de mas de trescientos jóvenes estudiantes, que prefirieron la muerte y los calabozos, á las infames seducciones de los sangrientos perseguidores de sus creencias. Todos los esfuerzos de estos aunados enemigos fueron inútiles para destruir en Inglaterra la fé de sus mayores, que nunca llegó á faltar por completo. A fin de que así sucediera, reunió Guillermo Allen, canónigo de Oxford y luego cardenal, á todos los eclesiásticos y doctores expulsados de Inglaterra en una misma casa, para que educaran jóvenes misioneros, que volviendo á su patria sostuvieran á los que permanecian en ella. En 1568, con autoridad del papa Pio V y

de Felipe II, rey de España, se estableció en Douai el primer colegio de Ingleses, con jóvenes de las Universidades de Oxford y de Cambridge. Los padres de la Compañía de Jesus, Parsons y Campion, fueron los primeros que concurrieron á la vez á tan heróica empresa, y el segundo la selló con el martirio.

Tambien en Francia combatieron los católicos á los luteranos y calvinistas, preparándose con los buenos estudios á que dió principio la fundacion del colegio real para la enseñanza de las lenguas sábias, tan necesarias en el de las escrituras sagradas y fuentes de la tradicion. El clero por su parte, aleccionado con las persecuciones, dió pruebas de grande celo por el restablecimiento de la disciplina, y viviendo unido al de las demás naciones donde florecia el espíritu de la Iglesia.

En Italia, el papa Adriano VI con sus buenas disposiciones, Marcelo II con sus ardientes deseos de cortar las causas de tantos males, y Pio V con sus costumbres puras y santidad, que rebosaron en celo por la conservacion y propagacion de la fé, contribuyeron sobremanera á contener el devastador torrente de inmoralidad y de errores, que desbordado por toda la Europa, amenazaba su ruina. El último especialmente se distinguió por sus sábias disposiciones para hacer que así los cardenales, como el resto del clero, evitasen el lujo y viviesen con regularidad; para reformar los monasterios, y establecer colegios donde la juventud recibiera una instruccion sólida en la práctica de la virtud y en el estudio de la Escritura y santos padres. Gregorio XIII, que le sucedió, se propuso disipar la ignorancia creando colegios y seminarios: reformando el calendario y la coleccion de Graciano. Socorriendo á los maronitas, los confirmó en su adhesion á la Santa Sede, y con sus esfuerzos para atraer á la Rusia al seno de ella, dió una prueba de amor á todo lo que habia sido escogido para formar parte del gran rebaño de la verdadera Iglesia. Tambien la religion debe á Sixto V mucho con la reparacion y enriquecimiento de la magnífica biblioteca del Vaticano.

Pero donde indudablemente recibió la religion mayores señales de adhesion á la pureza de la fé, y la Iglesia de respeto á su espíritu y disciplina, fué en España. Los grandes obispos que en ella florecieron, y los emi-

nentes teólogos que así en el concilio tridentino, como fuera de él en sus escritos combatieron y refutaron las doctrinas reformadoras, produjeron bienes sin cuento, que no solo la libertaron á ella de las horribles convulsiones por donde casi toda la Europa pasó, sino que fueron causa muy principal, para que en este siglo y en el siguiente se la considerara como la primera nacion en el cultivo de las letras y ciencias, así sagradas como profanas. Tuvo tambien el grande mérito, de que la verdadera reforma en las costumbres, y la no menos necesaria en la disciplina de los eclesiásticos y órdenes religiosas, diera principio en ella. El padre Juan de Avila con sus fervorosas predicaciones, y Fr. Luis de Granada con sus obras piadosas, contribuyeron prodigiosamente no tanto á la conversion de los pecadores, como á afirmar en la fé á los que por las astucias de los pocos sectarios que el luteranismo tenia en estas partes, se veian asediados y sujeridos á abandonarla.

San Ignacio de Loyola, que figura á la cabeza de la Compañía de Jesus, como su fundador, fué el primero que enseñó á pelear á los católicos con las armas mismas que sus enemigos acostumbraban á usar. Santa Teresa de Jesus, reformadora de los Carmelitas, y San Pedro Alcántara, de la órden franciscana, hicieron conocer al mundo que en la fé de Jesucristo y en el espíritu de su Iglesia, hay el vigor y la energía sobrehumanos para reformar cualesquiera abusos á que la malicia de los hombres y la corrupcion de los tiempos pueda dar entrada en su seno.

No es inferior la gloria que la cupo en la obra de la Providencia para traer á la verdad católica á multitud de pueblos y naciones que vivian en el error y las tinieblas. La religion, á quien los rebelados contra ella habian quitado algunos de los Estados europeos, supo adquirirse otros aun mas extensos, en los que San Luis Bertran, San Francisco Xavier y otros mil y mil santos y mártires españoles, dejaron sembrada la luz del Evangelio para nunca mas desaparecer de ellos.

§ II.

SIGLO XVII.

La paz de Ausburgo (1555) no fué otra cosa que una suspension de las discordias, frecuentemente violada y despreciada de los protestantes, quienes temiendo las consecuencias de sus violaciones, formaron de nuevo una liga en Ahausen á principios del siglo XVII. Los príncipes católicos formaron otra para contrarestarla en Wurburgo. De contestaciones en contestaciones se llegó á la guerra de los treinta años, que acabó como dejamos dicho en su lugar, con la paz de Westfalia. Humillada la autoridad pontificia con quien no se contó para su celebracion, vió comenzar en este siglo las pretensiones de los regalistas, principalmente franceses, que al dolor de ver sancionada la secularizacion de los bienes eclesiásticos en los paises donde fué reconocida la existencia legal del protestantismo, añadieron el de disputar á los papas los derechos que como tales venian ejerciendo en las naciones católicas. Luis XIV fué el primero entre los reyes católicos, que acostumbrado al despotismo político con que tenia atada á su carro á la Francia, quiso imponérsele á la Santa Sede, aconsejado de sus ocultos enemigos. En nada pudieron contenerle las acrisoladas virtudes de Inocencio XI, por cuyos esfuerzos el Cristianismo que iba faltando en Europa, echaba profundas raices en otros continentes, y á cuya santidad prestaron homenaje muchos obispos cismáticos de Oriente, que volvieron al seno del pontificado. Las cuestiones sobre la Gracia que tales excisiones habian producido en el siglo anterior, continuaron en este siendo causa de mas alarmantes debates, á los que ni aun la autoridad de los pontífices, ni las declaraciones de la congregacion de *Auxiliis*, eran bastantes á contener. De tal manera se habia estendido tambien entre los católicos el espíritu controversista y examinador, que así por estas cuestiones sobre la Gracia como por las que suscitaron Jansenio y los defensores de las regalías, se veia amenazada la integridad de las creencias católicas. Agréguese á esto el atrevimiento con que el deismo y la impiedad empezaron á levantar er-

guidos la cabeza, y se tendrá una idea, aunque incompleta, del lamentable estado en que tantos males aunados tenian á la Iglesia y al Cristianismo. Como todas estas diferencias no reconocian otro orígen que las nuevas doctrinas protestantes, entre cuyos sectarios habia muchos que aparentaban desear una conciliacion que pusiera término á ellas, los pontífices, secundados de algunos príncipes católicos, accedieron á que se tuvieran conferencias entre los hombres doctos de ambas comuniones para procurar llegar á conseguirla. La primera se celebró en Ratisbona por tres doctores luteranos y tres sacerdotes Jesuitas: otra se verificó en Neuburgo entre un Jesuita y un protestante, y á la mas famosa, que fué la de Thorn, mandada tener por Wladislao IV, rey de Polonia, asistieron gran número de teólogos católicos, luteranos y calvinistas. Ninguna dió los resultados que la buena fé y la caridad cristiana se lisonjeaban sacar, porque aferrados los disidentes en sus opiniones, solo llevaron á ellas el ánimo de propagarlas, y no habiendo podido conseguirlo, sino por el contrario, conociéndose casi derrotados, las abandonaron mas agriados que nunca. La superioridad de los defensores de la doctrina y de la tradicion romana, apareció con toda su grandeza en la inmortal obra de las *Variaciones de las iglesias protestantes*, con que el sábio Bossuet desconcertó para siempre al protestantismo.

Dejamos ya indicado el espíritu de fervor evangélico con que en el seno mismo de la Iglesia, empezó á verificarse la reforma de ambos cleros, y la prudente vigilancia con que la Santa Sede procuraba dirigirla. No fué menor la que pusieron en coadyuvar al engrandecimiento y explendor de las ciencias, tanto sagradas como profanas. España, Italia, Francia y los Paises Bajos florecieron en hombres ilustres por su saber. Los protestantes se enfurecieron cuando contra sus esperanzas vieron á los papas proteger á muchos Jesuitas y PP. del Oratorio que abrazaron y enseñaron la nueva filosofía de Descartes y Gasendi, abandonando la de Aristóteles, y que vieron con entusiasmo los descubrimientos hechos en las matemáticas y la física, y los adelantos de la metafísica. Entonces rompieron abiertamente con todo, y dieron principio á inundar la Europa, no ya de escritos de controversia, sino de la mas exagerada impiedad. La ignorancia

que en un tiempo atribuian dominar en la Iglesia católica, iba desapareciendo progresivamente: natural era que sus encarnizados enemigos cambiaran de armas, y se pasaran á otro campo. Ya no les era posible luchar en el terreno de las ciencias y las letras con la ilustre Compañía de Jesus, la grande órden de San Benito, y los PP. del Oratorio, que á porfía produjeron hombres tan eminentes como Petavio, Sirmond, Mabillon, Ruinart, Martene, Morino, Tomasino y otros muchos mas, sin que podamos omitir los de los célebres cardenales Baronio, Belarmino, Pallavicini y Aguirre.

La Iglesia griega, siempre pertinaz en resistir los esfuerzos de los pontífices y de los misioneros para atraerla á la verdadera Iglesia, permaneció en este siglo sumida en su grande ignorancia y decadencia, privada de todos los medios de adquirir conocimientos útiles y necesarios para salir del estado de corrupcion y ceguedad con que nos la describen los viajeros que frecuentaron la corte de los sultanes.

Notables fueron las disposiciones de Urbano VIII para ver de conseguir la union deseada, pues valiéndose de los eclesiásticos mas versados en la lengua griega y oriental, y mas conocedores del carácter y costumbres de aquellos cristianos, los dirigió á aquellos paises, pero se encontraron con que el patriarca de Constantinopla, Cirilo Lucar, estaba ya prevenido en contra por algunos emisarios de Inglaterra y Holanda. Acusado de traicion ante el sultan, y convencido de querer mudar el ritual griego y reformar la doctrina en sentido protestante, fué condenado á morir degollado. La misma suerte cupo á su sucesor el obispo de Berea, llamado tambien Cirilo, por haber intentado entrar en acomodamientos con los enviados del papa. Esta decidida tenacidad de los orientales, quitó toda esperanza de reconciliacion á los cristianos, y de proselitismo á los protestantes.

La Iglesia rusa, que aunque griega no reconoce por cabeza al patriarca de Constantinopla, se vió dividida en dos furibundas facciones, que causaron graves turbaciones y asonadas en el Estado. Atribuida la excision á la negligencia y ambicion de sus obispos, cuando Pedro el Grande subió al trono y vió que no era posible extinguir los ódios, proyectó una reforma, á la que dió principio procurando ilustrar á sus súbditos y combatiendo la ridí-

cula supersticion á que estaban entregados. No le faltaron obstinadas resistencias que vencer, pero los cadalsos, los degüellos en masa y las cadenas, pusieron á los fanáticos disidentes en la necesidad de huir á los montes y desiertos. Cuando ya al parecer los tenia vencidos, hizo mudar la forma de gobierno eclesiástico, aboliendo el patriarcado y estableciendo un sínodo que reside en Petersburgo, presidido por el arzobispo de aquella capital. Pero aun cuando él no tomó el título de patriarca y jefe de la Iglesia, se abrogó la autoridad de tal.

SIGLO XVIII.

Grandes fueron los frutos que los misioneros, y en particular los PP. de la Compañía de Jesus cogieron, así en Asia como en Africa y en América. A ellos fué debida la propagacion de la religion cristiana en las Indias orientales, sobre todo en los reino de *Carnate*, *Maduré*, y *Morava* en la costa *de Malabar*, en *Tonquin* en la China y en las varias provincias de América. Respecto á la China se suscitó la cuestion de si podia ó no concederse á los convertidos el uso de algunos de sus antiguos ritos. Consultado sobre ello el papa Clemente XI, en 1704, prohibió que los cristianos chinos observaran los que acostumbraban practicar en honor de sus parientes difuntos, y de su legislador Confucio. Mas como esta prohibicion fuese de difícil ejecucion, la modificó el mismo en 1715, mandando que dichos ritos fuesen tolerados, solo como demostraciones de afecto á sus parientes, y de respeto á su legislador. Emulos los protestantes en querer propagar por las mismas partes sus doctrinas, lo consiguieron entre algunos habitantes del Malabar, pero faltábalos la abnegacion y la constancia para sufrir por ella los trabajos y el martirio, que solo da la verdadera fé, y sus frutos fueron escasos.

Mientras que los misioneros padecian los mas rudos trabajos en llevar la verdad á regiones lejanas y desconocidas, la Europa veia nacer en sus pueblos, muy principalmente en Inglaterra y las provincias unidas de Holanda, un enjambre de enemigos de ella, que sistemáticamente y con el mayor descaro, cerraron los ojos á la luz esforzándose en eclipsarla, ó extinguirla si hubieran podido. No dejaron comarca alguna, en la que con sus li-

bros llenos de burlas y blasfemias contra el Evangelio, las perfecciones de Dios y toda clase de virtudes morales y sociales, procuraran hacer prosélitos. Pueden clasificarse en dos grupos, ateos y deistas; á los cuales pertenecen tambien los llamados naturalistas. Contra ellos se alzaron ilustres campeones, aun entre los sectarios de Lutero y de Calvino, porque todos conocieron que las tendencias de aquellos insensatos, eran las de ahogar en las inteligencias hasta la idea de Dios, y arrancar de los corazones los principios de moralidad, órden y virtud. El jansenismo por su parte, tampoco dejó de agitar á las naciones católicas, con la publicacion del nuevo testamento de Quesnel, Luis XIV de Francia, que era la nacion donde el jansenismo tenia mas secuaces, acudió al papa Clemente XI, quien en su bula *Unigenitus* condenó el libro de Quesnel y las ciento y una proposiciones heréticas contenidas en él.

Las iglesias griegas y oriental continuaron viviendo en la profunda ignorancia que en el siglo anterior, y sometidas al duro despotismo que pesa sobre ellas. Sin embargo, en Turquía, por el comercio y relaciones que aquel gobierno empezó á tener con las naciones mas civilizadas, se hizo mas tolerable la suerte de los cristianos. No así en la Rusia, donde aferrado el bajo pueblo á las antiguas supersticiones y prácticas absurdas de sus mayores, abrigaba el feroz espíritu de persecucion contra todas las creencias que no fueran las suyas, que no pudo vencer Pedro el Grande con toda su energia, ni han podido modificar después sus sucesores.

Las llamadas iglesias reformadas, que con la revolucion de 1688 habian estendido la libertad de imprenta, no solo á escribir sobre la religion, sino contra ella, y á practicar no tanto el culto que la conciencia individual dictara á cada uno, sino á forjar é inventar los que la excentricidad ó el capricho le inspiraba, produjeron en este siglo inmenso número de fanáticos y de incrédulos, que obligó á los creyentes, protestantes, luteranos y calvinistas á pensar en unirse para contrarestar un mal, que amenazaba acabar con todas sus iglesias, inclusa la anglicana. Pero no obstante los grandes esfuerzos que los hombres mas previsores y entendidos de ambas comuniones hicieron para conseguir esta union, nada consiguieron; y aumentándose de dia en dia las excisiones

entre las muchas sectas que entónces se formaron, podia presumirse la futura desaparicion de todas, si la política inglesa no encontrara en ellas su principal apoyo.

Los antiguos fundadores de las congregaciones que se separaron de Lutero y Calvino, se llamaron *independientes* en Inglaterra y *libres pensadores* en Francia, hasta los tiempos de Voltaire y sus colegas, á quienes pareciéndoles que aquellos nombres expresaban alguna relacion con creencias y opiniones que ellos no recibian tampoco, se llamaron *espíritus fuertes*. Los independientes, sin ser religiosos ni cristianos de un modo absoluto, lo eran segun las formas de la iglesia anglicana y presbiteriana. Los libres pensadores, no querian oratorios, gerarquías, ministros ni cosa que los uniera con vínculos obligatorios exteriormente, y decian que *su religion era la natural*. Mientras fueran libres pensadores, se dedicaron á atacar al Cristianismo, bajo el pretexto de purificarle de las supersticiones, que segun ellos, se habian mezclado á sus elementos primitivos, y los abusos que el curso de los siglos habia introducido. Mas adelante, y cuando ya le creian depurado de tales manchas por sus cuidados, y entronizado su *deismo transitorio*, pensaron en destruirle por completo, y para conocerse en el combate que iban á emprender, tomaron el dictado de espíritus fuertes. Llenos de orgullo, y echando mano de la impostura, las calumnias, y los mas triviales sofismas, atacaron la autenticidad de las Escrituras, la verdad de su historia, la belleza de la doctrina, la virtud y heroismo de sus fundadores, y la utilidad de su institucion. La accion prodigiosa del Cristianismo en los diez y siete siglos que habian trascurrido sobre la emancipacion de los espíritus y las conciencias, la santificacion producida en las costumbres, la regularidad dada á los vínculos morales y sociales, los consuelos proporcionados á los padecimientos físicos é infortunios morales de la humanidad, todo fué considerado como efecto de un sistema preestablecido de dominacion y de esclavitud.

Los Toland, Collins, Tindal, Wollaston, Bolingbroke en Inglaterra, y los Rosseau, Diderot y los enciclopedistas en Francia, fueron los corífeos de esta nueva confederacion. Era evidente que todas sus doctrinas consistian en reproducir las de Porfirio, Celso y Juliano, con las formas y doctrinas mas adelantadas de las ciencias

que aquellos desconocian; pero sin embargo, no por eso dejaron de tener numerosos partidarios en todas las naciones de Europa. Pronto se vieron descubiertos sus fraudes y pulverizados otra vez sus argumentos por los profundos y luminosos escritos de los modernos apologistas, mas como el error y las preocupaciones sean tan tenaces en resistir, si hubo inteligencias dóciles para volver á la verdad, tambien fueron muchas las que no solo persistieron en el error, sino que continuaron allegando á los antiguos, otros de mayores y mas absolutas consecuencias. Desalojada la impiedad de los terrenos en que habia defendido el puro deismo y el naturalismo espiritual, se pasó abiertamente á la propagacion y defensa del materialismo del hombre y el fatalismo del Universo, y como consecuencia de ellos, del sensualismo animal y del ateismo encubierto con el nombre de panteismo. Con la aparicion de Voltaire y de sus escritos polígrafos, dió principio la época en que, saliendo la impiedad de las clases que piensan y leen, descendió á las que solo ven y oyen en la comedia, la novela, el cuento, etc. Y como si la corrupcion recibida por los sentidos no fuese bastante á perturbar y oscurecer las verdades religiosas en el mayor número de los hombres, todavía pensaron en encadenarlos á sus proyectos de destruccion, afiliándolos en las sociedades secretas donde, amedrentando á los débiles con fantasmagóricas visiones, juramentos terribles y bacanales misteriosas, se prometian tener en ellos sus mejores auxiliares. No faltaron entre los mismos reyes de este siglo algunos que, acaso cogidos de este modo se prestaron á ser instrumento de las logias masónicas ó de iluminados. Solo así se comprende la conducta del emperador José II, quien comenzando por ser enemigo declarado de la Iglesia católica, murió lleno de miedo y de terror cuando en 1790 vió al frente de la revolucion francesa á uno que le habia servido de emisario con sus protegidos los iluminados.

FIN.

FIN.

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA.

HISTORIA ANTIGUA.

LECCION PRIMERA.

Primitivos pobladores de España.—Colonias que despues se establecieron en ella.—Llegada de los Fenicios, de los Cartagineses, y guerras que sostuvieron con los Romanos hasta su expulsion por estos.

La primitiva poblacion de España, probablemente fué oriunda del Asia, y los primeros que la habitaron, si no fueron Túbal y sus descendientes, como generalmente se cree, fueron algunas tribus que llegaron por el Estrecho de Gibraltar y formaron la nacion Ibera. Mas adelante vinieron por la parte opuesta del Norte los Celtas que ya ocupaban la Gaula, y de las continuadas guerras y mezclas entre unos y otros resultó su union, que dió origen á otras tribus llamadas Celtíberas. Continuaron viniendo mas Celtas, y estableciéndose unos al S. O. y otros al N. O. de la península, y dieron nombre á los pueblos llamados Célticos y Galaicos.

Durante este movimiento de tribus ibéricas y tribus celtas, arribaron los Fenicios, que recorriendo los mares penetraron tambien por el Estrecho, y fundaron en Andalucía varias colonias, siendo las principales *Gades*, *Malaca*, *Hispalis*, hoy Cádiz, Málaga y Sevilla. Casi al mismo tiempo llegaron algunas colonias de Griegos, en-

tre los cuales fueron los Rodios que fundaron á *Rodas*, hoy Rosas en Cataluña; los Focenses que edificaron á Ampurias, que llamaron *Emporion*, y los de Zante que fundaron á *Sagunto*, hoy Murviedro, y á Denia en Valencia.

La ruina de Tiro por Alejandro el Grande, inspiró sin duda á los Fenicios el deseo de estenderse mas por España, pues antes no habian pasado de los confines de Granada y Murcia, empleando con los indígenas la astucia y la política, mas que la fuerza, para hacer que consintieran la extraccion de las grandes riquezas que ocultaban los flancos de aquellas sierras. Mas haciéndose despues conquistadores y aparentando señorío, penetraron por lo interior, donde hallaron en los pueblos que la ocupaban una grande resistencia, con la que, y habiéndoseles unido los Turdetanos, antes amigos de los Fenicios, pusieron á estos en tal aprieto, que los obligaron á buscar el auxilio de los Cartagineses, que como ellos, procedian tambien de Tiro. El senado cartaginés, á quien poco ó nada podian interesar ya unas colonias cuya metrópoli habia sido arruinada, accedió gustoso á enviar socorros, que pronto convirtió en enemigos declarados; pues apoderándose de Cádiz los Cartagineses, comenzaron á combatir á los Fenicios, hasta expulsarlos enteramente de todas sus posesiones de España. Sin embargo, hasta despues de la primera guerra púnica, no se decidieron á conquistarla toda, contentos con lo que de ella habian quitado á los Fenicios, y tratando á sus moradores mas como aliados y amigos que como á vencidos. Amilcar Barca fué el encargado de hacerlo, desembarcando en Cádiz con su hijo Annibal, que tenia entonces nueve años de edad, y trayendo crecido número de soldados (238 A. de J.). En ocho años estendió sus conquistas por las partes de Málaga, Córdoba, Sevilla, Almería, Murcia y Valencia, dirigiéndose despues al Ebro y la region de los Laletanos, donde fundó á *Barcino*, hoy Barcelona. Volvió de allí contra los *Tartesios* y *Célticos* que se habian levantado con *Istolacio* su caudillo, y habiéndolos derrotado y mandado crucificar á Istolacio, se entró por los pueblos *Lusitanos y Vettones*, tambien en armas con *Indortes*, quienes sufrieron igual suerte. Pero si Amilcar triunfó de estos dos capitanes, no así de Orisson, que fingiéndose amigo del cartaginés

en el alzamiento de los *Celtiberos* y *Veliones*, que siguió á los anteriores, le abandonó luego uniéndose á los alzados y derrotándole en una accion, donde murió. Sucedióle Asdrubal, su yerno, quien con el objeto de tener en España un centro de administracion y de pertrechos para la guerra, edificó á *Cartago-Nova*, hoy Cartagena. En 227 celebró un tratado con Roma, por el cual esta le prohibió llevar sus conquistas á la otra parte del Ebro y molestar á los Saguntinos, aliados de los Romanos. Poco tiempo despues murió asesinado, y tomó el mando del ejército el jóven Annibal, á quien su padre habia hecho jurar sobre los altares de sus dioses ódio eterno á los Romanos, y continuando las conquistas que este y su cuñado habian empezado, sometió á los *Oleadas*, *Carpetanos*, *Vacéos* y *Arévacos*. Despues se mezcló en las discordias que tenian los Saguntinos con sus vecinos los Turbóletas sobre la posesion de algunos territorios, y poniéndose de parte de estos, se dirigió contra *Sagunto* en demanda de satisfacciones. Viéndose amenazados los Saguntinos, enviaron legados á Roma, cuyo Senado gastó el tiempo en mandar embajadores al de Cartago, para que se quejaran de la infraccion de los tratados, y enviados al campo de Annibal para que le recordaran la alianza que mediaba de los Saguntinos con Roma. Annibal entretanto siguió estrechando el sitio á Sagunto, hasta que apoderándose de ella la destruyó despues de ocho meses de asedio y de una heróica resistencia (219). En seguida pasó el Ebro, los Pírineos y los Alpes, y comenzó la célebre campaña de Italia, que en su lugar dejamos referida, quedando encargado del gobierno de España á su hermano Asdrubal.

Cuando Roma se encontraba mas abatida con las victorias de Annibal, envió á España á uno de sus principales generales, llamado Cneo Escipion, el cual desembarcó en *Ampurias* con dos legiones, para vengar á sus aliados, castigar á los Cartagineses por la infraccion de los tratados, y disputarlos la península. En el primer año se le sometieron, unas por fuerza y otras por agrado, todas las ciudades de la costa, desde los Pirineos hasta el Ebro; derrotó cerca de *Cissa* á Hannon, hermano tambien de Annibal, y se apoderó de Tarragona. El año siguiente venció en el mar á Himilcon, general de la escuadra cartaginesa, y puso fuego á los arrabales

de Cartagena, y vuelto á Tarragona, recibió la sumision de mas de ciento veinte pueblos. Marchó luego al interior y llegó hasta *Castulon* en los Oretanos, obligando á Asdrubal á meterse de prisa en la Lusitania. Habiendo llegado poco despues su hermano Publio Escipion con nuevas fuerzas, prosiguieron juntos las conquistas ayudados de los Celtíberos. Fueron á Sagunto y reclamaron los rehenes que los Cartagineses tenian allí custodiados. En 216 atacaron y vencieron á Asdrubal, que se proponia pasar á Italia en auxilio de Anníbal, y esta victoria los atrajo la amistad y alianza de muchos pueblos que permanecian indecisos. *Illiturgis*, ciudad de los *Turdulos*, que fué una de estos, se vió sitiada por tres ejércitos cartagineses á la vez; mas cayendo sobre ellos los dos Escipiones, la libertaron, y pusieron en huida con solos diez y seis mil hombres, á sesenta mil que eran los Cartagineses y sus aliados. En 214, despues de haber destrozado á Asdrubal y Magon en cuatro batallas consecutivas, los obligaron á abandonar á Sagunto. Tantas victorias los atrajeron nuevos aliados, hasta en la misma Africa con Syfax el Númida. Deseosos de acometer al enemigo por todas partes, dividieron su ejército en dos cuerpos, y puestos cada uno de ellos á la cabeza del suyo, ambos fueron derrotados y muertos sus generales; Publio Escipion en las inmediaciones de *Castulon*, y Cneo cerca de *Tarragona*, donde fué acometido por la caballería núnida de Massinisa, que habia venido de Africa en auxilio de los Cartagineses.

En este momento pudo decirse que España ya no seria de los Romanos; pero Lucio Marcio, que era simple centurion de los Escipiones, reanimó á sus compañeros, que le eligieron por caudillo, y con ellos consiguió impedir que Asdrúbal y Magon pasaran á la Italia, á donde se dirigian. El senado romano accedió á mandar á España de procónsul, al jóven Publio Cornelio Escipion, que lo solicitó cuando ningun general de la república se atrevia á venir á ella. Cornelio era hijo de Publio, y sobrino de Cneo, y tenia solo veinticuatro años cuando tomó á su cargo vengar las muertes de su padre y tio, y volver por el honor de Roma. Salió de Ostia (211) con diez mil infantes, seis mil caballos, y treinta galeras, y desembarcando en Tarragona, recobró con sola su presencia, la fidelidad de los aliados que vacilaban en ella.

Recordó á los soldados vencidos antes, las victorias que con su padre y tio habian conseguido, y los alentó, diciéndoles que como hijo y sobrino de aquellos, venia á conducirlos á otras mayores. Cuando estuvo seguro de ellos, se dirigió contra Cartagena, lo que tomó en seguida, pasando á cuchillo á sus defensores (210); y tratando con la mayor benignidad y moderacion á los rehenes españoles en ella custodiados, se grangeó la amistad de casi todos ellos, muy particularmente la de un príncipe celtíbero, á quien hizo restituir sin rescate una hermosa jóven que le estaba prometida y los Cartagineses tenian en prendas de su fidelidad. Muy poco tiempo despues (209), derrotó á Asdrúbal cerca de *Bœtula*, y como viesen que daba libertad á los prisioneros españoles, y mandaba vender en pública subasta á los Cartagineses, se le declararon aliados muchos pueblos celtíberos, que llegaron hasta querer darle el título de rey. Entre los prisioneros á quienes puso en libertad, se encontraba *Massiva*, sobrino de *Massinisa*, quien por agradecimiento se hizo tambien aliado de los Romanos. Sin embargo, Hannon llegó de Africa con nuevos refuerzos que se unieron á las tropas que mandaba Magon, y juntas todas fueron contra Escipion, que las desbarató, haciendo prisionero á Hannon, y obligando á Magon á refugiarse en Andalucía. Los Cartagineses trataron en el año siguiente de hacer mayores esfuerzos, y para ello formaron un ejército de setenta y cuatro mil hombres, que Escipion destruyó tambien con otro mucho menor, cerca de *Eliga*, en la Bética. Los Cartagineses huyeron precipitadamente siguiéndolos Escipion hasta obligarlos á encerrarse en Cádiz. Hecho esto, dejó á Silano, su lugar-teniente, encargado de perseguir los restos dispersos del ejército cartaginés, y estar á la mira de los encerrados en Cádiz, y se volvió á Tarragona, donde fué recibido con la solemnidad de un conquistador. En 207, recorrió casi solo toda la España, que creyó pacificada, y pasó al Africa, donde contrajo alianza con Syfax. A su regreso se apoderó de algunas ciudades principales de la Bética, como *Castulon, Iliturgis y Astapa*, y cuando se disponia para sitiar á Cádiz, enfermó gravemente en Cartagena, haciéndose esparcir la voz de que habia muerto.

Otra vez parecia que todo lo ganado por los Roma-

nos en España iba á perderse, pues revelándose *Indibil* y *Mandonio*, régulos celtíberos, excitaron á otros pueblos á seguir su ejemplo, y las tropas mismas romanas que se hallaban sin pagar, se amotinaron. Escipion se restableció luego, y presentándose á los soldados sediciosos, á quienes reprendió su villanía, los hizo entrar en el deber, prometiéndoles satisfacerlos sus soldados, y castigando á los motores de la sedicion, licenciándolos ignominiosamente. Llevólos inmediatamente contra los rebeldes Indibil y Mandonio, que se retiraban hácia el Ebro, donde los alcanzó, y derrotó completamente; mas habiéndosele humillado y prometido fidelidad, los concedió el perdon, dejándolos además con los mismos Estados que poseian, haciéndolos pagar un crecido tributo que le sirvió para satisfacer los atrasos á sus tropas. Ya no quedaba á los Cartagineses en España mas que el recinto de Cádiz, donde estaba Magon con buen número de tropas. Pero habiéndole mandado el senado de Cartago pasar con ellas á Italia, apenas abandonaron la plaza, se sometió á Escipion. Con esta entrega quedaron los Romanos dueños de casi toda la península.

LECCION SEGUNDA.

Conquista de España por los Romanos.

Los Españoles, aunque al parecer vencidos, no pudieron resignarse á llevar el yugo romano, y la historia de los dos siguientes siglos, solo ofrece encarnizadas luchas de los oprimidos contra los opresores, que tuvieron indecisa durante ellos la victoria. Los primeros que dieron la señal de insurreccion fueron los dos inquietos caudillos *Indibil* y *Mandonio*, quienes por último murieron en los campos Edetanos, el uno en la pelea, y el otro ajusticiado para escarmiento de los demás insur-

reccionados. Roma habia decidido conquistar definitivamente toda la península. Para poder hacerlo por todas partes á la vez, la dividió en dos provincias, llamada la una *Hispania Citerior*, y la otra *Hispania Ulterior*, comprendiendo la primera todo lo contenido entre los Pirineos y el Ebro, y la segunda todo lo demás hasta el mar. Mandó á ella al cónsul Marcio Porcio Caton, con dos legiones y cinco mil caballos, quien despues de numerosos combates y sangrientas derrotas, en las que desplegó un carácter duro y vengativo, hizo que los Españoles se aquietaran en apariencia, y de vuelta á Roma obtuvo el triunfo (195).

Los Cartagineses veian con placer esta lucha empeñada, de la que se prometian sacar partido, enviando á los sublevados algunos de sus jefes mas experimentados. Los Lusitanos que fueron los que primero tuvieron uno de ellos, alcanzaron una grande victoria sobre el pretor Calpurnio Pison, que murió en ella. Las consecuencias fueron terribles para los Romanos, quienes en todas partes fueron vencidos; en la España Citerior, al mando del Cónsul Fulvio, y en la Ulterior al del pretor Mummio (153). Este reparó sus pérdidas en el siguiente año, mientras Marcelo reparaba tambien las sufridas por Fulvio; pero poco tiempo despues volvió á insurreccionarse con mas fuerza la España Ulterior, y sabedora Roma de esta imponente insurreccion, designó para venir á sofocarla al cónsul Licinio Lúculo. Pero queriendo levantar tropas que traer, se negó la juventud romana á alistarse en ellas, hasta que, alentada por Escipion Emiliano, que pidió pasar á España, se determinó á hacerlo confiado en el valor y experiencia de tan acreditado general. Lúculo solo consiguió vergonzosas ventajas sobre los insurreccionados, obtenidas mas por la perfidia en faltar á los tratados, que por el valor y la pericia manifestados en ellas. Otro tanto acaecia en la Lusitania con el pretor Galba, á quien pidieron la paz los Lusitanos, y él se la concedió; pero cuando mas confiados estaban de su cumplimiento, hizo degollar á treinta mil de ellos, que cogió desarmados. Viriato que se encontraba allí, pudo huir con algunos mas, y dar principio á la guerra que en la historia lleva su nombre.

Reconocido por jefe de los Lusitanos, salió á campaña con algunas fuerzas, y en un encuentro que tuvo

con el pretor Vetilio le derrotó, y le hizo prisionero, con cuya victoria se aumentó el número de descontentos, que puestos á sus órdenes, formó con ellos un ejército bastante considerable, con el cual derrotó á otros tres pretores. Parecióle á Roma que no debia descuidar esta creciente insurreccion, y mandó al cónsul Fabio Máximo Emiliano, quien por el pronto contuvo su progreso. Viriato no dejaba tampoco de excitar á otros pueblos á la rebelion, en la que entraron los primeros los *Arévacos*, cuya capital era *Numancia*. Mientras que el cónsul Metélo iba contra ellos, el pretor Quintcio fué en busca de Viriato. Sin embargo de haber vencido el cónsul á los Arévacos en algunos encuentros, no pudo reprimir la insurreccion, pues metiéndose en Numancia sus principales fuerzas, siguieron defendiéndose. Quintcio tambien consiguió sobre Viriato algunas victorias, que pronto se le convirtieron en derrotas considerables. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, quien despues de haber perdido la batalla de *Ituccia*, se metió por un desfiladero, del cual no podia salir, viéndose por lo mismo obligado á entrar en negociaciones de paz con Viriato. Hízose esta, prometiendo los Romanos reconocerle por aliado de Roma, y vivir siempre en paz con él (141). El cónsul Servilio Cepion, que vino á la España Ulterior, en reemplazo de su hermano Fabio, no respetó el tratado celebrado por él con Viriato, y sin forma alguna de declaracion de guerra, se presentó en las cercanías de *Arsa*, donde se hallaba el Lusitano confiado en la paz celebrada. A su vista retiróse á los montes, en donde con los pocos que pudo reunir causó varios destrozos en las tropas del cónsul, que pareció volver á inclinarse á la concordia. Viriato le mandó comisionados para tratar de ella, pero ganados por el infame romano, prometieron asesinar á su jefe, como lo hicieron, dándole de puñaladas cuando dormia (140). Sucedióle en la empresa un cierto Terutano, á quien Cepion, procónsul en el año siguiente, obligó á rendirse con todas sus gentes, con lo que acabó la memorable guerra de Viriato (138).

Mas no por eso dejaba de seguir continuada la guerra en la España Citerior, en la que Marcelo no habia podido reducir á Numancia. Pompeyo que le sucedió en 142, la sitió inútilmente, y despues de haber pasado el año sin mas resultado que sufrir una derrota que le

causaron los sitiados en una salida impetuosa, dejó la empresa á Popilio, que no fué mas afortunado que él (140). El cónsul Manzino hizo todavía menos, pues en diversos encuentros que tuvo con los Numantinos, salió vencido y humillado, como lo fueron despues sus sucesores, hasta que en 135 se confió esta guerra al primer capitan de Roma, Escipion Emiliano. Así que tomó el mando empezó restableciendo la disciplina, que con tantas y tan seguidas derrotas, se hallaba bastante relajada, y para ello ocupó por algun tiempo á los soldados en hacer marchas y contramarchas, formar y levantar campamentos y someter algunas ciudades de quienes Numancia podia recibir algunos socorros; con todo lo cual, los volvió los ánimos que estaban desfallecidos. Preparados así, los condujo al combate, y el grande hombre que habia destruido á Cartago, tomó tambien y arruinó á Numancia, que se llamó justamente la segunda rival de Roma (132). Casi en el mismo tiempo sometió á los Galaicos Decio Junio Bruto, pretor de la España Ulterior, cuya sumision le valió el nombre de *Galaicus*, como diez años despues al cónsul Metélo el de *Baleáricus*, por haber conquistado las islas Baleares, echando de ellas á los piratas.

Aunque sometidos los Españoles, no renunciaron jamás á su libertad, aprovechándose de cualquiera ocasion para intentar recobrarla; cuyas tentativas alimentaba la esperanza de encontrar auxilio en los pueblos que gozaban todavía de ella, y de su independencia en la Vasconia y las Asturias. Pero ni unos ni otros podian imponer ya á Roma. Los Celtíberos que se alzaron en dos ocasiones, fueron vencidos, en la primera por el cónsul Didio en el año 98, y en la segunda por Fulvio Flaco en el de 94. El senado declaró á España provincia romana, y mandó á ella diez comisionados para organizarla como tal. En el año 85 estuvo gobernándola Sertorio, quien supo grangearse el aprecio público, por su conducta enteramente distinta de la de los antiguos pretores, cuyas injusticias y rapiñas habian hecho odioso en ella el nombre romano. Así sucedió que cuando en las guerras civiles de Mario y Sila vino fugitivo de Roma, le recibieron los Lusitanos, y nombraron por su caudillo en la insurreccion que meditaban.

Sertorio aceptó el mando que le ofrecieron, y por

espacio de siete años peleó con grandes ventajas contra la faccion dominante en Roma, venciendo á los generales Metélo Pio y el gran Pompeyo, que vinieron á España contra él. Pero cuando en el año 77 se dudaba en Roma cual de las dos, si España ó ella, saldria victoriosa de esta heróica lucha, Perpenna, que servia con Sertorio, se vendió á los Romanos para asesinar, como lo hizo, al vencedor de sus legiones.

Con él acabó el gobierno, que á semejanza del de Roma, habia establecido en España. Perpenna, que quiso sucederle, sufrió el castigo de los traidores, pues abandonado de los soldados cayó en manos de Pompeyo que le hizo morir. España volvió á verse sometida otra vez.

En el año 48, en la guerra civil de César y Pompeyo, aspiraron á sostenerse en ella contra César Petreyo y Afranio, lugar-tenientes del último. César vino en seguida contra ellos y los venció. Muerto Pompeyo, quisieron sus hijos y partidarios conservar su partido en la península, pero César volvió á ella en el año 45, y en la célebre batalla de Munda los deshizo completamente.

LECCION TERCERA.

España Imperial.

Octavio Augusto, primer emperador de Roma, declaró á España provincia tributaria del Imperio que acababa de fundar, y la dividió en dos partes, de las cuales reservó una para sí con el carácter de imperial, gobernándola por legados militares, y la otra llamada senatorial, dió al senado, que la administraba por procónsules nombrados por él. En la primera estaban comprendidos los pueblos aun no sometidos, ó todavía indóciles, y en la segunda todos aquellos que ya no ofrecian temores de

querer sustraerse á la dominacion romana. Mas adelante dividió la primera en dos provincias llamadas Tarraconense la una, cuya capital fué Tarragona, y Lusitana la otra, de la que lo fué Mérida. Desde el año 38 antes de J. C. en que se hizo la primera division, se introdujo en España el Cómputo cronológico, llamado Era española, ó de Augusto, que duró hasta el de 1383, en que las cortes de Segovia le abolieron.

Entre los pueblos que en el norte de España permanecian independientes, se distinguian los *Vascones*, *Cántabros* y *Astures*, los cuales hácia el año 27 antes de J. C. comenzaron á hacer incursiones por los pueblos *Autrigones* y *Vacceos* que pertenecian á Roma. Augusto, dueño ya de la mayor parte de la península, creia rebajado su poder, si no sometia aquel insignificante rincon de ella, que turbaba la paz del orbe. Con este objeto vino él mismo al frente de un escogido ejército, que dividió en dos cuerpos, y dirigió contra los invasores (26). Cayo Antistio fué con el uno en busca de los Cántabros, á quienes alcanzó y derrotó primero en *Vellica* y después en el monte *Medulio*, á donde se habian refugiado. Carisio, otro de sus generales, se dirigió con el segundo cuerpo contra los *Astures*, quienes después de un sangriento combate se encerraron en *Lancia*, cerca de Leon, donde no pudiendo resistir el largo sitio que los Romanos los pusieron, tuvieron que rendirse (22). Augusto visitó luego los países recientemente conquistados, y obligó á los moradores de las montañas á salir de ellas y establecerse en las llanuras. A los soldados cumplidos dió tierras que cultivar en *Emerita-Augusta*, Mérida, primera colonia romana que se estableció en España. Hecho esto se volvió por Tarragona á Roma, dejando á Lucio Emilio el mando del ejército, y á Publio Carisio el gobierno en concepto de legado augustal.

No duró mucho la tranquilidad y quietud de aquellos indómitos pueblos, pues apenas el conquistador salió de España, volvieron á levantarse. Para sujetarlos vino Agrippa, yerno de Augusto, quien si sufrió en el principio de la guerra algunas derrotas y humillaciones, las vengó después cruelmente, venciendo á los Cántabros en una accion decisiva, en la que mandó matar á cuantos cayeron en manos de sus soldados. Luego hizo que ocuparan el país militarmente, y echaron de él á todos los

que le poblaban (19). En esta sangrienta lucha manifestaron los Cántabros su valor feroz, matándose los unos á los otros, ó tomando bebidas ponzoñosas, antes que abandonar el país donde habian nacido, y someterse á los Romanos. Desde esta época quedó toda España hecha provincia romana, y por consiguiente comprometida á pasar por todas las vicisitudes del Imperio, hasta que como él fué presa de los bárbaros que le destruyeron.

Mientras Ausgusto vivió, no olvidó lo que le habia costado la conquista de España y llegar á merecer el aprecio de los Españoles, y procuró honrarlos con distinciones que hizo á muchas de sus ciudades, que le correspondieron con hacer levantar templos en su honor. En el reinado de Tiberio, su sucesor, se hizo sentir en España el cambio de política que dominaba en Roma. Vivio Severo y Lucio Pison que gobernaban como prefectos, el uno la Bética y el otro la Tarraconense, fueron causa de que por sus vejaciones é injusticias se irritaran las provincias, y llevaran sus quejas á Roma. El primero fué removido de su puesto, y desterrado por decreto del senado, de quien habia recibido su mobramiento; mas no así el segundo, que continuó de la misma manera, por ser delegado imperial. En el reinado de Neron se hallaba de pretor en la Tarraconense Servio Sulpicio Galba, hombre recto y ya anciano, cuando las tropas le aclamaron por emperador. Resistióse en un principio á recibir la púrpura, pero alentado por Oton que gobernaba la Lusitania, y habiendo sabido que el tirano era muerto, se decidió á marchar á Roma, donde al poco tiempo fué asesinado por el mismo Oton que contribuyó á su ensalzamiento. Agradecido este á España por haber tenido parte en su fortuna, le agregó otra provincia, compuesta de las posesiones de las costas de Africa, que se llamó Tingitana. Mas el emperador á quien la península debió sus principios de engrandecimiento fué Flavio Vespasiano, quien concedió á los Españoles los derechos latinos. Ellos le correspondieron haciendo que muchas de sus ciudades tomaran el nombre de Flavias, como Flaviobriga, Flaviumbrigantinum y otras. Tambien hizo que en su reinado se construyeran puentes, caminos y algunos monumentos públicos, debidos á la influencia de Plinio el mayor, á quien tuvo de cuestor en la Bética.

Hasta los reinados de Trajano y de Adriano siguió la

España en el estado de provincia romana, igual en un todo á las demás que componian aquel vasto imperio. Nacidos ambos en Itálica, ciudad principal de ella, los dos contribuyeron á darla dias de paz inalterable, y la embellecieron con grandiosos y magníficos monumentos. Trajano hizo construir el gran puente de Alcántara, el admirable acueducto de Segovia y el circo de su patria Itálica. Adriano, cuando vino á España hizo reconstruir á Tarragona, y restaurar la via pública desde Munda á Cartima: visitó la mayor parte de las ciudades de ella, y todas compitieron en consagrarle monumentos y acuñar medallas en su honor, de las cuales existe un grande número.

Durante el reinado de Marco Aurelio, pasaron los Africanos de la Mauritania el Estrecho de Gibraltar, y con la velocidad de unos verdaderos salteadores, comenzaron á robar y destraer las poblaciones marítimas de la Bética (170). Pero habiendo salido contra ellos los gobernadores Vallio y Severo, los obligaron á reembarcarse para Tánger.

Con el siglo de los Flavios y los Antoninos acabó para el Imperio la paz y la ventura, sucediéndoles en él una serie de emperadores indignos del título de tales; mas afortunadamente para España colocada á alguna distancia de Roma, participó poco de la influencia de los desórdenes y vicios de aquellos seres envilecidos. Hecha romana en idioma, costumbres y civilizacion, siguió la suerte de las demás provincias en las divisiones que del Imperio hicieron Diocleciano, Constantino y Teodosio, hasta que perdida por los sucesores de este, pasó á poder de los bárbaros.

LECCION CUARTA.

Establecimiento del Cristianismo en España.

Segun la tradicion constante y fundada en monumentos muy respetables, España tuvo la dicha de recibir las

primeras doctrinas evangélicas del Apostol Santiago el Mayor, aunque no sean conocidos los paises por donde empezó sus predicaciones. La misma enseña que fueron escasos los frutos que cogió el Santo Apóstol, y que afligido de la resistencia que los naturales oponian á sus fatigas y piadoso celo, mereció que la Santísima Virgen se le apareciera y consolara, prometiéndole que serian mayores después de su muerte. En memoria de este suceso hizo construir el Apóstol y dedicar un templo á la Madre de Jesucristo, que fué el primero, ó de los primeros, en que la Reina de los Angeles empezó á ser reverenciada.

En seguida salió de España con nueve discípulos que no quisieron separarse de él, y fué con ellos á Jerusalem, donde Herodes Agripa le mandó degollar. Sus discípulos se volvieron á España, trayendo el cuerpo y cabeza de su maestro, que depositaron en un campo no muy lejos de *Iria-Flavia*, hoy el Padron. Los nombres de estos varones eran: *Torcuato, Cecilio, Indalecio, Eufrasio, Segundo, Tesifon, Hesiquio, Teodoro y Atanasio*, de los cuales los siete primeros fueron á Roma para ver á San Pedro, y darle cuenta de sus trabajos evangélicos, y los dos últimos, Teodoro y Atanasio, permanecieron inmediatos al sitio donde habian depositado el santo cuerpo, que no quisieron abandonar. Cuando llegaron á Roma encontraron tambien á San Pablo, que habia sido llevado á ella preso desde Jerusalem, y los dos santos apóstoles, despues de oirlos con elegría, los consagraron obispos y despidieron para España. Probablemente desembarcaron en Cartagena y se dirigieron luego á Guadix, de donde fueron expulsados por los gentiles, á quienes Dios castigó haciendo que se hundiera el puente cuando iban persiguiéndolos. Atemorizados del suceso, y temiendo el poder sobrenatural de aquellos que creian ser extranjeros, permitieron á los santos obispos entrar en la ciudad, y muchos de sus moradores se convirtieron á Jesucristo en las primeras predicaciones. Poco estuvieron juntos en ella, pues debiendo anunciar el Evangelio á todos los pueblos de España, acordaron separarse para ir cada uno á distintas comarcas. En su regreso desde Roma trajeron el órden y oficio de la Misa que San Pedro les habia dado, y con él y las instrucciones recibidas del mismo, se fueron San Tesifon á *Bergi* ó

Adra, cerca de las Alpujarras; San Indalecio á *Urci*, Almería; San Cecilio á *Iliberi*, Granada; San Hesiquio á *Carteia*, Algeciras; San Eufrasio á *Illiturgis*, Andújar; San Segundo á *Abula*, Avila, y San Torcuato quedó en Guadix. Todos comenzaron con infatigable celo á predicar en las ciudades y comarcas donde habian fijado su residencia y silla. Algun tiempo despues llegó San Pablo á Cataluña y Valencia á predicar el Evangelio, y se cree que la Iglesia de Tortosa fué la primera que fundó y puso por obispo de ella á San Rufo, su discípulo. No se sabe si el Apostol de las gentes pasó más adelante fuera de aquellas provincias, pero es muy probable que sabiendo se hallaba lo demás de España evangelizado por los discípulos de Santiago, consagrados obispos por el mismo, no penetrara en el interior de ella. A fines del primer siglo ya estaba el Cristianismo abundantemente propagado por toda España, pues en la persecucion de Domiciano padecieron el martirio muchos de los cristianos de diferentes partes, entre ellos San Geroncio, obispo de *Itálica*.

Durante los reinados de los Antoninos del siglo segundo, siguió aumentándose el número de los que profesaban la religion cristiana. Pero al comenzar el tercero se hizo sentir la persecucion de Severo en España como en todas las demás provincias del Imperio, y si bien se ignora el número de los que padecieron el martirio, es indudable que fueron muchos, siendo los mas notables San Facundo y Primitivo, que padecieron en tierra de Leon. En la persecucion de Maximino sucedió otro tanto pues solo nos consta de San Magin, qué padeció en Cataluña. No así en la que Decio suscitó el año 251, que fué tan grande, que muchas personas demasiado débiles para sufrir los tormentos, incensaron á los ídolos ó firmaron actas en las que renegaron la religion cristiana, por lo cual á los unos se los dió el nombre de Sacrificantes, y á los otros el de Libelistas. En España, Marcial, que era obispo de Mérida ó de Leon, y Basílides, que lo era de Astorga, fueron de este número, no obstante que el último habia visto el valor con que Santa Marta, vírgen, triunfó de los tormentos y del mundo. En Toledo padeció el martirio por el mismo tiempo otra vírgen llamada Santa Obdulia, y en otras partes otros muchos mártires.

Apenas esta persecucion se apaciguó algun tanto, se

vió España expuesta á una excision por parte de Marcial y Basílides, que habian sido depuestos y pretendieron despues volver á sus sillas, para lo que sorprendieron al papa San Estéban, que dió órden para que fuesen repuestos. Los obispos de España enviaron comisionados al Africa, donde San Cipriano tenia un concilio, para consultarle el negocio de los dos obispos mandados restablecer. San Cipriano lo comunicó con los obispos que tenia reunidos, y todos, de comun acuerdo, contestaron á los obispos españoles, que de ninguna manera podian ser restablecidos en sus sillas Basílides y Marcial, ni ejecutarse el decreto del pontífice, manifiestamente obtenido por sospresa. A esta turbacion en las iglesias de España siguió la cruel persecucion de Valeriano (259), en la que despues de San Lorenzo, que padeció el martirio en Roma, le padecieron en Tarragona San Fructuoso, su obispo, y San Augario y San Eulogio, sus diáconos. Pero nunca la sangre de los mártires españoles corrió con mas abundancia que en la persecucion suscitada por Diocleciano y Maximiano, que tenian por ejecutor de sus crueldades en ella á P. Daciano. Los males de las iglesias de España fueron en aumento con haber pasado á ella desde el Africa algunos hereges maniqueos.

Cuando la persecucion cesó en España por la bondad de Constancio, se reunieron en Concilio sus obispos en *Illiberis*, Granada, con objeto de restablecer la disciplina y las costumbres que se habian relajado sobremanera. Dada la paz á la Iglesia por Constantino en 312, hallándose en Milan con Licinio, gozó España el libre ejercicio de su religion, para lo que influyó mucho el grande Osio, obispo de Córdoba. Mas adelante, cuando la paz de la Iglesia fué turbada en todas partes por las impías doctrinas de Arrio, propuso Constantino al papa Silvestre la convocacion del concilio de Nicéa, á lo que accedió el pontífice, convocándole en 325, y nombró para presidirle al mismo Osio, que como muy conocedor de la nueva heregía promovió en él su condenacion. Mas sin embargo, el arrianismo siguió infestando todas las naciones, no obstante que en todas era igualmente anatematizado. En España, despues de haberse tenido el concilio de Sardica, convocó el célebre Osio otro nacional en Córdoba, con beneplácito del papa San

Julio, en el cual, despues de confirmar todo lo acordado en el de Sardica, se reiteró la condenacion de Arrio.

Aun no se habia extinguido tan pertinaz heregía, cuando en 376 llegó á España un tal Marcos, nacido en Egipto, hombre impregnado en los errores de los gnósticos y los maniqueos de aquel pais. Al poco tiempo comenzó á hacer prosélitos en el nuestro, siendo los primeros una mujer llamada Agapa, y el retórico Helpidio, quienes atrajeron á sus opiniones á Prisciliano, sujeto rico, elocuente y turbulento. Este seducio á otros muchos, y á grande número de mujeres, sin que faltaran algunos obispos entre los seducidos. Los católicos emprendieron su extincion, mas no pudieron conseguirla por entonces, á causa de lo mucho que se habian estendido sus sectarios, hasta que en el concilio de Zaragoza fueron condenados y excomulgados los obispos de la Bética, *Instancio* y *Salviano*, el retórico *Helpidio* y *Prisciliano*, que eran los principales propagadores de la heregía (380). En el año siguiente fueron desterrados de España por decreto del emperador Graciano, á quien despues sorprendieron y arrancaron otro decreto en el que mandó restablecer en sus sillas á los dos obispos, y autorizó á los demás desterrados para volver á ella. Alentados con esta proteccion, promovieron con mas osadia graves desórdenes en todas las provincias, persiguiendo á los obispos católicos, hasta obligarlos á dejar sus sillas, y expatriarse. A tanto llegó la insolencia y atrevimiento de estos sectarios, que aun despues de haber sido condenados en otro concilio tenido en Burdeos, obligaron al emperador Máximo, á nombrar al prefecto Evodio, comisario imperial, para conocer de sus excesos. Convencidos de ellos fueron condenados á muerte Prisciliano y los demás jefes de la secta, y el obispo Instancio fué desterrado á Sylina, isla de la Irlanda. La muerte de Prisciliano y sus compañeros no produjo la extincion de la heregía, pues habiendo sus prosélitos desenterrado los cadáveres y traídolos á España, empezaron á darlos culto como á mártires, con lo cual fué en aumento su número.

Pero sin embargo de estas dos heregías, se habia estendido ya el Cristianismo por España de tal manera, que á fines del siglo IV no existian en ella templos gentílicos, pues unos por órden del vicario del emperador

Honorio, y otros por el celo de los mismos cristianos, todos habian sido demolidos. El deseo por otra parte de desarraigar completamente al priscilianismo, y restablecer en su primitivo vigor la disciplina de la Iglesia, hizo que todos los obispos de España se reunieran en un concilio, que fué el primero de Toledo. En él confesaron sus errores varios obispos, retractándose de ellos y anatematizando á Prisciliano y sus doctrinas, con lo cual la iglesia de España, empezó á gozar de mayor sosiego.

Créese con algun fundamento que por este tiempo habia en ella ya algunos monasterios.

No fué permanente la paz que el concilio de Toledo se propuso establecer, pues á principios del siglo V, los obispos de las provincias Bética y Cartaginense, que no habian asistido á él, por ocupacion ó enfermedad, reprobaron sus disposiciones sobre la admision á la comunion de los obispos que habian detestado sus errores. Continuaron teniéndolos por separados de ella, y atrayendo á su dictámen á otros, estendieron el anatema á los obispos mismos que habian firmado la admision de los que anjuraron. Rufino y Minucio, obispos en la Tarraconense, se propasaron á consagrar á otros, sin permiso del metropolitano Hilario, bajo el pretexto de haber sido uno de los que admitieron á la comunion de la Iglesia á los abjurantes, aunque es de creer lo harian mas por aumentar el número de sus partidarios. Hilario, en vista del proceder irregular de estos dos sufragáneos suyos, salió para Roma á informar al papa San Inocencio I, y pedirle que interpusiera su autoridad. El pontífice escribió una carta á todos los obispos de España, así á los que habian asistido al concilio de Toledo, como á los que no, exhortándolos á la concordia, con el recuerdo de los escándalos que el rigor de Lucifero, obispo de Cagliari, habia producido en toda la Iglesia, siempre inclinada á la dulzura con los que se reconocen despues de haber errado, y mandó que los obispos consagrados por Minucio y Rufino fuesen depuestos, y privados de toda esperanza de volver nunca á ser restablecidos.

A la vez que esta excision turbaba la armonía de las iglesias españolas, traia agitados los ánimos la cuestion sobre el origen del alma humana, entre los que

como Orígenes se imaginaban que Dios las habia creado antes que al Universo, y los que con los priscilianistas, creian que era una emanacion de Dios, y parte de su sustancia. Balconio, obispo de Braga, y otros prelados españoles, enviaron á un sacerdote llamado Orosio á consultar sobre este punto á San Agustin, que era en este tiempo el oráculo de Occidente. Embarazado con esta cuestion el gran santo, como él mismo lo dice en sus obras, fué de parecer que Orosio fuese á la Palestina á consultar sobre ella á San Gerónimo, para quien le dió cartas de recomendacion. Mientras permaneció en la Palestina, se celebró en Diòspolis un concilio para examinar los errores que un monje inglés, llamado Pelagio, trataba de esparcir en aquel país, como lo habia hecho en Inglaterra y Roma. De vuelta á Hipona donde estaba San Agustin, informó al concilio que en Africa se celebraba de lo acaecido en la condenacion de Pelagio en Diòspolis. Luego lo hizo á San Agustin sobre las conferencias que habia tenido con San Gerónimo, y noticioso de las sangrientas guerras que tenian entre sí los bárbaros que habian invadido la España, se resolvió á quedarse en Africa, donde escribió, aconsejado de San Agustin, los siete libros de la historia del mundo.

LECCION QUINTA.

España en la Edad media.—Invasion de los bárbaros.—Reyes godos arrianos.

El usurpador Máximo, para asegurarse la España, dejó en ella á su hijo Constante con algunas tropas de bárbaros que estaban á su servicio. Cuando estos vieron al emperador Honorio entretenido en Italia con Alarico y los Godos, y al usurpador Máximo defendiéndose de los imperiales en la Gaula, aprovecharon la ocasion de

abandonarle y llamar á sus compatricios los *Alanos*, *Vándalos*, *Suevos* y *Silingos*, que ocupaban la otra parte de los Pirineos, para que unidos todos quitaran la provincia á uno y otro emperador. Antes que los llamados vinieran, salieron de sus acantonamientos los ya rebelados bárbaros de Constante, y bajándose á tierra de Campos y Palencia, todo lo saquearon, arruinaron ó incendiaron. No tardaron en presentarse por los Pirineos los invitados á tomar parte en la ocupacion de la provincia. Los Suevos, mandados por Hermenerico, los Alanos, por Atacio y los Vándalos por Gunderico, se esparcieron como un torrente devastador que todo lo arrolla y destruye, por Castilla la Vieja, Asturias, Galicia, Portugal, Extremadura y la baja Andalucía, que convirtieron en menos de tres años en un monton de ruinas y campos desolados. El hambre y la peste que luego afligieron lo mismo á los bárbaros invasores que á los desventurados invadidos, los hicieron comprender que no podrian permanecer en el país sin cultivar los campos, y sin guardar cierto órden de gobierno entre sí. Convinieron pues en no hostilizarse y vivir en buena armonía y union con los naturales, á cuyo fin dividieron el país invadido, estableciéndose los Suevos y una parte de los Vándalos en Galicia, que contenia entonces las Asturias y toda tierra de Campos. Los Alanos, Silingos y lo restante de los Vándalos, ocuparon los primeros la Lusitania, que se estendia por tierras de Coria, Ciudad Rodrigo y Salamanca, y los otros la mejor parte de la Bética.

Entretanto que esto pasaba en España, entró Ataulfo en la Galia Narbonense, en virtud de la cesion que el emperador Honorio le habia hecho para alejarle de Italia, de las provincias romanas de la Galia y España, que ocupaban los bárbaros. Estableció su residencia en Narbona, hasta que pasó los Pirineos y fijó su córte en Barcelona, desde donde dió principio á sus conquistas, haciendo guerra á los Vándalos, que fácilmente hubiera sujetado, si la imprudencia de haber llevado consigo á Atalo, ribal de Honorio, no hubiera movido contra él las armas del Imperio, que le distraian de su empresa. Para facilitarla acordó reconciliarse con el emperador, con cuya hermana Placidia se habia casado; pero como el nombre romano era tan odiado de los Godos, incurrió tambien en él Ataulfo, á quien quitaron la vida, valién-

dose de un fingido loco en el año de 415. Sucedióle Sigerico en el trono, y para asegurarse en él, hizo matar á los hijos de Ataulfo y maltratar á Placidia, su viuda. Pero temiendo luego las armas del Imperio, mandadas por Constancio, su general, trató de negociar la paz con él, lo cual sabido por los Godos, le asesinaron á los siete dias de su elevacion. Eligieron inmediatamente á Walia por su rey, por conocerle desafecto á los Romanos; pero él los ponderó tanto el poder de estos y la pequeñez de sus propias fuerzas, que los hizo ver la necesidad de aliarse con ellos y vivir en paz. Se firmó esta, y Walia entregó á Honorio su hermana Placidia. Una de las condiciones fué que los Godos hicieran la guerra á los bárbaros posesionados de España, por lo que formando Walia un numeroso ejército, marchó á la Bética y venció á los Vándalos: partió despues contra los Alanos, á quienes desbarató cerca de Mérida, muriendo Atace, su rey, y obligándolos á refugiarse entre los Suevos de Galicia. El emperador Honorio le recompensó estas victorias con la cesion de la baja Guyena, de la que se posesionaria luego; pero murió en Tolosa (419). Teodoredo, que le sucedió, rehusando la amistad de los Romanos, cercó á Arlés, de donde le separó Aecio. Fué sobre Narbona, y tuvo que abandonar el sitio por haberla socorrido Litorio. Este se propuso echar de las Galias á los Godos, y puso sitio á Tolosa donde estaba Teodoredo con sus gentes. Salió contra él, y en una reñida batalla le venció é hizo prisionero. En 451, Atila, que desde la Escitia habia venido asolando las provincias romanas, se presentó en la Galia, donde confederados los Romanos, Godos y Francos, estos mandados por sus respectivos reyes y aquellos por Aecio, le derrotaron en los Campos Cataláunicos, muriendo en la accion Teodoredo. El ejército aclamó á su hijo Turismundo, y deseoso este de vengar la muerte de su padre, acometió á Atila en su campamento y acabó de desbaratar las hordas de Hunnos y otros pueblos que venian con él, y hecho esto se volvió á Tolosa. Resentido de que los Romanos no hubiesen concurrido á la batalla, sitió á Arlés, que dejó á ruegos del prefecto de la Galia, con quien tenia amistad. Murió asesinado en Tolosa por sus mismos hermanos Federico y Teodorico (452). Ascendió este al trono, que ilustró en los principios de su

reinado con haber derrotado á los Suevos en las orillas del rio Orbigo, saliendo herido Ricciario su rey, que huyendo á refugiarse al lado de Genserico, rey de los Vándalos de Africa, fué cogido en Oporto y entregado á Teodorico, que mandó matarle. Favoreció la usurpacion de Avito, y cuando este fué despojado del Imperio, dió contra los Romanos, á quienes tomó por asalto la ciudad de Lyon de Francia, que redujo á cenizas. Cuando proyectaba aliarse con Remismundo, rey de los Suevos en Galicia, para acometer juntos al Imperio, le asesinó Eurico, su hermano, que subió al trono en el mismo año (466). Fué Eurico el primer rey que dió leyes escritas á los Godos, y trató de asegurarse en el poder con las artes de la paz, practicando la justicia y equidad. Concibiendo despues el designio de dominar en toda España, hizo guerra á los Suevos y los quitó la Lusitania. Dirigióse contra los Romanos, á quienes echó de Pamplona, Zaragoza y Tarragona, y se le rindieron las provincias de Cartagena y Toledo. Volvió á Francia, donde quitó á los imperiales toda la Aquitania, y estableció su córte en Arlés, donde murió (484). Alarico II no correspondió á los deseos de su padre, que al morir pidió á los suyos que le eligieran. Entregado á banquetes y diversiones, descuidaba el gobierno. Por lo cual Clodoveo, rey de los Francos, intentó quitarle la Galia gótica, bajo el pretexto de que era arriano. La invadió, y saliendo Alarico á la defensa, fué derrotado y muerto por el mismo Clodoveo cerca de Poitiers (507).

La minoridad de Amalarico, hijo de Alarico, hizo que tomara el cetro Gesalaico, su hermano ilegítimo, nota que pudo hacer desaparecer, si sus vicios y crueldad no hubieran dado á conocer á los Godos su error en elegirle. Teodorico, rey de los Ostrogodos de Italia, y abuelo de Amalarico, llegó á entenderlo, y reclamando la tutela, invadieron sus tropas la Galia gótica. Gesalaico acobardado fué al Africa á pedir auxilio á los Vándalos. Trasamundo le franqueó grandes cantidades de dinero para levantar gente, como lo hizo sin resultados, pues pasando por los Pirineos, Ibán, general de Teodorico, encontró á Gesalaico cerca de Barcelona y le derrotó completamente, haciéndole huir á Francia, donde murió (511). Los Godos reconocieron á Amalarico por su rey, y Teodorico consiguió gobernar la monarquía en ca-

lidad de tutor quince años, dando por ayo al jóven príncipe, un hombre de talento y buenas prendas, llamado Teudis. Muerto Teodorico, y ya fuera de la pubertad Amalarico, se casó con Clotilde, hija de Clodoveo, que era católica. El furor del arrianismo que profesaba Amalarico le indujo en su obcecacion á maltratar á su esposa. Noticioso Childeberto, rey de París, hermano de Clotilde, le declaró la guerra, y con una grande armada y un buen ejército de tierra vino cerca de Narbona. Amalarico quiso hacerle frente, pero no pudiendo resistirle huyó cobarde á Narbona, donde murió á lanzadas en el pórtico de un templo (531). La prudencia y valor que habia manifestado Teudis en el gobierno durante la minoridad de Amalarico, le pusieron en el trono. Childeberto, que ambicionaba conquistar el reino de los Godos, hizo una expedicion, acompañado de su hermano Clotario, atravesando la Galia gótica y llegando hasta Zaragoza. Túvola sitiada largo tiempo, en el cual sus habitadores para implorar el auxilio divino, llevaron en procesion la túnica del mártir San Vicente, lo que conmovió tanto á Childeberto, que levantó el sitio con tal que los sitiados le dieran aquella túnica, que llevó á París. Teudis pasó despues al Africa en socorro de los Vándalos estrechados por Belisario, y puso sitio á Ceuta, pero habiendo los sitiados hecho una impetuosa salida, le derrotaron y obligaron á volverse á España. Murió asesinado en 548, y entró en su lugar Teudiselo, sobrino de Totila el Ostrogodo, hombre ambicioso y dado á la lascivia, que fué causa de su corto reinado, pues procurando vengar las ofensas que en el honor hacia á muchos principales de la corte, le dieron de puñaladas en un banquete.

Sucedióle Agila, de quien no hay mas noticia que el haberse hecho pronto odioso á los pueblos, de los cuales fué el primero en manifestarlo la ciudad de Córdoba, que se insurreccionó contra él. Partió con un poderoso ejército á reprimir la insurreccion, pero los Cordobeses le desbarataron, y Agila huyó á Mérida. El descontento fué en aumento, y estimuló á Atanagildo á rebelarse tambien, auxiliado de los imperiales, que juntos con él acometieron y derrotaron á las tropas de Agila cerca de Sevilla. Llegó la noticia á Mérida, que levantándose en seguida, le dieron muerte, y reconocieron á Atanagildo

(554). Coronado este, conoció el error que habia cometido llamando á los Romanos en su auxilio, y empleó su reinado en tentativas inútiles para arrojarlos de su reino. Fué padre de las dos célebres princesas Galsuinda y Brunequilde, casadas con dos reyes francos. Murió Atanagildo en Toledo año 568.

Cinco meses de interregno precedieron á la eleccion de Liuva I, de la familia de los Baltos. Era de índole pacífica y carácter manso, por lo cual tomó por compañero en el reino á su hermano Leovigildo, á quien dejó en España y él se quedó en Narbona. Las discordias entre los Amalos y Baltos, que fueron causa del interregno, alentaron á los Romanos y á los Suevos á estender sus adquisiciones. Leovigildo comenzó á mover sus armas contra los primeros, y en ello andaba cuando murió Liuva. Unico señor ya de los Godos, procuró ganar sus voluntades emprendiendo conquistas. Venció repetidas veces á los Romanos, que desde Atanagildo ocupaban mucha parte de las costas del Mediterráneo. Fué despues contra los descontentos que estaban en Amaya, y la tomó; pasó á la Aquitania, y derrotó á Aspidio, que era el jefe principal de ellos. De vuelta á España, declaró guerra á los Suevos, pero la abandonó para hacer frente al ejército que mandó el emperador Justino para recobrar las provincias que habian perdido los Romanos, á quienes volvió á vencer en diversos encuentros. Tenia asociados al gobierno á sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, al primero en Sevilla y al segundo en Narbona, Hermenegildo, estaba casado con Ingundis, hija de Sigiberto, rey de Lorena, que era católica. Leovigildo, secuaz ardiente del arrianismo, perseguia á los católicos, que eran ya muchos en España, y Hermenegildo los defendia y ensalzaba sobre los arrianos, y su proteccion atrajo sobre él la animosidad del padre. Childeberto, hijo de Sigiberto y hermano de Ingundis, pretextando la crueldad de Leovigildo contra su cuñado, invadió la Galia gótica, de donde le obligó á alejarse Recaredo. Esta invasion fué causa de que arreciase la persecucion contra Hermenegildo y los obispos eminentes como San Leandro, San Fulgencio, Mausona y otros, de quienes sospechaba Leovigildo tener parte en la piedad y decision de su hijo, cuyo partido tomaba notable incremento, y cuya constancia solo terminó con el martirio. Si no apareciera

esta detestable crueldad en la memoria que de su reinado dejó Leovigildo, aparecería como uno de los mejores soberanos de este tiempo. Mejoró la legislacion de Eurico, añadiendo en ella cuanto pudiera regularizar el gobierno. Incorporó á su monarquia la de los Suevos, y estrechó las posesiones de los imperiales. Era de costumbres arregladas, y amaba la justicia. Fué el primero que usó en el trono de vestiduras reales para distinguirse del comun de los soldados. Murió en Toledo en 586, después de abjurar el arrianismo, segun algunos, y de persuadir á su hijo Recaredo que hiciera lo mismo.

LECCION SEXTA.

Reyes Godos católicos.

Luego que murió su padre, fué coronado Recaredo I el Católico, llamado así, porque en el concilio tercero de Toledo abjuró el arrianismo con la mayor parte de sus vasallos; hecho lo cual se aplicó á rechazar los insultos de sus enemigos, comenzando por Gontrando, rey de Orleans, que habia hecho tentativas contra la Galia gótica, ostentándose vengador de San Hermenegildo y de Ingunda, que era hermana suya. Un ejército franco, al mando de Boso, llegó hasta Carcasona, donde acometido por Claudio, general de Recaredo, fué completamente destrozado. Los Riojanos y Vascongados se insurreccionaron diferentes veces en su reinado, pero siempre vencidos nunca sosegaron enteramente. Por lo que para vigilarlos de cerca, hizo construir en las fronteras de los dos países una ciudad, á la que llamó Recópolis. Desembarazado de sus enemigos, se entregó á la reforma del reino, y reforma de la disciplina eclesiástica, haciendo celebrar concilios provinciales. Restituyó á las iglesias y particulares todos los bienes que su padre los habia con-

fiscado, y alivió al pueblo el pago de tributos, con lo que se atrajo el aprecio general. Murió en Toledo (601). Dejó tres hijos, Liuva Witerico y Geyla. Sucedióle Liuva II, que murió luego en una conjuracion que tramó Witerico, ayudado de los arrianos. A tales catástrofes estaba expuesto el trono gótico por la eleccion arbitraria del órden ecuestre y los partidos de la nobleza. Witerico en él, sufrió derrotas de los Romanos orientales y del rey de Borgoña, su yerno, que le volvió su hija despojada de las riquezas que habia llevado. Con esto y su decidida proteccion á los arrianos y dureza con los católicos, se formó una conjuracion, en la que muerto en un convite, fué arrastrado su cadáver por las calles de Toledo, y arrojado en una cloaca (610). Sucedióle Gundemaro, que se cree fué el autor de la conjuracion. Atribúyesele el establecimiento de las leyes contra los profanadores de las iglesias, para reprimir la audacia de los arrianos, acostumbrados á ello alentados por Witerico. Dirimió la antigua disputa entre las iglesias episcopales de la provincia Cartaginense en el concilio celebrado en 610, que declaró metropolitana á la de Toledo, cuya declaracion confirmó el rey en un edicto público.

Prevaliéndose los Vascones de verle tan ocupado en el gobierno de sus pueblos, salieron á campaña con ánimo de sorprenderle, pero los rechazó y obligó á someterse bien escarmentados. Lo mismo hizo con los imperiales, quitándoles algunas fortalezas en el litoral. Reinó dos años escasos. Por su muerte subió al trono Sisebuto, príncipe á la vez que buen capitan, protector de las ciencias y las artes.

El imperio oriental conservaba en las costas de Andalucía y Lusitania algunas guarniciones, que de cuando en cuando hacian incursiones en las provincias limítrofes de los Godos. Sisebuto que las venció dos veces, obligó á su general á solicitar la paz que le fué otorgada. Instigado después por el emperador Heraclio, publicó varias leyes contra los Judios, obligándolos á bautizarse ó salir de sus dominios. Los que de ellos pasaron á Francia, fueron tratados lo mismo por Dagoberto, tambien á instancias de Heraclio, que sin duda tomó estas represalias, porque su codicia y ódio á los cristianos hacia que los Persas se valieran de ellos para vender los prisioneros que tomaban en la guerra con el emperador. Sisebuto

fué el primero que procuró tener una armada con que defender las costas. Pasó con ella al Africa, donde sujetó varias ciudades, y triunfó de los imperiales en varias ocasiones. Sin embargo de la paz ajustada con ellos, fortificó las plazas fronterizas, y edificó otras que los contuvieran, entre las cuales fué una Ebora. Sisebuto reinó ocho años y medio, y murió en Toledo (621). Dejaba á su hijo Recaredo en la menor edad, y no obstante fué elegido, pero murió á los tres meses. Le sucedió Suintila, general que habia sido de su padre. Colocado en el trono, sometió enteramente lo que poseian los imperiales, y fué el primero que reinó en toda España. Hizo una expedicion contra los Vascones, que con frecuencia salian á merodear por la provincia Tarraconense. No se atrevieron á hacerle frente, y se entregaron dándole en rehenes los principales de entre ellos, y obligándose á reedificar á *Ologitis*, donde puso guarnicion goda. Acaso con ánimo de que le sucediera, se habia asociado en el gobierno á su hijo Recimiro, lo que fué causa de que Sisenando, caballero rico y acreditado, formara una conspiracion ayudado de Dagoberto, rey de Francia, para destronarle. Suintila abdicó voluntariamente en 631, y Sisenando, que fué reconocido por sucesor, reunió el concilio cuarto de Toledo, con el aparente pretesto de reformar la legislacion, pero en realidad para hacer que en él se confirmara su elevacion, declarara tirano á Suintila y se proscribiera á sus hijos y mujer. Cuando podia prometerse, hecho esto, reinar seguramente, murió en Toledo (636). Chintila, que le sucedió, mantuvo el reino en paz los tres años que ocupó el trono, y subió á él su hijo Tulga, que solo reinó otros dos.

En el concilio quinto de Toledo se habian establecido leyes contra los que por fuerza se apoderasen del reino, pero no bastaron á contener á Chindasvinto, que se hizo proclamar por el ejército, y cuando estuvo ya en el sólio se propuso hacer ver con sus hechos que su usurpacion mas habia sido efecto de la desconfianza en la rectitud y acierto de los electores, que de su deseo de dominar. Aplicó todo su cuidado al gobierno, corrigiendo los vicios y desórdenes que se habian introducido en él. Para ello y con el consentimiento de los grandes y del pueblo, asoció al trono á su hijo Recesvinto, en quien depositó toda su autoridad. Recayó por su muerte en él,

y empezó su reinado convocando el octavo concilio toledano, al que asistieron sus varones palatinos, y propuso en él la reforma de las leyes que debian ser reformadas ó aclaradas, principalmente con relacion á la administracion del tesoro y del fisco. No dejaba por eso de atender á mantener en respeto á los perturbadores del sosiego público. Los Vascones, que volvieron á rebelarse, fueron derrotados y domados, obligándolos á recibir la ley que quiso imponerles despues de haber castigado con rigor á los promovedores de la rebelion. Recesvinto murió cerca de Palencia en 672.

Ni la avanzada edad de Wamba, ni su resistencia á tomar el cetro, pudieron hacer que no fuese elegido para suceder á Recesvinto. Los Vascones que resistian la sumision que acababa de imponerlos este, creyeron oportuna la ocasion de sacudirla, y se levantaron decididos á conseguirlo. Cuando Wamba iba contra ellos, supo que tambien lo habian hecho los de la Galia gótica, y no pudiendo acudir á las dos partes á la vez, mandó á Paulo á la Galia con parte del ejército. El caudillo de esta insurreccion era Hilderico, conde y gobernador de Nimes, que se propuso resistir á Paulo. Pero este traidor llevaba ánimo de usurpar aquella provincia á Wamba, y se acomodó con Hilderico, haciéndose proclamar por rey. Wamba se apresuró á sujetar á los Vascones y marchó presuroso sobre Barcelona y Gerona, que se le entregaron, y pasando los Pirineos destrozó los puestos que Paulo tenia para defenderlos; cayó como un rayo sobre Narbona y otras ciudades, que se rindieron luego, y se dirigió contra Nimes, donde se habian refugiado los dos caudillos rebelados. La sitió y tomó por asalto, y cogidos Paulo é Hilderico fueron condenados á cárcel perpétua. Al cabo de seis meses volvió á Toledo, donde hizo su entrada triunfal, llevando encadenados á los jefes de ambas insurrecciones. Dedicóse luego á ordenar lo que durante su ausencia estaba retrasado, y á promover el buen régimen de sus Estados.

En su tiempo intentaron los califas de Damasco, que eran señores ya de la mayor parte del Africa, hacer un desembarque en España. Saliólos Wamba al encuentro en el Estrecho de Gibraltar, y en un récio combate naval los destruyó, apresando unas naves y sumergiendo otras. Ya gozaba del sosiego que sus proezas merecian,

cuando asaltado de un parasismo cayó mortal en tierra. Créyéndole difunto en realidad, le vistieron el sayal monástico; mas vuelto en sí, renunció la corona en Ervigio, á quien el metropolitano de Toledo ungió en el acto, y él se retiró al monarterio de Pampliega, donde vivió unos siete años.

En los principios de su reinado (688), notó Ervigio cierta tibieza en los ánimos, que argüia desconfianza en los medios con que subió al trono. Hizo reunir el Concilio duodécimo de Toledo, que declaró válida y legítima la cesion de Wamba hecha en su favor. En el año cuarto de su reinado, se reunió el concilio décimo tercio, en el cual, además de varios cánones eclesiásticos, se dictaron disposiciones acerca del gobierno de los pueblos. Ervigio manifestó tendencias á hacer hereditaria la corona en su descendencia, casando á Cigilona, su hija, con Egica, su sobrino, á quien designó por sucesor. Pero así que murió en 692 y se vió en el trono Egica, repudió á Cigilona, á quien después volvió á recibir, sin que se sepa la razon de lo uno y de lo otro. Hizo convocar el décimo quinto concilio de Toledo, con el fin de que se le absolviera del juramento con que se habia obligado á protejer á la mujer é hijos de Ervigio, de quienes tenia algunas quejas. El concilio lo acordó así, y decretó que en lo sucesivo las viudas de reyes se retiraran á un monasterio, y tomaran el hábito religioso.

Sisberto, obispo de Toledo, suscitó varias sediciones y tumultos que le obligaron á apoderarse de su persona, y le sujetó al juicio del concilio décimo sexto de Toledo, convocado al efecto. Examinado el proceso y convencido Sisberto de su delito, fué depuesto, excomulgado y condenado á prision perpétua. Con la conspiracion de Sisberto debió tener relacion la conjuracion de los Judíos de España con los de Africa, que sabida por Egica, hizo convocar el concilio décimo séptimo toledano, para reprimirla con tiempo. En él fueron condenados á esclavitud perpetua todos los complicados en la trama, y los demás á ser diseminados por las provincias. Sus hijos de edad de siete años debian ser educados en la religion cristiana. Para asegurar la sucesion á Witiza, su hijo, le asoció al gobierno algunos años antes de su muerte, estableciéndole en Galicia. Egica murió en 701, y los principios del reinado de Witiza correspondieron á las esperanzas que

de él se tenian, mas no tardó mucho en mudar de sentimientos, haciéndose receloso, cruel y tirano. Su reinado fué el preludio de las grandes desventuras que luego vinieron sobre España. Prendado de la esposa de Favila, duque de Cantabria, hijo de Chindasvinto y capitan de sus guardias hizo darle muerte, y Pelayo que tambien estaba con él, huyó á los Estados de su padre asesinado, Teodofredo, hermano de Favila, intentó levantarse con algunos parciales contra el rey, pero cogido antes por Witiza, le mandó sacar los ojos. Auxiliado Rodrigo, su hijo, de un gran número de principales, aumentó la insurreccion y salió á campaña. Encontráronse ambos rivales y venciendo Rodrigo con los sublevados, hizo prender á Witiza, sacarle los ojos y encerrarle en Córdoba, donde murió.

Cuando Rodrigo comenzó á reinar, estaba España en la mayor decadencia por las guerras intestinas que disminuian la poblacion y agotaban el tesoro. La caida de Witiza alejó de la córte á sus parciales próceres, y principalmente á sus dos hijos, que aprovechando los pequeños desembarques que Tarik, comandante de la Mauritania, hacia por las costas de Andalucía, se pusieron por su conducto en inteligencia con Muza, emir ó gobernador del Africa. Este dió á Tarik unos doce mil hombres, con los que entrando por Gibraltar á Tarifa, acometió las ciudades de aquellas partes que fueron saqueadas. Rodrigo juntó un ejército no muy numeroso é indisciplinado, pero el interes comun hizo que se aumentara con los que se le incorporaron en los campos de Jerez de la Frontera, á donde habia llegado Tarik con los suyos. Dióse la batalla en las márgenes del Guadalete, y D. Rodrigo fué vencido y muerto. Después de tan sangrienta lucha en que el ejército cristiano quedó deshecho, se dividieron las tropas árabes en dos cuerpos; el uno se dirigió por Murcia y Huete hácia las partes orientales; y el otro fué por la Bética á la Lusitania y tomó á Mérida. Pasando luego el Guadiana y el Tajo, se reunieron para atacar á Toledo que se rindió. Los esfuerzos que algunos capitanes godos hicieron en diversos puntos, para contener la invasion creciente con los refuerzos venidos del Africa, no fueron bastantes á evitar la rendicion forzosa de unas plazas, y de otras por capitulaciones tolerables. Los pocos que no quisieron someterse al poder musulman, se re-

tiraron á los sitios innaccesibles y montañosos. Pelayo fué uno de los que mas resistieron la incursion africana, hasta que viendo sus numerosas huestes penetrar por el Guadarrama, y estenderse por Castilla la Vieja, se refugió en la Cantabria, mas decidido á defender sus Estados, que á emprender arrojar á los invasores de las partes que tenian ocupadas. La aspereza de los montes de Asturias proporcionaron tambien seguro asilo á otros caudillos godos, que como Pelayo habian resistido los progresos de la invasion. Súpolo Pelayo, y pasó á verse con ellos, y ya fuese porque era de la estirpe real, ó por cualquiera otra causa, le aclamaron por su rey (718).

LECCION SEPTIMA.

Establecimiento de los Arabes en España: organizacion que dieron á la peninsula despues de la conquista: fundacion del Califado de Córdoba, hasta la caida de los Ommiadas en ella: dominacion de los Almorabides, y su ruina: id. de los Almohades: Estados independientes que se formaron después: su caida hasta la toma de Granada.

(714.—1492.)

§ I.

ORGANIZACION QUE DIERON LOS ARABES A LA PENINSULA DESPUES DE LA CONQUISTA.

(714.—756.)

Los emires enviados á España por el califa de Damasco, venian dispuestos á vencer toda resistencia que

se opusiera al establecimiento del mahometismo puro en ella; pero desengañados luego con las dificultades que encontraron, trataron de modificar los mandatos que traian, é incurrieron en la desgracia de su soberano. Llamados á Damasco á dar razon de su conducta por esta causa, y por las disensiones que entre ellos se habian suscitado, Tarik quedó retenido en Asia, y Muza, despues de condenado á pagar una crecida multa, fué desterrado á la Meca, donde murió de pesar.

Abdelaciz, su hijo, que habia quedado por emir de España, la dividió en cuatro comarcas, gobernadas cada una por un walí dependiente del emirato general. La primera comprendia la Andalucía, entre el mar y el Guadalquivir, desde su orígen hasta la embocadura, con toda la tierra situada entre este rio y el Guadiana. Las principales ciudades que estaban en ella, eran Córdoba, Sevilla, Málaga, Jaen, Ecija y Osuna. La segunda comarca abrazaba toda la parte central desde el Mediterráneo por el Oriente, hasta las Fronteras de la Lusitania por el Occidente, y por la parte del Norte hasta el rio Duero. Pertenecian á ella, Toledo, Cuenca, Segovia, Guadalajara, Valencia, Denia, Alicante, Cartagena, Murcia y Lorca. Estendíase la tercera por la Galicia y la Lusitania, con las ciudades de Mérida, Ebora, Lisboa, Coimbra, Lugo, Astorga, Zamora y Salamanca. La cuarta, por último, contenia todo lo comprendido entre el Duero y los Pirineos en una y otra márgen del Ebro, hasta los confines de la Galicia. Hallábanse en ella Zaragoza, Tortosa, Tarragona, Barcelona, Gerona, Urgel, Tudela, Huesca, Jaca y Barbastro. Al frente de cada ciudad estaba un cadí, que dependia inmediatamente del walí de la provincia ó comarca. Al lado del emir superior estaba un diván ó consejo, encargado de adoptar las leyes del Corán á las circunstancias especiales del país conquistado.

Con los Arabes invasores vinieron á España Sirios, Persas, Egipcios, Africanos, Berberes y Moros, que divididos en legiones ocuparon: los Sirios á Córdoba, los Persas á Jerez de la Frontera, los Egipcios á Lisboa, los Arabes á Toledo y Granada, y los Africanos se estendieron por las llanuras mas fértiles del interior. No tardaron mucho en moverse grandes contiendas entre todas estas distintas razas; contiendas que pronto llega-

ron á ser guerras civiles encarnizadas. Los emires que sucedieron á Abdelaciz solían suspenderlas, haciendo predicar la guerra santa contra los no creyentes, con lo cual, olvidando los ódios particulares, se unian todas ellas. Pero los inveterados resentimientos entre Arabes y Africanos, Egipcios y Persas, y el deseo de botin que todos abrigaban, hacian imposible una paz duradera. El carácter feroz y sanguinario que unido á una rapacidad violenta, desplegaron algunos emires, fueron tambien causa de que muchos walis, y aun cadís ó scheisks, aspiraran á la independencia, hasta del poder supremo, que veian á tan larga distancia. Esto y las insurrecciones que ya se notaban entre los cristianos refugiados en las partes montañosas del Norte, hizo que se formara un partido compuesto de los walís mas sensatos y previsores, que se decidieron á constituir un gobierno fuerte, que no solo reprimiera los principios de insurreccion entre los cristianos vencidos, sino tambien las discordias intestinas de las diversas razas de los conquistadores, aunque para ello fuera necesario romper la unidad del califado.

§ II.

ESTABLECIMIENTO DEL CALIFADO DE CÓRDOBA.

El destronamiento de los Omniadas del Oriente por los Abbasidas, produjo en un principio la indiferencia de los califas de esta dinastía, pero las conquistas que en el Occidente habian hecho aquellos, y la crueldad que Aboul-Abbas ejecutó, haciendo degollar á todos los príncipes de sangre Omniada, puso á los Arabes de España y del Magreb en grande consternacion, y despertó en ellos la idea de hacerse independientes, con especialidad en todos aquellos que debian á los califas destronados la posicion que gozaban. Así fué que llegando á saber que un descendiente de aquella dinastía se habia librado del degüello, y refugiado en Africa, enviaron á tres de ellos, que en nombre de todos le ofrecieron un trono y un ejército con que sostenerle. Abderrhamen, nieto del califa Nescham, no dudó en aceptar el ofrecimiento, y seguido de setecientos caballos de la tribu

de los Zenetes que le habia dado hospitalidad, y acompañado de los enviados, se embarcó para España. A su llegada á Almuñecar, pequeño puerto de la provincia de Granada, fué acogido con entusiasmo por todos los mahometanos de la Andalucía que se pusieron bajo sus banderas, y entró en Sevilla en medio de aclamaciones generales. Pero no eran estas suficientes para asegurar la autoridad suprema con que se le brindaba. Era necesario vencer á Jousouf, emir nombrado por los Abbasidas, y á Samail que le disputaba el poder, y qué en vista del peligro comun unieron sus fuerzas contra él. Córdoba estaba en su poder, pero no pudiendo resistir á su vecindario que se declaró por el omniada, tuvieron que abandonarla. Una sola victoria decidió despues que España no perteneceria mas á los Abbasidas. Continuaron sin embargo resistiéndose; pero otro segundo encuentro los dejó fuera de combate, y Abderrhamen el Generoso triunfó de ellos dejándolos la vida y sus bienes. Todas las plazas que los habian estado sometidas, se entregaron al vencedor (756).

Abderrhamen, colocado en el trono, se manifestó activo, justo y valeroso, cualidades que le atrajeron la estima de los nuevos súbditos. Rota ya la unidad del califado en política, pensó tambien en alejarlos de las peregrinaciones á la Meca; y para ello hizo construir en Córdoba, donde fijó su residencia, una magnífica mezquita, que llegó á ser para los fieles musulmanes el objeto de veneracion que visitaban todos los años. El largo reinado de Abderrhamen contribuyó á afirmar en el nuevo trono la dinastía de donde procedia. Sus sucesores siguieron la marcada senda que los dejaba, y Heschem I, su hijo, y los demás califas hasta Abderrhamen III, ocuparon dignamente el trono. Solo Alhakem I se hizo aborrecible por su carácter melancólico é irascible, que le arrastró á cometer actos de venganza reprensibles, que hizo olvidar Abderrhamen II, con su amor á las letras y las artes, y la suavidad que introdujo en las costumbres.

El reinado de Abderrhamen III que duró mas de medio siglo (912-961), fué la época mas brillante de la dominacion árabe en España. Mientras que el príncipe Almudafar ahogaba las discordias intestinas, y sus generales sostenian la lucha contra los Estados cristianos, él

se ocupó en hermosear á Córdoba y ciudades principales de la Andalucía, y en traer á España las ciencias y artes que florecian en Bagdad, dándolas con su proteccion grande impulso. El fué quien no lejos de Córdoba, edificó el fantástico palacio de Zahara que regaló á una favorita. Sin embargo, en medio de tanto poder y explendor, fué desgraciado, pues se vió precisado á dar muerte á uno de sus hijos, que con frecuentes insurrecciones turbaba el sosiego público, y el pesar que por tal suceso cargó sobre su alma, le hizo retraido hasta que murió. Hasta el reinado de Hescham II, continuó el califado, aunque disminuido en territorio por las conquistas de los cristianos, teniendo la misma importancia. Pero subiendo al trono este hijo de Alhakem II, siendo aun niño, la España mahometana comenzó á ser teatro de la guerra civil que por algun tiempo contuvo el poderoso brazo de Almanzor, su ministro, quien de hecho fué califa hasta el año 1001. Abdelmalec, su hijo, ocupó el mismo lugar muerto el padre, pero no pudo mantenerse en él, y reducido Hescham II á gobernar por sí mismo, no acertó á resistir á sus enemigos, y la dinastia Omniada tan poderosa hasta él, halló en su incapacidad é indolencia, el principio de su ruina.

Las victorias de Almanzor causaron en los musulmanes tal entusiasmo, que en su mayor parte deseaban perpetuar el gobierno en sus descendientes. Hescham II no tenia hijos, y se le exigió que designara para sucesor en el trono al segundo hijo de Almanzor, llamado Abderrhamen. La familia Omniada protestó contra semejante destitucion, apoyada en la guardia Slavona. Los partidarios de el hijo de Almanzor tenian de su parte á los Zenétes que este habia traido del Africa, y comenzó una guerra de seis años de rivalidades, que colocó en el trono sucesivamente al omniada Muhamad y á Suleiman, jefe de los Africanos. Córdoba fué tomada y saqueada varias veces por unos y por otros. Quedó por fin vencedor Suleiman, pero su triunfo fué de corta duracion, porque Alí-ben-Hamud, gobernador del Magreb por Hescham II, trató de hacer valer su derecho á suceder á los Omniadas, como descendiente del esposo de Fatima. Juntó grandes fuerzas entre las tribus del Africa, Moros y Berberes, y con crecido número de negros llegados de lo interior de ella, pasó á España, facilitándole

la entrada su hermano Alcassim, walí de Málaga y Algeciras. Suleiman cayó muy pronto del trono, y si los Omniadas por quienes estaba toda la Andalucía se hubieran unido, acaso su triunfo fuera seguro. Pero los dos Abderrhamen IV y V, Muhamad II y Hescham III, gastaron sus fuerzas y recursos en guerras fratricidas. Los de la familia de Alí-ben-Hamud siguieron los mismos pasos, pues su hijo Yahia, y Alcassim, su hermano, dividieron la España musulmana en dos partidos contrarios, que degeneraron en espantosa anarquía. En solo la Andalucía se levantaron en 1029 seis Estados independientes de Córdoba, Sevilla, Carmona, Ecija, Málaga y Granada. Toledo se hizo capital de otro, y Badajoz, Murcia, Almería, Valencia, Zaragoza y otros siguieron á aquellos, tomando sus walís el título de reyes. Los cristianos se aprovecharon de tan profundas excisiones, que amenazaban acabar con la dominacion mahometana, ya favoreciendo á unos ú otros, ya tomando á los mas débiles sus Estados.

En tal situacion, Abdalla-ben-Tasfin, que sentia la decadencia del Islamismo en las partes que constituian el califado de Occidente, se decidió á volver por su gloria en el Africa, y su sobrino Yusuf-ben-Tasfin, aclamado por caudillo de los Almorabides, consiguió hacerse único señor de ella. Los árabes españoles volvieron sus ojos hácia él, y los reyes de Sevilla, Badajoz y Granada, imploraron su auxilio contra los cristianos que por todas partes los asediaban.

§ III.

LOS ALMORABIDES.—LOS ALMOHADES.

No despreció Yusuf la ocasion que se le presentaba para dar pávulo á su ambicion, y reuniendo un numeroso ejército, pasó á Algeciras. Recibidos los Almorabides con entusiasmo en Andalucía, no cumplieron lo que de su valor y celo por el mahometismo esperaban los Andaluces. Vencedores en Zalaca, no se aprovecharon del triunfo ocupándose en celebrarle, y dando lugar con su detencion á que Alfonso el VI y Sancho de Aragon se pusieran en campaña, y que el primero llegara por

tierra de Toledo hasta el Guadiana, mientras el Cid, bajando por Murcia, se apoderaba de algunas fortalezas, y D. Sancho tomaba á Huesca. Sin embargo, Yusuf dió lugar á conocer que su ánimo era no solo auxiliar á los Andaluces que le habian llamado, sino hacerse señor de España; por lo que faltó pronto la armonia entre unos y otros. En menos de cuatro años se apoderó de Córdoba, Carmona y Baeza: los reyes de Almería, Málaga y Granada se le sometieron sin resistencia, como lo hizo el de Sevilla por librarla del saqueo: Xátiva, Denia, Valencia, el Algarve y la Lusitania cayeron en poder de sus generales, quedando sola Zaragoza. La rapidez con que los Almorabides se hicieron dueños de los Estados mahometanos de España, hizo creer á los sometidos, que Yusuf, disponiendo de sus fuerzas y las que él habia traido de Africa, iba á concluir con los reinos cristianos. Pero desengañados de que el conquistador solo pensaba en su propio engrandecimiento, empezaron á contrariarle. Con objeto de quitarlos toda esperanza de restablecimiento de sus pequeños Estados, se reconoció vicario del califa de Bagdad, y recibió de él la investidura de tal en España. Su hijo Alí, que le sucedió, trajo á ella multitud de tribus africanas, que trataban á los antiguos Arabes como súbditos conquistados. La España mahometana volvió á quedar dividida en dos campos enemigos. Esto dió causa á que tomando la ofensiva los príncipes cristianos, llegaran á poseer en 1120 todo el país que se estiende desde Toledo al Ebro por una parte, y por otra á que Alfonso de Aragon amenazara á Valencia y Murcia, y D. Alfonso el emperador llegara hasta frente de Sevilla.

Mientras esto pasaba en España, otro fanático africano, Muhamad-ben-Abdalla, preparaba los ánimos contra los Almorabides, sus dominadores, pretextando volver el Mahometismo á su pureza que estos habian abandonado. Cuando se apercibieron del peligro los Almorabides, ya el partido de Abdalla era muy considerable bajo el nombre de Almohades ó unitarios. Unidos á ellos todos los enemigos de aquella dinastía, no tardaron en combatirlos con ventaja en toda el Africa. Llegada la noticia á España, se sublevaron los Andaluces contra los walis puestos por el almoravid Alí-ben-Yusuf, y esta nueva discordia hizo que los cristianos arreciaran en sus

invasiones. Los Castellanos y Leoneses pasaron el Guadiana y Sierra Morena, y tomarón á Andujar, Baeza y Calatrava. El rey de Portugal tomó á Lisboa y siguió al Algarbe, que sometió tambien. Los insurreccionados contra los Almorabides en Valencia, Murcia, Granada, Sevilla y Córdoba, se alistaron otra vez, formando Estados independientes, y desesperanzados aquellos de conservarse en España, volvieron al Africa unos, y otros pasaron á las Baleares. Solo quedó en Andalucía Abdallah-ben-Gania con un pequeño ejército, y para asegurarse en su vacilante Estado, se alió á los príncipes cristianos, con cuyo auxilio y una guarnicion que puso en la alcazaba de Granada, fué un corto tiempo soberano de Sevilla y Córdoba. La llegada de los Almohades le obligó á renunciar sus pretensiones; pues no pudiendo resistirlos, murió con las armas en la mano. Con la misma prontitud que los Almorabides se posesionaron de la España mahometana, se hicieron señores de ella los Almohades. Entrando por el Algarbe en 1147, no quedaba walí alguno que no estuviera sometido ó destrozado en 1165.

Asegurados ya, proclamaron la guerra santa contra los príncipes cristianos, con quienes hasta entonces solo habian permanecido en la defensiva. Aragon y Cataluña se encontraban reunidos en Alfonso II, hijo de Petronila y Ramon Berenguer IV, á la vez que Castilla y Leon se habian separado por la muerte de Alfonso VII el emperador. Mas para los mahometanos, el enemigo temible era el rey de Portugal, que continuaba estendiendo sus fronteras. Contra este se dirigió primero Jusuf, cayendo sobre Santarem, á quien puso cerco, pero una vigorosa salida de los sitiados puso término á sus empresas con la vida. Yakoub, su sucesor, se resolvió á emprender una guerra de extirminio contra los cristianos. Reunido un considerable ejército que aumentó con gentes traidas de Africa, se fué contra Alfonso VIII, á quien encontró en Alarcos. Sin esperar Alfonso á que llegaran los Leoneses y Navarros, acometió á Yakoub, que le derrotó enteramente (1197). Esta victoria le hizo dueño de Calatrava, Guadalajara, Escalona y Madrid; y dirigiéndose sobre Toledo no pudo tomarla, por lo cual, subiéndose á Salamanca, pasó á cuchillo á todos sus habitantes, y recorrió por Leon, Castilla y Portugal, arrasando é in-

cendiando cuanto hallaba por delante. Con tan brillantes sucesos, adquirieron prestigio los Almohades, que en Andalucía reflejaron los mejores dias del Califado Omniada, ilustrando las ciencias con los Averroes y Abenzoas, médicos, filósofos y poetas, y las artes con los Al-Geber, arquitecto que edificó la famosa mezquita de Sevilla, cuya torre es la conocida con el nombre de la Giralda, y todo sin olvidar multitud de edificios y establecimientos públicos de utilidad general, como hospitales y hospicios, caminos y puentes.

Muhamad-el-Nasir, hijo de Jakoub, subió al trono en 1199, con los mismos ánimos de humillar á los príncipes cristianos, y despues de haber hecho una expedicion contra las Islas Baleares, vino á España desde Marruecos con un formidable ejército. La memoria de la rota de Alarcos tenia sobresaltados los ánimos, y temerosos los príncipes de otros iguales desastres, procuraron unirse para la comun defensa, implorando además los socorros de la Europa cristiana. El papa Inocencio III publicó una cruzada que atrajo á España un gran número de Italianos y Franceses. De esperar era un terrible encuentro entre ejércitos tan considerables, pues se hacen subir el de los mahometanos á seiscientos mil hombres, y aunque mucho menor el de los cristianos, á mas de ciento cuarenta mil. Trabóse la batalla al pié de Sierra Morena, en unas llanuras llamadas Navas de Tolosa. La ventaja de posicion estaba de parte de Muhamad, que habia ocupado los flancos de la Sierra, fáciles de defender de los cristianos que avanzaban, hasta que guiados estos por un pastor por alturas inaccesibles, se presentaron á vista del enemigo. Muhamad dispuso su ejército para el combate, y el ardor, la disciplina y mejor direccion de la batalla, hicieron que la victoria se declarara por los cristianos, que derrotaron completamente á los mahometanos, y obligaron á Muhamad á huir (1212). Este dia memorable fué para los Almohades el principio de la disolucion de su imperio y del engrandecimiento de los Estados cristianos. Muhamad, que no paró hasta Marruecos, abdicó en su hijo Abu-Yakoub, pero nada consiguió de los walís de España, que desconociendo á aquel, comenzaron las disensiones que precipitaron su ruina. Jaime I de Aragon y Fernando III de Castilla, que subieron á los respectivos tronos en 1223, emprendieron una

continuada guerra con los walís sumidos en la anarquía, á la que no pudieron resistir. Los de Toledo, Valencia, Sevilla y Murcia se hicieron independientes, mientras que los descendientes de Abdelmumen se disputaban un poder efímero en Andalucía. Almamun, que por fin quedó superior en 1227, tuvo luego en Muhamad-ben-Hud un enemigo que le obligó á refugiarse en Marruecos. Era Muhamad descendiente de los antiguos reyes de Zaragoza, que excitando á los mahometanos de España contra los venidos de Africa con Almamun, los derrotó cerca de Tarifa. Murcia, Denia y Játiva le reconocieron luego, y Granada, Córdoba, Sevilla y Mérida capitularon. Ya no quedaban á los Almohades mas posesiones que las Baleares, contra las que dirigiéndose D. Jaime se apoderó de ellas. El rey D. Fernando entró por Andalucía y tomó á Loja y Alhama: el de Leon, despues de hacerse dueño de Badajoz, llegó al Guadiana. Por manera que en 1232, ya no existia en España la monarquía de los Almohades.

§ IV.

DECADENCIA DE LOS ESTADOS MAHOMETANOS DE ESPAÑA: SU RUINA Y TOTAL EXPULSION DE ELLA.

Con la caida de los Almohades faltó un poder central que oponer á los Estados cristianos, cada dia crecientes en fuerza y extension. Divididos en pequeños dominios los mahometanos, solo ofrecieron alguna resistencia los del Algarbe, Valencia, Sevilla y Granada, todos los demás fueron luego presa de la decidida constancia de los reyes de Aragon y de Castilla. Hecho dueño D. Jaime de las islas Baleares, se propuso tambien serlo de Valencia. La noble conducta que tuvo con Tebaldo de Champaña, contra quien no quiso hacer valer sus derechos á la corona de Navarra, le dió en él un podoroso y fiel aliado para la empresa que meditaba. El rey de Valencia hizo grandes esfuerzos por conservar la integridad de sus dominios, pero los walís que los tenian, atentos solo á no perder los emolumentos que de ellos sacaban, se hicieron feudatarios del aragonés. Reducida Valencia á sus propios recursos, fué combatida por mar y tierra. Llamó

en su auxilio á los de Andalucía y Africa, y ninguno fué por encontrarse todos bastante apremiados en sus tierras. Don Jaime estrechó el cerco, y Valencia capituló (1238).

En seguida pasó á someter á Villena, Denia y Játiva, para ir sobre Murcia, hacia donde ya se habia dirigido el rey de Castilla, D. Fernando III, que en dos años se hizo dueño de Alicante, Orihuela, Murcia, Chinchilla y Alhama, cuyos walís se sometieron con ventajosas condiciones (1243). Señor ya el castellano, por el heróico valor de Alvar Perez, de muchas posesiones hasta el Guadalquivir, tomó á Ubeda y Andújar, y fué á poner sitio á Córdoba. Aben-Hud, su rey, confiado en que la grande poblacion que en ella habia, sus fuertes murallas y abundancia de abastecimientos le pondrian á cubierto de todo peligro, murió asesinado por el walí de Almería, y los Cordobeses se decidieron á capitular. La ciudad de las artes, del lujo y magnificencia musulmana, vió ondear el pabellon de Castilla en sus miranetes, y la cruz puesta sobre la media luna. Nada hubo ya que resistiera el poder del rey Santo, que de victoria en victoria llegó á sitiar á Jaen (1245), después de haber tomado á Baeza, Estepa, Ecija y Almodovar. Mohamed-Alhamar, que poseia Algeciras y Almería con los territorios entre ambas ciudades quiso oponerse al rey de Castilla, y en Alcalá de Guadaira fué enteramente deshecho y obligado á prestar homenaje.

Sevilla, capital que habia sido de los Almorabides y Almohades, cuya posesion impedía la comunicacion de los mahometanos del Algarbe con los de Sierra-Nevada para siempre, tuvo bajo de sus murallas, con los soldados cristianos, á Mohamed-Alhamar con los suyos como vasallos del rey de Castilla. Resistió largo tiempo el asedio por los socorros que recibia de la parte del mar y del arrabal de Triana, que se encontraba bien abastecido y comunicaba por un puente de barcas con la ciudad. Hubiera podido detener á Fernando en sus conquistas, si decidido á tomarla no hubiera traido de Galicia y Vizcaya una buena armada que, acometiendo el puente de barcas con grande ímpetu, le rompió y dejó sin comunicacion á la ciudad con el arrabal. Amenazados sus habitantes del hambre, y temerosos del enojo del sitiador, pidieron capitular. Fuéles concedida con condiciones aun mas favorables que á los demás sometidos, y

San Fernando entró en Sevilla en 1248. La conquista de Sevilla dió por resultado inmediato la sumision de todo el país de la derecha del Guadalquivir.

La total ruina del mahometismo en España parecia no deber retardarse mucho. Pero la buena administracion de Mohammed-Alhamar de Granada, cuya poblacion se aumentó considerablemente con los emigrados de Córdoba y Sevilla, y su política sagaz con los walís inquietos, dieron nuevo vigor al Islamismo, ya en la realidad vencido. No fué duradero el explendor de este último recinto, pues en el reinado de Mohammed III promovió su hermano Nasar-Abul-Giuz una insurreccion, en la que logró destronarle (1313). Apenas habian trascurrido cuatro años, se vió él mismo obligado á ceder la corona á su sobrino Ismal-ben-Farax, descendiente de Moammed-Alhamar. Sucediéronle diferentes reyes hasta la porfiada excision que, promovida entre Yusuf II y su hermano Mohammed VI, concluyó con la muerte de este (1409). Yusuf conservó el trono hasta 1423, en que comenzaron las guerras civiles que á fines del siglo acabaron con la monarquía de Granada.

La conquista de Murcia y de Sevilla por Fernando III y los tratados con que se rindieron, produjeron entre ambos pueblos el espíritu de caballerosidad y franqueza que mas que nunca se hizo notar en este corto período. Mas la diferencia de creencias, tarde ó temprano no podía menos de resucitar el antiguo antagonismo con que se odiaban. En otro lugar se verán las causas que impidieron á Alfonso X el Sábio, hijo y sucesor de San Fernando, continuar las empresas de su padre, como las que se opusieron á ello en los reinados sucesivos al de Alfonso XI, que ganó la batalla del Rio Salado.

Los Granadinos supieron aprovecharse de las discordias intestinas de los cristianos para recobrar de ellos muchas plazas que antes habian caido en su poder. En 1432 estalló en Granada la guerra entre Alhamar IV y Mohammed VII, que dió á los reyes de Castilla motivo para tomar parte en las discordias que los prepararon el triunfo definitivo. Cuando Muley-Hacen subió al trono en 1465, ya los Granadinos se encontraban sin fuerza para resistir á los Castellanos. Empeoróse la situacion haciendo circular la voz de que el rey pensaba dejar por sucesor suyo á un hijo habido en una esclava cris-

tiana, excluyendo á Boabdil, que lo era de la sultana Zoraya. Los cristianos de Castilla, que tanto humillaron á Enrique IV, se agruparon luego al lado de la princesa Isabel I, que casó con Fernando de Aragon. Cuando estos grandes príncipes pudieron disponer en 1479 de todos sus recursos, sonó para Granada la última hora, que precipitó mas el orgullo de Muley-Hacen, negándose á pagar el tributo á que se habian sujetado sus antecesores. Comenzóse la guerra con ardor por una y otra parte, y en 1492 el pendon de Castilla ondeó en las elevadas torres de la Alhambra y del Albaycin.

LECCION OCTAVA.

España reconquistada.

§ I.

REYES DE ASTURIAS Y LEON DESDE D. PELAYO, HASTA ALFONSO V.

(714.—1027.)

Sorprendidos los mahometanos con la novedad de haber elegido rey los Españoles en Asturias, determinaron cortar en sus principios un daño, que el descuido haria incurable. Juntaron para esto un poderoso ejército, que mandado por Alkaman, entró sin oposicion hasta el territorio de Cangas de Onís, y llegó donde D. Pelayo habia fortificado un escarpado peñasco, en el cual estaba formada una cueva de muy difícil subida y entrada, y por consiguiente á propósito para sostener una vigorosa defensa. Atacados en ella por los enemigos D. Pelayo y

los pocos soldados que con él estaban, fueron derrotados los mahometanos, y puestos en huida. Al retirarse del valle de Covadonga, y pasando una estrecha garganta por donde corre el rio Doba, se desgajó una montaña, que sepultó á gran parte de los fugitivos. Con esta primera y señalada victoria, consiguieron los cristianos, hacer que los árabes abandonaran las comarcas inmediatas que tenian ocupadas, y que el número de los defensores de la naciente monarquía se aumentara. Después de algunos años que D. Pelayo pasó ocupado en ordenar su nuevo Estado, y restaurar los templos arruinados por los invasores, murió dejando dos hijos y de Gaudiosa, su mujer, Favila, que le sucedió, y Hermesenda, casada con Alfonso, descendiente de los duques de Cantabria. La corta duracion del reinado de D. Favila, que murió accidentalmente en una cacería ejercicio á que era aficionado, dió á D. Alfonso el I, llamado el Católico, el cetro por eleccion, fundada en sus prendas personales de valor, prudencia y pericia militar, acompañadas de elevada prosapia. Favorecido de las discordias que ya existian entre los mahometanos, estendió los límites de su reino, y habituó á los Españoles con repetidas victorias, á despreciar los numerosos ejércitos de aquellas gentes extrañas que poco antes habian tenido por insuperables. Acompañado de su hermano D. Fruela, entró por Galicia hasta Lugo, Tuy y Orense, de donde volvió rico de triunfos y despojos á descansar en las asperezas de los montes que eran su principal asilo. Alentado luego con sus primeros sucesos, y con el engrandecimiento de sus huestes, salió de ellos, y bajando á Leon se apoderó de las ciudades y pueblos principales de la comarca. Nada pudo ya detenerle, y Astorga, Saldaña y Amaya cayeron en su poder, fué luego por tierra de Campos, donde llevándolo todo á sangre y fuego, llegó á Zamora y el Duero. En otras expeciciones por Portugal, llenó de espanto á los presidios Mahometanos que estaban entre el Miño y el Duero: en las hechas por tierra de Búrgos se apoderó de Osma, Aranda, Clunia y otras plazas en las márgenes del Duero y del Pisuerga: corriendo las faldas de las sierras que separan las dos Castillas, tomó á Sepúlveda, Avila y Salamanca, dejando sembrado el terror entre los enemigos que osaban resistirle. Dedicóse después á levantar algunas defensas en la Bardulia y fron-

teras de Leon, y á promover el bien de sus súbditos, en cuya ocupacion le cogió la muerte (757). Dejó dos hijos de su mujer Hermesenda, D. Fruela y D. Vimarano, y una hija llamada Adosinda. Fuera de matrimonio tuvo á Mauregato. Poco tiempo después de haber subido al trono D. Fruela I, se rebelaron los Vascones, contra quienes fué en persona, y habiéndolos sometido, creyó afianzar mas su fidelidad casándose con una noble señora del país, llamada D.ª Munia. Durante su reinado fundaron los árabes el califado de Cordoba, y deseoso el nuevo califa de medir sus armas con los cristianos, hizo dos entradas, y en ellas sufrió dos derrotas, con cuyos despojos fundó D. Fruela á Oviedo.

Su carácter vengativo y suspicaz fué causa de que los próceres de la corte se le alejaran, y de que abiertamente prefirieran á su hermano Vimarano, que era mas apacible y humano. Esto produjo en el rey desconfianzas y recelos que dieron por resultado la muerte de Vimarano, que la recibió de mano del mismo D. Fruela. Temerosos los apasionados á este príncipe de que se estendiera tambien á ellos la ira del rey, se apresuraron á darle muerte en un convite. La corta edad en que quedó Don Alfonso, hijo de D. Fruela, y la poca consistencia de la monarquía que comenzaba á formarse al lado del prepotente califado, hicieron que los Españoles eligieran á D. Aurelio, hijo del D. Fruela, hermano de D. Alfonso I, de quien esperaban que miraria por el aumento y conservacion del Estado. Hízolo así, ajustando treguas con Adderrhamen I, pero si en el exterior podia contarse seguro, en el interior se le rebelaron los cautivos mahometanos que desde D. Alonso I estaban sujetos á cultivar los campos reconquistados. Tan impensado acontecimiento puso en consternacion á todos, por ser muy crecido el número de los rebeldes. Mas D. Aurelio, formando diversos cuerpos volantes de ejército, acudió presuroso á sofocar la rebelion, que castigó, haciendo mas dura la suerte de los vencidos y de los que fueron promovedores de ella. No teniendo hijos, casó á Adosinda con Don Silo, uno de los próceres mas considerados de su córte, con el fin de que á su muerte recayera la eleccion en él, como se verificó (774). Don Silo continuó viviendo en paz con Abderrhamen, sin tomar parte en las entradas que Carlo-Magno hizo por España en favor de los maho-

metanos que resistian en ella el establecimiento de los Omniadas en Córdoba. A su muerte procuró la viuda D.ª Adosinda hacer proclamar á su sobrino Alfonso II, hijo de D. Fruela, por rey de Asturias. Mas Mauregato, seguido de todos los cortesanos que habian contribuido á la muerte del padre del nuevo rey, cuya venganza temian, se hizo tambien proclamar y obligó á D. Alonso á refugiarse en Alava.

No obstante la odiosidad con que es notado el nombre de este príncipe, vivió en paz los cinco años de su reinado, y aunque después de muerto parecia regular repetir la eleccion de D. Alonso, los cortesanos que todavia abrigaban los mismos temores, acudieron á sacar del monasterio, en donde vivia retirado, á D. Bermudo I, á quien no solo obligaron á tomar el cetro, sino tambien á casarse con D.ª Nunila, sin embargo de hallarse ordenado de diácono.

Hízose amar muy luego de sus vasallos por la rectitud de sus pensamientos y la integridad de sus acciones, con lo cual consiguió vencer la repugnancia que en muchos de ellos subsistia en admitir por rey á D. Alfonso, á quien trajo desde Alava para darle parte en el despacho de los negocios del reino. Cuando pudo convencerse de que ya habia recobrado el príncipe la confianza de aquellos, y después de haber conseguido dos notables victorias de los mahometanos, pensó en volverse al claustro de donde le habian sacado para reinar, hizo renuncia del reino en D. Alfonso (791). De D.ª Nunila tuvo á D. Ramiro y D. García.

Proclamado D. Alonso II el Casto en el mismo año, puso su corte en Oviedo que su padre habia fundado, y comenzó á ordenar sabiamente varios negocios del Estado, hasta que Hisem, sucesor de Abderrhamen en el califado, le obligó á salir á campaña. Habian penetrado las gentes de Córdoba hasta Asturias y Galicia; pero saliéndolas al encuentro D. Alonso, las atrajo con gran pericia á unos lugares pantanosos, donde las desbarató enteramente. Hecho esto y noticiosos de las discordias que existian entre los mahometanos de Córdoba, entró por Portugal, pasó el Duero, y llegando á Lisboa, la saqueó y se volvió á Oviedo rico de despojos. No desistió el enemigo despues de las derrotas referidas, pues habiendo vuelto contra Viseo primero, y luego Benavente, experi-

mentó otras dos de la misma importancia. Ni con estas se aquietó; antes irritado mucho mas, fué sobre Zamora, donde tambien quedó vencido: quiso tomar á Calahorra, á quien puso sitio, y se vió forzado á levantarle precipitadamente: por último, invadió con dos ejércitos á Galicia, y ambos fueron deshechos por D. Alfonso y Don Ramiro su primo, en dos batallas que se dieron cerca de Naharon y del rio Anceo.

Las revueltas de los mahometanos, habian obligado á un caudillo llamado Mahamud, á buscar asilo en D. Alonso. Muerto Alhakan I, que era su enemigo, quiso congraciarse con Abderrhamen II, su sucesor, y para ello, de acuerdo con él, fraguó un alzamiento, apoderándose del castillo de Santa Cristina, con ánimo de hacerlo de toda Galicia si llegaban pronto los socorros de Córdoba. Así que D. Alonso supo lo acaecido, acudió con D. Ramiro á castigar la felonía del rebelde Mahamud. Asaltó la fortaleza, y en el primer combate murió Mahamud con los mahometanos que le acompañaban.

Viéndose D. Alonso de edad avanzada y sin hijos, porque vivió siempre célibe, hizo declarar por sucesor suyo á su primo D. Ramiro. En su tiempo fué descubierto el cuerpo del Apóstol Santiago.

D. Ramiro I era hijo de Bermudo el Diácono, y cuando murió D. Alfonso se hallaba en la Bardulia. Su ausencia alentó al conde Nepociano para intentar una usurpacion. Mas habiendo pasado D. Ramiro á Galicia, le cogió é hizo sacar los ojos, con lo cual ahogó en su principio la rebelion.

La primera muestra de actividad y valor que dió Don Ramiro, fué derrotar enteramente á los Normandos que se atrevieron á llegar hasta la Coruña, degollándolos en gran número y apresando las naves que no pudo echar á pique. Mayor fué la victoria que alcanzó contra Abderrhamen II, en los campos de Clavijo y Albelda, donde se dice que el Apóstol Santiago fué visto pelear á la cabeza de los cristianos. Con D. Ramiro y su hijo D. Ordoño I, que le sucedió en 850, aparece ya la sucesion hereditaria al trono, introducida por costumbre, aunque no sin contradiccion de algunos magnates que en la Vasconia se insurreccionaron, ayudados de los mahometanos. El primer cuidado de D. Ordoño fué fortificar á Leon y Astorga, y marchar después contra Albelda, que los de Zara-

goza habian puesto en estado de defensa; se apoderó de ella y la demolió. Fué el primero de los reyes cristianos que formaron alianzas con unos caudillos Mahometanos, para combatir á otros, como lo hizo con el de Toledo contra el califa de Córdoba. Su buen gobierno y administracion prepararon el reinado de su hijo Alfonso III el Grande, que subió al trono sin oposicion (866). Fué su reinado muy glorioso en los principios, pues de victoria en victoria estendió los límites de su reino hasta el Tajo y el Guadiana. Mas después comenzaron grandes revueltas en Galicia, promovidas por un caballero llamado Witiza, las continuaron el conde Sarracino y su mujer Sandina, y cuatro magnates de la corte, queriendo en todas destronarle. Cuando ya sofocadas pensaba en reinar tranquilamente, se levantó su hijo García en Zamora, por consejo de su madre y ayudado de sus hermanos. Don Alfonso antes que dar pábulo á una guerra civil, se decidió á abdicar el reino, y los tres hijos desmembraron un Estado formado á tanta costa, obteniendo D. García á Leon, D. Ordoño II á Galicia, y D. Fruela se quedó en Oviedo con sus hermanos menores D. Gonzalo y D. Ramiro. Murió D. Alonso en 912. Arrepentido D. García de la division hecha, se preparó para quitar á D. Ordoño la Galicia, pero por mediacion de D.ª Jimena, su madre, y de los otros hermanos con algunos principales señores, se llegó á una reconciliacion. Muerto D. García, le sucedió Ordoño II, su hermano (913), que puso la córte en Leon, y ganó la célebre batalla de San Esteban de Gormaz á Abderrhamen III. Fué después en ayuda de Don Sancho de Navarra, cuyas tierras destruyeron los mahometanos de Córdoba juntos con los de Zaragoza, penetrando hasta Ciana, y Estella. Pero sin embargo de ser superior el ejército de los dos reyes cristianos al de los mahometanos de España, como Abderrhamen le tenia aumentado con auxiliares traidos de Africa, los esperó en Valdejunquera, donde trabada la accion fueron rechazados los primeros. Volvieron á reunirse poco después y recobraron toda la Rioja. El fin de esta campaña fué el matrimonio de D. Ordoño, viudo de D.ª Elvira, con D.ª Sancha, hija de D. Sancho de Navarra. Estando en Zamora se sintió enfermo, y llevado á Leon, murió en 923, y fué sepultado en la iglesia mayor que habia edificado. De D.ª Elvira, su primera mujer, dejó dos hijos,

D. Alonso y D. Ramiro. D. Fruela II, su tio, se apresuró á hacerse coronar, no obstante que los principales de la corte estaban por D. Alonso. Para sostenerse usó de crueldad contra ellos y el obispo Fruminio, hombre de grande virtud. Reinó poco mas de un año, y murió cubierto de lepra. Alonso IV, apenas ocupó el trono manifestó deseos de retirarse á la vida privada, que se avivaron con la muerte de D.ª Urraca, su mujer, de la cual tenia un hijo de tierna edad, llamado Ordoño. Fué á Zamora, y habiendo llamado á D. Ramiro, su hermano, que se hallaba en Viseo, y renunciando en él la corona, se retiró al monasterio de Sahagun, donde tomó la cogulla. Luego que por esta renuncia subió al trono Ramiro II, salió de Leon para Zamora, con ánimo de ponerse en campaña contra Abderrhamen. No bien habia llegado á esta ciudad, cuando supo que D. Alonso se habia vuelto á Leon con ánimo de reinar otra vez. Volvió atrás D. Ramiro, y sitiando á Leon, obligó á su hermano á rendirse y le mandó encerrar. Rebeláronsele luego los hijos de Fruela II con los Asturianos; mas no atreviéndose después á resistirle los Asturianos, le entregaron los rebeldes príncipes, á quienes y á su hermano D. Alonso mandó sacar los ojos y encerrar en un monasterio. Pacificado ya el reino, marchó hácia Toledo por Guadarrama, y tomó á Madrid, lugar entonces pequeño, corrió por tierra de Alcalá y se volvió rico de despojos á Leon. No le parecieron bien estas correrías á Abderrhamen, quien juntando sus fuerzas con las de los Zaragozanos, se dirigió á Castilla, á la sazon que gobernaba en ella el conde Fernan-Gonzalez. Este conociendo el peligro, llamó á D. Ramiro, y juntos, derrotaron cerca de Osma á los soldados del califa. Siguió D. Ramiro á los Zaragozanos, á cuyo caudillo Abenhaya obligó á prestar homenaje, y pagar parias. Pasados dos años, trajo Abderrhamen mayores fuerzas de Africa, y rebelándose Abenhaya á D. Ramiro formaron un formidable ejército, con el cual llegaron á Simancas. Salieronles al encuentro los Leoneses y Castellanos, quienes en una reñida batalla los destrozaron, causándolos pérdidas considerables, y cautivando á Abenhaya.

Apenas murió D. Ramiro, fué aclamado Ordoño III, su hijo, de quien reclamó parte del reino D. Sancho, su medio hermano, auxiliado del conde Fernan-Gonzalez y

de D. García, rey de Navarra. Negóse á ello D. Ordoño, que se preparó á sostener su negativa con las armas. Entraron con efecto los dos aliados por tierra de Leon, que encontraron bien defendida. Desavenidos entre sí, se retiraron sin hacer nada; ofendido D. Ordoño de la conducta del conde su suegro, repudió á la mujer, y casó con D.ª Elvira, señora muy principal en Galicia. Para distraer los ánimos agitados con los sucesos anteriores, hizo una expedicion por Portugal, donde pasando el Duero asoló los territorios de Lamego, Viseo y Coimbra, y llegando á Lisboa, la sitió, tomó y saqueó, cogiendo abundante botin, con el cual volvióse á Leon. No ignoraba que Fernan-Gonzalez era el principal promovedor de las discordias de su reino; por lo cual determinó ir contra él con un poderoso ejército. El conde conoció el peligro que le amenazaba, y buscando mediadores vino al rey, que lo recibió con benignidad, y le volvió á su gracia, despues de haber prestado fidelidad y homenaje. Ya reconciliados, ganó el conde la célebre batalla de San Esteban de Gormaz, auxiliado con respetables fuerzas de D. Ordoño. Poco tiempo después enfermó este, y murió en Leon.

D. Sancho I, que se habia refugiado en Navarra con su tio D. García, supo la muerte de su hermano D. Ordoño, y se apresuró á hacerse coronar. Fué bien recibido de los Leoneses en un principio, pero tramóse después una conspiracion que le hizo volverse á Navarra. Quedó el reino dividido en banderías, que el conde Fernan-Gonzalez fomentaba aparentando independencia soberana. Se declaró abiertamente por D. Ordoño, el hijo de Alonso IV, á quien casó con su hija D.ª Urraca, la repudiada de Ordoño III, y con su proteccion consiguieron ser reconocidos por reyes de Leon. D. Sancho, por consejo de su tio que temia atraerse las iras del conde, pasó á Córdoba bajo el pretexto de curarse una especie de hinchazon ó hidropesía, por la cual fué llamado el *Gordo*.

Asegurado Fernan-Gonzalez por esta parte de las intenciones del navarro, y de los Leoneses por la influencia que tenia sobre los nuevos reyes, comenzó á estrechar á los demás condes de Castilla despojándolos de sus Estados. Solo se le resistió D. Vela, que lo era de Alava y Bureba, pero débil en fuerzas tuvo que ceder y huir

á Córdoba tambien. D. Sancho de Leon que habia sanado de su enfermedad, pidió á Abderrhamen un ejército para recobrar su reino, y puesto de acuerdo con su tio y el conde D. Vela, hicieron su entrada por tierras de Leon á fines del año de 959, cuando ya los Leoneses estaban cansados de la tiranía que Ordoño el *Malo*, aconsejado del conde Fernan-Gonzalez ejercia con ellos. Cuando Ordoño supo la venida de D. Sancho, no se atrevió á esperarle y huyó á Asturias, por lo que ningun obstáculo se le puso á D. Sancho para volver al trono.

El rey de Navarra peleaba á la vez con el conde de Castilla y sus hijos Gonzalo, y Sancho y García en Cirueña. Pero tuvo que entregarse al rey, quien le llevó preso á Pamplona. D. Ordoño á quien los Asturianos echaron tambien, fué á Búrgos, donde los Castellanos le quitaron la mujer, y le obligaron á salir de Castilla. No encontrando á donde refugiarse, se fué á tierra de mahometanos, y allí murió lleno de desprecios y miseria.

Pacificado así el reino de Leon, casó D. Sancho con D.ª Teresa Asurez, hija del conde de Monzon, y se entregó al gobierno de sus pueblos. Por entonces murió Abderrhamen III y le sucedió Alhakam su hijo, con el cual quiso seguir en paz D. Sancho, á cuyo efecto y para cumplimentarle, mandó embajadores á Córdoba. Cinco años trascurrieron en tan buen estado de tranquilidad, cuando D. Gonzalo, conde de una parte de Galicia, se rebeló. Fué D. Sancho contra él, á quien luego abandonaron los rebelados, y pidiendo perdon por su rebelion, y volviendo á la gracia real, pagó la generosidad de su soberano propinándole un veneno del que murió en 967.

Cuando D. Ramiro III subió al trono, por muerte de su padre D. Sancho, era ya el conde Fernan-Gonzalez considerado como soberano independiente de Castilla, y no muy satisfecho de los Leoneses, y por otra parte se veia al califa de Córdoba movido por D. Vela, dispuesto á caer sobre los Estados del conde. Los Gallegos, recelosos del rey de Leon por la traicion de su conde Don Gonzalo, meditaban novedades, y solo se encontraban al lado del niño D. Ramiro, su tio D. García de Navarra, su madre D.ª Teresa, y D.ª Elvira, tambien su tia, monja en San Salvador, á cuyas dos ilustres señoras confiaron los Leoneses la tutela y regencia del reino. Dos años

hacia que reinaba D. Ramiro, cuando los Normandos desembarcaron en Galicia, no obstante la grande resistencia del obispo D. Sisnando que tenia fortificados algunos puntos, y saqueando muchos lugares, llegaron á los montes del Cebrero. Cansados de robar se volvieron atrás para reembarcarse, cuando el conde Gonzalo Sanchez los atacó con fuerzas que tenia preparadas, y los deshizo en la misma playa. Durante la menor edad de D. Ramiro murieron D. Garcia rey de Navarra, el conde Fernan-Gonzalez, y Alhakem de Córdoba, que habia seguido en paz con Leon. Sucedióle Hescham, que tambien era niño bajo la tutela y gobierno del célebre Almanzor, quien instigado por D. Vela, fué contra Garci-Fernandez que habia sucedido á su padre en el condado de Castilla, y en Gormaz se dió una accion en que retrocedieron los Cordobeses, vencidos por el conde y el rey D. Sancho II de Navarra. Volvió Almanzor con mayores fuerzas y se apoderó de la villa que el conde tuvo que abandonar.

No obstante que Ramiro III se veia por entonces libre de tales enemigos externos, no pudo librarse de los caseros é interiores. Los Gallegos, que como hemos dicho, vivian recelosos, proclamaron á Bermudo II, hijo de Ordoño III. Cuando lo supo D. Ramiro, pasó á contener la rebelion, y encontrándose en el Bierzo unos y otros, pelearon sin resultado definitivo, retirándose á sus respectivos puestos. D. Ramiro volvió á Leon, donde luego enfermó y murió (982). A su muerte fué recibido por rey D. Bermudo II, cuyo reinado se vió afligido de continuas desgracias con el terrible Almanzor, que conoció ser esta la ocasion de emprender nuevas campañas. En 984, llegó á Simancas, que sitió, tomó por asalto, demolió sus murrallas, y llevó cautivos á sus habitadores. Sucesivamente, aunque en distintas expediciones, demolió en Castilla á Atienza, Sepúlveda, Osma, San Estéban de Gormaz, Coruña del Conde y otras, á la vez que los moros de Zaragoza molestaban al rey de Navarra, y los de Tortosa al conde Borrell de Barcelona, cuya ciudad tomaron, y volvió á recobrar el conde ayudado de los Franceses. Continuando contra Leon, se apoderó Almanzor de Zamora sin que D. Bermudo pudiera socorrerla, á causa de las divisiones que tenia en su reino. El conde Garci-Fernandez mantenia su enemistad

con los Leoneses, y atendia al socorro del rey D. Sancho Abarca de Navarra, razones todas que hacian presagiar mal para los Estados de D. Bermudo. Conociólo él así, y procuró atraerse al rey de Navarra, con cuya hija se casó.

Ya corrian doce años que alternativamente hacia sus entradas Almanzor por Castilla, Leon y Navarra, cuando en 995 se dirigió con fuerzas considerables sobre la ciudad misma de Leon. D. Bermudo le salió al encuentro con las suyas y las que el rey de Navarra le habia mandado y le obligó á huir por primera vez. Furioso el mahometano con tal desastre, volvió el año siguiente con mayor ejército y la puso sitio. El rey con la córte y mucha parte de sus pobladores, la habian abandonado y se retiraron á Oviedo, dejando encargada la defensa al conde D. Guillen Gonzalez. Esta fué heróica, pues Almanzor no pudo entrar en la ciudad hasta que el conde murió en la pelea, con gran número de sus defensores. Demolió sus murallas y torres, saqueó sus iglesias y monasterios, y fué en seguida á Astorga, que sufrió la misma suerte.

Enorgullecido con tales victorias, acometió en 997 á Portugal, cuyas ciudades saqueó y dejó guarnecidas, y haciendo lo mismo con Tuy en Galicia, llegó á vista de Compostela, en donde tambien causó grandes daños, y de donde tuvo que huir á causa de haber acometido á sus soldados una grave enfermedad, contentándose con llevarse á Córdoba las campanas y puertas de la iglesia del Santo Apostol. Desesperado por esta desgracia, pidió tropas de Africa, y volvió el siguiente año de 998 con ánimo de acabar con Castilla. Unidos D. Bermudo, rey de Leon, el conde García Fernandez, y el rey de Navarra D. García el *Temblloso*, salieron con todas las gentes que pudieron reunir á esperarle en un sitio entre Osma y Soria. Presentóse Almanzor con un ejército, que algunos hacen subir á cien mil infantes y sesenta mil caballos, acompañado de los hijos de D. Vela que creian llegada la ocasion de recobrar sus tierras, y vengarse del conde de Castilla. Trabóse la batalla conocida con el nombre de *Catalañazor*, en la que después de haber perdido el mahometano mucha parte de sus gentes, y salido herido gravemente, se retiró al pueblecillo de Valdecorreja, donde murió, llevándole después los suyos á sepultar en Medinaceli.

Fatigado D. Bermudo de tantos males como aquejaban á su reino, y atacado de la gota, murió el año siguiente de 999, dejando á D. Alfonso de edad de cinco años, bajo la tutela de su madre D.ª Elvira, y del gobierno y educacion de los condes Menendo Gonzalez y Nuña Mayor, su mujer. Pronto tuvieron necesidad de empuñar las armas el conde D. García de Castilla y los Leoneses, contra los hijos de Almanzor, que volvieron á vengar la muerte de su padre. Saliéronlos al encuentro y los obligaron á retroceder con muchas pérdidas. Repitieron la entrada en 1005, cuando Castilla estaba dividida en parcialidades. Salió á ellos el conde García Fernandez con algunas gentes suyas, y las que le dieron los reyes de Leon y de Navarra; y herido de dos botes de lanza, cayó prisionero, muriendo á los dos dias. Los mahometanos llevaron el cadáver á Córdoba. La menor edad de Alfonso V, los disturbios de Castilla, y el andar ocupado D. Sancho el *Mayor* de Navarra en las tomas de Sobrarve, Ribagorza y Boyl, fué causa para que descuidasen los cristianos el aprovecharse de las discordias, que muertos los hijos de Almanzor, comenzaron entre los mahometanos sobre la sucesion en el califado.

Llegó D. Alfonso á los quince años de edad y casó con D.ª Elvira hija de los condes sus ayos, y comenzó á regir por si mismo la monarquía. Dió principio por reedificar á Leon, que estaba desmantelada desde que la tomó Almanzor. Lo cual hecho, convocó en 1020 un concilio y cortes para arreglar lo concerniente á la Iglesia, y al bien público de la ciudad y su comarca, con especialidad para su repoblacion. Cuando libre ya del cuidado de organizar su reino supo que continuaban las divisiones entre los mahometanos, preparó una invasion por Portugal. Entró por Zamora, y llegó hasta Viseo sin resistencia alguna. Púsola sitio, y pareciéndole que se prolongaba, quiso reconocer sus muros para dar el asalto. Iba á caballo y desarmado cuando, desde una almena le asestaron un dardo que le hirió de muerte. Levantaron los suyos el sitio, y se volvieron á Leon con el cadáver del rey.

Entró á sucederle Bermudo III, su hijo en 1027, á la vez que García Sanchez, conde de Castilla, era niño y se hallaba bajo la tutela de su cuñado Sancho el Mayor de Navarra, casado con D.ª Munia, hermana del conde. Don

Bermudo era tambien jóven y pariente del navarro, que prevalido de estas circunstancias, procuró influir mas de lo regular en los dos Estados. Al efecto proyectó ajustar dos bodas, una del rey de Leon y la hija última del conde D. Sancho, y otra del conde D. García con D.ª Sancha, hermana de D. Bermudo. El primer matrimonio se celebró en el mismo año. Para el segundo hubo estipulaciones, siendo las principales dar al conde de Castilla el título de rey por parte de D. Bermudo; y por parte de D. Sancho acrecentarle los Estados con las tierras que él habia en distintas ocasiones quitado al Leonés. Así ajustado el enlace, tuvo D. Bermudo que pasar á Oviedo á sofocar los alborotos que promovía Don Oveco Rosendo, y entre tanto fueron á Leon D. García y sus principales caballeros, á quienes acompañaba Don Sancho con alguna gente de armas, con las que se quedó fuera de la ciudad.

Los hijos del conde D. Vela, á quienes el conde Don Sancho García habia restituido sus tierras, volvieron á desnaturalizarse de Castilla, y se refugiaron en Leon, donde Alfonso V les habia dado tierras en la montaña con que poder sustentarse. Pensando en hacerse dueños de Castilla, donde eran extremadamente odiados, fraguaron una conjuracion para asesinar al conde, como lo ejecutaron cuando iba á visitar la iglesia de San Juan Bautista. Consternados los Castellanos y Leoneses que le acompañaban, echaron mano á las espadas y mataron á muchos de los conjurados. Los Velas huyeron luego de la ciudad, y fueron á guardarse en el castillo de Monzon, en donde cogidos por D. Sancho, mandó quemarlos vivos. Como el condado recayó en su esposa D.ª Munia, tomó posesion de él en su nombre, después de haber hecho las exéquias al conde en el monasterio de Oña.

La edificacion de Palencia y su iglesia, fué causa de que D. Bermudo declarara la guerra á D. Sancho, por ser territorio que le pertenecia. Comenzada con ahinco por ambas partes, se declaró la fortuna por D. Sancho, que se apoderó de muchas tierras de Leon, entre ellas de Astorga, obligando á D. Bermudo á huir á Galicia. Instado por los principales señores de su corte á que ajustara la paz con el navarro, se hizo así con las condiciones de casar á su hermana D.ª Sancha con el príncipe D. Fernando hijo de D. Sancho, en quien habia cedido el

condado de Castilla, con las mismas condiciones de darle el título de rey, y las tierras anteriormente tomadas. Hecha la paz, recobró D. Bermudo todo lo que últimamente habia perdido, y se hicieron las bodas con toda ostentacion. D. Sancho fué luego á celebrar la restauracion de Palencia, y la consagracion de su iglesia á quien concedió muchos privilegios. No tardó mucho en finalizar sus dias en 1035, dejando divididos sus Estados entre sus cuatro hijos: D. Fernando en Castilla: D. García en Navarra: D. Ramiro en Aragon, y D. Gonzalo en Sobrarve y Ribagorza.

LECCION NOVENA.

Principios del reino de Navarra hasta su union con el de Aragon: del condado de Barcelona hasta el mismo periodo: del reinado de Aragon hasta Alonso V y Juan II: del condado de Castilla hasta su ereccion en reino.

§ I.

REINO DE NAVARRA.

El origen del reino de Navarra ha sido siempre un punto en el que no están de acuerdo los historiadores. Es indudable que Carlo-Magno ocupó este país, desalojando de él á los árabes, y que desmanteló á Pamplona. Tambien lo es que duró poco su dominacion en él, y que en su vuelta á Francia fué derrotado en Roncesvalles, como lo fué su hijo Ludovico Pio mas adelante por los Navarros, dirigidos por caudillos particulares, entre los cuales estaba sin duda Iñigo Arista, á quien en vista de tantos peligros convinieron los demás en elegirle por

rey bajo ciertas condiciones, aun cuando no consta con certeza el año de su eleccion. Esta soberanía continuó en la casa de Arista hasta su extincion. Los primeros sucesores de Iñigo Arista, García Iñiguez y Fortun Garcés, estuvieron contínuamente en guerra con los árabes, á quienes el último desbarató en Olast cuando volvian de su invasion en Francia. Sancho I, que sucedió á Fortun Garcés, vió á Barcelona en poder de los Franceses, y á Pamplona sitiada por los mahometanos. Entre los reyes de Navarra de estos primeros siglos de la Restauracion, se distinguió Sancho el Mayor, que sostuvo los derechos de su mujer contra los reyes de Leon, al condado de Castilla como hermana que era de D. García, asesinado por los Velas. En 1076 acaeció el asesinato de Sancho V, muerto alevosamente por su hermano D. Ramon, y los Navarros, antes que someterse al usurpador, llamaron á Sancho I de Aragon, á cuya monarquía permanecieron unidos hasta la muerte de Alonso I el Batallador. Desde entonces volvieron á separarse ambas coronas, eligiendo los Navarros á García VI, nieto de Sancho V.

§ II.

REINO DE ARAGON.

Siendo rey de Navarra García Iñiguez, pasó de Francia Aznar, hijo de Eudo, duque de Aquitania, quien ganando de los árabes algunos lugares, los obtuvo con título de Condado, con sujecion á los reyes de Navarra. Tuvo algunos sucesores hasta que, por la division que Sancho el Mayor hizo de sus Estados entre sus hijos, correspondió á D. Ramiro con el título de Reino. Este quiso aumentar sus Estados á costa de los demás hermanos, pero no pudo. Ya queda dicho que en 1076 se unieron á Aragon los Navarros, reinando en ambos países Sancho Ramirez, que murió en el sitio de Huesca contra los mahometanos. A pesar de la resistencia que estos hicieron en la defensa de tan importante plaza, no pudieron resistir á Pedro I, que la tomó despues de varias victorias que consiguió sobre ellos en Alcaraz y otros puntos, con las que aumentó sus Estados. En 1104

subió al trono de Aragon Alfonso I el Batallador, llamado así por haber conseguido ganar veintinueve batallas á los infieles, en las que los quitó á Zaragoza, que hizo capital del reino. Casó con D.ª Urraca, hija de Alfonso el VI, heredera del trono de Castilla, cuyo matrimonio produjo grandes discordias entre los dos Estados. Despues de separados los esposos y de haber renunciado D. Alfonso sus pretensiones á Castilla, marchó sobre Fraga, en cuyo sitio murió (1134), dejando sus Estados á los templarios. Los Aragoneses no admitieron tan singular disposicion, y sacaron del monasterio, donde hacia algunos años que era monje, á D. Ramiro II, que, colocado en el trono, obtuvo dispensa del papa Inocencio II para casarse con Inés de Poitiers, de la que tuvo una hija llamada Petronila, en la que abdicó para volverse al monasterio, dejándola desposada con D. Ramon, conde de Barcelona. Esta union de la Cataluña con Aragon (1162), con las conquistas del marido de Petronila y de Alfonso II de Lérida, Tortosa, Montalban y Teruel, quitadas á los mahometanos, y la adquisicion del Roselton y otros territorios en Francia, con la creacion de una buena marina en el Mediterráneo, elevaron la monarquía aragonesa á potencia muy respetable. La imprudencia de Pedro II, que se hizo defensor de los albigenses, la puso en algun peligro, que desapareció con la muerte del rey en Muret, batido por Simon de Monfort (1213). Su hijo, Jaime I el Conquistador, aumentó el explendor de su trono con las expediciones contra los moros, á quienes quitó las Islas Baleares, el reino de Valencia, y una parte del de Murcia. Desde entonces los reyes de Aragon fueron bastante poderosos para intervenir directamente en todos los negocios de la Europa. Pedro III el Grande se apoderó de la Sicilia á consecuencia de las *Vísperas Sicilianas*. El papa Martino IV le excomulgó y dió sus Estados á Carlos de Valois, lo que le puso en bastante peligro. Sin embargo, consiguió defenderlos haciendo prisionero al hijo de Carlos de Anjou. Tanto poder llegó á ser funesto á Aragon, que pasó por seis reinados desde Alfonso III hasta Martin el Antiguo, derramando su sangre para conservar las adquisiciones exteriores. La familia de los condes de Barcelona acabó en Martin, y fué elegido para sucederle el infante D. Fernando, el de Antequera, hijo de D. Juan

I de Castilla y de D.ª Leonor, hermana de Don Martin. Su hijo, Alfonso V, conquistó el reino de Nápoles, que dejó á su hijo natural D. Fernando, y el de Aragon á D. Juan II, su hermano, rey de Navarra, por su mujer doña Blanca. Al finalizar la Edad media era fácil prever la reunion de las coronas de Castilla y Aragon, deseada por todos como medio de constituir una potencia de primer órden.

§ III.

CONDADO DE BARCELONA.

Carlo-Magno estableció, como ya se ha dicho, una Marca Galo-Hispánica en la parte de los Pirineos. Ludovico Pio la erigió en condado con el nombre de condes de Barcelona. Los diez primeros hasta el año 974 fueron considerados como vasallos y oficiales de la corona de Francia, pero al advenimiento de la tercera dinastia, el valiente conde Borrel se declaró independiente. Sus sucesores hereditarios, Ramon y Berenguer, hijo de Ramon (1017), se hicieron notables contra los musulmanes. Ramon Berenguer, de sobrenombre el Antiguo (1035), fué uno de los defensores mas ilustres de la cristiandad, y político astuto y afortunado. Reunió el condado de Urgel á Cataluña, y tomó asiento en Francia, comprando el de Carcasona. Incurrió en la falta de mandar en su testamento que sus dos hijos reinaran juntos. Las revueltas á que esta disposicion dió causa, acabaron con el asesinato de uno de los dos hermanos (1082). Hízose soberano Ramon Berenguer II, á quien sucedieron su hijo y su nieto, distinguidos por el valor caballeresco con que supieron hacer de la Cataluña un Estado de primer rango entre los demás españoles. El matrimonio del segundo de estos héroes, Ramon Berenguer IV, en 1137, con la heredera de Aragon, Petronila, hija de Ramiro II, preparó la reunion del condado de Barcelona al trono aragonés, que se verificó en 1162 en Alfonso II, por abdicacion de su madre Petronila.

§ IV.

CONDADO DE CASTILLA.

En tiempo de Alfonso el *Casto*, algunos señores defendian sus Estados contra los mahometanos. Todos eran condes dependientes de los reyes de Leon, á quienes asistian en la córte y en los campos de batalla. Recelando Ordoño II de su fidelidad, los convocó para una junta, y teniéndolos reunidos, los hizo prender y dar muerte. Irritados los Castellanos negaron la obediencia á los reyes de Leon, y nombraron dos sujetos, que tomaron á su cargo la suprema autoridad con el nombre de jueces, quienes gobernaron á Castilla hasta el año de 928. Fueron los primeros *Nuño Rasura* y *Lain Calvo*. Gonzalo Nuñez, hijo de Nuño Rasura, se casó con Jimena, hija de Nuño Fernandez, uno de los condes mandados matar por D. Ordoño. Lo que no consta con certeza es si esta separacion de los Castellanos tuvo lugar en vida de D. Ordoño, ó en el reinado de D. Fruela, su hermano, que es lo mas probable por lo aborrecido que fué aun de sus mismos súbditos. Hijo de Gonzalo Nuñez, fué el célebre Fernan-Gonzalez quien en el reinado de D. Ramiro II gobernaba en Castilla con el conde Don Diego Nuñez. Deseando los mahometanos vengarse de los descalabros que el rey de Leon los habia causado en su expedicion por tierras de Madrid y de Toledo, vinieron sobre Castilla con un ejército numeroso. El conde Fernan-Gonzalez, que se encontraba bastante mermado de gente con que poder resistirlos, se dirigió á D. Ramiro, representándole el peligro que á los dos amenazaba, si no olvidando antiguas desavenencias, se unian para alejarle y defender la causa comun porque peleaban. El rey se dejó persuadir, y envió tropas suyas al conde, con las cuales y las que él pudo juntar acometió al ejército de los mahometanos cerca de Osma, consiguiendo sobre ellos una completa victoria. Desde este tiempo volvieron los condes de Castilla á la gracia de los reyes de Leon, como lo comprueba la asistencia de Fernan-Gonzalez á la campaña que D. Ramiro acometió despues contra Abenhaya, emir de Zaragoza, súbdito de

Abderrhamen, califa de Córdoba. En la relacion de los sucesos acaecidos en los sucesívos reinados, hasta el de D. Ramiro III, quedan contados los que tocan á este gran conde que falleció durante él. Sucedióle su hijo García Fernandez, que heredó con el condado el valor del padre, que lo acreditó en la primera victoria que alcanzó en las orillas del Duero, y las que en diversas ocasiones obtuvo de los moros que invadieron sus Estados.

En el reinado de Alfonso V se hallaban los Castellanos divididos sin que se sepa la causa, siguiendo los unos al conde García Fernandez y los otros á su hijo Sancho García, que se habia separado del padre. Algunos presumen que el deseo de gobernar le arrastró á tan reprensible esceso. El resultado fué, que invadieron los mahometanos á Castilla, aprovechándose de estas discordias, y que siendo menores las fuerzas con que se opuso García Fernandez, pereció en una acometida. Sucedióle por consiguiente Sancho García, su hijo, que en prudencia y valor era digno de aquella autoridad, aunque con la rebelion contra su padre manchó el lustre de tan buenas cualidades. Quiso, sin embargo, lavar esta mancha tomando venganza de los enemigos que le mataron, entrando por Toledo que taló; y llegando á vista de Córdoba, rescató, en virtud de treguas que ajustó, el cuerpo de su padre que habian llevado como un gran trofeo de las victorias conseguidas contra los Castellanos. Ademas le devolvieron los lugares perdidos en aquellas entradas, y se volvió lleno de gloria y de riqueza. En el mismo año en que Bermudo III subió al trono de Leon, murió el conde Sancho Garcia de Castilla, y le heredó Garcia Sanchez, que murió asesinado por los hijos del conde D. Vela, en Leon.

LECCION DIEZ.

Historia de Leon y de Castilla desde Fernando el I hasta Enrique IV.

Así que Sancho el Mayor de Navarra murió y fué reconocido por rey de Castilla su hijo D. Fernando, cuando ofendido D. Bermudo del desmembramiento hecho en sus tierras, juntó sus gentes de guerra y se encaminó á Palencia, de la cual se apoderó sin que Don Fernando pudiera evitarlo. Volvió al año siguiente contra Castilla, y encontró á su cuñado preparado á resistirle, auxiliado de su hermano el rey de Navarra. Encontráronse ambos ejércitos á la vista de Tamara, no lejos del rio Carrion, y trabóse la batalla. Llevado de su ardor D. Bermudo, acometió á los dos hermanos entrando á buscarlos por entre las tropas. Pero no fué tan feliz como valeroso, porque atravesado de una lanzada, cayó muerto del caballo. Viendo D. Fernando el destrozo que Castellanos y Navarros seguian causando en los Leoneses, mandó suspender la accion y dió las disposiciones convenientes para que llevaran el cuerpo de Don Bermudo á Leon. En él acabaron la descendencia de Alfonso el Católico y los príncipes de sangre goda.

D. Fernando, despues de haber dejado muerto á Bermudo y casado con su hermana doña Sancha, heredera del reino de Leon, reunió en sí las antiguas coronas á la nueva de Castilla. En sus guerras con los mahometanos les quitó á San Esteban de Gormaz, Guadalajara y Alcalá. Puso sus reales en Madrid y obligó al rey de Toledo al vasallaje. Con tantas victorias excitó la envidia de su hermano García III de Navarra, contra quien tuvo que pelear. Sus súbditos le dieron por aclamacion el título de emperador y de Grande. Murió dejando en su

testamento dividido el reino entre sus hijos. A D. Sancho II, que era el mayor, dejó la Castilla, á D. Alfonso VI, Leon, y á D. García la Galicia (1065). Don Sancho desposeyó á sus dos hermanos, y al querer hacer otro tanto con su hermana doña Urraca, murió asesinado por Vellido en el sitio de Zamora (1072). Alfonso el VI, segundo hijo de Fernando I, volvió á reunir ambas coronas de Castilla y de Leon, jurando antes á los caballeros Castellanos en manos del mas noble, que era Ruiz Diaz de Vivar, llamado el Cid, no haber tenido parte en la muerte alevosa dada á D. Sancho. Su reinado es la era caballeresca de España, pues viéronse en ella militar bajo sus órdenes á varios príncipes extranjeros, como los condes de Borgoña, de Tolosa y otros, que con el valiente Cid y varios adalides españoles conquistaron en cuatro años toda la parte central, que se llamó despues Castilla la Nueva, restaurando del poder de los moros á la antigua córte de Toledo, y subyugando la mayor parte del Portugal. Tantas y tan gloriosas expediciones promovieron la reaccion musulmana que obraron los Almoravides. Alfonso pensó establecer la unidad española casando á su hija Urraca con Alfonso I, rey de Aragon (1109). Pero esta union sirvió solo para dar el escándalo de un rompimiento y un divorcio entre ambos cónyujes. Doña Urraca, heredera de la corona de Castilla, abandonó la córte de Aragon y llamó á los caballeros Castellanos contra su marido y parciales. Declaróse la fortuna de la guerra por los Castellanos, pero doña Urraca, aunque promovedora de las discordias, no gozó el fruto de ellas, y murió reducida á recibir de su hijo los alimentos de reina madre. En Alfonso VII, su hijo, se reunieron Castilla, Leon y Galicia (1126). Rechazó á los moros de Andalucía, quitándoles Baeza y Almeria; obtuvo homenaje de los reyes de Aragon y de Navarra, y tomó tambien el nombre de emperador. La division que hizo de los Estados que poseia entre sus hijos don Sancho y D. Fernando, rompió otra vez la unidad, y las coronas de Castilla y de Leon permanecieron separadas casi un siglo (1157—1230).

Durante la menor edad de Alfonso VIII de Castilla, disputaron la regencia las poderosas familias de Lara y de Castro, que causaron una larga y desastrosa guerra civil, que terminó cuando el rey se hizo declarar mayor

á los once años. Abandonado de los reyes de Leon, de Aragon y de Navarra, sufrió una gran derrota en la jornada de Alarcos (1195), tratando de resistir la invasion de Aben-Yacoub. Con ánimo de vengar la afrenta, publicó una Cruzada, en la que consiguió la memorable victoria de las Navas de Tolosa (1212). Los reinos de Castilla y de Leon volvieron á unirse en Fernando III el Santo, hijo de D. Alfonso IX de Leon y de doña Berenguela de Castilla (1217), rey glorioso que unió á la corona de Castilla las de Córdoba en 1236, Murcia, en 1243, Sevilla en 1248, y la de Leon en 1250. Alfonso el X, el Sábio (1252), mantuvo á los moros en obediencia y sumision. Pero malquistado con sus súbditos por causa de las reformas intempestivas que trató hacer en la legislacion, y haber sido elegido emperador de Alemania, dió motivo á revueltas. Aliadas la Francia y Castilla con el matrimonio de Luis VIII y la princesa doña Blanca, madre de San Luis, estrechóse mas la union con el de la hija del Santo rey y el hijo primogénito de Alfonso el Sábio, el príncipe Fernando de la Cerda. A la muerte del padre, dióse la preferencia al rebelde don Sancho IV, su hijo segundo (1284), en perjuicio de los hijos de D. Fernando de la Cerda. Esto produjo contínuas guerras y disensiones intestinas que duraron cuatro reinados. La casa de Haro protegió á los infantes de la Cerda con el rey de Aragon, y la de Lara se declaró por D. Sancho, á quien colocó en el trono. En la menor edad de Fernando el IV, el Emplazado, hijo de Sancho (1295), se formó una liga en que entraron la Francia, Aragon, Portugal y Granada, que no pudieron hacer valer los derechos de la línea primogénita contra los heróicos esfuerzos de doña María de Molina, madre del rey y regente del reino. Coronado Alfonso XI á los tres años (1312), fué tambien muy borrascosa su menor edad. Pero despues de haber llegado á mayor, compensó los pasados desastres con su buena administracion y victorias conseguidas contra los moros, con especialidad la del rio Salado. Pasó despues á sitiar á Algeciras, que tomó á los cuatro años, en cuyo sitio se dice empezaron los moros á usar armas de fuego. Por último, se dirigió contra Gibraltar, que tambien hubiera sucumbido si la peste no le obligara á levantar el sitio. Oscureció sus virtudes con la pasion desordenada que profesó á

doña Leonor de Guzman, en la que tuvo por hijo á don Enrique de Trastamara. Sucedióle su hijo legítimo don Pedro I, llamado el Cruel (1350). Su primer acto de gobierno fué condenar á muerte á doña Leonor de Guzman, con cuya crueldad excitó mas el ódio de D. Enrique de Trastamara, su hijo. Casado D Pedro con Blanca de Borbon, ultrajó á la familia real de Francia, abandonando á su esposa en el dia siguiente de las bodas por ir á buscar á doña María de Padilla, de quien estaba enamorado. No contento con haber abandonado á la princesa, hizo luego al poco tiempo darla muerte. A estos asesinatos añadió otros que suscitaron contra él la indignacion pública, favorable á D. Enrique de Trastamara que se hallaba en Francia. Pidió socorros al prudente Carlos V, que se los dió de buena voluntad con ánimo de librar á su reino de las muchas cuadrillas que le infestaban. Dió el mando de ellas al leal y valiente Duguesclin, que se encontró con su rival el príncipe Negro, que vino de Inglaterra á auxiliar á D. Pedro, al que abandonó pronto en vista de su ferocidad tiránica. Encontrándose ambos hermanos en los campos de Montiel, dióse una reñida batalla, en la que murió Don Pedro á manos de D. Enrique de Trastamara, que fué reconocido por rey á pesar de la ilegitimidad de su orígen, y trasmitió la corona á sus descendientes. En su tiempo se unió á la corona de Castilla el señorío de Vizcaya. Juan I (1379), rechazó á los Ingleses que vinieron con el duque de Lancastre, pretendiente al trono de Castilla. Enrique III (1390), se hizo célebre por sus expediciones contra Granada, y su buen gobierno. Dejó por heredero á Juan II, cuya tutela disputaron los grandes. Apoderóse del gobierno el condestable D. Alvaro de Luna, hombre hábil y político sagaz que supo reprimir á los rebeltosos. Odiado de la nobleza, no dejó de perseguirle, hasta que decaido del afecto del rey le condujo á un cadalso, en que murió víctima de la ingratitud pública y de la debilidad de un rey, que sin él acaso no lo hubiera sido (1453). Al advenimiento de Enrique IV, mas débil que su padre, llegó á su colmo el orgullo y la ambicion de los grandes que no reconocieron freno alguno.

§ II.

ESTADO POLITICO Y SOCIAL DE ESPAÑA DURANTE LA EDAD MEDIA.—INSTITUCIONES DE ARAGON Y DE CASTILLA.

Los primeros reconquistadores de España solo pensaron en blandir la espada contra los invasores que habian profanado sus templos y usurpado sus tierras, sin cuidarse de dar al poder social ni mas formas ni mas garantías que las que por tradicion recibieron de la monarquía goda. Electiva la corona como anteriormente, siguió así por algunos siglos, hasta que primero la costumbre y despues las leyes la hicieron hereditaria bajo ciertas condiciones. El gobierno no era absoluto aun cuando no existiera constitucion alguna escrita que fijara los límites á la autoridad real. Las costumbres, los recuerdos y sobre todo las azarosas circunstancias en que se encontraron los Estados formados en la península, fueron bastantes para contener á los reyes y obligarlos á consultar con sus súbditos los graves negocios en que su cooperacion era indispensable. Cuando despues la aristocracia se hizo bastante poderosa para aspirar á una dominacion sin límites, constituyó la fuerza en derecho y dijo á los reyes: *Nos que valemos tanto como Vos, os hacemos nuestro rey.* La nobleza estaba dividida en dos clases; una compuesta de los llamados Infanzones y Ricos-Hombres, y otra de los simples Hijosdalgo. Los primeros unian á la cualidad de nobleza las prerogativas del poder, y los segundos eran extremadamente celosos de sus privilegios y exenciones. En España, como por entonces sucedia en Francia, se unieron el trono y el pueblo para contrarestar á la nobleza. Los reyes multiplicaron con el nombre de fueros las cartas que concedian á las ciudades la libertad municipal y grandes franquicias á los hombres que vivian en los pueblos fronterizos á las provincias que ocupaban los musulmanes. La poblacion se hallaba clasificada en lugares de Señorío, Realengos y de Behetría. Con el nombre de cortes empezaron á celebrarse asambleas nacionales desde el año de 1130 en Aragon, y 1169 en Castilla, á las que concurrieron el rey, la nobleza y el clero,

y mas adelante los procuradores de las ciudades. Estas asambleas ó cortes, hicieron gran papel en la Edad media de España. Su celebracion era anual ó bienal en Aragon, y en épocas indeterminadas en Castilla. La convocacion y señalamiento de lugar para celebrarlas, correspondia al rey. En Aragon hubo además un magistrado superior llamado el Justicia mayor. Su persona era inviolable y su autoridad se estendia á impedir la ejecucion de las órdenes del rey, bajo el pretexto de ser atentatorias á los fueros y privilegios del reino.

HISTORIA MODERNA.

LECCION ONCE.

Castilla y Aragon hasta la union de las dos coronas.—Turbulencias en ambos paises durante los reinados de Enrique IV de Castilla y Juan II de Aragon.—Fernando I de Aragon casa con Isabel la Católica de Castilla.—Reunion de las dos coronas.—Regencia del cardenal Jimenez de Cisneros.—Portugal hasta el reinado de D. Manuel.

(1458.—1517.)

Alfonso V de Aragon, uno de los príncipes mas distinguidos de su tiempo, dejó cuando murió (1458) dos poderosas coronas, la de Nápoles que trasmitió á su hijo natural D. Fernando, y la de Aragon que pasó á su hermano Juan II, rey de Navarra. Este príncipe viejo y achacoso, era inducido por su segunda mujer doña Juana, hija de D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, contra D. Carlos, príncipe de Viana, hijo del primer matrimonio con doña Blanca, hija de Carlos III de Navarra, llamado el Noble. Las persecuciones de que era

objeto, sublevaron la indignacion pùblica, y su muerte temprana y la de su hermana motivaron una furiosa insurreccion, cuyo foco principal era Cataluña.

Los Catalanes ofrecieron la corona sucesivamente al rey de Castilla, al condestable de Portugal y á Renato de Anjou. Despues de diez años de resistencia fueron completamente derrotados y reducidos á la impotencia. El ciego y octogenario Juan II, dió pruebas de vigor en esta lucha, y consiguió trasmitir todos sus Estados al hijo de su segunda mujer el príncipe D. Fernando, casado ya con Isabel, la heredera de Castilla (1479). En esta parte de la España era ardorosa la lucha de los reyes con la aristocracia. Aquellos, siguiendo las tendencias de la época, aspiraban á dar mayor fuerza al poder real, para lo que procuraban atraerse á las ciudades y á los *hombres nuevos*, llamados así los recien convertidos al Cristianismo, judíos y moros. En el reinado de Don Juan II habian los nobles persuadido á su hijo don Enrique levantarse contra su padre, bajo el pretexto de tenerle sometido á su voluntad D. Alvaro de Luna. Coronado D. Enrique IV (1454), y entregado en manos de D. Juan Pacheco, marqués de Villena, se indispuso, no solamente con los grandes por su despotismo, sino tambien con el resto de la poblacion, que llegó á despreciarle por su debilidad y ruinosa administracion. Opusiéronle el infante D. Alfonso, su hermano, y llegó á tanto el encono, que levantando un tablado en las inmediaciones de Avila, colocaron en él una estátua del rey, vestida con las insignias reales, que le fueron quitando los grandes de primer órden, y arrojando despues la estátua por el suelo, proclamaron á D. Alfonso (1465). Enrique IV y los rebeldes se vieron cerca de Olmedo, donde hubo una batalla que quedó indecisa la suerte de ambos partidos (1467). Muerto muy luego D. Alfonso (1468), los grandes obligaron á D. Enrique á que declarara por sucesora de la corona á doña Isabel, que despues casó con D. Fernando, príncipe de Aragon (1469). Cuando el débil y despreciado D. Enrique murió (1474), trabóse la lucha entre dos pretendientes al trono. De una parte se hallaba su hija doña Juana, prometida á Alfonso el Africano, su tio, rey de Portugal, á quien apoyaban las provincias del Norte y el Oeste con el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo. De la otra

parte estaba Isabel, hermana de D. Enrique, sostenida por los grandes y su marido Fernando de Aragon. Despues de varios encuentros de unos y de otros, se vió el portugués obligado á retirarse y abandonar sus pretensiones al trono. La elevacion de la victoriosa Isabel al trono de Castilla puso término á las disensiones civiles (1479).

Cuando en el mismo año murió el anciano Juan de Aragon, toda la península española, menos Portugal y la Navarra con el Estado musulman de Granada, obedeció á Fernando de Aragon é Isabel de Castilla. Estos dos esposos enteramente acordes en intencion, eran sin embargo de carácteres opuestos. Fernando era frio, reflexivo, penetrador y reservado: Isabel exaltada, brillante y expansiva. Por lo que en un principio hubo union, mas no fusion de ambas coronas. Iguales en celo por sus derechos los Castellanos y los Aragoneses, no se manifestaban propensos á una reunion pura y simple que acabara con su nacionalidad. Conociéronlo así los *dos reyes*, pues así eran llamados, y se aplicaron á conservar y mantener esta aparente separacion consagrada por el tiempo, y respetaron los usos y costumbres tradicionales de ambos pueblos. Cada uno de ellos era señor absoluto en sus dominios, y no intervenia en los del otro sino como consejero, con sus buenos oficios y como esposos respectivos. Pero una grande empresa hecha en comun, iba á preparar una union mas íntima. Tal era la guerra con los moros de Granada.

Debilitados estos, se habian sostenido en la península pagando tributo á los cristianos cuando eran bastante fuertes para exigírsele, y haciéndose independientes cuando las circunstancias les eran favorables. En 1482 el rey de Aragon y la reina de Castilla pensaron en acabar con el último recinto que ocupaban, y tanto el clero como la nobleza y las ciudades, correspondieron con generosa emulacion al llamamiento de sus reyes.

La resistencia de los moros fué porfiada, y nueve años de guerra fueron necesarios para tomar sucesivamente las ciudades que cubrian la capital, y señorearse del mar para cortarles la comunicacion con Africa, de donde les venian socorros de hombres y vituallas. En 1491 el ejército cristiano se presentó sobre Granada. Esta ciudad soberbia, que tenia cien mil guerreros y una in-

mensa poblacion, pensó rechazar á los sitiadores. Pero abrigaba dentro de sus murallas discordias y divisiones que lo estorbaron. Reducida al último apuro, despues de ocho meses de sitio, se rindió el 2 de Enero de 1492, dia memorable para España, que quedó libre del yugo mahometano. Desde entonces empezaron á ser llamados D. Fernando y doña Isabel, *Reyes Católicos*, título honroso con que les ha distinguido la posteridad.

Conservaron á los vencidos el libre ejercicio de su culto y sus propios jueces. Muchos de ellos salieron á ocultar su dolor en las ásperas cumbres de las Alpujarras, á donde se comunicó la insurreccion que estalló en Granada. Vencidos segunda vez, se dejó á su eleccion el ser conducidos al Africa ó recibir el bautismo. La mayor parte aceptó el segundo extremo por no abandonar sus talleres y campos. Tambien á los judíos se les impuso igual condicion, ó la de salirse del reino. Hiciéronlo así muchos, llevando con ellos sumas inmensas de riqueza con que aumentaron la de las ciudades extranjeras á donde se refugiaron.

En el mismo año que sucumbió Granada, Cristóbal Colon, sostenido contra la envidia y las preocupaciones por la magnífica Isabel, daba á la Castilla un *nuevo mundo* descubriendo la América. En 1504 Gonzalo de Córdoba, llamado por sus hechos heróicos el *Gran Capitan*, conquistó el reino de Nápoles, quitando á D. Fadrique, nieto de Alfonso V, que en perjuicio de la cristiandad tenia relaciones con los Turcos. En 1512 se apoderó el rey católico de Navarra. Habia casado en segundas nupcias con su sobrina doña Germana, nieta de su hermana doña Leonor, que fué reina de Navarra. Juan Albret receló del rey de Aragon por este matrimonio, y buscó la alianza del rey de Francia que estaba en guerra con el pontífice Julio II. El navarro se resistió á las amonestaciones que se le hicieron para que se separara de una alianza que le hacia cómplice de los conciliábulos de Pisa, y fué excomulgado. Fernando envió contra él al duque de Alba, que sin resistencia se apoderó del reino.

No faltaron á ambos reyes en medio de tanta prosperidad infortunios que la acibarasen. De tres hijos que tuvieron en su matrimonio, dos murieron muy jóvenes, y el sér desgraciado que sobrevivió para ceñirse la tri-

ple corona de Castilla, Aragon y las Indias, se encontraba en el deplorable estado que indica su dictado de Juana la Loca. Estuvo casada con Felipe el Hermoso, heredero de la casa de Austria, de quien tuvo á Cárlos V. Al morir Isabel, instituyó por heredero á su nieto don Cárlos, confiando la regencia á su marido D. Fernando (1504). Esta disposicion experimentó por parte de los Castellanos alguna oposicion, movidos por el archiduque D. Felipe de Austria, que aspiraba á la regencia en la menor edad de su hijo. D. Fernando se retiró á Aragon para evitar la guerra civil que amenazaba. Mas por fortuna muerto D. Felipe casi súbitamente á los veintinueve años de edad, volvieron los Castellanos á llamar á D. Fernando para alejar la anarquía que levantaba osada la cabeza.

Encargado el rey católico de la regencia, supo reprimir las pretensiones de los grandes, que eran acaso los mas fieros y altivos de toda la Europa. Favoreció la alianza de las ciudades y las concedió privilegios y exenciones en oposicion con los de las casas grandes. Dió fuerza á la *Santa Hermandad*, que acabó con las guerras privadas de los señores, y regularizó la administracion de justicia. Incorporó á la corona los maestrazgos de las órdenes militares de Alcántara, Calatrava y Santiago, con lo que se proporcionó una milicia dócil y grandes recursos en las crecidas rentas que poseian. Por último, el oro de la América le hizo el soberano mas rico de su tiempo.

Despues de muerto el rey católico (1516), quedó al frente de los negocios del Estado el célebre cardenal don Francisco Gimenez de Cisneros. Este hombre extraordinario hizo de la España un país religioso y monárquico por excelencia. Nacido en 1437 en una pequeña villa de Castilla y de una familia pobre, se dedicó al estado eclesiástico y pasó quince años en sus estudios. Llegado á una posicion elevada en la gerarquía eclesiástica, la dejó á los cincuenta años de edad para retirarse á la soledad y austeridad del cláustro. No pudo ocultar en él su celebridad, y fué sacado para dirigir la conciencia de la piadosa Isabel. Desde entonces empezó á tener una influencia benéfica en los mas árduos negocios. La muerte de su bienhechora, lejos de disminuir su crédito, le aumentó. Aunque no estaba muy satisfe-

cho del rey de Aragon, insistió en que se le confirmara en la regencia segun Isabel habia dispuesto. Desde este tiempo, agradecido D. Fernando á la rectitud y entereza de Cisneros, puso en él toda su confianza y concertaron juntos la union positiva de ambas coronas, que era el sueño favorito del monarca. Cuando este murió le dejó encargados tambien los negocios públicos, y á la edad de ochenta años supo conservar el cetro de Carlos V resistiendo á los facciosos que querian proclamar al hijo segundo de Juana la Loca. Durante su regencia de veintidos meses estableció la córte en Madrid, formó un buen ejército permanente con que reprimió todas las tentativas de rebelion con una fortaleza admirable, protegió los estudios y las letras fundando varios establecimientos públicos de enseñanza, y murió en Roa cuando iba á recibir á D. Carlos y entregarle las riendas del Estado (1513).

Cisneros cuando murió era cardenal, arzobispo de Toledo, primado de España, inquisidor general, gran canciller de Castilla y regente del reino. Sin embargo, debajo de los suntuosos vestidos de sus dignidades usaba el cilicio, y su lecho adornado de colgaduras y brocados, ocultaba la miserable tarima en que descansaba de los delicados trabajos que pesaron sobre él.

Portugal. Ceñidos los portugueses por la parte de España, dirigieron sus miras y esperanzas al Africa y las playas orientales, como único medio de contrabalancear la influencia española y librarse de su dominacion. El impulso dado por Enrique, hermano de Eduardo, á principios del siglo XV, fué decisivo en el reinado de Alfonso V, llamado el Africano (1438). El de Juan II (1481), señalado con el paso por el Cabo de Buena Esperanza, fué brillante aunque tumultuoso. Los recursos que el gobierno halló en el comercio, le habilitaron para poner en pié fuerzas respetables y abatir el orgullo de la aristocracia. El resentimiento de los señores fuè violento. Pero el rey logró sujetarlos mandando decapitar al duque de Braganza, que era el jefe del complot, y dió de puñaladas por sí mismo al de Viseo, su pariente inmediato, que tambien conspiraba. Otra circunstancia favorable al aumento de la monarquía portuguesa fué la expulsion de los judíos de España. Su prosperidad fué aun mayor en el reinado de Manuel el Afortunado (1495)

en el que se establecieron los Portugueses en las Indias orientales y se posesionaron del Brasil, llegando á ser potencia marítima de primer órden. Juan III, heredero de las virtudes y habilidad de su padre (1521), mereció como él el afecto del pueblo. Dió el último golpe al poder de los señores, incorporando á la corona los maestrazgos de las órdenes de caballería.

Coronado á la edad de tres años su nieto Sebastian (1557), administró el Estado su tio el cardenal D. Enrique. Educado el rey en una especie de exageracion ridícula de ideas caballerescas, apenas tomó las riendas del gobierno, pasó al Africa con todas las fuerzas del país, con ánimo de conquistar los reinos de Fez y de Marruecos. Destrozado con todo el ejército en la batalla de Elmahasém, desaparecieron uno y otro como si el suelo africano les hubiera tragado (1518). El anciano cardenal que fué proclamado rey, sobrevivió dos años á tan grande desastre. Felipe II, rey de España, buscó pretextos para apoderarse de Portugal é incorporarle á sus Estados, como lo hizo mandando al duque de Alba (1581).

LECCION DOCE.

Descubrimientos, conquistas y establecimientos de los Españoles en América. —Idem de los Portugueses en Africa y en Asia.—Decadencia de los Portugueses en las Indias despues de Alburquerque.

(1492.—1568.).

Cristobal Colon, de quien se ha hecho mérito, era un marino genovés que se habia hecho cargo en algunos escritos de aquel tiempo de la opinion emitida sobre la fi-

gura esférica del globo, y meditando sobre ella dedujo que caminando al Occidente, llegaría infaliblemente á las Indias orientales por un camino mas corto y seguro que el descubierto por los Portugueses. Dotado de valor igual á su genio, comunicó sus proyectos á muchos gobiernos de Europa, sin desalentarle las repulsas y desprecios con que era contestado. Llegó á Isabel la Católica, que después de haberle oido le proporcionó los medios necesarios para verificar su empresa, no sin graves cargos de los espíritus mas apocados è ignorantes que el de la augusta reina de Castilla. En 23 de Agosto de 1492 salió Cristobal Colon del puerto de Palos con tres buques pequeños; pero en vez de llegar á las Islas orientales, como se habia figurado, tocó el once de Octubre á tierra desconocida. Era una de las Lucayas á que llamó San Salvador. Reconoció tambien en este primer viaje muchas de las Antillas. Emprendido el segundo en 1493, y acabó la exploracion de todas ellas. En el tercero (1498), llegó al continente americano y saltó á tierra en la costa, donde después se edificó á Cartagena. No tuvo Cristóbal el honor de dar su nombre al continente que descubrió, y sí el florentino Américo Vespucio que llegó á tierra firme en 1497.

En 1519 salió de Cuba Hernan Cortés con unos seiscientos hombres, diez y ocho caballos y algunas piezas de campaña. Atravesó el Yucatan y entró en Méjico, cuyo emperador Motezuma podia disponer segun se cree de tres millones de hombres. Cuando los Mejicanos volvieron del primer sobresalto, trataron de resistirse, pero en vano, Méjico quedó enteramente conquistado por los Españoles en 1521.

Pizarro y Almagro descubrieron y conquistaron el Perú ó imperio de los Incas (1532), país mas rico que Méjico, pues el oro y la plata estaban destinados en él á los usos mas viles. Abordaron por el mar del Sur á la altura de Quito, con doscientos cincuenta infantes, sesenta caballos y doce cañones pequeños. Los Peruanos experimentaron la misma suerte que los Mejicanos. Almagro llegó á Chile que tambien conquistó (1541). En tiempo de Fernando el Católico empezaron los Españoles á establecerse en la Española ó Santo Domingo, Cuba, Puerto-Rico y la Jamaica. En el de Carlos V y Felipe II se crearon los gobiernos de Venezuela (1527), Buenos-

Aires (1535), Granada (1536), Santiago (1540), la Concepcion 1550), Cartagena y Puerto-Bello (1555), Caracas (1567), etc. Felipe II hizo ocupar á Manila ó las Islas Filipinas (1566.) Veracruz en Méjico y Lima en el Perú llegaron á ser ciudades de mucha importancia. El *Consejo de Indias* establecido en España, regia todas las posesiones coloniales. El gobierno de América estuvo encargado á dos vireyes y subdividido en audiencias, municipalidades, etc.

La conquista de las Indias y el descubrimiento de América dieron á la España y Portugal una preponderancia momentánea. Luego causaron su ruina, pues con la manía de explotar minas y establecer colonias, quedaron despoblados ambos reinos y descuidaron la agricultura y la industria. En el siglo XVI, muerto Felipe II (1598), empezaron ya algunas colonias á ser presa de las naciones activas é industriosas.

El infante D. Enrique, hijo tercero de Juan I, fué en Portugal el promovedor de las grandes empresas que dieron á los Portugueses una gloria duradera y un poder transitorio. A mediados del siglo XV tocaron los marinos portugueses á Cabo-Verde, el Senegal y la Guinea, con otros muchos puntos de la costa occidental del Africa. En 1486 llegaron al extremo septentrional del continente africano, mientras que dos viajeros, tambien portugueses, Covilham y Payva, buscaban, atravesando el Egipto, la Arabia y la Persia, el camino de las Indias orientales. En 1498, Manuel el Afortunado dió una escuadrilla á Vasco de Gama, que dobló el Cabo de Buena-Esperanza, y siguiendo la costa oriental de Africa, entró en el mar de las Indias por el canal de Mozambique. Tuvo que combatir con la insubordinacion de su gente, las averias de un mar desconocido, la furia de los árabes y moros que ejercian el comercio por aquellas partes, y de todo triunfó Gama, y despues de trece meses de navegacion llegó á Calicut. En 1500, confiada otra expedicion á Alvaro Cabral, erró este la direccion, y dejándose llevar de los vientos fué por casualidad á tocar por el Occidente á la América meridional. Después de haber reconocido aquella inmensa y rica comarca, que se llamó Brasil, tomó Cabral posesion de ella en nombre de su rey, sin obstáculo alguno.

Por el contrario, en el Oriente tuvieron los Portugue-

ses que desplegar un gran valor y mucha habilidad. Enviado Almeida (1505) después de Vasco de Gama, con el título de virey de las Indias orientales, experimentó muchas intrigas de los moros, sembró la desconfianza entre los pequeños Estados Indios, y por precio de tan expuestas maniobras, obtuvo permiso para establecer en las costas algunas fortalezas y almacenes. En 1508 Alburquerque, sucesor de Almeida, hizo sentir como conquistador á los Indios la superioridad del genio europeo. Se hizo dueño de los mares destruyendo las flotas del Soldan de Egipto y las de los moros, á pesar de los socorros de los Venecianos. Redujo á Ormus, ciudad situada en la entrada del golfo Pérsico, y una de las mas florecientes del Asia. Tomó á Goa, de la que hizo estancia del gobierno portugués de las Indias, ocupó á Diu, Malácа, Ceylan, las Molucas y otras muchas islas del Océano índico.

Muerto Alburquerque en desgracia (1518), siguieron los Portugueses estendiendo sus conquistas, y á mediados del siglo XVI era reconocida su dominacion en casi todas las costas que se estienden desde la Guinea en Africa, hasta Macao en la China, es decir, que en virtud de establecimientos fortificados y la vigilancia que ejercian en el mar, monopolizaron el comercio oriental y aun consiguieron algunos privilegios en el Japon. La rivalidad de las demás naciones europeas, unida á otras muchas causas, dió orígen á una precipitada decadencia que detuvieron por un corto tiempo los vireyes Juan de Castro (1545) y Alaide (1568). Muertos el rey D. Sebastian y su tio el cardenal D. Enrique, reunió el rey de España Felipe II, el Portugal á su corona, con cuya union cayeron en poder de los Españoles todas las posesiones de los Portugueses en las Indias.

LECCION TRECE.

Advenimiento de Cárlos V al Imperio y de Francisco I al trono de Francia.—Guerras de estos dos soberanos.—Batalla de Pavia.—Tratado de Madrid.—Sucesos posteriores del reinado de Cárlos V hasta su abdicacion.

(1515—1556).

Dos rivales que por espacio de treinta años admiraron á la Europa con sus contiendas; dos hombres superiores bajo diferentes aspectos, y jefes ambos de las dos naciones que ocupaban entonces el primer lugar en la balanza política, llegaron al trono casi á un mismo tiempo. El primero era Cárlos, rey de España y archiduque de Austria, nieto por su padre del emperador Maximiliano, y por su madre de Fernando el Católico. En 1517 reunió las coronas de España, Nápoles y el Nuevo Mundo á los principales Estados hereditarios de la poderosa casa de Austria. El segundo era Francisco, conde de Angulema, segundo nieto de Luis de Orleans, hermano de Cárlos VI, que ocupó el trono de Francia (1515) por muerte de Luis XII, su primo. Las causas de animosidad entre estos dos príncipes eran muchas. La preponderancia con que Cárlos amenazaba a la Europa, y la independencia por que suspiraba Francisco eran las principales. El primero ambicionaba poder; el segundo gloria. El uno era orgulloso, el otro vano. Cualquiera accion notable que uno de ellos llevaba á cabo, era una provocacion para el otro, y cada país enorgullecido con su héroe, abrigaba las mismas pasiones y esperanzas.

Cuando murió Fernando el Católico, sostuvo el imperturbable Gimenez de Cisneros una lucha generosa con la aristocracia rebelde para conservar el trono al infante D. Cárlos, hijo de D.ª Juana la Loca. En 1517 salió Cárlos de los Paises Bajos, á donde habia sido educado, para tomar posesion del trono español á los diez y siete años de su edad, y llegó á Villaviciosa el 19 de Setiembre. Los enemigos del cardenal no dejaron de prevenirle contra él, y cuando salia á su encuentro para entregarle un cetro que le habia conservado intacto, murió casi repentinamente en la villa de Roa, víctima de la ingratitud real. Al poco tiempo de haber llegado á España el nuevo rey, tuvo en Valladolid las córtes de Castilla y se coronó en la iglesia de San Pablo (1518). En seguida fué á Zaragoza, y convocando las de Aragon le reconocieron tambien. La avaricia de los Flamencos que le acompañaron, y que se creian hallar en un país conquistado, causó en los Españoles una fermentacion de muy mal agüero. La elevacion de Carlos V á la dignidad imperial (1619), lejos de lisonjear el orgullo nacional de los Españoles les hizo temer que su rey fuese extranjero para ellos, y procurara agotar la península para sostener en Alemania su rango y pretensiones. Las córtes de 1520 representaron sobre el particular, pidiéndole una ley declarando que los reinos de Castilla y Aragon no dependian en nada del Imperio, y Cárlos las contestó con un golpe de Estado contra los diputados de Toledo. Con esta noticia un regidor de aquella ciudad llamado Juan de Padilla, dió la señal de insurreccion, que se comunicó de ciudad en ciudad, mientras que el jóven rey y emperador partía para Alemania dejando el reino en combustion encargado al cardenal Adriano de Utrecht y otros favoritos tan odiados como él. A pesar del peligro, Carlos no trató volver á España, contentándose con dar palabra de que á su regreso, después de coronarse en Alemania, lo arreglaria todo, y que entretanto estuviesen sumisos á los gobernadores que habia puesto, y á quienes por separado comunicó órdenes severas. El partido nacional se desorganizó, y los muchos nobles que se habian unido á él se separaron para unirse á la causa del rey. *Los Comuneros*, que así se llamaban los insurgentes, fueron derrotados en Villalar, donde hecho prisionero Juan de Padilla y otros jefes, murieron en un

cadalso (1525). La viuda Doña María de Pacheco, trató de defenderse en Toledo contra las tropas reales, pero por último sucumbió la ciudad y ella se salvó huyendo. Esta insurreccion, llamada *Guerra de las Comunidades*, fué el último esfuerzo de la libertad española contra el poder absoluto que pesaba ya sobre ella. Carlos V llegó á conocer el carácter español, y en lo sucesivo procuró reparar las faltas que malos consejeros le habian hecho cometer. Para ello dió su estimacion á ministros españoles, y residió entre ellos adoptando su idioma y costumbres, alejando de su lado á los extranjeros.

Francisco I, celoso de la grandeza del jóven emperador, quiso aprovecharse de las turbulencias de Castilla para reconquistar la Navarra. Esta invasion fué el principio de la memorable lucha de que despues hablaremos. Las hostilidades comenzadas en la península siguieron en la Italia, los Paises Bajos y la Francia. Cansado Cárlos V de tantas glorias militares adquiridas en ellas, resignó el Imperio en su hermano Fernando rey de Romanos, y trasmitió la corona de España á su hijo Felipe II. Retiróse después al monasterio de Yuste, en el que murió el 21 de Setiembre de 1558.

El reinado de Francisco I en Francia, casi está reducido á las guerras que emprendió con ánimo de abatir el poder de la casa de Austria y extinguir los primeros gérmenes del protestantismo. Fué bastante dado á las letras y las artes, que empezaron á florecer bajo de su proteccion. Procuró establecer en sus tropas una buena disciplina, pero los mejores generales se vieron pospuestos á despreciables favoritos. El condestable de Borbon y el genovés Doria, le abandonaron y se pasaron al emperador. Francisco I murió á la edad de cincuenta y dos años, después de haber reinado treinta y dos.

La rivalidad que existió entre Cárlos V y Francisco I, fué en su orígen personal. En los principios de su reinado no podia Carlos inspirar desconfianza á sus vecinos. Era muy jóven, su génio no era conocido, y la corona imperial pesaba mucho todavía para sostenerle con decoro en medio de Estados mal avenidos. Las córtes por otra parte no se manifestaron muy decididas á darle los subsidios que las pedia y la conquista del Nuevo Mundo no se habia regularizado. Francisco I, por el contrario, se encontraba al frente de una nacion toda suya, que tenia

buen ejército mandado por los mejores caballeros del tiempo, cuyo tipo era el famoso Bayardo.

Cuando muerto Luis XII entró á sucederle en todos los derechos de la casa de Orleans, se apresuró á reproducir las pretensiones al Milanés, y resolvió arrojar de él á Maximiliano Sforza, que se defendia con tropas Suizas. En Agosto de 1515 puso en movimiento un ejército de cuarenta mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería escogida. Génova y Venecia estaban en favor de la Francia, y el pontífice con los Suizos favorecia á Sforza. El ejército francés pasó los Alpes y se concentró en Marignan. Avanzaron los Suizos en columnas cerradas y con aquel silencio que acostumbran para aterrar al enemigo. Recibiéronlos con firmeza los Franceses, y duró el combate sin cejar ni unos ni otros todo el dia. La noche le suspendió, y ambos ejércitos la pasaron en el campo. Al amanecer del dia siguiente volvióse á la pelea, y los Franceses hicieron retirar á los Suizos. Francisco I entró triunfante en Milán, y Maximiliano Sforza le cedió sus derechos por una pension que fué á gozar á Paris. En seguida se hizo la paz con los Suizos (1516).

Hasta entonces habian estado en intimidad aparente Carlos y Francisco, pero la vacante del trono imperial por muerte de Maximiliano (1519) fué la ocasion del ódio que por desgracia se apoderó de ellos. Uno y otro se mostraron pretendientes, y Cárlos fué el elegido. Desde este instante solo pensaron en hacerse cruda guerra. Con ánimo de atraer á su partido á Enrique VIII de Inglaterra, le convidó Francisco á tener una entrevista cerca de Guines, en el *campo de la Bandera de Oro*, donde ambos reyes compitieron en cortesía y magnificencia. Pero Carlos V tenia ya ganados á los consejeros del inglés, á quien puso de su parte. Francisco en represalias, cuando supo la insurreccion de los comuneros de España, invadió la Navarra y ofreció socorrer á los insurreccionados de Castilla (1520). Estos se reunieron contra los invasores, á quienes arrojaron con bastante pérdida al otro lado de los Pirineos. En esta guerra, y defendiendo el castillo de Pamplona, salió herido San Ignacio de Loyola, que despues fundó la Compañia de Jesus.

Mientras que Francisco alistaba las tropas y se preparaba para la guerra, Cárlos hace con su política que el territorio francés se vea amenazado por todas partes. Leon

X promovió una liga para echar á los Franceses de Italia y restablecer á Francisco Sforza en Milán. Los imperiales, divididos en varios cuerpos, invadieron la frontera septentrional de Francia, presentándose unos sobre Tournai y sitiando otros á Mezieres, defendida por Bayardo. Mas batidos con denuedo, se vieron obligados á retirarse. En Italia no fueron afortunadas la armas francesas. El mariscal de Lautrec, mal secundado por los Suizos, á quienes no podia pagar, fué vencido en Bicoca por Próspero Colonna, general de la liga. Los Franceses salieron del Millanés maltratados y vencidos. Cuando Leon X supo la noticia, recibió tanta alegria que se supone fué la causa de su muerte casi repentina.

Carlos V no desistió de sus manejos políticos, con los que puso á la Inglaterra en el caso de declarar guerra formal á la Francia, á tiempo que la coalicion italiana unia sus fuerzas á un respetable ejército español, y que perseguido el condestable de Borbon por la reina madre, Luisa de Saboya, ofrecia su espada al emperador. El presuntuoso Francisco no da á entender recelo alguno de temor, y manda pasar los Alpes á un nuevo ejército á las órdenes del almirante Bonnivet, favorito de la reina madre. Este, cuyo mérito consistia en su valor irreflexivo, se encontró con el marqués de Pescara, el conde de Lannoi y el condestable Borbon, generales de acreditada experiencia. Batido y puesto fuera de combate en Biagrasso, entregó el mando al caballero Bayardo, que sostuvo la retirada con valor hasta que herido mortalmente, fué arrebatado á la Francia (1524). Siguiendo al alcance el condestable de Borbon invadió la Provenza y sitió á Marsella. Enrique VIII, que penetró por la Picardía llegó á veinte leguas de París. Francisco I hace un doble esfuerzo para libertar al suelo francés, y tomando la ofensiva pasó los Alpes otra vez, sorprendió á sus enemigos, entró en Milán y fué sobre Pavía, contra los Españoles que habian concentrado en ella lo mas escogido de su ejército (1525). Una vigorosa salida que hicieron contra los Franceses, causó en estos una pérdida enorme. Diez mil hombres quedaron tendidos en el campo, y los caballeros mas ilustres que no murieron quedaron prisioneros con el rey, que al entregar su espada al general español le dijo: ¡*Todo se ha perdido menos el honor*!

Trasladado Francisco I á Madrid, se apoderó de él una

grande melancolía que hizo temer por sus dias. Allí consintió en firmar un tratado (1526) por el que cedia á título de rescate el Ducado de Borgoña y otros Estados, renunciaba sus pretensiones al Milanés y al reino de Nápoles, cedia sus derechos de Soberanía del de Flandes y el Artois, y se obligaba á restituir todos sus bienes al condestable de Borbon, dejando en rehenes á sus dos hijos el Delfin y el Duque de Orleans.

La derrota de Pavía tenia á la Francia conmovida, Luisa de Saboya, regente durante la cautividad de su hijo, convocó á los Estados del reino para tratar de tomar medidas de salvacion. Las provincias cedidas á los Españoles declararon que jamás consentirian su desmembracion de la Francia. Francisco, apenas salió de Madrid, protestó contra el tratado que habia firmado en vista de que la Inglaterra, la Santa Sede, Venecia y Milán que habian auxiliado á Cárlos V, temian su engrandecimiento y se separaban de él. Llámose esta union *Liga Santa*. Empezóse de nuevo la guerra, y el condestable de Borbon que recorrió victorioso la Italia, se vió obligado á prometer el saco de Roma á sus tropas que no podia pagar. Este grande hombre, digno de mejor fortuna, murió en el asalto de la ciudad pontifical, que fué entregada á todo el furor de los soldados (1527). Con objeto de librar al pontífice Clemente VII, bloqueado en el castillo de Santo Angelo, entró en Italia un ejército francés, al mando del mariscal Lautrec. Entró en Roma, y penetró hasta Nápoles. Pero la defeccion del Almirante Doria, la muerte del general francés, y las enfermedades que se declararon en el ejército, le obligaron á retirarse precipitadamente. Carlos V propuso á Francisco I condiciones de paz que este no deshechó.

Empezadas las negociaciones en *Cambrai* por la tia del emperador, Margarita de Austria, gobernadora de los Paises Bajos, y la madre del rey de Francia, Luisa de Saboya, se convinieron en no separar de la corona francesa á la Borgoña, dar dos millones de escudos de oro por via de rescate de los príncipes sus hijos, y en que Francisco renunciara sus pretensiones sobre el Flandes y el Artois y reconocería la independencia de Génova, consintiera la restitucion del Milanés á Francisco Sforza, y la de Florencia á Alejandro de Médicis. Esta paz se llamó *Paz de las Damas* (1529).

Pero entre Carlos y Francisco no podia existir otra cosa que una suspension de armas. Siete años después de la paz de Crambrai (1535), invadió el rey de Francia la Italia, con el pretexto de recobrar el ducado de Saboya que heredó de su madre, y castigar al duque de Milan que habia hecho decapitar á un agente francés. Tuvo la fortuna de que por entonces se hallaba Carlos V ocupado en rechazar á Soliman el Magnífico, que habia invadido la Hungria, y que disponiendo de las inmensas fuerzas marítimas de los corsarios berberiscos, amenazaba todos sus Estados. Francisco se apoderó del Milanés, el Piamonte y la Saboya; pero así que Cárlos después de dispersar á los corsarios africanos y haber tomado á Tunez por asalto, dando libertad á treinta mil esclavos cristianos, vino á Italia, el francès se retiró sin dar cara á su rival. Siguióle este hasta poner sitio á Arlés y Marsella, haciendo que otro ejército invadiera la Francia por el Norte. Francisco se hizo aliado del fuerte Soliman, lo que contuvo á Carlos V en sus proyectos y le hizo concluir una tregua de diez años que se firmó en Niza, interviniendo el pontífice Paulo III (1538).

Habiéndose insurreccionado los Gandeses, pidió el emperador al rey un salvo conducto para atravesar la Francia, y lo hizo así sin el menor recelo. Pero estando en París en Enero de 1540, se le exigió la promesa de dar el ducado de Milan á uno de los hijos del rey. Después de haber sujetado á los rebeldes se negó á dar la investidura al Delfin. Con este motivo volvieron á las armas con mayor encono que nunca (1542). Cinco ejércitos franceses se dirigieron á la vez contra España, los Paises Bajos y la Italia. Carlos V, cuya armada habia sufrido un descalabro en las aguas de Argel, temió otra nueva alianza de Francisco con Soliman, y empleó todos sus esfuerzos en ganar á Enrique VIII de Inglaterra. Mientras que los Franceses con el duque de Enghien triunfaban en el Piamonte, y su armada combinada con la de los Turcos bombardeaba á Niza, el ejército imperial entraba en Francia por la Champaña, y Enrique VIII por Calais. Afortunadamente para el país llamaron los luteranos de Alemania la atencion del emperador, y firmó una paz cuyas condiciones dictó con fiereza. Llamóse paz de Crespy (1544). Enrique VIII continuó la guerra y se apoderó de Borgoña, por cuyo rescate exigió una crecida suma

de dinero. No sobrevivió mucho Francisco I á esta paz (1547). Enrique II, su hijo, trató de vengar tantas humillaciones, y consiguió que la Santa Sede con muchos Estados de Italia y príncipes de Alemania que estaban mal con el emperador, cuyo poder temian, se le juntaran. Engañando entonces á sus enemigos, Enrique II se apoderó de Metz, Toul y Verdum, entrando tres ejércitos en los Paises Bajos (1552). Carlos V pasó á ellos con cien mil hombres, y deseando recobrar á Metz, que estaba defendida por el duque de Guisa, esperimentó bastantes pérdidas. El año siguiente perdió la batalla de Renti. Poco después, viendo que la fortuna *no sigue á los viejos*, como él decia, se retiró del mundo, dejando el cetro á Felipe II, su hijo (1556).

LECCION CATORCE

Reinado de Felipe II en España.—Guerra con Francia.—Batalla de San Quintin.—Rebelion de los Moriscos.—D. Juan de Austria.—Batalla de Lepanto.—Incorporacion de Portugal á la corona de España.—La reforma de los Paises Bajos.—Guerras de Flandes hasta la muerte de Felipe II.

(1556—1598)

Cuando Felipe II entró á suceder á su padre Carlos V, se hallaba casado con María Tudor de Inglaterra, y en este concepto podia disponer de los grandes recursos de aquella potencia, haciéndose el príncipe mas temible de Europa. Para contener sus proyectos de engrandecimiento, se ligaron Enrique II de Francia y el pontífice Paulo IV. Mandado á Italia el duque de Guisa con objeto de con-

quistar á Nápoles, se encontró con los Españoles é Ingleses, mandados por el duque de Saboya, en las llanuras de la Picardía, donde bajo los baluartes de San Quintin que tenian sitiado, se dió una gran batalla, en la que perdieron los Franceses diez mil hombres. Tomada luego la plaza por asalto, fué degollada la guarnicion. En memoria de este suceso, mandó Felipe II fundar el magnífico monasterio del Escorial, dedicándole á San Lorenzo (1557). Fué tan grande el terror de la córte de París, que llamó inmediatamente al duque de Guisa, á quien dió el mando de todos los ejércitos. Este gran capitan restableció la confianza, tomando á Calais de los Ingleses y á Thionville de los Imperiales. Mas en Gravelinas, en Flandes, las tropas francesas fueron derrotadas con pérdida de cinco mil hombres. A pesar de tantos desastres, dirigióse otro ejército francés contra el duque de Saboya que se hallaba en las fronteras de la Picardía. Estando preparados unos y otros para una accion decisiva, llegaron enviados del pontífice con proposiciones de paz. Se suspendieron las hostilidades y empezó á tratarse de ella en Chateau-Cambrésis. Se convinieron ambos reyes en restituirse recíprocamente las plazas ocupadas durante la guerra, y para consolidar mas la paz, se estipuló el matrimonio de D. Felipe con D.ª Isabel, hija del rey de Francia, llamada por eso *Princesa de la paz* (1559). No fué esta muy duradera, pues primero con la revuelta de los Paises Bajos, y despues con la de los moriscos de Granada, estuvieron ocupadas las armas españolas. Mandóse á estos con no bastante prudencia que dejaran su modo de vestir y abandonaran varias preocupaciones tradicionales contrarias al cristianismo que habian abrazado mas por aficion al suelo en que nacieron, que por apego que tuvieran á la nueva religion. En 1568 se sublevaron y trataron hacerse independientes en las altas montañas de las Alpujarras, para lo que nombraron por jefe, con el nombre de Aben-Humeya, á un tal D. Fernando del Valor, hombre distinguido entre ellos. Por espacio de dos años largos contrarestaron todo el poder de Felipe II, alentados con la esperanza de ser socorridos por los Turcos. Decayeron de ánimo cuando supieron la gran derrota que sus protectores sufrieron en Lepanto por D. Juan de Austria, hermano natural de Don Felipe (1571). Vencidos al fin, unos fueron vendidos por

esclavos y otros diseminados por diversas provincias de España.

Otro de los grandes acontecimientos de este reinado fué la incorporacion del Portugal á la corona de España. Después de la misteriosa muerte del rey D. Sebastian, y en los últimos momentos del anciano cardenal D. Enrique, se presentaron como herederos tres descendientes de Manuel el Grande, D. Antonio Prior de Ocrato, la duquesa de Braganza y Felipe II, rey de España. Este mandó un ejército con el duque de Alba, y redujo á la impotencia al prior que habia sido proclamado por los Portugueses. Hecho dueño del pais el duque Alba, hizo proclamar á Felipe II, que agregó á su corona no solo este reino, sinó tambien todas las colonias que entonces poseia en las Indias orientales.

Hemos dejado para lo último el tratar de la insurreccion de los Paises Bajos, por la importancia de ser un suceso que dió principio á la precipitada decadencia de la monarquía española.

Como Carlos V. habia nacido y sido educado en Flandes, conservó siempre hácia aquel país buenas simpatías. Por otra parte conocia el carácter tenaz de los Flamencos y nunca pensó en uniformarlos, dejando á cada una de las siete provincias sus hábitos y leyes. Felipe II creyó poder superar con la fuerza de su voluntad las resistencias flamencas. Si atendemos á las ideas dominantes en aquella época, los esfuerzos del rey de España fueron legítimos, en atencion á que todas las naciones en que la llamada reforma habia progresado, se proponian introducirla en Flandes con el objeto de contrariar la preponderancia española, y por consiguiente católica. Después de su salida de Bruselas para España, pensó sériamente Felipe II en establecer en los Paises Bajos la unidad política y religiosa, como único medio de conservarlos en su poder.

En 1559 dejó el gobierno de aquellos Estados á la infanta D.ª Margarita de Austria, su hermana, mujer del duque de Parma, y al cardenal Antonio de Granwell, hombre de una actividad prodigiosa y de grande penetracion. Empezó este á hacer reformas en las instituciones y las costumbres de los Flamencos; siendo la mas esencial la introduccion del tribunal de la Inquisicion. Manifestóse luego una grande oposicion dirigida por el

príncipe Guillermo de Orange, de la casa de Nassau, gobernador de Holanda; el conde de Egmont, general de mucho nombre y gobernador de Artois, y el conde de Horn, hombre de mucho poder. Dirigieron á Madrid fuertes representaciones contra la administracion del cardenal y su influencia en el ánimo de la princesa. Granwell mismo solicitó tambien su separacion de aquel gobierno (1564). Durante tres años la política conciliadora de D.ª Margarita supo contener el rigor de Felipe II y la irritacion de los Flamencos. Pero separada en 1567 fué puesto en su lugar el gran duque de Alba; célebre por sus talentos militares.

Llegado á Bruselas con ocho mil Españoles, se apoderó de las fortalezas y estableció un tribunal para juzgar á los promovedores de revueltas. El conde de Egmont y el de Horn, fueron decapitados por rebeldes. El príncipe de Orange huyó á Alemania con otros muchos complicados, y publicaron un manifiesto de adhesion al protestantísmo (1569). Alentados por la reina Isabel de Inglaterra y los consejos de Coligny, intentaron una expedicion armada. Sufrieron tres derrotas consecutivas, y acaso habrian concluido si los corsarios belgas y holandeses, arrojados de todas las radas, no se hubieran retirado á las playas cenagosas de la Holanda y fortificado en Brille, que hicieron punto de reunion de los insurreccionados (1572). Todos los descontentos con el gobierno del duque de Alba se concentraron en aquel punto y saludaron al príncipe de Orange con el título de *Stathouder* ó capitan general. Cada dia se iba aumentando mas el número de los insurreccionados, á quienes se dió el nombre de *Mendigos*.

La superioridad de la táctica española dirigida por el sobresaliente genio militar del duque de Alba, habria triunfado de ellos, si los enemigos de aquel no hubieran persuadido á Felipe II de que la dureza del gobernador era la causa principal del levantamiento. Llamado á la corte (1573), le sucedió en el mando D. Luis de Requesens, hábil diplomático, que la hizo calmar por un corto tiempo, tratando con los de Gante de una paz, excluyendo del tratado al de Orange.

Muerto Requesens le reemplazó D. Juan de Austria, que fué recibido con entusiasmo; pero la ambicion de Guillermo de Nassau que, á la sombra de las revueltas,

quería hacerse dueño de los Paises Bajos, hizo inútiles los esfuerzos de D. Juan, que después de varias victorias murió (1578). Sucedióle el duque de Parma, Alejandro Farnesio, cuyo genio militar y habilidad diplomática pusieron en peligro á la Holanda.

Poco capaz el príncipe de Orange de oponerse por sí solo al poder de los Españoles, buscó el auxilio del duque de Alenzon, hermano de Enrique III de Francia, al que había hecho conferir la soberanía de aquellos Estados, pero habiendo visto el duque los pocos resultados de su eleccion, se volvió de Bélgica para Francia y renunció todas sus pretensiones. Guillermo entretanto, pudo poner en ejecucion su proyecto de formar una confederacion de los Estados protestantes del Norte. En 1579 reunió en Utrecht á los diputados de Holanda, Zelanda, Utrecht, Gueldres, Groninga, Frisa y Weryssel, y les hizo formar un pacto de union. Tal fué el origen de la *República Holandesa ó de las siete provincias unidas*. Si acaso en la formacion de esta liga se propuso el príncipe de Orange su engrandecimiento personal, no pudo realizarle, porque como jefe de la insurreccion, fué declarado proscripto, y estando en Delft murió de un pistoletazo que le tiró un tal Baltasar Gerad (1584).

Los continuados triunfos del duque de Parma en el Flandes meridional daban poca esperanza de vida á la nueva república cuando Isabel de Inglaterra, que estaba en guerra con Felipe II, se declaró protectora de los insurgentes, y les envió un ejército mandado por el duque de Leicester. Los Holandeses depositaron toda su confianza en Mauricio, hijo segundo de Guillermo de Orange. Por otra parte, hizo que el almirante Drake recorriera haciendo daños por las costas de España, y que varios cruceros ingleses interceptaran las comunicaciones con las colonias. Irritado entonces Felipe II resolvió acabar con la Inglaterra de un solo golpe. Hechó mano de todos los recursos para equipar una escuadra, la mayor que hasta entonces había surcado los mares, compuesta de ciento treinta buques mayores con ocho mil marineros y y veinte mil hombres de desembarque, mandados por el duque de Medina Sidonia. Uniéronse además muchas embarcaciones surtas en las radas de la Bélgica. Tal era la llamada *Armada invencible* que salió de Lisboa el 20 de Mayo de 1588 y fué destruida casi toda en las costas

de Holanda por una furiosa tempestad, y el resto por los Ingleses y Holandeses. Su destruccion consolidó la Confederacion de las siete provincias unidas.

Felipe siguió por algun tiempo haciendo infructuosos esfuerzos para contrarestar á tantos enemigos como tenia, y convencido del estado de penuria en que tantos reveses habian puesto á la España, ajustó la paz con Enrique IV y trasmitió la soberanía de los Paises Bajos al archiduque Alberto, casado con su hija D.ª Isabel. Murió en 1598.

LECCION QUINCE.

Reinado de Felipe III.—Paz con Inglaterra.—Tregua con las provincias unidas.—Expulsion de los moriscos.—Reinado de Felipe IV.—Sublevacion de Cataluña, de Nàpoles, de Portugal.—Paz de los Pirineos.—Reinado de Carlos II —Minoridad turbulenta.—Guerras con Francia.—Muerte de Carlos II.

(1698.—1700.)

A la muerte de Felipe II se encontraba la España sin brazos para la agricultura y arruinados su industria y comercio. Por ejemplo, de mas de mil seiscientos telares de tegidos que de todas clases hubo en Sevilla, estaban reducidos á cuatrocientos, y así en las demás capitales. Aunque monopolizaba el comercio de América, no fabricaba la veintena parte de los productos que esportaba para el Nuevo Mundo en cambio de los metales preciosos; por manera que los tesoros del Perú y Méjico iban á parar realmente á los manufactureros extranjeros. El gobierno, á pesar de sus inmensos recursos, se veia precisado emplear medios vejatorios, como los impuestos ex-

traordinarios, las tasas de los precios de las mercaderías, y alteraciones en el valor de la moneda. El pueblo sufría y callaba, llegando á fuerza de resignacion al estado de apatía que en el reinado de Carlos II se hizo tan notable.

Cuando Felipe III se coronó, tenia veinte años, y con un carácter débil y apático entregó los negocios del Estado á su favorito el duque de Lerma, que era conducido por Don Rodrigo de Calderon, hombre ambicioso y de escasos conocimientos. Al duque de Lerma sucedió en el favor el de Uceda, su hijo. El rey deseaba poner término á la desastrosa guerra de los Paises Bajos; pero los Holandeses, exaltados con las proezas del Stathouder Mauricio, se negaban á todo acomodamiento. Fué pues necesario seguir las hostilidades y hacer causa comun con el archiduque Alberto de Austria, que casándose con la infanta de España, recibió en dote aquellas provincias. La tenacidad de los enemigos redujo á Felipe III á consentir en una tregua de doce años y reconocer provisionalmente la independencia de las provincias unidas, concediéndolas la libertad de comercio en todos los mares (1609).

Otro suceso de monta fué la expulsion de los moriscos hasta en número de un millon de personas, la mayor parte inteligentes y laboriosas. La fé de los musulmanes convertidos al Cristianismo era sospechosa, y sus maquinaciones continuadas infundieron temores mas ó menos ciertos. El 11 de Setiembre de 1609 se les intimó la órden de dejar la península, permitiéndoles conservar lo que pudieran llevar con ellos. Al mismo tiempo se dispusieron embarcaciones para conducirlos al Africa y tropas que los condujeran. Muchos perecieron victimas de la codicia de los conductores que los degollaron para apoderarse del oro y alhajas que, segun la autorizacion que se les habia dado, llevaban. Los demás sucesos de este reinado son inútiles expediciones contra la Irlanda y Argel, y la guerra con el duque de Saboya por la posesion del Monferrato (1621).

Aun fué mas desastroso el reinado de Felipe IV, entregado enteramente al conde-duque de Olivares, cuyos alientos belicosos acabaron de desmoronar la ruinosa monarquía de Carlos V. Al concluirse la tregua con la Holanda, se encontraba la república dividida en dos partidos. El uno, dirigido por el gran pensionario Barneveldt,

aspiraba á consolidar pacíficamente las instituciones republicanas, y el otro á cuya cabeza estaba el príncipe Mauricio, clamaba por la guerra, pues en la paz quedaba como aislado y en la guerra ejercia una verdadera dictadura. A esta disputa política se agregaron contiendas religiosas, que hicieron de Barneveldt un herege que fué condenado á muerte (1629). Libre ya el Stathouder de su rival, preparó una guerra contra la España. Los sucesos por tierra fueron varios, pero los almirantes Tromp y Ruyter dieron golpes decisivos que hicieron á la marina holandesa tan respetable, que en la paz de *Munster* tuvo la España que reconocer sin restriccion alguna la independencia de la Holanda, y garantir la propiedad de todo lo que ocupaba así en Europa como en las Colonias (1648).

Al mismo tiempo sostenia una guerra porfiada con la Francia, cuya máxima política era contrariar á la casa de Austria en todos sus proyectos de engrandecimiento y poder. Desde 1617 hasta 1626, se estuvo disputando la incorporacion de la Valtelina al Milanés á que España aspiraba. De 1628 á 1631, Luis XIII hizo abortar el proyecto de quitar al duque de Nevers los ducados de Mántua y Monferrato. El tratado de Cherasco, que puso término á esta contienda, disminuyó la influencia de los Españoles en Italia, Los socorros dados á los rebeldes de los Paises Bajos en 1635, dieron origen á una lucha sangrienta sostenida en el Flandes y los Pirineos.

Los esfuerzos mal dirigidos de los favoritos para conservar á la casa de Austria la dominacion que se la iba de entre las manos, hicieron odioso su gobierno, y los pueblos sometidos á ella rompieron el yugo que les sujetaba. El Portugal recobró su independencia (1640). En Sicilia hubo alzamientos y estuvo en poco que el pescador Mazaniello no arrebatara á Nápoles (1647).

La insurreccion de Cataluña (1641) tuvo funestas consecuencias. Oprimidos los Catalanes, como las demás provincias de la España, con las contribuciones que para continuar las desastrosas guerras en que la córte inconsideradamente entraba, vieron violados sus privilegios, y alzándose en masa degollaron á todos los oficiales del rey y llamaron á los Franceses. Estos ocuparon varias ciudades hasta que D. Juan de Austria, hijo natural del rey, les arrojó de Barcelona en 1652; después de haber

sosegado la revuelta de Nápoles en la que hizo prisionero al duque de Guisa. En 1659 se abrieron las conferencias para la paz entre el ministro D. Luis de Haro, sucesor del arrogante conde duque de Olivares, y el cardenal Mazarino. El matrimonio de Luis XIV con Ana de Austria, estipulado en ellas, formó la base de la llamada *Paz de los Pirineos.*

Carlos II, heredero de Felipe IV (1665), apenas tenia cuatro años. La nacion deseaba que la regencia se confiara á D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, que por sus buenos servicios y valor recordaba al vencedor de Lepanto. Pero la reina madre, aconsejada del jesuita Nithard, su confesor, se opuso á ello y fué nombrada ella con seis consejeros y su ministro el conde de Oropesa. Mas adelante el recelo de una revolucion la obligó á separar al consejero Nithard y nombrar virey de Aragon y Cataluña á D. Juan. Declarado el rey mayor de edad, separó de su lado á un tal Valenzuela, que el jesuita habia dejado recomendado á la reina madre, desterró á esta á Toledo, y llamó á D. Juan para ocupar el ministerio.

Los pueblos con estas medidas previeron dias mas lisonjeros, pero la muerte prematura de su ídolo frustró todas sus esperanzas. En lo sucesivo el reinado de Cárlos II fué un desconcertado sistema de gobierno que redujo á la España al último grado de desmoralizacion y miseria.

El estado del rey cada dia era mas lastimoso, pues á su espíritu limitado y débil unia una supersticion ridícula, de que se valieron los que le rodeaban para llevar adelante sus proyectos. Como no tenia herederos directos, toda la Europa pensó en sucederle, y Madrid se convirtió en un semillero de intrigas. Cediendo el pusilánime monarca unas veces á las influencias de unos, y otras á las de otros, hizo y deshizo muchas veces su testamento, disponiendo de la monarquía sucesivamente en favor del elector de Baviera, del archiduque Cárlos, y por último de Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV y sobrino suyo por su abuela María Teresa de Austria. Cuando murió estaban tomadas todas las medidas para la proclamacion del duque de Anjou (1700). Pero la Europa no podia mirar con indiferencia la elevacion de la casa de de Borbon, y empezó la desastrosa guerra conocida con el nombre de *Guerra de sucesion.*

LECCION DIEZ Y SEIS.

Advenimiento de la casa de Borbon al trono de España.—Felipe V.—Guerra de sucesion.

(1700—1746.)

Muerto D. Cárlos II, el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, gobernador del reino, con la reina viuda y una junta especial, enviaron mensageros á Luis XIV, y el marqués de Castel-Rius pasó de embajador á Francia á prestar la obediencia al nuevo rey D. Felipe V, nieto de aquel, proclamado en Madrid el 24 de Noviembre de 1700, y sucesivamente en toda España, fué reconocido por todas las potencias de Europa, excepto el emperador Leopoldo, que creyéndose de mejor derecho, procuró ganar á la Inglaterra. Luego que D. Felipe llegó á Madrid, y jurado por el reino se hizo cargo de los negocios, dió principio á los preparativos de defensa en Italia. Luis, su abuelo, lo habia hecho ya en los estados de Flandes, y además tenia negociadas alianzas en Italia, muy particularmente con el duque de Saboya, Victor Amadeo II, á quien pidió la mano de su hija segunda Maria Luisa Gabriela, para su nieto D. Felipe. Salió este á recibirla, y llevarla á Barcelona, donde celebraron córtes. Las armas del archiduque Cárlos adelantaban en el Estado de Milán, por lo cual resolvió Don Felipe pasar allá al frente de sus tropas, embarcándose en Abril de 1702, y llegando á Milán, donde encontró al duque de Vendome, con el ejército que mandaba se dispuso para ir en busca del enemigo. De poca duracion fué esta campaña, pues en Noviembre de 1703 ya se hallaba de vuelta en Madrid después de haber ganado va-

rias acciones á los imperiales, y celebrado las córtes de Zaragoza.

No eran solos los derechos que la causa de Austria podia alegar al trono de España la causa de la liga que se formó para arrojar de él á D. Felipe. Otras concurrieron de mayor importancia para las naciones que entraron en ella. A Guillermo III de Inglaterra le interesaba unirse al emperador Leopoldo, porque la Francia tenia en su seno la sucesion legítima de Inglaterra, destituida por ser católica, y unida á la España podian restablecerla en su trono. A la Holanda la movieron iguales intereses. Estos recelos llegaron á ser una realidad, cuando muerto Guillermo, subió al trono de Inglaterra Ana Estuardo, por solo ser protestante. Formada la liga, comenzó la guerra simultáneamente en la Italia y la península.

A la declaracion de guerra siguió inmediatamente una invasion de las tropas imperiales, mandadas por el príncipe Eugenio, en las provincias españolas de Italia. En un principio sufrió muchos descalabros el ejército combinado español y francés en la Lombardía. Por fortuna el inepto general Villeroy, que le mandaba, se dejó coger en Cremona, y le reemplazó Vendome, cuyos gloriosos hechos de armas cubrieron de vergüenza á su predecesor. La Italia meridional permaneció sumisa. Pues Felipe V, que fué á ponerse al frente de las tropas, con su capacidad y valor supo atraerse á los Napolitanos (1702).

En la península por el mismo tiempo llegó á peligrar el trono. La escuadra inglesa y holandesa que cruzaba delante de Cádiz, apresó la flota que venia de América, desembarcó gente en varios puntos de la costa, y sorprendió á Gibraltar con un golpe de mano. El archiduque Cárlos que creia ganada ya su causa, hizo su desembarco en Lisboa, conducido por los Ingleses y auxiliado de los Portugueses, y proclamándose con el título de Cárlos III penetró en España. El duque de Berwick que mandaba un ejército francés, fué en su persecucion y le obligó á reembarcarse. Desembarcó otra vez en Valencia, y habiendo sublevado á Aragon y Cataluña, tuvieron que dividirse las tropas combinadas (1706). Unidos los Portugueses con los Ingleses y Holandeses, recobraron la superioridad, y llevaron al archiduque hasta Madrid.

Los partidarios de la casa de Borbon llegaron á desesperar del buen éxito de su causa, y se dice que trataron de trasladar á Méjico el gobierno de España. Felipe V desechó tan vergonzosa proposicion, y desplegó tanta firmeza que acabó de cautivar el ánimo de los Castellanos. Después de haber recobrado muchas ciudades y obrado con prudencia, volvió á entrar en Madrid en medio del entusiasmo de la poblacion (1707). Llegóse por fin á una accion decisiva en las llanuras de Almansa. La lucha fué porfiada y sangrienta, perdiendo en ella el ejército enemigo, mandado por Lord Gallowai, diez y ocho mil hombres con toda la artillería y bagajes. En esta ocasion manifestó sus grandes conocimientos militares el mariscal duque de Berwik. Después de conseguida la victoria, se dividieron las tropas de Felipe V en diferentes cuerpos, que redujeron á muchas ciudades que estaban indecisas. Pero los desastres del año siguiente (1709) cambiaron el aspecto de las cosas. Reducido Luis XIV al último extremo, tuvo que sacar las tropas de España, y Felipe V se vió obligado á huir de su rival, que volvió á entrar en Madrid acompañado de Staremberg. Ya que Luis XIV pudo disponer de algunas fuerzas para auxiliar á su nieto, vino con ellas el mariscal de Noailles, y el duque de Vendome tomó el mando todas las tropas reales. Los Catalanes se acobardaron con la toma de Gerona por Noailles, y Vendome, después de haber arrojado de Madrid al archiduque y á Staremberg, y haber dividido con arriesgada marcha á los dos cuerpos del ejército enemigo, cayó sobre los Ingleses, á quienes obligó á rendirse á discrecion con su general Stanhope en Brihuega, y el dia siguiente destruyó al ejército aleman en Villaviciosa (1710). Perseguido con actividad el archiduque y sin tener ya mas plazas que Tarragona y Barcelona, supo que habia muerto el emperador José I, su hermano (1711). Este acontecimiento inesperado modificó la conducta europea. Las potencias que habian tomado las armas para impedir la reunion eventual de las coronas de España y Francia, no querian volver á reconstituir el gigantesco Imperio de Cárlos V, reuniendo otra vez todos los antiguos dominios de la casa de Austria. Felipe V amaba á los Españoles porque ellos le amaban hasta derramar su sangre para colocarle en el trono, y no dudó en renunciar todos los derechos

que como á príncipe francés pudieran sobrevenirle en lo sucesivo. Esta renuncia produjo la paz de Utrech y de Rastadt. La sumision de Barcelona y de las Islas Baleares afirmaron á Felipe V en el trono, y con él empezó la dinastía reinante de los Borbones.

Asegurado ya en su monarquía D. Felipe, tuvo la desgracia de perder á su esposa en 1714, de resultas del parto en que dió á luz al infante D. Fernando. Luis XIV viéndole tan jóven todavía, pues no pasaba de treinta y dos años, le propuso el enlace con la princesa Isabel Farnesio, hija del difunto duque de Parma, y próxima heredera de la Toscana. Dícese que cooperaron á este matrimonio la princesa de los Ursinos, que vino de camarera mayor de la reina difunta, y Alberoni, que estaba encargado de los negocios de Parma. El cardenal Aquaviva que estaba en Roma, fué el encargado de concluir los tratados. Dícese tambien que en su venida á España por Francia, salió á recibirla la reina viuda de Cárlos II, su tia, hasta San Juan de Pié de Puerto, donde la dió cuenta del carácter y genio altivo de la princesa de los Ursinos, y que Alberoni lo hizo tambien en Pamplona. El rey esperaba en Guadalajara, y mandó á la princesa que se adelantara á Jadraque para cumplimentar á la parmesana. Así que la reina supo su llegada, mandó que la sacaran fuera del reino, y no quiso verla. Alberoni fué á comunicárselo al rey de parte de la reina, y su mandato se ejecutó sin demora.

El emperador continuaba siempre resistiendo la paz con España, cuyo trono ambicionaba, y el duque de Saboya seguia tambien faltando á los pactos con que el rey Don Felipe le cedió la Sicilia. Aconsejado del ya cardenal Alberoni, dispuso una expedicion contra ella y la Cerdeña. Esta cayó luego en poder de los Españoles, y tratándose de la conquista de Sicilia, formóse una liga del imperio, la Francia y la Inglaterra para impedirla. En lo mas activo de esta lucha, cometióse la falta de querer auxiliar al pretendiente de Inglaterra á recobrar el trono de donde habia sido excluido, llevándole á Escocia una escuadra española. Esto hizo que los Ingleses destruyeran parte de la escuadra; que los Alemanes favorecieran la Sicilia, y que los Franceses entraran por Vizcaya y Navarra causando grandes daños. Por el mismo tiempo pretendia D. Felipe la regencia de Luis XV que estaba ejérciendo

el duque de Orleans, poco afecto á España, fundándose en su mejor parentesco y en el disgusto de la mayoria del pueblo francés que no veia con satisfaccion los desaciertos del duque regente. Ya queda dicho cómo las potencias extranjeras atribuian al cardenal Alberoni todas estas guerras, y como por fin llegó á ajustarse la paz, y fué separado el cardenal.

Zanjadas todas las cuestiones exteriores se dedicó D. Felipe á ordenar el gobierno interior del reino. En 1724, resentida su salud, y fatigado de tanto como habia hecho para asegurarse en el trono y arreglar el Estado, se retiró al Sitio de San Ildefonso, que de ante mano tenia preparado, después de haber renunciado la corona en Luis I, su hijo primogénito, que solo la poseyó diez meses. Muerto él tuvo su padre que acceder al voto nacional y encargarse de los negocios. En este segundo período se ocupó en reparar los daños que la guerra de sucesion habia producido, é intentó reconquistar á Gibraltar, pero en vano. No sucedió así con Orán, que se rindió al duque de Montemar con solo un dia de asedio (1732). A la muerte del emperador de Alemania procuró Felipe recobrar la Lombardía, proyecto que tuvo que abandonar luego. Siendo ya de edad avanzada murió en 1746, dejando por sucesor á su hijo Fernando el VI. Cuando este príncipe subió al trono, continuaba la guerra con el Austria, pero amigo de la paz hizo cuanto pudo para que sin desdoro de su corona se ajustara la de Aquisgran. Auxiliado después de su ministro, el marqués de la Ensenada se dedicó á reparar los males que afligian á la monarquía. Rebajó los impuestos, fomentó la marina y el comercio y construyó caminos, entre los que es notable el abierto en Guadarrama, que puso en comunicacion á las dos Castillas. Las artes le son deudoras de la Academia de San Fernando, y las ciencias del Jardin Botánico. Murió en 1759.

Sucedióle su hermano Carlos III, que para venir á España renunció en su hijo Fernando los Estados de Nápoles, donde reinaba. En virtud del llamado *Pacto de familia* se unió con la Francia en la guerra contra los Ingleses. El Portugal estaba en favor de estos, por lo que mandando D. Cárlos un ejército con el marqués de Sarria, por diversos puntos entró luego y se apoderó de la provincia de Trasos-Montes. Tuvo que retirarse á Cas-

tilla por haberse apoderado los Portugueses de Valencia de Alcántara, donde estaban los acopios. Los ingleses se posesionaron de Cuba y de Manila, pero perdieron la escuadra que dirigieron contra Buenos-Aires. Entabladas negociaciones para la paz, se ajustó el tratado de Fontainebleau (1762), por el que se restituyeron mútuamente los contratantes lo cogido en la guerra.

Siguiéronse algunos años de quietud, en los que solo fué momentáneamente turbada en la corte por haber subido el precio del pan y haberse prohibido el uso de sombreros gachos y las capas negras. Dirigido el pueblo contra el ministro Esquilache, lo hubiera este pasado mal si el conde de Aranda, que ejercia grande influencia, no hubiese restablecido el órden (1766).

En el siguiente año de 1767 mandó espulsar de todos sus dominios á los religiosos de la Compañía de Jesus.

Seducido con la esperanza de reconquistar á Gibraltar y las colonias, hizo causa comun con la Francia en la guerra de la independencia americana. Recobráronse en efecto Menorca y la Florida occidental, pero el ataque contra Gibraltar fué inútil. La defensa que hicieron los Ingleses fué heróica. El almirante Rodney dispersó la escuadra española para proveer á la plaza. Los sitiados consiguieron incendiar las baterías flotantes de que los sitiadores hacian uso. En la paz de Versailles, que terminó las diferencias, recobró la España definitivamente la Florida y Menorca. Los condes de Aranda y Florida Blanca, con el célebre Campomanes, tomaron á su cargo la regeneracion española bajo un reinado tan glorioso é ilustrado. Todos los ramos de la administracion pública recibieron mejoras. Se reorganizó la milicia, se establecieron colonias en terrenos incultos, se abrieron canales de trasporte y riego, el comercio y la industria recibieron grandes impulsos, y la legislacion tomó otro carácter mas humanitario.

LECCION DIEZ Y SIETE.

Historia de España durante la revolucion francesa.—Guerra de la independencia hasta su conclusion y vuelta de Fernando VII.

(1788—1814.)

Carlos IV empezó á reinar en tiempos bastante azarosos. Habia empezado la revolucion francesa, que después de llevar al cadalso á Luis XVI, amenazaba trastornar la paz y el órden en toda la Europa. La España interpuso por conducto de su embajador en París y notas pasadas á la convencion nacional, todo su influjo en favor de aquel desventurado monarca, pero fué desatendida. Cuando todas las potencias se armaron, la España lo hizo tambien, aunque mientras estuvieron al frente de los negocios los condes de Aranda y Florida Blanca, solo se dirigió el armamento á una prudente precaucion. Pero elevado al poder Godoy, que de simple guardia de corps habia ascendido á capitan general, duque de Alcudia y grande de España, aconsejó al rey la invasion en Francia. En un principio obtuvieron algunas ventajas las tropas españolas, pero al cabo de tres años fueron batidas de los Franceses, que se apoderaron de parte de las provincias Vascongadas, y el fuerte de Figueras, en Cataluña. El tratado ajustado con la Francia tuvo por resultado perder la isla de Santo Domingo, darla veintiocho millones de pesos fuertes y contribuirla con diez y seis mil hombres de infantería, ocho mil de caballería y quince navios de guerra (1796).

Consecuencia de tratado tan humillante fué la guerra con Inglaterra, que derrotó la armada española junto al cabo de San Vicente: bombardeó á Cádiz y arrebató las islas de Menorca y la Trinidad. Mas cuando acometieron

á Puerto-Rico perdieron dos mil hombres con la artillería, víveres y municiones. Después fueron tambien batidos en Galica, á donde habian desembarcado. Volvió á encenderse la guerra entre Francia é Inglaterra en 1803. Esta quiso hacer que la España tomara parte en ella, y no habiéndolo conseguido, apresó cuatro fragatas españolas que venian de América cargadas de oro. Este insulto dió motivo á que aprestase una escuadra, que unida con otra francesa, fueron derrotadas junto al cabo de Trafalgar, muriendo en aquella accion el comandante Gravina (1805).

Napoleon, bajo el pretexto de formar un bloqueo contra la Inglaterra y en favor de los intereses de España celebró con el rey un tratado secreto con el fin de destronar al de Portugal y formar tres reinos; uno para el príncipe del Brasil, otro para la reina viuda de Etruria y el otro para el príncipe de la Paz. Para llevar á efecto este plan entraria en España un ejército francés de treinta y seis mil hombres, y si no era suficiente este, otro de cuarenta mil. Unido al ejército francés invadió á Portugal otro español. Entraron en Lisboa, á la que habia desamparado la familia real que se embarcó para el Brasil.

Por el mismo tiempo traian ocupada á la córte de España los asuntos del Escorial, en los que jugaba muy principalmente el favorito Godoy. Napoleon, vendiéndose por amigo y aliado del príncipe reinante, á quien se figuraba querer destronar su hijo, hizo que numerosas fuerzas pasaran los Pirineos y ocuparan á Pamplona, Barcelona, Monjuich, Figueras, San Sebastian y Madrid.

Los Españoles se penetraron luego de la traicion, y la córte empezó á recelar de la amistad de Napoleon, por lo que intentó embarcarse para América. Llegó á oidos del pueblo este proyecto, y amotinándose en Aranjuez acometió á la casa de Godoy, á quien suponian autor de todos sus males. El favorito pudo huir del primer ímpetu, pero encontrado después oculto entre unas esteras hubiera perecido si el príncipe de Asturias, D. Fernando, no le hubiese libertado mandando prenderle. Cárlos IV, viendo que la sublevacion tomaba un aspecto imponente, renunció la corona en su hijo Fernando VII, que subió al trono rodeado del mayor entusiasmo popular (1808).

Habiéndose comunicado su ensalzamiento á Napoleon,

no quiso reconocerle hasta cerciorarse de la libertad con que Carlos IV habia abdicado. Propúsole conferencias, y de punto en punto llegó á Bayona en donde ya no fué dueño de regresar. Godoy fué puesto en libertad á instancias de Murat, y trasladado á Francia para donde habian salido tambien Carlos IV y la familia real. En Bayona se obligó á Fernando á restituir la corona á su padre, quien la cedió á Napoleon, y este á su hermano José, que después vino á Madrid.

El dia 2 de Mayo era el señalado para que los infantes D. Antonio y D. Francisco se pusieran en camino para reunirse á la demás familia real. El pueblo madrileño se agolpó hacia palacio aun antes de amanecer, y se opuso á la salida de los infantes. Los Franceses le ametrallaron y acuchillaron con ferocidad inaudita. A prevencion se habia encerrado á las tropas españolas en sus cuarteles sin permitirlas salir á auxiliar al pueblo, que sin armas y solo movido de su amor á la familia real y á la independencia nacional, se estaba batiendo con los Franceses. Por fin consiguieron las autoridades apaciguarle; pero el sanguinario Murat mandó fusilar á mas de ciento cuarenta personas impunemente.

En muy corto tiempo resonó por todo el ámbito de la península el grito de independencia que los madrileños dieron, y tomaron las armas cuantos podian llevarlas. Se instalaron juntas en todas las provincias, y cada una organizó las tropas que pudo. Despues se formó una junta central que empezó á tratar con la Inglaterra, de quien se recibieron armas y subsidios. En Junio del mismo año ya se dieron las dos acciones de Cabezon de la Sal y Rioseco, en que los Españoles fueron vencidos.

Pero los generales Castaños y Lapeña, con las tropas que mandaban, vencieron á los Franceses en los campos de Bailen, matándoles tres mil hombres y cogiendo diez y ocho mil prisioneros. A esta victoria sucedieron otras que obligaron á José Bonaparte á salir de Madrid. Rechazados tambien en Valencia, y habiendo tenido que abandonar el sitio que habian puesto á Zaragoza, se replegaron al otro lado del Ebro.

Napoleon, que veia dilatarse la campaña de España mas de lo que habia creido, vino al frente de un ejército de veteranos, compuesto de ciento veinte mil infantes y veinte mil caballos, mandados por los mas acreditados

mariscales de su Imperio. Cerca de Espinosa de los Monteros fué batido el general Blake y hubiera perecido todo el cuerpo de ejército que mandaba, si no fuera por las tropas que desde las orillas del Báltico habian llegado á defender su pátria. Un crecido ejército francés al mando del mariscal Soult, se dirigió á Galicia donde estaban los Ingleses, que se vieron obligados á reembarcarse en la Coruña. Otro, al mando de Lefevre, pasó á poner sitio á Zaragoza que estaba defendida por el esforzado Palafox. Napoleon con el resto de las fuerzas llegó á Madrid (1809).

Entre tanto supo que las potencias del Norte habian formado otra coalicion, y dejando á su hermano José en Madrid, regresó á Francia. Las armas españolas fueron afortunadas en Tarancon, Alcañiz, Tamames y Talavera, pero desgraciadas en Velez, Molins de Rey, Alba de Tormes y Ocaña. Los Franceses se apoderaron de Jaca y de Gerona que sufrió un horroroso sitio y se rindió bajo una honrosa capitulacion al general Augereau. Por entonces empezaron á formarse las partidas de guerrilleros que tanto terror llegaron á infundir á los Franceses.

Despues de dejar fuertes guarniciones en los puntos que iban ocupando, pasaron los enemigos á las Andalucías y llegaron hasta Sevilla, Cádiz y la Isla de Leon, plazas en que no pudieron entrar. Los que se dirigieron á Portugal sitiaron á Ciudad-Rodrigo, cuya plaza se rindió despues de haber sufrido varios asaltos. En Cataluña se apoderaron de Lérida y Mequinenza (1810).

El ejército que habia pasado á Portugal, sufrió crecidas pérdidas que le pusieron en el caso de pedir refuerzos al mariscal Soult, que creyó conveniente tomar antes á Olivenza, Badajoz y Campo Mayor. Como en Andalucía se habia formado un ejército de doce mil hombres Ingleses y Españoles, se dirigió Soult hácia aquella parte, y encontrándose con ellos sufrió algunos descalabros, dejando en el cerro del Pico dos mil muertos y cuatrocientos prisioneros. La batalla que mas contribuyó á reanimar el valor español fué la de la Albuera, ganada por el general Beresford contra Soult, que iba á socorrer á Badajoz que los Españoles tenian sitiada (1811).

Al empezar la campaña de 1812, el ejército francés se encontraba muy disminuido y escaso de recursos, y

Napoleon, en guerra con toda la Europa, tampoco podia prestarle grandes auxilios. Por el contrario, la España, auxiliada de los Ingleses y con tropas ya aguerridas, pudo ir acosando á los enemigos por Extremadura, Andalucía, Murcia y Astúrias, hasta obligarlos á desocuparlas. El ejército anglo-español, al mando de lord Wellington, consiguió contra el mariscal Marmont, en los Arapiles, una gloriosa victoria en que perdieron los Franceses quince mil hombres y veintisiete piezas de Artillería.

José, que desde un principio se habia persuadido de que el trono español no podia ser usurpado, así que tuvo noticia de tan señalada derrota, emprendió la retirada para Valencia. En seguida entraron los Ingleses en Madrid, y el ejército francés, estrechado por todas partes, se trasladó al Ebro. La batalla de Vitoria (1813), ganada por el ejército aliado á las órdenes de Wellington, decidió la suerte de la guerra. A consecuencia de tan importante batalla fueron evacuados Aragon y Valencia. Volvió el mariscal Soult con nuevas fuerzas, pero fué rechazado y vencido por las españolas y aliadas. No satisfecho el ejército español con haber arrojado de la península á los enemigos, penetró en Francia y derrotó en Orthez á Soult, quitándole siete mil hombres, y despues hizo lo mismo en Aix, Tarbes y Tolosa. Por este tiempo (1814) entraron en París los ejércitos de las potencias coaligadas del Norte, y reconocido Luís XVIII por rey de Francia, quedó Fernando VII en libertad, y llegó á España el 22 de Marzo de 1814.

Cuando en Abril de 1808 salió el nuevo monarca á recibir al emperador de los Franceses, y de punto en punto fué conducido por engaños de Savary hasta Bayona, dejó en Madrid una junta de gobierno presidida por el infante D. Antonio. Las exigencias y altivez de Murat en las diferentes ocasiones en que tuvo que dirigirse á ella, la hicieron sospechar que su existencia era precaria, por lo que el infante presidente nombró otra para el caso en que la actual quedase inhabilitada. No eran tales recelos ilusorios, pues se vió luego que se obligó al infante á salir para Bayona. Ya se ha visto lo ocurrido el 2 de Mayo al tiempo de emprender el viaje, y cómo despues de levantada en masa la nacion se instalaron diferentes juntas provinciales, y se formó una central que diera impulso y direccion uniforme al alza-

miento. Instalada en Aranjuez, empezó sus trabajos poniéndose en comunicacion con el gabinete de Londres, y tomando las medidas convenientes á salvar la pátria.

Al aproximarse las tropas enemigas á Madrid, se trasladó con los tribunales superiores á Sevilla, donde continuó recibiendo la sumision de todas las demás provincias. En 28 de Octubre de 1809 ordenó la convocacion de cortes, y con motivo de haberse internado los Franceses en Andalucía, dejó á Sevilla y pasó á la Isla de Leon, que ofrecia mas seguridad. Estando ya en aquel punto, y temiendo que su autoridad no fuera generalmente respetada, la resignó en 29 de Enero de 1810 en un Consejo de regencia que fué reconocido por toda la nacion. El 24 de Setiembre se instalaron en Cádiz las Córtes generales y extraordinarias que proclamaron solemnemente á Fernando VII rey de España, anulando todo lo actuado en Bayona. En 1.° de Enero de 1811 declararon tambien nulo cuanto el rey Fernando hiciera en Francia estando cautivo, y declararon que no depondrian las armas ni escucharian proposicion alguna hasta que las tropas invasoras evacuasen la península. En seguida se ocuparon en formar la Constitucion, que fué promulgada en 1812. En Setiembre de 1813 cesaron en sus funciones las Córtes extraordinarias, y en Octubre del mismo año se abrieron las sesiones de las ordinarias en Cádiz. Desde allí se trasladaron á la Isla de Leon, y últimamente á Madrid en 1814, donde fueron disueltas cuando el rey regresó de Francia.

FIN.

ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA.

Páginas.

Advertencia. v
Nociones generales. 1
Historia antigua.—Leccion primera.—Preliminares. . . 3
Leccion segunda.—Grandes monarquías en el Asia.
§ I.—Primer Imperio Asirio. 4
II.—Segundo Imperio. 5
III.—Gobierno y religion de los Asirios. 6
Leccion tercera.—La Media y la Persia hasta Ciro.
§ I.—La Media. 7
II.—La Persia. 8
Leccion cuarta.—La Fenicia. 9
Leccion quinta.—La Lidia hasta Creso. 11
Leccion sesta.—La Media y la Persia, hasta las guerras con los Griegos. 12
Leccion sétima.—Estados del Africa.
§ I.—Egipto hasta su conquista con los Persas. . . . 14
II.—La Etiopía, Lybia, Africa propia, Numidia y la Mauritania. 17
Leccion ocho.—Estados en Europa.
§ I.—De la Grecia en general. 18
II.—Historia de Atenas. 20
III.—Historia de Lacedemonia. 23
IV.—Guerras de los Griegos con los Persas. . . . 24
Leccion nueve.—Guerra del Peloponeso.
§ I.—Rivalidad de Atenas y Lacedemonia. 27
II.—Restablecimiento de la primera por Trasibulo. 30
III.—Macedonia. 32
Leccion diez.—La Persia y la Grecia desde Artagerges Mnenmon hasta Dario Noto. 34
§ II.—Guerras de Alejandro el Magno con los Persas: Su reinado. 35
Leccion once.—Sucesores de Alejandro.
§ I.—Discordias y guerras entre sus generales. . . . 38
II.—Monarquía de Macedonia. 40
III.—Grecia: ligas Aquea y Etolia. 43
Leccion doce.—Historia de Egipto. 45
Leccion trece.—Monarquía Siria. 47
Leccion catorce.—Reinos de segundo órden en el Asia.
§ I.—La Partia y la Bactriana. 49
II.—Reinos de Pergamo, Bitinia, Ponto, Paflagonia, Capadocia, Armenia y Judea. 50
Leccion quince.—Historia de Roma.—Preliminares acerca

Páginas.

de la Italia hasta la fundacion de Roma.. . . . 56
Leccion diez seis.—Fundacion de Roma: monarquía. 57
Leccion diez y siete.—Establecimiento de la República. 60
Leccion diez y ocho.—Conquistas de los Romanos fuera de Italia.
§ I.—Primera guerra púnica. 67
II.—Segunda guerra púnica. 69
III.—Tercera guerra púnica. 71
IV.—Guerras en la Galia Trasalpina: contra los Esclavos: contra Yugurta: con los Cimbros.. . . . 72
Leccion diez y nueve.—Guerras civiles de Roma.
§ I.—Tribunado de los Graccos. 75
II.—Guerra social. 77
III.—Dictadura de Sila.. 79
IV. Guerras de los gladiadores: de los piratas.. . . 81
V.—Conjuracion de Catilina. 82
Leccion veinte.—Primer triumvirato. 83
§ II.—Guerra civil de César y Pompeyo. 85
III.—Dictadura de César: su muerte. 88
IV.—Segundo triumvirato.—Guerra de Octavio y Marco Antonio. . . . . id.
Leccion veinte y una.—Roma imperial.
§ I.—Los Césares. 93
II.—Emperadores Flavios y Antoninos. 96
III.—Emperadores usurpadores. 100
IV.—El Imperio desde Constantino el Grande, hasta Honorio y Arcadio. 107
V.—El Imperio romano desde su division, hasta su destruccion en Occidente. 110
Leccion veinte y dos.—Historia del cristianismo en el período de la Edad antigua. 114
§ I.—En el Asia. 115
II.—En el Africa. 121
III.—En Europa. 123
Leccion veinte y tres.—Historia de la Edad media.—La Italia hasta Carlo-Magno. 129
Leccion veinte y cuatro.—La Francia hasta Carlo-Magno. 134
Leccion veinte y cinco.—La Bretaña hasta Alfredo el Grande. 140
Leccion veinte y seis.—El Imperio de Oriente, hasta la invasion de los sarracenos. 144
Leccion veinte y siete.—El Mahometismo.—Califado en Damasco.—Fundacion de Bagdad: grandeza de sus califas. 148
Leccion veinte y ocho.—Estados del Norte de Europa.
§ I.—Rusia. 152
II.—Suecia, Noruega y Dinamarca. 155
III.—Polonia, Bohemia y Hungría. 156
Leccion veinte y nueve.—Francia desde Carlo-Magno

Páginas.

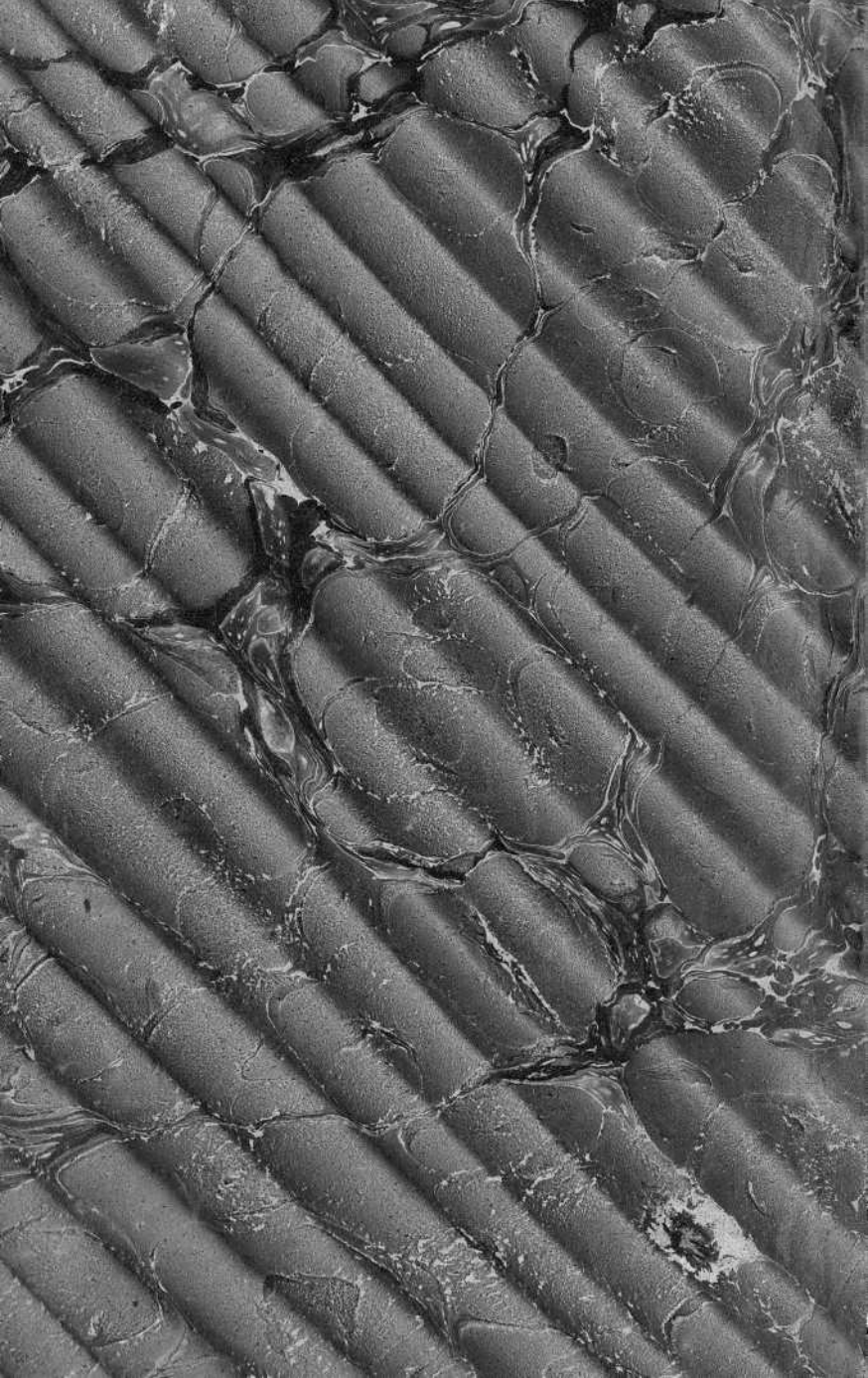
hasta las Cruzadas. 160
§ II.—Dinastía de los Capetos. 164
Leccion treinta.—Inglaterra desde Alfredo el Grande hasta las Cruzadas 166
Leccion treinta y una.—Alemania desde la deposicion de Carlos el Craso hasta las cruzadas: Italia en el mismo período. . . . . .
§ I.—Alemania. 169
II.—Italia. 173
Leccion treinta y dos.—El Imperio de Oriente desde Nicéforo I hasta las cruzadas. 176
Leccion treinta y tres.—Historia de las cruzadas. . . . 180
§ II.—Resultados generales de las cruzadas en el Occidente 184
Leccion treinta y cuatro.—La Italia desde la terminacion de las cruzadas, hasta la conclusion de la Edad media. 186
Leccion treinta y cinco.—Alemania desde la muerte de Federico II hasta la conclusion de la Edad media. 189
Leccion treinta y seis.—Francia desde Felipe I hasta la conclusion de la Edad media. 192
Leccion treinta y siete.—Inglaterra desde el fin de las cruzadas hasta la conclusion de la Edad media. . . . 202
Leccion treinta y ocho.—El Imperio Griego desde las cruzadas hasta la pérdida de Constantinopla. . . 208
Leccion treinta y nueve.—El Cristianismo y la Iglesia durante la Edad media. 210
Leccion cuarenta.—Historia moderna.—Pueblos del Norte de Europa desde la conclusion de la Edad media hasta fines del siglo XVIII. . . . . .
§ I.—Rusia. 229
Leccion cuarenta y una.—Polonia. 237
Leccion cuarenta y dos.—Suecia. 242
Leccion cuarenta y tres.—Dinamarca. 249
Leccion cuarenta y cuatro.—Hungría y Bohemia. . . . 251
Leccion cuarenta y cinco.—Imperio de Oriente. . . . 253
Leccion cuarenta y seis.—Alemania. 256
§ II.—La Suiza. 258
III.—El protestantismo. 259
Leccion cuarenta y siete.—Inglaterra. 270
Leccion cuarenta y ocho.—Francia. 280
§ I.—Guerras religiosas. 286
II.—Luis XIII y Richelieu. 290
Leccion cuarenta y nueve.—Francia desde Luis XVI. . . 299
§ I.—Su reinado.—Principia la revolucion. 299
II.—Gobierno republicano. 301
III.—Establecimiento del Imperio. 303
Leccion cincuenta.—El Cristianismo y la Iglesia en los tres últimos siglos. 306

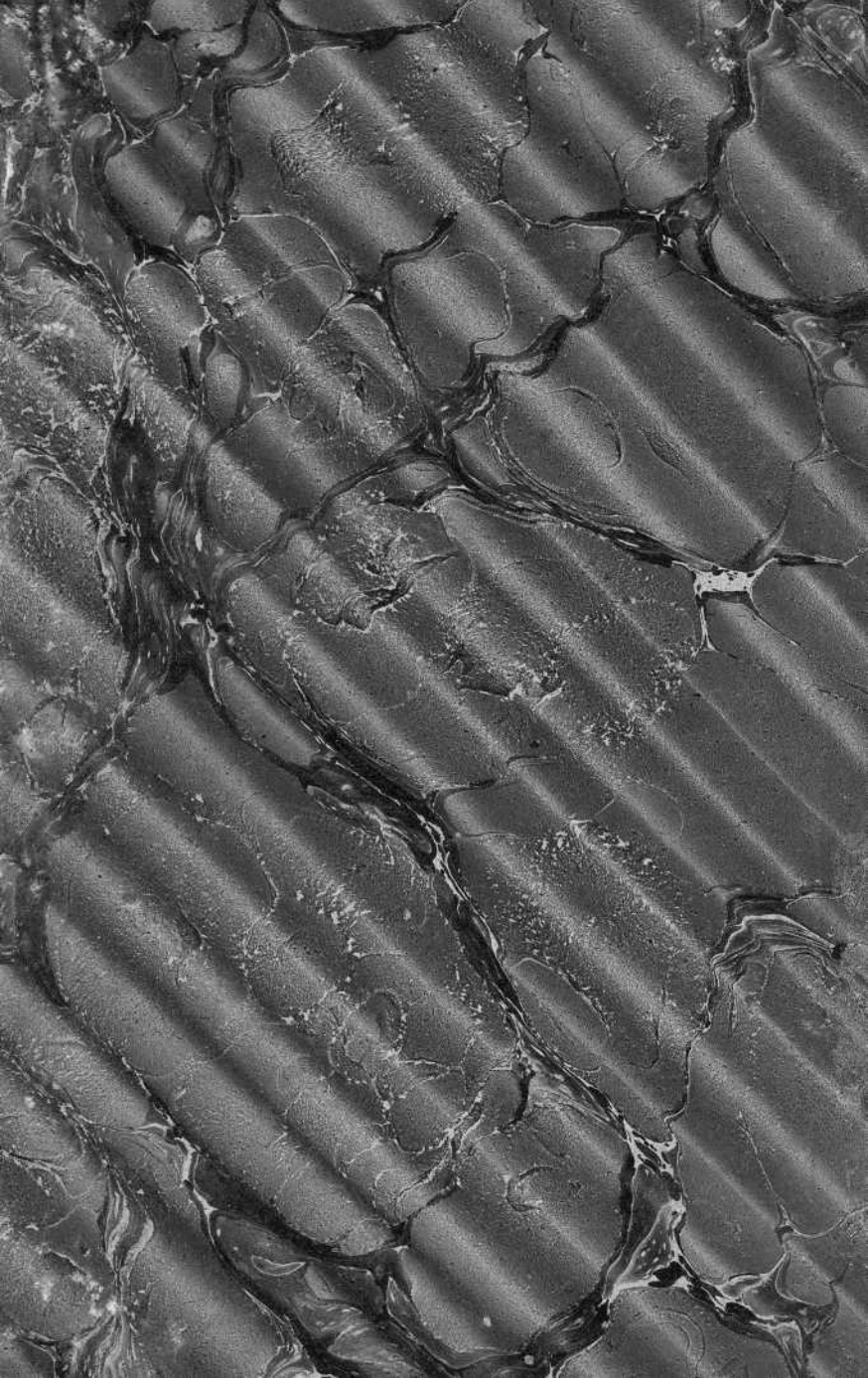
174
3500
21 E
C30.

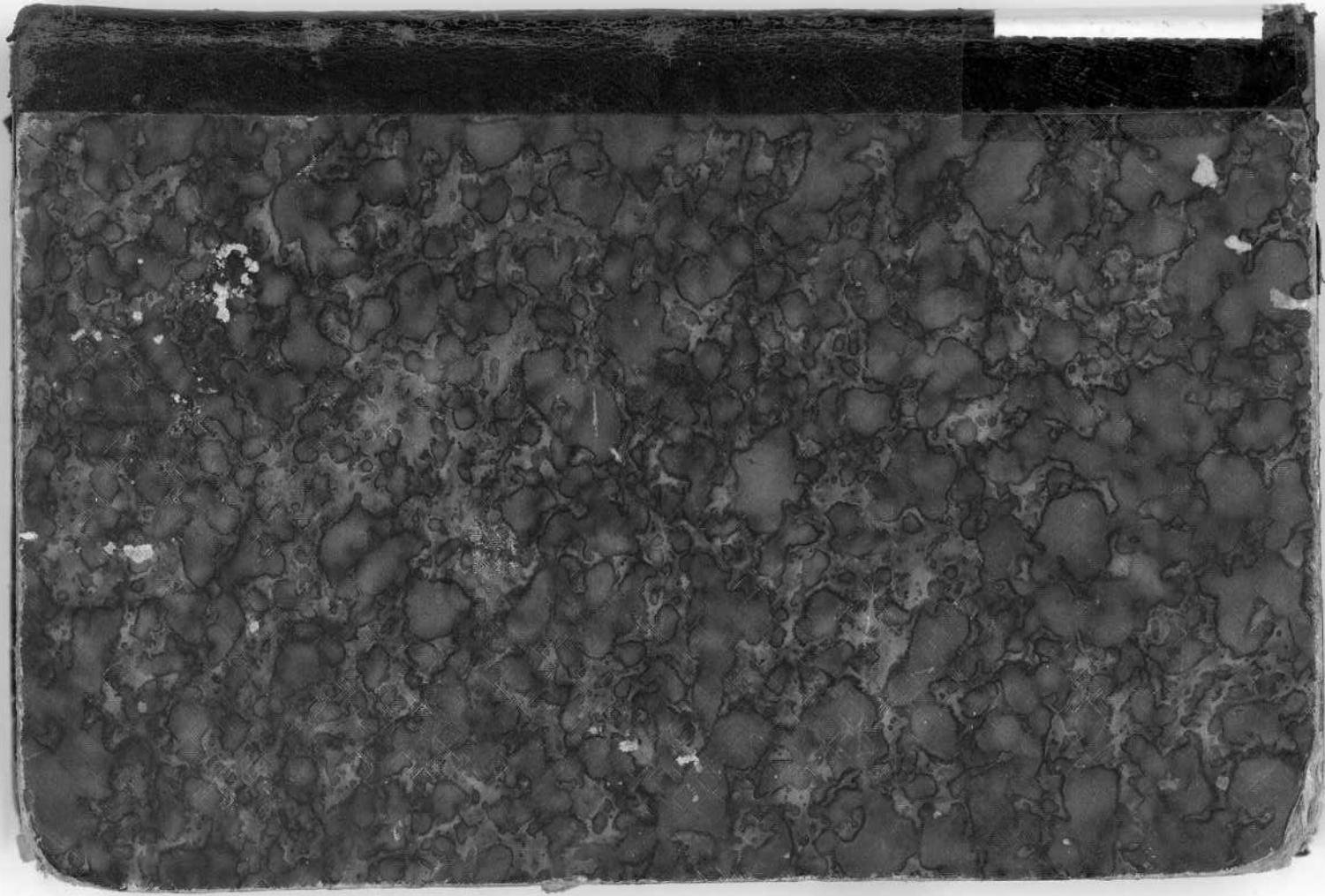
Paginas.

Leccion primera.—Historia antigua.—Primitivos pobladores de España hasta la espulsion de los Cartagineses 323
Leccion segunda.—España conquistada por los Romanos. 328
Leccion tercera.—España en tiempo del Imperio. . . . 332
Leccion cuarta.—Establecimiento y progreso del Cristianismo en España. 335
Lecion quinta.—España en la Edad media.—Reyes godos arrianos. 341
Leccion sesta.—Reyes godos católicos.. 347
Leccion sétima.—Establecimiento de los árabes en España hasta la toma de Granada. . . . . .
§ I.—Organizacion que dieron los árabes á la península 353
II.—Establecimiento del califado de Córdoba. . . 355
III.—Los Almorabides.—Los Almohades. 358
IV.—Decadencia y expulsion de los mahometanos de España.. 362
Leccion ocho.—España reconquistada.. . . . . .
§ I.—Reyes de Asturias y Leon desde D. Pelayo hasta Alfonso V.. 365
Leccion nueve.—Principios del reino de Navarra hasta su union con el de Aragon. . . . . .
§ I.—Reino de Navarra. 378
II.—Reino de Aragon. 379
III.—Condado de Barcelona. 381
IV.—Condado de Castilla. 382
Leccion diez.—Historia de Leon y Castilla desde Fernando hasta Enrique IV. . . . . .
§ I.—Estado político y social de España durante la Edad media.—Instituciones de Aragon y Castilla.. . . 384
Leccion once.—Historia moderna.—Castilla y Aragon.—Turbulencias en ambos reinos.—Regencia del cardenal Cisneros. 391
Leccion doce.—Descubrimiento de la América. 397
Leccion trece.—Cárlos V y Francisco I.—Guerras entre estos dos soberanos. 401
Leccion catorce.—Reinado de Felipe II.—Guerra con Francia.—Batalla de Lepanto.—Guerras con Flandes 408
Leccion quince.—Reinado de Felipe III.—Expulsion de los moriscos.—Reinado de Felipe IV.—Id. de Cárlos II hasta su muerte.. 413
Leccion diez y seis.—Advenimiento de la casa de Borbon al trono de España.—Felipe V.—Guerra de sucesion 417
Leccion diez y siete.—Historia de España durante la revolucion francesa.—Guerra de la Independencia y vuelta de Fernando VII. 423

. . . . . FIN DEL INDICE.







G 24797